ÁNGELA ARCADE

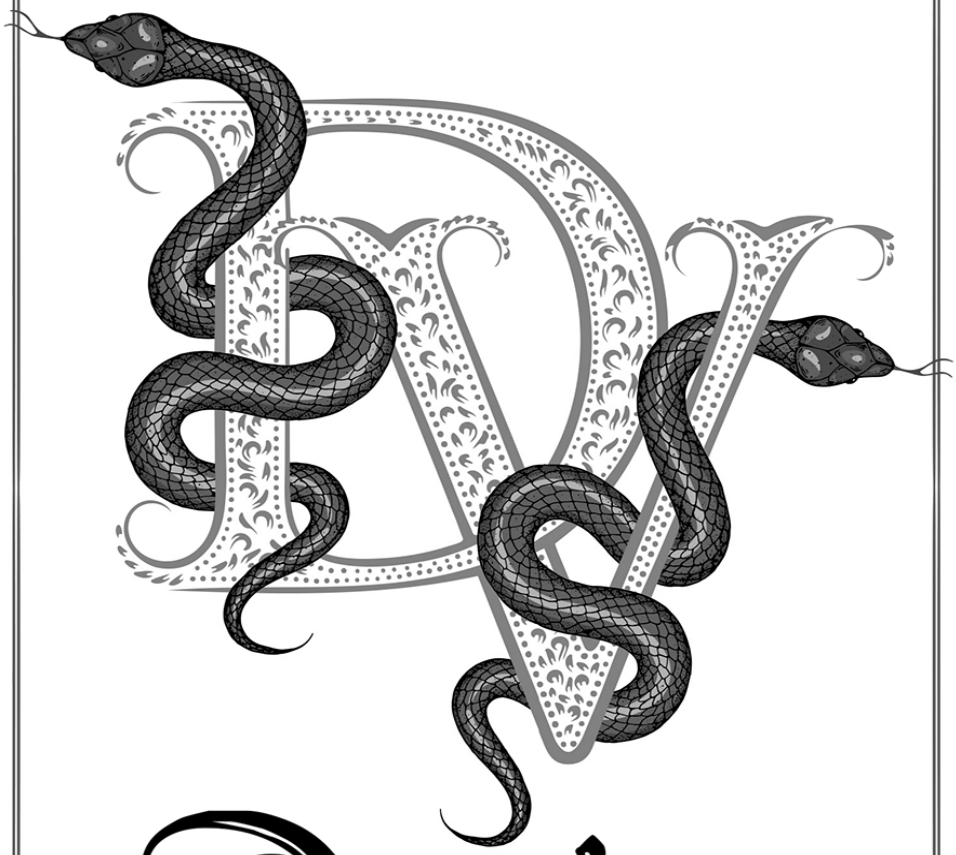


Dorian

LA FAMILIA HASTA LA MUERTE

Planeta

Ángela Arcade



Dorian

Planeta



Contenido

Banda sonora
Nota del autor

PRIMERA PARTE: VIAJE
SEGUNDA PARTE: DESTINO
TERCERA PARTE: DESCUBRIMIENTO
CUARTA PARTE: INICIACIÓN

Epílogo
Agradecimientos
Acerca de la autora
Créditos
Planeta de libros

Banda Sonora

LEITMOTIV
Eleanor Rigby, Cody Fry

1

ALEA IACTA EST
Familiar, Agnes Obel

2

FAMILIA USQUE AD ARAS
Eleanor Rigby, The Beatles
Nocturne No. 8 in D-Flat Major, Op. 27 No. 2, F. Chopin

3

AMOR FATI
The French Library, Franz Gordon

4

VERITAS VOS LIBERABIT
Moonlight Serenade, Glenn Miller
Carmen, WD 31, Act 1: Habanera, Bizet *Experience*, Ludovico Einaudi

5

CARPE DIEM

And The Waltz Goes On, André Rieu

Fickle game, Amber Run

6

NOSCE TE IPSUM

So beautiful, DPR IAN

7

O QUAM CITO TRANSIT GLORIA MUNDO

Arsonist's Lullaby, Hozier

And We Talk After, Trevor Kowalski

8

MEMENTO MORI

Never Let Me Down, Depeche Mode

Gnossienne No. 1: Lent, Erik Saite

9

AB IGNE ES ET IN IGNEM FIES

Feelin Good, Michael Bublé

Highway to Hell, AC/DC

IO

FUROR ARMA MINISTRAT

Little Dark Age, MGMT

Clair de lune, L. 32, Claude Debussy

II

ARS GRATIA ARTIS

La Foule, Édith Piaf

The House of the Rising Sun, The Animals

String Quartet No. 3,

Mishima, Philip Glass

I2

LUX IN TENEBRIS

Bohemian Rhapsody, Queen

I3

IN VINO VERITAS

Run boy run, Woodkid

Overdrive, Conan Gray

I4

VERITAS VINCIT

A Heart Made of Yarn, Franz Gordon

In this shirt, The Irrepressibles

I5

AMARE ET SAPERE VIX DEO CONCEDITUR

Icarus & Apollo, Ripto

Family line, Conan Gray

I6

UT SEMENTEM FECERIS,
ITA ET METES
Concerto for Strings in G Minor, RV 56: Allegro, A. Vivaldi
Two man in love, The Irrepressibles

17

SOLVE ET COAGULA
Piano Concerto No. 1 in E minor,
Op, 11, F. Chopin
Strangelove, Black Math

18

QUID OSCURUM, QUID DIVINUM
Lost with you, Patrick Watson
Beautiful crime, Tamer

19

DUM SPIRO SPERO
The Secret History, Andrew Skeet

20

FIAT VOLUTAS TUA
Lacrimosa, W. A. Mozart
Exogenesis: Symphony
Pt. 1 (Overture), MUSE

21

AMICUS USQUE AD ARAS
The great gig in the sky, Pink Floyd



Escanea el código QR para acceder a
la *playlist* completa de Spotify

Para todos aquellos que han sostenido
una pluma ante una página en blanco
como quien blande una espada.
Y no se rindieron.
El mundo les pertenece.



Nota del autor

He tenido la fortuna de no quedarme corto de palabras cuando me he quedado corto de tiempo. ¿Qué es un escritor sino eso? No temo a la banalidad de la prosa, en especial si lo que mis letras encierran es lo que prevalece. Confío en que este relato, huérfano de nacionalidad y de apellidos anónimos, sea digno de la historia que me reclama; una que, espero, me redima de cada maldito pecado que me convirtió en casi todo lo malo que un hombre puede llegar a ser: un ladrón, un cobarde, un asesino. Y, con todo, ¿acaso podría sentirme más orgulloso de haber llegado a saber exactamente quién soy? Tal es un privilegio que pocas personas han llegado a siquiera tantear, pero no todos están dispuestos a pagar el precio.

Máquina, amor mío, hazme el favor de recibir mi relato como un acto de redención. Déjame revivir en el papel las imágenes caleidoscópicas y aún brillantes de un pasado reciente, mientras tú testificas el pulso que aún late en cada palabra. Quiero que sepas que si escribo es porque esto es lo único que me queda. Porque podré echar en falta las doradas tardes de ocio y me podrá haber abandonado la ostentosidad que antaño me caracterizaba, pero el don del artista le es inalienable, al igual que lo es la vanidad, la arquitectura personal de su tragedia o el objeto de su pasión. Y si mi mano mueve la pluma es por *él*, y si a la punta de mis dedos acuden las palabras precisas para contarte esta historia es por *él*, y si algo de mí sobrevive a través de estas páginas ha sido y siempre será por *él*.

Pero no me quiero adelantar. A menudo sugeriré nombres, lugares, situaciones en las que no habré hecho más que depositar un fragmento inherente de mi ser. Pues, si tal vez he olvidado decirlo antes, escribo porque

es solo en este instante que siento que recupero un poco lo que he perdido en el trayecto. Y toda persona que vive en intensidad sabrá que el alma también se desgasta poco a poco tras cada experiencia. Qué bueno que existe la memoria para retenerla, y los libros para que, cuando esta falle, tengamos un lugar que es capaz de contener su naturaleza sempiterna. El alma del escritor, señoras y señores, es a su libro lo que el corazón es a su cuerpo.

He aquí la mía.



PRIMERA PARTE:
VIAJE

Todo comenzó con el fuego. Una cortina de llamaradas devoraba
la edificación, como si el dios Vulcano hubiese despertado en las crecientes flamas que se
alzaban, sublimes, hacia el lento desfile de
la luna que coronaba el crepúsculo. Y en las fauces del infierno
estaba él. Y las puertas rezaban, como había anticipado Dante: «Abandona la esperanza si
entras aquí». Nadie pensó que, alguna vez, alguien sería capaz de salir de él y desafiar al
destino para
reescribir el suyo en un palimpsesto de la caligrafía divina:
«Si logras salir, tuya será la venganza».
—El héroe de la niebla

I

ALEA IACTA EST

I

 odo aquel que ceda al impulso de verter sus entrañas en el papel tiene que deberse a la verdad, y es en su honor que empezaré confesándote esta sobre mí:

Fui culpable de la muerte de mi padre.

Él tenía cuarenta años, yo doce. Y me había convencido de que lo odiaba.

—*Yo confieso ante Dios Todopoderoso, y ante ustedes, hermanos, que he pecado mucho de pensamiento, palabra, obra y omisión. Por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa…*

Era verano y el mundo parecía desvanecerse en el rumor de las cigarras, o el del viento al mecer las hojas de los árboles ancianos que circundaban la finca de los V. La ventana de mi habitación daba al jardín trasero, y yo, sentado en el alféizar, había sido testigo de cómo la oscuridad convertía las líneas de las montañas en pura incertidumbre. Debían haber pasado horas desde entonces, pero no podía moverme. No *quería* moverme. El calor encerrado en la habitación hacía que la fina tela de mi ropa para dormir se adhiriera a mi piel, y sin embargo temblaba. Quizá porque desde entonces sabía que había hecho algo malo. Ni siquiera imaginaba que, en realidad, estaba a minutos de hacerlo.

El ruido de unas pisadas familiares —un ritmo pesado, incierto— fue lo único que me instó a moverme. *Él* estaba en casa. Solo entonces me di cuenta de que habría preferido seguir esperando, despertar al otro día y arrepentirme de mi plan absurdo; incluso lo confesaría a mi diario y reiría meses después al recordarlo. Y sin embargo, pensaba en estas cosas mientras que, con las articulaciones entumecidas por haber permanecido en la misma

posición durante mucho tiempo, abandonaba la recámara con todo el sigilo del que fui capaz. Evitar despertar a mis primos no sería difícil, pero con los adultos, que no se desprendían de su naturaleza vigilante ni siquiera al dormir, era distinto. Con papá, en especial, siempre era distinto.

—*Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo.*

—*Como era en el principio, ahora y siempre, por los siglos de los siglos. Amén*.

Me desplacé en la penumbra hasta el último piso, donde un haz de luz que provenía de la biblioteca traspasaba la negrura como una advertencia. Mas no me detuve. Seguí avanzando con los pies descalzos, el corazón martilleándome en el pecho y el calor asfixiante pisándome los talones, hasta que fui capaz de asomarme por la estrecha ranura. Mis ojos apenas comenzaban a acostumbrarse a la luz cuando me aparté, cerrándolos con fuerza. El ruido del cristal al romperse me había hecho dar un respingo, y quizá el grito ahogado que había escapado de mis labios me hubiera delatado de no ser por la letanía de lamentos que le sucedió.

La biblioteca ocupaba el cuarto y último piso entero de la finca, y el abuelo se había asegurado de que tuviese las características de una fortaleza. «El enclave», le llamaban mis primos. «El paraíso», le llamaba yo. Papá me había presentado aquel lugar hacía algunos años, en uno de los lejanos instantes de sobriedad donde reconocí al hombre que pudo haber sido antes de que la ilusión se disipara en el vaivén de las copas. «No son los libros los que nos pertenecen», me había dicho; «somos nosotros los que pertenecemos a ellos, pues contienen el sentido de la existencia. En sus páginas se encuentra la verdad, y si un día necesitas respuestas o un sitio en el que te sientas a salvo, volverás a ellos. ¿Me oyes, Dorian? Siempre volverás a ellos».

Desde entonces dejó de importarme lo que los adultos se reunieran a hacer en la biblioteca durante noches enteras, con las puertas cerradas a cal y canto y sin que una palabra de las que se intercambiaban entre sus muros de concreto ricamente tapizados saliera de ellos. Aun así, el sentimiento que me embargaba esta vez estaba lejos de la curiosidad que me incitaba a pasar las tardes de verano allí, sumergido entre un sinfín de voces silenciosas. Esa noche descubrí, por primera vez, algo que ninguno de los diccionarios que

guardaba ese lugar habría podido enseñarme: la definición práctica, visceral, del miedo.

La puerta se abrió de súbito y tuve que adherirme a los paneles de la pared para quedar oculto entre las sombras. Mi padre se dirigía hacia las escaleras, rengueando. El haz de luz que durante algunos segundos se proyectó sobre su espalda me reveló que su salida de esa noche fue diferente, pues algo de lo que pasaba mientras él no estaba en casa lo había seguido esta vez. El cabello revuelto, el traje desordenado, las manchas oscuras sobre la tela. ¿Una pelea, quizá?

—*… Perdona nuestros pecados, como nosotros también perdonamos a los que nos ofenden…*

A medida que los pasos de papá se alejaban, no pude evitar volver a asomarme al estudio. El lugar estaba tal y como lo había visto esa tarde, pero los restos de una de las botellas vaciadas se hallaban esparcidos bajo la mesa de billar. Además, algunos borrones de huellas color escarlata teñían la superficie verde. «Sangre», pensé con un estremecimiento. Al aproximarme para confirmarlo, descubrí algo más. Allí, al lado de una copa de vino vacía, se recortaban los pétalos blancos de una pequeña flor cuya presencia provocaba un insólito contraste con la situación. ¿De dónde había salido? ¿La habría traído él?

Llegué al primer piso a tiempo para ver a papá dirigirse a la puerta trasera de la casa. Lo seguí, inquieto por descubrir los alcances de mi desesperado experimento. La noche era excepcionalmente cálida, pero la brisa arrancaba a la naturaleza un rumor susurrante que evocaba la proximidad del mar. Papá tomó una ruta que se abría paso entre los árboles, y en algún momento del camino dejé de esconderme para seguirlo sin más, pues confiaba en que no se volvería. Mientras no lo hiciera, podía fantasear con que caminábamos juntos, que volvíamos a ser los de antes. Que al mirarme por fin me vería a mí, y no todo lo que yo no era. Entonces se detuvo, justo donde el sendero se terminaba y comenzaba el prado suave que bordeaba las aguas en las que las constelaciones titilaban. Yo también me había detenido, empalideciendo ante la idea de haber sido descubierto. Se giró poco a poco, hasta que la silueta de su perfil se recortó sobre el paisaje nocturno del lago.

«Lo siento», le oí decir. No fue un murmullo sin más; fue una declaración. ¿Me había visto, acaso? ¿Era ese el momento en el que las luces se encendían y la puesta en escena se resquebrajaba para dejar lugar a la verdad; la de él, la mía, la nuestra?

—Si por tu sangre preciosa, Señor, lo has redimido, que lo perdones, te pido, por Tu Pasión dolorosa.

Pero el viento seguía soplando y la luna comenzaba a asomar bajo un banco de nubes, impetuosa. Y mi padre caminaba hacia las aguas del lago. Llevaba el destrozado traje entero cuando comenzó a adentrarse en él. Solo se detuvo para deshacerse de algo que llevaba en su mano y arrojarlo al pasto. «Su anillo», pensé. Jamás se quitaba su anillo. Y, a medida que él avanzaba para sumergirse por completo, comprendí que no le importaba nunca más volver a usarlo. Nunca más volver a probar el sabor del vino. Nunca más volver a verme. *Nunca…*

Me quedé inmóvil, traspasado por la sensación de que nos convertíamos en los personajes de una pintura, condenados a que el tiempo se perpetuara en uno, dos, tres segundos… Hasta que el ruido del chapoteo cesó, y el resplandor de la luna se detuvo sobre el agua. Dejé de intentar comprender lo que sucedía cuando me convencí de que no importaba. De que era lo que yo mismo había deseado algunas noches atrás, cuando todavía tenía lágrimas para derramar en vano. Descubrí que no me quedaba una sola. Me pareció que había una justa correspondencia entre su presencia inconstante, su indolencia, y la manera en que yo me iba a la cama sin decir una palabra de lo que había visto. El mundo entero parecía confabulado para que ocurriera así: en casa todos dormían, afuera los grillos seguían susurrando, y al cerrar los ojos volví a contemplar el reflejo de los astros en ese lago de aguas inmóviles en el que vi desaparecer una parte de mí para siempre.

Las lágrimas tampoco acudieron la tarde siguiente, durante el funeral. A los adultos no parecía importarles, ocupados como estaban en llorar, lamentar, recordar lo que yo no. Excepto uno de mis tíos. Se acercó a mí mientras yo contemplaba el féretro desde un extremo de la iglesia, oculto entre un tapiz de sombras. «¿Quieres verlo una última vez?», me preguntó John V. Me sorprendió que hubiese dejado a un lado su apretada agenda política para estar ahí, acompañando la última morada de su hermano

menor. Ante mi silencio, me pasó un brazo por los hombros y caminamos juntos hacia el altar, donde se hallaba el féretro.

—*Dale, Señor, el descanso eterno, y brille para él la luz perpetua.*

No fui capaz de ver el rostro de mi padre. En cambio, me fijé en sus manos pálidas. Bastó el destello de su anillo de plata para encender en llamaradas aquel recuerdo. Volvía… Volvía…

II

Volvía a mi mente ese verano sofocante, los días que le precedieron; cada paso que en mis pesadillas me conducía, una y otra vez, al mismo resultado. Allí, en el anular de la mano izquierda del abuelo, brillaba el anillo. *Ese* anillo. El mismo que llevó papá hasta el día de su muerte.

—*Por Cristo, nuestro Señor.*

—*Amén.*

La noche en que mi abuelo, Oscar V., era velado, una lluvia torrencial repiqueteaba contra las calles de la ciudad, sumiéndola en un rumor hipnótico; el tipo de instante que podría convencerte de que eres uno con el mundo y que, donde sea que te encuentres, siempre hay lugar para ti. Bueno, yo no era con exactitud alguien que se dejara llevar por lo ilusorio. Al menos ese era el concepto que tenía de mí mismo a mis dieciocho años. Ignoraba que, con la tragedia que daba apertura a la nueva década, emprendería un viaje para el que no me hallaba preparado; eso que algunos llaman —a veces con pretensión, a veces con humildad—: destino.

—¿Te encuentras bien, jovencito? —me preguntó el párroco: un hombre regordete de manos rosadas y sonrisa estéril.

—Estoy bien —mentí. En eso me había vuelto un experto.

Debía recordarme cada tanto que solo había acudido allí para cumplir la última voluntad del abuelo. La primera media hora la había pasado fumando un cigarro a las puertas de la iglesia, y la siguiente, con una calma y una paciencia inusitadas, había aguardado a que los miembros de la familia llegaran, tarde o temprano, a ocupar las bancas del recinto, para que así el sacerdote diera inicio a la noche de vigilia familiar que Oscar V. había dispuesto en su testamento.

No era como si me apeteciera ver a mis parientes. Desde la muerte de mi padre, no había sido el miembro de la familia más consagrado a honrar el lema de nuestro apellido: *Familia usque ad aras*: La familia hasta la muerte. Comprendí que yo no era el único cuando, llegadas las ocho de la noche, el párroco me preguntó si me parecía bien comenzar. Me giré para contemplar las bancas vacías, como si aquel acto tuviese el poder de remediar el patetismo de la escena: ni uno solo de los V., aparte de mí, se había presentado para velar los restos mortales del infame abuelo —que en paz descanse— antes de su funeral. En su lugar, una pomposa comitiva de arreglos florales merodeaba el féretro, como para llenar el espacio en el que mi familia debía encontrarse. Lo más triste de todo era que ni siquiera yo podía juzgarlos.

La velación se había celebrado a puerta cerrada y fue una auténtica tortura. El sacerdote pareció más empeñado en expiar los pecados de su único feligrés que los del difunto, y me obsequió con el rezo de un rosario que, al ser yo el único participante de aquella eucaristía, me vi condenado a recitar junto a él. En algún momento tuve que recordar al religioso que el nombre del fallecido era Oscar, no «Omar». ¿Qué puedo decir? Según yo veía la situación, ni el Papa habría podido convencer a san Pedro de que abriese las puertas del paraíso al difunto.

Hacia el final de los rezos, el sacerdote me había recomendado despedirme del abuelo. O de lo que quedaba de él. Y yo, impulsado por la urgencia de confrontar la situación en lugar de huir de ella como lo había hecho hace años, abandoné mi asiento para acercarme al féretro, envuelto por el hálito de las rosas y los lirios que circundaban el altar. Fue entonces cuando me fijé en el anillo que lucía en una de sus manos entrelazadas, y de repente el hechizo de las flores que nos rodeaban no logró encubrir la proximidad de la muerte. Reviví la inquietud sombría que la joya había despertado en mí hace años, cuando la vi por última vez en el entierro de papá. No me cabía duda de que era la misma: ¿acaso se la había quedado mi abuelo?

—Si me disculpas, debo ir por el sacristán —se excusó el sacerdote—. Quédate aquí, puede que tu familia llegue en el momento menos esperado —añadió dándome una palmadita en el hombro.

«Todo un hombre de fe», pensé mientras lo veía marcharse.

Pasaron largos minutos en los que consideré largarme, mas no fui capaz de hacerlo. Algo en la lejana pérdida de mi padre, en la culpa que me carcomía al recordar la frialdad con que había asumido mi orfandad hace años, me había instado a acudir y, ahora, a permanecer allí. Me quedaría, al menos hasta que se presentara alguien más para relevarme.

Había un único problema: una iglesia gótica vacía y silenciosa no era precisamente el sitio más estimulante. El lugar sacro y sus aromas; el de la cera de las veladoras, el de las flores, el de la madera vieja de los asientos o el de los enormes óleos que custodiaban el recinto, representando las escenas bíblicas más trágicas, me sumían en un estado de desasosiego propio del niño que descubre la infalibilidad de la muerte al sostener el cuerpo de un animal en sus manos. Así pues, asediado por la naturaleza mística del lugar, abandoné mi sitio y me dirigí a la puerta de roble ornamentado por la que el párroco había desaparecido. Estaba dispuesto a que me practicara un exorcismo si eso significaba contar con algo de compañía. Sin embargo, no encontré al hombre. En vez de eso, di con la sacristía y con una amiga inesperada: una botella de vino. Sin pensarlo dos veces, la llevé conmigo a la vigilia.

—Así que de nuevo somos solo tú y yo. —Suspiré al retornar al féretro, mi voz resonando en medio de las sombras que tapizaban el amplio espacio. Pasé bajando la tapa del ataúd, como si temiera que al muerto le fuese a dar un resfriado, y luego volví a ocupar mi asiento en la primera banca—. A tu salud, abuelo. —Brindé en dirección al féretro antes de dar los primeros tragos a la botella.

Pero hablarle no hizo más que afilar el aguijón de la soledad, esa herida que aún sentía allí, abriéndose en espiral por debajo de mis costillas, y que pronto me ocupé de llenar bebiendo en silencio.

Fue así que terminé emborrachándome en plena vigilia con el vino de consagrar de la iglesia de la Sagrada Familia. Me quedé dormido en el asiento. Abrazado a la botella, temblando bajo mi abrigo, me sumí en sueños inquietos en los que las sombras cobraban formas de espectros bajo mis párpados, y el repicar de la lluvia se convirtió en el eco de unos pasos solitarios que velaban al abuelo. Que me velaban a mí.

III

Sería el resplandor de una madrugada nublada lo que me conminaría a abrir los ojos, horas después. Lo primero que vi al vencer la pesadez de mis párpados fue a Jesucristo, quien, rodeado de un séquito de ángeles, me miraba desde el fresco del altísimo techo con desaprobación. Fui presa de una terrible desorientación hasta que volví en mí y logré levantarme, medio tambaleando. La botella cayó al piso con un estruendo que pudo haber remplazado las campanas de la iglesia, pero yo apenas le presté atención. Acababa de notar que, en algún momento de la fallida ceremonia, alguien había vuelto a abrir el féretro.

Sobreponiéndome a la torpeza de mis músculos entumecidos, me aproximé con cautela. Lo que vi fue algo que bien pudo haber escapado de mis pesadillas: el abuelo seguía allí, pero sus labios amoratados ahora estaban entreabiertos, y entre ellos flotaba una pequeña flor de corona ambarina. Algunas gotas de rocío aún se escondían entre los pétalos níveos. El que quizá era el último recuerdo de mi infancia relumbró en mi memoria con una nitidez sobrecogedora: la flor, *esa* maldita flor. Como llevado por la urgencia de cerrar el círculo de aquella aparición, la tomé con cuidado. El efecto no fue el esperado, porque con ello descubrí que entre los dientes del abuelo asomaba algo que terminaría de espabilar mi mente resacosa.

Vacilé durante algunos segundos hasta que contuve la respiración y, con el estómago revuelto y los dedos en forma de pinza, extraje de la boca del difunto un papel diminuto doblado en forma de acordeón que abrí con las manos temblorosas. V.I.T.R.I.O.L., versaba la nota escrita a máquina. Aquella sigla, carente de significado para mí, tan solo enervó mis nervios. Me forcé a volverme al abuelo en busca de algo más, una pista que diera sentido a lo que acababa de encontrar. Lo único que hallé fue que el vistoso anillo de plata que me recordaba tanto a papá había desaparecido de su mano.

Me mantuve anclado allí durante largos minutos, ajeno al creciente ajetreo de las personas que apenas comenzaban a llegar al funeral, hasta que vino el párroco y lo llené de interrogantes, asegurándome de ocultar los detalles más escabrosos de mi hallazgo. Las respuestas del religioso, lejos de

tranquilizarme, volvieron a dar cuerda a la espiral que me revolvía las entrañas: la iglesia permaneció cerrada hasta la madrugada, nadie sabía dónde estaba el sacristán que me acompañaría durante la vigilia, yo había sido el último en entrar en el templo esa noche…

Dejé de escucharlo cuando uno de los recién llegados llamó mi atención. El hombre se encontraba cerca de la puerta, tan quieto que por un segundo temí haberlo imaginado. Vestía una gabardina raída y una boina cuya sombra mantenía su rostro en incógnito. Sin embargo, reconocí el trayecto de su mirada. Toda duda quedó despejada cuando, al verse descubierto, dio media vuelta y se encaminó hacia la salida. Para ese momento, el párroco ya ataba cabos entre mi conmoción y la botella vacía que rodaba a mis pies. Sus ojillos se endurecieron y supe que mi tiempo de gracia había llegado a su fin, así que me apuré a seguir al intruso.

En el trayecto, tuve la desagradable sorpresa de toparme con algunos de los V., quienes apenas se dignaban a aparecer. No me detuve a darles mi más hipócrita pésame ni a recibir el de ellos; estaba determinado a salir de allí tan pronto como pudiera, aunque eso significara ignorar su sobreactuada estupefacción. Lo que no pude eludir fueron los flashes de las cámaras, que parecían estar preparadas para disparar en cuanto yo cruzara el umbral de la salida. Me cubrí los ojos con las manos, desorientado.

—Señor, ¿qué opina sobre los rumores de que la muerte de Oscar V. no ocurrió por causas naturales? —inquirió uno de los periodistas, de quien apenas pude distinguir su cabello castaño y revuelto.

La urgencia por marcharme se intensificó, por lo que empujé a los que me rodeaban y bajé las escaleras para arrojarme a la vía, sin siquiera mirar si un auto se aproximaba, que era el caso. Pero las cartas estaban echadas y mi final distaba mucho de ocurrir en ese instante.

El chirrido de los frenos arrancó una exhalación al tumulto de conocidos-desconocidos y desconocidos que comenzaban a llegar de todas partes. Por fortuna —o por desgracia para algunos—, el auto se detuvo justo a tiempo antes de que pudiera volcar al intrépido hijo menor de William V., huérfano y oveja negra oficial de la familia. El pasmo había hecho que me detuviera, por lo que no pude escapar del ilustre John V., presidente de la Cámara de Diputados y futuro candidato a la presidencia de la nación,

quien, con su mejor abrigo de invierno y un traje impecable, salió de uno de los asientos traseros del flamante automóvil negro y se dirigió a mí. La personificación de la furia jamás lució tan elegante.

—¡Dorian!

—El mismo.

—Por el amor de Dios, ¿acaso has estado bebiendo otra vez?

—Y no he terminado, así que, si me disculpas…

—¡No tienes respeto por nada!

Se me escapó una risa frenética, lo cual me hizo merecedor de una oleada de murmuraciones. Ni el amante más fiel al humor negro me habría aplaudido semejante osadía. John se quedó petrificado, incluso cuando le di un par de palmaditas en el hombro.

—Fui el único que acudió a la ceremonia familiar del abuelo; creo que a ninguno de nosotros nos conviene hablar de respeto. —Y a continuación, acercándome a su oído—: A ti te lo perdono porque eres mi tío favorito —mentí sin decoro antes de abandonar el sitio en el que se celebraría el espectáculo, uno que no tenía nada que ver conmigo.

Mi mente estaba lejos, en las pistas que había encontrado y en la que se me acababa de escapar. Aún no sabía que yo, desde muchos años atrás, también era una pieza infalible de la función. Tan solo hacía falta que todas las demás estuviesen en el lugar adecuado para que los engranajes se pusieran en marcha, y muy pronto, gracias a eso a lo que ahora yo también me atrevo a llamar *destino*, lo estarían.

2

FAMILIA USQUE AD ARAS

I

Cuatro meses después

Pocas personas conocen lo que en realidad significa ser un vagabundo. Lo curioso es que lo ignoras y crees estar bien librado del asunto hasta que descubres que lo eres: sin anuncios previos, sin señales de alarma. Yo me convertí en un vagabundo cuando perdí a mi padre, y eso había sucedido varios años atrás. Perder el resto solo fue una confirmación. Podría decir, entonces, que estaba bien habituado a vagar, a no corresponder a ningún lugar, a sentirme exiliado. Y cuando tienes dieciocho años «no pertenecer» es una sentencia social en la que tú mismo eres verdugo. ¿Qué más iba a hacer yo sino aquello a lo que estaba tan acostumbrado? Lo que no sabía es que cuando no das a tus pies un camino ellos desandan los ya conocidos en busca de una parada certera, y fue allí a donde me condujeron cuando, habiendo renunciado a todo —o cuando todo lo demás renunció a mí, según se quiera ver—, tomé el tren que me conduciría a la ciudad de mi niñez. Al cabo de un par de horas estuve allí, con dos maletas en las que portaba lo único que deseaba preservar de mi vida pasada: algo de ropa, textos inacabados, un libro, y el recuerdo de una promesa que no estaba dispuesto a olvidar.

El cabello, que desde muy joven llevé medio largo como símbolo de libertad, me azotaba las mejillas por gracia del viento mientras que, como el capitán de un poderoso navío que contempla su reino en la inmensidad del océano, veía cómo se erigían frente a mí los edificios arruinados por las fechorías de la arquitectura moderna y los letreros comerciales de bajo presupuesto. Mi reino no era tan magnificente, después de todo, y aunque

no estaba en la proa de un barco, sino en el asiento manoseado de un taxi, me sentí inusitadamente poderoso cuando comenzaron a desfilar frente a mí las casonas victorianas del barrio que, sin saberlo hasta ese momento, había extrañado tanto como a la niñez que había vivido entre sus gentes y sus casas.

Mientras me aproximaba a mi destino, la voz de Paul McCartney naufragaba en el ruido blanco que brotaba de la radio del automóvil, en medio de un impetuoso cuarteto de cuerdas: *Ah, look at all the lonely people!* [1] Me sobrevino un pinchazo de melancolía al recordar su origen. Alguna vez leí que los vocalistas de los Beatles se inspiraron en la mujer que dio el nombre a ese tema: Eleanor Rigby, quien vivió y murió en el anonimato. Al pensar en ella, encontraba una inquietante coincidencia con mi propia orfandad; ese punto donde mi existencia amenazaba con seguir el mismo trayecto que la de ellos: «las personas solitarias».

All the lonely people / Where do they all come from?

All the lonely people / Where do they all belong? [2]

Jamás me consideré supersticioso, pero había algo siniestro, una suerte de premonición en la manera en que, mientras la que hace años había sido mi casa comenzaba a asomar, imponente, tras sus murallas rebosantes de madreselva, como si fuese un castillo medieval o un monasterio de claustro, las últimas líneas de la canción —y las más desoladoras— se repetían una, y otra, y otra vez.

El auto se detuvo ante la propiedad y me quedé unos segundos contemplándola abstraído, como si ante mí se irguiera un titán con ojos de ventanas que se limitaban a devolverme la mirada para hacerme recordar mi insignificancia. «Algunas cosas nunca cambian», pensé, llenando de aire mis pulmones antes de bajar del taxi. Tenía una misión allí, después de todo: buscaba las respuestas que no supe que necesitaba hasta el incidente en el funeral del abuelo, y ahora se me ocurría que, si las encontraba, quizá no sucumbiría al mismo destino de Eleanor Rigby.

Hace días que había decidido que, ya liberado del yugo de mis antiguos custodios, iniciaría mi búsqueda en esos lugares donde la vida cobra sentido a la vez que se prolonga: los libros. La herencia silenciosa que me había legado mi padre. Mientras presionaba el timbre de la casa, el eco lejano de

sus palabras me llegaba con renovada claridad: «Volverás a ellos. ¿Me oyes, Dorian? Siempre volverás a ellos».

El personal de la familia V. no tardó en abrir las verjas, las cuales atravesé con un profundo suspiro de gloria. Crucé el jardín, en el que ya reventaban los capullos de las hortensias y las violetas, y me dirigí a la entrada trasera. Pronto, la gran cocina y sus típicos ruidos, vapores, y humores a especias se convirtieron en el escenario de un feliz reencuentro.

—¡Por el amor de Dios, señorito Dorian! —exclamó al verme la señora P., mi antigua niñera y ahora ama de llaves. Sus ojos castaños rezumaban auténtico asombro—. Cuando oí su voz, habría jurado que se trataba del señor John.

—Que Dios me libre —murmuré, soltando mis maletas para abandonarme al cálido abrazo de la mujer.

—Supe lo de su grado. —Se apartó para darme otra mirada—. ¡Felicidades! Oh, cuánto ha crecido.

—Gracias, señora P. Usted también luce fantástica —sonreí, sujetándola suavemente por los hombros regordetes—. En cuanto a mí, aún tengo la esperanza de crecer un poco más.

—¡Por favor! Pero si ya es todo un hombre. Y uno muy apuesto.

—De «señorito» ya no queda sino el recuerdo, ¿eh? —murmuró una grave voz masculina. Esteban, el mayordomo, dio dos pesadas palmadas en el aire para reducir los cuchicheos que se habían levantado con mi llegada—. ¡Alguien que lleve las maletas del joven a la habitación de huéspedes!

—Esteban… —Me acerqué a él y le palmeé la espalda, advirtiendo la manera en que el peso de los últimos seis años había hundido sus hombros —. Es bueno verte de nuevo.

Él soltó una de sus características risas socarronas y me invitó a probar la sidra de la casa, aprovechando que mi tío había salido de viaje para dar inicio a su campaña presidencial y tardaría algunos días en volver.

—Me encantaría. Pero, antes… —Me volví a Bryan, el hombre del servicio que subía las escaleras a la primera planta con mis maletas—. Creí escuchar que mis cosas irán al cuarto de invitados. ¿Qué pasa con mi habitación?

La señora P. y Esteban cruzaron una mirada furtiva.

—Señorito —dijo con cautela el ama de llaves—, el señor John ha realizado algunas modificaciones aquí. ¡Nada grave, por supuesto! Ya lo verá. Su antigua recámara ha sido convertida en un cuarto de música, ¡le encantará!

Un nudo sólido se instaló en mi pecho. ¿Nada grave? ¿Cuarto de música? ¿Quién demonios se creía el tío John para manipular la natural disposición de las habitaciones? La idea de ver una lira en el lugar en el que había estado mi cama me revolvía el estómago.

—Pero —comencé a decir—, ¿qué hay de mis libros y mis…?

—Oh, acaba de llegar, señor —intervino Esteban—. Todo eso puede esperar. Venga, se va a olvidar del mundo cuando pruebe mi sidra.

Pasé la última hora de la tarde charlando con él, con la señora P. y con el resto del personal con el que había convivido en esa misma casa durante los primeros doce años de mi vida.

Para cuando abandoné el comedor del servicio con el último vaso de sidra en una mano, el cielo había oscurecido. Subí a la primera planta y me maravillé al encontrar que, por lo menos allí, las cosas habían permanecido inamovibles durante mis años de ausencia: unas soberbias cortinas pesadas adornaban los ventanales, el viejo mobiliario desprendía un agradable aroma a roble y barniz, y las obras de arte que decoraban los tapices conferían al conjunto el aura de esos lugares que parecen haber quedado suspendidos en el tiempo.

Ante la mirada vigilante de los retratos de mis ancestros, dejé que mis pies acariciaran los pisos de madera en una danza lenta mientras cerraba los ojos y me dejaba llevar por los recuerdos felices que aún sobrevivían en aquel lugar, potenciados por una melodía de piano cuyas notas lejanas resonaban como un eco del pasado… Transcurrirían un par de segundos hasta que comprendí que el sonido no era el rumor nítido de un recuerdo, sino que, de hecho, provenía de la segunda planta. Concretamente, de un lugar muy cercano a mi habitación.

Mis ojos se abrieron y dieron con la lámpara de lágrimas de cristal que pendía sobre mí. Deseé que me cayera encima al comprender lo que estaba ocurriendo. Pero en lugar de esperar a que sucediera el milagro, di un buen trago al vaso de sidra y subí las escaleras con pasos pesados mientras la melodía se volvía agresiva, como si mis actos y pensamientos estuviesen

siendo traducidos a música en aquella impertinente interpretación de alguna pieza de Chopin.

La tonada había adquirido una intensidad casi violenta cuando abrí la puerta de mi habitación de golpe, sin saber con exactitud qué haría a continuación. Una palabra quedó colgando en mis labios entreabiertos cuando vi al hombre que, al fondo de la recámara y de espaldas a mí, se inclinaba sobre un majestuoso piano de cola, dejándose llevar por su música de la misma manera en la que yo lo había hecho en el piso de abajo con mis recuerdos.

Él, que no debía superarme en edad por muchos años, se balanceaba con suavidad mientras acariciaba con sus largos dedos las teclas del piano. En aquella imagen se condensaba una conexión maravillosa entre hombre e instrumento: todos sus sentidos se entregaban a él en idílica devoción, lo que en algún punto me hizo pensar que, mientras yo presenciara aquella escena, no actuaba mejor que el espía de un encuentro íntimo. Creí que él no escucharía ni sentiría nada que fuera ajeno a su pasión mientras estuviese ejecutando la pieza, y tal vez eso fue lo que me llevó a quedarme parado allí, apoyado sobre el marco de la puerta durante los segundos que faltaban para que su hechizo me liberase. Solo cuando él levantó su mano de la última tecla del piano y se volvió en mi dirección, fui consciente de mi presencia intrusiva… en mi propia recámara.

—Esta es mi habitación —me sorprendí diciendo. Las palabras habían brotado de mi boca antes de que pudiese contenerlas.

Bendita sidra.

—¿Disculpa? —preguntó levantándose cuan alto era. Aunque llevaba la camisa de su traje arremangada y una corbata deshecha pendía de su cuello, lucía airoso, esbelto, como si me observara desde lo alto de un escenario.

No pude evitar pensar en la primera impresión que debía estar causando yo en contraste: un muchacho delgado y de mejillas sonrojadas que ni siquiera aparentaría edad legal para estar medio ebrio.

—Dije que esta es mi habitación —repetí con fingida indiferencia, mientras entraba en el lugar y dejaba que mis ojos vagaran por él con gesto despectivo.

En realidad, aunque lo que hicieron allí hubiese sido un sacrilegio para mi yo de doce años, a la persona que era ahora le resultaba difícil odiar el resultado. Sobre todo cuando tenía ante a mí a alguien capaz de sacar provecho de los enseres musicales que habían remplazado el mobiliario.

—Tú debes ser el sobrino de John —comentó el músico, atento a cada uno de mis pasos.

—Y tú debes ser… ¿el pianista personal de John? —Me llevé el vaso de sidra a los labios, expectante, mientras mi interlocutor me contemplaba con un brillo risueño en sus ojos. Noté que los tenía claros, levemente rasgados, y aunque aquello confería a su apariencia un deje oriental, sus rasgos en conjunto eran bastante neutrales, como si atendieran al capricho de un artista.

Cortó la distancia en un par de pasos para tenderme una de sus prodigiosas manos, como quien blande una bandera blanca en son de paz.

—Aiden K. —se presentó; sus peculiares iris ambarinos, como los de los leones, sobre los míos—. El *asistente* de John V.

Por poco me atraganto con mi bebida. ¿Desde cuándo el odioso político necesitaba un odioso asistente universitario? Tratando de evadir el hecho de que envidiaba la estatura y el talento musical del tal Aiden, respondí a su gesto con un fuerte apretón de manos.

—Y yo soy…

—Señorito Dorian, ¡aquí está! —La voz de la señora P. atronó en la habitación y la atmósfera lírica que había dejado el piano se resquebrajó en un parpadeo—. Pensé que sabría cuál es la recámara que le preparamos —dijo la buena mujer, acercándose—, ¡pero qué tonta fui! Permítame llevarlo, por favor.

—Gracias, señora P. Solo quería dar un vistazo a *mi habitación* —le dije, aunque mis ojos no se desprendían del que, para mí, seguía siendo un intruso.

—Ah, así que ya conoció al señor Aiden, el protegido del señor V. —sonrió la rubicunda mujer.

¿El «señor Aiden»? Y ¿qué demonios significaba eso de «protegido»? El tipo frente a mí, con su metro ochenta y sus anchas espaldas, no lucía precisamente como alguien que necesitara protección.

—Si me disculpan, estoy un poco cansado —atajé—. Le agradecería que escolte a Aiden a la salida, señora P. Es tarde y…

—Vivo aquí, Dorian —explicó él, todo serenidad, pero la forma en la que había pronunciado mi nombre me hizo rechinar los dientes.

—Venga, lo acompañaré a su recámara —me dijo la señora P., quien al parecer aún sabía cómo leer mis gestos y sospechaba que, si no me largaba de allí en ese instante, se avecinaba un drama.

Ella se dirigió a la salida, esperando a que yo la siguiera. Aun así, me quedé frente al invasor, quien había guardado las manos en los bolsillos de su pantalón y ahora me dedicaba una mirada cínica.

—Preferiría que no me llamaras por mi nombre —le advertí.

—Por supuesto. ¿Prefieres *señorito* Dorian?

—¡Señorito Dorian! —canturreó la señora P. desde fuera de la habitación, como para rematar.

El músico enarcó una ceja y creí ver que me señalaba la salida con sus ojos felinos, como quien dice: «Se hace tarde para tu hora de dormir». Me mordí la cara interna de la mejilla al advertir el asomo de sonrisa triunfal en sus labios. Di un paso hacia él para encararlo antes de dar media vuelta y salir de allí rojo de ira, perseguido por el aroma de la loción del infame que se quedaba soñando despierto con su música en el lugar que había sido el refugio de mis utopías infantiles.

II

—¿Que John me ha prohibido la entrada? Es solo la biblioteca de la casa…

—Lo siento, señorito. Nadie puede entrar ahí, ni a los lugares de la mansión que se encuentran bajo llave, sin permiso del señor.

—¿Desde cuándo ha tomado esta medida?

—Lo hizo a partir de esos odiosos rumores de asesinato de don Oscar, hace unos meses. Un par de empleados inescrupulosos abusaron de la confianza del señor y esculcaron en sus cosas. Por fortuna, esos rumores se extinguieron y el señor John se aseguró de erradicar las habladurías con mano dura.

—Muy propio de él. ¿Qué hay de su carismático huésped? ¿Desde cuándo vive aquí?

—Apenas hará un par de meses de eso, señorito.

—¿Y desde cuando usa mi habitación de ese modo?

—Desde hace un año, si mal no recuerdo. ¿Qué le ha parecido?

—*Encantador*.

—Su habitación, quiero decir.

—Tan arrebatadora como su nuevo dueño. Solo hay una cuestión que me preocupa: ¿dónde han quedado mis cosas?

—Sus… ¿Sus cosas? ¿Se refiere a sus juguetes?

—Me refiero a mis libros. Los que heredé de papá. Creí que estarían en la biblioteca, pero…

—Oh, ¿en verdad no lo sabe?

—¿Qué…? Ay, no. No-no-no-no. No me diga que…

—El señor John consideró que, ya que usted parecía prescindir de ellos, sería un acto generoso donarlos a la caridad.

—¡¿Qué ha dicho?! —solté, haciendo que la señora P. diera un respingo y se detuviera a mitad del pasillo—. Lo siento. —Apreté los labios, intentando contenerme—. ¿Está segura de que John ha hecho eso?

—Contrató a algunos hombres para que se encargaran del traslado. Ocurrió mucho antes de que el señor Aiden se mudara aquí.

—¿Alguien sabe a quién los donó?

—No se lo dijo a nadie, señorito. Lamento mucho que tampoco se lo haya informado a usted. Quizá pueda hablar con el señor John sobre ello cuando vuelva de su viaje.

Me limité a asentir. No lloraría ni aunque quisiera, pero una risa histérica comenzaba a treparme por la garganta, así que no me costó sonreír con ensayado optimismo cuando me despedí de mi antigua niñera.

Fui a encerrarme en la fría e impersonal alcoba de huéspedes que me habían asignado. Apoyado sobre la puerta, con las luces apagadas, tuve que luchar con la sensación de desaliento que me había seguido hasta ese lugar. Entonces vino a mi mente el rostro del «pianista-asistente-protegido del señor V.», y un fogonazo de ira ardió en mis entrañas. Pero, sumergido en las tinieblas de esa habitación en la que yo era más sombra que persona, pensé que aquel rencor era solo una prueba de lo mucho que me detestaba a mí mismo por no ser un poco más como él: sereno, templado, maduro. Pese a no ser el protegido de nadie, yo también tenía algo vivo entre mis manos, y

aunque las mías no fuesen tan extraordinariamente hábiles a la hora de interpretar música, se habían vuelto bastante diestras para traducir la vida en letras. Aun así, bendita ironía: lo mío no era tan fácil de ostentar.

Me dirigí —o más bien arrastré— a una de mis maletas para extraer, entre ropa, manuscritos y agendas llenas de garabatos, algo que había sumado al menos medio kilo de peso a mi equipaje: el libro que hace años había sido mi favorito y, por ende, el único que se había salvado de correr el mismo destino que mi colección. Así, con el tacto irregular de las tapas como una panacea al contacto de mis manos, me desplacé hasta la cama para dejarme caer en el duro colchón.

Abrazado al ejemplar, mirando al techo, me dediqué a buscar la gran historia con la que esperaba dar desde hace tiempo, pero esta seguía en mora. En cambio, un recuerdo nítido pendió de la negrura durante los pocos minutos que tardé en cerrar los ojos y quedarme dormido:

Eleanor Rigby / died in the church and was buried along with her name.
Nobody came.[3]

III

Los días transcurrieron entre el rumor de mis pasos por corredores llenos de habitaciones bajo llave, el rasgueo intermitente de mi pluma contra el papel, y las melodías de piano que provenían de mi antigua habitación cuando se acercaba la noche. Tanto la señora P. como Esteban estaban siempre prestos a charlar conmigo, pero no a ceder respecto a los límites de la casa o a dejar caer algún dato jugoso sobre John ni sobre su protegido. Aquella celosa reticencia, lejos de menguar mi curiosidad, la avivó. ¿Por qué Aiden? ¿Por qué ahora? ¿Por qué tanto secretismo? Una mañana intenté sonsacárselo a Bryan, el miembro más joven y nuevo del servicio.

—Así que, ¿dices que sale a gastarse el dinero de mi tío con sus amigos? —Extraje mi agenda de escritor: una libreta de cuero que solía llevar en el bolsillo a todas partes, aunque ahora, tras días de infertilidad creativa, estaba dispuesto a profanarla con los resultados de mis pesquisas.

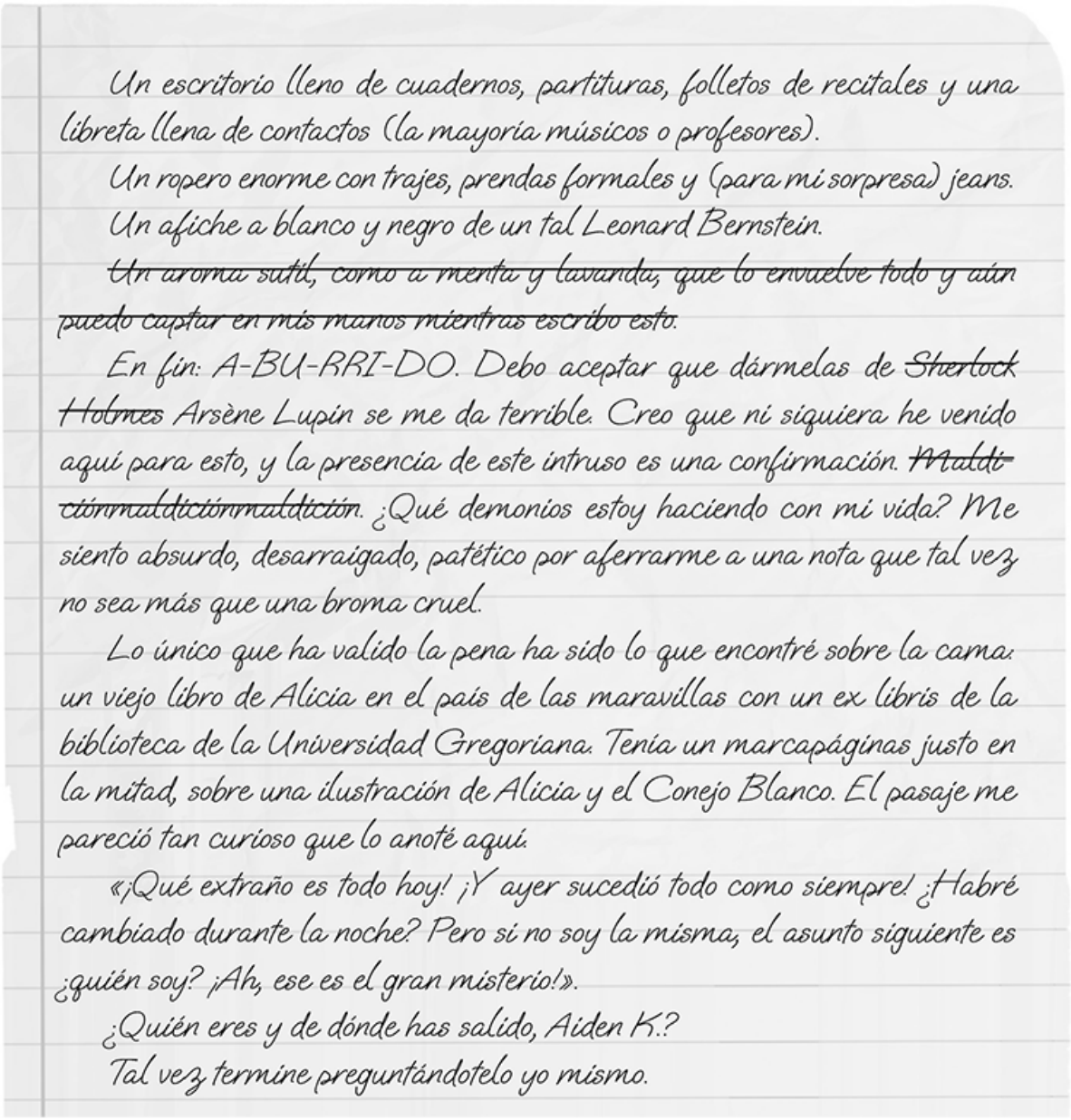
—N-no he dicho eso, señor —respondió Bryan, y tragó saliva mientras yo jugueteaba con la pluma en mi mano—. Solo dije que salía de vez en cuando los fines de semana.

—¿A qué, si no es a juergas universitarias? —inquirí.

—Bueno, creo que acude a algunos eventos que le encomienda el señor… Pero yo no debería contarle esto. Nos lo tienen prohibido…

—Vamos, Bry. Ibas muy bien. ¿Qué tipo de eventos…?

Esteban llamó a Bryan desde el vestíbulo y este se marchó como si le faltaran pies para acudir con su superior. Yo me hundí en el sofá de la sala de estar con un suspiro de desaliento. Sin embargo, en el giro hipnótico de la pluma sobre mis dedos vi una alternativa que no se me había ocurrido: la habitación de Aiden. Estaba en el primer piso, como la mía, pero la de él se encontraba en el ala oeste, justo bajo el nuevo cuarto de música. Tal y como sospeché, la puerta estaba cerrada con llave, pero al dar una vuelta por los jardines encontré que la ventana estaba abierta. Me trepé para entrar allí como si fuera una oleada de viento más, pero no di con la recámara de Barba Azul, ni mucho menos. El resultado de mis hallazgos quedaría plasmado en mi agenda:



Un escritorio lleno de cuadernos, partituras, folletos de recitales y una libreta llena de contactos (la mayoría músicos o profesores).

Un ropero enorme con trajes, prendas formales y (para mi sorpresa) jeans.

Un afiche a blanco y negro de un tal Leonard Bernstein.

~~Un aroma sutil, como a menta y lavanda, que lo envuelve todo y aún puedo captar en mis manos mientras escribo esto.~~

En fin: A-BU-RRI-DO. Debo aceptar que dármelas de ~~Sherlock Holmes~~ Arsène Lupin se me da terrible. Creo que ni siquiera he venido aquí para esto, y la presencia de este intruso es una confirmación. ~~Maldiciónmaldiciónmaldición~~. ¿Qué demonios estoy haciendo con mi vida? Me siento absurdo, desarraigado, patético por aferrarme a una nota que tal vez no sea más que una broma cruel.

Lo único que ha valido la pena ha sido lo que encontré sobre la cama: un viejo libro de Alicia en el país de las maravillas con un ex libris de la biblioteca de la Universidad Gregoriana. Tenía un marcapáginas justo en la mitad, sobre una ilustración de Alicia y el Conejo Blanco. El pasaje me pareció tan curioso que lo anoté aquí:

«¡Qué extraño es todo hoy! ¡Y ayer sucedió todo como siempre! ¿Habré cambiado durante la noche? Pero si no soy la misma, el asunto siguiente es ¿quién soy? ¡Ah, ese es el gran misterio!».

¿Quién eres y de dónde has salido, Aiden K.?

Tal vez termine preguntándotelo yo mismo.

IV

El sábado recibí una carta que hace rato esperaba, y un renovado optimismo me impulsó a almorzar en el jardín, ataviado únicamente con una bata de seda negra y mis pantuflas.

… Así que por fin te liberaste de ese maldito internado. Casi seis años de madrugar a misa (pero bueno, también de bufet, y esa lasaña infinita sonaba muy bien). ¡Tenemos que celebrar! Vamos, dime si ya volviste a la ciudad. De solo imaginarte asintiendo mientras lees esto en vez de venir a casa a confirmármelo me dan ganas de matarte. Que no pase de una semana, ¿sí? ¡Quiero verte! (prometo mantener tu integridad física intacta aunque demores).

Besos, O.

Sonreí ante la perspectiva del reencuentro, guardándome la carta en el bolsillo de la bata. Ya tenía planes para el fin de semana.

—John vuelve mañana, ¿verdad? —pregunté a Bryan mientras él recogía los platos vacíos de la mesa.

—Así es, señor, pero no nos confirmó la hora exacta de su llegada —respondió él, nervioso, en tanto yo le robaba una fresa solitaria que había quedado rezagada en el recipiente del postre.

—Perfecto —sonreí de oreja a oreja, devorando la pequeña fruta roja de un mordisco—. Lleva una botella de vino tinto a mi habitación, por favor.

—¿S-su habitación?

—Ya sabes, la verdadera. —Le guiñé un ojo.

Pronto me hallé en el cuarto de música, esta vez sin intrusiones. No obstante, la visión de los instrumentos —el piano, un arpa, un chelo, un violín—, brillantes bajo el suave esplendor que penetraba por las ventanas desnudas, hizo que la sonrisa que me había acompañado durante el camino flaqueara. Muy a mi pesar, tenía que admitirme que comenzaba a comprender la presencia del músico en esa casa. Sus antiguos ocupantes la habíamos abandonado uno tras otro, mas no el tío John; durante los últimos años, el único soltero de mis tíos paternos había hecho un imperio personal

de aquella galería de recuerdos que una vez fue mi hogar. *Nuestro* hogar. ¿Cómo no habría de necesitar de los instrumentos, del refugio de la música, de sangre joven para hacer de aquel lugar un sitio habitable?

Cerré la puerta detrás de mí y me dirigí hacia el majestuoso piano de cola, cuyo teclado recorrí con los dedos mientras mis ojos intentaban acostumbrarse a la nueva imagen de la habitación. Pronto acudió a mis manos la melodía que me enseñó papá cuando yo era un niño y los V. se habían convencido de que tenía cierto genio musical —la ilusión les duró poco—. Seguía acudiendo a mi memoria con una precisión que antaño me resultaba dolorosa, pero ahora sonaba insulsa, descoordinada, gris. «Si tocara como él…».

Mis manos cayeron sobre las teclas, arrancándoles un espantoso estruendo. Rodeé el piano y vi mi reflejo medio distorsionado en la brillante tapa negra.

—«Soy el protegido del señor John» —recité, dando a mi voz y a mi postura aires de dramaturgo—. «Mi mecenas es un tirano solterón de gran corazón. Me ayuda con la universidad, ¡sí! Eso es algo, ¿o no? Y a cambio le debo tocar…». «¡¿Le debe tocar?!» —imité una escandalizada voz femenina en un falsete chillón—. «¡No crea, señora, no! El piano, ¡por favor! —Sonreí, trepándome sobre el banco—. ¿Le dije que llevo la música en la sangre ya? La de su sobrino, en cambio, es motivo de pesar. Que no cunda el pánico, ¡aquí estoy yo! —Levanté los brazos en alto—. ¡El protegido del señor John…!».

Unos golpes en la puerta me hicieron dar un brinco que por poco me hace perder el equilibrio. Me reacomodé la bata y me pasé una mano por el cabello antes de ir a abrir a Bryan, como si nada.

Solo que no era Bryan.

La imagen de un hombre joven, vestido de traje, de piel pálida y el liso cabello negro echado hacia atrás con pulcro desenfado, hizo que se me revolviera el estómago. Más aún al advertir que llevaba una botella de vino, una copa y un descorchador en una bandeja de plata.

—Aiden —me limité a decir. Al parecer, nuestros días de silenciosa tregua habían llegado a su fin.

El aludido esbozó una sonrisa satisfecha.

—Buenos días, señorito…

—Con «señor» estará bien —lo interrumpí, con la sangre escalando a mis mejillas. De repente me sentía ridículo.

—Escuché que pidió que le subieran vino. Quise traérselo personalmente, si no le molesta.

—En absoluto —dije, aun cuando mi postura tensa me delataba.

Solo cuando él carraspeó me di cuenta de que seguía obstruyéndole el paso, así que me aparté de la puerta a regañadientes. Lo vi poner la bandeja en una de las mesas de la salita de la habitación con movimientos sobrios. Parecía haber aprendido a conducir su cuerpo de la misma manera en la que sus manos danzaban en el piano.

Como si su sola presencia ya no fuera suficiente martirio, comenzó a descorchar el vino él mismo.

—¿Y bien? —preguntó, volviéndose a mí mientras maniobraba con la botella. Sus ojos altivos, que a la luz del día parecían captar los tonos más cálidos del sol, recorrieron mi sencilla vestimenta con cierto desdén. Tuve que contener el impulso de asegurarme de que la bata estuviese cubriendo todo lo necesario—. ¿Cuál es el plan?

—¿El plan? —pregunté mientras me acercaba a la sala.

—*Tu* plan —contestó él, sirviendo el vino en la copa—. Tu tío no sabía que vendrías y no tardará en llegar —explicó—. ¿A qué debemos el honor de tu visita?

Evadí el recuerdo del entierro del abuelo, el silencio sepulcral de la casa embargada, el eco de la puerta tras cerrarse a mis espaldas. En cambio, dejándome caer en un diván de la sala, respondí:

—No hay plan. —La bata se me abrió en el pecho cuando me incliné para tomar mi copa, pero había dejado de importarme—. Además, esta es mi casa. No necesito anunciarme para venir. —Di un sorbo al líquido oscuro y su textura suave me recorrió como un bálsamo.

Entre tanto, Aiden tomó asiento en un mueble a mi lado, pero cuando abrí la boca para preguntarle qué creía que estaba haciendo, él levantó una de sus manos de marfil, mandándome callar.

—A John no le gusta improvisar —declaró, sin una pizca de la máscara servil que había empleado para invadir mi espacio—. Pero eso ya debes

saberlo. Las cosas han cambiado aquí, Dorian. Y, sea cual sea el motivo por el que hayas venido, tendrás que hablar con él si quieres que esta siga siendo tu casa.

Me quedé helado, ajeno al rastro de calidez que el vino había dejado en mi paladar.

—Lo que decida hacer o no, no es de tu incumbencia. Y para ti soy *señor* Dorian —advertí.

Sin embargo, las airosas facciones de mi interlocutor permanecieron inmutables. Inclinó levemente la cabeza, sin dejar de observarme, y el cabello le cayó sobre los cincelados pómulos, confiriendo al aire oriental de sus ojos una intensidad que me tomó desprevenido.

—Tómalo como un consejo, *señor* Dorian —dijo, pero había una nota amenazadora en su voz y mi nombre sonó como una burla.

Yo había tenido suficiente. Me puse en pie y lo observé con desprecio desde lo alto.

—En esta casa solo hay un intruso. Y no soy yo. —Tendí una mano hacia la salida.

Aiden elevó una ceja, como si aquel mínimo gesto fuese toda una respuesta. Se incorporó, cuadró los hombros y acomodó su traje, dando un rápido vistazo a mis pantuflas. Solo entonces abandonó esa habitación llena de instrumentos que, sin alguien que les diera vida, no eran más que cajas vacías.

Volví a sentarme en el sofá y bebí un largo trago de mi copa para deshacer el nudo que se había formado en mi garganta. En el fondo sabía que ni aquella vieja habitación ni lugar alguno en esa casa me pertenecían. Las personas que alguna vez habitaron en ellas se habían convertido en poco menos que fantasmas, y me pregunté si acaso yo, sin siquiera notarlo, me había transformado en uno de ellos.

V

Perdí la noción del tiempo en el ir y venir de la copa de vino a mis labios, sin escatimar medidas. Estaba bastante familiarizado con aquel elíxir, pero a la mitad de la segunda botella, cuando el cielo comenzaba a vestirse de pesadas

nubes de plomo, mis movimientos se volvieron torpes y un inmenso aburrimiento me empujó a salir del cuarto de música.

Anduve por los pasillos de la casa como un vagabundo, con la bata de seda a medio atar en la cintura y la visión limitada por las ondas rubias que me caían sobre los ojos. Con una mano probaba las cerraduras de las habitaciones sin mucho éxito, mientras que con la otra sostenía la botella de la cosecha del 62. Solo me detuve al llegar al tercer piso y reparar en que el cuarto principal de la casa, al fondo del corredor, estaba abierto de par en par. *La habitación del tío John*.

Una de las mujeres encargadas del aseo acababa de salir de allí, llevando en brazos lo que parecía ser ropa de cama. Mientras ella acomodaba su carga en una cesta, me acerqué tan rápido como pude hasta que estuve dentro, donde me escondí tras uno de los muebles y contuve el aliento. Entonces escuché el chasquido de la puerta al cerrarse. Me disponía a celebrar mi victoria cuando noté que el dormitorio de John estaba lejos de parecerse a la estúpida recámara que me habían asignado. Era grande y acogedor, con maravillosas vistas a la ciudad y a los campanarios de sus iglesias. Una exquisita colcha de delicados brocados cubría la monumental cama, más propia de un rey que del aburrido político solterón que debía ocupar un porcentaje mínimo de ella cada noche.

Resistí el impulso de lanzarme a la cama y probar con mi piel la tersura de las mantas recién planchadas y la suavidad del colchón bajo mi peso. En vez de eso, me puse a abrir cajones y examinar los libros, los peines, los frascos de pastillas para el dolor de cabeza o las hemorroides y uno que otro documento sin importancia. Abrí las puertas del armario y una carcajada etílica burbujeó en mi garganta cuando vi los sujetadores de medias que pendían de un gancho, pero todo rastro de hilaridad me abandonaría al captar una familiar voz grave y unos pasos que ascendían por las escaleras en dirección a esa misma recámara. *John V.*

Mi reflejo me devolvió la mirada desde el espejo del tocador y vi mi manzana de Adán subir y bajar cuando tragué en seco. Esto era malo. *Muy* malo. Cuando dejé de oír pasos en las escaleras y comencé a escucharlos en el corredor, el terror se apoderó de mí y me devolvió un poco de la sobriedad que creí necesitar para salir bien librado.

Sin pensarlo dos veces, me introduje en el armario y me apuré a cerrarlo detrás de mí. El olor a perfume caro y a tabaco por poco me hacen estornudar, pero me contuve. Retrocedí entre la oscuridad y las prendas hasta que mi cuerpo tocó el fondo del ropero. Fue entonces cuando sentí una repentina presión en la espalda baja. Tanteé en la oscuridad con una mano hasta dar con lo que había tocado: era un pomo pequeño que a duras penas cabía en mi palma. Bastó la débil presión de mis dedos para que soltase un repentino chasquido y detrás de mí se abriera una suerte de portal en el que caí de espaldas antes de que pudiera evitarlo.

El piso alfombrado me recibió con un ruido sordo y una luz mortecina se encendió con la apertura de la puerta, revelando una cámara mucho más grande que el armario. Me hallé rodeado de distintos vestuarios y ornamentos que permanecían custodiados tras las puertas de vidrio de unas estanterías. La silueta de un cuerpo masculino por poco me hace soltar un grito, hasta que comprendí que solo se trataba de un maniquí. El artilugio exhibía un esmoquin negro, con los hombros cubiertos por una capa negra y una cinta roja cruzada sobre el pecho. De ella pendían una serie de emblemas que eran eclipsados por el escudo que resplandecía en el centro, formado por un compás y una escuadra.

Me incorporé con algo de esfuerzo y me acerqué al escudo, dejándome llevar por una sacudida de reconocimiento. Estaba seguro de haber visto ya aquel conjunto de signos. Lo supe cuando, al bajar la mirada a las manos del maniquí, me deslumbró el destello de un anillo de plata. Lo extraje y lo acerqué a mis ojos tanto como pude, dejándome encandilar por la belleza familiar de la piedra roja que brillaba en el triángulo del centro, custodiada por las alas del pájaro. Sin embargo, fue lo que vi al levantar la vista de nuevo lo que terminaría de encajar las piezas.

Tras el maniquí, en el enorme tapiz que cubría la pared, había un emblema circular de tres escudos —un ave bicéfala, una rosa de los vientos y un león— encadenados a un cáliz en el que se mezclaba la esencia del sol y de la luna. Dos manos a derecha e izquierda señalaban los cuatro símbolos que rodeaban la copa, y encerrando todo aquello, en letras cursivas, se encontraba la frase: *Visita interiora terrae rectificando invenies occultum lapidem*. La palabra me atravesó como un rayo antes de acudir a mis labios:

—V.I.T.R.I.O.L.

Recordé el rincón de la biblioteca de campo del abuelo donde solía colgar ese mismo símbolo circular. Los V. decían que solo era un recuerdo de la Orden a la que la familia había pertenecido hace años; una vieja tradición. Pero allí, con todas aquellas reliquias a mi alrededor perfectamente pulcras y prestas a ser usadas, lo que siempre me pareció una leyenda adquirió dimensión, peso, *vida*.

Oí ruido detrás de mí y me apuré a guardar el anillo en el bolsillo de la bata. La imagen de John materializándose de entre las prendas, cual personaje de *Las crónicas de Narnia*, me pareció surreal. Yo me había quedado petrificado. Los efectos del alcohol parecían haberme abandonado y sentía que la realidad se precipitaba sobre mí a velocidad vertiginosa.

—¿Qué demonios significa esto? —preguntó con una voz gélida que no tenía nada que ver con la de la adorable Lucy Pevensie.

John parecía haber envejecido varios años desde el funeral, y el brillo mortecino de las bombillas daba a su rostro una dureza que terminó de helarme la sangre. Aun así, el alcohol que circulaba por mi cuerpo me concedió las agallas necesarias para responder:

—Qué curioso. Justo iba a hacerte la misma pregunta. —Señalé el maniquí.

John se acercó a mí y me dedicó una mirada llena de algo que, por la manera en la que me hizo estremecer por dentro, no podía ser otra cosa que odio. Con uno de sus finos zapatos de cuero retuvo la botella de vino, que había dejado un rastro escarlata en la alfombra. Sus fosas nasales se dilataron y por un instante pensé que me abofetearía. En cambio, soltó una de esas frases típicas cuyo peso yo solía ignorar a punta de costumbre:

—Esto es inadmisible.

—Lo sé —respondí como si nada—. Pensé que lo de la Orden era solo una vieja leyenda de la familia, pero, desde que sigues guardando esto en tu armario —hice un gesto vago hacia las estanterías—, evidentemente…

—¡Cierra la boca, Dorian! —El grito me espabiló mejor de lo que lo hubiera hecho un manotazo—. No me importa de dónde vienes o a qué viniste. Debes marcharte.

—¿De qué demonios estás…?

—¡Lárgate de esta casa ahora mismo!

El silencio que sucedió al grito se levantó entre los dos como un muro de concreto. Avancé un paso hacia él hasta estar a la altura de sus ojos, advirtiendo, sin querer, que eran del mismo peculiar marrón verdoso que los míos. Resultaba irónico que ni siquiera eso me librara de la sensación de desconocer por completo al hombre que tenía enfrente.

—No me iré de aquí hasta que me digas qué has hecho con mis libros —declaré—. ¿Dónde están?

John se restregó la mandíbula con una mano, y advertí que lo que ocultaba tras ese gesto era una mueca sardónica.

—*Tus libros* —repitió con desprecio—. Esos libros no eran tuyos, sino de un hombre enfermo. Nadie necesitaba tener un recordatorio de esa tragedia cerca, así que me deshice de ellos.

—¡Mientes! —grité, temblando de ira—. Si no me quieres cerca, ni a mí ni a nada que te recuerde a mi padre, ¿qué es todo esto?

Un hombre trajeado y corpulento entró en la cámara, alarmado por los gritos. Por un momento, la absurda visión de sus anchas espaldas medio atoradas en la estrecha puerta pareció producto del alcohol.

—Sácalo de aquí, Travis —ordenó John sin más.

A mí las palabras me habían abandonado, pero hallé el camino a la salida antes de que el guarda pudiera ponerme las manos encima.

No trastabillé en el pasillo, pero me costó algo de trabajo conducir mi cuerpo a través de las escaleras. El anillo que llevaba en mi bolsillo había revivido en mí una serie de memorias sombrías que intentaban sobreponerse al presente con intensidad cegadora, y la sigla, la maldita sigla, no era sino una advertencia sobre la vigencia de una Orden que se suponía extinta desde hace años.

La súbita colisión con otro cuerpo hizo que el cabello que me caía sobre los ojos se apartara con el impacto, y ante mi vista despejada apareció la grácil y odiosa imagen de Aiden, quien me sujetó de un brazo como para evitar que yo cayera, o como si yo fuese un niño malcriado que mereciese una reprimenda. Me deshice de su agarre de un tirón.

—Dorian —me llamó en tono bajo, pero yo ya seguía mi camino y su voz me llegaba de lejos, como desde un sueño—. Oye…

—¡Déjame en paz! —exclamé, girándome a él más rápido de lo que la borrachera me lo permitía. Me tambaleé un poco y tuve que aferrarme al barandal que asomaba al vestíbulo para recobrar la estabilidad.

Entonces reparé en que la sala principal de la mansión había sido invadida por alrededor de diez adultos que parecían compartir ropero con el tío John. Solo levantaron la cabeza de sus bebidas para darme una mirada que mezclaba sorpresa y desdén en partes iguales. Lo que ellos no sabían era que, después del encuentro con el «señor de la casa», me sentía inmune al desprecio. Así que, antes de marcharme, decidí dejar una impresión memorable —ya que una buena era imposible—: extendí los brazos y me agaché en una torpe imitación de aquellas venias que hacen los actores de teatro al final del espectáculo.

Cuando levanté la mirada, no me volví a ellos, sino a Aiden. Me contemplaba desde las sombras del pasillo, con las manos en los bolsillos y los ojos iluminados, como si se hubiesen hecho con el resplandor dorado del día… ¡Dios! Aún debía encontrarme demasiado ebrio, porque la mirada encendida del tipo parecía estar acompañada de una leve oscilación de cabeza, como si asintiera, como si con aquel sutil movimiento contestase una pregunta cuya respuesta yo necesitaba desesperadamente.

VI

Familia usque ad aras era el lema del que los V. se jactaban en cada oportunidad que tenían, y decoraba algún rincón de cada propiedad que estuviese en posesión de la familia, mausoleos incluidos. Mientras bajaba las escaleras del vestíbulo, ya vestido y listo para marcharme, me detuve en el descanso para contemplar el escudo de armas de los V., que resplandecía en un formidable vitral gótico. Sus llaves cruzadas representaban los secretos de la familia; el ave de dos cabezas, la sabiduría, y la espada que esta sostenía entre sus garras, la herencia heroica de las primeras generaciones. En el centro relucía la inicial de mi apellido, y su lema se hallaba inscrito en una cinta con letras mayúsculas. Aquella frase aludía a la prioridad de los vínculos sanguíneos hasta el final de la vida. Era una lástima que, en la práctica, como puedes ver, su cautivador simbolismo tendiera a aplicar a la inversa. Al menos para mí.

Los susurros de los invasores me persiguieron a lo largo del corredor que conducía al jardín trasero, donde el tío John bebía un whisky en las rocas junto a algunos de ellos. Se había vuelto a mí con un lánguido movimiento de cabeza, como si anticipara lo que aparecería ante sus ojos y lo aburriese terriblemente tener que confirmarlo.

—Feliz viaje, Dorian —murmuró antes de que yo pudiera decir una palabra—. Yo ya estoy demasiado ocupado con la campaña como para esto. Ve con Daniel o vuelve a casa.

—Esta es mi casa —respondí, y me sorprendió notar que permanecía tan impasible como John.

—Hola, jovencito —intervino de repente una de las personas de la mesa; una mujer pelirroja y elegante que no debía pasar de los cuarenta—. Soy Mara, jefa de campaña. Permíteme decirte que en este momento tu tío está demasiado ocupado, y tanto su tranquilidad como su imagen deben permanecer intactas, así que en verdad agradeceríamos si fueses discreto y no des de qué hablar volviendo a tu casa y…

Bufé, cortándola.

—¿Se refiere a la casa que acaban de embargar por las deudas de mi abuelo? —pregunté, dejando mudos a mis interlocutores—. Ya lo dije: esta es mi casa, así que volveré pronto. Quizá con la prensa. Apuesto a que les interesará saber del peculiar pasatiempo de…

—¡Travis! —el nombre que brotó de la boca de John hizo dar un respingo a sus invitados, que se habían quedado callados y observaban la escena como si estuviesen en plena noche de ópera.

Cuando el grandullón comenzó a acercarse a mí, comprendí que mi tiempo en la mansión de los V. había terminado, así que tomé uno de los vasos de whisky servidos en la mesa y, sin despegar la vista de John, di un buen trago antes de retirarme con la frente en alto por el pasillo que conducía a la zona frontal de la propiedad.

A mitad de camino, unas arcadas me impidieron tragar todo lo que quedaba en mi boca, y en cuanto estuve fuera de la vista de todos, escupí el licor entre un par de arbustos con un gemido lastimoso. Con las manos en las rodillas y el rostro oculto bajo mi cabello, pensé que sería un momento perfecto para romperme en sollozos. Luego podría justificarme a mí mismo alegando que aún no estaba del todo sobrio. Pero también sabía que lo que

me invadía era demasiado denso para ser liberado con un par de lágrimas. No, no quería llorar. Quería respuestas. Quería venganza.

—Lo lamento tanto, señorito Dorian —dijo una voz afable a mis espaldas.

Apreté los ojos. El pulso me tamborileaba en las sienes y sentía que un rubor etílico me subía a la cabeza.

—Estoy bien, señora P. —dije a mi pesar, volviéndome a ella con mi sonrisa más encantadora—. Estaré bien. —Me acerqué para despedirme, pero ella se adelantó y me acogió en un abrazo maternal.

—Que Dios lo bendiga, señor. —La manera en la que había dicho «señor» en vez de su habitual «señorito», con una nueva nota de solemnidad, me conmovió.

Le agradecí, tomando su mano entre las mías, y le pedí que guardara mis maletas hasta que yo encontrase un lugar seguro en dónde quedarme. Lo único que extraje de ellas fue mi viejo libro, que llevaba bajo el brazo cuando me despedí del personal antes de dejar la casa. Sabía exactamente a qué lugar debía acudir.

Al ver la propiedad por última vez antes de marcharme, recortada contra el cielo encapotado, con sus ventanas brillantes y sus jardines oníricos, pensé que, en definitiva, no era yo quien se había convertido en un fantasma. En cambio, aquel lugar —al igual que mi vieja habitación sin una cama, o los instrumentos solitarios que permanecían en ella— se comenzaba a convertir irremediablemente en uno. Lo único que la mantenía con vida eran los secretos que custodiaban sus paredes y las bellas notas del piano que la brisa trajo a mis oídos antes de que yo retrocediera y me alejara. Al parecer, nadie sospechaba que, entre tanto, iba tanteando entre mis dedos el último trozo que llevaba de él: el anillo que, cual premio de consolación, viajaba seguro en el bolsillo de mi abrigo.

Notas:

[1] «Ah, mira a todas las personas solitarias».

[2] «Todas las personas solitarias / ¿De dónde vienen? / ¿A dónde pertenecen?».

[3] «Eleanor Rigby / murió en la iglesia y fue enterrada junto a su nombre. / Nadie acudió».

3

AMOR FATI

I

A medida que caminaba por esas calles cercadas de estructuras formidables que evocaban años dorados, el cielo encapotado fue cediendo al aguacero que amenazaba ya hacía algunas horas. Guardé mi libro dentro del abrigo y, a medida que la lluvia rompía sobre mí, abriendo pequeños ríos bajo mis pies, seguí mi marcha hasta llegar al barrio universitario.

Tras recorrer algunas cuadras, me vi reflejado en la vitrina de una de las librerías centenarias de la ciudad. *Biblioteca de Alejandría: libros y antigüedades*, versaba el cartel de letras doradas que pendía sobre la puerta. Durante mi último año en el colegio había aplicado a un trabajo de medio tiempo que ofrecía aquel establecimiento para alumnos con buenas notas en Literatura, y aunque había sido aceptado de inmediato, mi abuelo, al enterarse, había deshecho toda posibilidad de que mi sueño se materializara. De hecho, tuvo el detalle de decomisar mis documentos para asegurarse de que yo no fuera a actuar sin su consentimiento, y tras su muerte, estos habían pasado a manos de mi nuevo benefactor —o más bien, un verdugo del que huía—, pero ya habrá tiempo para hablarte de él.

Si antes he dicho «sueño» es porque eso era aquel lugar: al igual que el resto del sector, la librería se había resistido al paso de los años, solo que en ella la sensación de anacronía parecía rebosar desde dentro. Las antigüedades en el escaparate relucían un irónico brillo de novedad: un teléfono de los años treinta, un globo terráqueo de madera y vidrio, un gramófono… Más allá, la luz cálida de las bombillas se esparcía sobre unas

estanterías llenas de libros de todo grosor, tamaño y edad, entre los que intenté imaginar el tomo que yo mismo abrazaba bajo el abrigo. El estómago se me encogió. Apenas me quedaba dinero y esa era la última alternativa que tenía para subsistir por mí mismo al menos por un tiempo, lejos de las condiciones que los V. pretendían imponerme.

Entré con cierto recelo, contemplando con sorpresa la campanita que tintineó encima de la entrada para anunciar mi llegada. Cuando la puerta se cerró detrás de mí, me invadió la fuerte sensación de que el mundo entero había quedado relegado a leguas de distancia. Una oleada de calor me abrazó, incitándome a quitarme el empapado abrigo mientras aspiraba el aroma de los libros, potenciado por el de la madera barnizada de los suelos y las estanterías. El rumor de la lluvia y del tráfico parecía el débil eco de otra dimensión, porque allí la quietud solo era interrumpida por la suave melodía de jazz que reproducía un viejo tocadiscos.

Acomodé mi abrigo bajo un brazo para ocultar el libro, y dejé que mis ojos vagaran por las estanterías y los objetos que las rodeaban, componiendo una perfecta simetría en la que me hubiese quedado enganchado por algunos minutos… de no ser por la voz que intervino para decirme que ya estaban cerrando. Era la mujer que se encontraba sentada ante la caja, quien mantenía los ojos fijos en una revista que leía con atención bajo la luz cetrina de las lámparas.

Me aclaré la garganta y erguí mi espalda antes de decir, sonriendo:

—Lamento molestar, pero necesito hablar con su jefe.

—¿Viniste por el anuncio?

—¿El anun…? Ah, sí, por supuesto, vine por el anuncio.

Mis palabras parecieron romper el hechizo de la revista, porque la cajera desprendió sus prominentes posaderas del diminuto asiento y, con un gesto de cabeza, me indicó que la siguiera por el pasillo principal.

—No suele estar aquí a esta ahora —me iba diciendo—, así que supongo que estás de suerte.

La cajera me dejó en la trastienda, que debía ser el corazón de la librería: una auténtica floresta de tomos y páginas donde ansié perderme por un momento.

—¿Puedo ayudarte en algo? —preguntó una voz femenina desde el fondo de la sala, y el sonido fue tan suave que, pese a haberme tomado por

sorpresa, me hizo sentir que terminaba de deslizarme en aquel territorio etéreo y atemporal que acababa de revelárseme.

La mujer que me veía desde el escritorio lucía como una torre de marfil en medio de un bosque de oscuros robles, sentada entre columnas de libros y más objetos curiosos en los que ya no me pude fijar cuando mis ojos encontraron los suyos: oscuros y brillantes tras unos lentes circulares de montura negra, a juego con la corta melena de ondas oscuras que enmarcaban su rostro felino. Su imagen se me antojaba más surrealista a medida que me aproximaba y podía fijarme en las pecas que salpicaban su nariz, sus labios del color del vino y la fina línea que apareció entre sus cejas delgadas cuando le dije:

—Vengo por el anuncio.

Apoyó los codos sobre la mesa y me miró por encima de sus lentes. Vi cómo su lengua se paseaba entre sus dientes en un gesto pensativo que ejerció un inusitado poder en mí.

—¿Qué edad tienes? —indagó entonces con su voz de seda.

Solté una risa que, por supuesto, no fue correspondida. La pregunta iba en serio. Avancé un paso y ella levantó la cabeza para seguir sosteniéndome la mirada con sus inclementes ojos de ónix.

—La suficiente —aseguré, aunque seguía sin tener idea de qué era lo que decía ese anuncio.

Sus labios torneados compusieron una sonrisa cruel mientras el lejano rumor de un trueno llenaba el silencio de la estancia.

—¿Puedes probarlo? —preguntó, y dejó que sus ojos viajaran por mi cuerpo. Habría jurado que ejercían algún tipo de contacto, una suerte de caricia incorpórea donde quiera que se posaran, pero tuve cuidado de no dar muestras de todo lo que se me pasaba por la cabeza.

—Verá, señorita…

—*Señora* Adela M. —aclaró ella.

La miré atónito. Ni siquiera parecía acercarse a los treinta. ¿Tendría esposo? ¿Hijos, acaso?

—*Señora* M. —continué—. En este momento no tengo a mano mis documentos, pero puedo demostrarle mi aptitud para el empleo que ofrece.

Adela me dedicó otra de sus largas miradas, sin parpadear.

—Supongo que lo que sea que lleves bajo tu ropa debería darte algo de mérito —comentó.

Mis ojos se abrieron por el pasmo y mi sangre bombeó hacia cada una de mis extremidades. «Se refiere al abrigo, idiota», me reprendí. Pero, antes de que pudiera responder…

—¿Visitas, *mon ange*? —irrumpió la voz grave de alguien que comenzaba a descender de una escalera de caracol en un extremo de la sala.

—Querido, este… *muchacho* vino por el anuncio —contestó Adela, mirándome de reojo antes de volverse a quien se acercaba.

«Muchacho». La palabra, pronunciada con esa nota de displicencia, alborotó los rezagos de mi resaca. Me volví a regañadientes al que no debía ser otro que el señor M., el librero, cuya figura se iba revelando en cada una de las espirales de las escaleras: lucía un anticuado traje de chaleco gris, y su cabello castaño, peinado con esmero —y una buena dosis de cera—, estaba veteado de mechones blancos, al igual que el tupido bigote que se rizaba, orgulloso, en las esquinas de su boca. Sus finas gafas de lectura captaron el brillo ambarino de las bombillas cuando se aproximó, mirándome de arriba abajo.

—¿Qué te ocurrió, chico? —preguntó con una mueca.

Yo apenas comenzaba a adquirir conciencia de mí mismo a esas alturas: pálido, famélico, resacoso y empapado de pies a cabeza.

—Nada importante, señor —contesté a mi pesar, irguiendo los hombros.

Entonces Adela, que ya rodeaba el escritorio para salir de su fortaleza con sigilo, atajó:

—Dudo que lo que guarda bajo ese abrigo sea su currículum.

Sentí que la sangre galopaba hacia mi rostro.

—¿Es una broma? —preguntó el librero, entrecerrando los ojos.

Comprendí que mis oportunidades allí se habían vuelto nulas.

—No, señor. Yo… —Me obligué a descubrir el libro que había ocultado inútilmente—… en realidad vine aquí para ofrecer esto. —Mi voz sonó firme, pero un doloroso nudo me cerraba la garganta.

—Debiste haber comenzado por ahí —suspiró Adela, poniéndose al lado del librero.

La miré de reojo. Llevaba un abrigo grueso que ocultaba casi la totalidad de su cuerpo, pero dejaba al descubierto unas bonitas pantorrillas y unas zapatillas de aguja con las que, en mi imaginación, la veía pisándole el rabo al diablo con inclemente gracia angélica en una sublime reinvención del arcángel Miguel.

—¿Qué tenemos aquí? —preguntó el librero, arrebatándome el tomo de las manos—. Vaya, una primera edición traducida de Julio Verne —dijo el hombre arqueando las cejas, al tiempo que examinaba delicadamente las páginas—. *Veinte mil leguas de viaje submarino*. Una verdadera joya. ¿De dónde lo sacaste?

—Fue un regalo —contesté con sequedad.

—En la dedicatoria hay un apellido bastante sonado en esta ciudad —dijo él acariciándose una barba imaginaria—. ¿Acaso conoces a los V.? A algunas cuadras de aquí vive un político importante con ese apellido… ¿Cuál era su nombre?

—¿Se refiere a John? —inquirí, escéptico.

—¿Lo conoces? —preguntó el librero dando un paso abrupto hacia mí. Tuve que resistir el impulso de recular.

De repente el hombre parecía más interesado en los V. que en el libro, el cual ahora pasaba a las manos de su encantadora esposa, y me pregunté si, esta vez, ser miembro de esa familia obraría a mi favor.

—Es mi tío —dije entonces, sin más. «Por desgracia», pensé. «O por fortuna. Ya veremos».

El hombre, que primero me miró a los ojos con detenimiento, como si buscara en ellos algún rastro del parentesco al que acababa de referirme, de repente se echó a reír batiendo palmas, como si hubiese escuchado un muy buen chiste.

Aquello fue más de lo que yo estaba dispuesto a soportar. Me dirigí a Adela, quien se había sentado sobre el escritorio con las piernas cruzadas para hojear el libro, y se lo quité de las manos con una apurada disculpa. Entretanto, el librero me seguía con intención conciliadora.

—Lo lamento, muchacho —decía tratando de recobrar la compostura—, pero me cuesta creer que tú seas el hijo menor de William V. ¿Cómo es

posible que alguien de esa familia haya terminado… —me miró de arriba abajo— *así*?

Rodé los ojos, exhausto.

—Lamento haberles hecho perder el tiempo. —No acababa de dar media vuelta cuando la voz de Adela me detuvo.

—Es él —dijo—. Hace meses recibimos su currículum. Él quería trabajar con nosotros, y nosotros con él. Pero las cosas no se dieron —explicó Adela al librero. Me volví hacia ella, y sus ojos, suavizados en esa expresión compasiva que había leído en ellos antes, regresaron a los míos—. Lamento lo de tu padre —agregó, como si me hubiera leído la mente.

Me encogí de hombros, pero algo se removió dentro de mí. Hace muchos años que no recibía condolencias por el fallecimiento de papá. De hecho, una de las razones por las que había abandonado la ciudad fue para librarme de las secuelas que la muerte suele dejar a su paso. Toda noticia que implique una tragedia se riega como pólvora; una avalancha de morbosidad disfrazada de condolencias. Más aún cuando el implicado es un exitoso abogado y hermano de un político en ascenso.

—Solía tener una colección de ediciones antiguas, como esta —dije mientras pasaba los dedos por el lomo de cuero del libro—. O más bien mi papá, pero yo los heredé.

—Ya me parecía que ese libro pertenece a una colección —comentó Adela—. ¿Qué ocurrió con los demás?

Apreté la mandíbula, reprimiendo la amargura del recuerdo.

—Mi tío los donó… *por accidente* —me obligué a agregar por lo bajo, como si regalar cosas ajenas fuese un evento fortuito.

—Un impetuoso sentido altruista —observó el librero—. Muy propio de los V. Solo por curiosidad, ¿a quién se los donó?

—No tengo idea de dónde están —levanté los ojos al librero—, pero… Espere, ¡usted es un anticuario! —exclamé, cegado por el destello súbito de una idea.

El librero enarcó una ceja.

—Brillante observación.

Sacudí la cabeza.

—Lo que quiero decir es que usted podría ayudarme a encontrar los otros libros de mi colección.

—Bueno, sí, podría hacerlo, si eso es lo que quieres. Pero ¿qué tanto estarías, digamos… —carraspeó—… dispuesto a hacer?

—Dígame qué quiere que haga y lo haré —respondí con una resolución que un oyente cauto bien pudo haber traducido en desesperación.

—¿Y qué tal si es algo más bien, digamos… —Mi interlocutor se pasó la lengua por los labios y comencé a notar un brillo de sudor en su frente—… *íntimo*?

Retrocedí un paso, horrorizado. «¿Pero qué demonios…?».

—Oh, no. *No, no, no* —el librero sacudió la cabeza con tanta vehemencia que se le escapó un mechón de cabello de su peinado engominado—, creo que me estás entendiendo mal, chico.

La cajera llamó a Adela, quien se había llevado una mano a los labios para disimular un acceso de risa. Abandonó su sitio y desapareció de la trastienda con su andar grácil. Entre tanto, su esposo dio un paso más a mí y me habló en tono confidencial.

—Puede que tenga trabajo para ti, muchacho —dijo, mientras sus ojos grisáceos capturaban el destello fragmentado de las bombillas—. Si me permites, lo discutiremos con detalle en un lugar más adecuado.

Abstraído, dirigí la mirada hacia la cubierta de mi libro, sintiendo el aguijonazo de la melancolía de aquellos que tan solo comprenden que lo han tenido todo cuando ya no les queda nada. Había comenzado a asentir con la cabeza. Entonces me volví al librero y vi de nuevo en sus pupilas las luciérnagas que sobrevolaban ese mar oscuro en cuyo centro pude contemplar mi reflejo solitario, mis brazos cerrados sobre los lomos del viejo libro.

—Claro —me escuché decir.

El destino está hecho de las coincidencias más extrañas.

II

Un metrónomo clásico, con un ojo dibujado a mano en el centro del triángulo, marcaba el ritmo de los segundos con su perpetuo tictac. Mientras tanto, el tiempo huía hacia algún lugar lejos de aquella oficina

atiborrada de libros, cuadros, papeles y elementos cuya utilidad era fácilmente cuestionable. Como el bendito metrónomo con el Ojo que todo lo ve que parecía haberse aburrido de mí tras el primer vistazo. Levanté una mano para detener el péndulo, pero el librero, que me escaneaba desde su enorme silla de cuero como si yo fuese una escultura antigua que tuviese que inventariar, se me adelantó y lo detuvo él mismo. Me sonrió como disculpándose y carraspeó de un modo que me llevó a cuestionarme la razón por la que me encontraba en ese lugar.

—Dime, chico… —comenzó a decir por fin.

—Mi nombre es Dorian, señor —me apuré a aclarar.

El librero elevó las cejas y unas finas líneas aparecieron en su frente. La luz blanquecina que se colaba por una amplia ventana le daba de lleno en el perfil, evidenciando que ante mí tenía a alguien más joven de lo que aparentaba con su traje, las canas prematuras, los lentes y ese absurdo mostacho. A duras penas debía llegar a los cuarenta.

—Te queda bien —me dijo, entornando los ojos—. Me recuerdas al personaje del libro de Wilde. Pero sin los ojos azules ni…

—Gracias —lo interrumpí, forzando una sonrisa.

—Si lo leíste, sabrás que no es con exactitud un halago. La vanidad lleva a un mortal a sellar un pacto que lo supera; la búsqueda de la preservación del cuerpo termina corrompiéndolo de adentro hacia afuera. Una verdadera tragedia, ¿no crees?

—La verdadera tragedia hubiera sido que no lo intentara.

El librero asintió con parsimonia.

—«Si se resiste, el alma enferma, anhelando lo que ella misma se ha prohibido» —recitó meditabundo—. Muy por la línea de lord Henry, ¿eh? Comienzas a caerme bien. Puedes llamarme Guido, mu… Dorian. Cuéntame, ¿quién eres?

Luego de una breve presentación en la que no incluí los detalles menos halagüeños de mi currículum, Guido seguía contemplándome con el rostro apoyado estoicamente en una de sus manos, como si lo que le acababa de contar fuese demasiado obvio.

—¿Quién eres, Dorian? —insistió cuando terminé de hablar.

Lo miré sin parpadear.

—Me parece que se lo acabo de decir.

—No, muchacho. Acabaste de resumirme lo que probablemente conste en la aplicación que enviaste aquí hace meses, pero no es lo que acabo de preguntarte. No eres tus dieciocho años, tus notas, la ciudad de la que llegaste o el lugar en el que estudiaste. Esas son simples coincidencias que te han correspondido de manera aleatoria, tal y como pudieron corresponderme a mí o a cualquier otra persona en el mundo. Mi pregunta es, ¿quién eres *tú*?

Me dejé caer sobre el espaldar de la silla y consideré mi respuesta, arrugando la frente. ¿Qué tipo de entrevista de trabajo era esa? Me sentí interpelado, incómodo, y ansié regresar al arrullo aletargador de la lluvia. Sin embargo, al recordar lo que me había conducido hasta allí, no pude más que darle la razón a Guido. Así que, si ninguna propiedad, nombre o título adquirido decían nada de mí, ¿qué era lo que quedaba? Rememoré el eco de la puerta al interior de la casa de mi abuelo cuando la cerré detrás de mí, y me sorprendió encontrar allí la respuesta: yo era el ruido que se propagaba a trompicones alrededor de una habitación vacía, de paredes como lienzos blancos en las que un niño eterno garabateaba su propia historia, llevando un libro bajo el brazo.

Tomé el volumen que yacía en mi regazo y lo puse encima del escritorio.

—Esto —declaré—. Esto es lo que soy.

Guido asintió poco a poco.

—Eso está mejor —dijo al fin—. ¿Lector o escritor?

—Los dos, gracias a lo primero.

—No hay otra manera —dijo él con expresión cómplice—. Lo que sí hay, Dorian, es otra forma de saber quiénes somos… —Se levantó del asiento y rebuscó en su exuberante biblioteca personal hasta dar con un tomo grueso que levantó una pequeña estela de polvo cuando fue extraído de su lugar —… y es: saber de dónde venimos —indicó, volviéndose hacia mí.

Retiré mi libro para hacer espacio a las tapas de cuero del otro, que se abrieron como las alas de una enorme mariposa cuando Guido lo depositó sobre el escritorio. Buscó en el índice hasta dar con la página que buscaba. Una vez que la encontró, giró el tomo hacia mí y acarició con una mano el papel amarillento en el que se extendía un árbol genealógico donde mi

apellido aparecía, desaparecía y volvía a aparecer entre otros, vagamente familiares.

—Tu familia es una de las más antiguas de esta ciudad —comentó Guido concentrado en las viejas páginas que desprendían un penetrante aroma a polvo y a algo añejo que no supe distinguir—. Destacaron por ser grandes comerciantes y personajes influyentes en la política. De hecho, tu tátaratatarabuelo, Sócrates V., fue uno de los fundadores de la Orden del Templo de Alethéia. ¿Lo ves?

Yo seguía los dedos de Guido como hipnotizado, leyendo los nombres escritos en una impresionante caligrafía cursiva. Sabía del pasado de los V. con una Orden e instituciones políticas, pero jamás imaginé toparme con un tomo que rastreara mis ancestros y su legado con tal minuciosidad. Acerqué una mano a esas páginas llenas de nombres y secretos que invitaban a ser descubiertos, pero Guido cerró el libro antes de que siquiera alcanzara a rozar el papel.

—Linajes como el tuyo poseen un legado fascinante que ha logrado sobrevivir generación tras generación —comentó apoyándose sobre el tomo para inclinarse hacia mí. Pude ver las motas irregulares en sus ojos grises—: el poder, la erudición, la fortuna… Y diría también que su relación con la Orden, pero todos sabemos que eso se extinguió hace años…

—¿Y qué si no se extinguió? —solté antes de poder evitarlo.

Guido pareció quedarse sin palabras por unos segundos en los que extrañé el tictac del metrónomo.

—Dime algo, Dorian —dijo al fin—. ¿Lo que te interesa es rastrear esos libros o los orígenes de los V. y la Orden?

Le sostuve la mirada. Una parte de mí quería mostrarle el anillo que quemaba en el bolsillo de mi abrigo, mandar al traste el secretismo en el que yo mismo me había visto envuelto con el robo de aquel artilugio y contar lo poco que conocía con tal de saber otro poco más. Sin embargo, me limité a responder:

—Espero que usted pueda ayudarme con ambas cosas.

Los ojos plúmbeos de Guido relumbraron y por un instante creí que había confesado mucho más de lo que me proponía en aquella frase.

—Veo que tenemos intereses afines —dijo él mientras devolvía el enorme libro a su lugar—. Tú eres un V. y yo soy un historiador. El legado de tu

familia sigue latente en nuestros días, y eso es algo a lo que un devoto estudioso de la historia como yo no se puede resistir… Podríamos investigar juntos su pasado, sus tradiciones, y estarías colaborando en la investigación sobre las familias más notables de la ciudad que debo realizar para los anales de la Universidad Gregoriana. Es *tu* historia, Dorian. ¿Te gustaría conocerla mejor mientras me ayudas con algunos detalles y ganas una renta por ello?

La sola idea de adentrarme en los antecedentes de los V. me fascinaba y aterraba tanto que casi había olvidado que estaba allí por un trabajo. Yo mismo tenía en mis planes investigar a mi familia y sus vínculos con la Orden por mis propios medios. Además, presentía que el librero iba a esculcar en el tema por su cuenta con mi ayuda o sin ella, así que…

—Por supuesto, tendrás más labores —seguía diciendo él, ajeno al monólogo que se desataba en mi mente entretanto—. De hecho, comenzarías dándonos una mano con algunos trabajos de naturaleza logística… ¿Dorian? ¿Me sigues?

—¿Conoce algún hotel cercano en el que pueda alojarme mientras trabajo para usted?

El librero sonrió de oreja a oreja.

—¿Debe ser un hotel?

El hogar de Guido, que ocupaba la segunda planta de la librería, era un apartamento de clásicos techos altos, pisos de madera alfombrados y tapizados anticuados, casi ocultos bajo las estanterías que invadían cualquier tramo de pared que no tuviera una pintura. Donde no había libros apilados había algún elemento arcaico de atractivo innegable y utilidad dudosa —una pared llena de relojes que no daban la hora, candelabros sin velas, un arpa a la que le faltaban cuerdas—, lo que convertía el lugar en una especie de extensión de la librería. Incluso el aroma era similar, exceptuando la estela de un suave perfume femenino que flotaba en el pasillo. En la sala había un gramófono de dorado deslumbrante que parecía recién salido de una máquina del tiempo, al igual que las cómodas, los mullidos muebles y un reloj de pie con cuyo péndulo me quedé embelesado.

—Por aquí —indicó Guido, dirigiéndose a unas escaleras estrechas que se abrían a un lado del corredor.

Lo seguí con entusiasmo. A esas alturas, todo aquello comenzaba a antojárseme surrealista, como si ese hombre de bigote prominente y audaces ojos de humo hubiera surgido de mis sueños, y en ellos hubiésemos ensayado una y mil veces aquel encuentro. Sin embargo, mi optimismo se esfumó de súbito cuando Guido abrió la puerta al final de la escalera con un efusivo «*Voilà!*», como si se tratara de la recámara de la reina Isabel.

—Toda tuya —declaró alegremente, haciéndome espacio para que entrara—. Te puedo garantizar que no hay ratas, pulgas ni murciélagos —añadió con la entonación del hotelero que describe una suite presidencial—. Descontaré la renta de tu salario. ¡Y estarás a solo unas cuadras de tu querido tío!

Ignorando la entusiasta propaganda de Guido, contemplé el sitio con detenimiento. Era una buhardilla de techo inclinado, atravesada por una ventana por la que el sol penetraba en haces de luz, capturando las partículas de polvo como pequeñísimas volutas de oro. Sin embargo, aparte de una cama de montura de hierro y pintura blanca desconchada que parecía estar a una mirada de desbaratarse, un colchón desnudo y un viejo ropero que pudo haber pertenecido a los locos Addams, el sitio no estaba condicionado para que alguien lo habitara. Me tomaría todo un día sacar de allí los cachivaches, barrer el lugar, fumigarlo, echarle agua bendita y demás, con tal de volverlo habitable.

A pesar de todo, yo estaba cansado de vagar, y empezaba a rendirme a la fantasía de vivir, durante una temporada indefinida, en un imperio de libros bajo el mismo techo de Adela, y de investigar lo que necesitaba sobre mi familia y la Orden. Después de todo, no hay mejor lugar para un errante que aquel al que lo puedan guiar sus propias huellas.

—Bueno —Guido me miraba de refilón en tanto yo intentaba recorrer el cuarto por un escaso tramo de suelo despejado—, habrá que hacerle algunos arreglos, pero…

Un cuadro colgado en la pared se desplomó de repente, cayendo al piso con un estrépito de cristales rotos. «Definitivamente necesitaré el agua bendita», pensé, volviéndome al librero.

—Será mejor que comience cuanto antes.

Guido me obsequió una sonrisa benevolente y una insospechada calidez relumbró en su mirada de monocromo.

—Cuando quieras —respondió—. Estás en casa.



SEGUNDA PARTE:
DESTINO

Lo que ellos no sabían era que el inocente se había encerrado en su cabeza antes de que alguien más lo hiciera en el calabozo al que había sido arrojado. El hombre era consciente de que su vida pendía de un hilo, de que él era como el conejo que se balancea de un lado a otro en la cuerda de la trampa en la que ha caído. Y así, atrapado en el laberinto que se tejía en su mente como el relámpago al anticipar el golpe de un trueno, el inocente comprendió que lo que lo mataría a él quizá no fuese su cazador, sino el silencio. Porque la naturaleza, en su fatalidad, le revelaba una nueva verdad, y una que era inherente a toda vida: no había justicia sin testigos, toda la creación existía bajo la perspectiva de un observador. Pero él, como tantos otros, estaba condenado a desaparecer en la oscuridad, en la quietud de esa celda.

Él era el conejo, y a su alrededor los árboles permanecían
ciegos, inmóviles, y la noche ya no reinaba afuera,
sino dentro. Y dentro ya no amanecería.
—El héroe de la niebla

4

VERITAS VOS LIBERABIT

I

A medio camino entre un filólogo autodidacta, don Quijote y el Sombrerero Loco, Guido M. era lo que yo llamaría «todo un personaje». Historiador de profesión y crítico por vocación, el librero era, como él lo habría explicado: «extraordinario». «Extra», del prefijo latino «fuera de», y «ordinario», de lo común y regular. En fin, alguien alejado de las convencionalidades. Si te lo explico de ese modo es porque ese era su método predilecto para desentrañar los misterios del lenguaje, pero si las razones son halagüeñas o no, bueno, dejaré que tú lo decidas. Más bien comenzaré hablándote del latín, del griego, del francés y del alemán; algunos de los idiomas que el hombre dominaba y no solo aplicaba a su trabajo académico, sino a un sinnúmero de actividades cotidianas, como cantar en la ducha con voz de barítono —para lo cual optaba por la ópera alemana—, ponerse romántico con Adela o incluso maldecir —cosas que al parecer le era más grato hacer en francés—. Nunca conocí a un hombre tan bueno para comprender las palabras y tan negado para usarlas en sus círculos más cercanos. Un día podía explicarte la etimología de lo que se te pasara por la mente, y al otro escandalizarse por tu manera de pronunciar Goethe. «Nada personal», solía agregar luego de sus asaltos, antes de llevarse uno de sus cigarros a los labios con un cinismo digno de Diógenes.

Pero no solo era la personalidad de Guido lo que generaba en torno a él esa aura de sabio insensato que atizaba los chismorreos de los trabajadores de la librería, sino sus principales obsesiones: la literatura, las antigüedades y la historia; disciplinas que tenían en común un afán exacerbado por no dejar

que el paso del tiempo degenerara en olvido, sino que forjara las piedras ingobernables en las que proliferaba la existencia entera de la humanidad. Guido afirmaba que si para Victor Hugo la arquitectura erigía en piedra la Historia, los libros eran ventanas portátiles de cada capítulo que la contemplaba, pues eran una fuente inagotable no solo de evocación, sino además de sentido e interpretaciones. «Recordar», me explicó un día, «significa volver a pasar por el corazón». Y el suyo estaba fragmentado en los miles de tomos que reunía y custodiaba en el templo de memoria y magia que no solo era su librería, sino también su hogar. De ahí parecía derivarse ese instinto sobreprotector que tantas especulaciones avivaba.

La tarde en que me convertí en su empleado e inquilino, pasé lo que quedaba del día despejando mi recámara para convertirla en un sitio medianamente habitable con ayuda de Benjamin, el conserje; un hombre enjuto, de ojos oscuros y sonrisa imperturbable, quien me compartió algunas de las habladurías más jugosas sobre el buen librero. Me contó que Guido había heredado aquel negocio familiar de su abuelo hacía casi cuatro años y, al ser el último con su apellido en varios kilómetros a la redonda, se había empeñado en inmortalizar y sacar a relucir todo eso que tanto lo había fascinado desde sus años de juventud.

—Este es uno de los sitios más protegidos por el jefe —me explicó cuando acabamos de transportar las cajas de la buhardilla al sótano—. Lo que sea que guarde allí debe ser muy bueno, porque no deja que nadie se acerque. —Señaló con uno de sus dedos callosos la puerta al fondo de la bodega, medio oculta por las sombras que los muros a su alrededor arrojaban sobre ella.

—¿Por qué? —pregunté mientras me secaba la frente con el dorso de la mano, imitando el tono confidencial de Benjamin—. ¿Qué hay allí?

—Le diré todo lo que sé, y es lo mismo que le dirá el jefe, pero no hay nada ni nadie que compruebe si es verdad. —Se sentó en una de las cajas que acabábamos de bajar y lo imité, usando otra como asiento antes de que él continuara—: Se supone que allí están los libros más antiguos, los que se deben mantener lejos del sol y a cierta temperatura.

Bufé, rompiendo la solemnidad del momento.

—¿Por qué Guido habría de mentir al respecto?

—¿Y por qué diría la verdad? —replicó Benjamin de buen humor, aunque el suyo tenía un deje de picardía—. Él no nos debe explicaciones, pero hay veces en que las da sin que nadie las pida.

Sonreí, encogiéndome de hombros, sin sospechar que esa conversación sería suficiente incentivo para que mi imaginación fraguara los escenarios más insólitos en lo que a Guido y ese lugar respectaba. Me preguntaba si lo que había allí en verdad eran libros y, de ser así, si en alguno encontraría más respuestas de las que las obras exhibidas al público podrían ofrecerme.

Esa noche comprobaría que no había sensación de plenitud que superase la de hacerse un lugar en el mundo con manos propias. No me malentiendas: esa buhardilla estaba lejos de ser hermosa, pero tenía esa belleza familiar de las cosas que hacemos nuestras. La mesa medio destartalada se convirtió en un escritorio, la silla perdida de un comedor exterior se transformaría en el sitio ideal para invocar a mis musas, y el armario, que luego me encargué de llenar con el contenido de mis maletas, sería el guardián perfecto de mis escasas pertenencias. Además, pese a la modestia del cuarto y a la delgadez de las frazadas que me había entregado Guido, la primera noche descubrí que los suelos de madera prolongaban la calidez absorbida durante la tarde hasta la madrugada del día siguiente, cuando las campanadas de una catedral aledaña anunciaban la misa de las seis.

La mañana del lunes, sin embargo, lo que me despertó no fue el murmullo de la ciudad —que por unos instantes de duermevela me convenció de que al abrir los ojos me encontraría de vuelta en mi niñez, retozando en mi vieja habitación en la casona de los V.—; fue el rumor de una discusión lo que me impulsó a dejar la cama y arrastrarme hacia la puerta con sigilo para descubrir que no había errado al creer oír mi nombre en la disputa marital.

—No voy a hacerlo. No lo haré.

—¿Cuál es tu problema, mujer?

—¿Que cuál es mi problema? —La risa sardónica de Adela ascendió por las escaleras que conducían a mi habitación. Luego su voz fue tan suave que tuve que bajar un par de escalones para distinguir sus palabras—. Ya es suficiente con que lo hayas traído a casa sin siquiera preguntarme.

—Querida, ya hablamos de esto. El chico no tenía a dónde ir.

Cerré los ojos, deseando que lo que estaba escuchando fuera producto de un sueño y no una lástima tan insufrible como para ser real.

—Sabes que no estás haciendo esto por caridad, así que resolveré el problema por ti: tú fuiste quien lo trajo, encárgate tú de ser su niñera.

—Adela, *mon ange*, eso no es lo que te estoy pidiendo.

—Niñera, profesora, instructora, ¡llámalo como quieras!, pero no lo haré. Como si no estuviera suficientemente ocupada con el trabajo del inventario.

—No estarías tan ocupada si le enseñaras un par de cosas a…

Escuché unos pasos impetuosos acercarse por el pasillo y retrocedí a mi habitación tan pronto como pude. El estruendo de un portazo me anunció que la discusión había terminado, y estaba claro quién había resultado ganadora.

Mi optimismo no se resintió ante el pequeño incidente. En especial cuando subí la escalera de incendios que daba con mi ventana y me hallé en una terraza con unas vistas de la ciudad que poco tenían que envidiar a las de la habitación del tío John. Incluso podía avistar la casona de los V., erigida en ese terreno caprichoso que se elevaba por encima de otras construcciones señoriales, edificios e iglesias. Desde allí, la distancia parecía una cuestión absurda, fácil de borrar con algo de imaginación. Me figuré al tío John escrutando el horizonte desde su ventana con aires de emperador, y con él su protegido, a quien yo sospechaba partícipe de esos secretos de los V. que yo ignoraba. «No por mucho tiempo», pensé.

A las ocho en punto de la mañana me presenté en la oficina del librero con renovada determinación, vestido de negro según el código de vestimenta de los trabajadores de la librería.

—Comenzarás dándonos una ayuda con las novedades, en la bodega —indicó sin levantar los ojos de su periódico mientras sostenía un café americano en la mano libre—. Benjamin te estará esperando allí. Él te dirá qué hacer y te presentará al resto del personal. —Se volvió a su estantería y, mientras él me daba la espalda y sus manos sobrevolaban los libros, me fijé en el perchero empotrado en un extremo de la sala. De allí pendían distintas llaves a las que el sol que atravesaba las cortinas revestía de un seductor resplandor metálico.

A esas alturas yo ya sabía que no encontraría textos sobre los orígenes de los V. o sobre la Orden en el catálogo regular de la librería, pero ¿y si

conseguía las llaves de Guido? Tendría acceso a su oficina y a los libros que él guardaba allí; quizá incluso a ese otro lugar que ocultaba en el ático. Solo quedaba la pregunta más importante: ¿cómo?

Mis ensoñaciones fueron interrumpidas cuando Guido tendió un libro hacia mí

—¿La *Ilíada*? —pregunté estupefacto mientras recibía la pequeña edición de tapas gastadas, antaño verdes.

—¿Acaso pretendes que yo acuda a esos dotes de literato de los que tanto te ufanas sin que hayas pasado los ojos por más de dos líneas mientras trabajas para mí? Además, es Homero —concluyó con obviedad e hizo una pausa, como esperando a que yo asintiera, pero al comprender que ese momento no llegaría, soltó un suspiro cansino y añadió, apoyando los codos sobre el escritorio—: Quien conoce los clásicos griegos conoce los matices y secretos más intrincados del alma humana. Me parece que necesitarás algo de eso si quieres que algún día te llamen escritor, muchacho…

—*Dorian*.

—Dorian. ¿Qué te pasa? ¿Acaso prefieres la versión en griego?

—No, no…

—¿Es que ya lo leíste?

—No, pero…

—No me digas: eres disléxico.

—¡No! —solté exasperado. Me aclaré la garganta y pasé una mano por mi cabello, esforzándome por recuperar la calma—. Me preguntaba si más tarde podría permitirme dar un vistazo a ese libro de las familias antiguas que me mostró ayer. Ya sabe, para su investigación.

Guido me escrutó con la mirada.

—Me parece que mi investigación te preocupa más a ti que a mí —inquirió con cierto matiz de perspicacia, mesándose el bigote—, pero ahora que lo mencionas, tengo algo mejor que ofrecerte. ¿Tienes planes para este viernes?

—No, señor. A menos que usted tenga alguna cosa en mente.

—Sí que tengo algo en mente —dijo con un lento asentimiento de cabeza —, así que ve guardando un espacio en tu agenda.

Le hubiese vendido mi alma al diablo por saber con exactitud en qué estaba pensando, mas no lo descubriría entonces, pues mi nuevo jefe y aliado volvió a su asiento y dio fin a nuestra conversación con un sutil:

—Ahora, ve a trabajar o tendré que descontarte el sueldo.

II

Hallé el significado de V.I.T.R.I.O.L. en un libro de latín de la librería: *Visita interiora terrae, rectificando invenies occultum lapidem*: Visita el interior de la tierra; rectificando, hallarás la piedra oculta. Según el libro, V.I.T.R.I.O.L. era un término usado por los alquimistas en relación con la búsqueda de la piedra filosofal al explorar el fondo de la tierra. Parecía encerrar un significado metafórico, una invitación a encontrar el sentido propio de la existencia. Con ello, la presencia de la nota cobraba sentido. Alguien me invitaba a descubrir algo relacionado con el abuelo y la Orden por mis propios medios. ¿Tendría que ver con aquellos rumores de asesinato que tanto habían alborotado a la prensa hace unos meses?

El silencio de mi recámara era el único lugar en el que podía ceder a la compulsión de contemplar el anillo de la Orden, como si quisiera asegurarme de que seguía teniendo en mi poder ese trozo de verdad. Me dediqué a memorizar sus delicados engastes, la figura de la esfinge, la marca que había descubierto en su interior: «Athanatos». Lo único que logré encontrar sobre esa palabra en la librería fue su traducción del griego: «Inmortal», a menudo relacionada con un salmo de la Biblia. ¿Se trataba de un elemento religioso? ¿Era el mismo anillo que mi padre lucía en su funeral, o era otro de muchos? ¿En verdad la Orden se había disuelto?

Aquellos días trabajé con un ahínco que hubiese hecho sentir orgullosa a la señora P. Mi aliciente para seguir con la rutina y vencer la ansiedad por la promesa del viernes era la cercanía de los libros y la esporádica presencia de Adela, quien rodeada de ellos parecía haber escapado de sus páginas. La librera había adquirido una actitud amarga desde que su esposo me abrió las puertas de su santuario y las de su hogar sin consultarle, y no podía juzgarla. Después de todo, yo sabía lo que era que un intruso invadiera un espacio de intimidad sagrada. Aun así, aunque ella cuidaba que nuestras miradas no se cruzaran cuando por algún milagro coincidíamos, a veces sentía sus ojos en

mi nuca cuando yo pasaba por su puesto en la trastienda cargando cajas de libros, cuando me subía a la escalera móvil para desempolvar la parte más alta de las estanterías, e incluso una vez descubrí el reflejo de su expresión aguda concentrada en mi espalda mientras me encontraba limpiando una vitrina. Al volverme, Adela pareció haber sido asaltada por el poderoso impulso de revisar el libro de cuentas por enésima vez, lo que me hizo sonreír con pueril regocijo. Quería hablar con ella, encontrar el punto ciego de su aura inescrutable, o siquiera saber quién era ella más allá de lo que me contó Magda, la cajera, cuando le pregunté, como quien no quiere la cosa, cuál era el cargo de Adela en la Biblioteca de Alejandría.

—Don Guido podrá tener el título de jefe, pero ella lo es en la práctica —comentó sin apenas despegar sus maquillados ojos de la revista que hojeaba cuando los dueños del lugar no estaban cerca—. Este negocio no sería lo que es de no ser por la señora Adela.

Tuve que conformarme con tan poco, pues la librera era como un espejismo que aparecía y desaparecía de improviso, y cuando yo llegaba al apartamento luego de cenar, no encontraba ningún rastro perceptible de ella. Pero sí de su marido, quien por las noches acostumbraba a invitarme a jugar una partida de ajedrez en la que yo siempre demostraba un nuevo nivel de ineptitud y perdía de las maneras más ridículas. Habría sido poco grato para mí, de no ser por el interés del hombre respecto a mis progresos en la lectura de Homero y las charlas que terminábamos manteniendo a raíz de ello. Fue gracias a esas tertulias —que a Guido le gustaba amenizar echando a andar algún vinilo de Richard Wagner o Édith Piaf en su gramófono— que logré caerle en gracia; al menos lo suficiente como para convencerlo de que me permitiera hojear el libro de las familias de la ciudad. Eso sí, debía hacerlo mientras su dueño estuviera presente, pues este parecía temer que yo repitiera el final de la auténtica Biblioteca de Alejandría con la suya ante el menor descuido.

—Alétheia —leí el nombre de la Orden esa tarde soleada de jueves en la que Guido me dio acceso a su libro—. ¿Qué significa? —Dirigí la mirada a mi jefe, quien daba delicados mordiscos a un pastel de nata con un deleite mal disimulado.

—«Verdad» —respondió él limpiándose el bigote con un pañuelo—. *Veritas* en latín, *αλήθεια* en griego. Alétheia fue la diosa de la verdad en la antigua Grecia, pero también solía ser un concepto utilizado en la filosofía aristotélica. Refiere a lo que queda a la vista: «a», significa «sin»; «*letheia*» equivale a «ocultamiento». En fin: el desocultamiento del ser… ¡Adela, *mon ange*! —se interrumpió de repente, dejando su asiento para asomarse a la puerta del estudio—. ¿Podrías traernos más de estos pasteles, por favor? HaShem bendiga al panadero que hizo esta obra de arte…

Mientras Guido hablaba, mis ojos volaban por las páginas. El tomo rastreaba con una increíble fidelidad el origen de varios apellidos y familias destacadas, pero se limitaba a mencionar a la Orden, sin definirla o dar datos más allá de los menos comprometedores: que apareció en las épocas de las cruzadas, que su origen se atribuía a los caballeros Templarios, que a finales del Medioevo tuvo lugar la aparición de las primeras familias descendientes de los iniciados en el Templo del rey Salomón.

—¿Y a qué se debe el suspiro dramático, si se puede saber? —me preguntó Guido acercándose al escritorio donde yo, apoyando ambas manos sobre el borde, me inclinaba sobre el tomo—. Esperaba verte un poco más entusiasmado.

—Y lo estoy, señor. Es solo que… ¿Qué cree usted que hacían en esa Orden? —me atreví a preguntar levantando los ojos de las páginas.

Por entre los mechones que me caían sobre la frente, vi al hombre meditar su respuesta mientras contemplaba lo que quedaba de su pastel con ademán filosófico.

—Es difícil saberlo, muchacho —respondió solemne—. Pero se dice que buscaban un conocimiento que superaba las convencionalidades, una verdad para la que quizá el resto del mundo no estaba preparado.

—Eso suena a ocultismo —señalé.

—Yo no descartaría esa idea —convino Guido—. De hecho, en Alemania, a mediados del siglo XVIII, apareció una orden llamada los Iluminados de Baviera. A ella pertenecían diversos intelectuales: hombres de ciencias, filósofos, literatos, pero también alquimistas e iniciados en diversas disciplinas esotéricas.

—Los alquimistas buscaban la piedra filosofal, ¿no? —medité—. Eso significa que lo que querían conseguir estas sociedades secretas era…

—La inmortalidad —se me adelantó Guido, y la gravedad de su voz envió escalofríos por mi espina dorsal. «Athanatos», pensé con un ligero estremecimiento. Guido levantó el índice en mi dirección y, justo cuando pensé que soltaría una declaración que revolucionaría mi vida, me percaté de que señalaba el pastel que yo había dejado intacto sobre la bandeja—. ¿Te vas a comer eso?

En mi memoria guardo con celo aquellos días de incerteza en los que la inocencia me mantenía impermeable a las revelaciones que, muy despacio, resentirían la realidad para mí conocida hasta precipitarme hacia lo que ellos, lo que yo, lo que tantos otros llamarían «la verdad», una de esas que se desbordan, ingobernables, con cada paso que uno da. «La verdad os hará libres», sí. O bien, como pronto comprendería, puede convertirnos en prisioneros de sus consecuencias, pues cuando uno da con ella, no hay manera de dar marcha atrás.

III

Iban a dar las seis de la tarde cuando salí de la librería el viernes. Lo que menos esperaba era que el viejo escarabajo negro y lustroso que alguien había estacionado frente al negocio y que llevaba una multa por mal estacionamiento en el parabrisas, sería el automóvil del librero. Este ya me esperaba allí, apoyado contra el capó.

—¿Qué tal, chico? —dijo él a modo de saludo mientras se dirigía al asiento del piloto. Arrancó la multa y la mandó a bailar con el viento—. Es una hermosa nave, ¿no crees? Vamos, no seas tímido, ¡entra! —me alentó antes de abrir la puerta y desaparecer dentro del coche.

Nos pusimos en marcha de inmediato y, tras largos minutos en los que fui testigo de las escasas habilidades automovilísticas de mi jefe, nos estacionamos frente a un edificio formidable que homenajeaba la arquitectura clásica, con unos gruesos pilares de yeso que sostenían el dintel de la entrada. En la recepción, Guido se registró como miembro y a mí como su invitado. Luego nos dispusimos a recorrer el lugar como si se tratara de la casa de un amigo, y en cierto sentido lo era, pues, como me

explicó Guido mientras me guiaba por sus amplios pasillos palaciegos, se trataba de un «hogar de las musas»;[4] una galería de arte llamada el Palacio de la Academia.

Nos introdujimos en una cámara de puertas abiertas que constituía una especie de auditorio de estilo victoriano. Los asientos ubicados frente a la tarima estaban casi llenos, así que nos sentamos en una de las últimas filas. Guido se dispuso a examinar un folleto que había tomado en la entrada y, como en un vano intento por disimular, lo extendió ante su rostro y se inclinó a mí poco a poco, hasta que ambos quedamos ocultos tras el papel.

—Ahora te daré las instrucciones —susurró.

—¿Instrucciones para qué? —pregunté arrugando la frente.

—Como dice la Biblia: ayúdame, que yo te ayudaré.

—Estoy seguro de que la Biblia no dice eso.

—Calla, que nos van a escuchar. Cuando te dé la señal, levantarás la mano.

—Pero…

—Así yo puedo intentar tener un nuevo objeto para mi colección, y tú podrás afirmar que eres un V. para hacer tus investigaciones sin riesgo de despertar desconfianza o escepticismos.

—Pudo habérmelo dicho antes.

—¡Era una sorpresa!

—¡Pues estoy muy sorprendido! —mascullé antes de que un carraspeo y un par de miradas de reojo nos obligaran a callarnos.

Pasaron algunos minutos hasta que apareció una pieza que despertó el interés de Guido y al parecer el de los demás presentes, quienes acompañaron la entrada del objeto con una exhalación colectiva. El subastador lo describió como un grimorio que databa del siglo XVI.

La puja comenzó. Mientras la suma ascendía, los postores iban retrocediendo y yo esperaba la dichosa señal del librero, me fijé en un hombre alto que estaba sentado algunas filas por delante de la nuestra y acababa de levantar la mano. Apenas podía ver el contorno de sus pómulos, su tersa piel blanca y…

Guido me dio un codazo en las costillas que me hizo levantar medio cuerpo aparte del brazo. Los presentes, en medio de una serie de murmullos

que se extendieron por toda la sala, se giraron al osado joven que debían ver en mí, incluido Aiden. Era él, en efecto, y me miró con el mismo desconcierto que debía delatarme, hasta que el maestro de ceremonias propuso un valor mayor. El músico bajó la mano y volvió a darme la espalda, justo cuando alguien más en las primeras filas levantó la mano, desatando una nueva cifra que hizo que Guido y yo intercambiáramos una mirada de pasmo.

«No me jodas, maldito S.», oí murmurar a Guido. Al ver al librero advertí que en su rostro no había enojo ni derrota, sino la sonrisa socarrona de quien se alegra de ver a un «maldito» al que tiene en muy buena estima. Este, como si hubiese presentido nuestras miradas, se giró, y sus ojos castaños, con unos párpados ligeramente entornados que dotaban a su rostro de singular sagacidad, parecieron relumbrar cuando se posaron en nosotros por medio segundo. Me incliné hacia Guido como por inercia.

—¿Acaso ese es… —Parpadeé un par de veces, atónito—. ¿Frank S.? ¿El escritor?

—Se ve más alto en las fotos, ¿no crees?

—¿Usted lo conoce?

—Mucho más que eso —sonrió Guido—. ¿Qué puedo decir? El buen gusto es una vocación, y es evidente que también es contagiosa.

Sin embargo, antes de que el subastador contara de tres a uno y proclamara la antigüedad como vendida con un toque de su martillo, tres golpes limpios provenientes del palco hicieron que todo murmullo se extinguiera. Levanté la mirada al balcón del auditorio y vi que a él se asomaba un hombre mayor, de cabellos de nieve y frac a la vieja usanza, quien sostenía en su mano un bastón de mango de plata que había usado para callar a los presentes y proponer, sin interrupciones, una suma pasmosa. Nadie dijo una palabra, y en tres segundos contados por el subastador se convirtió en el dueño rotundo del antiguo texto.

—Ahora entiendo a qué se refería Scott Fitzgerald cuando describió «una voz llena de dinero» en *El gran Gatsby* —comenté a Guido mientras aplaudíamos al ganador.

—Pues más te vale no ser alérgico —replicó Guido—, porque ese hombre de allí debe ser uno de los más ricos del país, y es con él con quien

has venido a hablar.

IV

Esa noche comencé a entender el alcance de mi nuevo jefe en las esferas artísticas de la ciudad. No solo había logrado cierta influencia en los diarios locales gracias a su columna de críticas, sino que también se codeaba con eminencias del gremio y escritores de talla nacional e internacional, como Frank S.: favorito del público y *enfant terrible* de la academia. El escritor, sin siquiera haber llegado a los cuarenta, había conseguido convertirse en *best seller* del *New York Times*, en guionista y, recientemente, en productor de cine. A lo largo de mi adolescencia yo había leído algunas de sus novelas policiacas e idolatrado las licencias creativas por las que había atizado los reproches de la crítica, así que ya te imaginarás cuál fue mi reacción al saber que no solo habíamos coincidido, sino que además mi jefe era amigo suyo.

—Dorian V., ¿eh? —preguntó Frank cuando nos lo encontramos saliendo de la subasta y Guido me presentó como su nuevo asistente. Nos hallábamos en una galería en la que distintas constelaciones de personas se reunían para continuar sus tertulias o darles inicio, en medio de un vaivén de meseros que ofrecían vino y la voz de una soprano que entonaba una ópera en francés—. El próximo sábado habrá una gala de beneficencia a la que algunos miembros de tu familia acudirán, en el Ópera Club. ¿Piensas asistir?

Para ese momento yo ya le había perdido el rastro a Aiden, pero la mención a mi familia hizo que volviera a dar una mirada a mi alrededor, ansioso por dar con su perfil inconfundible una vez más. No estaba allí. Me pregunté si era este el tipo de eventos que le encomendaba mi tío, y por qué habría de interesarse John en el negocio de las antigüedades.

—No —respondí al fin.

—Sí —se apuró a decir Guido al mismo tiempo.

Compartimos una mirada de reojo antes de volvernos a Frank.

—Sí —rectifiqué.

—No —respondió Guido al unísono.

—Ya veo —comentó Frank, mirándonos de uno en uno—. Y dime, Guido, aparte de contradecirte, ¿qué más sabe hacer este asistente tuyo? —

Sus ojos oscuros y penetrantes me escrutaron como si buscasen en mi fisonomía algo más allá de mí mismo—: No me digas. También eres escritor —concluyó.

—Así es, señor —respondí, y dirigí una mirada asesina a Guido por si se le ocurría decir algo diferente, pero este mantuvo los labios sellados—. Es solo que todavía no he publicado un libro.

—Bah, guárdate el señor para tu jefe. No soy tan viejo, ¿o sí? —dijo con una sonrisa blanca que, aun tejiendo unas finas arrugas en torno a sus ojos, rejuvenecía su rostro trigueño. Me relajé y asentí, devolviéndole el gesto—. Debes ser el primer V. que se interesa en el oficio. Pero me pregunto, Dorian, ¿cómo un escritor sabe que lo es si nunca ha puesto sus letras en manos del público? —Y luego, tras dejar que la voz de la soprano pendiera del silencio que le concedíamos, agregó—: ¿Cómo sé que lo que hay en una jaula es un pájaro si no he escuchado un solo gorjeo?

Confieso que me esforcé para sonar relajado cuando respondí:

—No lo sabrás tú, pero un ave no dejará de serlo por eso.

—Entonces sería un animal muy tontito —rebatió Frank—. Moriría en la oscuridad, sin nadie que admire sus colores, su vuelo, su canto. —El escritor se encogió de hombros—. Sin alguien que recompense su belleza con los mejores alimentos. Es triste, ¿no crees?

—Bueno, no es el alimento lo que hace que un ave sea un ave —repuse—. Lo triste sería que actúe esperando la mejor recompensa, olvidando que su vuelo y su canto es un regalo por sí solo. Yo no escribo para tener mucho con qué vivir, sino para sentirme vivo.

Frank rio.

—Vaya, veo que eres un romántico de pura cepa. Sin embargo, si en verdad llegas a dedicarte a esto, ya verás cómo cambias de idea con los años. Y tú —se volvió al librero—, ¿de dónde sacaste a este asistente?

Mi jefe tomó una copa de vino tinto de la bandeja que un mesero nos ofrecía. Yo aproveché para tomar la segunda de la noche.

—Mas bien él salió a mi encuentro —respondió Guido distraídamente—. ¿Me recuerdan por qué estamos hablando sobre aves?

—Ah, pero aún no has hablado de la tuya —le hizo notar Frank—. ¿Cómo está Adela?

Creí advertir una ligera turbación en la expresión de Guido, pero se desvaneció casi tan pronto como apareció.

—Ya sabes —dijo con una sonrisa cansada—: *L'amour est un oiseau rebelle* [5] —recitó la letra de la pieza que amenizaba la noche.

Bebí de mi copa para intentar tragarme la culpa, pero no funcionó. No tenía idea de cómo habían sido las cosas entre Guido y Adela antes de que yo llegara a su casa, pero por esos días su trato era más propio del de compañeros de piso que el de marido y mujer.

El revuelo repentino en el corredor interrumpió mi abstracción. Un hombre seguido de un séquito de guardas y lo que parecía un asistente atravesaban la galería. Reconocí su pelo blanco, y esa postura tan rígida que sostenía incluso cuando debía ayudarse de su bastón para andar.

—Ve —susurró Guido a mi oído—. Mientras tanto yo averiguaré lo de tus libros. Te esperaré aquí.

V

Me disculpé con mis acompañantes y me retiré de la zona de las tertulias para seguir al anciano. «Don Bruno F.», recordé a medida que dejaba atrás el susurro de las conversaciones y de la música. Durante la subasta, Guido me había explicado que se trataba de un exministro del Interior que en la actualidad se dedicaba a la inversión en el negocio de la minería. No solo se trataba de un hombre en extremo poderoso, sino que era conocido por ser uno de los más cercanos a los V. y uno de los últimos integrantes de la Orden de los Caballeros de Alétheia.

Lo perdí de vista cuando entró en una cámara, y dos de sus guardaespaldas se quedaron custodiando la puerta. Me acerqué a ellos para presentarme y solicitar hablar con don Bruno. Uno de los dos me miró de arriba abajo, y agradecí para mis adentros que mi abrigo y el atuendo de la librería —camisa y pantalón de paño negro— fueran bastante admisibles para la ocasión.

—¿V.? ¿Como el presidente de la Cámara? —preguntó suspicaz—. ¿Tienes cómo probarlo?

—Déjalo, lo vi pujando en la subasta —arguyó su compañero, y bendije el plan tan poco fiable pero efectivo de Guido—. Espera aquí —dijo antes de

perderse tras la puerta.

Me entretuve contemplando aquella mole de roble con grabados que representaban símbolos bibliófilos, como tomos, teas y bibliotecas de la antigüedad, hasta que la puerta se abrió, concediéndome el acceso a una suerte de biblioteca personal, con estanterías abarrotadas de enciclopedias. En el centro, frente a un balcón y al lado de un enorme globo terráqueo, había una salita de muebles de cuero ocupada por dos hombres: un anciano, de postura y maneras aristocráticas que ni aun sentado soltaba su cetro, y un joven que sostenía un libro abierto en su regazo y me miraba tras la montura de sus gafas, con la irritación propia de quien es interrumpido en la mejor parte de su lectura.

—El hijo de William V. —dijo el anciano sin moverse, como si fuese otro instinto el que le hubiese advertido de mi presencia. Pronto comprendí el motivo.

Pese a su postura erguida, o a que los años no hubieran logrado doblegar su cuerpo ni hacer mella en la finura de su piel pálida, los ojos de don Bruno carecían del resplandor que bendecía la vista, deslucidos bajo un velo de engañosa claridad; un lago de aguas diáfanas que había quedado congelado en un invierno perpetuo.

—Dorian, señor —respondí, aproximándome a él con un ligero estremecimiento. Que un hombre ciego me identificara a mí y a mi padre no era algo que me pasara todos los días—. Es un placer.

Bruno hizo un gesto a su acompañante, el lector, quien cerró su libro y abandonó la sala como una exhalación.

—¿Qué te trae por aquí, Dorian? —me preguntó el anciano—. ¿Has vuelto a la ciudad para quedarte?

—Perdone, pero noto que habla como si me conociera.

—Acércate —me pidió de pronto. Tenía la voz de alguien que acostumbra a ser obedecido sin imponerse.

Me acerqué a él con parsimonia y me senté en un extremo del diván que él ocupaba.

—Acércate, vamos —insistió, tendiendo una mano hacia mí, como si esperara que se la sujetara. Y eso hice. Conteniendo la respiración para no delatar mi nerviosismo, dejé que sus dedos apergaminados ascendieran por mis muñecas, mis antebrazos, mis hombros, hasta que alcanzaron mi rostro

—. Ah, por supuesto que te conozco, lobatillo —dijo entonces, siguiendo la curva de mis pómulos, la línea de mis cejas, el puente de mi nariz—. Eras un niño la última vez que te vi —añadió, rompiendo el contacto para recuperar el mango de plata de su bastón—. Nunca te lo pude decir, pero lamento mucho lo de tu padre y tu abuelo.

—Gracias, señor —contesté, intentando disimular mi pasmo. ¿Cómo era que yo no hallaba un solo recuerdo de ese hombre en mi memoria?—. De hecho, vine aquí por eso. Estoy preocupado por mi familia. —Tragué saliva y, sin saber cómo dar forma a mis inquietudes, terminé haciendo una pregunta—: ¿Conoce usted al protegido de John?

El hombre asintió poco a poco.

—Ah, el pianista. Me han dicho que suele venir aquí de vez en cuando en su nombre. Es un gran intérprete.

—Claro. Todos admiran el talento del protegido de John V.

—No me refiero solo al piano —dijo mi interlocutor—. Tu tío detesta equivocarse, y fue evidente que no lo hizo cuando lo escogió a él.

—¿Por qué él? —me aventuré a preguntar—. ¿Qué tiene de especial?

Un sinfín de expresiones cruzaron el rostro del anciano en un segundo, hasta que sus labios se estiraron en una carcajada baja que no lograba salir por completo de su pecho.

—No me digas que a ti también te preocupa que se esté metiendo en la cama de tu tío —dijo, dejándome sin palabras—. Te diré lo que sé, Dorian: ningún V. es un marica.

Aquello hirió algún lado oculto de mi orgullo.

—No es eso lo que me preocupa —logré decir.

—¿Entonces? —inquirió el anciano—. ¿Qué es lo que en verdad te preocupa? ¿Acaso alguien ha perturbado tu tranquilidad, como han perturbado la mía?

Mis ojos se abrieron por la sorpresa. ¿Podía ser que…?

—Alguien quería que yo volviera —me atreví a confesar—. No sé quién es, pero me ha motivado a conocer el pasado de mi familia. —Tragué saliva —. Y el de la Orden.

Las cejas níveas de don Bruno, que se habían elevado en un gesto de atenta escucha desde que llegué, cayeron poco a poco.

—Si has venido a mí por eso, lamento decirte que la Orden ha muerto —declaró en tono sombrío, y temí haber tocado una fibra demasiado sensible.

Sin embargo, mis dedos ya se habían dirigido al bolsillo en el que guardaba mi secreto. Uno arriesgado, tal y como estar allí, como tomar las manos del anciano caballero y depositarlo en ellas. No esperaba que las comisuras de sus labios se elevasen lentamente al contacto del anillo, y que en ellos aflorara la palabra, como una rosa que se marchitara al nacer:

—*Athanatos*.

—¿Por qué terminó? —me aventuré a preguntar.

Y de repente allí estaba de nuevo, esa ira muda que hizo que el anillo temblara en sus manos.

—Solíamos hablar del Gran Arquitecto, de su justicia y verdad; de renunciar a la imagen del ídolo tirano erigido por supersticiones mundanas. —Don Bruno hizo una pausa y sus ojos vagaron por la biblioteca, como si navegara en la de sus propios recuerdos—. El ser humano es portador de lo divino, de su principio creador y pensante, y su misión en el mundo es descubrir su potencial supremo. No hay causa más noble, ¿comprendes? Tus ancestros y muchos otros la buscaron durante años, pero el mundo no estaba preparado para semejante conocimiento, y pensaron que era como dijo ese artista español: «El sueño de la razón produce monstruos». Sí, quizá creamos monstruos —admitió, y sus iris empañados se cristalizaron—, porque pensamos que valdría la pena si sanaríamos un mal mayor, pero ¿acaso no fue Dios mismo quien destruyó el mundo con su ira para reformarlo desde la raíz?

—Temo que no me gusta a dónde está yendo con esto —dije, tratando de seguir el extraño monólogo del hombre.

—No lo entenderías. Ningún profano lo haría. Y por eso es un secreto que nos llevaremos a la tumba.

—¿Qué hay de las consecuencias? —pregunté—. Si alguien no ha hecho lo correcto y esa es la razón por la que esto está ocurriendo, ¿no cree usted que tal vez desea hacer justicia?

—¿Sabes? Hablando así, de lo que es justo y correcto, me recuerdas demasiado a *él*. —Había algo mórbido en la sonrisa que compuso mientras miraba al vacío—. A tu padre. William y su moral tan ingenua, su actuar

intachable, sus ínfulas de inspector Javert,[6] como si el mundo pudiera dividirse tan fácilmente en bandos, como el día y la noche. —Don Bruno me tendió el anillo, pero cuando yo lo tomaba con dedos temblorosos, el anciano aferró mi brazo con fuerza—. Escucha, lobatillo. —Sus dedos se clavaron como garras en mi carne—. Vete de aquí. Aún estás a tiempo. Deja esta ciudad y evita que aquel que quiere hurgar en el pasado a costa tuya prospere.

—¿A quién se refiere? —insistí.

Don Bruno me soltó y de repente recobró su compostura, con los hombros erguidos y una mano firme sobre el bastón.

—Al detective, por supuesto —dijo, y en su rostro apareció ese amago de diversión irónica que me revolvía las entrañas—. El hombre que ha estado desempolvando las tragedias de tu familia. Quizá tú seas el próximo en recibir su visita. Y te aseguro que, si das un paso en falso… —Giró su cabeza en mi dirección y sus ojos vacuos se adentraron en los míos cuando advirtió —: acabarás repitiendo la historia del difunto William V.

VI

Me perdí entre ese juego de espejos en el que se convertían las cuadras de mi ciudad por las noches. El encuentro de la brisa nocturna no mejoró la sensación de asfixia que me siguió desde que dejé el Palacio de la Academia tras despedirme con premura, y ahora, a medida que un taxi me acercaba al barrio universitario, una capa de sudor helado me cubría la piel. ¿Era el alcohol haciendo de las suyas? ¿O más bien era el exceso de sobriedad que me había dejado la conversación con don Bruno? «No te conoces en absoluto», me recriminé en medio de la agitación. «Pero ella sí».

Tras cruzar el Parque de los Abetos, divisé el viejo edificio victoriano en el que esperaba encontrar el consuelo que tantas veces me concedió durante mi niñez; esa visita a la que, sin quererlo, había dado largas desde mi llegada a la ciudad. Aun así, cuando vi que la puerta de la casona estaba abierta de par en par, pensé que me había equivocado de sitio. Incluso desde afuera oía el rumor de la gente que pasaba el rato ahí dentro, charlando y bebiendo en el pasillo o en las escaleras que ascendían al piso que yo buscaba. El olor a alcohol y cigarrillo se hacía más fuerte a medida que me aproximaba, y

cuando por fin atravesé las puertas que daban a la planta baja, noté que varias personas jóvenes se aglomeraban alrededor de la fuente del patio interior y en los balcones, donde los faroles bañaban el espacio abierto con su luz anaranjada.

Al acercarme, vi que el motivo del alboroto era una pareja. Una joven gritaba a voz en cuello a un hombre que la doblaba en tamaño, quien la empujaba y amenazaba, indiferente a las miradas de los espectadores. Mis ojos se detuvieron en la chica. Era delgada, de piel canela, con una mata de largo cabello oscuro que enmarcaba con un deje de rebeldía el conjunto de su rostro anguloso. Seguí avanzando, mientras la veía gesticular con vehemencia hacia el tipo. Entonces, entre el barullo, capté un vestigio de su voz, impregnada de un casi indetectable acento rural, y mi sospecha detonó en un súbito reconocimiento.

Olvidé los motivos que me habían llevado allí; olvidé a la gente, que se aglutinaba sin molestarse en ayudar, y me abrí paso entre empujones para lanzarme al espacio despejado en el que la pareja se movía, interponiéndome entre los dos con los brazos abiertos. El tipo me miró de arriba abajo con una mueca de desprecio y alternó una mirada con la chica a mis espaldas, como si esperara la más mínima provocación para volverme papilla ahí mismo. Tragué en seco al percatarme de que yo no debía representar ninguna amenaza para alguien de su tamaño.

—¿Y tú qué mierda quieres? —espetó entre dientes, salpicando un par de partículas de saliva en mi cara.

—Que la dejes en paz —respondí sin titubear, y por primera vez en esa noche no me arrepentí de todo lo que había bebido. Gracias a eso o a una repentina dosis de adrenalina, me sentía indestructible.

—¿Qué diablos…? —comenzaba a preguntar la morena tras de mí, con ese característico acento cálido que me incitó a volverme a ella.

La cercanía lo volvía todo más real, incluso la repentina materialización del recuerdo de un rostro de niña, ahora convertido en su versión adulta. Sus ojos oscuros estaban enmarcados por un maquillaje discreto, pero seguía reluciendo en ellos un aire infantil que ni siquiera los años que transcurrieron desde nuestro último encuentro habían podido consumir.

—Está bien, Oli. Soy yo.

Dejé que mi saludo surtiera efecto durante un par de segundos…

—¡¿D?! —exclamó, abriendo los ojos de par en par.

Sonreí con un agradable revoloteo en el pecho, pero antes de que pudiera responder, el grandullón me tomó por el cuello del abrigo.

—¡Rob, déjalo! —intervino Olivia, como quien exige a su mascota que deje de morder el pantalón de su visita. Irónicamente, ahora ella era la que iba a mi rescate. O al menos eso intentaba.

—Veamos qué tenemos aquí —comenzó a decir él, esculcando en los bolsillos de mi abrigo—. Aburrido… —dijo al sacar mi agenda, y la arrojó tras su hombro.

—Suéltame —le exigí entre dientes.

—Aburrido… —repitió mientras extraía las llaves de la casa de Guido para hacer lo mismo—. Y… ¡Vaya! ¿Qué es esto? —La visión del anillo en su mano hizo que la cólera estallara en mí en un segundo.

El golpe que le propiné logró hacer que me soltara, pero estuvo lejos de dejarlo fuera de combate. Mi existencia pasó ante mis ojos cuando el grandullón me devolvió el golpe, arrancando un grito a la multitud. Habría ido a parar al suelo de no ser por Olivia, que alcanzó a sostenerme, pero mis ojos seguían sobre Rob.

—¡Devuélvemelo! —grité.

—¿Por qué no mejor vas por él? —contestó él en un tono que me heló las entrañas.

Salté de los brazos de Olivia para seguir a Rob a la puerta de la casa, donde él se limitó a arrojar el anillo a la carretera. El tiempo se detuvo para mí cuando el tintineo de la plata contra el asfalto se confundió con el ruido del imparable tráfico nocturno. No pensé dos veces antes de seguir el destello de la joya, que relampagueó ante las luces de unos faroles. Mis nudillos rasparon el asfalto antes de que el estruendo de un bocinazo me hiciera girarme de un respingo, y solo entonces me di cuenta de que me hallaba cerca de la mitad del mismo carril por el que se acercaba un automóvil a toda marcha. De no ser por la persona que me atrajo hacia la zona peatonal con suficiente rapidez, mi cuerpo se hubiese convertido en el nuevo tapizado del asfalto.

—¡Idiota! —exclamó mi salvadora abrazándome con fuerza, como si temiera que fuese a arrojarme a la carretera si me soltaba—. ¡Eres un

completo idiota! —Mis pulmones se llenaron de la reconfortante fragancia a vainilla y coco que desprendía su piel.

—Yo también te extrañé —atiné a decir, apretando el anillo en mi mano con tal fuerza que temblaba.

Entre tanto la multitud, que se amontonaba en la puerta de la casa, aplaudía como si acabara de presenciar un espectáculo. Para mi sorpresa, el grandullón que había estado discutiendo con Olivia no vino a acabar conmigo. En cambio, al igual que algunos otros chicos en los que yo apenas reparaba, tendía una boina hacia los espectadores, que depositaban algunas monedas allí en compensación a lo que, ahora estaba claro, no era más que una puesta en escena.

VII

—¿Es en serio? ¿Ningún amigo? ¿Ninguna chica?

—Nada relevante.

—No te creo, niño bonito.

—¿Qué hay de ti? Dime que no te has enrollado con ese tal…

—¿Rob? Nah… Bueno, fue una vez nada más, y yo estaba ebria. Eso no cuenta, ¿no? Solo es mi compañero de performance, y solo hasta hoy. Es un bruto. Además, estoy enfocada en la universidad.

—Eso suena como algo que le dirías a él si se te declarara. ¿Y qué tal te va con eso?

—¿Con la universidad? Bien, supongo.

—Vaya, eso sonó convincente.

—Amo esto, D. El teatro, el conservatorio, mis amigos, todo lo que he aprendido en la facultad. Pero a veces pienso en el futuro y siento…

—¿Miedo?

—Muchísimo. Temo haberme equivocado.

—Una vez oí que una vida equivocada no se puede vivir de forma correcta.

—Cuánta sabiduría. ¿Ya lo pusiste en práctica?

—No existe una carrera para ser escritor.

—Porque eso no es necesario para que te conviertas en uno.

—Ese es el problema; no existe un camino claro para llegar a serlo. Además, los V. solo me apoyarán si me inscribo a la facultad de Derecho.

—Bueno, podrías declinar su amable oferta y buscar un trabajo, o un par, para poder elegir por ti mismo. Es lo que hice yo.

—Entonces, ¿Laura no te apoya?

—Laura se fue de luna de miel con su «último-y-definitivo-esposo» hace casi un año. Si decidí convertir este piso en una residencia universitaria fue para conseguir…, ya sabes, lo que ella no está dispuesta a darme por su propia mano.

—Pensé que le alegraría que te dedicaras a su misma profesión.

—¡Ja! Antes de largarse me dijo que la industria me devoraría. ¿Y sabes qué le dije yo?

—¿Qué?

—Que seré yo quien devorará a la industria.

—No lo dudo, Oli —sonreí—. No lo dudo.

Desde que la conocí, Olivia solo permitía que la llamara «Oli» quien demostrara ser digno de tal privilegio, y a mí me había bautizado como «D», ya que afirmaba con convicción que mi nombre era de anciano y no de niño. Era una inquieta morena de melena leonina, ojos redondos y dientes incisivos prominentes, lo que dotaba de simpatía extra a su expresión. Sus extremidades alargadas solían hacerla el blanco perfecto para juegos de habilidad física que involucraran correr, brincar, esquivar o retorcerse. De su pueblo guardaba un particular acento que la hacía saltarse la letra «s» de cuando en cuando, como si su lengua jugara a la rayuela cada que las palabras afloraban como un torrente de su boca de labios gruesos. Tal vez algo de eso fue lo que me inspiró a seguir su conversación infantil la primera vez que se acercó a mí; las diferencias entre nosotros me resultaban tan fascinantes que sentí la imperiosa necesidad de acortarlas desde el día en que ella me tendió su mano del color de la miel y yo la acepté, como hipnotizado. Nos volvimos inseparables, y nuestro idilio infantil se prolongó durante largos años que, como ocurre a menudo a esa edad, dejábamos pasar sin sospechar que en ellos se esfumaban los últimos días de nuestra niñez. En el momento menos pensado, llegué a los doce años y la turbulenta atmósfera familiar que aquejaba a los V. no tardó en arrastrarme lejos de

Olivia. Una vez más, fueron las letras las que siguieron dándole sentido a nuestra amistad gracias a las cartas que intercambiábamos.

Seis años habían transcurrido desde entonces. Aunque nuestra correspondencia había escaseado en los últimos tres, durante el reencuentro de esa noche, recostados en el suelo alfombrado de su habitación, y mientras yo sostenía un trozo de carne congelada en mi mejilla adolorida, nos pusimos al tanto de nuestras vidas hasta perder la noción del tiempo. En algún momento Olivia se levantó para ir a rebuscar en uno de los cajones de su ropero y al poco tiempo volvió con una bolsa transparente de contenido verde arenoso que supe identificar de inmediato. «Se supone que este reencuentro es un motivo de celebración, ¿no?», dijo mientras hacía oscilar el paquete ante mi rostro.

Fumamos sentados en el suelo del balcón, con las piernas flotando libres entre las ranuras del barandal y los pies descalzos. Al terminar, nos juntamos para librarnos del frío. Olivia reposó su cabeza en mi hombro y yo la rodeé con un brazo.

—¿Qué está pasando, D? —preguntó entonces con suavidad.

Debía haber notado la manera en que yo apretaba el anillo en mi puño izquierdo, como si temiera que fuese a desaparecer. ¿Qué podía decirle? ¿Que alguien estaba escarbando en el pasado de los V. y que al parecer tenía motivos para hacerlo? ¿Que tenía que ver con la Orden? ¿Que temía ser más parecido a mi padre de lo que creía, aun cuando lo único que me quedaba de él era un libro y el anillo que se clavaba en la palma de mi mano? Aunque el contacto con la plata tallada debía reconfortarme, al pensar en lo que me había llevado hasta allí me invadía un desasosiego que no había vuelto a sentir en años.

—D… —Olivia me levantó el rostro, sujetando mis mejillas entre sus manos tibias.

Me puse tenso cuando ella trató de deshacer el puño en el que yo aferraba la joya, pero fui cediendo a su tacto apacible hasta que fui capaz de soltarlo. Oli lo examinó por un segundo entre sus dedos. Entonces se llevó las manos al cuello para desprenderse de una cadena larga de la que pendía una medallita de plata. Atravesó el agujero del anillo con la cadena y comprendí lo que hacía antes de que me la pasara por encima de la cabeza.

Luego la recorrió con sus manos, y sus dedos siguieron el trayecto hasta la argolla para esconderla dentro de mi camisa. Entonces apoyó la palma sobre mi pecho, justo en el punto en el que pendía el anillo.

—Estará seguro aquí —me dijo.

La rodeé con los brazos con tal rapidez que casi perdemos el equilibrio. Ella correspondió con tanta fuerza que, a medida que el aire se escapaba de mis pulmones, y el poco que alcanzaba a aspirar en su cuello evocaba tardes cálidas sobre el pasto y el gusto de los caramelos, pude sentir cómo la argolla se clavaba en mi piel. Solo entonces fui inmune al desvanecimiento que me había seguido desde el Palacio de la Academia hasta allí. Solo entonces me sentí yo de nuevo.

El panorama nocturno de la ciudad parpadeaba ante nosotros y, por unos minutos, pensar en algo que no formara parte de aquel momento surrealista pareció absurdo. Por eso, cuando me separé un poco de Oli y ella recorrió mi rostro con los ojos radiantes, cedí al impulso de olvidar todo lo demás. Nuestros labios se encontraron y fui incapaz de detenernos.

Un beso es un pacto, y con aquel que sellábamos a medida que nuestros alientos se enlazaban, parecíamos querer renunciar para siempre a las promesas infantiles que nos habían unido hace años. Rodamos por el suelo de su habitación mientras nuestras manos emprendían una desesperada carrera por descubrir cuánto habían cambiado nuestros cuerpos. Exploré la suave piel de Olivia y probé la textura de sus labios llenos, mientras ella hundía sus dedos en mi cabello para luego dejarlos viajar a lo largo de mi espalda. No sé muy bien cómo fue que terminamos en su cama, con ella sentada a horcajadas sobre mí. Se quitó la blusa y yo me apuré a hacer lo mismo con mi camisa. Su sostén de encaje apenas cubría sus pechos pequeños y firmes, que se juntaron en una visión incitante cuando dirigió sus manos a la bragueta de mi pantalón. Entonces…

—Para —solté de repente.

Oli retiró ambas manos.

—¿Qué ocurre? —me preguntó ella, inquieta. Tenía la rebelde cabellera alborotada y sus labios parecían más gruesos. Se veía preciosa. Quise abofetearme por no poder decírselo en ese momento, por detenerla, pero más aún por haberme permitido llegar hasta allí con ella.

La tomé de la cintura y la ayudé a separarse de mí. Su cuerpo rebotó con suavidad sobre el colchón cuando cayó a mi lado con un suspiro.

Nos quedamos así por unos momentos hasta que nuestras respiraciones comenzaron a regularizarse. Me levanté de la cama y tomé mi abrigo, que había caído de cualquier manera en el piso.

—No te gusto, ¿verdad? —intervino ella en un murmullo—. No tanto como para…

—Te quiero, Oli. —Me acerqué a ella y rodeé sus hombros con la prenda —. Pero no puedo hacer esto. No… no ahora.

Olivia asintió con lentitud.

—Creo que la hierba te sentó mal —aventuró.

—En absoluto.

—Quiero decir, ahí abajo. —Apretó los labios, dedicando una mirada de refilón a mi entrepierna.

Contuve el impulso de taparme con la sábana como señora de telenovela. En vez de eso, me senté a su lado y me apuré a poner un cojín sobre mi regazo.

—¿Por qué lo dices? —pregunté con una frescura que no sentía.

—Porque no tengo manos de madera —dijo ella con una sonrisa sugerente.

Entonces se había dado cuenta de qué era exactamente lo que no funcionaba.

—E-es —comencé a balbucear—… Te juro que es la primera vez que me pasa. —Y lo era. Bueno, tal vez la segunda.

—Oye… —Olivia me dio un empujoncito con su delgado hombro—. No tienes que disculparte conmigo —sonrió, acariciándome una mejilla con dulzura mientras me miraba los labios—. Lo bueno de dejarse llevar por los impulsos es que siempre acabas aprendiendo algo, ¿no? Lo hicimos por curiosidad y no funcionó. *C'est tout*.

—Eso último suena terrible.

—Lo sé, soy pésima para el francés.

—Me refiero a…

—Ah, ¿lo de que no funcionó? No hablaba de tu amiguito.

—¡Oli!

Pese a todo, volvimos a reír como en los viejos tiempos.

—Yo también te quiero, D. —La morena apoyó la cabeza sobre mi hombro y yo dejé caer mi mejilla sobre su afelpada melena.

Seguimos charlando hasta bien entrada la noche y luego, cuando nos quedó más entusiasmo que energía, bebimos hasta quedarnos dormidos frente a frente; con las manos entrelazadas y la placidez de quienes, en el último momento, deciden hacer valer sus promesas en vez de renunciar a ellas.

VIII

Desperté solo, con una migraña que parecía latir desde algún lugar entre mi pómulo izquierdo y mi mandíbula. Noté el regusto amargo de la resaca en el paladar, y el tacto de las sábanas que envolvían mi piel me indicó que estaba desnudo incluso antes de que lo comprobara dando un vistazo por debajo de las cobijas. Recordé con cierta vaguedad haber charlado con Olivia la noche anterior… ¡Olivia!

Tardé lo que me pareció una eternidad en hallar mi ropa, que encontré esparcida aquí y allá por el suelo alfombrado de la habitación. Cuando salí lo hice con cierto recelo, pues me dolía la cara de solo imaginarme a Rob, el amante frustrado de Olivia, mirándome desde el otro lado del pasillo. En cambio, encontré la casa que bien recordaba de mi niñez: las alfombras limpias, los muebles coloridos en su lugar, y el tufillo rancio a alcohol y marihuana casi curado por el olor a desinfectante aromatizado y pancakes recién hechos.

Me asomé a la cocina y encontré a Olivia allí, de espaldas a mí, concentrada en hacer el desayuno. Vestía una vieja bata de seda y llevaba la melena recogida en lo alto de la cabeza. Me mordí el labio inferior con cierto remordimiento. No me sentía así desde la etapa de juergas desenfrenadas en mi último año de internado, cuando despertar desnudo en casa de una chica solo significaba una cosa.

—Oli…

Mi amiga dio un salto con el sartén en la mano.

—¡Dios! ¡Deja de aparecerte así, Dorian! —Olivia se apuró a dejar el sartén en la boquilla de la estufa, con un mohín que me recordó más que

nunca a su versión de hace seis años.

—¿Qué pasó anoche?

—¡Buenos días para ti también, querido!

Me acerqué a ella y la tomé suavemente por los brazos.

—¿Tú y yo…? —comencé a preguntarle, buscando su mirada con la mía —. ¿Al final nosotros…? —No me atreví a terminar la pregunta.

Olivia me contempló de hito en hito, ceñuda, y de repente soltó una risotada tan estrepitosa que acabé de despabilarme y comprendí lo absurdo de lo que mi pregunta sugería.

—Cariño, tal y como estabas anoche —seguía riendo ella en tanto se volvía al sartén—, ni la mujer maravilla te hubiera subido los ánimos… si sabes a lo que me refiero.

Solté el aire que había estado conteniendo.

—Te ofrecí unas cervezas y a duras penas alcanzaste a terminarte la tercera antes de caer en coma… Por cierto, ¿cómo va esa cara? —preguntó mientras se dirigía con una taza de café caliente al comedor auxiliar de la cocina, donde ya había dos platos de pancakes que nadaban en miel de maple.

—Oli, no debería estar aquí —murmuré siguiéndola. Después de todo, anoche me había despedido de Guido sin decirle a dónde iba, y ya eran las… —. ¿Qué hora es?

—Hora de un buen desayuno, que no deberías adelgazar más.

Mi estómago famélico me convenció de que esa era suficiente justificación para tardar un par de minutos más en volver a la librería. Así pues, tomé asiento y no solté los cubiertos hasta que en el plato no quedó migaja. Entonces noté que Oli no iba ni en la mitad del suyo y me observaba con curiosidad, apoyando el rostro en una mano.

—¿Qué? —pregunté con las mejillas todavía llenas.

—Vienes aquí en mitad de la noche con cara de haber matado a alguien, te enrollas en una pelea y luego decides beber antes de decirme qué ocurre. ¿En serio no vas a contarme nada? —inquirió.

—Anoche te conté toda mi vida —protesté tras beber un par de sorbos de café para terminar de bajar el desayuno.

—Sabes que no me refiero a eso. Pero está bien, yo tengo mis propias sospechas —dio un vistazo a mi pecho.

Dirigí una mano al anillo instintivamente.

—Pues sospechas mal —mentí.

Oli suspiró.

—No quiero sonar entrometida, pero sé de dónde viene ese anillo que ahora le hace compañía a mi medalla de Santa Cecilia, y quiero que sepas que no estás solo con eso.

—¿Con eso?

—¡Con la Orden!

—¡Shhh! —solté saltando en mi asiento, pero recuperé la compostura para decirle, con mi voz más serena—: La mitad de la ciudad cree en habladurías conspiranoicas sobre sociedades secretas; no me digas que tú eres una de ellos. Solo son cuentos con los que jugábamos cuando éramos niños —aseguré.

—Sí, bueno, solo que ahora tienes algo que prueba lo contrario.

—Te equivocas. No es más que una reliquia familiar, y llegó a mis manos por razones equivocadas.

—El legado de tu familia no es un anillo, Dorian, es la Orden. Todos lo saben, ¡tú y yo lo sabíamos desde hace años!

—¡No sabes nada de mí! —Me levanté del asiento con más ímpetu de lo que hubiera deseado, y pude ver cómo la cara de Olivia se ensombrecía por el desconcierto. Sacudí la cabeza—. Perdóname, Oli. Debería irme. —Comencé a quitarme la cadena para devolvérsela, pero ella me detuvo poniendo una mano sobre mi brazo.

—Quédatela —me dijo con dulzura—. Es la santa de la música. Me protegió durante años, pero creo que en este momento la necesitas más que yo.

Tomé entre mis dedos la lámina de plata para contemplar, entre culpable y conmovido, el relieve de la santa que sostenía un arpa entre sus brazos: la nueva custodia y compañera de mi anillo.

—Dorian —me dijo ella, tomándome una mano—, no tienes que hablar conmigo de lo que te preocupa si no quieres, pero si en algún momento me necesitas, sigo estando disponible para ti. De lunes a…

—Sábado —completé yo, sin poder evitar sonreír al recordar nuestra promesa infantil.

El domingo solía ser el único día en que no podíamos vernos debido a las reuniones familiares y los rigurosos servicios religiosos a los que yo solía ser obligado a asistir por entonces, así que habíamos hecho el pacto de estar prestos a ayudarnos todos los demás días de la semana.

—¿Aún confías en mí? —preguntó Olivia con suavidad.

Me mordí el labio. No era que no confiase en ella, pero aún no estaba dispuesto a hablarle sobre lo que estaba pasando.

—Bueno, entonces déjame darte una razón para hacerlo —repuso mi amiga ante mi silencio, como si se tratara de un desafío.

Abrí la boca para rechazar la oferta, pero de repente recordé el evento del que Frank me había hablado la noche anterior: la gala a la que acudirían los V. *Sábado*. Era mi oportunidad de sondear a mi familia y seguir haciendo mis averiguaciones, y pensé que, ya que me proponía ir, no me molestaría tener una compañía agradable en medio de ese montón de adultos estirados. Lo consideré, mientras Olivia me pasaba una mano frente a los ojos como para sacarme de mis cavilaciones, y concluí que no se trataba de un ritual sanguinario, sino de un acto de beneficencia. No existían riesgos por los que hubiera de temer, ¿verdad? Así que tomé una inspiración profunda y le pregunté:

—¿Estarás libre el próximo sábado?

Notas:

[4] En relación con la etimología de la palabra «musa»: del latín «museum», que equivale a «lugar dedicado a las musas».

[5] «El amor es un pájaro rebelde», conocida también con el nombre de «Habanera», es un aria de la ópera *Carmen*, compuesta por Georges Bizet.

[6] Personaje destacado de la novela *Los miserables*, de Victor Hugo.

5

CARPE DIEM

I

Durante mi primera semana de trabajo en la librería desarrollé una obsesión de la que aún no te he hablado. Consistía en escapar de mi buhardilla por la ventana y subir a la terraza por la escalera de incendios. Desde allí, con ayuda de un telescopio que había pedido prestado a Guido, observaba la gran variedad de cúpulas y pináculos, formidables edificaciones históricas, fachadas de casas señoriales e incluso la ventana de algún hogar. En especial el de John. El sol del ocaso, que era el momento del día en el que podía dedicarme a aquel pasatiempo, daba de lleno en las ventanas de la mansión, impidiéndome observar actividad dentro. Sin embargo, ese sábado, cuando subí allí y dirigí el objetivo al lugar acostumbrado, las luces encendidas de la casa contrastaron con los cielos azules del anochecer, ofreciéndome un panorama nítido de lo que se cocía dentro.

La expectación avivó un nuevo ritmo en mi pulso. Ahí estaba el inicio de las escaleras de mármol del vestíbulo, y la sala, con las cortinas pesadas corridas de lado a lado y los muebles anticuados en torno a la chimenea. Las habitaciones del segundo piso permanecían sumidas en la oscuridad, pero en el ala oeste había una luz encendida. Tragué saliva y ajusté el objetivo para fijarme con detenimiento en la sala de música. La brisa me desordenaba el cabello y su tacto glacial se colaba por entre mi camisa. Aun así, casi podía transportarme a la atmósfera caldeada de mi vieja recámara. Me habría dedicado a saborear viejos recuerdos de no ser por la imagen que acaparó mi objetivo, como si no fuera esa la razón por la que lo había dirigido hacia allí en primer lugar.

La aparición de Aiden me hizo retroceder con un grito ahogado. Miré el telescopio como si este pudiese delatarme. «No seas estúpido», pensé apretando la mandíbula, y volví a tomar el tubo entre mis manos entumecidas mientras acercaba un ojo al lente. Aiden no estaba solo. Había otro chico con él, más o menos de su misma edad. Era delgado, bien parecido. Tenía el cabello castaño recogido en una coleta baja y, aunque vestía tan formal como Aiden, el trato entre ambos no lo era. El músico se sentó ante el piano, con sus largas piernas rodeando el banco mientras gesticulaba animadamente hacia su compañero, como si le relatara algo tan increíble que no podía ser expresado tan solo en palabras. Habría dado lo que fuera para saber de qué estaban hablando. De repente calló, al parecer interrumpido por el otro. Se levantó del asiento, comenzó a acercarse a su acompañante y, justo cuando estaba a un palmo de él, volvió sus ojos a la ventana. Tuve que recordarme que era imposible que pudiera verme a esa distancia para no retroceder de nuevo. Si lo hice, esta vez fue por culpa de una voz.

—Ah, la curiosidad juvenil —empezó a decir Guido a mis espaldas, haciendo que me apartara de un salto del telescopio—. ¿Te sirvió de algo anoche, aparte de conseguirte ese moretón?

Llevé mi mano al lugar de mi rostro que aún dolía al tacto.

—Fui a ver a alguien y las cosas se complicaron un poco —respondí, aprovechando para desviar el telescopio en tanto el hombre se concentraba en encender un cigarrillo—. Terminó bien, por fortuna.

—Ya me imaginaba yo por dónde iban los tiros —atajó Guido, sagaz—. Así que fue tu novia la que te demoró anoche…

—No es mi novia —me apuré a decir—. Es una buena amiga.

Guido se apoyó en el barandal de la terraza.

—Como si a tu edad hubiera diferencia —dijo por lo bajo y, tras dar una larga calada a su cigarrillo, agregó—: El viernes hice algunas averiguaciones sobre tus libros. Hay un especialista en ediciones de Julio Verne que tal vez sepa algo. Encomendé a alguien buscarme su contacto.

La noticia volvió más ligero el peso que yo había cargado sobre mis hombros todos esos días.

—Gracias —dije por lo bajo, sonriendo.

El librero asintió.

—¿Cómo te fue con don Bruno? No parecías contento cuando te despediste. ¿Acaso ha perdido la costumbre de comportarse como un caballero?

Hacía frío, y tuve que reprimir un pequeño temblor mientras metía mis manos en los bolsillos de mi pantalón. Guido pareció notarlo y me ofreció uno de sus preciados cigarrillos. Lo acepté, al igual que a su fuego. El efecto del tabaco, sumado al paisaje de constelaciones terrenales que se revelaba ante nosotros, me ayudó a relajarme un poco.

—De hecho, fue muy amable. Me trató como si me conociera, y me llamó algo así como lobato, lobezno o…

—¿Lobatillo?

Asentí, extrañado por la precisión de la respuesta. Guido dio otra calada a su cigarro, entornando los ojos.

—Alguna vez leí que así es como los miembros de las órdenes secretas solían llamar a los hijos de sus iniciados —señaló—. Si tu padre pertenecía a la Orden, es natural que sus antiguos hermanos del templo te reserven un trato especial.

—¿Por qué se extinguió? —inquirí con cautela.

—Lo que sé es lo que los medios dijeron al respecto —contestó Guido con un leve encogimiento de hombros—. La libertad de asociación en la que se amparaban las logias dio lugar a secretismos, corrupción y desviación de la ley. Algunos dicen que el gobierno temía que esas organizaciones fuesen subversivas y dieran lugar a grandes revueltas. Que reformaran para siempre la consolidación política en la que se sustenta el país, quizá el mundo.

—¿El mundo? —pregunté asombrado.

—*Novus ordo seclorum*, lo llamaban. «El nuevo orden de las eras». Viene de un poema de las *Églogas*, de Virgilio. Se supone que parte de la misión de estas sociedades era dominar el mundo a través de un solo gobierno mundial. Una sola religión. Un pensamiento masificado para favorecer a quienes llegaran al poder. Como ves, las órdenes secretas siempre han tenido una agenda política. Desde su consolidación en las Cruzadas hasta su extinción hace unos años.

—Vaya… —Dejé escapar el humo del cigarro—. Tendría sentido que mi tío John esté metido en eso.

—Pues claro. La doctrina de los Templarios tuvo origen en el poder de los secretos. Sus miembros eran monjes guerreros que luchaban para defender a la Iglesia católica, pero además custodiaban las reliquias sagradas que consiguieron durante las Cruzadas. Es razonable pensar que ese secretismo prevaleció a lo largo de cientos de años, hasta su disolución.

—¿En verdad cree que lo de la Orden sigue funcionando?

Guido, que hasta ahora había mantenido una expresión grave, esbozó una sonrisa serena que elevó los bordes curvos de su bigote.

—Eso tendrás que averiguarlo por tus propios medios, chico.

—*Dorian* —rectifiqué sin mucho esfuerzo, pero le devolví la sonrisa cuando le dije—: Y eso haré.

Unos pasos que subían desde la escalera de incendios nos hicieron girarnos en dirección a la recién llegada.

—¿Va todo bien, *ma chère*? —preguntó Guido a Adela.

—Buscan a Dorian —informó ella sin más. Lucía pálida, algo agitada, y por primera vez su presencia me provocó inquietud.

—¿Quién? —pregunté.

—Ven conmigo —se limitó a decir antes de volver a la escalera.

Intercambié una mirada con Guido, quien asintió y me dio una palmadita en el hombro para animarme a seguirla.

El trayecto desde la terraza hasta la sala de la casa me pareció eterno. Al llegar, Adela me presentó a tres hombres: uno de gabardina desgastada y dos policías, quienes ocupaban el mueble más largo.

—Estos caballeros quieren hablar contigo —me dijo Adela, quien daba la impresión de encontrarse más consternada que yo mismo.

—¿Dorian V.? —preguntó el del centro, incorporándose del sofá.

Era de tez oscura, más bien bajo y con unos ojos que parecían ligeramente saltones a punta de fisgonear a su alrededor. Sin embargo, lo que me llevó a reconocerlo fue la boina que llevaba bajo el brazo. La súbita revelación por poco me hace dar un respingo. Era él. Me encontraba ante el hombre que había visto la mañana del funeral del abuelo.

—Soy el detective privado Cecil T. —Exhibió su identificación ante mí—. ¿Tiene tiempo para responder algunas preguntas?

II

—¿Cuándo abandonó la casa de su abuelo en la ciudad que dejó?

—La casa ya estaba abandonada cuando volví allí al terminar el internado. Se supone que viviría en ella, pero algunos miembros de mi familia se llevaron todos los muebles y pertenencias del abuelo sin decírmelo, y cuando llegué me visitó la agencia de embargos. Por eso decidí volver.

—Sé que no lleva una buena relación con el presidente de la Cámara, pero ¿qué hay de Daniel V.? Tengo entendido que iba a ser su tutor legal en caso de que falleciera el señor Oscar.

—Él y yo… no tenemos una relación muy buena.

—Explíquese, por favor.

—¿Es necesario que hablemos de eso?

—Naturalmente.

—Él quiere obligarme a estudiar Derecho. Yo prefiero que me parta un rayo antes que eso. ¿Es suficiente explicación para usted?

—Pasemos a otro tema. Varios testigos han señalado que usted se embriagó en la misa del funeral de su abuelo. ¿Es eso cierto?

—No… Quiero decir, sí. Pero fue un accidente.

—Entonces, «accidentalmente» se embriagó con el vino de consagrar —comentó escéptico—. También se ha dicho que no se le vio conmovido una sola vez, y que abandonó la ceremonia antes de que siquiera comenzara el servicio.

El detective y yo nos miramos el uno al otro durante tres tictacs cronometrados por la colección de relojes de Guido. De repente, la sala del apartamento me resultaba cargante con sus libros, cuadros y antigüedades.

—Parece que el deceso de su abuelo le es indiferente —observó el detective ante mi silencio—. ¿A qué se debe tal desapego?

Bufé, exhausto, dejándome caer en el respaldo del abullonado mueble. ¿Qué quería que le dijera? ¿«Hace cinco meses murió mi abuelo. O quizá seis. No lo sé…»?

—Dorian… —Di con esos ojos inquisidores, sin poder ocultar la reticencia que me causaban—. Si hay algo que tenga que contarnos, le convendría hacerlo ahora.

Pensé en la Orden, en la nota anónima, en la pequeña flor blanca…

—No hay nada que se me ocurra —respondí a mi pesar. Ahora más que nunca sabía que las notas no eran una coincidencia, y que, por alguna razón, quien estaba detrás de ellas quería que yo fuese el único guardián de los secretos en los que me hacía partícipe.

—Bien —concluyó el detective—. Gracias, señor V. Volveremos a ponernos en contacto en caso de que necesitemos algo más.

—¿Puedo saber —dije antes de que se levantara— a quién o a qué debo el honor de su visita?

Esta vez, la mirada calculadora del hombre adquirió un matiz de humanidad.

—No tiene por qué preocuparse. Es probable que esta termine siendo una investigación de rutina. Y de no ser así, usted no tendría nada que temer, ¿verdad?

III

—¡Te dije que valdría la pena! —exclamó Olivia.

Costaba creer que esa elegante joven de mirada ahumada era la misma que alardeaba de poder beberse la malteada con la nariz varios años atrás. Aunque, luego de pasar casi toda la tarde de ese sábado preparándonos para el evento, no dudaba de que conservara el don.

—Increíble —le dije, llevándome una mano a la parte de mi cara de donde había desaparecido todo rastro comprometedor de violencia.

Yo me había formulado un plan muy sencillo, pero efectivo no solo para lidiar con el evento, sino para salir airoso de él. Emplearía la estrategia del «como si», una mezcla precisa entre verdades y mentiras de la que me había servido generosamente en mis juegos infantiles, más tarde al escribir y, ahora, ¿por qué no?, para hacer mi entrada triunfal en el vasto mercado de las apariencias. Se me daba bien eso de interpretar roles, incluso si solo lo hacía para mí mismo, pero ¿no es lo que hacen todos?, ¿actuar conforme la situación lo amerita? Era lo mismo, solo que los niños saben que es un juego, mientras que los adultos lo olvidan, y cuando te dejas una máscara por mucho tiempo termina por adherirse a ti como si fuese otra piel.

Bueno, al menos yo no había olvidado las reglas del juego, y aún sabía cómo emplear con versatilidad cada una de las máscaras. Solía comenzar

por la actitud, pero esta vez comencé por fuera gracias a la mejor aliada que podía tener para semejante experimento. Una experta en el performance debía conocer muy bien los pormenores del juego, y me había convencido de que lo mejor sería comenzar aquella partida así: *como* si no tuviera un moretón —que con el paso de los días pasó del morado a un enfermizo verde amarillento— cubriéndome un tercio de la cara.

—¿Estás seguro de que no quieres que interprete un papel en especial allá? —me preguntó luego de terminar su proeza—. Puedo ser lo que tú quieras. La prima del alcalde —se acomodó el peinado recogido con una postura estirada—, la esposa de tu hermano —dio tres pasos como modelo de pasarela—, la viuda de tu tío…

—Oli, espera. —La detuve—. No necesitarás ninguno de esos papeles por ahora. Además, John nunca se ha casado… y sigue vivo.

—¿Entonces?

—Entonces interpretarás el mejor rol de todos: el de mi amiga, la encantadora Olivia C.

Era la primera vez que me sentía más yo mismo gracias a un montaje, y lo agradecería más tarde, cuando caminábamos al glorioso arco de entrada del Ópera Club. Las verjas se encontraban abiertas, como una sugerente invitación a recorrer sus jardines y, si uno era lo suficientemente digno, a aventurarse dentro de la enorme edificación palaciega que se erigía al fondo. Di un vistazo a Olivia, reconociendo su versión más madura en la determinación que le confería su maquillaje, y me convencí de que tal vez el juego era más que eso. Tal vez parte de interpretar roles era buscarse a uno mismo, pero desde afuera; tal vez los roles podían invertirse y volvernos más auténticos de lo que nunca fuimos del otro lado de la máscara.

En las escaleras que conducían a la puerta de entrada había un enorme cartel que dictaba el motivo del evento: «Gran gala de beneficencia a cargo de John V.». A lo largo de la semana me había enterado de los progresos de la campaña de mi tío. El altruismo que siempre caracterizó a la familia tenía a la sociedad a su favor, y por lo visto Mara, su jefa de campaña, sabía cómo usarlo para seguir recolectando adeptos. Los medios, deslumbrados por el ascenso del político, parecían haber olvidado al detective que merodeaba por las sombras.

Uno de los dos hombres encargados de controlar el pase de los invitados nos detuvo para pedirnos nuestras identificaciones. Olivia llevó una mano a su cartera, pero la detuve con un gesto.

—¿Desde cuándo se exige identificación a la familia del candidato? —pregunté con curiosidad premeditada, pero solo lo hacía para ganar tiempo mientras calculaba si, después de todo, tendría que acudir a algún V. que anduviera por allí para poder entrar. La gente a nuestro alrededor comenzaba a multiplicarse, y tenía la sensación de que pronto vería un rostro familiar, un par de ojos conocidos perforando la distancia para engancharse con los míos.

—Lo lamento, señor, pero no puedo darle entrada sin su invitación o su identificación.

Mientras el guardia me explicaba los pormenores de su labor, noté que detrás de nosotros se había formado una pequeña fila: ninguno de ellos alguien a quien yo conociera. ¿De dónde había salido tanta gente?

—Vienen conmigo —dijo una voz a espaldas del guardia.

Me giré al vestíbulo justo para ver emerger de él la figura de un hombre joven y esbelto, con una seguridad en su voz y en sus gestos que para mí eran un signo obvio de pedantería.

Entre todos los asistentes posibles, él. Aún no había aparecido mi tío, pero en cambio allí estaba su preciado protegido, con su metro ochenta de estatura y su serena elegancia; las manos guardadas en los bolsillos de un traje que nada tenía que envidiar a los del ropero de John (y vaya que yo me había vuelto experto en esa materia la última vez que lo visité).

Yo debí haberlo contemplado con incredulidad durante largos segundos. Si me moví, fue gracias a que Olivia se enganchó a mi brazo y me arrastró hacia el amplio vestíbulo, donde nos colamos entre los muchos invitados que se movían a nuestro alrededor en una especie de danza sincronizada. El sol penetraba a raudales por los arcos que conducían al jardín trasero, pero reinaba una corriente helada que me obligó a reprimir un temblor.

—No esperaba verte aquí —me dijo Aiden a manera de saludo, volviéndose a mí.

—Por supuesto que no —solté entre dientes mientras entregaba mi abrigo a un miembro del personal. Me recorrió un oscuro placer al ver cierta expresión de perplejidad en él ante mi respuesta.

Olivia pareció notarlo, pues pasó de mirarme a mí y a Aiden de uno en uno a hacer una repentina intervención.

—¡Gracias por ayudarnos! —dijo atropelladamente al protegido de mi tío—. Si no hubieras aparecido, justo ahora estuviéramos regresándonos por donde vinimos.

La expresión de Aiden se suavizó en cuanto sus ojos se engancharon a los de mi intrépida acompañante.

—No fue nada —le dijo con increíble gentileza.

Y yo debía ser el único que notaba los hilos de los que tiraba, porque mientras mantenía mi mirada fija sobre él para dejarle en claro que sus artimañas no surtían efecto en mí, escuché a Olivia decir:

—Guau, ¡tus ojos!

Me volví hacia Olivia como si acabara de materializarse a mi lado, pero ella no se inmutó; seguía embelesada con ese peculiar conjunto de rasgos que a mí mismo me había inquietado la primera vez que los vi. Aiden le devolvió el cumplido y correspondió con una sonrisa. Una real. Un pequeño hoyuelo apareció en su mejilla derecha, solo allí. Habría jurado que no existía antes, o tal vez era la primera vez que lo veía sonreír abiertamente.

—Te he visto en la universidad… —comentó Oli, meditabunda—. ¡Claro que sí! Eres el mejor pianista de último año.

—Yo no diría el mejor —rio Aiden, afable—. Sigo aprendiendo, como todos.

«Que me parta un rayo aquí mismo».

—Y que lo digas —lo secundó mi amiga—. Yo estoy en segundo año de teatro musical. Soy Olivia, por cierto —añadió, tendiéndole la mano—, pero tú puedes decirme Oli.

Creí haber oído mal, pero mientras Aiden correspondía al saludo, comprendí que la Olivia que reservaba su alias con tanto celo había quedado sepultada; probablemente en el mismo bosquecito donde ella misma me había sometido a innumerables guerras de semillas de pino para merecer tal honor.

—Es un placer, Oli —dijo Aiden en tanto sostenía su mano. Temí que no solo actuara como si le bastaran algunas palabras para mover el mundo a su conveniencia; ¡es que lo estaba haciendo en mis narices!

—Si nos disculpas… —intervine, tomando a mi amiga de su mano libre para salvarla del maleficio en el que había caído.

Nos alejé de ahí, sin prestar mucha atención al camino, hasta estar a pocos metros de unas anchas escaleras centrales que conducían a la segunda planta.

—¿Qué pasa? —preguntó Oli parpadeando bajo la luz febril del ocaso, como si saliera de un ensueño.

—¿Recuerdas que te dije que interpretarías a la encantadora Olivia C.? Bueno, tal vez debamos omitir lo de «encantadora».

—Pero ¿qué…?

—Espera —la detuve—. John está aquí —lo señalé con la mirada.

Nos orillamos tras el barandal de las escaleras y desde allí seguimos los movimientos de John, atentos. Lucía aburrido y acartonado, como un cubo de rugby con todas las caras del mismo color, y por un momento me pareció increíble que Guido o sus adeptos encontraran un interés particular en alguien como él. ¿No era yo mismo mil veces más interesante? Bueno, estaba claro que no tanto como el patrocinado de mi tío, con el que ahora se reunía dándole unas paternales palmadas en la espalda. La ira me trepó por la garganta cuando, sin proponérmelo, me hallé imaginándome a mí mismo en su lugar: siendo bienvenido, aprobado, luciendo arrebatador bajo los flashes de las cámaras.

—¿Dorian? —La voz femenina a mis espaldas, tan diferente a la de Olivia, me dejó petrificado.

No ella. No hoy. No ahora, por el amor de Dios.

—Dorian, querido —repitió como para torturarme. A su voz la acompañaba el taconeo de sus zapatillas.

Maldije para mis adentros antes de dar un último vistazo a John y Aiden —ahora salían juntos al jardín trasero—, y me forcé a sonreír mientras me giraba. El juego de máscaras comenzaba oficialmente.

IV

—Tiempo sin verte, querido —me dijo mi tía. Me saludó con dos besos y yo le presenté a Olivia—. No esperaba encontrarte aquí. ¿Estás bien? Debió ser difícil volver para ti. Con lo que pasó con la casa de papá supongo que no te

quedaba opción. ¡Lo lamento tanto, cielo! —hablaba a velocidad vertiginosa, sin dejarme una sola oportunidad para responder.

Lydia V. era una de esas mujeres que no quieren pasar de los cincuenta sin antes haber acudido a todos los quirófanos posibles para retocar el cataclismo que suele implicar alcanzar medio siglo de vida. Se había separado cuatro veces —era bastante fácil sospechar la razón, pues no había cirujanos que operaran una lengua de cotilla—, y desde tiempos inmemorables había consagrado sus días a lo que ella llamaba «vida en sociedad».

—Estoy bien, tía —respondí, lacónico.

—No me mientas. Luces pálido y me parece que has adelgazado. Me aseguraré de que comas algo. Vamos, la familia nos espera en el jardín.

Olivia y yo la seguimos a la parte trasera de la edificación, en donde, entre camelias y rosas, habían sido dispuestas varias mesas bajo toldos de velos blancos. «La familia» aquella tarde, como comprendí a medida que nos acercábamos a la mesa que ocupaban los V., estaba compuesta por seis de sus miembros, John incluido. Mis agallas amenazaron con desaparecer cuando los de la mesa se percataron de mi presencia y las conversaciones que mantenían se extinguieron poco a poco, hasta que estuve a un metro de ellos. Reinó un silencio casi perfecto y todos se volvieron a mí. Entonces tomé aire y…

—¡Familia! —Esbocé mi sonrisa más amplia mientras me acercaba al tío Henry, un estirado banquero, y le daba una palmada en la espalda, con lo que logré sobresaltarlo un poco—, no esperaba tan grata compañía. Tía Lydia, has sido muy amable al traerme —agradecí mientras seguía avanzando al lado de la mesa junto a Olivia—. Prima Emma, ¡hmm!, ¿ese perfume es nuevo? Y tú, Isabella —dije al llegar a mi tía más joven, una afamada actriz. Estaba sentada al lado de John y era la única que parecía estar disfrutando de mi intrusión—, estás espléndida hoy.

Ella hizo un brindis con una copa de champán y yo le correspondí con un asentimiento reverencial.

—Dorian —masculló John en tono de advertencia. Encabezaba el extremo de la mesa, con Isabella y Aiden a derecha e izquierda.

—John —lo saludé sin mutar mi expresión festiva, ignorando la manera mortífera con la que él había empujado cada una de las sílabas de mi

nombre fuera de sus labios—. Tú estás… —Di un vistazo de refilón a Aiden, quien se había sentado a su lado y me miraba con vacuidad—… estas aquí —finalicé mi número sin muchos ánimos.

Presenté a Olivia y dejé que tomara asiento al lado de Aiden. Yo ocupé el que estaba frente a Giovanni, hermano mellizo de Emma y musculoso primogénito del tío Henry.

—Cuando me enteré de que la gala sería para dar caridad a un hogar de huérfanos, no creí que tú figurarías en la lista de beneficiarios —me dijo a modo de saludo antes de llevarse su copa de champán a los labios.

—Encantador, como siempre —sonreí sin humor—. Tío Henry, quizá debería explicar al galante caballero a su lado que, si yo tuviese que pedir caridad, sería gracias al saqueo que ciertos miembros de esta familia hicieron a la única propiedad que me dejó el abuelo.

—Se lo diré en cuanto comiences a comportarte —atajó el atlético cincuentón, contemplándome con su mejor cara de póker.

Apreté los dientes. Así podía resumir el trato con mi familia: yo era el que me llevaba la peor parte de los golpes y también el que estaba destinado a ser castigado por cada uno de los que devolviera.

La tía Lydia —o la lengua más rápida del Lejano Oeste— rompió el silencio para recuperar el mando de la conversación, y de repente esbozaba perspectivas espléndidas de su próximo viaje a Londres. Estaba sentada en el extremo de la mesa opuesto al de John y, encantada con su propio monólogo, poco se percataba de lo que estaba ocurriendo a su alrededor: las miradas burlonas que Giovanni y Emma nos lanzaban desde el otro lado de la mesa; el gesto distraído con el que John miraba su reloj y después a la gente que llenaba las mesas a nuestro alrededor; la forma en que Isabella, con esa encantadora coquetería que le propiciaba la abundancia de su escote y su cabello corto, acariciaba sus labios del color del vino en tanto Aiden, sosteniéndole la mirada, daba algunos tragos a su copa de champán. ¿Qué demonios estaba pasando?

—Inglaterra, qué tierras tan prometedoras. Mi Giovanni acudirá a Oxford en un par de años para hacer su posgrado —intervino Henry con esa afectación que tanto caracteriza a los adultos que, temiendo evidenciar sus aires de superioridad al presumir de sí mismos, presumen modestamente de sus hijos—. Ha vuelto a ser elegido como personero de su facultad —añadió.

«De la facultad de los simios», pensé—. Es uno de los mejores alumnos de su clase, y además uno de los más íntegros. Ha tenido la humildad de rechazar el partido de golf al que lo invitó su decano para demostrar su conmiseración ante los niños del hogar y su apoyo a la campaña de John.

Apreté los labios para contener una risotada.

—Rechazar un partido de golf para acudir a un evento político es un acto digno de un alma sacrificada —suspiré como para mí mismo.

Tomé una copa de champán de la bandeja que un joven mesero acababa de acercarnos. Agradecí en un susurro antes de que Giovanni lo llamara con un estrepitoso chasquido de dedos. Entonces, en tanto el joven atendía a mi primo, Aiden se disculpó y se retiró de la mesa. Lo vi marcharse por el sendero adoquinado del jardín, donde lo esperaba un religioso vestido de negro, quizá el encargado de los niños del hogar. «Curioso», pensé.

—Hablando de sacrificios —me volví a Henry—, eso es algo que caracterizó al abuelo en sus últimos años, ¿no es cierto? Sus donaciones, la dilapidación de su dinero… —Callé cuando me di cuenta de que mi intervención había caído como un baldazo de agua fría sobre la mesa. Henry y John, tras dedicarme sendas miradas asesinas, intercambiaron una de urgencia entre ellos—. Es solo curiosidad por un rumor que oí por ahí —me apuré a decir—. Algo de un detective privado que está indagando en nuestra familia. Y como hubo ciertas irregularidades con la herencia del abuelo… —Mis ojos buscaron los de Lydia, pero su lengua se mantenía, por primera vez, atrapada dentro de su boca como una fruta marchita en un tarro de conservas.

—No sé de qué hablas, Dorian. —Fue Henry quien retomó la palabra, dedicándome una mirada gélida con sus ojos castaños—. Pero más te vale dejar la boca cerrada si no quieres alimentar esas habladurías.

—No seas tan duro con él. —Lydia recuperó el habla con expresión mártir—. Debes sentirte tan solo desde que papá falleció…

—No me siento solo.

—Querido, nadie se vuelve amigo del vino en vano y, por lo que me han dicho…

Mi cabeza giró hacia John como por instinto.

—¿Qué te han dicho? —pregunté a Lydia sin dejar de ver a mi tío.

—Oh, no debería contártelo…

—¿Pero…?

—Pero alguien de mi círculo dijo que alguien escuchó que se dice que seguías un poco… *confundido*.

—¿Confundido?

—Eres muy joven, cielo. Seguro madurarás ahora que abandonaste esa absurda idea de escribir y entrarás a una buena universidad. Serás un gran abogado, como tu p…

—¿Quién te dijo eso?

—Me lo dijiste tú en la cena de Año Nuevo. ¿La beca? ¿Lo de regalar tus libros? ¿Lo olvidaste? —Lydia me dedicó una mirada compasiva y, mientras Giovanni reía por lo bajo, me gobernó un odio mordaz hacia mi versión ebria y parlanchina de fin de año.

—En ese momento no tenía idea de lo que haría con mi vida, tía.

—¿Y ahora, Dorian? —me preguntó John. La severidad de su semblante endurecía las líneas en las comisuras de sus labios—. ¿Sabes qué harás con tu vida?

Tomé mi copa de champán mientras consideraba la pregunta. La había escuchado tantas veces aquel año que conocía todas las respuestas posibles, en sus más intrincadas variables, pero cada que intentaba elegir me quedaba en blanco, pues ninguna me parecía correcta.

—Al menos estoy seguro de lo que no haré —aseveré entonces, y pude sentir cómo la máscara se resquebrajaba por debajo de mi piel—. No voy a estudiar Derecho, por ejemplo. Dudo que pueda dejar de escribir y, definitivamente… —examiné las pequeñas burbujas que subían a la superficie de espuma de mi copa—, no volveré a las cenas de Año Nuevo.

Lydia me miró escandalizada.

—Oh, Dorian. Solías ser un buen chico. ¡Cómo has cambiado!

—Pero si no ha cambiado nada —se mofó Giovanni—. Ni siquiera ese traje le quita lo enclenque y afeminado.

—¿Qué hay de ti? —le pregunté, apoyando una mejilla sobre mi mano libre—. ¿Sigues esperando las cartas de Catalina? —Parpadeé de manera sugerente, evocando la última travesura de mi niñez.

—¡Cállate! —espetó, pálido—. No vuelvas a mencionarla o…

—Volvió a encomendarme algo para ti —le dije. Entonces lancé un beso al aire en su dirección.

Ni diez años de lecciones de etiqueta habrían evitado que Giovanni dejara su puesto para lanzarse a atacarme como un orangután rabioso, agarrándome por el cuello del traje con una mano y levantando la otra hacia mi cara. Sonreí, dispuesto a que me la emparejara, pero Emma se incorporó y lo tomó por un brazo para detenerlo. Entre tanto, la tía Lydia acababa de desvanecerse en su asiento con una exhalación dramática. Isabella y Henry se apuraron a atenderla junto a un par de camareros que comenzaron a darle aire con sus bandejas, a falta de abanicos. John, por su parte, se incorporó con brusquedad, arrastrando su silla, y se retiró de la mesa sin decir una palabra.

—Basta ya, Gio —decía Emma a Giovanni. Aunque él me había soltado, una vena en su frente parecía a punto de reventar—. Esas no son maneras —añadió con su habitual languidez. Yo asentía al regaño ajeno con afectación, sin molestarme en disimular que me lo estaba pasando en grande—. ¿Acaso olvidaste ya el último sermón de la misa? Debemos ser compasivos con los necesitados.

Mi sonrisa se esfumó, pero sentí el reconfortante tacto de Olivia sobre mi brazo.

—¡Dorian! —gimió la tía Lydia, lastimera, con una mano sobre su frente mientras el séquito a su alrededor se desvivía por abanicarla—. Piensa en lo que tus padres querrían para ti. ¿Qué dirían si estuvieran aquí?

«Mis padres murieron antes de saber siquiera lo que querían para ellos», pensé. ¿Lo sabría la tía Lydia ya, tras cuatro matrimonios fallidos? Quise preguntárselo, pero en vez de eso recurrí a una de las frases de cajón de los V., empleada de generación en degeneración para cerrar con broche de oro los convites y los negocios usureros.

—*Carpe diem!* —exclamé, levantando mi copa en un solitario brindis antes de llevármela a los labios.

V

Quizá sea un buen momento para confesarte que la tragedia que me dejó huérfano ocurrió cuando Giovanni tenía quince años y yo doce. Tanto los adultos como los más jóvenes de la familia fuimos a pasar la temporada de verano a Villa Dionisio, la finca de verano del abuelo Oscar.

Fueron varias las noches en las que me metí en la cama temprano y apreté los ojos con fuerza para dormirme cuanto antes, ansioso por la idea de que al otro día estaría más cerca de lucir como mis primos. No dio resultado, por supuesto. En lugar de parecerme más a ellos, las diferencias se me antojaban más y más abismales. Si ellos representaban lo que era «convertirse en un hombre», ¿qué era yo en comparación? Un ser aislado e inacabado que prefería pasar sus ratos libres encerrado en su habitación, hojeando libros ilustrados o inventándose historias que en algún momento empezó a plasmar en cuadernos. Había emprendido un viaje en solitario con una nave cuyo timón parecía haberse aliado con las aguas tempestuosas: una aventura confabulada por mí y para mí, y para un lector al que idealizaba atento, efusivo, paciente. Alguien a quien imaginaba con el rostro de mi padre.

Sin embargo, bastaban las escasas ocasiones en las que coincidíamos para convencerme de que ser padre e hijo no tenía por qué librarnos de convertirnos en un par de desconocidos. Él iba y venía, bebía cada vez con mayor frecuencia, y sus ausencias intermitentes se prolongaban durante días. Entre tanto, yo me acostumbré a dejar de ser un niño lloroso que pedía de su padre más de lo que este estaba dispuesto a darle. El hombre que durante mi temprana infancia solía leerme los cuentos de *Los hermanos Grimm* antes de dormir y me enseñaba melodías de piano no era el mismo que llegaba a casa de madrugada fuera de sí, con más alcohol que sangre en las venas y haciendo trizas lo que encontrara a su paso. Pese a todo, aún pienso que las cosas hubiesen sido distintas de no haber sido por el evento que marcó nuestra relación de manera irreversible. Y es que, al parecer, cuando se trataba de un asunto tan delicado como el primer amor del fornido adolescente en el que se había convertido mi primo Giovanni V., había límites que ni siquiera una imaginación descarriada debería atreverse a sortear.

Como venganza por las constantes burlas de mi primo a mis pantalones cortos, mis pecas y mi escasa estatura, intercepté la correspondencia que le llegaba a la finca del abuelo para hacerme pasar por Catalina, una chica que me había enterado de que le gustaba, y cuyo personaje encarné a través del papel para que mi primo intercambiase las que debieron haber sido las más

fervientes palabras de amor que jamás le dedicó a nadie. La broma resultó tan divertida como me había figurado, hasta que Giovanni me atrapó y, en vez de desquitarse por su propia mano, me delató ante el abuelo y papá. Mi primo lo sabía tanto como yo: las represalias que él pudiera tomar por mano propia no se podían comparar con las de Oscar V.

El abuelo me ordenó que me arrodillara en cuanto entré a su estudio esa noche. Papá, sentado en la antesala de la habitación, me miraba con gesto inexpresivo; su rostro descansando en una de sus manos. Iba a decirle algo, tal vez le pediría que me ayudara, o que fuese él quien eligiese mi castigo. Pero antes de que pudiera decirle una palabra, Oscar se encargó de que obedeciera a su orden con el primer garrotazo de su bastón. Intenté defenderme, intenté huir, intenté despertar a papá de su letargo, clamando por auxilio. Lo único que conseguí fue nutrir la cólera del abuelo, quien me golpeó hasta hacerme sangrar y dejarme encogido sobre el piso, vuelto un manojo de lágrimas y temblores que solo sabía decir «perdón, perdón, perdón», como esos pájaros a los que les cortan las alas para convertirlos en un eco de lo que sus dueños deseen hacer de ellos.

—Ninguno de mis nietos será un invertido —jadeó Oscar V. al terminar, señalándome con el bastón que había descargado sobre mí hasta el hartazgo —. Esta será la última vez que oiga que actúas y te expresas como un afeminado. Serás un hombre como yo, como tu padre, como cada uno de nuestros ancestros. ¿Me has entendido?

—Sí, señor —logré articular, haciendo un vano esfuerzo para contener los sollozos que hasta entonces no habían hecho más que enervar la ira del abuelo—. Lo siento.

Mas no lo sentía. Sobre todo porque podía ver, en medio del llanto que me arrasaba las mejillas, la expresión vacua de mi padre, quien me veía desde la niebla de sus ojos enrojecidos por la bebida. Fue ese último cruce de miradas el que me llevaría a tomar la decisión que lo cambiaría todo, el que guiaría mis pasos para convertirme en un hilo más de todos los que, algunos días después, terminarían de tejer la tragedia.

Esa noche, la señora P. me limpió el rostro e intentó aliviar con hielo los lugares que los garrotazos habían alcanzado, pero no el que más dolía. Era irónico que una mujer y un niño supieran el mismo secreto sobre las magulladuras del corazón: el daño que es causado por una mano familiar

deja grietas irreparables. Me pareció más fácil creer en las fantasías que me ofrecían los libros que en las palabras con que mi niñera intentaba consolarme: «Ellos hacen esto porque lo aman. Lo aman y quieren que usted sea un buen niño». Como si por mi edad yo no fuese capaz de comprender que existía una diferencia abismal entre guiar y herir. Como si un alma joven no tuviese las facultades necesarias para romperse, y si lo hacía en manos de alguien que obraba por amor, entonces el amor era algo a lo que uno debía temer.

VI

—Felicidades, fue un discurso inspirador. Me gustó eso de la igualdad de oportunidades.

—Apestas a champán.

—Deja ya de evadirme, por favor.

—No puedo ayudarte, Dorian. Lo siento.

—No quiero tu ayuda. Quiero la verdad. Lo que vi en esa habitación…

—Lo que viste no significa absolutamente nada.

—Si fuera así, seguiría en casa.

—Te fuiste por tus propios méritos.

—Es por la Orden, ¿verdad? Por eso no quieres que vuelva.

Por primera vez desde que logré estar a solas con él, John clavó sus ojos sobre mí, acercándose más de lo que lo había hecho en toda la velada.

—Que no se te ocurra volver a mencionar eso o…

—Así que tengo razón —me le adelanté—. ¿Por qué no me explicas qué está pasando de una vez antes de que tenga que recurrir a otros medios para averiguarlo?

John retrocedió y creí haber dado en el clavo, hasta que vi que extraía algo de su bolsillo. El roce experto de sus manos contando los billetes me dejó helado.

—¿Cuánto quieres? —me preguntó, volviéndose a mí—. ¿Quinientos? ¿Ochocientos grandes? ¿Mil?

—No quiero tu maldito dinero.

John dejó escapar un suspiro mientras guardaba su billetera.

—¿Piensas que alguien te dirá una sola palabra o creerá en cualquier cosa que tú digas?

—He hablado con don Bruno —confesé—. Él me advirtió del detective que está investigando a la familia.

—Y también te habrá dicho lo mismo que yo: no te metas en esto —remarcó en un murmullo que supuraba hiel—. Si vuelves a mí con ese tema, la próxima vez que te acerques tendrás una orden de alejamiento.

—Fue tu protegido quien me dejó entrar aquí —dije entonces—. También sé que lo envías a representarte en subastas, que lo usas para favorecer tu campaña, y que hay rumores de que tú y él…

La bofetada con la que John me calló logró hacerme tambalear. Los ojos se me llenaron de lágrimas y el golpe avivó el dolor que aún latía bajo la fina capa de maquillaje de Olivia. Mi máscara estaba cayéndose a pedazos, pero el candidato presidencial no se quedaría a presenciar un escenario tan patético.

John abandonó aquel rincón solitario del balcón, sin más. Yo, en cambio, permanecí durante unos momentos con los pies anclados al suelo, escuchando los ruidos susurrantes que provenían del jardín. Había caído la noche, y las luces de las lámparas adornaban el lugar con un esplendor que purgaba las sombras, pero no las que habitaban en aquel balcón desolado en el que había encontrado a mi tío luego de su discurso. Las vistas desde allí eran espléndidas. El jardín, con esa luna llena que escapaba de las nubes, lucía como el sueño de un poeta que se hubiese quedado dormido entre sus flores.

Me llevé una mano al bolsillo del traje donde guardaba los cigarrillos. Había uno «especial» que me había regalado Olivia de su reserva personal, alegando que «uno nunca sabe». Cuánta sabiduría. Lo encendí mientras me asomaba al balcón para localizarla de nuevo, pues hace rato que la había perdido de vista. Di una honda calada cuando al fin la encontré, sentada ante la tarima que había sido erigida al fondo del jardín, donde se había organizado un coro compuesto de niños y adolescentes. Las voces, tímidas al principio, comenzaban a elevarse bajo la guía de las hábiles notas que emergían de un piano. *Aiden*. Apreté la mandíbula, pero me vi incapaz de detestar al pianista tanto como deseaba, por lo menos mientras él estuviese

entregado a la música como si hubiera dejado atrás el mundo y la gente a su alrededor para hacer que la ola creciera, creciera, creciera…

—Vaya velada —comentó alguien a mis espaldas.

Di media vuelta, sobresaltado, y vi una figura masculina que se despojaba del velo de sombras en la boca del balcón para acercarse. Su rostro se reveló maduro e inteligente; los ojos oscuros y vivos.

—¿Frank? —inquirí, perplejo—. No sabía que vendrías.

El escritor tendió una mano hacia mí y advertí que su mirada se había anclado en el cigarrillo de Olivia. Miré al cigarro y luego a Frank.

—E-es medicinal —balbuceé con la mente embotada, aunque en la estúpida excusa se asomaba cierta verdad.

Él no retiró la mano, así que terminé accediendo con cierta curiosidad. Para mi sorpresa, Frank se llevó el *joint* a los labios y dio una calada profunda.

—Es de la buena —observó, dejándome de una pieza.

—Tú… ¿escuchaste…? —pregunté, repentinamente inquieto. Él asintió —. ¿Cuánto?

—Lo suficiente —respondió con algo que parecía diversión relumbrando en su mirada.

—Era una conversación privada —protesté.

Frank dejó escapar una risa libre y profunda.

—Disculpa, pero eso no fue privado. Sabes de John V. lo mismo que sabe la prensa amarillista. ¡Bravo!

—Si tienes algo que decirme, te escucho.

—Cálmate, campeón. ¿Acaso no has aprendido nada de tu rival?

—¿Mi rival?

Frank señaló a Aiden. *Una y otra vez él*. Acababa de invitar a Olivia a sentarse junto a él frente al piano y ella, encantada, seguía las instrucciones del músico, quien le indicó que tocara una sola tecla con un ritmo constante. A partir del solitario acompañamiento, Aiden recompuso una grandiosa melodía a la que los niños no tardaron en fundirse con sus voces de miel. La ola había remontado con ímpetu, y tras unos minutos, cuando el público aplaudió con efusividad, el sonido rompió sobre mí con toda la fuerza de su

esplendor. Me ardía el pecho, como si allí tuviera una herida a la que el agua salada hubiera alcanzado.

—Es evidente que ese muchacho sabe lo que hace —me dijo él—. Y John igual, por lo visto. Es el candidato más popular del momento.

Me volví a Frank, decidido a seguir su juego para tantear, entre frío y caliente, hasta hallar el núcleo de aquella conversación.

—¿Por qué dices que él es mi rival?

—¿Acaso no fuiste tú quien trajo a esa chica? —inquirió.

Frío.

—Es mi amiga.

—Ah, entonces no es él quien debería preocuparte ahora.

—Así que hay algo que sí debería preocuparme.

—Dímelo tú —me dijo, mirándome de reojo—. Lo supe cuando fuiste a hablar con don Bruno, pero no sé qué es. ¿Que tu familia te guarde secretos? ¿Convertirte en el relegado de los V.? ¿O no ser llamado, tal vez?

Lo miré de hito en hito, invadido por un repentino vértigo.

—¿Llamado por quién? —aventuré, tan solo porque me parecía imposible que, conforme a lo que dictaba mi intrépida imaginación, los labios del hombre esbozaran, en una bocanada de humo, las palabras:

—Por la Orden, por supuesto.

Caliente.

Mis ojos se perdieron en sus iris castaños durante unos interminables segundos, pues esperaba. Esperaba a que terminara una frase inconclusa, que se corrigiera, que dejara salir su risa ronca. Pero nada de eso sucedió. Él también me estaba esperando a mí.

—La Orden se extinguió hace años —afirmé categóricamente.

Frank rio por lo bajo, sin una pizca de humor.

—Entonces no sé qué es lo que estamos haciendo aquí. —Se giró para marcharse.

Frío, ¡frío!

—¡Espera! —exclamé, como si temiera que el escritor se evaporase entre las sombras del balcón. Él se volvió poco a poco—. Ti-tienes razón. La Orden no me ha llamado y temo que no lo haga —improvisé, pues lo que en verdad me resultaba insólito era la confirmación de la vigencia de la Orden,

o que estuviera hablando abiertamente de ella con una celebridad de los medios artísticos, o, lo que era más: que yo tuviese la oportunidad de entrar en ella—. ¿Qué debo hacer para ser invitado?

—¿Eso es lo que quieres? —inquirió, entornando los ojos—. ¿Ser partícipe del legado de tus ancestros?

Caliente, muy caliente.

Recobré de súbito la noción del anillo que descansaba bajo mi camisa. Las palabras de Bruno aún pesaban sobre mi conciencia: «Creamos monstruos». Sin embargo, también estaba la mención a la inclinación de mi padre por la justicia. Yo quería comprenderlo, estar al tanto de los motivos que lo llevaron a la autodestrucción; encontrar la verdad. Y si en realidad alguien me había llevado allí para sumergirme en los secretos mejor guardados de mi familia y de la Orden, para bien o para mal, comprendí que no me bastaba con ser un espectador.

—Sí —resolví al fin con firmeza—. ¿Puedes ayudarme?

—No me malentiendas, Dorian. —Frank cruzó los brazos sobre la mesa y su mirada se volvió más intensa—. Yo no estoy dentro, pero sé de algunas personas que sí y, en vista de tu interés, conozco una forma en la que podrías llamar su atención. Solo tendrás que seguir mis indicaciones.

—¿Así de simple? —inquirí sin ocultar mi recelo.

—Las cosas son más complicadas de lo que te figuras —advirtió Frank—. Y recuerda que habrá personas a las que no les conviene que estés dentro. Tal vez tú mismo seas uno de ellos. Por lo demás, es probable que tu sangre te abra las puertas cuando sea el momento. Eso, claro, si no te preocupa sacrificar un poco, y si no das muestras de una curiosidad desesperada. Prefieren a los sagaces, los de mentes cultivadas. Los genios, los poderosos, los prodigios… —Echó una mirada al jardín antes de volverse a mí—. Y ya que dices que eres escritor… —Frank buscó su billetera y de ella extrajo una tarjetita que me tendió—. Ve a esta dirección el lunes. Dejaré un encargo a tu nombre. Considéralo una prueba y, cuando hayas cumplido, búscame en el Círculo de Hefesto. Allí hablaremos de los pormenores de nuestro pacto.

—¿El Círculo de Hefesto? —balbucí nervioso.

—Por favor —sonrió Frank, impaciente por primera vez en lo que iba de la noche—, ya has hecho demasiadas preguntas por hoy. Te haré llegar la

contraseña en cuanto termines tu trabajo, pero el lugar tendrás que averiguarlo tú. Eres un V., ¿no? Seguro hallarás la manera de resolverlo.

—Pero yo no…

—Tómalo como una prueba adicional —zanjó Frank—. Y recuerda, Dorian —se acercó a mí para decirme, en tono confidencial—: si dices una sola palabra de esto a Guido o a cualquiera, puedes estar seguro de que lo sabré, y no querrás conocer las consecuencias.

VII

Cuando las formalidades del evento llegaron a su fin, Frank y yo abandonamos el rincón de nuestras confidencias. Una vez que el personal nos entregó nuestros abrigos, nos dirigimos a las escaleras del vestíbulo. Por alguna razón, antes de despedirse, Frank me pidió que escoltase a una guapa mujer de cabello castaño cobrizo hacia la salida del edificio. Así lo hice y, cuando nos hallamos ante la puerta, ella, posando una de sus manos enguantadas sobre mi hombro, besó mi mejilla antes de alejarse y desaparecer en el recodo del pasillo, dejándome alucinado.

—Oye… —La persona que me tomó del brazo no tenía nada que ver con la delicadeza de la joven que acababa de dejarme.

Levanté la mirada, con la sensación de moverme en cámara lenta, y la imagen que encontré terminó de confundirme. No tenía sentido que John V., tras el trato hostil y distante que me había dedicado, ahora se me acercara para decirme, en voz baja y grave:

—Debo hablar contigo.

Franqueamos el umbral de la salida y fuimos al encuentro de la noche. Varios coches enfilaban hacia la bahía, donde eran recogidos algunos invitados que descendían por las amplias escaleras de mármol. Pero yo no podía seguir mi curso, pues John seguía reteniéndome a su lado, y ni él ni el fortachón que lo custodiaba como si fuese su sombra daban indicios de dejarme ir.

—Ese hombre… —dijo entonces John—. Ten cuidado. Es un embustero.

Lo contemplé, pasmado, pues pocas personas en el mundo llegaban a tener un primer plano de aquel semblante de John V. ¿Era temor lo que leía en él?

—¿A qué hombre te refieres? —le pregunté con cierto cinismo. No puedo negar que estaba disfrutando de aquello, pero lo que fácil viene…

—Olivia te espera en el taxi —interrumpió una voz a mis espaldas. La sensación que me produjo fue proporcional al efecto de uñas deslizándose por un pizarrón.

Escuché los pasos que subían las últimas escaleras del porche, pero no me moví. John, en cambio, que antes estaba tan tenso como si acabara de tragarse una vara de hierro, pareció relajarse ante la aparición de su protegido.

—Aiden —lo llamó como si se tratase de una palabra mágica, y apuntó hacia mi cara con un dedo.

El joven, solícito, se dirigió a su lado y advertí con el rabillo del ojo que examinaba mi rostro con su mirada leonina. Dos contra uno. Me concentré en el semblante ceroso de John, pero la nueva presencia me taladraba. Aun así, estaba determinado a no dejarme intimidar, y cuando noté que Aiden extraía un pañuelo del bolsillo frontal de su traje para ofrecérmelo, me limité a observar la prenda y la mano que la sostenía con desdén. Entonces mi tío tomó el pañuelo y me lo tendió con urgencia. Retrocedí, pero él avanzó dos pasos más.

—Límpiate —me apremió, señalándome la mejilla izquierda.

Quería resistirme, mas no pude con la curiosidad, así que tomé el pañuelo y me lo llevé al lugar donde hace poco se habían posado los cálidos labios de la mujer. Al examinarlo, descubrí la huella sutil de un labial color vino.

—No me importa cómo lo conociste ni lo que te dijo —decía John entre tanto, con una voz apenas audible—. No te acerques a él. Es peligroso. —Un músculo le saltó en el surco nasal al pronunciar la última palabra.

—*Peligroso…* —reí con incredulidad—. Hay gente familiar que ha demostrado ser mucho más peligrosa para mí que un escritor. —Le dediqué una mirada cargada de intenciones.

John parecía dispuesto a darme un sermón, y aún creo que lo hubiese hecho de no ser por el destello de un flash que nos sorprendió a ambos, encandilándonos, seguido por el característico sonido de un obturador. A

unos pocos metros de distancia, dos jóvenes reporteros nos enfocaban con sus cámaras.

John pasó de la sorpresa a la ira en un segundo. Su guardaespaldas se dirigió a los tipos, pero él se adelantó para exigirles, con esa misma voz glacial que había empleado conmigo antes de la cena, que borraran esas fotos en ese mismo instante, al borde de la neurosis.

Comprendí que el juego de tanteo que había iniciado con Frank no había terminado, sino que había ido *in crescendo*, y ahora el calor era una llamarada que quemaba mis entrañas como una corriente arrolladora. Era ira; el regusto de una hiel familiar que me llenó la boca cuando mis ojos se toparon con los de aquel del que yo estaba tan lejos de ser, del loado e imperturbable artista.

—Quiero ayudarte, Dorian —dijo él de repente. Apenas vi sus labios moverse, y por un segundo pensé haberlo imaginado, pero toda duda se disipó cuando avanzó hacia mí y me tendió su mano derecha—. ¿Me dejarás?

En respuesta, me limité a depositar en su mano el pañuelo que me había ofrecido antes y, con la última pregunta colgando en el aire, me retiré. El flash aún hacía estragos en mi vista, tiñendo la penumbra de un impertinente haz de luz que me seguiría en cada parpadeo durante varios segundos. Sin embargo, cuando de camino a la zona de taxis introduje mis manos en los bolsillos de mi chaqueta y mis dedos dieron con lo que parecía ser un papel grueso, me quedé petrificado.

Al sacarlo, me sobrevino una sensación de *déjà vu* al reconocer un pequeño sobre cuadrado idéntico al que había encontrado en el funeral del abuelo. Extraje su contenido y me esforcé por leerlo bajo la lumbre de las luces nocturnas. Cada palabra cobró sentido poco a poco, acelerándome el pulso. Costaba creer que tres líneas escritas a máquina tuvieran tal poder sobre mí. La primera era una fecha que llegaría en un par de semanas y una hora exacta. La segunda indicaba un lugar: «Mausoleo familiar de los V». La tercera tan solo eran tres palabras: «Te conviene venir». Y por último, la posdata: «Trae contigo a Aiden».

En llamas.

6

NOSCE TE IPSUM

I

—Mencionó que tal vez haya alguien que no quiera que yo esté dentro.

—Pero ni tú quieres estar dentro.

—Ni siquiera sabía si existía algo en lo que querría entrar.

—En fin, ¿quieres?

—¿Por qué no?

—¡Dijo que no debe importarte sacrificar tu sangre!

—¡Es solo una metáfora!

—Pues, si metafóricamente yo fuera tú, habría encontrado una manera de hacer hablar un poco más a ese hombre.

—Y si yo fuera tú, seguro habría encontrado algo mejor que hacer que andar parloteando por allí. *Metafóricamente*.

—¿«Parloteando»? ¿Quién demonios eres, D? ¿Mi abuelo?

—Búrlate, Oli, pero sabes bien lo que hiciste anoche.

—Sí, lo sé, y pensé que te interesaría saberlo también.

—Si tiene que ver con él…

—Puede que tenga que ver con todo.

Me giré hacia ella. Su melena ondulada se esparcía sobre la almohada y sus ojos permanecían clavados en la pared amarillenta de mi buhardilla, donde Olivia apoyaba los pies descalzos en una postura que nada tenía que ver con la gravedad de su expresión. Los recipientes de la comida china con la que me había sorprendido hace un par de horas aún reposaban en el

suelo, y por primera vez en lo que iba de la tarde me pareció que el aroma dulce de la comida se volvía hostigante.

—¿Qué pasó? —le pregunté, levantando medio torso—. Vamos, yo te he confiado algo que quizá ponga en riesgo mi vida; tú también debes contarme todo lo que sepas.

—Acuéstate —dijo ella, inconmovible.

Ver tanta quietud en un rostro a cuya expresividad había vuelto a acostumbrarme disparaba mi ansiedad, pero me obligué a obedecer y en un segundo retomé mi posición en la pequeña cama. Estábamos acostados en sentido opuesto, mirando sin ver las formas abstractas que una humedad incipiente esbozaba en un rincón del techo. Con el relato de Olivia, sin embargo, las manchas informes comenzaron a convertirse en edificios suntuosos, personas de trajes caros, ojos ambarinos y orgullosos.

—Mientras tú andabas metiéndote en habitaciones oscuras con hombres que te doblan la edad…

—¿Qué? Yo no…

—¡Shhh! Estoy hablando yo.

Me mordí la lengua.

—Descubrí que… *parlotear* tiene grandes beneficios. Cuando te fuiste con tu tío, era obvio que no me iba a quedar como una acompañante florero más en la mesa; ese papel ya lo cumplía muy bien tu prima, la rubia teñida, así que me puse a hacer algo más productivo.

Mis ojos se dilataron al sospechar el curso que tomaría la historia de Olivia, pero seguí escuchando en silencio.

—No te imaginas cuánto les gusta hablar a los niños; fue fácil seguir el rastro de Aiden con algunas preguntas. Me dijeron que había ido a uno de los pisos de arriba junto al cura y pensé que no tenía nada que perder si los seguía… hasta que vi que la única habitación disponible allí eran los baños. Imagínate: usar tus mejores dotes de espía para descubrir que el destino de tu objetivo era mear. Pero fui paciente.

—¿Y?

—Como la puerta del baño de hombres estaba cerrada y yo no quería parecer una pervertida, me metí en el de las mujeres y esperé a ver si captaba algo más interesante que un chorro de agua. Sí que lo hice. Tuve que sacar

medio cuerpo por la ventana del cuarto para escuchar mejor, porque hablaban muy despacio, y oí algunas cosas sin sentido.

—¡Estás loca!

—¡Pues gracias a esta loca tenemos una pista!

—Probablemente solo hablaban de la presentación del coro.

—De hecho, mencionaron a los V. Incluyéndote.

Me mordí el labio inferior.

—¿Qué fue con exactitud lo que escuchaste en ese baño, Oli?

Olivia cerró los ojos, como si aquello le facilitara el recuerdo.

—El cura decía algo así como: «No estás haciendo lo que acordamos. Hazlo cuanto antes, no quiero que tardes». —La incipiente dramaturga no pudo evitar poner una voz más grave al evocar las palabras del religioso—. Aiden respondió que no dependía de él —continuó—, que no tenía forma de cumplir porque los V. le ponían las cosas difíciles, y que tú eres complicado, o algo así. Entonces el cura mencionó a… a tu padre. Le dijo que no había tiempo. Aiden se hartó de repetir que lo sabía. ¿Tiene sentido?

—Creo que hablaba de la Orden —afirmé, recordando la conversación con Frank.

—¿Y cómo pinta el cura en todo esto? —inquirió mi amiga—. No lucía exactamente como un conspirador.

—Supongo que tendré que averiguarlo. ¿Eso fue todo?

—Casi. Tuve que salir de allí pronto, porque si no pudo conmigo el miedo a las alturas, sí pudo un guardia de seguridad que amenazaba con descubrirme medio encaramada en la fachada del edificio. Así que esperé a que Aiden volviera al salón y me acerqué a él. Es un buen chico, Dorian, y muy amable. Me ofreció un oído resistente a los chistes malos y una boca muy agradable de ver y de escuchar…

—Al grano, Oli, que esto no es un drama.

—¿Que no? ¡Ja! Si bastaron unos minutos de charla para confirmar que había oído bien la conversación de antes. Al principio hablamos un poco de cómo te conocimos ambos, pero en el momento menos pensado me pareció que la conversación giraba en torno a ti.

Olivia aguardó unos segundos a mi reacción. Yo aún no acababa de decidir si me sentía ofendido hasta la cólera o inusitadamente halagado. Me gustaba pensar que alguien se interesaba por mí, y más aún si se trataba de

un rival digno, pero la idea de que hubiese motivaciones encubiertas me contrariaba.

—¿Qué quería saber? —pregunté por fin.

—Nada personal, y disimuló bastante bien. Por ejemplo, me contó que él había llegado a la ciudad hace varios años y planeaba quedarse. Entonces me preguntó si yo me quedaría. Si tú te quedarías.

—¿Y tu respuesta?

—La misma en casi todo: «No estoy segura».

Me levanté de la cama y esquivé los recipientes vacíos de cartón que minaban el suelo para dirigirme hacia la ventana. La abrí de par en par, dejando que el aire fresco me reconfortara por unos segundos y cortase la atmósfera cargante de la habitación.

—Debiste contarme todo esto anoche —recriminé a Olivia.

—Te hubiera dejado con insomnio —contestó ella a mis espaldas—. Y hoy, cuando llegué, te habría dejado sin apetito.

«Pues esta noche me quedaré sin los dos», pensé. Entonces recordé la nota anónima que había encontrado en mi bolsillo y me invadieron unas ganas tremendas de lanzarme por la ventana. Sin embargo, había decidido no revelar ese detalle de la noche a mi amiga. Entre todas las cosas que estaban pasando, esas notas anónimas eran lo que más me inquietaba. Había considerado que era Frank quien estaba detrás de eso, pero no tenía sentido, porque él podía haberme dicho lo de la nota durante nuestra conversación. No. Era alguien que sabía algo más, alguien que me pisaba los talones desde el funeral del abuelo y prefería mantenerse en el anonimato.

Olivia siguió mostrándose reacia a mi teoría sobre las malas intenciones de Aiden cuando, al comenzar a caer la noche como un lienzo cerúleo salpicado de estrellas diminutas, la acompañé al Parque de los Abetos, siguiendo el camino que conducía a su casa.

—He conocido a tantas personas que me he vuelto buena para detectar a las mentirosas, las envidiosas y las falsas —me dijo entonces—. Es lo que pasa cuando aprendes a usar máscaras: te acostumbras a reconocer cuando otros lo hacen. Pero no veo eso en él. Lamento no respaldarte esta vez, D, pero dudo que lo que oí tenga que ver con la Orden. Tal vez Aiden en realidad quiera ayudarte, y harías bien en dejar tus prejuicios y acercártele,

aunque sea para despejar las dudas. Lo juzgaste sin siquiera darle una oportunidad.

Consideré sus palabras. Sí que lo hice, en especial porque eso era precisamente lo que me pedía la nota anónima.

—Si me acerco a él —dije a mi amiga—, solo será para confirmar lo que me han dicho tú y el escritor. Creo que Aiden sabe de mí más de lo que yo sé de él. Tendré que cambiar eso cuanto antes.

Nos despedimos y me quedé parado allí, observando a Olivia alejarse entre aquella fortaleza de cipreses. De repente se giró hacia mí, como si acabara de recordar algo importante.

—¿Y si lo del sacrificio no fuera una metáfora? —preguntó.

Sonreí, negando con la cabeza.

—Lo es —aseguré—. Claro que lo es.

II

La semana comenzó con un cielo encapotado que presagiaba una tormenta inminente. El día era tan lúgubre que, mientras me ponía el abrigo, el tiempo parecía haberse quedado congelado en la madrugada. Solo los ruidos del tráfico y las campanadas de la catedral evidenciaban que la ciudad estaba tan despierta como yo.

Cuando bajé las escaleras de caracol de la librería, el resto del personal aún no había llegado. Adela era la única persona en la caja. Llevaba las ondas de cabello negro sueltas sobre los hombros y uno de sus elegantes trajes sastre, pero, mientras revisaba los libros de contabilidad, se mordía el labio inferior con un aire infantil que me hizo sentir un roce de calidez en el pecho.

—Buenos días —sonreí de oreja a oreja al pasar a su lado—. ¿No es un día increíble? —pregunté sin dejar de verla mientras abría la puerta del negocio.

—Buenos días —respondió ella. Me pareció notar un deje de diversión en su rostro, y esta vez sus ojos permanecieron sobre los míos entre tanto.

Me habría gustado prolongar aquel momento, pero un repartidor de periódicos detuvo su bicicleta ante el umbral de la librería y me extendió un

ejemplar antes de seguir con su recorrido. Al ver los titulares, reparé en que «La gran gala benéfica del candidato John V.» constaba allí.

Me apoyé sobre el marco de la puerta y desdoblé el periódico. Salté las páginas hasta ubicar, con las manos entorpecidas por el frío, la sección de «Sociedad». Repasé las fotos con avidez hasta que comencé a hartarme de reconocer la misma sonrisa impostada en cada rostro en el que me fijaba, en especial cuando llegué a las de Giovanni y algunos otros de los V. Entonces me detuve en una imagen. En ella, John y su protegido irradiaban un aire soberano que el monocromo no hacía más que intensificar. Impoluto y confiado, como si hubiera nacido para complacer a los lentes de las cámaras, Aiden sobrepasaba por media cabeza la estatura de mi tío y tenía el rostro medio vuelto hacia la derecha. Me fijé en él durante algunos segundos más, en cada detalle de su postura y de su fisonomía: la cabeza erguida, los labios entreabiertos y las cejas levemente arqueadas, como si alguien lo acabara de llamar por su nombre…

—¿Es amigo tuyo? —inquirió Guido a mis espaldas.

Aplasté el diario contra mi pecho, como si hubieran acabado de atraparme viendo un catálogo de lencería femenina. No tenía idea desde hace cuánto tiempo Guido fisgoneaba las fotos detrás de mí, pero era su periódico, después de todo, así que, ante su mirada curiosa, me obligué a volver a extender la enorme página ante nosotros.

—N-no es mi amigo —tartamudeé—. Y tampoco es un V.

—Bueno, lo último es evidente —respondió Guido mientras acercaba su rostro a la foto para detallar los rasgos del músico, tan diferentes a los de John—. Parece que es bastante cercano a tu tío y… ¿no estaba esa noche en la subasta?

Me aparté, tan hastiado por el olor de su loción de afeitado como por el tono insinuante con el que se refería a Aiden.

—¿Lo conoce? —inquirí mientras cerraba la puerta de la librería para dejar fuera la brisa que comenzaba a vagar en las calles.

—Lo he visto una que otra vez en el Palacio de la Academia. Lo reconozco porque ha aparecido varias veces en esta sección del diario junto a los V. Pensé que eras amigo suyo.

—¿Por qué diablos yo sería amigo de alguien como…?

—Aiden K. —intervino una voz aterciopelada a pocos metros de nosotros. Nos volvimos a Adela, quien emergía entre estanterías dedicadas al archivo de prensa con una revista abierta por la mitad y un fulgor de triunfo en sus ojos negros—. Veintitrés años. Estudiante de último año de Dirección orquestal y Piano clásico. Miembro destacado de la filarmónica de la Universidad Gregoriana. —Adela habló fuerte y claro, sin siquiera volverse a nosotros, mientras regresaba a su puesto en la recepción. Guido y yo la seguimos casi sin percatarnos, como si fuésemos ratoncillos hipnotizados por el sonido de una flauta dulce. Ella dejó caer el ejemplar abierto sobre el escritorio mientras lo rodeaba. Se trataba de una revista local de hace pocas semanas en la que Aiden figuraba como «Artista del mes».

—¿Qué haría sin ti, *mon ange*? —dijo Guido a su compañera, sin apartar los ojos del artículo—. Había olvidado su nombre. Aiden… —Los ojos del librero centellearon—. Significa fuego.

—Es evidente que ustedes dos lo conocen más que yo.

—Es irónico, chico.

—*Dorian* —rectifiqué exasperado—. ¿Y qué es lo irónico?

—Que él parece más cercano a los V. que tú, que eres uno de ellos.

—Qué bueno que lo menciona, porque si no yo jamás lo habría notado. ¿Sabe qué? Hablaré con él y lo pondré de mi lado para ver si, por un milagro, eso hace que mi familia también lo esté. —Dejé escapar una risa sarcástica, pero callé cuando noté que el librero y Adela no reían.

—No perderías nada intentándolo —dijo Adela—. Solo tendrías que acercarte a él y… charlar —concluyó con un batir de pestañas.

En boca de Adela sonaba incluso más real y terrible, pues me sentía bastante capaz de hacer lo que indicaba la nota anónima si ella me lo pedía.

—No es una mala idea —concedió Guido—. Te convendría simpatizar con alguien cercano a tu familia. —Me hizo un guiño, pero yo estaba tan abstraído que ni siquiera reaccioné cuando el librero me arrebató el periódico de las manos con un movimiento limpio.

«Acércatele, aunque sea para despejar las dudas», me había dicho Olivia. La sugerencia de Adela iba a lo mismo.

—Vamos, a trabajar —intervino el librero, palmeándome la espalda para romper la tensión—. Tienes toda la mañana para pensarlo.

Pero yo no tenía nada qué pensar. En mi bolsillo yacía una nota anónima en la que figuraba ese nombre que me seguía a todas partes. Debía buscarlo, debía hablar con él y averiguar si sabía algo al respecto.

—De hecho —me giré a Guido—, me preguntaba si podría salir del trabajo un poco más temprano hoy.

III

Cuando por fin di con las enormes puertas de madera tallada y elevé la mano para alcanzar el timbre de la casa de los V., mi mente se quedó en blanco. Suspiré, con los ojos cerrados, y solo entonces volví a intentarlo. Pero el cielo bramó con un estruendo sobre mi cabeza y sentí que era arrastrado fuera de una suerte de hipnosis. ¡Todo aquello era ridículo! Me recriminé cómo no lo había visto tan claro al tomar mi abrigo y salir de la librería como si levitara. ¿Qué iba a decir cuando tuviera a Aiden frente a mí? «Oye, hay alguien dejándome notas anónimas y quiere que me acompañes a un cementerio, ¿te apetece venir?».

Así pues, mis manos volvieron a estar a salvo en la seguridad de mi abrigo. Y mis piernas, como si les acabaran de dar cuerda, comenzaron a llevarme lejos de allí… No esperaba que un sonido familiar me detuviera a mitad de la acera. Al volverme al ruido de la enorme puerta que ya se cerraba, miré a un hombre alto que abandonaba la casona y emprendía rumbo en sentido contrario a mí. El cabello negro, la espalda amplia y esa manera de caminar tan relajada, como si le hiciera un favor al mundo al recorrerlo: Aiden. Ni siquiera me había visto, eso era seguro, y mientras lo observaba volverse cada vez más pequeño a medida que crecía la distancia entre nosotros, leí en sus pasos largos y firmes esa misma determinación con la que yo había abandonado la librería aquella tarde, la de alguien que sabe exactamente a dónde va.

Seguirlo resultó natural y, sin duda, mucho más fácil que todo lo que había intentado hacer antes, pues había una línea muy fina entre ser un espectador y convertirse en un testigo. «¿A dónde se dirige? ¿A la universidad? No lleva mochila ni documentos. ¿A una cita? Viste pantalones

deportivos grises y una cazadora negra; la ropa más sencilla con la que he llegado a verlo. ¿A algún lugar en el que no quiere ser recordado, tal vez?». El cielo pareció hacer eco de los pensamientos que descendían como una cascada sobre mi cabeza, pues, tras varias cuadras en las que comencé a notar que abandonábamos la zona privilegiada del barrio, la lluvia se desató con ira sobre la ciudad, sobre nosotros. Aiden se cubrió con la capucha de su cazadora. Yo me resigné a soltar una imprecación por lo bajo y a sentir cómo el agua volvía a estar en todas partes —tal y como la había sentido hace algunas semanas—, llevándose con ella todo rastro de calor.

A medio recorrido comencé a temblar, pero la tormenta no era la única culpable. Con cada vuelta, cada atajo, cada cambio de acera que daba mi objetivo, veía ante mí desaparecer la fastuosidad del barrio que abandonábamos. Eso, aun así, fue lo que avivó mi voluntad de seguirlo, guardándome bien de no ser visto cuando él miraba en mi dirección antes de cruzar la calle. A mi alrededor, la ciudad se convertía en un cúmulo de edificaciones desvencijadas y personas mal encaradas que me miraban con una mezcla de curiosidad y desprecio al pasar. Aiden, en cambio, se movía como un pez en el agua, y con cada uno de sus giros inesperados mi pulso se aceleraba. De repente sentí que me acercaba demasiado y que, o bien mi cuerpo comenzaba a agotarse por la inesperada prolongación de la caminata bajo la lluvia, o mi objetivo andaba cada vez más lento.

Supe que era lo segundo en el último cambio de acera, cuando lo vi entrar en un establecimiento de paredes medio enmohecidas a mitad de una cuadra desolada. Esperé unos segundos antes de cambiarme de calle a trote. El aguacero, que no había cesado por un instante en el largo recorrido, formaba arroyos sobre el pavimento y minas de charcos en los que mis pies se hundieron antes de que volviera a la seguridad de la otra acera. Me resguardé del diluvio bajo el toldo de lo que parecía ser una suerte de taberna, pegando la espalda sobre la pared para esconderme de las ventanas mientras recobraba el aliento. Caí en cuenta de que Aiden podría tardar horas en salir, y que mi ansiedad no haría más que crecer mientras fuese un náufrago en aquella isla hostil, así que me dirigí a la puerta en dos zancadas y entré en el lugar, con la horrible incertidumbre de no saber si acababa de salir bien librado de la boca del lobo o si acababa de meterme en ella.

Tropecé con un hombre calvo y obeso que lucía como una mala parodia de Humpty Dumpty.[7] Emprendía la ardua tarea de regresar a su mesa sin tumbar las botellas servidas en el acto, pero el espacio era tan reducido que su enorme hombro se topó con el mío cuando quise avanzar. Levanté las manos, como excusándome, y el tipo se limitó a aplastar contra la mesa un cigarrillo —que parecía diminuto en su manaza— antes de dejar caer sus 150 kilos en la butaca.

Ahí dentro no hacía tanto frío, pues el lugar estaba colmado de gente, pero el aire estaba viciado de olores *sui generis* y un hedor a carroña que me hicieron extrañar el exterior de inmediato. El humo de los cigarrillos flotaba por la sala como neblina, y sin embargo, no era lo suficientemente espeso como para impedirme distinguir la figura de Aiden, inclinada sobre la barra, al fondo. Se movió tan súbitamente que, antes de saber si iba a volverse a mí siquiera, me arrodillé en el piso y quedé medio cubierto por la mesa de Humpty Dumpty. El grandullón me miró de reojo, y comencé a desatar y atar los cordones de mis zapatos para disimular, aplicando esa inútil regla del juego de las escondidas: «Si no te veo, no me ves». Pareció ser útil por una vez, y por fortuna fui yo mismo quien salió del escondite tras escuchar el estrépito de pisadas sobre las escaleras. Primero levanté la cabeza a la altura del borde de la mesa, y luego, al ver las piernas largas enfundadas en un pantalón de sudadera que desaparecieron en el segundo piso, volví a incorporarme. Mis temores comenzaban a quedar aislados en algún lugar recóndito, pues ahora era el arrebato de la victoria anticipada lo que me movía. El intachable protegido de John V. tenía un lado oscuro, y la idea de ser el primero en descubrirlo me emocionaba hasta cegarme. ¿Afición a las apuestas ilegales? ¿Algún negocio en los bajos fondos? ¿Una turbia fijación por las damas de compañía, tal vez?

Me colé entre las mesas y me dirigí hacia esas escaleras de madera deformada que solo un borracho experimentado o alguien demasiado cuerdo podría utilizar. No dejé que la situación me intimidara cuando ante mí apareció un pasillo lleno de puertas cerradas. Escuchaba toses, risas, gritos del otro lado de las finas paredes. En un rincón del pequeño pasillo que seguía a la desembocadura de las escaleras había un colchón medio

podrido sobre el que yacían un hombre y una mujer, escuálidos y ojerosos. Ninguno de ellos era Aiden, pero se me revolvió el estómago cuando noté que llevaban los brazos expuestos, y que una de las jeringuillas con las que se habían perforado la piel rodaba sobre el piso empolvado. Reculé. Por primera vez desde que había iniciado esa empresa se me ocurrió que tal vez no estaba preparado para ver al protegido de mi tío metiéndose drogas duras en una de esas habitaciones. Aun así, me encaminé muy despacio hacia la única habitación que tenía una puerta entreabierta. Apoyé la mano sobre la madera y dejé que se abriera de par en par.

Aparte del umbral de lo que parecía ser un pequeño cuarto de baño, algunas sillas apiladas y las goteras que formaban pequeños charcos sobre la madera, la cámara estaba totalmente vacía. Me acerqué lentamente al tragaluz y observé las gruesas gotas de lluvia que reventaban una a una sobre el cristal. Las manchas purpúreas que comenzaban a aflorar sobre el gris del cielo anticipaban que a lo sumo me quedaba una hora de la claridad de la tarde para poder salir de allí tan ileso como había logrado entrar. Además, aún debía pasar por la dirección que me había dejado Frank para recoger «su encargo». Ensimismado, me encaminé hacia la salida. Después de todo, había ido a parar a ese lugar por respuestas, y en teoría tenía una. *Aiden era un adicto. Aiden estaba enfermo. Tal vez él también creía que a veces el talento no era suficiente…*

La puerta se había entrecerrado, pero en cuanto puse la mano sobre el pomo escuché unos pasos detrás de mí. Me viré con tal rapidez que por poco pierdo el equilibrio, y mientras mis ojos daban de lleno con una familiar figura enfundada en negro, una de sus manos se estampó sobre la puerta y esta se cerró a mis espaldas con un golpe seco.

Un temblor incontenible viajaba de mis manos a mis rodillas ante la repentina aparición, y ya ni me esforzaba en disimular mi respiración desbocada mientras los ojos de Aiden me atravesaban con una intensidad abrumadora.

—¿Ahora me sigues? —me preguntó con voz enronquecida. Aún llevaba puesta la capucha, y aquel estúpido detalle parecía conferirle un inesperado poder de intimidación.

Tragué saliva. Definitivamente él no estaba borracho, pues lo tenía tan cerca que hubiese podido percibirlo en su aliento. Además, sus ojos se veían tan despejados y lúcidos como siempre, y lo que le dilataba las pupilas no parecía ser una droga, sino la simple contraluz.

—No soy tu enemigo —me dijo él, todavía sin retirar el brazo de la puerta. Al parecer temía que yo me escabullera en la primera oportunidad que se me presentara, lo que no distaba mucho de la realidad—. Si no te costara tanto entenderlo, habrías podido ahorrarte jugar al espía…

—No estaba espiando —dije al fin, saliendo de mi embotamiento—. Vine aquí por mis propios asuntos.

—Entonces ya habrás notado que este no es lugar para ti.

—¿Y para ti sí? —espeté, tembloroso.

Un músculo saltó en la mandíbula de mi interlocutor. Ansiaba girarme y salir corriendo de allí, pero en cambio me quedé recargado sobre la puerta, intentando volver a gobernar aquel cuerpo mío que a esas alturas parecía estar hecho de agua y gelatina.

—¿Qué haces aquí, Dorian? —inquirió Aiden de repente.

—Te lo diré si te apartas un poco.

Aiden, tras unos segundos que se me antojaron interminables, retiró el brazo de la puerta. Volví a respirar. Entre tanto, mi enigmático interlocutor me daba la espalda para dirigirse al tragaluz. Era mi oportunidad para huir, y sin embargo descubrí que, por más que mis manos tiritaran como para probarme lo contrario, en realidad deseaba quedarme.

Contra todo pronóstico, me acerqué a Aiden con parsimonia. Vi que se retiraba la capucha y se pasaba una mano por el rostro para apartar los mechones de cabello oscuro que se le adherían a la pálida piel. Por primera vez desde que llegué a ese lugar fui consciente de mi propio estado. El cabello medio largo se aplastaba contra mis mejillas, lo que debía darme una imagen de lo más patética. Me lo eché hacia atrás rápidamente antes de hablar.

—Dijiste que quieres ayudarme, y tal vez necesite que lo hagas con un lugar llamado el Círculo de Hefesto —improvisé. Debía tantear el terreno y cerciorarme de que era medianamente fiable, y no estaba de más comenzar a hacer mis averiguaciones sobre ese lugar.

Aiden esbozó una sonrisa ladina al tiempo que sus ojos se apartaban del diluvio para encontrarse con los míos.

—Esto no tendrá que ver con ese escritor del que John te advirtió que te alejaras, ¿verdad?

Apreté los dientes.

—Tengo que hacer algo importante allí —me limité a decir ante su mirada inquisidora—. Pero puedo encontrarlo con tu ayuda o sin ella. —Di media vuelta y caminé hacia la puerta cerrada de la habitación.

—Dorian… —La voz de Aiden volvió a congelarme a mitad del trayecto —. Tienes razón. —Escuché sus pasos sobre la madera mientras se acercaba —. No puedo ayudarte a encontrarlo, pero sé de alguien que tal vez sí.

—¿Quién? —inquirí. Mis nervios se habían transformado en la más viva expectación.

Aiden aspiró y dio un vistazo a nuestro alrededor antes de volverse a mí de nuevo.

—Primero, salgamos de aquí.

IV

El hombre puso los dos vasos sobre la mesa. Algo del contenido goteó por fuera de los recipientes, pero eso parecía parte del protocolo.

—Disfruten, señores —sonrió con sus dientes irregulares.

—Gracias, Dan —le dijo Aiden, sin verlo. Estaba demasiado ocupado fijándose en cada uno de mis movimientos, como si todavía no hubiese descartado la posibilidad de que yo huyera ante el menor descuido. Y no era para más.

Aunque el sitio al que me había conducido ya no estaba viciado por el olor a cigarros rancios, compartía el mismo estilo cavernoso del pub. Era una cámara aislada, caldeada por una chimenea negruzca contigua a nuestra mesa. Cuando el mesero se marchó, quedamos envueltos por el ruido blanco de la lluvia. Nuestros abrigos pendían en los percheros, cerca de la chimenea, y aunque estábamos suficientemente próximos al fuego, yo seguía luchando para reprimir los temblores.

—Esto te ayudará —me dijo Aiden, empujando el vaso de vino caliente en mi dirección.

—Estoy bien —mentí, ignorando su ofrecimiento—. Parece que conoces bien este lugar —comenté mirando a mi alrededor, en un intento por desviar la atención de mis condiciones físicas.

—¿Qué te pasó en la cara? —preguntó él de repente.

Me costó un par de segundos comprender que hablaba del cardenal verdoso que seguía cruzando mi perfil derecho.

—No vine aquí para hablar de mí —protesté.

—Ni yo —respondió él, acercándose el vaso de vino a la boca.

Puse los ojos en blanco y me giré hacia la chimenea, extendiendo mis manos hacia las flamas oscilantes. El silencio que descendió sobre la sala como una mortaja me dio indicios de que aquella reunión no iría a ningún lugar hasta que alguno de los dos cediera. Además, Aiden bien podría marcharse de aquel antro de perdición cuando le diera la gana y salir bien librado. Yo, por otra parte…

—Me peleé con alguien —comenté secamente, sin siquiera volverme—. Fue un malentendido, pero ocurrió hace varios días, así que ya está olvidado.

Para mi sorpresa, Aiden no inició un sermón. Al contrario, parecía haber comprendido bastante bien el motivo de mi confesión, y no demoró en cumplir con su parte de esa curiosa transacción tácita.

—Conozco bien este lugar porque suelo venir a menudo desde hace algunos meses —comenzó a decir. Me pareció que su voz se fundía con el murmullo de la lluvia, como si ambas vinieran del mismo lugar.

—¿Por qué? —inquirí, como hablándole al fuego—. ¿Qué tiene que hacer alguien como tú en un sitio como este?

Lo escuché acercarse. Movió una silla y se sentó frente a la chimenea, a mi lado. Luego tomó los dos vinos especiados y me tendió el mío una vez más. Esta vez lo acepté y mis manos entumecidas lo agradecieron en cuanto entraron en contacto con el calor del recipiente.

—Aquí me despejo —comentó Aiden, uniendo su mirada a las llamas—. Recuerdo que también pertenezco a este lado, que ignorándolo no hacía más que desconocerme.

—Qué raro —murmuré sin poder evitar un deje burlón—. De todos los lugares a los que acudiría para despejarme o… «conocerme» —dije trazando unas comillas con los dedos—, este sería el último.

En respuesta, Aiden rio por lo bajo, negando con la cabeza.

—¿No es eso precisamente lo que estás haciendo aquí hoy? —preguntó entonces, devolviéndome todo el peso de la ironía con una mirada que parecía estar cargada del fuego que se reflejaba en ella.

Cuando quise negarlo, me hallé ante el muro de mi propia trampa. Apreté los labios y devolví la mirada a las llamas.

—Es normal buscarse en otros —me dijo, hablando con una afabilidad que me hizo sentir que la calidez de la fogata por fin comenzaba a surtir efecto en mí.

Aiden elevó su vaso frente a mí, como para ofrecerme un brindis. Una parte de mí se regocijó en la idea de dejar al protegido de John con el brazo estirado. Sin embargo, luego de soltar un suspiro cansino, choqué mi copa con la de él y ambos bebimos del mismo vino especiado. Se sintió bien. El calor me recorrió como una hoguera que acabara de encenderse en mi pecho. «Nunca digas "de este vino no beberé"», pensé.

—¿Qué hacías ese día en el Palacio de la Academia? —decidí preguntarle entonces.

—John está interesado en la colección de textos del Medioevo. Ha recolectado varios ya, y como últimamente no puede acudir él mismo a las subastas por la campaña, de vez en cuando me envía a conseguir algo que le interese. —Dio unos sorbos más a su vino—. ¿Qué hacías tú allí?

—Cosas de mi nuevo trabajo —respondí sin más, meditando en el peculiar pasatiempo de mi tío—. ¿Me dirás quién es la persona que me puede ayudar a encontrar el Círculo de Hefesto?

Aiden sonrió y en su mejilla asomó ese hoyuelo al que comenzaba a acostumbrarme.

—¿Tienes dónde anotar?

Ah, los privilegios de ser un escritor. Extraje del bolsillo trasero de mi pantalón mi agendita y anoté el número que me dictó Aiden.

—Ese es el teléfono privado de Isabella —indicó al terminar—. No le digas que yo te lo di.

—¿Isabella V.? —inquirí desahuciado. Era mi tía más joven, sí, pero también la más cercana a John y por lo tanto la menos presta a ser mi cómplice en algo en lo que mi tío no estuviera de acuerdo.

—Tu tía pertenece al club desde hace varios años.

—¿Cómo lo sabes?

—Digamos que la conozco bastante bien. —Sonrió a su copa, como si viera en ella el recuerdo de ese «bastante»—. ¿Puedo saber por qué te interesa tanto ese club? —añadió con una expresión de intriga que lo hacía parecer más joven.

—Es personal —respondí. No había olvidado que aquel con el que charlaba y ahora se mostraba tan colaborador era el mismo que había hablado de mí a mis espaldas con el cura en la gala; el mismo que invadía la habitación de mi niñez; el que mi propia familia parecía preferir por encima de mí, y el que quizá la Orden elegiría si tuviera que escoger entre él y yo.

—Dudo que pueda ayudarte con algo más si ni siquiera sé a qué viene todo esto —suspiró él.

Me agradaba saber que al impoluto músico le gustaban las aventuras con mujeres mayores que él y que no tuviera pelos en la lengua para hablar un poco de más si le convenía, pero ¿cómo era que le favorecía aquello?, ¿por qué estar allí, mediando por mí, en primer lugar? Decidí preguntárselo.

—Porque estoy de tu lado —respondió simplemente.

—¿Desde cuándo?

—Desde siempre.

Lo miré con detenimiento, sin dar crédito a lo que acababa de decir.

—¿Qué hay de John? —pregunté.

La luz de las llamas bailó en el rostro inmóvil de Aiden por unos instantes, hasta que sus labios se movieron cuando dijo:

—Amo a John, pero eso no significa que deba estar de acuerdo con él todo el tiempo.

«Amo». Lo había dicho con una espontaneidad sobrecogedora, como si conjugar aquel verbo fuese natural para él. Era evidente que tenía una buena relación con John, pero nunca me habría imaginado la profundidad de su vínculo. *Amor*. Era una palabra con demasiados cabos sueltos que, con frecuencia, desembocaban en vertientes espinosas. Yo la respetaba. La temía. Tal vez porque, a veces, toparse con lo que se ha llegado a desconocer genera una amarga inquietud.

—¿Tú…? —titubeé—. ¿Tú y él…?

Aiden rio. La visión repentina de su rostro iluminado me causó vértigo. Dirigí la mirada al fuego y sentí que su calor surtía un repentino efecto en mis entrañas.

—¿Alguna vez dejarás de poner esa cara cada vez que digo algo?

—¿Qué? ¿Cuál…?

Aiden señaló mi rostro con su vaso.

—Exactamente esa —dijo con una media sonrisa—. Debes ser una de las personas más expresivas que he conocido. Tal vez pueda llegar a saber lo que piensas con solo mirarte a los ojos.

Sostuve la mirada del músico durante un instante que en mi cabeza duró el curso de cientos de pensamientos descarriados. Todo mi cuerpo se puso tenso, pero no quería retirarme de su juego, tornarme en la predictibilidad que él conjeturaba, así que entorné los ojos, como quien se empecina en ver directamente al sol.

—Veamos. ¿Qué estoy pensando ahora? —lo reté.

Los labios de Aiden, que lucían un tinte carmesí gracias a la bebida, se abrieron poco a poco para responder. Mi mirada se había posado en ellos como por instinto, y solo cuando volví a sus ojos advertí mi error. Su respuesta quedó suspendida en un gesto de curiosidad que, para mi alivio, fue interrumpido por el ruido de unos pasos pesados que se acercaban desde la puerta.

V

—Aiden —intervino Dan, agitado—, tienes que venir.

El aludido se giró sobre su asiento.

—¿Qué pasa?

—Es Joel —murmuró el hombre—. Hemos tenido que llamar a la parroquia, pero si envían a alguien, puede que tarde demasiado en llegar.

«¿La parroquia?», pensé mientras Aiden se levantaba e iba por su abrigo. Me apuré a imitarlo.

—Debo irme —me dijo—. Dan te sacará de aquí—. Hizo un gesto al hombre, quien asintió una sola vez.

—Voy contigo —me dirigí a Aiden con determinación.

Vi la duda atravesar su rostro, pero al instante se encogió de hombros y me dio la espalda con un: «Como quieras».

Nos condujeron a una suerte de sótano que me hizo replantearme el camino que había elegido para saciar mi curiosidad. Aquel agujero al que no llegaba la luz del sol estaba iluminado por un par de bombillas que emitían un resplandor cetrino y dotaban de un aspecto mortecino a las pocas personas que había ahí dentro. Pocas, sí, pero bastaba una de ellas para llenar el espacio de la sala con unos bramidos avasalladores que me paralizaron en medio de las escaleras. Un hombre, que parecía demasiado delgado para sostenerse en pie, se revolcaba sobre una sucia colchoneta, tirándose del cabello como si tuviese un monstruo sobre la cabeza. No dudé de que tuviera uno, pero dentro. Despotricaba a gritos, hiperventilaba, lloraba, temblaba, y luego de vuelta a empezar. Se me ocurrió que aquel era el peor ataque de abstinencia que presenciaba, pero ello implicaba aceptar que había presenciado uno antes… o varios.

Me quedé petrificado, mirando sin ver aquella escena de pesadilla, hasta que, tras varios minutos de lucha, Aiden y los otros dos presentes lograron inmovilizarlo. Uno de ellos le inyectó algo que lo sumió en un estado de letargo y luego en un sueño intranquilo. Nadie en la sala pareció relajarse. Yo quería pensar que lo peor había pasado. Entonces sentí el contacto cálido de una mano sobre mi espalda. Al volverme, mi memoria ubicó el rostro en cuestión de segundos: el hábito negro, el pelo cano, los ojillos oscuros y despiertos. El cura me dio una suerte de sonrisa triste y avanzó en ese tramo de escaleras que yo no me había atrevido a cruzar. Lo siguieron un par de hombres que tomaron al abstinente en brazos y lo llevaron fuera de allí. Entre tanto, yo seguía mirando al padre, que ahora hablaba con Aiden con una familiaridad que me revolvió las entrañas. Era el mismo religioso de la gala, y Olivia tenía razón al decir que no proyectaba el aspecto de un conspirador. Él estaba allí para ayudar, como Aiden, como los que se habían llevado al enfermo. Supe entonces que el protegido de John no había mentido, pero que la verdad era mucho peor.

Me acerqué a ellos con parsimonia. Aiden me siguió con la mirada y luego el padre se giró a mí tras despedirse de él, regalándome ese mismo gesto de disculpa antes de marcharse. De pronto comprendí que no era de disculpa. Se trataba de lástima. Y había una razón horriblemente obvia por

la que no necesitábamos presentarnos, por la que actuaba con aquella familiaridad vaga. Entre tanto, Aiden me miraba como si me leyera. Las viejas rencillas volvieron a aparecer, y nada me pareció más detestable que la manera en la que el músico adoptaba de nuevo su postura altiva, con las manos en los bolsillos y el rostro en alto, como si estuviera dispuesto a recibir el golpe que viniera con el más práctico cinismo.

—Así que estoy en tu itinerario de obras de caridad —le dije en un murmullo—. ¿De eso se trata «estar de mi lado»? ¿Estar del lado del pobre huérfano y su legado de vicios y muerte? —sonreí con sorna.

—¿De qué hablas? —inquirió él, ceñudo.

Me sentí idiota, más aún cuando me asaltó ese ardor palpitante de la traición. Nada de aquello tenía que ver con la Orden. A los ojos de Aiden yo no era un contrincante, ni siquiera estaba cerca de ser un oponente digno. Tan solo era un medio idóneo para curar la culpa y de paso asegurar su superioridad moral. Era así como funcionaba ese mundo que teníamos en común, y había visto la fórmula repetirse tantas veces que ahora me provocaba náuseas.

—Tal vez tú y tu amigo el cura crean conocer a los V., pero ninguno de ustedes sabe nada sobre mí.

—Te equivocas —objetó él en tono conciliador—. Quiero ayudarte porque sé lo que sientes ahora, porque alguna vez viví lo que tú…

—Pero ya no —lo interrumpí tajante, mientras me acercaba cada vez más a él—. Ahora vives en mi casa, ocupas mi habitación, vas a galas con mi tío y pareces más un V. de lo que yo he sido nunca.

—Dorian…

—Fue estúpido buscar tu ayuda —continué. Aiden no se había movido, y estaba tan cerca de él que casi podía ver mi reflejo en sus pupilas dilatadas por la media luz—. No la necesito. Menos aún tu lástima. Así que guárdate tus obras de caridad para este lugar y déjame en paz.

Di media vuelta, y al sentir su mano sobre mi brazo me sacudí de su agarre con una brusquedad que puso en alerta a los del bar, quienes nos rodearon de inmediato.

—Déjame —le espeté, clavando mis ojos en los suyos—. Es cierto, no eres mi enemigo; eres mucho peor que eso. Eres un maldito hipócrita.

Dejé el lugar tan pronto como pude, ajeno a todos y a todo cuanto me rodeaba, y sorteé como una bala perdida las calles de aquel barrio derruido. Daba un paso tras otro con un afán avivado por la ira que seguía bullendo en mis entrañas, mientras las cortinas de lluvia que me nublaban los ojos conferían a mi entorno las dimensiones de una pesadilla. Quería ir a casa, pero ¿qué lugar era ese? ¿La propiedad que había abandonado antes de volver a la ciudad? ¿La casona de los V.? ¿La buhardilla de Guido?

Encontré consuelo en la tarjeta de Frank, que tanteaba en el bolsillo derecho de mi abrigo con una mano trémula. Después de todo, aún me quedaba un sitio al que ir.

VI

¿Cómo escribirías esta historia?

Releí la encomienda de Frank sentado ante mi escritorio improvisado, ante la lumbre de una vieja lámpara de flecos, préstamo de Guido. ¿La prueba consistía en algo tan inofensivo como escribir?

Me dejé caer en el respaldo del asiento, exhausto. Gruesas gotas de lluvia tintineaban contra la ventana de la buhardilla, recortándose contra la negrura de la noche. Aunque me había deshecho del peso de mi abrigo húmedo, los escalofríos seguían recorriéndome en oleadas, como si mi cuerpo hubiese guardado la memoria de la borrasca.

Antes de volver a casa de Guido, había pasado por la oficina de correos que me indicaba la tarjeta, no muy lejos de la librería. Solo tuve que dar mi nombre y firmar para que el dependiente me entregara la llave de un casillero que, según él mismo me indicó, me serviría para intercambiar correspondencia con un único destinatario. En su interior encontré un sobre delgado cuyo contenido exiguo ahora tenía ante mí: una página encabezada por una instrucción impresa en forma de pregunta.

Los dos párrafos siguientes contenían el relato de un hombre poderoso que, al intentar confrontar a su oponente de manera pacífica, era traicionado por este y destruido en medio de un incendio masivo, luego del cual, pese a haber sido dado por muerto, resurgiría en una especie de evocación al ave

fénix: ese ser destinado a buscar su redención en sus propias cenizas. Era el esbozo de una tragedia, y más que héroes sugería antihéroes, como lo eran Hamlet o el Conde de Montecristo; seres con una sensibilidad especial que, no conformes con la manera en que la realidad se configuraba, decidían resistirse a ella. Cada palabra insinuaba personalidades, conversaciones, eventos a los que se me ofrecía la oportunidad de dar vida por mí mismo, incluso a riesgo de olvidar el fin para el cual había optado por probar —ante él, ante ellos, ante mí— que si de algo estaba seguro era de que había nacido para escribir.

Esa noche, mientras jugaba el ya habitual partido de ajedrez con Guido, me aventuré a hacer algunas averiguaciones respecto al escritor.

—¿Cómo conoció usted a Frank? —pregunté al librero, a quien la mención de su amigo pareció tomarlo desprevenido.

—Por mi columna en el diario —respondió—. Él también escribía allí antes de tener éxito con sus libros.

—¿Confía en él?

Guido levantó los ojos del tablero.

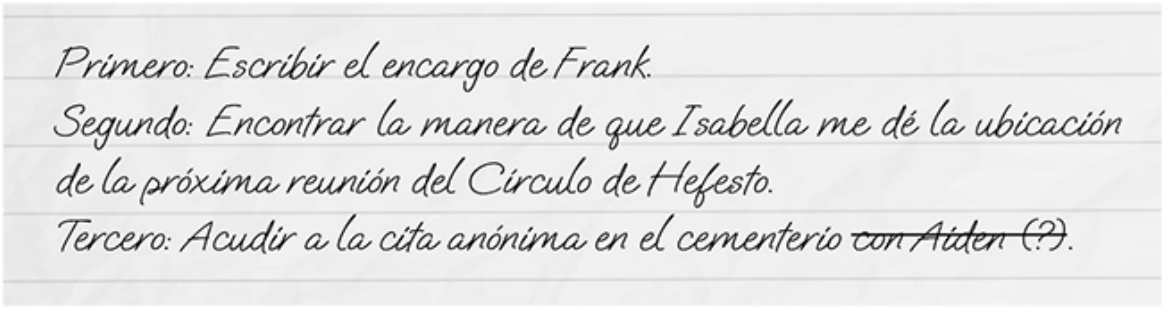
—¿A qué viene esa pregunta, chico? —inquirió ceñudo—. Por supuesto que confío en él. Lo conozco desde que solo era un chiquillo con ínfulas de Marcel Proust, y bien que le ayudé a quitárselas.

—Solo tengo curiosidad —improvisé al notar que el librero no tenía idea del trato entre su amigo y yo—. En la gala oí a alguien decir que Frank es miembro del Círculo de Hefesto. ¿Usted sabe algo sobre eso? Me gustaría acudir a una de sus reuniones. Dicen que son grandiosas.

Guido se mesó el bigote con el índice y el pulgar.

—Si te refieres al club privado, hay varios miembros de los círculos artísticos que pertenecen a él o son visitantes asiduos. Yo mismo he sido invitado, pero nunca me ha interesado entrar, así que no creo que pueda ayudarte con eso. Se dice que cambian el sitio de encuentro para cada reunión, y solo los miembros más selectos conocen esa información.

Más tarde, anotaría en mi agenda de escritor los pasos que seguiría conforme a las circunstancias:



Notas:

[7] Personaje de una canción infantil inglesa que se caracteriza por ser un huevo con rasgos antropomórficos.

7

O, QUAM CITO TRANSIT GLORIA MUNDI

I

Lejos de los personajes que solían frecuentar mis sueños, una voz intrusa se abría paso en ese sitio intangible, pero tan permeable, que es la conciencia. Abría mis ojos en medio de una negrura densa y sofocante que obstruía mi vista y mi respiración. De algún modo, sabía que me hallaba encerrado en el mausoleo familiar de los V., el día de la cita. A duras penas podía oír la manera en la que alguien decía mi nombre, con un singular apremio que parecía recriminarme los años de experiencia que me llevaba de ventaja: «Dorian». Estaba en todas partes, y si me concentraba en sus ojos, todo lo demás desaparecía hasta que quedaban flotando ante mí ese par de brazas de ámbar que ardían por debajo de mi piel, torturándome. De pronto reconocía ese gesto agudo, penetrante, el mismo que me había dedicado cuando le pedí que no volviera a acercarse a mí, como si de veras me conociera; tanto como para convertirse en un espejo perfecto de mi propia expresión desafiante. Pero él ya sabía lo que había dentro de mi mente. ¿A quién pretendía engañar yo? No a él. No podía fingir con él.

—¿Dorian? —Una mano me asía, como quien arrastra a un náufrago hacia la seguridad de la costa.

Mi garganta dejó de moverse y el dolor reculó. Tenía los labios entreabiertos, un nombre en la punta de la lengua. ¿El mío? ¿El *suyo*? ¿Había llegado a decirlo en voz alta? Una tos violenta me atacó antes de que pudiera abrir los ojos. Tenía el pecho congestionado, y la sensación de aplastante asfixia me había seguido hasta la engañosa seguridad de la litera.

—Llamaré a un médico —me dijo la paciente presencia al lado de mi cama antes de dar media vuelta y…

Una de mis manos entumecidas alcanzó su antebrazo.

—No te vayas —habló la fiebre desde mi boca—, por favor.

Ni siquiera podía reconocer mi voz, pero debía admitir que admiraba las agallas del pobre diablo que ahora contemplaba, con los ojos lagrimosos, la confusión atravesada en el rostro de Adela. La noche anterior, Guido me había anunciado su marcha por algunos días debido a un «viaje de negocios», y aunque yo pretendía convertirme en una ayuda idónea para ganarme el favor de su joven esposa, mi cuerpo tiraba en sentido contrario, como un reloj que marchara hacia atrás.

Adela me ayudó a dejar la cama y a salir de la habitación. En un segundo bajábamos las escaleras, en el siguiente nos hallábamos en el baño…, en *su* baño, con el ruido del agua que llenaba la tina reverberando entre los azulejos mientras ella me ayudaba a desabotonarme la pijama. Ni en mis más inconfesables pensamientos habría concebido una escena semejante: aquella mujer de gracia demoledora desnudándome en el cuarto de baño de su habitación matrimonial. La ironía de la situación habría resultado cómica de no haber sido tan patética. Adela me hizo un gesto para que me librara del pantalón por mí mismo, pero por poco caigo de bruces al intentarlo y al final fue ella quien me ayudó a quitármelo. Luego me guio hacia la bañera, en la que me sumergí entre otro acceso de tos; se habían vuelto irrefrenables desde la noche en que llegué empapado a casa. Adela, aun con su bonito vestido formal, se arrodilló a mi lado y comprobó mi temperatura con sus manos, que se sentían como un gélido bálsamo sobre mi rostro. No sé cuánto tiempo duramos así, pero cuando me guio de vuelta a mi habitación, la fiebre había retrocedido.

Adela se marchó, y solo entonces me percaté de que iba descalza. Volvió al cabo de un buen rato, con el glorioso repiqueteo de sus tacones y con un hombre de mediana edad que se presentó como el médico de cabecera de los M., quien, luego de examinarme, confirmó lo evidente: lo que yo tenía no era un simple resfriado. «Influenza», sentenció el anciano. Me parecía escuchar la voz de Aiden, recriminándome: «¿Que no necesitas compasión?».

Esa noche, mientras leía la *Ilíada* metido en la cama, Adela acudió a mi habitación con la cena en una mano y una especie de maletita de características familiares en la otra. Sin mediar palabra, me entregó el recipiente y se acercó a la mesa frente a la ventana, donde dejó lo que ahora no me cabía duda de que era una máquina de escribir portátil.

—Guido necesita que lo ayudes a pasar sus últimos manuscritos a máquina. También dijo que te gusta escribir, así que puedes usarla para eso en tu tiempo libre, si quieres. ¿Te sirve? —preguntó volviéndose a mí.

—¿Que si me sirve? ¡Es perfecta! —Dejé la cama para acercarme a la máquina, fascinado por su cuerpo azabache y las brillantes teclas del mismo color—. Gracias —dije a Adela de corazón—. Tú… ¿también escribes? —me atreví a preguntarle, pero ella ya se encaminaba a la puerta.

—Come. Hablaremos luego.

La librera venía con precisión ritual en el horario de las comidas y se cercioraba de que me hubiera tomado el medicamento. Gracias a mis avances con los manuscritos de Guido, que yo le entregaba puntual cada noche, compartíamos una suerte de complicidad que aligeraba mi sensación de ser un estorbo, y a ella la deshacía de su acostumbrado rol de gobernanta. Además, descubrí que quedarme escribiendo hasta la madrugada tenía otras ventajas. Comprendí la razón por la que Adela casi siempre estaba ausente: salía a eso de las cinco y media de la mañana. Una madrugada, al oír el rumor de sus pasos sigilosos, dejé la cama para seguirla, ignorando mi malestar, y desde lejos la vi perderse en la penumbra de la puerta que conducía al sótano. ¿Acaso era ella quien ocupaba la zona prohibida?

La noche del miércoles, cuando Adela subió con la cena, yo trabajaba en los primeros bocetos de la encomienda de Frank, envuelto en una manta ante el escritorio. Para mi sorpresa, la misteriosa mujer que ahora también era mi ángel —y ya no solo el de Guido— usaba una larga bata de seda que guardaba bien cada lugar que pudiese resultar revelador. Sin embargo, lo más inesperado fue verla llegar descalza.

—¿Puedo? —preguntó, señalando los pies de mi cama.

Asentí. Ella se sentó y me entregó uno de los recipientes con la cena antes de acomodarse con el suyo, cruzando las piernas.

—¿Cómo estás? —me permití preguntarle mientras comíamos pasta de la casa.

—Esa es mi línea —respondió ella, pero una sonrisa lejana apareció en sus labios, que ahora lucían un tono rosado casi virginal.

—¿No temes resfriarte? —comenté en son de broma, fijándome en sus pies desnudos.

Adela negó con la cabeza.

—No lo creo. Es una mala costumbre que tengo desde hace años.

Me pregunté cuántas cosas más había dejado de hacer ella desde mi intrusión en su hogar y cuántas volverían a su cauce si el aura de intimidad que nos propiciaban esos breves encuentros sobrevivía.

—¿Hoy sí responderás a mi pregunta? —quise saber.

—¿Tu pregunta?

—Sobre escribir.

Adela suspiró.

—Digamos que hay quienes nacen para aplaudir y otros para ser quienes reciben los aplausos. Yo me identifico más con los primeros.

—¿No estás siendo demasiado dura contigo misma?

—A veces hay que serlo. De lo contrario, te terminas dedicando al talento equivocado y descuidas el que quizá sea el verdadero.

—¿Y cuál es tu verdadero talento? —pregunté. Adela apartó la vista para fijarla en su plato—. Y-yo tengo una amiga que de vez en cuando puede beber malteada por la nariz —me apuré a añadir al notar el efecto de mi pregunta—. Y yo puedo mover las orejas… a veces.

Adela apretó los labios, pero no tardó en comenzar a reír, con los ojos cerrados y la cabeza echada hacia atrás, como una niña. Sentí un revoloteo en el pecho y me esforcé para guardar aquella visión deslumbrante.

—Imitar —dijo al fin, casi en un susurro—. Mi talento es imitar.

No importó cuántas veces le insistí en que me explicara cómo usaba aquel talento; ella evadió todas mis preguntas con una sonrisa que pronto hizo que las olvidara. El recuerdo de aquella noche llevaría la estampa de Adela sentada a los pies de mi cama, charlando conmigo de todo y de nada, revelando un fragmento de su mundo ante mí como una mariposa que rompe poco a poco su crisálida.

Luego de despedirse, cuando se dirigía hacia la salida, se detuvo con la mano sobre el pomo de la puerta.

—Por cierto, esta tarde llamó tu novia y preguntó si podía venir a verte mañana por la noche. ¿Cuál era su nombre…? Algo así como Olga.

II

«Algo-así-como-Olga» se presentó en casa del librero la noche siguiente. Supe que algo no andaba bien desde que entró a mi cuarto.

—Otra maldita audición perdida —murmuró dejándose caer en mi cama, sus ojos anegados en lágrimas que se negaban a salir—. Estoy harta, D. Esto nunca resulta. Justo cuando creo que lo tengo, que lo hice… —Cerró los ojos y el llanto brotó al fin.

—Nadie pudo haberlo hecho como tú —le dije, sentándome a su lado—. Si ellos no pudieron verlo, alguien más lo hará.

Oli sacudió la cabeza, sonándose la nariz con un pañuelo.

—No es suficiente —sollozó—. No *soy* suficiente. Mírame, Dorian. Tengo talento, pero me falta técnica. Puedo actuar y cantar, pero nada del otro mundo. No soy bonita… —Se frotó los ojos con el dorso de una mano, emborronándose el maquillaje—. Me siento inacabada, como si la vida se tratara de esperar algo que tal vez nunca llegue.

Aquello era muy cercano a lo que yo sentía al escribir, pero me lo guardé para mí mismo y me concentré en mi amiga.

—Olivia —musité, tomándola de las manos—. Si pudieras verte por un momento a través de mis ojos, sabrías que ya lo tienes todo. No eres bonita sin más; eres encantadora. No solo tienes talento; *naciste* para esto. Además, también eres hermosa aquí —concluí tocando su frente antes de apartar unos mechones rebeldes de su rostro—. Y todo eso me consta.

Olivia salvó la escasa distancia entre nosotros y la acuné en el hueco de mi hombro, rodeándola con los brazos.

—¿Leíste *Mujercitas*? —me preguntó tras un largo silencio.

—No.

Oli levantó la cabeza para fulminarme con la mirada.

—Bueno, puede que sí. Pero que quede entre los dos.

Ella se reacomodó en mis brazos.

—Laurie le decía a Amy que ella tenía talento y fuerza para ser una gran artista —continuó—, pero ella respondía que no importaba cuánta fuerza tuviera si no había nacido con suficiente talento. ¿Recuerdas? «Si no puedo ser genial, prefiero no intentarlo».

—Tenía miedo —dije—. Prefería no ser nada a ser una artista más. Pero, Oli, lo que temía Amy no era ser mediocre; el hecho de que le aterrara la idea ya es un indicio de que no lo era. Lo que temía Amy era intentarlo y descubrir lo que sea que viniera después.

—La incertidumbre es horrible —murmuró ella—. La odio.

—¿Quién no? —pregunté—. Pero supongo que es parte del camino que tú y yo elegimos. Recuerda que Amy siguió dibujando. Su dicho terminó convirtiéndose en «Prefiero intentarlo a ser genial». Y ¿adivina qué? Ella era genial porque no se cansaba de intentarlo.

—Vaya que sí lo leíste —rio Oli en mi pecho, y yo la seguí.

Cuando el llanto cesó, nos tendimos sobre la cama y Oli, apoyándose sobre un brazo, exhaló un suspiro dramático mientras me contemplaba con detenimiento.

—¿Y tú cómo estás? No me mires así, no me refiero al resfriado. ¿Cómo te sientes con todo esto? Ya sabes. Lejos de casa, viviendo aquí… —Oli dio un vistazo a las manchas amarillentas que se formaban donde las paredes alcanzaban el techo—. Si hay algo en lo que pueda ayudarte…

Contemplé esa habitación austera con la que, muy a mi pesar, comenzaba a encariñarme.

—Estoy bien —resolví, y cuando mi amiga entrecerró los ojos, agregué —: Bueno, lo estaré. Solo necesito… —Me detuve, recordando una carta a mi favor que aún no había usado—. De hecho —mis ojos volaron a la agendita de cuero que reposaba sobre el escritorio—, hay un par de cosas en las que podrías ayudarme.

III

El viernes di con la ocasión perfecta para investigar ese lugar que el librero tanto ocultaba al público y desentrañar sus tesoros ocultos. Aunque la proximidad de Adela era un bálsamo, yo no había perdido de vista sus horarios, sus movimientos, sus entradas y salidas al apartamento. Así pues,

sacrifiqué mis progresos con la enfermedad y me quedé encerrado en el sótano durante toda la noche. Oculto en el hueco bajo las escaleras, al abrigo de sábanas que cubrían viejos muebles y hedían a moho, aguardé a que me despertaran los pasos de la librera y el suave clic de una puerta cerrándose dentro del sótano. Confirmé mi sospecha: Adela pasaba gran parte del tiempo en la zona prohibida.

Aguardé a que Olivia cumpliera con el primer favor que yo le había encomendado, no muy convencido de que lo haría. Pero justo cuando comenzaba a adormilarme de nuevo en mi escondite, el timbre de la librería rasgó la quietud de la madrugada con entusiasta insistencia. La puerta de la zona prohibida se abrió y, ante la urgencia del llamado, su ocupante salió con el afán que yo había anticipado. La librera se aseguró de cerrar el sótano, pero no la zona prohibida, como comprobaría cuando me aproximé a la imponente puerta metálica y giré el pomo de acero.

Lo que vi no me asombró. Al menos no en el sentido que yo esperaba. Más bien me invadió una confusión que me dejó paralizado. A mi alrededor, bajo la lumbre pálida de unos tubos de neón, se hallaban dispersos cuadros, lienzos y papiros. Al fondo reposaba una mesa ancha, llena de implementos de pintura, y en un muro se erigía una estantería con tomos que parecían haber viajado hasta el otro lado de la vitrina desde el Medioevo. Olía a óleos, barniz y algún químico extraño que quemó en mi nariz. No obstante, lo que más llamó mi atención fue un caballete que exhibía un papiro con un impecable manuscrito gótico y una ilustración a medio hacer. Parpadeé, azorado. Aquel no era un santuario secreto repleto de libros prohibidos; era el taller de un artista. «*Una* artista», me corrigió la parte racional que aún funcionaba en mi cabeza. Me encontraba ante el verdadero talento de Adela.

El ruido de pasos que bajaban las escaleras me volvió presa del pánico. Giré sobre mí mismo antes de ir al único lugar cercano: la pared con la que el respaldo de la puerta daba al abrirse. Apreté los labios y contuve la respiración. El pánico se convirtió en terror cuando detrás de la librera entró Guido, quien conversaba con su esposa de buen humor. Llevaba una gabardina y una caja grande entre los brazos. ¿Por qué llegaba a esa hora? ¿Se habría cruzado con Olivia?

Adela se giró a él y entonces me vio. Me quedé de piedra, como si ante mí no tuviera a una artista, sino un animal dispuesto a lanzarse sobre mí ante la menor provocación. Sus ojos se dilataron levemente, pero luego los dirigió a su esposo como si se hubiera topado con cualquier otro objeto inanimado, y lo condujo al fondo de la sala para que depositara la caja allí.

—Haz que valga la pena, *ma chère* —comentó el librero mientras caminaba—. Esta vez fueron mucho más difíciles de encontrar.

Adela se volvió a mí y se limitó a hacerme un gesto para que yo saliera, cosa que logré hacer con las piernas temblorosas. Mi antaño ángel de la guarda me clavó una última mirada asesina y cerró la puerta detrás de mí con un estruendo al que le siguió un intenso giro de llaves.

Me quedé paralizado en las tinieblas perfectas del sótano, con la respiración desbocada y los engranajes de mi cerebro girando a un ritmo desenfrenado. ¿Qué diablos estaba pasando ahí abajo? ¿En realidad Adela acababa de ayudarme a salir de ese apuro en vez de delatarme con su esposo? ¿Y qué tenían ella y Guido entre manos?

Hoy culpo a la enfermedad y a mi mente embotada por lo que hice después, y espero que tú también lo hagas cuando te lo confiese: no me fui de allí, como dictaba el sentido común. En cambio, aprovechando que la puerta estaba bajo llave y que el ruido me advertiría si alguien iba abrirla, apliqué mi oído al hierro. Permanecí así por unos segundos que pronto se convirtieron en minutos, esperando captar algo, pero solo oía el rumor indistinto de una conversación. Las voces comenzaron a elevarse. ¿Acaso estaban discutiendo? El estrépito de algo al caer ahí dentro me puso en alerta. Aún me tomaría unos segundos comprender que no debía preocuparme por lo que estaba sucediendo detrás de la puerta. Conocía bien aquel ruidito rítmico, susurrante, el gruñido grave de Guido que traspasaba el hierro; el repentino gemido de Adela, apenas perceptible, como si se estuviera mordiendo los labios. ¿Acaso…?

Un grito ahogado me confirmó toda sospecha. Parecían desinhibirse más con cada segundo que pasaba mientras que yo seguía allí, con el oído adherido a la puerta. Pocas veces en mi vida me sentí tan patético e infantil. Tanteando en la oscuridad, encontré el camino de las escaleras y me largué para refugiarme en mi buhardilla. Busqué alguna distracción. Cualquier

cosa, algo que tal vez me librara de imaginar las manos de él sobre ella, desnudándola con una vehemencia que contrastaría con las delicadas prendas. Veía a Adela recostada sobre la misma mesa donde pasaba horas inciertas apartadas del mundo para dedicarse a su arte, y ahora a él. Y luego estaba yo, que jugaba a ser adulto, a que tenía las mismas cartas, a que sabía seguir las reglas de un juego al que temía. Sabía que lo que me embargaba era mucho más que celos, porque no solo escocía; *quemaba*, como una bala de hierro ardiente que se deslizara por mis entrañas. Me sentía furioso. Bestial. *Duro*.

Busqué el alivio que mi cuerpo me pedía, impaciente. Lo hice con ira, casi con violencia, mientras que mis ojos cerrados daban tregua a mi imaginación. Oía sus respiraciones entremezcladas, veía la sed con la que el uno se buscaba en el otro. Pero mientras mi pulso se aceleraba y me llevaba a la cumbre de un lugar bien conocido, dejé de verlos. Dejé de oírlos. Dejé de pensar.

Una imagen solitaria se encendió tras mis párpados como una furiosa llamarada, arrastrándome hacia esa sensación plena y paralizante. Entonces mi pulso comenzó a regularizarse y el furor se disipó poco a poco, sin llevarse la frustración.

Cuando por fin abrí los ojos y advertí que los primeros rayos del sol que se colaban por las cortinas me daban de lleno en el rostro, me pareció verlo con la misma claridad de nuevo, escuchar su voz: «Es normal buscarse en otros».

IV

—Lo tengo, D, ¡lo tengo! Ha salido perfecto, ¡te encantará esto! Más te vale ir pensando en una buena manera de recompensarme, o si no… —Olivia hablaba con una sobreexcitación que agudizaba su voz y la amplificaba en el teléfono.

Tapé la bocina, dando un vistazo a mi alrededor para cerciorarme de no tener oyentes eventuales. Del otro lado del módulo de la caja, la librería mantenía su trajín habitual, con algunos trabajadores pululando entre las estanterías al compás de la música atemporal que surgía de un tocadiscos. En el otro extremo de la mesa, Magda estaba tan inmersa en una revista de

chismes que a su lado habría podido haber aparecido el mismísimo Mesías y ella ni se habría inmutado.

—*… y tendremos que ir consiguiendo unas buenas pintas si queremos pasar desapercibidos. Una cosa es ir a una gala y otra muy distinta es asistir a la fiesta de un club privado…*

—¿Qué…? —Bajé la voz y di la espalda a la caja—. Espera, Oli. Si no fueran las diez de la mañana, creería que te metiste algo muy fuerte —le dije, aunque en el fondo sabía que hablaba del segundo favor que yo le había encomendado.

—*Si quisiera meterme algo fuerte, serías el primer invitado.*

—¿Cuándo y dónde?

—*¿Lo de meternos algo fuerte o…?*

—¡Oli!

—*Ya, ya. ¿Tienes papel y lápiz a mano?*

Garabateé la fecha de la próxima reunión del Círculo de Hefesto —el primer sábado de junio— y la dirección en mi agenda. «¡Sí!», celebré para mis adentros, agitando un puño. Una preocupación menos.

—Excelente trabajo, Oli —reí mientras guardaba mi cuaderno, embriagado por una mezcla de entusiasmo y admiración—. Pero ¿cómo lo hiciste? —bajé la voz—, ¿acaso interceptaste el teléfono de Isabella? Con los contactos que tienes, no me sorprendería.

Olivia soltó una carcajada y tuve que apartar un poco el auricular para evitar que me perforara el tímpano.

—*Soy estudiante de teatro musical, no el* FBI*. Solo tenía el teléfono que me diste, así que hice algunas llamadas, encontré un buen rol que interpretar y* voilá! *Aparte de cantante seré una gran actriz, te lo dije.*

—Ya lo eres —sonreí, con un alivio tan profundo que no me quedó espacio para cuestionar los talentos de mi vieja amiga.

—*Hablando de eso, ¡reabrieron las audiciones de* La flauta mágica*! Me presentaré el miércoles por la tarde. ¿Vendrás? Me haría bien verte en el público.*

—¿El miércoles? —repetí afligido—. No puedo, Oli. Ese día debo… trabajar —concluí, reacio a contarle lo de la cita en el cementerio.

—*Trabajar, claro* —rio ella, pero esta vez advertí una nota de sarcasmo en su voz—. *Bueno, no importa. Que acudamos juntos al Círculo de Hefesto ya es todo un logro.*

El silencio que vino después curó la atmósfera del ánimo y la complicidad que acabábamos de compartir.

—*¿Dorian?*

—Sigo aquí.

—*¿Qué pasa?*

—Oli —me recargué contra la mesa barnizada en la que casi podía ver mi reflejo—, creo que es mejor que vaya solo esta vez.

Olivia calló por unos segundos. Casi pude sentir su incredulidad, la repentina sensación de traición.

—Sabes que sería feliz si me acompañaras —seguí diciendo—, pero prefiero evitar involucrarte en estos asuntos. Además, no puedo compartir con nadie la clave que me dará ya sabes quién.

—*¿Que no?* —bufó Olivia; el humor evaporándose de su voz—. *Puedes escribirle y pedirle que te deje ir conmigo, ¿no? Es la reunión de un club privado, no un ritual ocultista con sacrificios de bebés y…*

—Oli, en verdad no puedo hacerlo. Es probable que haya gente de mi familia allí otra vez, y no son buena compañía. Temo que…

—*Está bien* —interrumpió ella en el tono más quedo que le había escuchado jamás—. *Supongo que estas cosas son muy propias de ellos. De ustedes.*

—¿Qué cosa?

—*Usar a la gente.* —Su voz tenía el filo de un puñal—. *Muy bien, Dorian, te estás comportando como uno de ellos. Y tienes razón, no son buena compañía.*

Comencé a protestar, pero Olivia había colgado. Colgué también, preguntándome por enésima vez en las últimas semanas si en realidad sabía lo que estaba haciendo.

—*Estoy enamorándome, jamás lo quise así… ¿Qué haré ahora? Si es un juego, lo perdí* —canturreó Magda con gesto soñador, al son de la vieja canción que reproducía el tocadiscos, en tanto daba vuelta a la página de su

revista. Cuando notó que la observaba, me hizo un guiño antes de regresar al paraíso de las vidas ajenas, mas no por mucho tiempo.

En ese momento, el sonido de unos tacones me hizo levantarme del asiento y a Magda erguirse en el suyo. La cajera se sentó sobre la revista —que quedó bien resguardada bajo sus posaderas— y se dispuso a toquetear los cuadernos de contabilidad que tenía sobre la mesa. En otro momento me habría tenido que aguantar la risa, pero ahora estaba demasiado distraído con el caminar hipnótico de la mujer que pasaba ante nuestros ojos sin mirarnos, camino a la salida.

Cuando Adela cerró la puerta, me apuré a seguir su rastro a trote, dejando que la melodía se desvaneciera a mis espaldas. Bajo un sol inclemente, corrí hacia la figura esbelta que no por la elegancia sacrificaba una caminata rápida, esquivando a algunos transeúntes. La llamé cuando estuve a pocos metros, pero ella siguió andando, inmutable. Supe que no se dignaría a verme cuando la alcancé y su mirada no se movió del lugar incierto en el que se había posado.

—Adela, por favor —le dije, tratando de hacerme oír entre el caos citadino.

Estaba dejando a un lado mi orgullo solo para conseguir una palabra suya. No podía acercarme a ella durante el trabajo por la presencia del librero y el personal, menos aún podía ir a visitarla a su habitación, pero necesitaba hablarle, agradecerle por haberme cubierto la espalda, o al menos excusarme por lo que había ocurrido la otra madrugada.

—Deveras lo siento —insistí—. Perdóname. Haré lo que quieras…

Adela entró en una papelería. Esperé algunos minutos fuera hasta que ella salió con una gruesa resma de papel. Volví a caminar a su lado en silencio durante el trayecto de vuelta, pero cuando el letrero de madera de la librería se asomó a poco más de una cuadra, volví a hablar.

—Dejaré tu casa cuanto antes, si es lo que deseas…

—¡Calla de una vez, por el amor de Dios! —dijo ella al fin. La miré como si fuese una esfinge parlante—. Ya es suficiente con que traicionaras mi confianza. No, no hay nada más que yo necesite que hagas. Así que, si quieres irte, muy bien. Supongo que no necesitas que te explique por dónde debes salir; ahora conoces mi casa tan bien como yo…

Perdí el hilo de sus palabras al ver al hombre de traje gris y gabardina que se había parado frente a la vitrina de la librería. Me lancé hacia un callejón sin siquiera pensarlo, con el corazón saltando entre mis costillas. ¿Acaso ese era…? No, no podía ser.

—¿Dorian? ¿Qué estás…?

Jalé a Adela dentro del callejón. Por un segundo estuvo tan cerca que aspiré cada nota del aroma floral de su perfume. Me obligué a retroceder para darle espacio, pero Adela volvió a acercarse a mí y me clavó un dedo acusador en el pecho.

—Si esta es una forma prehistórica para llamar la atención…

—Creí ver a alguien —la interrumpí.

—¿Alguien?

—U-un hombre. Alto. Vestía un abrigo gris y…

—Suena aterrador.

—Es alguien a quien no quiero ver.

—Más bien alguien que no quieres que te vea.

—Elegante, alto, pelirrojo… ¿Puedes ver si sigue allí? ¡Espera! Es mejor que no se dé cuenta de que estamos aquí.

Adela enarcó una ceja, pero se asomó con sumo sigilo a la acera.

—Ni rastro —me dijo, volviéndose—. ¿Quién es? Probablemente no haya sido quien temías. O sí lo era, pero solo salió a pasear.

—Sí, a miles de kilómetros de donde vive. Un paseo muy largo.

—¿Acaso estás huyendo de alguien?

—No…

—¿Entonces? ¿Cuál es el problema?

Nos miramos durante unos segundos en los que quise pensar que podía decírselo, pero mi mandíbula estaba tan apretada que podía sentir cada músculo en tensión.

—Bueno, lo que sea que hayas creído ver, no está allí. Si me disculpas, debo ir a trabajar —dijo ella, dando media vuelta.

—Adela. —La sostuve del brazo con suavidad. Ella se giró para mirar mi mano y luego mis ojos, pero no rompí el contacto. Decir que lucía adorable no sería lo correcto cuando lo que me parecía en ese momento era letal—. ¿Me vas a perdonar?

—¿Qué buscabas ahí abajo? —interrogó.

Medité mi respuesta por unos instantes.

—Pensé que encontraría libros que me ayudaran con… con…

—¿Con qué?

—Estoy tratando de averiguar cosas sobre el pasado de mi familia.

—¿Te refieres a la Orden? —inquirió bajando la voz.

Hice un gesto afirmativo con la cabeza.

—Bien. —Estampó sobre mi pecho el fajo de hojas que llevaba bajo su brazo. Un mechón negro le cayó sobre una mejilla y fantaseé con apartárselo de una caricia—. No contarás a nadie lo que viste. Júralo.

—Pero ni siquiera sé qué…

—¡Júralo!

—¡Lo juro!

—Eso es. —Adela estaba muy cerca. Un agradable estremecimiento me recorrió cuando su aliento me acarició el rostro mientras decía—: Yo hago las preguntas y tú las respondes. Yo te digo qué hacer, y tú lo haces. ¿Hecho?

Esta vez solo atiné a asentir.

—Perfecto. Comienza ahora y lleva esto a Guido de mi parte —dio unos toquecitos a la resma que yo apretaba contra mi pecho antes de rehacer su camino a la librería. La seguí como en trance.

Mientras me dirigía a la oficina del librero, mi mente aún se detenía en el color escarlata de sus labios llenos, en la oscuridad insondable de sus ojos. «Una artista», pensé con admiración. Pero ¿qué tipo de artista? Entonces Guido abrió la puerta de su oficina y me fijé en una presencia intrusa que me dejó helado. El pelirrojo trajeado se volvió a mí con una sonrisa tirante mientras me decía, con su ensayada voz de relaciones públicas:

—Ahí estás, hermanito.

V

Daniel V., joven y prometedor abogado penalista, bebía de su taza de café mientras me interrogaba con la mirada. Mi bebida se enfriaba sobre el escritorio de Guido, intacta. Me negaba a pretender que lo que estaba sucediendo era normal, pero para un hombre como Daniel, aparentar era tan natural como respirar.

Guido, que se deshizo en atenciones hacia mi hermano, nos había concedido un espacio para hablar a solas en su oficina. Allí, la quietud casi perfecta solo era interrumpida por el tintineo de la cucharilla con la que Daniel trazaba círculos interminables en su café.

—¿No vas a decir nada? —me preguntó de repente.

Me mordí la cara interna de la mejilla. «Oxímoron», pensé mientras me fijaba en el ave que acababa de posarse en el alféizar, del otro lado de la ventana. Esa palabra, esa figura retórica que me había parecido tan descabellada, cobraba sentido en aquel despacho donde el olor de la madera y los cigarros se mezclaba con el perfume de Daniel en un inesperado encuentro de contradicciones. «La oscura claridad». «Un alto descenso». «Daniel en la oficina de Guido».

—En fin —lo oí suspirar con esa voz prepotente que aprendí a desdeñar desde chico. Volví a sentirme vulnerable, como si la sola presencia de ese hombre contaminara aquel mundo que yo había conseguido para mí mismo —. Si te comieron la lengua las polillas no es problema mío —continuó—. Yo sí tengo algo que decirte, así que…

—¿Cómo me encontraste?

—Eso no importa —dijo él en tono quedo—. Lo que importa…

—Espera —lo interrumpí, sacudiendo la cabeza—. No quiero oír «lo que importa». Lo único que quiero es que me devuelvas mis documentos y me dejes en paz, por favor. No me he entrometido en tu vida, así que tampoco deberías entrometerte en la mía.

Nadie dijo una palabra por unos segundos, y tuve la esperanza de que se marchara sin más. Entonces su risa gélida taladró mis tímpanos.

—¿Esto? —Daniel hizo un gesto a nuestro alrededor—. ¿Esto es a lo que ahora llamas «tu vida»? Por favor, Dorian. Eso no te lo crees ni tú. Te devolveré tus cosas cuando dejes ese orgullo infantil y vuelvas a casa.

Esta vez fui yo quien rio, y lo hice de buena gana hasta que fui capaz de dar con el punto donde la pregunta se convertía en golpe:

—¿Cuál casa? —Miré a los ojos almendrados de Daniel, el único rasgo que compartíamos. Él había heredado la contextura fuerte de los V., pero su cabello del color del cobre, que se esparcía al vello de sus cejas y sus pestañas, era único entre los miembros de la familia. A él las pecas no lo hacían lucir aniñado, sino que alimentaban esa aura de soberbia inteligencia

y autenticidad que lo había ayudado a triunfar en los tribunales y a trabajar en el bufete de papá—. Dime, ¿a cuál casa te refieres? —continué al notar que ahora era su lengua el alimento de las polillas—. ¿A la que tú ayudaste a embargar? ¿O a esa de la que me echaron?

—Te echaron porque fuiste un maldito holgazán —zanjó Daniel—. Aun así, si te disculparas con el tío John…

—Olvídalo. Ya lo acompaña alguien más interesante.

—¿Te refieres a Aiden? —Entornó los ojos—. Dios, sí que eres un inconsciente. —Se llevó la mano al bolsillo interno de su gabardina y extrajo de allí un trozo de papel periódico que sostuvo ante mi rostro. Me costó un par de segundos reconocer, en la fotografía en blanco y negro que coronaba la columna, mi propia figura borrosa saliendo de una iglesia con afán. El día del funeral del abuelo—. Hace unos días —dijo Daniel mientras dejaba el retazo del diario sobre el escritorio de Guido— recibí la visita de un detective que parecía muy interesado en conocerte y saber de tu… *tormentosa* relación con los V. Ah, por tu cara se podría decir que ya tuviste el placer de conocerlo. La cuestión es que John ha comenzado la temporada de debate con los otros candidatos y Aiden ha sido una ayuda y una pieza fundamental para su campaña. En cambio, tú, hermanito, no has hecho más que darnos problemas.

—Me he mantenido al margen de los V.

—Esa es precisamente la cuestión. Debes aprender a comportarte como uno de nosotros, y no lo harás mientras nos des la espalda. ¿Por qué no vienes conmigo y dejas esta pantomima del huérfano miserable de una vez por todas? Entrarás a la facultad y te aseguraré un puesto en el bufete de papá. ¿Qué dices? Vamos, ya has tenido tiempo suficiente para holgazanear en este cuchitril, así que…

Me levanté del asiento y me dirigí a la puerta.

—Vete.

—Dorian…

—¡Deja de actuar como si yo te importara! Nunca lo he hecho. Si te preocupa el dinero o las propiedades, no queda nada de lo que el abuelo me dejó. ¡Lo sabes mejor que yo!

Daniel puso la taza sobre la mesa con delicadeza, se levantó y, reacomodándose el traje con un firme tirón de las solapas, se acercó a mí.

—¿Sabes para quién trabajas? —me dijo en un murmullo cuando estuvimos frente a frente. Me superaba por varios centímetros, y me quedé viendo a su corbata para no tener que enfrentar su mirada severa—. Es un charlatán obsesionado con nuestra familia. ¿Te diste cuenta del trato que me dio? Es patético. Solo te tiene aquí porque quiere agradarnos.

—Lárgate.

—Me iré cuando yo quiera. Podría comprar este lugar si así lo deseara. ¿Es eso lo que quieres? Tal vez así al fin me escucharías.

—¿Terminaste? —pregunté, conteniendo cualquier emoción que pudiera delatarme.

—Bien. Puedes quedarte en este basurero. Y si no tienes nada que temer, como dices, ya veremos qué pasa primero… —Comenzó a acomodar el cuello de mi camisa—. O te aburres de trabajar para el librero, o él se aburre de ti. Lo último me convence más. Si para algo eres bueno es para decepcionar a la gente.

Mi mano salió disparada al rostro de mi hermano. Daniel retrocedió un par de pasos ante el impacto y se llevó una mano al lugar en el que acababa de atezarle el golpe mientras levantaba a mí sus ojos, que no eran claros ni oscuros, sino fríos. ¿Llegarían los míos a mirar de esa manera? ¿Era algo que llevara en mi sangre?

Quería llorar, quería gritarle que lo odiaba, que yo no había hecho nada malo ni merecía sus palabras, que estaba harto de él y de los V., y que lo lamentaba, que lo lamentaba tanto…

—Golpeas como un marica —murmuró por toda despedida, y pasó empujándome con un hombro en su camino hacia la salida.

VI

—¿«Acceso restringido»? Esto no es la NASA, Bryan, es la maldita casa de mi abuelo.

—El señor John nos dio la orden, no podemos desacatarla.

—No es él a quien busco.

—Con todo respeto, no importa a quien busque. Tenemos indicaciones explícitas de impedir su entrada.

—Llame a la señora P., ella me dejará entrar… ¡Señora P.! —llamé a voz en cuello.

—Señor, si no se marcha ahora, tendré que…

—Solo serán diez minutos, Bry. Quince, a lo sumo.

—Puede llamar al señor V. para que autorice su entrada.

—Lo llamaré desde dentro, entonces.

—Lo siento, señor. Tendrá que hacerlo afuera.

—Bueno… Lo llamaré desde el jardín.

—Fuera de aquí, quiero decir.

—¡Bien!

La puerta se cerró con un estrépito. Miré la enorme entrada, los muros medio engullidos por el verdor de la madreselva, y me sentí insignificante ante el ímpetu que expelía el lugar. La tarde daba paso al crepúsculo y el aire era templado, con un cielo moteado de nubes cobrizas… como el cabello de quien había roto mi orgullo y avivado mi urgencia por acudir de una vez por todas a allí. No estaba dispuesto a irme con las manos vacías, así que tomé aire y me aclaré la garganta antes de entonar, con mi voz más dramática:

—¡Señora P.! ¡Esteban! ¡Ay! ¡Ayuda! ¡Ayuda, por favor!

Siempre pensé que la tenacidad era una virtud que evocaba gloria, esa potestad inherente de aquellos que se salían con la suya contra todo pronóstico. Pero lo que estaba sucediendo allí no tenía nada de glorioso.

—¡Que alguien me ayude, por favor! ¡Ayu…! —Paré cuando la puerta comenzó a abrirse, regocijándome por mi plan improvisado, que de repente me parecía brillante—. ¡Ah, señora P.! —Crucé la entrada con el rostro iluminado—. Sabía que…

—La señora P. está de permiso —me informó una voz que definitivamente no era la de la buena mujer.

Me giré en redondo hacia él. Unos viejos jeans enfundaban sus largas piernas y una camiseta blanca sin mangas cubría a duras penas su torso, revelando unos hombros y brazos firmes; podía ver sus músculos moviéndose bajo la piel mientras se limpiaba las manos con una franela.

—Buenas noches, señor Dorian —saludó Esteban, sacándome de mi pasmo con uno de sus abrazos toscos, al cual correspondí con cierta torpeza

mientras miraba de reojo a Aiden. No me acostumbraba a aquella versión descamisada suya.

El músico me hizo un gesto con la cabeza y lo seguí al garaje en la parte trasera de la casona, donde John guardaba algunos modelos antiguos de automóviles. En un rincón del amplio recinto, avisté un saco de boxeo y una pequeña colección de mancuernas. Allí, frente al pequeño gimnasio, estaba estacionada una vieja moto que contrastaba con el esplendor de los vehículos de John, al igual que la radio que la acompañaba y transmitía uno de los últimos éxitos de Pink Floyd.

—¿Está todo bien? —me preguntó Aiden, agachándose frente a la moto. Bajo la luz cálida del garaje, noté que la grasa del vehículo no solo había ido a parar a sus manos, sino también a su camiseta y a una de sus mejillas.

—Perfectamente —contesté distraído mientras lo observaba trabajar en el vehículo con algunas de las herramientas que estaban esparcidas en el suelo.

—Ah, ¿sí? —comentó él, sin detenerse en su labor—. Antes parecía que necesitabas ayuda.

Caí en cuenta de que me estaba comportando como un idiota, lo que últimamente se me daba bastante bien. Sacudí la cabeza.

—De hecho, estoy aquí porque… —Me detuve cuando reparé en que no tenía idea de cómo comenzar a explicarme. Rendido ante el afán de dar con las palabras adecuadas, extraje la nota del bolsillo de mi chaqueta y se la ofrecí—. Encontré esto en el abrigo que usé la noche de la gala. No tengo idea de quién la puso allí.

Aiden volvió a limpiarse las manos antes de incorporarse para recibir la nota y leerla, ceñudo.

—¿Tuviste esto desde ese día y solo me lo dices ahora? —inquirió al cabo de un instante.

—¿Cuál es la diferencia?

—Que la cita es pasado mañana y tendremos que ir sin tener idea de quién está detrás de todo esto ni para qué nos quiere allí.

—Tal vez tiene que ver con el detective que está investigando a los V. —aventuré—. Fue a hacerme preguntas sobre el abuelo y mi relación con la familia hace un par de semanas.

—Creí que lo del detective era un rumor —murmuró como para sí mismo—. ¿Te dijo el motivo de su visita?

—Dijo que era por rutina. Y pensé que lo era, pero Daniel fue a verme y mencionó algo sobre John y su… estado de ánimo en estos días.

Aiden asintió.

—John ha estado saliendo mucho más por la campaña, pero a veces se va sin decir a dónde.

—¿Está bebiendo?

—Hay otras adicciones. —Se acercó para devolverme la tarjeta.

—¿Como cuáles? —cuestioné, recibiendo el papel mientras intentaba descifrar la respuesta en sus ojos tal y como él parecía acostumbrado a hacer conmigo—. ¿Opioides? ¿Apuestas? —tanteé, pero supe que no se refería a eso por la forma en que me sostuvo la mirada—. ¿Crees que se está enamorando?

—Puede que esté viéndose con alguien, sí —respondió Aiden—. Esa es la razón por la que pudimos dejarte entrar hoy. Sus viajes de fin de semana se han convertido en una costumbre.

—Pues yo creo que es lo más natural del mundo —argüí, encogiéndome de hombros—. Tal vez solo necesite un escape.

—¿Crees que de eso se trata estar enamorado? —preguntó él con cierta curiosidad. Antes de que el azoramiento que me causó el cambio de tema fuese evidente, recapituló—: No sé qué es lo que tu tío pretende con eso, pero no le está haciendo bien. Cada vez que vuelve luce más ausente, intranquilo. A este paso, y con todo lo que ha invertido en la campaña, los números rojos no tardarán en llenar sus cuentas.

—Bueno, podríamos averiguar quién es la afortunada y…

—Será mejor que vayamos despacio. —Se aproximó a mí poco a poco—. Un paso a la vez.

De repente tuve la sensación de que habíamos dejado de hablar de John, de su posible romance o de la nota.

—Así que iremos a esa cita —suspiré, tratando de aparentar una calma que en realidad no sentía.

—Después averiguaremos quién pudo haberte hecho llegar esa nota —añadió él—. Y si esto tiene que ver con John. Isabella podría…

—Prefiero dejar a los V. fuera de esto.

—Bien —suspiró él cruzándose de brazos—. Pero quizá deberías comenzar a fiarte más de ellos que de notas anónimas que aparecen en tus bolsillos.

—Estoy confiando en ti, ¿no? Tú lo dijiste: un paso a la vez.

Aiden asintió con una chispa de diversión en el oro líquido de sus iris. Volví a notar la mancha de aceite en su rostro; una marca casual en la que no cabían las estrictas convenciones donde su imagen parecía encajar casi siempre. *Casi*.

—Tienes algo aquí —dije sin poder evitarlo, señalando mi mejilla.

Él, en respuesta, tomó un extremo de su camisa y se restregó la cara con la prenda, dejando a la vista una buena porción de su abdomen. Aparté la mirada, repentinamente interesado en la motocicleta.

—Linda moto. —La señalé con una mano. Mi interés era genuino; me seguía sorprendiendo la versatilidad del protegido de mi tío.

—Me ha acompañado durante varios años —respondió él, satisfecho, inclinándose sobre el vehículo para seguir atornillando una pieza que cubría la cadena—. Es vieja, pero ha sido mi escape tantas veces… —Aiden se volvió a mí de refilón—. Tal vez esté enamorado de ella —sonrió ladino—. Además, espera a ver cómo anda.

—Gracias, pero no creo que llegue a ver eso en un día cercano.

—¿Has montado en motocicleta alguna vez?

«No. Nunca. Ni una sola».

—Claro que sí —respondí, restando importancia al asunto.

Aiden terminó de encajar la pieza y se dirigió a mí.

—Muy bien —me dijo.

—¿P-por qué lo dices? —tartamudeé.

—¿Cómo crees que iremos a tu cita anónima?

8

MEMENTO MORI

I

El miércoles, cuando dieron las cuatro y media de la tarde, el trajín de la librería se redujo a una quietud cargada que multiplicó el sonido de mis pasos, el de la voz de Magda —quien charlaba animadamente con uno de los empleados en la caja—, y el lejano rumor de un motor, que capté a pocos metros de la puerta transparente del establecimiento. En la acera, el piloto de una motocicleta recién aparcada se deshacía de su casco. Aiden, con el cabello medio revuelto, dirigió una mirada a la librería desde el asiento de cuero del vehículo. La distancia que nos separaba se volvió insignificante cuando sus ojos encontraron los míos. Tomé un profundo suspiro antes de salir a su encuentro.

—¿Qué tal? —me saludó una vez que nos reunimos afuera, tendiéndome el casco extra que pendía del manillar de la motocicleta.

—Todo en orden —contesté con poca convicción mientras recibía el casco a regañadientes. «Orden» era la palabra que más lejos estaba de describir cómo se sentía estar cerca de él.

Aiden había movido el vehículo calle abajo, fuera de la vista de la librería, como si presintiera que no estaba en mis planes que los trabajadores informaran a Guido que uno de ellos se había marchado en horas laborales con un motociclista que lucía como una versión pelinegra de James Dean. «Qué cliché», pensé, observando de reojo su chaqueta negra de estilo aviador mientras trepaba en el asiento trasero, haciendo gala de una agilidad que concordaba muy bien con mi farsa. Una vez acomodado, con las manos sobre la parrilla trasera —como había visto hacer a los copilotos en las películas—, y con el casco puesto, me invadió la firme convicción de que

nada podría salir mal. Entonces Aiden arrancó y comprendí la razón por la que jamás monté en una motocicleta antes.

Creí que no estaría tan mal, que lo superaría pronto, pero fue peor cuando dejamos el centro de la ciudad y nos adentramos en la zona suburbana, donde las edificaciones comenzaron a ser remplazadas por árboles altísimos que se desdibujaron hasta lo absurdo cuando Aiden aceleró de veras. En una primera curva, mis brazos alcanzaron su cintura como por instinto. Quise soltarlo tan pronto como lo hice, pero el terror me lo impedía. Justo cuando comenzaba a recobrar la compostura, llegaba otra curva, otra vertiente, otra aceleración que me obligaba a aferrarme a él como si conservar mi alma dentro de mi cuerpo dependiera de ello. El aire me traspasaba, contagiándome de su tacto helado. Y aun así, me daba cuenta de que esa inusitada sensación de libertad también tenía algo de adictivo. Casi lamenté avistar, minutos después, las verjas del cementerio.

Aiden aparcó en el estacionamiento al aire libre y me apeé de la moto sin ser capaz de verlo. Pretendía que, si no mencionaba nada sobre sus dudosos escrúpulos al conducir, él tampoco diría una palabra sobre mi abrazo de quinceañera hollywoodense en el último tramo del camino.

—¿Todo en orden? —me preguntó con cierta ironía tras bajar de la moto. Acababa de reformular, a manera de pregunta, la respuesta que le había dado yo al principio de nuestro encuentro.

Lo evadí y comencé a caminar hacia uno de los senderos del cementerio, pero mi mente se sentía embotada por las sensaciones vibrantes del viaje, que aún chisporroteaban en mis nervios.

Oí los pasos de Aiden sobre la grava, detrás de mí.

—¿Acaso te están temblando las piernas? —inquirió al alcanzarme.

—No seas ridículo —bufé, sin atreverme a mirarlo, pero él me detuvo, parándose frente a mí.

Antes de que pudiera protestar, acercó sus manos a mi rostro y liberó mi barbilla de la correa del casco —¡el maldito casco!— que me quitó luego con suavidad, como si quisiera prolongar cada segundo de mi humillación. El pulso comenzó a palpitarme en las sienes al darme cuenta del número que acababa de hacer y, sin embargo, la expresión que hallé en los ojos de Aiden era de complicidad, tanto más intolerable, por algún motivo. En especial

cuando, tras ir a dejar el casco en su lugar, pasó dándome un toque con uno de sus hombros.

—Llegaremos tarde —murmuró antes de continuar con su camino.

Obligué a mis piernas entumecidas a seguirlo.

Aiden se acercó a uno de los vigilantes para preguntarle por otros visitantes que pudieran estar en el mausoleo de los V. en ese momento. El hombre nos informó que no era un día usual para las visitas; debía haber menos de una docena de personas en todo el cementerio, contándonos a nosotros. Ningún V. aparte de mí. Yo traté de sonsacarle alguna información sobre los otros visitantes, pero el vigilante se mostró reacio. Así pues, Aiden y yo tuvimos que seguir nuestro camino sin más pistas.

Unas nubes plomizas asomaban más allá del verde horizonte del camposanto, y una corriente de aire revoloteaba entre los setos y las tumbas esculturales que se erigían en él. Al recordar la última vez que acudí a ese lugar y la razón que me había obligado a volver, fui presa de un nerviosismo que no mejoró minutos después, cuando nos hallamos en el jardín que custodiaba los mausoleos familiares. Divisé en la distancia el de los V.: una construcción alargada con techos y columnas de mármol, al estilo de los templos griegos. Dos esculturas angeladas custodiaban la entrada, cuya cabecera era coronada por el escudo familiar y su manido lema.

Rodeamos el jardín y nos aproximamos por la parte trasera, esperando dar con algún indicio de la persona que nos había citado antes de que esta nos encontrara a nosotros, pero no había un alma —metafóricamente, al menos— en torno al mausoleo de los V., y tampoco dentro, como comprobaríamos al asomarnos por sus ventanas. Llegamos al umbral y, bajo la mirada ciega de los ángeles, probamos suerte con la puerta de roble, la cual se abrió con un lento chirrido.

Aiden y yo intercambiamos una mirada.

—¿Esto no debería estar bajo llave? —preguntó él, en una voz tan baja que me obligó a leer las palabras en sus labios.

Me encogí de hombros, como quien dice: «¿Tengo cara de saber de cementerios?», y me colé dentro de la sala ante su mirada atenta, que me dotaba de más seguridad que la que reservaba por mí mismo.

El recinto tenía el tamaño de una habitación grande, pero muy poco espacio para alguien que quisiera esconderse. Algunas tumbas de mármol

ocupaban las cuatro paredes que nos rodeaban, y en el centro se hallaban las de los más recientes fallecidos: Oscar y William V. Pero no fue eso lo que hizo que me acercara a ese lugar como hipnotizado, sino el haber advertido que había una flor blanca y pequeña entre ambas tumbas. El escalofrío que recorría mi espina dorsal se convirtió en una sacudida cuando, al arrodillarme ante las losas, estuve seguro de que no era la primera vez que veía una flor como esa. La tomé con una mano temblorosa y el tacto aterciopelado de los pétalos sobre mi palma fue una cruda confirmación.

Un estruendo a mis espaldas me impulsó a guardarme la flor en el bolsillo del pantalón. Cuando me giré hacia el otro lado de la sala, la escena terminó de configurarse en su absurdez más espléndida: una mujer acababa de salir de una puerta que estaba sellada cuando entramos, y se había quedado petrificada en lo que parecía ser un ataque interrumpido a Aiden. Un candelabro alargado todavía rodaba por el suelo, y las manos que debían haberlo blandido como si fuese un bate de beisbol se hallaban aprisionadas por las del músico.

—¿Ustedes? —soltó la mujer al verme. Llevaba gafas de sol y una pañoleta cubriéndole el cabello, pero algo en su voz ligeramente aniñada y sus extremidades de gacela me resultó más que familiar. Inconfundible.

Isabella V.

II

Aiden liberó a Isabella y ella se quitó las gafas mientras nos miraba de uno en uno, con la confusión trazando pequeñas arrugas en su frente.

—¿Entonces fuiste tú? —le pregunté, sin salir de mi pasmo. No tenía sentido. Nada de aquello lo tenía.

—¿Yo? —preguntó mientras caminaba en mi dirección—. ¡Pero si yo creí que fueron ustedes los que me citaron! —Extrajo de sus jeans un papel arrugado que me tendió, tan confundida como nosotros.

Cuando leí las tres líneas que este contenía, entendí que Isabella no actuaba con cautela, sino con miedo. Saqué mi nota de uno de los bolsillos traseros de mi pantalón y comprobé que era del mismo material de la suya; llevaba la misma letra escrita a máquina, y el mensaje habría sido igual de no ser por la mención a Aiden.

—¿Cómo sabemos que no fuiste tú? —pregunté, receloso.

Isabella me dio una mirada fulminante.

—¿Por qué diablos habría de hacer eso? —inquirió, arrebatándome su nota—. Además, podría decir lo mismo de ti, y yo no soy la de las bromas de mal gusto.

—Alguien nos quería aquí a los tres, eso es seguro —intervino Aiden, acercándose. Había recogido el candelabro de bronce y lo sopesaba entre las manos—. Y casi sale mal.

—Oh, querido, ¡lo siento! —Isabella se lanzó a su cuello con ambos brazos—. No sabía que eran ustedes. Pensé que… Tenía miedo.

Aiden correspondió a su abrazo y le murmuró al oído algunas palabras de consuelo. Aparté la mirada. Tenía suficiente con tratar de procesar lo de la flor que guardaba en mi bolsillo como para testificar más cosas perturbadoras, pero no fui yo quien los separó. El rumor de unas voces que se acercaban se me adelantó. Aiden y yo nos asomamos con cautela por las ventanas verticales.

—Es el vigilante —murmuró él—, y no sé quiénes son los otros, pero el del centro…

—El detective —balbucí, retrocediendo al distinguir su figura rolliza. Me dirigí a Isabella—. No deben saber que estamos aquí.

—¿No sería mejor decirles lo de las notas? —preguntó ella.

—¡No! —exclamé, conteniéndome para no soltar un grito de impotencia —. Se supone que nos conviene estar aquí, ¿recuerdas?

—¡Pero no hay otra salida! —La ansiedad agudizaba su voz—. Solo… — dio una mirada a la puerta por la que había salido antes—. Vengan, por aquí. ¡Rápido!

Aiden y yo obedecimos y dejamos que la negrura y un penetrante olor a humedad nos engullera junto a Isabella, quien cerró la puerta con suma delicadeza para no hacer ruido. Justo cuando terminó, oímos a los hombres entrar en el mausoleo.

—Si se enteran de que estamos escondiéndonos… —comencé a decir tan bajo como pude, pero mi susurro se multiplicaba entre las dimensiones inesperadas de las tinieblas que nos envolvían.

—Se enterarán si sigues hablando —dijo Aiden a mis espaldas, con sus labios tan cerca de mi oído que su aliento me acarició la piel.

Apreté la mandíbula, procurando recuperar la calma. Sin embargo, esa palabra parecía quedar fuera de mi alcance cuando Aiden estaba involucrado. Lo sentía detrás de mí; vestigios levísimos de su respiración se deslizaban por mi cuello antes de disiparse en la penumbra. Resultaba inverosímil que, con la policía inspeccionando el cuarto de afuera, mi cabeza se empeñara en darle forma a la oscuridad, ponerle un nombre y vestirla de sensaciones que solo podían perdurar mientras esta fuese perfecta.

—¿Escucharon eso? —musitó Isabella—. Están en la tumba de papá.

En efecto; si bien el rumor amortiguado de las voces era apenas distinguible en medio de la quietud en la que nos resguardábamos, algunos fragmentos de la conversación llegaban intactos. Agucé mis sentidos, y aunque eso implicó que pudiera captar hasta el movimiento más insignificante de Aiden mientras este se arrimaba a la puerta, también pude distinguir con claridad el diálogo de los policías. Hablaban de verse forzados a acudir allí… No, no, había algo más. Lo que les resultaba tan poco grato que desearían no tener el deber de hacerlo, era «perturbar el descanso de padre e hijo».

Retrocedí y mi espalda chocó con el pecho de Aiden. Este intentó sujetarme, pero me aparté de él dando un par de pasos en la oscuridad. Me llevé las manos a los oídos y apreté los ojos como cuando, siendo niño, me rehusaba a escuchar los relatos de terror que mis primos compartían por las noches en la casa de verano, con las luces apagadas. Entonces cerraba los párpados con fuerza y, cubriéndome las orejas con las manos, me tranquilizaba al limitarme a oír el ruido de mi propia respiración. Sin embargo, esa tarde descubrí con amargura que hay cosas que no vienen de fuera para robarte la calma, sino que permanecen dentro de ti y abren los ojos cuando tú los cierras. Comparten el mismo espacio en el que toma lugar el silencio, el ruido de tus aspiraciones, el ritmo de tu pulso, el eco de la palabra «miedo». Huir no tiene sentido, pues sabes que la maldición viene de dentro. Hay fragmentos del pasado que reclaman su lugar a pesar de tus esfuerzos. Hay momentos en los que el tiempo, el destino o una nota en tu abrigo te juegan malas pasadas y te instigan a desenterrar recuerdos o, en ocasiones como aquella, personas.

III

Cuando por fin abrí los ojos, alguien acababa de prender un encendedor. Las sombras en torno a la débil flama acentuaban la consternación en el rostro de Isabella, quien se acercó a mí y tomó una de mis manos.

—Ya se fueron —me dijo, pero aún susurraba y el verde de sus ojos se había cristalizado—. Lamento que hayamos tenido que enterarnos así…

—¿Fue tan malo? —pregunté con un hilo de voz.

Isabella apretó los labios y asintió.

—Ellos creen que… creen que hay alguien tras la muerte de papá. Y también tras la de…

—¿Cuándo lo harán? —interrumpí, sin ser capaz de escuchar lo siguiente.

—Mañana. Vinieron a identificar las tumbas.

—Es solo una investigación —musité cubriendo su mano con las mías en un desesperado intento por lucir sensato—. Seguro no llegarán a nada relevante.

—Entonces —me cortó ella—, ¿por qué alguien nos citó aquí para que nos enteráramos de esto? —Una lágrima rodó por su mejilla.

Era la primera vez que veía a Isabella en una situación semejante. No sabía qué decir o cómo comportarme; me había invadido una vaciedad similar a la que se apoderó de mí tras la muerte de mi padre o la de mi abuelo. Extendí mis brazos en un gesto mecánico y abracé a Isabella. Esta sollozó en silencio sobre mi pecho y no supe qué resultaba más patético: que yo fuese incapaz de hacer lo mismo que ella, o el hecho de que me avergonzara la idea de hacerlo.

Mientras yo sostenía a mi tía, Aiden tomó el encendedor e hizo del candelabro con el que entramos nuestra fuente de iluminación. Luego intentó activar un interruptor de luz eléctrica, pero este no funcionó.

—Será mejor que esperemos a que los policías dejen el cementerio —advirtió Isabella secándose las lágrimas—. Si nos los encontramos, no tendríamos cómo explicar por qué nos escondimos aquí.

Dicho esto, nos guio hacia unas escaleras que descendían a pocos metros de la entrada. Tras recorrerlas con lentitud, nos encontramos en una sala circular bordeada por un osario. Otro pasillo se insinuaba justo al frente del

que acabábamos de atravesar, y cuando Isabella tomó una vela y encendió uno de los candelabros de pie que rodeaban la sala, vi que tras aquel corredor había una suerte de pequeña capilla privada.

—¿Cómo fue que entraste aquí? —pregunté a mi tía mientras admiraba la arquitectura rústica, elaborada con lajas y roca caliza.

Isabella extrajo algo de las generosas profundidades de su escote. A continuación, hizo tintinear un par de llaves frente a mi rostro.

—¿Cómo las conseguiste? —le preguntó Aiden, acercándose a ella por la espalda.

—Sabes lo buena que soy para hacer amigos —le dijo ella con una sonrisa sugerente en tanto enlazaba un brazo en el del músico—. Además, cuando era adolescente solía venir aquí de vez en cuando. Conozco bien este lugar.

Comencé a recorrer la habitación. Con cada minuto que pasaba me costaba más ocultar mi inquietud.

—¿Creen que lo que sospecha la policía sea cierto? —pregunté, volviéndome a mis acompañantes—. ¿Creen que alguien les hizo daño?

—Tu padre era un buen hombre —me dijo Isabella—. Dudo que alguien haya querido hacerle algo malo. Te amaba más que a nada en el mundo, cariño. Lo sabes, ¿no es así?

Asentí por pura educación. A veces me parecía que yo de mi padre solo sabía el nombre.

—Tú… —comencé a decir a mi tía, y tuve que aclararme la voz a riesgo de parecer turbado—, ¿trajiste flores hoy?

—¿Flores? —me preguntó ella, confundida—. A veces las traigo, pero, dadas las circunstancias…

—No importa.

—Seguro volveré a traérselas la próxima vez que venga. Traeré más de tu parte —prometió con una sonrisa alentadora que no fui capaz de corresponder.

—¿Qué hay del abuelo? —pregunté para cambiar de tema.

—No sería la primera vez que alguien va tras uno de nosotros —respondió mi tía en tono sombrío. Se separó de Aiden y robó una vela al candelabro para alumbrar las tumbas del osario con ella—. Varios de los que yacen aquí no murieron por causas naturales. Papá tenía algunos enemigos

por culpa de la política y… —Su voz se extinguió y me sentí incapaz de presionarla para que siguiera hablando.

Cuando me acerqué a las tumbas, advertí que nuestro apellido estaba inscrito en una buena parte de ellas. La mayoría ostentaba siglos de antigüedad, y saberme rodeado de los restos de mis ancestros terminó de ponerme los pelos de punta.

Me dirigí a Aiden, quien nos observaba con la espalda recargada en el osario y los brazos cruzados sobre el pecho.

—¿Conociste a mi abuelo? —le pregunté.

—No realmente —contestó él. El eco del sitio favorecía a su voz, confiriéndole cierta resonancia—. Toqué para él un par de veces por encomienda de John, pero nunca fuimos presentados. Él y tu tío se habían distanciado mucho antes de que falleciera.

—Qué curioso —comenté intrigado—. John solía ser el hijo más cercano a él. ¿Verdad, Isabella?

—Es cierto. Mucho más que tu padre o que el mismo Henry. Pero Aiden tiene razón, casi no se hablaban en esos últimos meses. Parecía que se evitaban.

—En serio es curioso —medité—. ¿Sabes si el detective ha visitado a John? —pregunté a Aiden.

—No ha mencionado nada sobre eso —respondió—. Pero si te visitó a ti, puede que hayan hecho lo mismo con él y con otros miembros de tu familia.

—Yo no he recibido su visita —informó mi tía.

—Entonces… —comencé a decir.

Aiden levantó una mano para callarnos. Oí el eco de un ruido sordo, casi imperceptible. Bien podía ser el golpe de la mano de ultratumba de algún difunto que reclamaba salir de su enclaustramiento, o una puerta que acababa de cerrarse. El silencio que siguió nos dejó petrificados.

—Pero tú tienes las llaves del mausoleo —dije a Isabella.

—Son una copia, y no puse llave cuando entramos…

—Sabrán que estamos aquí —declaró Aiden con gravedad.

IV

El ruido de unas llaves en la puerta por la que habíamos entrado nos hizo pasar de la inmovilidad total a brincar como caricaturas en un segundo. Aiden e Isabella se apuraron a apagar las velas y yo di tres vueltas sobre mí mismo antes de quedar atrapado por la negrura una vez más. Traté de seguir a tientas el ruido de los pasos de Isabella y Aiden, pero entré en pánico cuando escuché las pisadas que descendían por las escaleras y terminé colisionando con uno de los candelabros de pie que adornaban la sala. Caí al suelo con todo y artefacto, causando un estrépito de metal sobre metal capaz de despertar a todos los difuntos de la cripta de sopetón. En dos segundos, el flash de una linterna cayó sobre mis ojos y supe que, dadas las circunstancias, bien podía llamarme «un hombre muerto».

—¡Vaya! Pero si es Dorian V. —Oí la voz del detective—. No sabíamos de su visita. ¿Cómo se encuentra?

Me protegí de la luz de la linterna con una mano mientras trataba de incorporarme, pero mis piernas temblorosas me lo impidieron y los dos policías que acompañaban al detective tuvieron que ayudarme.

—¿Y bien? ¿A qué debemos este… *peculiar* encuentro, joven?

—Y-yo… —comencé a tartamudear. Sentía la lengua adormecida—, estaba en… Vine a…

—Lo lamentamos si hemos sido inoportunos —dijo la voz de Aiden a mis espaldas—. Vinimos a visitar el mausoleo familiar y decidimos bajar un rato a la capilla.

—¿Para qué exactamente? Dudo que su plan haya sido venir a darse contra las paredes en semejante oscuridad, señor…

—Aiden K. —se presentó él y, ante mi pasmo, ofreció su mano a los policías. Advertí que portaba una vela en la otra—. Vinimos a visitar la capilla, pero ya nos íbamos —esclareció con su mejor voz de beato, retornando a mi lado.

—El protegido de John V., ¿me equivoco?

—No se equivoca, señor.

—Pues es un placer conocerlo, Aiden. No tenía conocimiento de que usted o Dorian tenían inclinaciones religiosas.

—Mi amigo no, pero yo sí, y él… —Aiden me pasó un brazo por los hombros y me envaré como si los haces de luz de las linternas fuesen los ojos

de Medusa—. Ha pasado por mucho y necesitaba un poco de orientación espiritual. ¿Verdad? —me preguntó, vuelto hacia mí.

Al advertir la expectación en los rostros de los oficiales, me obligué a asentir con rapidez.

—«Venid a mí los cansados, que yo os haré descansar» —recité con ínfulas de monaguillo, encontrando por fin un buen uso a las cátedras religiosas del internado.

Los policías asintieron al unísono.

—Como decía, señores —continuó Aiden—, ya nos íbamos. Lamentamos haber interrumpido sus asuntos. Hasta luego.

Aiden aún me rodeaba con el brazo mientras comenzábamos a caminar hacia la salida.

—Hasta pronto —oímos decir al detective a nuestras espaldas.

Los hombres no nos siguieron, pero los vi salir del mausoleo después de un rato, cuando Aiden y yo nos hallábamos ya a un centenar de metros de distancia y su abrazo aún pesaba en algún lugar de mi mente.

—No los mires —murmuró Aiden—. Llamarás más su atención.

—No tienen a Isabella —le dije, clavando la vista sobre el pasto en el que se hundían mis zapatos.

Gotas de lluvia finas como agujas comenzaban a azotarme la cara. El viento arreciaba, y la tormenta que había augurado el cielo encapotado comenzaba a anunciarse a tientas, como un llanto contenido.

—Ella tiene las llaves y conoce el lugar —me dijo Aiden, mirándome de reojo—. Saldrá bien de esta, no te preocupes.

El camino de regreso fue breve y silencioso. Los colores de la ciudad parecían haberse desangrado en nuestra ausencia, y la lluvia, que nos pisó los talones durante todo el trayecto, aún retozaba en nubarrones de figuras imposibles cuando bajé de la motocicleta de Aiden y le devolví el casco.

—Ibas a decir algo cuando llegaron el detective y los policías —me dijo entonces. Se había quitado el casco y su rostro lucía una blancura marmórea bajo los cielos en los que comenzaba a asomar una noche prematura—. ¿Qué era? —inquirió con esos sutiles aires de demanda que tanto detestaba que empleara en mí.

—Que tal vez John tiene que ver con lo que busca la policía —declaré con frialdad.

Los rasgos de Aiden se ensombrecieron.

—John se ha equivocado, pero jamás haría daño a su familia.

—Por favor. Los V. son un iceberg. No imaginarías de lo que son capaces. Lo de *Familia usque ad aras* solo aplica para las fiestas y las cenas de Navidad. No conoces a John, no sabes…

—Lo conozco más que tú —me cortó—. Y lo que sea que estés sospechando de él ahora, es un error.

Dejé que las palabras de Aiden hicieran mella en mí durante unos segundos, y tuve la certeza de que el hechizo que la tarde había conjurado sobre nosotros se rompía en mil pedazos. Me sentí defraudado. Quizá incluso herido.

—Tienes razón. —Miré a Aiden con todo el desprecio del que fui capaz —. Conoces mucho mejor a mi tío. Pero tú no me conoces a mí y yo no tengo idea de quién eres… ni me interesa saberlo.

—Dorian…

—Solo aléjate de mí.

Un músculo saltó en su mandíbula, y por un momento creí leer en su rostro cada palabra que él estaba conteniendo: «Niñato arrogante». Era bueno saber que el desprecio seguía siendo mutuo.

Para cuando su moto se escabulló entre el tráfico, las primeras gotas del aguacero que castigaría las calles de la ciudad aquella noche alcanzaron a escurrirse entre mi cabello y mis mejillas.

En la casa del librero todas las luces estaban apagadas y reinaba una quietud insólita; el tipo de silencio que debía llenar la mente de los asesinos de sangre fría antes de atacar a sus víctimas. Mientras subía las escaleras de mi buhardilla, orientándome con las últimas luces azuladas de la tarde, me pregunté qué tanto en común tendría yo con uno de ellos. Creí encontrar la respuesta cuando volví a extraer mi viejo libro de Verne del armario y dejé que sus hojas aletearan en mis manos hasta que di con lo que necesitaba. Gracias al efecto plastificador de las páginas, la flor conservaba sus formas y las líneas delicadas de su anatomía primigenia. Al extraer de mi bolsillo la que hallé en el mausoleo familiar y dejarla reposar sobre la misma página, fue como unir dos fichas de un gran rompecabezas.

¿Qué tenía yo en común con un asesino? Tal vez mucho más de lo que estaba dispuesto a aceptar. Y alguien más lo sabía, pues se había tomado la molestia de poner el primer indicio en las palmas de mis manos.

9

AB IGNE ES ET IN IGNEM FIES

I

 l principio, rescribí el manuscrito de Frank con miedo. Primero fueron tan solo palabras. Luego una frase aquí, otra allá, y de repente me encontré alimentando párrafos casi con desesperación. Usé lo que creía saber —y tal vez un poco de lo que no—, y ya no para probarme algo a mí mismo. Tenía el motivo entre los dientes, que apretaba mientras mis dedos aporreaban las teclas: «Frank no se equivocó conmigo». Si lograba demostrarlo, habría una posibilidad de que mi voz, esa que solo surgía de mí cuando mantenía los labios sellados y las manos en una máquina, también resultase convincente para otros lectores. Me ensañé tanto en tal tarea que logré terminar justo a tiempo para acudir a la nueva reunión del Círculo de Hefesto.

Ese sábado, cuando dejaba la librería, Guido se ofreció a llevarme. Acepté y, al percatarme de mi imprudencia, no encontré manera de zafarme de él. Terminé cediendo, pues el librero era amigo de Frank y nadie había dicho nada de guardar discreción para llegar al evento. Así pues, encomendándome a la Divina Providencia —apuesto a que tú también lo harías si alguna vez estuvieses metido en un vehículo conducido por Guido —, encaminé al buen hombre a mi destino.

—¿Ha sido Aiden quien te ayudó a entrar? —preguntó al inicio del trayecto, volviéndose a mí de nuevo tras casi saltarse un semáforo—. No sabía que tu amistad con él había avanzado tanto.

—Nada de eso —respondí categóricamente—. El protegido de mi tío es una persona insoportable, Guido. Si usted lo conociera…

—No me hace falta conocerlo; todo talento lleva implícito un carisma especial, muchacho. Además, fíjate en Homero: con qué sabiduría el poeta

ciego nos demuestra que tras el telón de sus escenarios bélicos se libran batallas pasionales. ¿Acaso no has aprendido nada de la *Ilíada*?

—Lo que he aprendido de ese libro es que el poder y la fuerza son cosas distintas.

—Deberías aplicarlo, ¿no crees? —Enarcó una ceja, perspicaz—. No necesitas un enemigo; necesitas un aliado. Sófocles decía que hay furiosos tiranos manipulando los hilos de nuestras emociones: ira, celos, envidia, deseo. Así que, antes de librar una contienda con alguien más, uno debería librarla con uno mismo y con sus propias pasiones.

No dejaba de fascinarme la cantidad de cosas que sabía Guido, pero no su olímpico despiste, gracias al que algunos bocinazos y gritos de impaciencia avisaban que el semáforo hacía rato había cambiado al verde. El auto se había apagado, y el librero volvió a ponerlo en marcha con una parsimonia que le ganó un par de insultos.

A los pocos minutos nos encontrábamos a las afueras de la ciudad. Conforme a la dirección que Olivia me había proporcionado, tomamos un desvío adoquinado que se adentraba en el bosque.

—Chico…

—*Dorian*.

—Dorian. A mí me parece que te timaron.

—Mi fuente es de confianza —rebatí con un deje de melancolía al pensar en Olivia y las últimas palabras que me había dedicado: «Te estás comportando como uno de ellos».

—Si hubieses conocido a mi tía Gertrudis, me creerías cuando te digo que en este mundo no existen las fuentes de confianza.

—¡Ahí! —exclamé al atisbar las luces de una torre erigida más allá de los árboles que bordeaban el camino.

Guido se olvidó de su tía Gertrudis y se concentró en avanzar con mayor rapidez. Allí se erigía una edificación clásica de dos pisos. Sus incitantes luces contradecían las altas verjas de hierro que la cercaban.

—Oye, ¿estás seguro de que es aquí? Puedo esperarte, si quieres.

—No será necesario, es aquí.

—Muy bien. Suerte, muchacho.

Iba a rectificar mi nombre, pero me corté con un suspiro al notar la preocupación en el rostro del librero.

—Gracias, Guido.

Mientras me dirigía a la verja, el ritmo de mis pasos y el rumor del motor del automóvil alejándose se convirtieron en los únicos sonidos que irrumpían en la quietud. Creí encontrarme solo, pero un hombre de traje negro y cara alargada se asomó por entre las rejas y me miró de pies a cabeza, exigiendo que me identificara. Una vez que lo hice, la luz de una pequeña linterna materializó en la oscuridad un cúmulo de papeles que el hombre examinó, solícito.

—¿Clave? —inquirió.

Rebusqué en el bolsillo de mi pantalón para extraer la tarjeta que me había enviado Frank. Me aclaré la garganta antes de leer, con algo de esfuerzo:

—*Ab igne es et in ignem fies*.

El hombre dio dos palmadas y un guardia me abrió la puerta pequeña de la verja. Quise sentirme triunfal, pero mientras atravesaba el camino de cipreses empecé a sudar profusamente bajo mi abrigo. «De fuego eres y en fuego te convertirás», pensé con un revoloteo de nerviosismo. Como respuesta al manuscrito que envié a Frank, este me había respondido con un sobre sellado en el que figuraba la contraseña de la reunión. Yo la había traducido gracias a uno de los diccionarios de latín de Guido, pero ahora me parecía que hubiese sido mejor no enterarme de su significado.

Al cruzar el umbral de la estancia oí un tenue rumor de música. La escalera al segundo piso se desplegaba frente a mí, alumbrada bajo el resplandor de una imponente lámpara de araña. La luz era tenue, y las sombras imperaban en aquel recinto de amplias paredes tapizadas en verde oscuro en contraste con el extravagante color vino de los pisos.

Uno de los miembros del personal se acercó a mí y se ofreció a escoltarme a la reunión. Me guio a través de otro pasillo en el que la luz era incluso más escasa y la temperatura aumentaba. Advertí que eso se debía a las antorchas que habían sido acomodadas a lo largo del corredor. Evidentemente, la contraseña no era una mera coincidencia.

Cuando llegamos a nuestro destino, la música se había convertido en el canto nítido de una sirena detrás de las altas puertas de doble hoja. Estaba tan ansioso por atender a su llamado que a duras penas me di cuenta de que el camarero me quitaba el abrigo. Me tendió una ficha que guardé en mi bolsillo y, cuando abrió las puertas de par en par, la contraseña cobró sentido de súbito.

Flamas anaranjadas lamían las piedras alrededor de un escenario en el centro de la estancia, donde se contoneaban sensuales bailarinas de ropas ligeras, mientras que hombres fornidos, con aparatos que desprendían llamas, hacían malabares y de vez en cuando escupían fuego. ¡Fuego!, a donde quiera que posara mis ojos, y más incluso en las sombras, donde doseles de cortinas negras daban privacidad a algunos invitados que encendían la noche con sus propios métodos. Sonreí en medio de mi aturdimiento. Aquella fiesta no ofrecía un espectáculo; era un espectáculo en sí misma.

Avancé por el lugar medio en trance. Las antorchas allí, más que iluminar con su tenue resplandor, daban vida y movimiento a las sombras. Aun así, mi objetivo se hallaba en una de las primeras mesas y se dirigió hacia mí en cuanto me vio llegar.

—Bienvenido —saludó Frank cuando estuvimos frente a frente. La viveza de las flamas relumbraba en sus ojos. Tenía una sonrisa complacida en sus labios y en una mano una copa llena de un líquido transparente que yo acepté cuando él me la ofreció.

Fuimos a su mesa. Él tomó asiento en un diván, al lado de una hermosa bailarina que tal vez, en noches como esa, era algo más que eso. Me senté en una silla isabelina al lado de Frank, notando la forma en que la joven acariciaba la rodilla del escritor. Este, sin embargo, ni siquiera pareció inmutarse ante ello.

—Por un momento dudé que vendrías —me dijo, haciendo un gesto a uno de los camareros para que rellenara su copa. Llevaba un chaleco de satín y una camisa roja arremangada en los antebrazos. Me pareció que, sin abrigo ni corbata, lucía mucho más jovial.

—No fue fácil —respondí, dando un vistazo a los participantes de la reunión. No eran muchos, pero no logré divisar entre ellos a Isabella.

—Espero que valga la pena —sonrió mi anfitrión, locuaz.

Asentí y di tres grandes sorbos a mi bebida con la esperanza de que eso me ayudara a relajarme. El líquido quemó al descender por mi garganta y tuve que hacer un esfuerzo para no toser ni hacer alguna mueca.

—He revisado tu escrito y no está mal —me dijo Frank de repente—. Nada mal, de hecho.

Lo miré, extrañado.

—No lo dices en serio.

Frank asintió con lentitud.

—¿Sabes, Dorian? Para mí, la modestia no es más que una de las muchas caras de la vanidad. Quien niega sus atributos ante otros aun sabiendo lo que ostenta, menosprecia el elogio y a quien lo hace. Es como si desconociera su capacidad de admirar lo bueno, y lo reduce a la gente ordinaria que no sabe distinguir entre una ostra y una perla. ¿Te parece que soy ordinario? —preguntó, ya sin rastro de camaradería.

—En absoluto —respondí. La bebida no había hecho más que secarme la garganta.

—Cuando tenía tu edad —continuó el escritor, acariciando los muslos desnudos de la mujer a su lado—, gané el primer premio distrital de Literatura. Qué triste hubiera sido contradecir la decisión de los jurados, ¿eh? En vez de eso, les di la razón de buena gana y acepté que tenía el don de la palabra, el maldito don al que debo todo lo que tengo ahora, que, por fortuna, no es modesto. —Me guiñó un ojo.

Asentí, sin comprender todavía a dónde quería llegar Frank con aquello.

—Entonces… —apoyé los codos sobre mis rodillas—, ¿crees que yo también lo tengo? —pregunté, sin poder evitar que trasluciera una nota de recelo en mi voz.

—Aún es pronto para saberlo —dijo él—, pero me gustaría averiguarlo.

—¿Cómo? —pregunté.

Frank soltó a la mujer y le hizo señas para que abandonara la mesa. Luego se acercó un poco más a mí, imitando mi postura.

—Te diré un secreto: no empecé a vivir de los libros cuando comencé a publicarlos. Es una lástima, pero difícilmente es posible vivir de premios de literatura. El arte no vive de aplausos, pero a la gente le cuesta creerlo. ¿Sabes de lo que sí vive la gente? De historias, y no solo de las que leen, sino de las que se cuentan a sí mismos. Unos se dicen negociantes, otros abogados,

otros arquitectos. Y luego están los que se llaman artistas: pintores, escultores, escritores… Hay algo que comparten estos últimos, incluso los que fracasaron, los malos, los que no son capaces de garabatear una palabra después de otra sin que resulte absurdo o vulgar. Y lo que tienen en común no es ni de cerca tan sublime como a lo que aspiran: la más encarnizada vanidad. Soy afortunado de haberlo notado apenas comencé en este mundo. Porque si aún no podía hacer un negocio de mis letras, comencé a hacerlo de las de alguien más. ¿Comprendes?

—Alguien que no tuviera el talento que tú tenías, pero sí el dinero.

Frank me concedió la razón con una pequeña reverencia.

A medida que nuestra conversación avanzaba, el sonido de la música y el resplandor mortecino del escenario que nos rodeaba pareció disolverse en la oscuridad. Era como si nuestra mesa naufragara en medio de la nada en que se había convertido todo lo demás.

—¿Fuiste un escritor fantasma? —pregunté sorprendido.

—Prefiero el término «doctor de libros», alguien que sana las heridas de una mala praxis, erradica la infección de los vicios y los transforma en lugares fértiles en los que pueda gestarse la vida de las historias. Y, que quede entre los dos, lo sigo siendo.

—¿Por qué escribir para otros cuando puedes vivir de hacerlo para ti mismo?

—Porque hay otra cosa que es el arte: caprichoso. Y, como artista, tienes dos caminos: austeridad o ambición. Ya sabes cuál elegí yo.

No respondí. Aún estaba tratando de digerir lo que Frank acababa de confesarme. Lo que era más, ¿por qué a mí?, ¿por qué ahora? Decidí preguntárselo.

—Si en el mundo hay tantas historias que no logran ver la luz —dijo entonces—, no es cuestión de talento, es cuestión de oportunidad. Yo doy esa oportunidad para cambiar la ecuación. Hay historias magníficas que germinan en las mentes adecuadas, pero otras que caen en lugares infértiles. Entonces enferman, se desbaratan, pierden su forma. En ese caso, nada más hace falta ponerlas en manos de quien pueda darles vida o curarlas. A veces tienes la historia, pero no la forma. A veces tienes la forma, pero no la

historia, y en medio de un largo periodo de aridez de ideas llega una que, aunque no es tuya, nació destinada a ti.

—¿Por qué me cuentas todo esto, Frank? —inquirí con creciente inquietud.

El hombre terminó de beber su ginebra antes de sentar el vaso sobre la mesita con un estruendo.

—Lo que quiero decir… —Se pasó una mano por el cabello y, cuando su impecable peinado se revolvió, se me ocurrió que debía estar mucho menos sobrio de lo que aparentaba—… es que lo que escribiste no fue solo una prueba, Dorian. Es una historia completa que puedes escribir para mí. Una *oportunidad*. —Ante mi pasmo, Frank continuó—: Trabajo con varias personas, y para varias personas. Esta vez tan solo seré el mediador entre un libro que no ha podido ser escrito y alguien a quien quiero entregar la oportunidad de repararlo. La pregunta es: ¿qué camino tomarás tú? ¿Austeridad o ambición?

II

—¿Me estás proponiendo escribir el libro de alguien más?

—Acércate… ¿Ves esa mujer que está allí? La del centro.

Avisté en la dirección que me señalaba. Una mesa donde tres mujeres jóvenes eran atendidas por hombres de cuerpos esculturales.

—Se trata de lady Priscila D., esposa de lord Carlo B. La dama es una auténtica celebridad, y ha ideado la trama de un libro. Tu libro —añadió volviéndose a mí—. Habrá muchas personas esperando a leer algo que ella escriba, pero ella está muy ocupada para hacerlo por sí misma. Como puedes ver, lady Priscila está dedicada a la vida contemplativa.

—Entiendo —dije, seguro de haber comprendido qué tipo de contemplaciones prefería la mujer—. Pero, ¿cómo la Orden sabrá que soy yo quien escribió su libro?

—En mi círculo hay miembros del Templo de Alétheia, y te puedo garantizar que les encantaría oír de tu talento y de tu disposición para mostrarlo.

—¿Escribiendo para alguien más? Es una forma extraña de probarlo.

—Considéralo como una oportunidad. Si tu trabajo es bueno, quizá sea la única vez que tengas que hacerlo. Ellos sabrán que tienes habilidad para esto y no solo te abrirán las puertas a su templo, sino que contarás con su influencia para recibir una propuesta editorial y convertirte en un verdadero escritor. ¿No crees que es un precio justo?

De todas las probabilidades que habría imaginado para esa reunión, aquella debía ser la más remota de todas. Y sin embargo, allí estaba Frank S., el aclamado escritor y doctor de libros encubierto, esperando atentamente mi decisión.

—Es todo lo que puedo ofrecerte —dijo, volviendo a dejarse caer en el diván—. No tienes que responder ahora. Ya sabes cómo encontrarme, ¿no?

Me llevé una mano al bolsillo del pecho como por instinto, pero en el acto recordé que había dejado la llavecita del casillero en mi chaqueta.

Dos bailarinas vinieron a nuestra mesa, rompiendo por fin la ilusión de aislamiento que se había generado con la charla. Volví a ser consciente del lugar, del escenario a algunos metros de nosotros y de los invitados, entre los cuales de repente di con una fisonomía familiar. Alguien que no encajaba con el evento. Pero aquella parecía ser su silueta esbelta, su piel de seda y sus piernas interminables, con las que se alejaba de la pista de baile como quien abandona su reino. Entorné los ojos, inclinándome en su dirección como por inercia hasta que la vi perderse tras una puerta al otro lado de la sala.

¿Adela? No, no podía ser…

—Piénsalo —oí decir a Frank. Cuando me volví hacia él, se había levantado de su sitio. Hizo un gesto con la cabeza y las bailarinas se acercaron a mí. Una tomó asiento a mi lado y la otra me sorprendió sentándose en el reposabrazos de mi silla—. Ahora, disfruta de la fiesta. —El escritor me dedicó una sonrisa ladina antes de llevarse un habano apagado a los labios y abandonar la mesa.

Intenté localizar a la doble de Adela, mas no lo logré. Una de las bailarinas me pasó el brazo por los hombros y sus pechos voluptuosos quedaron a escasos centímetros de mi rostro. Tragué en seco. La otra tomó mi cara en una de sus manos.

—El amo nos dejó a cargo de su diversión esta noche —dijo, y mis ojos se posaron en sus labios gruesos, pintados de un rojo nacarado.

—¿Amo? —pregunté, sin poder creer que hablaba de Frank.

—¿Qué se le ofrece, señor? —preguntó la otra, ignorándome. Su mano comenzó a trepar por mi muslo, y la sensación tórrida que la caricia envió por todo mi cuerpo me hizo saltar de mi asiento como un resorte.

Las bailarinas me dieron una mirada de extrañeza. Extendí mis manos frente a ellas como si temiera que se me abalanzaran.

—No vine a aquí para… lo que sea que Frank les encargó.

—Se molestará si lo abandonamos —dijo la del busto generoso, volviendo a acercarse a mí—. Vamos, no sea tímido. Díganos cuál es su deseo y nosotras lo haremos realidad.

—Mi deseo… —comencé a balbucir mientras ellas se acercaban, pero dejé la frase a medio terminar cuando mis ojos se posaron en la pista de baile, a la que acababa de entrar una joven que destacaba por su altura y la ligereza de sus movimientos.

Esta vez no se trataba de una ilusión ni de un parecido impresionante. Reconocería esa mata de cabello negro, esos gestos y ese intencional contoneo de caderas a donde quiera que fuera: Olivia C.

Un súbito agarre en mi trasero me hizo retroceder, sorprendido.

—¿Y bien? —insistió una de mis acompañantes con fingida inocencia.

—¿Por qué no se divierten entre ustedes? —murmuré distraídamente mientras volvía a localizar a mi amiga entre la multitud.

—Ah… —dijo la morena acercándose a la rubia—. Es usted un pervertido —sonrió antes de besar a su compañera en los labios.

Mis ojos se abrieron de pasmo, pero era una oportunidad de escape que no podía desaprovechar.

—Exacto… —Comencé a retroceder—. Ustedes sigan sin mí, volveré en seguida.

Las mujeres no parecían escucharme, pues tenían todos sus sentidos puestos en la labor que me vi obligado a encomendarles. Entre tanto, yo caminaba a zancadas en dirección a Olivia, cuyo compañero de baile se movía con la elegancia de un orangután. ¿Qué demonios hacía ella en ese lugar con Giovanni? Sorteé la distancia hasta alcanzarla. Ella solo pareció reparar en mi presencia cuando la tomé de la mano para alejarla del energúmeno de mi primo. Lo oí quejarse, pero Olivia se dejó llevar hacia el lado opuesto de la pista de baile, donde se alzaba una monumental torre de copas de champán. Parecía aliviada de verme. Incluso feliz.

—¡Estás aquí!, ¡al fin! —sonrió cuando estuvimos solos.

Me alcanzaba en altura con sus zapatillas de plataforma. Lucía preciosa con su vestido verde oliva, de pequeñas piedras brillantes, que se transparentaba en parte de su escote y desde la mitad de sus muslos.

—Sí, pero tú no deberías… —comencé a decir. Me detuve en cuanto advertí que el dulce fulgor en sus ojos se marchitaba con mi reclamo—. Estoy feliz de verte, Oli.

Ella no me respondió con palabras. En cambio, me sorprendió abrazándome con una fuerza que, como siempre, parecía desproporcionada para su delgadez. No sabía cuánto necesitaba de aquello hasta que la estreché de vuelta y supe que jamás podría querer a alguien de la forma en la que quería a aquel metro setenta de intrepidez y algarabía.

—Lo siento, lo siento mucho. —Hundí mi rostro en su cuello—. Yo no quería que… Fui un tonto. —Me separé un poco para verla a los ojos.

—Siempre lo has sido. Y yo también —rio ella—. Somos almas gemelas, ¿recuerdas? Yo soy la Diana de tu Ana,[8] y viceversa. Lamento lo que dije, D.

—No hay nada que lamentar. Solo quiero saber, ¿cómo fue que entraste a…?

—¡Ah, pero si es la mariquita de la casa! —intervino una voz grave y ronca que tenía el mismo efecto de unas uñas largas rasguñando una pizarra. Olivia se volvió a Giovanni y yo exhalé un hondo suspiro de exasperación—. Qué lástima. No puedes conseguirte tu propia pareja de baile, y menos conservar una.

Cuando intentó tomar a Oli por el brazo, me interpuse entre ellos.

—No la toques —le espeté.

—La damita sabe hablar —sonrió Giovanni con suficiencia. Apestaba a un revoltijo de licores que me revolvió el estómago—. ¿No es cierto, bonita? A que quieres venir conmigo y continuar con lo que estábamos haciendo.

—La damita tiene nombre —respondió Olivia, irguiéndose cuan alta era —. Te dije cómo me llamo. Volveré a bailar contigo si lo recuerdas.

La sonrisa de Giovanni se congeló.

—Pero ¿quién te crees? Viniste arrastrándote hacia mí para que bailara contigo, ¿lo olvidas?

—Bailar, no convulsionar, que era lo que tú estabas haciendo —comenté por lo bajo. Era mi turno de sonreír.

—Quédate con ella, primito. Apuesto a que es tan barata como su perfume.

Exploté con una ira que apenas entonces reparé que estaba conteniendo. Mi puño salió disparado a la quijada de Giovanni e impactó con ella en un golpe certero que me sacudió todo el cuerpo. Me arrepentí de inmediato. Él apenas retrocedió un par de pasos, mientras que el dolor que acababa de estallar en mi diestra me hizo querer soltar un grito y orillarme a restregarme la mano. No lo hice, por supuesto. En cambio, me las arreglé para esquivar el contraataque de mi primo, lo que fue fácil por lo lento que lo había vuelto la bebida. Volvió a la carga en un segundo, pero entonces Oli intervino poniéndole una zancadilla con una de sus monumentales zapatillas y, cuando mi primo caía sobre mí, logré empujarlo para cambiar su trayectoria hacia el lado opuesto.

El estruendo que desató Giovanni al caer sobre la torre de copas retumbó por encima de la música. La banda dejó de tocar de inmediato. Entre el público, que se había vuelto a nosotros, atisbé a unos hombres uniformados que se acercaban con paso firme.

—La puerta detrás de ti —murmuró Oli casi sin abrir la boca—. Te alcanzo después. ¡Corre! —Se apuró a interpretar su mejor rol de Madre Teresa de Calcuta y verificar el estado de Giovanni, quien gemía en el suelo.

Sabía cómo se habría visto lo que acababa de pasar: un invitado empujando a quien probablemente era un miembro del club. No solo me sacarían a rastras de allí si me encontraban, sino que me entregarían a la policía por lesiones personales… *¡La policía!*

No dudé en atravesar la puerta que Olivia me había señalado. Me precipité al pasillo, corriendo. Era interminable. El viento silbaba en mis oídos y la alfombra atenuaba mis pasos, pero no los de mis perseguidores, así que, al llegar a una puerta doble similar a la que había cruzado para ingresar al salón de baile, la abrí con ambas manos. La humareda que me recibió por poco me hace retroceder. Capté un olor dulzón artificial y húmedo, bastante opuesto al causado por el fuego. Cerré la puerta detrás de mí y me sumergí en el humo hasta que logré distinguir las formas difusas a mi alrededor. El ritmo de la música allí era cadente, sensual, abría una brecha de desinhibición que los asistentes aprovechaban en la danza. Sin

embargo, la gente a mi alrededor compartía mucho más que un baile; era como si aquella presencia blanquecina hubiese sumido el lugar en un hechizo afrodisiaco. Intenté abrirme paso entre los presentes sin prestar mucha atención al ritual al que se entregaban, pero pronto comprendí que estaba perdido. La música se volvía más sonora, hipnótica y apremiante; el frenesí estaba en el aire que comencé a respirar a bocanadas, en la película de sudor que comenzaba a cubrirme la piel…

Alguien me tomó por el brazo. Se acabó, pensé, sin la más mínima intención de girarme y comprobarlo. Pero fue mi captor quien se puso frente a mí, y con su presencia me hizo sentir, de muchas otras formas, encontrado. No, no por los ojos que distinguiría en la hora más oscura, en la niebla más densa, ni por la mirada cómplice con la que se enganchaban en los míos, o por el influjo que su tacto ejercía sobre mí, como si me cargara de electricidad, de fuego. *¡No!*

Aiden y yo nos miramos por unos segundos en los que el mundo se redujo al desorden que causaba su presencia y la niebla que nos rodeaba. Llevaba un traje negro y una camisa del mismo color de su iris: un dorado que adoptaba tonalidades imposibles bajo el hechizo idílico de la marea de luces. La sorpresa dio paso a la ira y, aunque intenté detestarlo, maldecir su suerte de estar en el lugar que me hubiese correspondido, o la mía por no sentirme capaz de ocupar el suyo, descubrí que mi sangre bullía por un furor muy distinto al de nuestro último encuentro. Quería odiarlo, *debía* odiarlo. Pero tal vez incluso para eso lo necesitara cerca.

III

Cuando intenté retroceder como para convencerme de lo contrario, su agarre se volvió firme y me jaló hacia él. Me tambaleé a escasos centímetros de su cuerpo, pero él ya me llevaba a rastras. Tal vez, en otro contexto, dejarlo guiarme habría sido lo último que hiciera, pero aquello era diferente. Era evidente que él sabía hacia dónde se dirigía, y en ese momento yo confiaba más en sus pasos que en los míos.

Salimos de la sala a la penumbra de un pasillo que se extendía a derecha e izquierda, adornado por espléndidas esculturas de ninfas griegas desnudas. Aiden me soltó y me miró de hito en hito. El silencio se cernía sobre

nosotros, más denso que el humo del lugar que acabábamos de dejar. Me costaba verlo a los ojos, pero no dejé de hacerlo, ni siquiera cuando mis pensamientos tomaron el control de mis actos y me encontré diciendo:

—Te dije que te alejaras de mí.

«¡Idiota! ¡Dile que te saque de aquí!».

—Es difícil si apareces a donde quiera que yo voy —respondió con calma; su voz como un bálsamo en contraste con el desfile de pensamientos que me azoraba mientras le sostenía la mirada.

—Sabías de esto —lo acusé, evasivo—. Debes ser miembro del club. ¡Pudiste habérmelo dicho!

—No, no sabía de esto. Alguien me invitó después —respondió.

—¿Ah, sí? —Me crucé de brazos—. ¿Quién? —pregunté con una sonrisa escéptica, enarcando una ceja.

La puerta comenzó a abrirse y mi aparente seguridad se fue al traste. Me escondí como pude detrás de la base de una de las esculturas y aguardé en vilo.

—Saliste en la mejor parte —oí decir a Isabella en un ronroneo.

Cerré los ojos. «Dios. No esto, por favor».

—Nada de eso —dijo Aiden—. La mejor parte eres tú.

Puse los ojos en blanco y un bufido se escapó de mis labios antes de que me diera cuenta de lo sonoro que resultaría en el silencio de ese pasillo. ¡Mierda! Apreté los ojos con fuerza, como si fuese un truco mágico para volverme invisible. Pude imaginar a Isabella observando a la escultura con curiosidad y luego acercándose para averiguar de dónde surgía el sonido… Mas no ocurrió nada de eso. Creí escuchar un suspiro. Abrí un ojo y luego el otro. Nada. Me atreví a asomarme un poco y entonces contemplé una escena que sería difícil de olvidar: Aiden rodeaba la cintura de Isabella mientras la besaba. Ella le había echado los brazos al cuello y ceñía su pecho contra él, como si respirara a través de aquel contacto. Pude ver el pronunciado escote en la espalda del vestido de Isabella en todo su esplendor, y también la manera en la que los pulgares del músico trazaban lentas espirales en su piel.

De súbito, Aiden abrió los ojos y los clavó en mí. Me quedé paralizado, como si acabase de ser atravesado por una saeta que hubiese fijado mi cuerpo a ese lugar. Sus manos recorrieron la espalda desnuda de Isabella sin ningún reparo, y yo seguía mirando. Su cuerpo se ciñó aún más al de ella, y

yo seguía mirando. Sus manos pasaron los límites del escote de Isabella y apretaron su trasero, y yo seguía mirando. Y él a mí.

Las puertas se abrieron de súbito y volví a mi escondite de un salto. Me ardían las mejillas. ¿Qué demonios acababa de pasar? Dejé de pensar en ello al escuchar que eran los de seguridad quienes preguntaban por mí. Aiden respondió que creía haber visto que me marchaba por el lado opuesto del pasillo hacía un rato. Los hombres siguieron la pista falsa y una gota de sudor resbaló por mi sien. Cuando se marcharon, Aiden e Isabella se despidieron con un beso sonoro que me hizo revolver por dentro, y con un «Vuelvo en seguida» de parte del primero.

—Supongo que ya sabes quién me invitó —oí decir a Aiden una vez que estuvimos solos.

Salí de mi escondite y lo encontré limpiándose las marcas de labial en sus labios con un pañuelo.

—Olvídalo —solté por lo bajo.

—Me parece que te buscan.

—Pues vaya que eres observador.

—Vamos —comenzó a caminar en sentido contrario al que había enviado a los hombres.

—¿A-a dónde? —tartamudeé, siguiéndolo con la mirada.

Aiden rio, sacudiendo la cabeza.

—A sacarte de aquí. Es lo que quieres, ¿no?

Arrastré los pies para seguirlo a regañadientes.

—No es la primera vez que el Círculo de Hefesto se reúne en este lugar —me explicaba mientras avanzábamos a zancadas—. Es muy fácil perderse, a menos que conozcas la disposición del edificio.

No quise preguntarle cómo era que lo conocía tan bien. Me había quedado bastante claro con quién le gustaba escabullirse en los rincones más inhóspitos de ese lugar.

Bajamos por unas escaleras que conducían a una suerte de salida trasera, pero también estaba custodiada. Escuchamos pasos en las escaleras.

—Por aquí. —Aiden me guio hacia una habitación pequeña, de luz mortecina, en la que nos rodeó un revoltijo de perfumes.

—Esto es… ¿un ropero? —pregunté, girando sobre mí.

—Dudo que nos encuentren en este lugar, así que busca tu abrigo. Debe estar aquí con el número que te dieron —me dijo Aiden, al tiempo que él mismo buscaba el suyo.

Extraje de mi bolsillo la pequeña ficha que me habían entregado al llegar y lo imité. Acababa de ponerme la chaqueta cuando escuchamos que alguien se aproximaba. Aiden me jaló y, antes de que yo pudiera protestar, apagó la luz y me guio a la parte más profunda del armario, detrás de unos abrigos largos de plumas que me cosquilleaban en la cara.

—Ya puedes soltarme —murmuré.

—Ya puedes agradecerme —replicó.

Reculé, pero él avanzó hacia mí y un pisotón en mi pie izquierdo me hizo protestar.

—¡Me estás pisando!

Sentí su mano contra mis labios justo antes de que la puerta se abriera. Me quedé inmóvil. La oscuridad amplificaba mis sentidos. Podía oír mi respiración mezclándose con la de Aiden, y el revoltijo de perfumes pareció quedar reducido por el que tenía en mis labios y aspiraba directamente de su piel.

Entraron. Si avanzaban en nuestra dirección, era cuestión de segundos para que nos descubrieran y…

La penumbra se convirtió en una negrura perfecta. ¿Acaso se había ido la luz? Mi esperanza se desvaneció cuando el haz de una linterna cortó la oscuridad y trazó un camino a escasos metros de nuestro escondite. Sentí un pinchazo de pánico cuando el que había entrado se puso a mover los abrigos. Aiden pareció notarlo, porque se acercó a mí hasta que sentí su respiración sobre mi piel.

De repente, lo que parecía ser una alarma de incendios retumbó en algún lugar, llegando en ecos y luego con inconfundible nitidez hasta donde estábamos. El hombre maldijo y se fue, dejándonos en la más honda cerrazón de nuevo. Aiden se alejó al fin. Mi corazón latía con fuerza en mi pecho, en mis tímpanos, en cada rincón de mi cuerpo.

—¿Y ahora? —le pregunté.

Aiden tanteó mi brazo hasta encontrar mi mano. Esta vez la acepté para que me guiara hasta la puerta. Nos asomamos y descubrimos que seguía sin

haber luz, al parecer en todo el lugar. La estridente alarma de incendios resonaba en el vestíbulo y en cada pasillo, desatando una algarabía de empleados que corrían aquí y allá. Había guardias que cerraban el paso de la salida trasera, así que caminamos en dirección a la principal, pero también estaba custodiada.

—Pssst… ¡Pssst!

Nos volvimos al mal disimulado llamado. No pude evitar sonreír de alivio al ver a Olivia, que nos hacía señas desde el balcón del segundo piso. Aiden y yo subimos las anchas escaleras a trote, cruzándonos con un par de camareros que no nos prestaron mucha atención.

—¿Fuiste tú? —le pregunté en un susurro cuando la alcanzamos.

—No tengo nada que ver… con la luz—respondió con una sonrisa zorruna—. Yo solo activé la alarma de incendios.

Aiden nos guio a una habitación esquinera. Una vez dentro, se dirigió hacia una de las ventanas alargadas y la abrió de par en par para asomarse.

—La pared tiene una jardinera —dijo, volviéndose a nosotros—. Si bajamos por aquí, puedo llevarlos al jardín trasero. No suele tener vigilancia.

—Iré yo primero —dije, trepándome por la cornisa antes de que Aiden se ofreciera a hacerlo él mismo.

La brisa me arremolinó el cabello cuando salí al exterior, y al mirar abajo estuve a punto de devolverme y cederle el turno a Aiden. En cambio, me apuré a tirar de la jardinera y comprobar que estaba fijada firmemente sobre la fachada antes de descender tan rápido como pude, evitando mirar hacia abajo a riesgo de quedarme paralizado.

Una vez en tierra, vi descender a Olivia, quien me lanzó sus zapatillas antes de comenzar a descender con la agilidad de un mono araña. Parecía bastante acostumbrada a trepar fachadas de edificios, tanto que su vestido me incomodaba más a mí —que podía verle los calzones desde abajo— que a ella misma. Una vez que Aiden aterrizó, emprendimos la marcha hacia el dichoso jardín. El ruido de nuestras pisadas se mezclaba con el de la alarma de los bomberos, que comenzaba a escucharse cada vez más cerca. Nos escabullimos entre los árboles y llegamos a una pequeña verja de madera que primero trepó y saltó Olivia, descalza. Cuando llegó mi turno, me giré hacia Aiden.

—Gracias —le dije secamente.

Él asintió con la cabeza por toda respuesta. Di media vuelta y comencé a trepar. Entonces, desde arriba, divisé los haces de luz que comenzaban a filtrarse entre las ramas de los árboles que cercaban el jardín.

—¡Allí! ¡Están allí! —gritó un hombre a lo lejos.

Aiden y yo nos miramos con la misma expresión de pánico.

—¡Sube! —exclamé entonces, tendiéndole una mano.

Él dio un último vistazo a los de seguridad antes de aceptar mi ayuda y trepar la verja en tres segundos. Saltamos al otro lado y, junto a Olivia, comenzamos a bordear el camino corriendo por la acera, pero tras unos metros de recorrido por poco nos devolvimos por donde habíamos llegado. Un auto frenó justo frente a nosotros; sus faroles como soles en medio de la lobreguez de aquella noche cerrada. Me tapé los ojos con una mano y comencé a retroceder. Entonces distinguí a Adela sentada en el copiloto. Y luego al conductor.

—Gui… ¿Guido? —tartamudeé, incrédulo. Mas no cabía duda de que aquel hombre que gesticulaba como un maniático para que nos apuráramos a entrar al auto era mi jefe.

Olivia, Aiden y yo nos apretujamos como pudimos en el asiento trasero del escarabajo, cuya radio transmitía *Highway to Hell* de AC/DC. «Muy apropiado», pensé. Yo ni siquiera acababa de cerrar la puerta cuando el librero aceleró en primera, sacando un chirrido a las llantas sobre el asfalto y haciendo que nos estampáramos sobre nuestros asientos.

—¡Agárrense! —exclamó.

—¿De dónde? —gritó Olivia en respuesta.

Guido rio como si mi amiga le acabara de contar un buen chiste:

—*Touché!*

Nos abrimos camino por el laberinto de cemento como alma que lleva el diablo. Quise decirle a Guido que estábamos escapando de un club, no de una penitenciaría, pero Adela ya se lo decía a su manera, sin mucho resultado. Noté que no llevaba la ropa de la mujer que yo había visto en la fiesta, pero ¿cómo había aparecido allí entonces?

Un frenazo nos precipitó hacia adelante. Adela soltó una maldición más digna de un camionero que de la copiloto de un pequeño escarabajo. Vi la razón a algunos metros de nosotros: dos autos que se acercaban nos

cerraban el paso. Guido miró hacia su izquierda, donde se extendía un pequeño terreno de pasto podado. Supe lo que haría incluso antes de que subiera el volumen de la radio y pisara el acelerador. Por poco quedo sepultado por uno de los hombros de Aiden, pero tenía las mejores vistas mientras me apretaba a la ventana: abandonábamos la vía por aquel atajo improvisado, dando saltos mientras las ruedas del pequeño auto arrasaban el pasto.

Cuando nos reincorporamos a la vía, por poco nos damos de bruces con el camión de los bomberos. Guido lo esquivó como pudo, y casi pasamos rozando los automóviles de los policías que lo seguían mientras avanzábamos en dirección opuesta. Cuando me giré en el asiento, advertí que nadie nos seguía. La vía estaba despejada y avanzábamos en ella como una bala perdida que rasgara el negro asfalto. Nos costó unos segundos darnos cuenta de que, contra todo pronóstico, habíamos escapado con éxito de la reunión interrumpida del Círculo de Hefesto.

Cuando fuimos conscientes de nuestra hazaña, Oli y yo nos miramos y comenzamos a asentir como idiotas, al ritmo de la música. Guido comenzó a cantar y, cuando se le quebró la voz, Aiden soltó una carcajada a la que todos nos unimos. Al segundo siguiente éramos una manada de desquiciados que cantaban, a voz en cuello:

Hey mumma, / look at me.
I'm on the way to the promised land.
I'm on the highway to hell! [9]

Guido y Adela cantaban mal la letra, lo que provocaba que nos desternilláramos de risa. Cuando la canción llegaba al final y la ciudad estaba a punto de precipitarse sobre nosotros, saqué la cabeza por la ventanilla y solté un grito triunfal a la noche en aquella avenida que se encendía en euforia mientras nos alejábamos del lugar de la reunión, camino a casa.

IV

La escena comenzaba a parecerme surrealista: Aiden, Olivia, Guido, Adela y yo comiendo pizza de pepperoni en el comedor del librero a las once de la noche. Guido la había comprado en el camino y luego insistió en que Olivia

y Aiden se quedaran a cenar. Aunque al principio este último rechazó la invitación con esas maneras caballerosas que tan bien había aprendido de John, terminó cediendo. Sin embargo, ahora era Olivia quien se robaba el protagonismo de la improvisada reunión mientras nos contaba cómo fue que había logrado entrar al evento.

—¿Isabella te dejó entrar? —pregunté sorprendido cuando nos lo reveló —. ¿En serio? No lo vi venir.

—Por supuesto que no. Te dije que soy una excelente actriz, pero Isabella es muy perspicaz, y mi farsa para sacarle la dirección duró poco.

—Debiste caerle muy bien para que terminara invitándote —comentó Aiden antes de probar otro trozo de pizza.

Lo observé de reojo. Se había quitado el abrigo y arremangado los puños de la camisa dorada. Aquella postura relajada, con un brazo en la mesa y el otro sosteniendo la porción de pizza, me seguía pareciendo incongruente. Tal vez me costara creer que no era el protegido de alguien, el estudiante destacado de cierta universidad. Tal vez me costara aceptar que lo que había bajo su radiante superficie no me hería; de alguna manera, me confortaba.

—Así que tú lo supiste todo el tiempo —le dije mientras clavaba los ojos en mi bebida, fingiendo contrariedad. Solo quería que fuera yo quien llamara su atención, no al revés. Y funcionó.

Sentí la mirada de Aiden sobre mí mientras yo bebía mi soda con aires de dignidad.

—Olivia me lo contó en la fiesta —lo oí decir.

—Es cierto —me dijo ella, tapándose la boca medio llena—. No pongas esa cara, D. Pensé que te alegraría saber que no fui con el tarado de tu primo… sin ofender.

Sonreí con cansancio. Lo cierto es que seguía preguntándome cómo era que eventos como el de aquella noche tenían sus puertas abiertas para Aiden, Olivia, e incluso para el idiota de Giovanni, mientras que para mí parecían estar vetados, y después de lo ocurrido, más que nunca. Al menos, pensé, tendría la satisfacción de haber conseguido eso último por mis propios méritos.

Cuando levanté la mirada, noté que Guido y Adela, sentados frente a nosotros, apenas habían probado bocado. Observaban a Aiden sin pudor alguno mientras este se entretenía con Olivia, quien ahora le reclamaba

haber permitido que Giovanni la sacara a bailar. No me sorprendió la impertinencia del librero, pero ¿Adela? Yo jamás había logrado captar su atención con tal intensidad. Además, aún estaba el asunto de su aparición casual con Guido. Con cada minuto que pasaba me convencía más y más de que ellos sabían algo que yo no respecto a esa noche. Algo que quizá tenía que ver con la zona prohibida, y estaba dispuesto a averiguarlo.

—Gracias por la ayuda —dije a mis jefes por tercera vez en la velada, sacándolos del arrobo.

—No fue nada, muchacho.

—*Dorian*.

—*Dorian*. Te lo dije, no me fiaba de ese lugar. —Guido parecía tenso. No apartaba los ojos del enorme trozo de pizza frente a él.

—Y supongo que Adela tampoco —comenté, perforándola con la mirada —. Aparecieron justo a tiempo. Casi como si hubieran estado esperando — agregué, ampliando mi sonrisa.

—Debe de ser nuestro día de suerte —concedió Adela devolviéndome la mirada, pero no el gesto.

El librero atrajo a Adela hacia sí y le plantó un beso largo en los labios. A mi lado, Olivia y Aiden estaban enzarzados en una animada charla sobre la adaptación de esa ópera a teatro musical en la que Olivia finalmente había conseguido un rol protagónico. Me invadió la sensación de que, si no me movía de ahí pronto, desaparecería. O peor aún, confirmaría que lo había hecho desde hacía rato.

Me retiré de la mesa en silencio. No elegí el camino cerrado de las escaleras que conducían a mi buhardilla, sino el que llevaba directamente a la terraza. La brisa de la noche se sintió como un bálsamo sobre mi piel. Avancé hasta alcanzar el borde de concreto y apoyé los brazos sobre él mientras mis ojos y mi mente se perdían en el brío de una ciudad despierta cual animal nocturno, con sus faroles encendidos como pequeños ojos vigilantes. Contemplar un lugar tan amplio era dispersar el contenido de la mente en varios sitios y ninguno a la vez; era convertirse en su ruido. Decidí que nada me arrebataría ese momento: ni la melancolía, ni la soledad, ni siquiera el repentino olor de uno de los cigarrillos de Guido.

—¿Ya te aburriste de tu invitado? —le pregunté sin volverme.

—¿Y tú? ¿Siempre te aburres tan pronto o solo los sábados?

«Aiden». Cuando me volví, se acercaba a mí con parsimonia mientras exhalaba una nube de humo que el viento emborronó en un segundo. Una vez que estuvo a mi lado, me ofreció el cigarro.

—¿Qué haces aquí? —solté ignorando su oferta. Quise sonar rudo, territorial, pero mi voz sonó agotada y triste.

Aiden suspiró.

—Ya ha sido suficiente antipatía, ¿no crees?

Llegó a mi lado y apoyó las manos en la barandilla. Dejó que sus ojos vagaran por el paisaje mientras sostenía entre los dedos el cigarro que seguramente le había regalado Guido. Apreté la mandíbula.

—No —mascullé—. Y este lugar es privado.

Aiden asintió lentamente. Algunos mechones de cabello lacio le caían sobre los pómulos, cediendo al ímpetu esporádico de la brisa.

—Entiendo. —Su voz se convirtió en un murmullo, como si realmente comprendiera la intimidad que yo había entablado con ese lugar—. No quería… ¿Eso es un telescopio? —preguntó de súbito, mirando el aparato que seguía justo en donde yo lo había dejado: en una esquina de la terraza, apuntando no solo a la casa de los V., sino al maldito cuarto de música.

Reprimí un juramento y seguí a Aiden como una exhalación mientras este se acercaba al artefacto. Antes de que pudiera asomarse al lente, alcancé el aparato y moví el tubo en otra dirección.

—¿Qué parte de «este lugar es privado» no entiendes? —pregunté contrariado. Las mejillas me palpitaban, y no de ira.

Aiden entornó los ojos en dirección a la casa de los V. Entonces se volvió a mí con gesto impasible y dio una calada al cigarrillo.

—Yo… —comencé a decir sin proponérmelo—, yo no estaba…

—Oye —me interrumpió, y exhaló el humo del cigarro antes de continuar—. No importa. Tal vez yo haría lo mismo si estuviera en tu lugar.

—*Estás* en mi lugar —recriminé.

Aiden sacudió la cabeza y sonrió con melancolía, dirigiendo nuevamente su atención al paisaje.

—Nadie podría estarlo —dijo entonces—. Es tu familia. Nada podría cambiar eso.

—A mí me parece que sí —murmuré, uniéndome a él en la contemplación de la ciudad—. Solo es cuestión de sangre, daría igual que los tenga o no.

—Créeme, no da igual —me dijo Aiden con una repentina nota de amargura en la voz. Me sobrevino un pinchazo de culpa. Nunca, hasta entonces, había pensado en la familia de Aiden, en la razón por la que John lo había acogido como lo haría un padre más que como un mecenas—. Tal vez te tome tiempo notarlo.

—No necesito tiempo —rebatí no obstante—. Sé lo que quiero, y no quiero a los V.

—¿Te da igual lo que pase con John? —me interpeló él, clavándome la mirada—. ¿Lo que pase con Isabella, con todos ellos?

Volvía al mismo dilema de siempre, aquel que me había señalado Olivia en nuestra discusión de hacía algunas semanas. Era como si el hecho de creerme diferente a ellos me hiciera perder la noción de mí mismo, apartar la vista de lo que realmente me importaba, llevándome de vuelta a tomar las mismas decisiones por las que alguna vez los había juzgado. Negarlos equivalía a negarme a mí mismo.

«Sé lo que quiero», había dicho. Las palabras siempre fueron mis aliadas, me maravillaba la idea de despejar la realidad con ellas, pero también la posibilidad de alterarla, y ante ti debo aceptar que, a veces, las usaba para forjar fachadas en las que pudiera esconderme a gusto. Era evidente que las últimas que había dicho estaban destinadas a causar un efecto en mi interlocutor, pero aquello no había resultado y ahora, en vez de adoptar un estoicismo que me hiciese indestructible, me sentía falso. ¡Falso! Eso mismo de lo que yo los acusaba a ellos.

—Si te digo que me da igual —murmuré, haciendo un esfuerzo por empujar las palabras fuera de mi boca—, no sería mucho mejor que ellos, ¿verdad?

Aiden rechazó la idea con un gesto de negación.

—El punto no es quién es mejor. Es algo mucho más simple. —Se irguió y dio la espalda a la ciudad, apoyando la cadera sobre el barandal al tiempo que cruzaba los brazos para que todo el peso de sus ojos cayera sobre mí—. Si tu familia te necesita, ¿estarías allí para ellos?

Bufé con sorna.

—Como si ellos me necesitaran.

Aiden permaneció impasible mientras seguía esperando la respuesta. *La verdadera*. Me sentí terriblemente expuesto, como si la persona frente a mí fuese capaz de leer mi mente, robarle el peso a mis palabras, revelar el truco detrás de mis actos.

—¿Por qué me lo preguntas? —indagué, sin ser capaz de reunir el valor suficiente que requería responderle.

Aiden se tomó un tiempo para contestar mientras fumaba el cigarrillo.

—Por John —dijo, dejando escapar el humo en aquel nombre.

—¿Qué le ocurre?

—No estoy seguro, pero tengo algunas sospechas —respondió Aiden—. Está cada vez más aislado y sigue negándose a hablar de lo que le pasa. Es como si su vida se redujera a la campaña, a sus salidas y a… —Dejó la frase en el aire, como si esperara que yo hiciera encajar las piezas por mí mismo y fuese de mis labios que salieran las palabras:

—La Orden.

Aiden asintió de manera casi imperceptible.

—Es absurdo seguir negando que sigue en pie. No sería la primera vez que absorbe de esta manera a uno de los tuyos.

Recordé el cuerpo de papá y la pequeña flor blanca sobre la mesa. La misma del funeral de mi abuelo, la misma del cementerio. Había una sombría relación entre los retazos velados del pasado y lo que estaba sucediendo ahora, como si los años que había enterrado en una tumba sin nombre comenzaran a rasguñar la tierra para abrirse paso a la superficie.

Arrebaté el cigarrillo de la mano de Aiden y di una profunda calada a lo poco que quedaba.

—Sé que hablar de esto es difícil para ti, pero jamás lo mencionaría en vano —continuó Aiden, y tuve la certeza de que en efecto lo sabía, que sabía mucho más de mi pasado de lo que yo estaba dispuesto a aceptar—. Temo por John. Temo… —Quise detener aquello, pedir a Aiden que se abstuviera de compartirme su miedo, pero no había remedio. Me veía reflejado en él, reconocía mi fragilidad en la suya, y me dominó la sensación de escuchar mi voz en su voz cuando me dijo—: Temo que lo que les hizo daño en el pasado se repita.

Aplasté el cigarrillo contra el pequeño muro de la terraza.

—¿Por eso el cura quería que hablaras conmigo? —inquirí con aparente frialdad—. Quizá este sea…, no sé, ¿otro de sus recados?

El rostro de Aiden se enturbió y de pronto me embargó la imperante necesidad de retroceder, mas no lo hice.

—Esto no se trata del cura, de qué tan intolerable te parezco o de la posición en la que tú y yo estamos ahora.

—Entonces dime… —di un paso hacia él, tratando de imitar su postura imponente—, ¿de qué se trata? Porque, como puedes ver, mi posición no es la más favorable.

—Te dije que estoy de tu lado —respondió Aiden—. No vine aquí para pedirte que seamos amigos. Solo necesito saber que, al menos en esto, tú también estás de mi lado.

La voz de Guido rebotó en cada sitio de mi mente que no estuviera invadido por las palabras de Aiden: «No necesitas un enemigo; necesitas un aliado». Quizá se debiera a los sucesos de la noche, a que el agotamiento comenzaba a hacer mella en mí, o a la forma en la que la cercanía de Aiden resultaba inquietante como siempre y necesaria como nunca. En cualquier caso, terminé asintiendo con la misma solemnidad de mi acompañante.

—Empecemos de nuevo. —Aiden me tendió una mano; su fisonomía ya relajada después de aquella conversación que se asentaba en mí como una inofensiva memoria que olería a él, y sonaría como su voz, y se sentiría como el tacto suave de su piel y el apretón firme de su mano cuando correspondí a su ofrecimiento.

Esa noche me fui a la cama con un puñado de nombres e imágenes encendiéndose como las luces de un faro en mi cabeza: papá sumergiéndose en el lago. John en la soledad de su mansión. Aiden besando a Isabella; sus ojos sobre mí. «No vine aquí para pedirte que seamos amigos», me dijo. ¿Pero no era eso lo que significaba precisamente cubrirse las espaldas? ¿Compartir secretos y consternaciones? ¿Dejar a un lado las diferencias? ¿Estar el uno del lado del otro?

Notas:

[8] Personajes del libro *Ana de las Tejas Verdes*, de L. M. Montgomery.

[9] «Oye, mamá, mírame. / Voy de camino a la tierra prometida. / Estoy en la autopista al infierno».



TERCERA PARTE:
DESCUBRIMIENTO

Pero no todo estaba perdido. Quizá ganar esa partida ya no solo era cuestión de sangre, sino de instinto. Incluso los animales sabían cuándo debían retirarse para lamerse las magulladuras; cuándo fiarse de un igual; cuándo volver a lanzarse tras su presa. Y él, despojado de su humanidad hasta el absurdo, había aprendido mucho más de las bestias heridas que de la gloria de los hombres. Había una sola cosa que no podía permitirse: la soledad. «Aliados», «amigos», «compañeros»; términos tan ajenos a su naturaleza, ahora venían a su mente con una claridad atronadora. En el silencio de aquella habitación, sonrió al recordar que las hienas cazan en manada.

—El héroe de la niebla

IO

FUROR ARMA MINISTRAT

I



dela no era un ángel. Si había algo de angélico en ella, sería más propio del encanto de Lucifer. Al pensar en su nombre, aún me vienen a la mente las sílabas de una flor hermosa y letal: la adelfa. Uno de esos caprichos de la creación donde aquello que rebosa de belleza es a la vez trampa y sepulcro.

Sin embargo, Adela también era una artista. Y como tal, en sus manos las cosas más prosaicas revelaban una naturaleza divina. Fiel admiradora de Miguel Ángel, compartía la creencia de que esculpir —y escribir, y pintar, y componer música o crear cualquier cosa que tuviera vocación de arte— era liberar la forma de una idea que se encontraba oculta bajo lo aparente; una idea que estaba viva incluso antes de ser encontrada. Era experta en identificar esa cualidad en las antigüedades, de manera que el viejo lienzo de una pintura arruinada o un pergamino se convertían en terreno fértil para que el virtuosismo de artistas de distintas épocas volviera a la vida a través de sus trazos.

Una tarde, luego de ayudarla a trasladar algunas de sus creaciones desde el sótano hasta la oficina de Guido, me dejé llevar por un impulso de curiosidad y le pregunté si no preferiría crear algo por sí misma, pues las imitaciones no tenían tanto valor artístico como una obra original.

—«Original» —repitió ella con una sonrisa mordaz—. Qué palabra tan aburrida e imprecisa. ¿Quién diablos puede proclamar que es original en este punto de la historia? La labor de un artista es mucho más que creativa, es recolectora, y la imitación es parte imprescindible de la creación; no hay caso en que no la preceda. Incluso la naturaleza se imita a sí misma.

Además, vendemos mis obras como copias anónimas. Que haya gente interesada en venderlas como originales no es mi problema.

—Si tú lo dices…

—Dorian —Adela clavó sus ojos sobre mí y supe lo que diría a continuación antes de que sus labios formaran las palabras—, ya hemos hablado sobre esto. No hagas que me arrepienta.

Sí, por supuesto que habíamos hablado al respecto. Se convirtió en una necesidad después de lo ocurrido en el Círculo de Hefesto, y tanto Guido como Adela, al verse descubiertos y con escasas probabilidades de evasión, me habían confiado su secreto: el negocio clandestino al que se dedicaban con cierta regularidad. Tenían clientes y, sobre todo, contactos para comercializar con antigüedades, restauraciones y, además, imitaciones de arte a las que Adela dedicaba sus días en ese lugar oscuro y frío. De vez en cuando ella misma iba a cerrar negocios en sitios donde se pudiera codear, sin riesgo de ser descubierta, con grandes inversionistas del negocio. Guido, por su parte, se encargaba de traer la materia prima, como óleos, lapislázuli, viejos lienzos, o un pegamento hecho de cera de abejas que hacía las veces de barniz y daba un efecto craquelado a las pinturas.

—Aunque no lo creas, los artistas nos involucramos con todo lo que creamos —seguía explicando Adela en tanto iba a sentarse sobre el escritorio de Guido, frente a mí. Traté de concentrarme en lo que decía y no en la forma en la que sus caderas se redondeaban bajo su falda—. No importa mucho si se trata de un encargo, porque son *nuestras* decisiones las que intervienen y de las que viene el resultado.

—Lo sé… Q-quiero decir que lo entiendo —me apuré a agregar.

Lo que hacía Adela en su taller no era muy distinto de aquello a lo que Frank me había invitado a ser partícipe. Aún no sabía si aceptaría el encargo completo, pero por esos días de esterilidad creativa comenzaba a descubrir una necesidad violenta de seguir escribiendo su historia hasta darle una conclusión. Adela tenía razón. Sin pretenderlo, yo mismo me había involucrado con un encargo hasta el tuétano.

—¿Alguna novedad sobre el especialista en Julio Verne? —pregunté, aprovechando mi inquietud para cambiar de tema.

—Dimos con alguien, sí —respondió Adela—, pero es un experto en la obra del francés, no en sus ejemplares, así que no podrá ayudarte mucho con eso. Aun así, quizá sí podría darte alguna pista respecto a esas notas de las que nos contaste. Sigue de cerca los pasos de tu familia y de la Orden. Sé que estaría dispuesto a hablar con el incentivo adecuado.

Mis músculos se tensaron como las cuerdas de un violín ante la mención de las notas anónimas. Como resultado de las confidencias de mis jefes, yo también me había sincerado con ellos: confesé a Guido mi intromisión en la zona prohibida y hablé con el matrimonio sobre la presencia de las flores, de las notas, de mi urgencia por saber más sobre los vínculos entre mi familia y la Orden.

—¿Quién es? —pregunté al fin, saliendo de mis cavilaciones.

Adela extrajo del bolsillo de su camisa blanca un papel que me tendió. Al desdoblarlo, descubrí un artículo sobre… *mí*. El que Daniel me había mostrado ese día en la oficina de Guido, donde —ahora caía en cuenta— yo lo había dejado por descuido. La única diferencia era que el nombre del periodista estaba encerrado en un círculo a lápiz: *por Fausto B., reportero de La Gaceta*. «Por supuesto», pensé. ¿Quién como un periodista para meter sus narices en los trapos sucios de la gente sin represalias?

—Lo conocí cuando estaba en la universidad y de vez en cuando me he vuelto a topar con él en algunos eventos del negocio —explicó Adela—. Es algo conspiranoico y excéntrico, pero se dice que sabe mucho.

—¿Y con qué incentivo podría hacerlo hablar? —indagué.

—Fácil —respondió la librera—: tu libro.

—¿Mi libro? —Sacudí la cabeza—. Pero dijiste que no los coleccionaba.

—No, pero está obsesionado con Verne. Te garantizo que se va a entusiasmar si le ofreces tu vieja edición.

—No le voy a dar mi libro a ese charlatán.

Adela se inclinó hacia mí, mirándome por encima de sus lentes, y en cuanto el hálito de su perfume acarició mi rostro, supe que me bastaría una palabra suya para hacer lo que ella pidiera.

—Bueno —sonrió—, yo podría sugerirte otra manera.

II

El sábado por la mañana, cuando llegué al teatro de la Universidad Gregoriana, el ensayo apenas comenzaba. Los organizadores de la obra habían dado con el elenco ideal para una reinterpretación de la ópera *La flauta mágica*, de Mozart, la cual no solo requería habilidades en actuación, sino también grandes destrezas en canto. Yo conocía la obra por mi abuelo, quien solía tener una vieja versión en formato de cuento ilustrado en su biblioteca. Aunque había logrado hojearla solo un par de veces a escondidas, esa mañana reconocí algunas de sus escenas al verlas representadas. Era una obra audaz, mágica; un cuento de hadas que hablaba de la justicia y el valor de sus protagonistas.

Olivia no había sido elegida en la primera audición, pero cuando la cantante seleccionada para interpretar a la princesa Pamina tuvo un «incidente», llamaron a mi amiga para suplirla. Su desempeño me convenció de que todo ocurre por un motivo. Yo ya sabía que en el conservatorio ella había adquirido la preparación operística para ejecutar un papel tan exigente, pero esa era la primera vez que la veía demostrarlo en el escenario. Era arrebatadora; sus expresiones tenaces, su voz meliflua y clara se elevaba favorecida por la acústica de la estancia. En el segundo acto, los escasos espectadores de la sillería contuvimos el aliento mientras ella recibía entre lágrimas la daga que la Reina de la Noche le entregaba para que asesinase a su padre, el rey Sarastro.

Cuando el ensayo terminó, esperé a Olivia en la puerta trasera del teatro, deleitándome con uno de los dos helados que acababa de comprar mientras ella llegaba. Fuera del auditorio de la Universidad Gregoriana, sus edificios, que solían lucir como viejos palacetes sacados del sueño de un monje del Medioevo, se veían casi amigables al recortarse contra aquel cielo de color índigo donde el sol brillaba con una intensidad que atentaba contra mi escultural helado de fresa y el de Olivia. El suyo se había convertido en poco menos que crema mal batida cuando se lo tendí, pero Oli me abrazó como si se tratase de un ramo de rosas antes de recibirlo.

—Gracias por venir —dijo con el mentón apoyado en mi cuello.

—Gracias por invitarme —respondí animado, hasta que una de las bolas de su helado cayó a nuestros pies con un patético «¡plaf!».

—¿Es mi impresión o te persigue la desgracia? —preguntó Oli mientras contemplábamos la plasta cremosa a nuestros pies.

Reímos, y Olivia se enganchó a mi brazo mientras comenzábamos a recorrer el campus camino a la salida principal.

—A ti, en cambio, te persigue la fortuna —comenté—. Eres una excelente Pamina.

—*La vie est faite de petit bonheur* —suspiró ella con aire soñador, aunque con una pronunciación que le habría destemplado los dientes a Guido—. ¿Y tú? ¿Sigues babeando por la esposa del buen librero?

—Oye —murmuré por lo bajo, dando un vistazo alrededor como si temiera encontrar a Guido observándome con gesto reprobador por entre los arbustos—, no la pretendo, y no digas eso aquí.

—Deja la paranoia, que nadie conoce a Guido por estos lares.

—Claro que lo conocen. Trabaja para la línea de investigación del Departamento de Historia.

—No tenía idea.

—Cosas de intelectuales. Pasan sus días debajo de una piedra y solo salen a la luz para recibir premios y condecoraciones.

—¿No es lo mismo que tú estás considerando hacer? Solo que el premio, si sale bien, será para alguien más. Tú, en cambio, seguirás debajo de una piedra.

Hice rodar los ojos.

—Es un comienzo, Oli.

Había contado a Olivia lo del encargo de Frank en nuestro anterior encuentro. Ella no había hecho más que recriminarme que era un error, pero yo quería pensar que la del error era ella. La noche anterior me había quedado despierto hasta la madrugada, llenando las paredes de mi habitación con fragmentos de mis escritos, relatos, escenas e ideas sueltas que había reservado para mis historias, pero, a falta de un proyecto propio más ambicioso, comenzaba a considerar aplicarlas a la historia de Frank. Sabía que con eso aquel libro sería más mío que de él de manera irrevocable, pero podía dedicarme a hacer algo que amaba y, a cambio, accedería a un secreto que hasta ahora me había sido vetado.

—Y si no me crees, pregúntale a Aiden y verás que él también…

Paré de caminar y sacudí la cabeza, contrariado.

—¿Qué? —pregunté, sin ocultar mi furor ante la mención de aquel nombre.

—Te decía que hay otras formas de ganar reconocimiento con tu arte —dijo mi amiga, paciente, volviendo a enganchar su brazo al mío para arrastrarme junto a ella—. Y ya que te gustan tanto los ejemplos prácticos, te puse el mío y el de Aiden. Estás más distraído que de costumbre…

—¿Por qué Aiden?

—Oh, ¿no te ha contado cómo conoció a tu tío?

—¿Por qué habría de…? Olivia, ¿acaso te has visto con él?

Oli apretó los labios en un ademán nervioso que se le había quedado de su infancia más temprana. Bufé sin humor.

—¿Cuál es tu problema con él? —inquirió ella—. Pensé que se estaban llevando bien.

—Nos soportamos, eso es todo.

—¿En serio? Porque parecías muy contento de «soportarlo» esa noche después de la gala. Creí que se estaban volviendo cercanos.

—¿Él y yo? Por favor. Aiden es un fastidio.

Olivia no respondió. Me giré a ella como quien no quiere la cosa, y encontré en su rostro una expresión zorruna que me causó escalofríos.

—Si no te conociera, diría que te gusta —aventuró.

Me atraganté con el último trozo de cono que acababa de embutirme. Tosí hasta que las mejillas me palpitaron por la asfixia y la humillación.

—¡Estás loca! —exclamé aún entre estertores, limpiándome la comisura de la boca con el dorso de la mano—. Es un hombre, por el amor de Dios.

Oli se apuró a darme suaves y fútiles palmaditas en la espalda.

—Me refería a que te agrada, y a veces parece que te esforzaras mucho en ocultarlo —indicó en tono conciliador, pero ante mi mirada asesina, agregó —: Lo siento. Es que soy una idealista y hablar tanto con Madame me ha llenado la cabeza de cucarachas.

—¿Quién es Madame?

—¡La Reina de la Noche! Es subdirectora de la Compañía de Teatro Cervantes y la persona más interesante que he conocido en mi vida. Algún día te la presentaré.

Olivia siguió hablando sobre la obra y las personas a las que había conocido allí, y yo no pude estar más agradecido por el cambio de tema. A pesar de eso, en el trayecto a la casa de mi amiga dejé que el viento que me rozaba la cara arrastrara a mí el recuerdo de la mirada que Aiden y yo compartimos mientras él besaba a Isabella; la sensación electrizante del viaje en su moto; el contacto cálido de su mano cuando cerramos nuestra tregua. Me avergonzaba encontrarme pensando en eso, pero no lo podía evitar. Me habría gustado ser capaz de aceptarlo, que fuera tan natural como la forma en que Olivia me hablaba de la pasión por su carrera. Mas no lo haría. Jamás lo haría. Al fin y al cabo, aquella solo debía ser otra de las oportunidades ocasionales en las que los sentimientos, tal vez mi edad o mi ímpetu, me señalaban ramificaciones en el camino; alternativas que tarde o temprano esquivaría a punta de temor o culpa para enderezarme y convertirme en la persona que debía ser, aun si eso implicaba dejar de lado lo que yo *deseaba* ser.

Olivia me invitó a almorzar con ella, pero tuve que declinar su oferta, pues esa mañana había aceptado la de Guido, quien haría su pasta especial «solo para paladares distinguidos; una invitación que no se puede rechazar». Dejé a mi amiga en su casa y llegué al apartamento del librero minutos antes de la hora acordada. Un delicioso aroma a especias y salsa boloñesa me recibió en el vestíbulo.

—Buenas tardes —saludé, levantando la voz para hacerme oír por encima de la de Bobby Darin, que manaba a borbotones del tocadiscos de la sala.

Me quité la chaqueta mientras me dirigía a la cocina. Hacía calor ahí dentro, y la ausencia de Adela resultaba palpable en la cantidad de elementos fuera de lugar que ocupaban la mesa auxiliar. Todas las boquillas de la estufa contenían ollas humeantes, de las que manaba un olor capaz de animar el humor más sombrío.

Guido se volvió a mí con el rostro iluminado. Sostenía una cuchara de madera en una mano y llevaba puesto un delantal púrpura con la inscripción, en coquetas letras cursivas: «La reina de la casa».

—¡Justo a tiempo, chico!

—*Dorian*.

—Aún me quedan unos minutos —comentó, levantando la tapa de una de las ollas—, pero te aseguro que valdrá la pena.

—No lo dudo —sonreí al percibir el olor que emanó de la cazuela.

—Bien, fuera de aquí. Te llamaré en cuanto esté listo. Ah, por cierto, vino de visita tu amigo —dijo Guido con el mismo tono casual.

No me moví cuando me trató de sacar de la cocina.

—¿Qué amigo? —pregunté en cambio, con una creciente sospecha.

—Aiden. ¿Quién más? Un joven impresionante, por cierto.

—¿Y qué quería? —pregunté con urgencia.

—¿Por qué no se lo preguntas tú? Está en tu habita…

III

Guido no había acabado la frase cuando salí disparado hacia las escaleras de la buhardilla. Subí como una exhalación y no me detuve sino hasta abrir la puerta, jadeando. Allí estaba él, de espaldas a mí, frente a la ventana, leyendo una de las muchas hojas que yo había dispersado a lo largo y ancho de mi habitación.

—¿Qué demonios haces aquí? —espeté, furioso.

Aiden se volvió poco a poco, aún inmerso en mis letras. ¡Mis letras! Su perfil se recortaba contra los haces de luz que caían sobre él e iluminaban sus ojos en oro líquido. Llevaba puesto un suéter negro que alcanzaba a cubrir parte de su cuello esbelto, y le confería cierto aire de director de cine que resultó más convincente cuando declaró, levantando su mirada a mí:

—Eres bueno.

Me arrojé hacia él y le arrebaté la hoja que sostenía. No: las hojas, como descubriría en el acto. Comencé a recoger las que había dispersado la noche anterior, pero estaban en todas partes: en las paredes, en las puertas del ropero, en el escritorio, en mi cama…

Aiden se acercó a mí.

—Espera… Dorian… ¡Espera! —Me retuvo con sus manos—. ¿Acaso no te tomó tiempo hacer todo esto?

—Mucho —solté entre dientes—. Gracias por arruinarlo.

—Eres tú quien lo está arruinando.

—Suéltame.

Él esperó unos segundos antes de atender mi exigencia. Sin embargo, dejé de arrancar páginas de las paredes como un poseso. Me limité a darle la espalda para recuperar el aliento.

—No deberías estar aquí —murmuré.

—No, no debería, pero vine porque hay cosas más importantes que el hecho de que te empeñes en odiarme, ¿recuerdas?

Cerré los ojos. Estaba siendo un buen día. *Estaba*.

—¿Qué pasa ahora? —pregunté a regañadientes.

Aiden extrajo del bolsillo una pequeña llave que exhibió ante mi cara de pasmo.

—Dímelo tú. ¿Esto te parece familiar? Porque apareció en el bolsillo de mi traje y hace tiempo que yo no uso una de estas.

—¿Qué has hecho?

—Hay alguien dejándote notas anónimas que me involucran. Discúlpame si quise hacer mis propias averiguaciones.

Le arrebaté la llave de un zarpazo, pero sabía que eso no era todo.

—Supongo que eso significa que esto es tuyo —me dijo señalando un sobre que había dejado encima de mi escritorio. *Un sobre abierto.*

Me arrojé a la mesa en dos zancadas y vi que las instrucciones de la historia estaban allí. «Si vienes por esto, interpretaré que has aceptado el trato», explicaba Frank en la primera línea.

—Guido me dijo que te esperara aquí arriba, y acepté porque no pensé que me encontraría con… todo esto. —Hizo un gesto que abarcó toda la recámara y los textos que la revestían, resplandeciendo bajo el fulgor veraniego de la tarde. Entonces se fijó en el manuscrito que yacía en el escritorio—. ¿Acaso estás escribiendo un libro por encargo? —preguntó de súbito—. ¿Eres un escritor fantasma?

—Shhh, ¡cállate! Guido te va a oír —murmuré, pero los ojos de Aiden se habían encendido de astucia.

—Escritor…

—¡Aiden!

—Fantas…

Le tapé la boca con una mano y el silencio se apoderó de la habitación. Desde la cocina nos llegó la voz de barítono de Guido, que ahora se unía a la

entonación de *Beyond the Sea*. Aiden pudo haber gritado lo último y Guido ni se habría enterado; estaba demasiado ocupado siguiendo su corazón «más allá del mar». Aun así, mi mano seguía sobre la boca de mi interlocutor y ahí se quedó durante unos segundos. Él me observaba con atención, y yo hacía lo mismo mientras descubría, sin siquiera moverme, el contorno de sus pómulos; su respiración, que rozaba el dorso de mi mano; la suavidad de su piel y de sus labios, que se abrieron lentamente sobre mi palma antes de que sintiera su lengua empujarla.

Me aparté de un salto.

—¡Qué asco! —protesté, sin saber qué hacer con mi mano.

—Supongo que eso es un sí —dijo Aiden, y se pasó la lengua por los labios, saboreándolos—. ¿Fresa? —me preguntó con curiosidad.

No me di cuenta en qué momento comencé a sonreír, pero era tarde para ocultarlo. Guido era demasiado despistado para siquiera sospechar que gracias a su exceso de amabilidad había enviado a su visita a descubrir las evidencias de mi pacto secreto, y aun así se lo agradecía. No sabía en qué momento superaría la brecha que me mantenía en el anonimato, pero ahora debería hacer mío aquel manuscrito y Aiden no solo lo sabía, sino que pensaba que yo era bueno.

—*Helado* de fresa —aclaré.

Aiden me devolvió la sonrisa, aunque la suya fue lejana, como si viera más allá de mi piel, de la persona que era ahora.

—¿Esto te hace feliz? —preguntó, contemplándome con fijeza.

La pregunta me tomó desprevenido. «Esto» abarcaba tantas cosas. Y al sostenerle la mirada supe que se refería a cada una de ellas, en especial a los muros de páginas que nos envolvían.

Antes de que pudiera contestar, el grito de Guido, quien nos llamaba a comer desde la planta baja, irrumpió en la buhardilla. Abandonamos el lugar en silencio, pero con la certeza de que nuestra conversación no había hecho más que comenzar.

Guido no exageró al enaltecer la receta de su pasta. La textura era perfecta, el sabor de la salsa y la carne inigualables, y el queso parmesano, que había sido asado al horno a manera de *topping*, me hizo suspirar en cuanto entró a mi boca. Guido mantuvo la conversación a punta de su usual

monólogo, en el que Aiden tenía más interés en intervenir que yo. Me concentré en terminar mi plato, y casi acababa de recuperar mi buen humor cuando, mientras bajábamos la pasta con el vino, el librero, que se había excusado para retirarse por un momento de la mesa, volvió con una gruesa enciclopedia con una intrincada flor grabada en los lomos de cuero.

«Ay, no».

—Ya consulté lo que me pediste anoche, muchacho —dijo alegre, mientras volvía a tomar asiento junto a nosotros. Apartó unos platos y dejó caer el libro sobre la superficie de madera, abierto de par en par.

Di una mirada cargada de significado al librero, haciendo un ligero gesto negativo. *No ahora, por favor…*

—¿Lo que… lo que te pedí? —pregunté para disimular, mientras intentaba encontrar el pie de Guido con el mío bajo la mesa.

—Sí. Se trata de un narciso blanco. —Giró la enciclopedia hacia nosotros y vi, con una mezcla de fascinación y horror, una ilustración que replicaba la forma exacta de la flor que le había mostrado la noche anterior, en su estudio—. El *Narcissus* es un género de la familia Amaryllidaceae, originario de… —La punta de mi zapato por fin atinó a la canilla del librero. El hombre se levantó de su asiento de un brinco—. ¿Qué fue eso? —preguntó, mirándonos a Aiden y a mí de hito en hito.

Me levanté para cerrar el libro de golpe y volví a dejarme caer en mi asiento ante la mirada inquisidora de mis interlocutores.

—¿Qué te ocurre, chico? —seguía preguntando el librero—. ¿Acaso mi comida te dio indigestión?

Me restregué la frente con una mano.

—¿Narcisos? —preguntó Aiden a mi lado, ensimismado.

Lo vi por entre mis dedos.

—No es nada —dije, pero sentía la sangre anegando mis mejillas—. *Nada* —repetí con énfasis, fulminando con la mirada a Guido, quien pese a mis esfuerzos parecía igual de perdido que al principio. El hombre claramente no tenía idea de lo que era una indirecta o el acto de disimular.

—He visto esa flor antes —continuó Aiden arrugando la frente, como tratando de ubicar un recuerdo en su memoria—. Sí…, sé dónde la he visto. ¿Por qué la buscas?

Guido y yo compartimos una primera mirada de complicidad.

—¿En dónde la viste? —indagué, antes de que mi jefe pudiera hacer otra de sus épicas intervenciones.

—Estoy casi seguro de que he visto algunas así en casa.

«En casa». Hice un esfuerzo por reprimir la añoranza que me evocaban aquellas palabras y me concentré en lo que implicaba la afirmación: yo no era el único que estaba siendo asediado con aquella flor de mal agüero. John era una víctima. O bien mi victimario.

—Guido… ¿Podrías continuar, por favor? —pregunté, componiendo mi mejor cara de disculpa.

Mi jefe me dio una mirada de recelo mientras volvía a dejarse caer sobre su puesto en el comedor. Reubicó la página del narciso en el libro —esta vez con sus piernas a salvo de mis pies— y, mientras nos indicaba la ilustración de la planta, volvió a embarcarse en su pequeña cátedra.

Se trataba de una especie de la flora europea que encubría un peculiar simbolismo. Por un lado, encarnaba la leyenda del personaje de la mitología griega, Narciso, de cuya muerte emergería la flor, conforme a la leyenda. Por otra parte, los narcisos, en especial los blancos, representaban el renacimiento, los nuevos comienzos, pues florecían en medio de la nieve al final del invierno.

—Quien quiera que te haya regalado esa flor, muchacho —me dijo Guido tras explayarse al explicarnos la etimología de los narcisos y sus características—, era una persona bastante romántica. Probablemente sospechaba que tú también lo eras, y no se equivocó. Solo un idealista tendría por prioridad buscar el significado de un narciso en estas épocas.

—¿Te regalaron un narciso? —me interrogó Aiden.

—Algo así —murmuré—. ¿Estás seguro de que el que viste en casa de John también era uno de estos?

—Eso creo —contestó Aiden—. ¿Quién te lo dio?

—Es lo que intento averiguar.

—Hay algo más —dijo Guido, con la mirada en las viejas páginas del libro—. Los narcisos suelen ser regalados en entierros y funerales, pues su aparición también simboliza el retorno a la vida eterna. —Levantó los ojos y vi en ellos un reflejo de mi propia inquietud—. No quiero ser entrometido, pero ya que es tan importante saber si se trata de un narciso en ambos

casos… —Guido cerró el libro y se apoyó sobre él mientras nos miraba con aires de maestro Yoda—, solo hay una forma de averiguarlo.

IV

Aprovechando que John se encontraba en una de sus escapadas de fin de semana, rebuscamos por la casona durante toda la tarde. Pero fue en vano. Mi tío había reforzado la vigilancia de las habitaciones, y en su estudio —el lugar del que Aiden tenía las llaves— no había un solo indicio de los dichosos narcisos. Concluimos que se había deshecho de ellos. Aun así, yo estaba lejos de rendirme. Gracias a Adela, tenía un as bajo la manga.

Cuando Aiden y yo nos encontramos en las decadentes instalaciones del diario *La Gaceta*, olvidé todos los razonamientos que me habían conducido a hacerlo partícipe de mis descubrimientos. El ritmo de mi pulso se elevaba de algo cercano a la anticipación cada que volvía a verlo, como si su proximidad me acercara a otra verdad; una que yo me negaba a descubrir, aunque quizá era tan importante como todas las otras.

El edificio no estaba en las mejores condiciones, lo que me hizo dudar del plan aun antes de ponerlo en marcha. Nos acercamos al vigilante de la recepción —quien parecía más concentrado en vigilar el emparedado de jamón que comía que el edificio— y preguntamos por el despacho de Fausto B.: «Segundo piso, última puerta al fondo». Seguimos sus indicaciones hasta llegar a la segunda planta, donde nos recibió un pasillo de paredes desconchadas y un olor a cigarros añejos. La puerta que nos había señalado el vigilante estaba cerrada, con un cartel de «No molestar» pendiendo de la manija. Las persianas metálicas que cubrían la ventana de la puerta nos impedían ver movimiento dentro. Yo me disponía a dar unos golpecitos para llamar cuando Aiden me detuvo con un gesto y acercó su oído al vidrio con una arruga de concentración en su ceño. Lo imité y oí… *nada*. No, no, sí que había algo: una garganta forzando el aire dentro de los pulmones; un sonido parecido al estrangulamiento.

Me incorporé de un salto y abrí la puerta de sopetón. Lo que encontré estaba lejos de ser el crimen que por un segundo me imaginé interrumpiendo. El hombre, que por su postura encogida, el sombrero sobre su rostro y la gabardina que lo cubría parecía haber estado roncando en los

brazos de Morfeo, dio un brinco que lo precipitó al escritorio mientras que de sus labios salía un balbuceo incoherente. Se detuvo al fijarse en mí.

—Me lleva el diablo… Son las alucinaciones otra vez. —Se restregó el rostro, y pude oír el roce de sus palmas sobre la barba descuidada que comenzaba a ensombrecerle la mandíbula.

—Con todo respeto, no soy una alucinación —me apuré a decir—. Aunque me halaga que lo pienses. Mi nombre es Dorian V. Usaste una foto mía en uno de tus artículos de enero.

El hombre detuvo el movimiento de sus manos y asomó los ojos entre ellas. Eran claros en contraste con el bronceado de su piel, y hacían juego con su cabello castaño y alborotado. En tiempos mejores lo habría encontrado bien parecido, pero «bien» era la última palabra que se me ocurría al verlo.

—Creo que llegamos en un mal momento —dijo Aiden, girándose a mí con una mirada significativa—. Será mejor que volvamos más tarde…

—¡Aiden K.! Madre de Dios, si he escrito sobre ti también. Vaya, ¿acaso morí y este es el paraíso? O el infierno, si viniste a vengarte por esos artículos en los que insinué que sostenías una relación homoerótica con John V. ¡Lo siento! Juro que fue a mi jefe de ese entonces que le pareció una buena idea… No habrán venido a demandarme, ¿no? Si es así, tenemos un departamento jurídico para eso en el primer piso…

—Nada de eso, seremos rápidos —lo corté, más para convencerme a mí mismo que a él—. Vinimos a negociar.

El periodista sonrió de oreja a oreja.

—Haberlo dicho antes. ¡Pasen, por favor! Siéntense.

Si afuera olía a cigarros, ese lugar debía ser el epicentro del efluvio. Era un cuarto pequeño con una ventana cerrada, tan abarrotado de libros y papeles que apenas se veía el material del que estaban compuestos los suelos y las paredes.

—¿Y bien? ¿Qué es lo que desean negociar? —preguntó Fausto poniéndose derecho mientras apoyaba las manos entrelazadas sobre el escritorio. Al ver las manchas oscuras en las axilas de su camisa, me pregunté hace cuánto se la habría cambiado por última vez.

Aiden se aclaró la garganta y me apuré a extraer del maletín de cuero que llevaba conmigo un libro envuelto en un viejo lienzo.

—Se dice que eres fanático de la obra de Julio Verne. Esta es una de las primeras ediciones traducidas, y puede ser tuya a cambio de algo de información.

Como hipnotizado, Fausto observó cómo la tela revelaba poco a poco mi viejo ejemplar a medida que yo lo desenvolvía. Extendió sus manos hacia él y permití que lo tomara, lo examinara, lo oliera…

—Si me dices todo lo que sabes de mi familia y de los negocios sucios de la Orden —tercié arrebatándoselo para volver a envolverlo en el lienzo—, será tuyo.

El periodista prorrumpió en una carcajada.

—Para saber tanto necesitarás al menos diez de esos —señaló el libro que yo ya guardaba de vuelta en el maletín.

—¿Qué tal si comenzamos por los negocios sucios? —intervino Aiden antes de que yo pudiera protestar.

Fausto entornó los ojos, meditabundo, y fue la primera vez en la que me pareció que estaba hablando con una persona sobria.

—Consígueme un pase de prensa para uno de los discursos de John V. y tendremos un trato —dijo dirigiéndose a Aiden. Este suspiró, pero, para mi sorpresa, terminó accediendo—. Bien. —El periodista sonrió de oreja a oreja —. Entonces denme ese libro y empezaremos por el principio. ¿Alguna vez escucharon de Lorenzo R.?

V

Había escuchado el nombre de Lorenzo R. antes. Se trataba de un magnate que se dedicó a la política durante su juventud, pero se retiró del Congreso tras la trágica desaparición de su familia, y ahora era conocido por las múltiples empresas que dirigía, entre las que se contaba un canal de televisión, otro de radio y la prestigiosa editorial Ónice. Se rumoreaba que mantenía negocios ilícitos, al igual que lo había hecho su padre. Desde lavado de activos, venta ilegal de drogas y de armas, hasta tráfico con obras de arte a las que museos, gobiernos y coleccionistas habían perdido el rastro. No obstante, era uno de esos mafiosos que, de alguna manera, se vuelven intocables para la justicia, como si esta necesitara de ellos para que el mundo marchara de la manera adecuada, y no al revés.

—Mi difunto abuelo solía decir que la justicia no es ciega, sino más bien estrábica: ve solo lo que le conviene y anula todo lo demás —señaló el periodista a propósito de su teoría.

Según él, Lorenzo R. había sido uno de los principales gestores de la ley que prohibía las sociedades secretas en los años sesenta. Fue por ese entonces que su esposa y su primogénito, un niño de unos cinco años, desaparecieron sin dejar rastro. Conforme a la teoría de Fausto, aquello había sido producto de una jugada sucia por parte de la Orden para sabotear la ley antisociedades secretas. Con todo, las organizaciones habían sido abolidas —al menos en apariencia—, pero Lorenzo jamás recuperó lo que había perdido. Así, aunque en su juventud intentó huir del «negocio familiar» laborando ante los tribunales de la ley, cuando comprendió lo irrelevante que era su rol en la política decidió dedicarse a trabajar al margen de esta, tal y como lo había hecho su padre. Se convirtió en lo opuesto al hombre decente que había sido hasta que tuvo a su familia consigo, y también en una de las personas más interesadas en acabar con los miembros poderosos de la Orden en ese entonces, entre los cuales se encontraba el ministro de Defensa, Oscar V., mi abuelo.

Cuando pregunté a Fausto por qué motivo atribuía la desaparición del hijo de Lorenzo a los Caballeros de Alétheia, él compuso un gesto grave y respondió, como si le incomodara hacerlo:

—Había rumores de que la Orden estaba experimentando con personas. En especial con mujeres y niños; familiares de enemigos políticos de los grandes maestros.

—¿Experimentar cómo? —indagué horrorizado.

—Dicen que los Caballeros estuvieron vinculados con la Ahnenerbe, una sociedad secreta creada por los nazis durante la Segunda Guerra Mundial. Se suponía que tenían como propósito rastrear los orígenes y la superioridad de la raza aria, pero esa era solo una fachada para encubrir la naturaleza ocultista de sus estudios. Buscaban los secretos del poder, de la manipulación mental, de la inmortalidad; lo que fuera para mantener el mandato del *führer*, incluso si se trataba de algo paranormal. Se dice que se hicieron con varias reliquias sagradas y textos esotéricos para ese propósito, pues tenían por objetivo instaurar una nueva religión en cabeza del nazismo.

—Pero ¿qué relación tiene todo eso con la Orden? —pregunté.

—Oh, más de la que imaginas. Tenían la misma meta: unir las fuerzas de la ciencia y del misticismo para ser más dioses que humanos. De hecho, se dice que Oscar V. fue uno de los amigos más cercanos a Karl W., quien sería el encargado del departamento de Simbología y Ciencias ocultas de la Ahnenerbe.

—Un momento, Fausto —intervino Aiden—. Eso ocurrió mucho antes de la desaparición del hijo de Lorenzo. No significa que haya continuado cuando la guerra terminó.

—Uno diría que es imposible saberlo, pero por entonces desaparecieron cientos de personas alrededor del continente, y daba la casualidad de que tenían algún vínculo con los oponentes de la Orden. Se decía que el mismo presidente de ese entonces era uno de sus grandes maestros, y por eso hubo tal grado de impunidad ante la evidencia. Por esas épocas, incluso encontraron una especie de instituto subterráneo en medio de los Alpes suizos. Lo habían quemado todo, pero hallaron restos de huesos humanos de entre diez y veinte años de edad. Nadie hizo nada al respecto ni se realizaron las investigaciones que un caso como ese debía acarrear…

«Si todo lo que dices es verdad, tendrías que estar muerto en este preciso momento», pensé mientras Fausto seguía deshaciéndose en explicaciones que me hicieron comprender esa curiosa sospecha de alucinaciones al principio de nuestro encuentro.

—Si todo lo que dices es verdad —fue lo que dije no obstante—, debería haber alguna parte en la que la Orden guarde todos esos secretos.

—Su templo, claro está —resolvió él.

—¿Y dónde está ese templo? —preguntó Aiden. Detecté un asomo de cinismo en su voz, pero a esas alturas no podía culparlo.

—No me atrevería a afirmarlo con exactitud —respondió el periodista—, pero yo apostaría por la representación más elitista e intocable del conocimiento en esta ciudad: la isla de Arcadia.

En mi mente detonó la imagen de ese lugar tan hermoso y casi mítico que era Arcadia. No era una isla en realidad, pero el edificio de reminiscencias griegas se erigía, al centro de una enorme laguna, en el corazón del parque más grande de la ciudad. La edificación era protegida de

manera permanente por guardias encargados de dar paso exclusivo a los investigadores que tenían acceso a las reliquias y los textos antiguos que esos gruesos muros custodiaban.

—Se dice que varios libros del *Index librorum prohibitorum* se encuentran allí —explicó Fausto.

—¿Libros del qué? —preguntó Aiden, confundido.

Si esta vez fui yo quien respondió, fue solo por lo que había aprendido gracias a las largas charlas con Guido.

—El *Index* es un texto medieval que contiene los títulos de todos los libros que la Iglesia católica ha prohibido desde el siglo XVI por ser contrarios a su doctrina o dañinos para ella.

—Censura a la orden del día —añadió Fausto—. Desde obras de Martín Lutero hasta libros de filósofos como Sartre y Simone de Beauvoir. En cada edición agregaban títulos de toda índole a la lista. La última fue publicada en 1948.

—En conclusión —suspiré—, piensas que John V. está involucrado en todo esto.

—Dorian —murmuró Aiden en tono de advertencia.

—¿Qué? Vinimos para eso, ¿no?

—Aún no he dicho nada de John, pero, ya que lo mencionas… —intervino Fausto antes de que a Aiden se le ocurriera callarme de un buen gancho (cosa que parecía bastante dispuesto a hacer)—. Si la Orden siguiera en funcionamiento, por supuesto que él sería uno de sus principales miembros. Tiene el cargo político más importante de todos los V., ¿no? Pero yo no solo me fijaría en él. También está ese banquero con esa barriga tan carismática, ¿cómo se llamaba?

—Creo que te refieres a Henry —respondí, aunque incrédulo.

—¡Eso es! Ese hijo de perra parece estar metido en algo grande… con todo respeto. Y su hijo también, sí que sí.

—Pero dijiste que es Lorenzo quien está vinculado a la mafia —repliqué.

—Ah, pero Dario…

—Dorian.

—Eso dije. Esto no es como cuando jugabas a Policías y Ladrones, ¿sabes? Aquí el bien y el mal no son los únicos bandos. Cada mafia tiene su

propia organización, sus propios aliados y contrincantes.

—Y dentro de todo eso —intercedió Aiden, siempre tan dado a no desviarse del *quid* de la cuestión—, ¿hay algún símbolo que represente a esas «mafias»? —pronunció esa última palabra con algo de reticencia—. Algo como un escudo, un animal o una flor blanca…

Fausto crispó sus manos sobre los reposabrazos de su desvencijada silla, mirando a Aiden con los ojos enloquecidos.

—Así que sabes del Narciso —sonrió. Aiden me dio una mirada de reojo y tuve que apretar los labios para no burlarme de su expresión de desconcierto—. La flor blanca, el narciso, era el sello con el que los antiguos Caballeros de Alétheia acompañaban sus invitaciones. Tenía una simbología mística muy importante para ellos. Solo dejaron de usarlos cuando apareció un asesino anónimo que firmaba con esa flor cada que terminaba con la vida de uno de los miembros. Lo llamaban el Narciso.

Fue solo gracias al escepticismo que logré recuperar la voz.

—¿De dónde has sacado toda esta información? —cuestioné, impaciente —. ¿Cuáles son tus fuentes? Has dicho muchas cosas, pero si no hay pruebas…

—Puedes buscarlas por ti mismo, niño —me cortó el periodista de súbito. Se dejó caer en su desvencijado asiento y apoyó los pies sobre la mesa, haciendo que Aiden y yo retrocediéramos a la vez—. Por ahora, mi pacien… digo, *mi tiempo* —sonrió— se ha terminado. Si están dispuestos a ofrecerme alguna retribución más por los grandes aportes que les he hecho esta tarde, quizá me atreva a soltar alguna prenda más.

—Pero si ni siquiera…

—Ay, qué pena —me interrumpió—. En ese caso… —Tomó el libro envuelto en el lienzo y, guardándolo en uno de los cajones de su escritorio, concluyó—: ha sido un placer hacer negocios con ustedes.

Abandonamos el aire inmundo del edificio como si acabaran de practicarnos una lobotomía ahí dentro. Fuera, nos recibió una tarde estival que atravesamos a paso rápido, hasta llegar al callejón donde aguardaba la moto de Aiden.

—Date prisa —me instó él mientras subía al vehículo—. Tarde o temprano se dará cuenta del timo.

—Por lo visto, será más bien tarde. —Di unas palmaditas a mi libro, que permanecía en la seguridad del maletín de Guido. Adela me había conseguido una edición similar de la misma obra, a cuya portada hizo algunas modificaciones para que se asemejara a mi ejemplar—. Por mí, bien puede culpar a las alucinaciones —añadí con una sonrisa ladina—. Y, hablando de timos, ¿cómo sabremos si todo lo que él dijo sobre los V. es verdad?

—Lo más probable es que no lo sea —resolvió él entregándome el casco —, pero podríamos contrastar fuentes.

—¿Con quién? —pregunté subiéndome a la moto.

Aiden se giró a mí. El sol le daba de lleno en el rostro y reparé en que el color de sus iris se volvía eléctrico bajo su luz.

—Tengo a alguien en mente —respondió al fin—. Pero sospecho que no te gustará.

VI

La señora P. nos miraba con las manos sobre el regazo desde el mueble más pequeño de la sala, donde se hallaba sentada. Me volví a Aiden, sin saber qué decir, pero él elevó las cejas, como esperando a que yo comenzara un discurso. Me aclaré la garganta y compuse una expresión conciliadora hacia el rostro cándido de la buena mujer.

—Señora P. —me acerqué a ella para tomar una de sus manos y darle un apretón afectuoso—, discúlpenos un minuto, por favor.

El ama de llaves asintió, sin mutar su expresión maternal, y me desplacé de la sala al vestíbulo con Aiden pisándome los talones.

—¿Estás loco? —espeté entre dientes cuando estuvimos solos, girándome a él con tanta brusquedad que por poco choca conmigo—. ¡No podemos decirle esto a ningún miembro del personal de la casa!

—No es un «miembro del personal de la casa» —rebatió Aiden, repitiendo mis palabras con un aire pomposo que me provocó cachetearlo —, fue tu niñera, por el amor de Dios. ¿No confías en ella?

—No confío en John. Y, ¡oh!, vaya coincidencia… ¡ella trabaja para él!

—Yo también, pero aquí estamos.

—Ni me lo recuerdes.

—Es la única que nos puede ayudar justo ahora.

—Quizá no nos diga nada nuevo, pero le dirá a John que estuvimos indagando, ¡y entonces perderemos toda posibilidad de dar con alguna pista sobre los narcisos por culpa de tu maldita imprudencia!…

—¿Era eso lo que querían preguntarme? —intervino la voz apacible de la señora P. a nuestras espaldas. Nos giramos en redondo a ella—. ¿Sobre los narcisos?

Aiden y yo compartimos una mirada rápida. Antes de que alguno de los dos pudiera decir algo, la señora P. comenzó a caminar hacia las escaleras.

—Por aquí, jovencitos —dijo sin volverse a nosotros.

Me quedé de piedra.

—Qué bueno que esto no ha sido culpa de mi maldita imprudencia —murmuró Aiden cerca de mi oído antes de obsequiarme una de sus odiosas sonrisas y seguir a la señora P.

Nos condujo al último lugar que se me habría ocurrido: el estudio de John, donde Aiden y yo habíamos estado hace unas semanas.

—Señora P., hemos venido aquí ya, pero no encontramos ningún narciso —admití. Mi voz agotada resonó en la sala rectangular, tapizada de estanterías rebosantes de tomos.

Para mi sorpresa, la mujer negó con la cabeza de manera rotunda.

—No es eso lo que quiero mostrarles. Por favor, fíjense en los libros que hay en las estanterías.

Aiden y yo obedecimos. Había un sinfín de enciclopedias, diccionarios, libros de historia, ciencias políticas y casi cualquier disciplina que a uno se le pudiera ocurrir. Pero de vez en cuando, aquí y allá, resaltaba uno que otro libro de alguna materia especulativa u ocultista. Entre más nos fijábamos, más de ellos aparecían. Biblias de distintas religiones, libros de simbología, obras escritas por santos, un ejemplar de los evangelios apócrifos…

—El señor V. se ha obsesionado con las ciencias ocultas, como la cábala y el hermetismo —dijo mi antigua niñera—. Es un hombre sumamente supersticioso.

—Como el abuelo —medité, girando sobre mí mismo para volverme a la señora P., quien asentía—. Pero ¿qué tiene que ver esto con los narcisos?

—Nos ha prohibido introducir de cualquier manera una de esas flores a esta casa —respondió—. Quien se tope con alguno en sus bolsillos o entre

sus papeles, debe eliminarlo cuanto antes. —«Así que en efecto eran narcisos lo que vio Aiden», pensé—. También nos hace poner sal alrededor de su cama, en las puertas y ventanas de la casa. No tolera los espejos con mellas, que alguien barra o se corte las uñas de noche…

—¿Esto tendrá que ver con esos textos medievales con los que está obsesionado? —pregunté girándome a Aiden.

—Libros de horas, grimorios, textos apócrifos… —caviló él—. Creí que solo era un pasatiempo, pero es evidente que hay algo más.

—Se ha vuelto loco —concluí.

—O tal vez esté más cuerdo que todos nosotros —sugirió mi anciana niñera. Pensé que bromeaba, pero al levantar los ojos a ella su rostro permaneció grave.

—La señora P. tiene razón —convino Aiden, acercándose—. Hay quienes piensan que la locura no es más que un exceso de cordura.

Enarqué una ceja.

—¿Tú lo piensas?

—Mi falta de cordura es diferente —respondió él con un atisbo de diversión en sus labios.

—¿Sabe usted de algún enemigo de los V., señora P? —proseguí mientras me paseaba por la sala para disimular mi azoramiento.

Ella consideró la respuesta durante tanto tiempo que estuve a punto de repetir la pregunta. Entonces respondió, de manera categórica:

—Ellos mismos.

—¿A qué se refiere? —preguntó Aiden.

—Para nadie es un secreto que las… *fricciones* son frecuentes en los miembros de esta familia. Y eso ha sido así durante varias generaciones, según tengo entendido.

Agradecimos a la gentil señora, quien asintió con su encanto habitual y nos dejó para continuar con su trabajo. Entonces Aiden y yo abandonamos la habitación antes de que el resto del personal notara que habíamos penetrado en el estudio de John durante el fin de semana.

Al advertir que Aiden me encaminaba al cuarto de música, le dediqué una mueca sarcástica.

—¿Es en serio? —pregunté cuando me abrió la puerta para que pasara primero.

—Podríamos hablar de nuestros hallazgos en la sala principal mientras la señora P. nos trae té y tarta de manzana, si quieres —contestó él, al tiempo que entraba en mi antigua recámara.

Estaba justo como la recordaba, e incluso me pareció más bella, como si el tiempo que había dedicado a contemplar sus ventanas desde la terraza de Guido le hubiese conferido el cariz de un ensueño.

Nos sentamos en la salita frente a frente, tal y como lo habíamos hecho hace unos meses. Solo que esta vez, cuando el mundo más allá de las cuatro paredes del fabuloso recinto quedó aislado y la mirada serena del pianista atracó en la mía, fue como si mi voz estuviese destinada a llenar el silencio con una historia que solo yo conocía y de la que, con cada palabra que salía de mis labios, volvía testigo a ese muchacho al que fracasé en detestar, quien me escuchaba con atención, sin interrumpirme ni juzgarme. No solo terminé contándole de aquella vez en el cementerio, cuando encontré la flor entre las tumbas de mi padre y mi abuelo, sino lo que pasó meses atrás, cuando hallé otra en el funeral de Oscar V. Fue hasta allí donde me permití contar y recordar. La primera aparición de la flor seguía bien lejos de tocar puerto en aquella conversación, o en mi memoria.

—Debe ser la misma persona que nos citó en el cementerio —afirmó Aiden—. ¿Sigues sospechando de John? ¿No crees que tu tío podría ser otra víctima de todo esto?

—No sé qué pensar. Hay algo que no encaja. Lo que Guido dijo sobre los narcisos contradice lo que nos dijo Fausto.

—No necesariamente —opinó él—. Simbolizan nuevos inicios, renacimiento. Y hay quienes creen que para reformar es necesario romper.

—Lo que está claro es que alguien quiere hacernos daño.

—No solo eso. Quiere asegurarse de que ustedes lo sepan. Primero trata de entrar en sus mentes, y si no puede hacerlo…

—Entonces actúa por otros medios —murmuré—. Eso explica la intervención del detective.

—Pero él no sabe lo de los narcisos ni lo de las notas, ¿cierto?

—Y no lo sabrá por mi parte. Al menos por ahora —advertí—. Acudir a él o a la policía sería volver a caer en el juego de quienquiera que esté detrás

de esto. Debe estar esperando a que lo hagamos —señalé, ocultando la totalidad de mis motivos—. ¿Y si en realidad estamos tras la pista de un psicópata? ¿Cómo se supone que voy a escribir el libro de alguien más entre tanto? Mierda… —Me cubrí el rostro con las manos.

Mi cabeza era un caos de voces e imágenes inconexas que no lograba hacer encajar. No sabía que estaba buscando una brecha por la que pudiera huir de mí mismo hasta que empezó a sonar el piano. Me descubrí la cara poco a poco y localicé a Aiden sentado ante el instrumento. Ni siquiera me había percatado de que había dejado la salita.

Me levanté, intentando identificar las notas. Las primeras fueron lentas, apenas un reconocimiento de las manos ante el teclado, y de repente surgió esa melodía familiar y reconfortante. La que me había enseñado papá.

—¿Qué haces? —murmuré aproximándome.

Aiden sonrió al notar mi presencia.

—Esta te la sabes, ¿no? —Levantó los ojos del teclado.

Por supuesto que él lo sabía. Había escuchado mi patético intento aquel día, ahora tan lejano, en el que me había traído el vino. En circunstancias diferentes yo habría tenido que luchar con la vergüenza, ocultándola bajo una capa de orgullo. Sin embargo, cada vez encontraba menos motivos por los que usar máscaras ante él. Posé mis dedos sobre la caja del piano y descubrí que amaba sentir la música vibrando bajo mi piel; la sensación de que ella podía tocarme a mí aunque yo no pudiera tocarla a ella. Entretanto, Aiden tarareaba con suavidad, como si se tratara de un arrullo. Intenté unirme a él, pero mi voz se rompió un poco y ambos reímos. Aun así, él seguía dejando que la melodía fluyera del instrumento y llenara la recámara con la naturalidad del canto de los pájaros.

—Es Chopin —indicó—. Te oí tocarlo.

—Era una versión simplificada. Y no es tan fácil como haces que parezca —murmuré con una voz que apenas destacaba entre el sonido—. Tocar con tanta técnica te debió haber exigido años…

—La técnica, sí —rio él. Y apenas entonces advertí que no había partituras por ningún lado—. La técnica es un medio, no un fin, y sin alma es pura restricción. Pero si sabes cómo usarla, entonces… —la melodía que yo conocía bien comenzó a transformarse en otra—, entenderás que todo

esto se trata de libertad y de lo que puedas hacer con ella. La música no se hace sola; deja que le demos forma.

—Entonces debí haberme dedicado a la música. No he podido escribir nada bueno por mí mismo desde que murió mi abuelo.

—No tiene que ver con eso.

—¿Entonces? —inquirí—. Dígame, señor protegido de John V., ¿con qué tiene que ver?

—Tu problema es que te permites imaginar, pero no te permites sentir. Lo sobrepiensas todo. —Aiden me hizo un gesto al espacio libre en el banco de terciopelo donde él estaba sentado. Era lo suficientemente amplio, así que, pese a mi ligero enfurruñamiento, acepté su oferta silenciosa—. La música y la escritura están más conectadas de lo que crees —siguió diciendo —. Debussy compuso este *Clair de lune* inspirado en poemas del francés Paul Verlaine. Gracias a él sabemos cómo sonaría la poesía si fuera música. —Por unos instantes la melodía llenó el silencio con los suyos propios; con aquella cadencia grácil que parecía dibujar florituras y palacios opalinos en el aire, hasta que volvió a pertenecerle al silencio.

—Es hermoso —musité, sin ser capaz de contenerme—. Ojalá pudiera inspirarme en algo así para escribir, pero tal vez soy tan orgulloso que espero que la inspiración me busque en vez de encontrarla por mí mismo. —Mi inesperada confesión llenó aquella quietud que, por primera vez en mucho tiempo, no se sintió como una amenaza.

Aiden rio por lo bajo, y me pareció que su risa también tenía algo de musical.

—Bueno, creo que fue Da Vinci quien dijo que el pintor tiene el universo en su mente y en sus manos —me dijo.

—¿Y nosotros?

Extendió sus palmas hacia mí. Tardé unos segundos en ceder a lo que pedía y ofrecerle las mías, sin comprender la repentina petición. No esperaba que Aiden tomara mi diestra entre sus dedos largos y marmóreos y los pasara por entre los míos hasta detenerse en el anular, sobre la aspereza que sobresalía en la última falange y que se había formado allí por años de soportar la presión de la pluma.

—Para nosotros es lo mismo —me dijo, y recorrió mi dedo con su pulgar, enviando una corriente de sensaciones que vibró en cada uno de mis nervios—. Solo cambian los instrumentos —concluyó.

Él seguía sosteniendo mi mano, y no hice nada por retirarla. Él me miraba con fijeza, y no fui capaz de hacer otra cosa que retener aquel contacto como si temiera perderlo todo si intentaba moverme siquiera. Aun así, con cada segundo que pasaba me quedaba más claro que quería hacerlo. Deseaba romper la inmovilidad casi fotográfica de aquel instante para convertirlo en otro incluso más memorable, uno en el que él… *él y yo…*

La puerta se abrió y dejé el asiento de un brinco.

—Vaya —dijo una voz aterciopelada—, no sabía que tenías visita hoy.

Lo reconocí en cuanto lo vi. Era el muchacho con el que había visto a Aiden a través del telescopio, hace algunas semanas. De cerca, sin embargo, sus rasgos lucían mucho más definidos. Era delgado y larguirucho, con un rostro de pómulos altos y una mandíbula marcada que contrarrestaba el efecto imponente de su nariz aguileña. Los labios eran gruesos, las cejas arqueadas, los ojos brillantes y zorrunos, enmarcados por dos mechones de cabello que se habían escapado de una coleta en la que retenía su melena larga y castaña. Una presencia estrafalaria, por dondequiera que se le mirara.

—Emil —lo saludó Aiden, yendo a su encuentro—. Este es Dorian V. —me señaló con una mano—. Dorian, Emil.

—Orgullo de la Universidad Gregoriana, futuro Miguel Ángel y tesoro nacional —se presentó él, haciendo reír a Aiden, mientras se acercaba a mí con una mano tendida. Le correspondí el gesto, reparando en que sus manos eran muy delgadas y suaves.

Intenté sonreír para disimular el nerviosismo que me había causado su repentina aparición. Emil era una de esas personas cuya sola presencia resulta abrumadora, de las que temes contemplar durante mucho tiempo por temor a acabar delatando el efecto que causan en ti, pero no puedes evitarlo.

—Yo trabajo en una librería cerca de aquí —pude articular sin balbucir, lo que para mí ya era un logro. No tenía ganas de competir con su extravagante presentación.

—¿Qué librería? —Emil enarcó una de sus marcadas cejas.

—La Biblioteca de Alejandría —aclaré.

—Entonces puede que te conviertas en el primer V. que me cae bien —sonrió—. Aiden tiene una colección de libros envidiable en su piso de la residencia —comentó, acercándose a él—. ¿Ya se la presumiste?

Ambos datos sobre Aiden me tomaron por sorpresa, pero opté por abordar el menos esperado.

—Pensé que vivías aquí —dije al músico.

—*Vivo* aquí —aclaró él—. Pero solía vivir en un piso de la residencia y gracias a John pude conservarlo. Lo sigo usando cuando…

—Shhh, espera, espera —lo interrumpió Emil—. No le arruines la mejor parte a tu amiguito. Hay que iniciarlo como se debe. —El tipo extrajo una pequeña petaca metálica del bolsillo de su blazer (que parecía irle dos tallas más grande) y dio un pequeño sorbo con una mueca antes de pasármelo a mí—. Hablando de iniciaciones, tienen que venir a la fiesta de la fraternidad esta noche. Lo convencerás, ¿sí? —me imploró Emil bajando la voz, al tiempo que apoyaba una de sus manos de tacto ligero en mi hombro—. A duras penas me ha dejado visitarlo en estas semanas.

—Lo sé —dije, y solo me percaté de mi monumental metida de pata por la cara de pasmo que compusieron Aiden y su amigo—. Quiero decir, sé que… Aiden es… muy trabajador —improvisé.

Emil sonrió con todos los dientes, arrebatando su petaca a Aiden para tendérmela mientras me pasaba un brazo por encima del hombro.

—Veo que conoces a mi ilustrísimo amigo. Y, como dijo Confucio, «el mejor amigo de mi amigo es mi amigo».

—El enemigo de mi enemigo es mi amigo —rectificó Aiden, divertido, metiéndose las manos en los bolsillos—. ¿Eso lo dijo Confucio?

—Él o algún árabe que inspiró a la Unión Soviética a acabar con los nazis. ¿Qué más da? El punto es, amigos míos… —Emil me quitó la petaca, de la que yo no había alcanzado a tomar un solo trago. Se posicionó entre Aiden y yo y, bajando la voz, continuó—: Que la guerra acabó hace treintaicinco años. ¿Saben qué significa eso? —Aiden se restregó la cara con una mano, pero reía por lo bajo. Emil se volvió a mí y me encogí de hombros. Fue entonces cuando el artista concluyó—: ¡Que hay que celebrar, señoritas! ¡Hay que celebrar!

II

ARS GRATIA ARTIS

I

Verano.

El viento estival de julio bailando con las cortinas de mi buhardilla.

El mundo moviéndose sin prisa al compás de *La foule*.

La voz de barítono de Guido ascendiendo desde el segundo piso, como si entonara un himno: *Je revois la ville en fête et en délire / Suffoquant sous le soleil et sous la joie / Et j'entends dans la musique les cris, les rires / Qui éclatent et rebondissent autour de moi…*[10]

Celebrar. Aquel se convirtió en nuestro himno.

Eso fue lo que hicimos la noche en que conocí a Emil, sin saber que sería el comienzo de las muchas que compartiríamos durante los meses más tórridos del año. ¿Qué celebrábamos? No lo sabía con exactitud. Pero descubriría que darle la razón a Emil y a su bohemio idealismo implicaba tener un refugio, y que incluso las guerras que libraba con un enemigo anónimo se convertían en disparates mientras el mundo quedara pausado fuera de los muros de la fiesta. Podía sumirme en habitaciones llenas de voces para olvidarme de la mía o para escuchar solo un par: la de Emil, la de Olivia, quien comenzó a unírsenos a aquellos encuentros, y la de Aiden. El músico comenzaba a tratarme como a un igual, y aunque él no me apremiaba a consumir los elíxires que él y los mayores departían para hacer durar la noche, tampoco tenía reparos en que yo lo hiciera. Ese lado del protegido de John era más que tolerable para mí; el que me hacía sentir adulto, como si tratara con alguien de su edad o, mejor aún, con alguien sin edad alguna; como si todo lo que fuera él en relación a mí rompiese las convencionalidades.

Creo haberte mencionado que había palpado el desenfreno cuando estudiaba en el internado. Bueno, con las fiestas de la fraternidad de Aiden y Emil comprendí que tan solo había rozado su esplendor con la punta de los dedos. Fueron días en los que descubrí la cara oculta de la euforia: un brío de espíritu artificial cuyos efectos me mantenían sedado por las noches, y durante mis ratos libres me concedían un estado de lucidez del que me servía para trabajar en la novela de Frank. Tras semanas sin percances, notas anónimas ni visitas del detective, escribí a un ritmo que pocas veces había alcanzado en mis dieciocho años de vida. Me parecía que aquellos personajes ajenos comenzaban a moverse al ritmo acelerado del verano y de mis letras, a recorrer las nuevas ramificaciones de un inmenso cuerpo de agua que empezaba a latir en mi pulso. Perdía la noción del tiempo, de la realidad y de los engranajes sobre los que esta giraba mientras me sumergía en esa ficción ajena, cada vez más mía y más de sí misma a la vez.

Pero no era yo el único navegante de aquellas aguas indómitas. Aiden, el singular custodio de mi secreto, se convirtió también en mi primer lector. Nos reuníamos en mi buhardilla y, luego de compartir uno que otro descubrimiento —un nuevo viaje de John, los avances de su campaña, los donativos cada vez más exorbitantes que hacía a fundaciones benéficas—, el músico leía mis avances y los comentaba, lo que podía resultar reconfortante y aterrador a la vez.

—¿Acaso intentas sonar como Frank S.? —preguntó una tarde de sábado al terminar de leer el último capítulo que yo había escrito.

—Claro que no —repliqué, pero cuando Aiden levantó los ojos del manuscrito para darme una mirada suspicaz, solté un bufido y me dejé caer en el respaldo de mi asiento—. ¿Y qué si fuera así?

—Si él hubiera querido eso, él mismo habría escrito ese libro, ¿no crees? Pero quiso tu voz: la de alguien joven, transparente… a veces imprudente y bastante cabeza dura, pero…

—Aiden…

—Terminó eligiéndote a ti —concluyó con una media sonrisa—. Usa tus palabras.

—Eso intento —murmuré a regañadientes—. Es solo que temo involucrarme con esto más de lo que debería. Lo siento demasiado mío,

como si el personaje intentara hablar a través de mí.

—No sé de escritura, pero sabes que vas bien al hacer música cuando tu creación supera tu voluntad y comienza a tomar sus propias decisiones. Como si viviera por sí sola.

—Bueno, en mi caso eso no garantiza que a Frank le gustará lo que estoy escribiendo.

Aiden dejó caer las páginas del manuscrito sobre mi escritorio.

—*Ars gratia artis* —resolvió con un guiño, evocando el viejo lema de «el arte por el arte» que solían discutir los de su facultad.

De vez en cuando era Adela quien, si el impulso de escribir me atrapaba de noche, volvía a ponerse sus alas evanescentes y subía a mi buhardilla para ofrecerme algo de comida o un momento de esparcimiento, como si fuésemos amigos y no la mujer de mi jefe y un muchacho encandilado por su aura inalienable de vampiresa y santa. Ella seguía ausentándose con regularidad, pero me hacía feliz la sorpresa de encontrarla alguna noche bailando con Guido, con las ventanas del balcón de la sala abiertas de par en par para que penetrara la brisa y el barrio se contagiara de esa *fête* de la que cantaba Édith Piaf. Me preguntaba si acaso mi fijación por Adela amenazaba con convertirse en un deseo descarado, o si más bien mi ridícula obsesión adolescente se había desbordado hasta dar con la certeza de la frustración.

Por fortuna, la melancolía me duraba poco en esos días. A eso también contribuía mi jefe, quien cada vez me resultaba más cercano; no solo por las charlas y el tiempo que dejábamos pasar juntos de cuando en cuando, sino también por el vínculo que había nacido entre nosotros a partir de las lecturas de las que hablábamos y los secretos que compartíamos. Él me contaba sobre una vieja novela que había comenzado a escribir hace tiempo y se había propuesto terminar en aquel verano. Yo, por mi parte, le compartía los hallazgos de las pesquisas que seguía emprendiendo junto a Aiden con cierta regularidad, como cuando encontramos unas medias de seda en los bolsillos de un traje que John había mandado a la lavandería, o un largo cabello de color rojo brillante en una de sus camisas blancas.

—Pero sospechamos que no era real —expliqué intrigado durante una de nuestras sesiones de ajedrez—. Parecía ser de una peluca.

Guido arrugó la frente.

—¿Crees que a tu tío le va eso de travestirse los fines de semana? —dijo mientras movía su alfil—. Lo cual no tendría nada de malo, claro.

La ocurrencia del librero me hizo reír.

—No. Creo que pertenece a la mujer con la que está saliendo. No es tan raro, ¿cierto? Además, detectamos un olor a perfume femenino, y John no tiene de esos en su casa. Aiden tenía razón, ¡debe estar enamorado! Y… ¿Por qué pones esa cara? ¿No te parecen buenas noticias?

Guido frunció los labios y su bigote se movió con ellos.

—Si algo nos enseñó Tolstoi con *Anna Karenina* es que el placer es una moneda de canje para el dolor cuando el objeto del deseo atenta contra nuestro instinto de preservación —declaró mientras me miraba mover mi reina—. Me has dicho que las cuentas de tu tío siguen cayendo en picada, así que…

—Jaque mate —sonreí, dejándome caer en el respaldo del asiento.

Los ojos grises de Guido se abrieron desmesurados. Fue la primera vez que le gané en un partido de ajedrez.

Entre tanto, mis salidas nocturnas con Aiden se convertían en una costumbre aún más religiosa que nuestras pesquisas. A veces eran fiestas improvisadas en apartamentos de toda clase, desde los más ordenados hasta los más anárquicos, en la ciudadela universitaria. A veces eran toques de bandas alternativas en sitios clandestinos. Y a veces se trataba de reuniones de la hermandad donde se sorteaban las más trepidantes partidas de billar, póker o ajedrez, que era el fuerte de Emil.

—El ajedrez, amigos míos, es el mismo tipo de arte que la pintura y la escultura —dijo el artista a los que habíamos sido testigos de su brillante triunfo una noche a mediados de agosto, en una residencia del barrio universitario.

Recuerdo bien esa noche: el calor que alborotaba las melenas rizadas de las chicas y desorganizaba la ropa de los chicos, la banda que tocaba una mezcla de blues-rock en un extremo de un escenario improvisado, y el revoltijo de olores a humo de cigarrillos y a alcohol que me llenaba los pulmones.

—¿Juegas? —me preguntó Ian, un chico moreno de la fraternidad de Emil con el que había presenciado la partida.

Entre tanto, el ganador se acercaba a nosotros con un *joint* apagado entre los labios y el fajo de billetes de la apuesta volando entre sus dedos.

—No soy bueno para el ajedrez —respondí a Ian pese a mi reciente triunfo ante Guido—. Pero apuesto a que mi jefe sería un oponente digno para Emil.

El aludido, que acababa de unírsenos, levantó la mirada de su tesoro.

—¿Tu jefe? ¿El de la Biblioteca de Alejandría? —Emil guardó el fajo de billetes en el bolsillo interno de su chaqueta—. No me malinterpretes, Dorian, pero ese hombre no está en sus cabales.

—¿Y tú sí? —le pregunté, divertido.

Emil me dedicó una sonrisa ladeada que, acompañada de sus rasgos esbeltos y sus ojos soñadores, confería a su fisonomía un aire romántico, casi femenino. Al principio, cuando comencé a frecuentarlo, había tratado de rehuir a sus miradas fijas, y sin embargo, me relajé al percatarme de que no era el único blanco de ellas. Muchos otros también lo eran. Tal debía ser su —como habría dicho Guido— *façon d'être.*[11]

—No —concedió Emil, encendiendo su *joint*—. Pero al menos no aparento lo contrario. Un buen amigo mío fue compañero del hombre en cuestión y me ha contado algunas anécdotas sobre él. Por lo que he oído, dudo que sea un… —Dio una calada al cigarro—. ¿Cómo dijiste? «Oponente digno».

—¿A qué te refieres? —reí.

—Bueno, deberías visitar la biblioteca de la universidad y de paso buscar sus trabajos; tal vez encuentres algo interesante. Yo te puedo acompañar. Tengo acceso VIP y te haría un recorrido como nadie te lo hará en toda tu vida. ¿Qué dices?

—Seguro —dije, pese a que aquella palabra era la antítesis de cómo me sentía en ese momento.

—¿Y Aiden? —interrumpió Ian.

—Pues dudo que aparezca por aquí mientras estén tocando *The House of the Rising Sun* —dijo Emil oteando el lugar en busca del aludido, sin éxito—. No soporta esa canción. Pero no me interesa jugar con él.

—¿Y eso por qué? —quise saber.

Emil y Ian intercambiaron una mirada.

—Porque el maldito nunca pierde —afirmó Emil sin una pizca de burla en su voz.

Reí, tal vez un poco más fuerte de lo que me habría gustado, pero ninguno de mis interlocutores se unió a mí.

—Por favor —dije al fin—. Eso es absurdo.

—Tal vez lo sea, pero es cierto —señaló Ian en tono solemne—. Te juro que jamás lo he visto perder.

—Yo tampoco —convino el artista—. Aunque solo hemos jugado unas cuantas veces. Quizá sea parte de su táctica. ¿Y tú? —preguntó a Ian con una sonrisa socarrona—, ¿juegas, o también tienes miedo a perder?

El rostro del moreno se recompuso mientras aceptaba la oferta. Emil me puso su cigarro entre los labios y me hizo un guiño antes de volver al tablero junto a su camarada.

Yo, en cambio, me dirigí al balcón. Mientras caminaba hacia allí, esquivando el caos de personas y muebles en el que se había convertido el piso universitario, reparé en la silueta alta que se recortaba contra el panorama vespertino. La noche era una bóveda de nubes broncíneas en medio de las cuales se asomaba la luna, sin atreverse a deshacerse de su sonrisa de gato de Cheshire. Y en medio de todo eso, o tal vez como parte de ello, se encontraba él.

—Así que te da miedo perder —dije a Aiden, mientras emergía del ambiente caldeado del apartamento a la reconfortante brisa nocturna.

Él se volvió de perfil y sonrió antes de regresar la mirada a la noche.

—Veo que ya te lo dijeron.

—¿Qué cosa? —inquirí, reclinándome sobre el barandal con los brazos cruzados para buscar sus ojos—. ¿Que eres un gallina?

Aiden rio, y el sonido me recorrió en un grato estremecimiento.

—Que yo nunca pierdo —declaró luego, arrebatándome el cigarro de Emil de los dedos, mas no había rastro de afectación en su voz.

—Es curioso. A mí suele pasarme al contrario —me burlé—. Pero suponiendo que lo que dices es cierto, ¿cuál es el truco? Debe haber uno.

—Hay un truco, sí —asintió el músico—. Se trata de jugar solamente los juegos que conoces bien y siempre dar el primer paso. Si algo aprendí del ajedrez es que quien hace la primera jugada lleva ventaja.

Mis ojos retornaron a la luna, y la sonrisa incandescente que creí ver en ella pareció más amplia esta vez.

—Entonces eres como el gato de Cheshire, de *Alicia en el país de las maravillas* —observé—: prefieres los atajos.

—Ah, me fascina ese libro —respondió Aiden—. Adivina cuál es mi personaje favorito —musitó inclinándose un poco a mí.

Reímos. Desde la casa aún nos llegaban los últimos acordes de ese viejo tema de The Animals. A mí me gustaba, y al sospechar que a Aiden debía provocarle rechazo por algo más que por la melodía, me encontré preguntándome por su pasado.

—¿Cómo fue que terminaste convirtiéndote en el protegido de John? —inquirí de pronto. No me di cuenta de lo íntima que era la pregunta hasta que me escuché formulándola.

—Larga historia —dijo Aiden, devolviéndome el *joint*.

Me encogí de hombros.

—La noche es joven.

—Van a ser las dos de la madrugada.

—Es domingo, día del Señor. Tengo tiempo para historias largas.

Aiden sonrió, sacudiendo la cabeza de lado a lado, pero al final me miró y, con un fulgor de astucia en los ojos, me dijo:

—Aquí no.

—¿Entonces?

Tras verificar que Olivia y una de sus amigas seguían triunfando en una partida de póker, abandoné el piso con Aiden, no sin antes aprovisionarnos con un par de cervezas.

El tiempo se distendió como una sonrisa gatuna mientras atravesábamos el velo nocturno de la ciudad como si fuésemos dueños y señores de ella. Como ocurría en aquellas semanas, nos sentíamos cómodos con nuestro disfraz de noche; habríamos podido ser cualquier persona en cualquier lugar, pero habíamos elegido convertirnos en dos borrachos patéticos que trastabillaban en medio de las aceras, tarareando canciones y debatiendo sobre las cosas más absurdas. Discutíamos, reíamos, mas no nos deteníamos. Solo lo hicimos cuando nos hallamos en un parquecito de pinos

que lindaba con un viejo edificio de ladrillo visto, y para ese momento yo apenas recordaba la razón por la que habíamos dejado la residencia.

Tropecé con una raíz tortuosa y los reflejos de Aiden, tan ralentizados como los míos, no pudieron evitar que cayera sobre la hojarasca. Cuando me senté, llevaba retazos de hojas, ramitas y semillas en mi camisa y en mi cabello. Aiden se agachó para ayudarme a sacudírmelas.

—Qué torpe —lo oí balbucir mientras retiraba vestigios del bosque de mi melena con una expresión de concentración suma. Se detuvo para apartarme unos mechones del rostro, con lo que sus dedos alcanzaron a rozarme la frente—. Te ha crecido mucho el cabello —comentó con repentina frialdad—. Deberías cortártelo. Siempre está sobre tu cara.

—Está bien, mamá —me burlé, evadiendo la sensación tórrida que su tacto había despertado en mi piel.

Aiden no rio. Pero cuando su mano volvió a mi cabeza ya no fue para ayudar a limpiarme, sino para alborotarme la mata de pelo con ahínco.

—¡Para! ¡Ya! —Traté de alejar sus manos, pero él seguía incorporado y eso le daba ventaja sobre mí.

Decidí que la solución no era apartarlo, sino tirar de él. Funcionó. Aiden cayó al suelo y rodó junto a mí. En unos segundos volví a vestirme del bosque, esta vez en su compañía, con nuestras carcajadas llenando la noche.

Tras la lucha, gracias a esa tregua que entretejen los vicios compartidos, Aiden y yo nos quedamos tendidos sobre la alfombra de hojas. Contemplábamos el trozo de cielo más allá de los altos árboles que se recortaban contra el espectáculo de las nubes y su escurridiza reina. Entonces, con una voz que apenas alcanzaba a ser un murmullo, él dijo:

—En casa había problemas. Y yo me convertí en uno de ellos.

II

—Aiden —intervine cuando él hizo una larga pausa en su relato. La sobriedad, tras semanas y semanas sin hacer entera presencia, se había precipitado sobre mí de súbito. De repente me daba cuenta del calor que hacía, de lo cerca que estaba Aiden, y de que nunca podría odiarlo—. No tienes que…

—No, pero quiero —me interrumpió. Su voz parecía lejana, como si me llegara desde las copas de los árboles que nos rodeaban—. John es el único que lo sabe, y no por mí. Yo nunca se lo habría contado a nadie. Pero creo que necesitaba hacerlo.

Procesé sus palabras por unos instantes.

—¿Por eso vinimos aquí? —pregunté con una mezcla de azoramiento y curiosidad.

Aiden se sentó y me miró desde arriba.

—No. Estamos aquí por lo que pasó después.

Hizo un gesto para señalar algo enfrente de él y me incorporé para ver lo que era. Fue entonces que me fijé en el viejo edificio de ladrillo visto frente a nosotros, y en el letrero que consignaba su función: «Hogar San Francisco».

A los once años, Aiden fue acogido en ese lugar custodiado por religiosos. Continuó con sus lecciones de piano con los sacerdotes, y luego en una escuela de música gracias a la ayuda económica de alguien que se había enterado de su caso y, desde el anonimato, decidió apoyarlo. Con el tiempo comenzó a tocar en algunos eventos importantes, donde, debido a su talento y su juventud, despertó el interés de varias personas de la élite, quienes quisieron contribuir para sus estudios universitarios. Sin embargo, Aiden no terminó aceptando una ayuda, sino una amistad. La de John V., un político solitario con quien se había vuelto cercano debido a los vínculos filantrópicos de este con la parroquia franciscana y la casa hogar que había acogido al joven. Cuando Aiden se graduó del colegio, sería la mano de John la que tomaría para poder dar el paso a la universidad. Y a pesar de que el político se aseguró de que su protegido contara con un lugar propio para dedicarse a sus estudios, su vínculo se volvió tan fuerte que terminó ofreciéndole que trabajara para él, y luego el espacio que, en opinión de John, sobraba en casa.

—Así que fue mi tío quien te ayudó desde el principio.

—Nunca supe quiénes me ayudaron a pagar las clases cuando estaba en el colegio, pero John ha sido mi sustento a lo largo de mi carrera, y yo he intentado serlo para él durante todos estos años.

Tal vez me costara aceptarlo, pero lo entendía. Había historias de amor que no correspondían al romance, a la unión de héroes valientes y preciosas doncellas. Me pareció que el amor tenía poco que ver con cómo uno nace o

de dónde viene; debía ser algo más cercano a la intención de reinventarse junto a alguien de la manera que fuera. Amantes, amigos, familia…

—Lo lamento —me oí decir, sin ser capaz de encararlo.

Aiden se giró hacia mí.

—¿Por qué?

«Porque te juzgué. Porque fui injusto contigo».

—Por todo lo que te pasó —respondí.

Aiden bufó y me volví hacia él, descubriendo con sorpresa que sonreía.

—No lo lamentes —me dijo—. Yo dejé de hacerlo hace mucho tiempo.

Transcurrió un minuto de silencio en el que me armé del valor que necesitaría para volver a hablar.

—Mi mamá murió al darme a luz —confesé entonces, sin apartar la vista del edificio frente a nosotros—. Siempre fue enfermiza y, cuando llegó el día de mi nacimiento, las cosas se complicaron. Después, papá… —Abracé mis rodillas—. Papá también murió por mi culpa.

Cuando terminé mi relato, siguió un silencio que fui incapaz de descifrar. Aiden permanecía callado, como si esperara a que continuara, pero no quedaba más que agregar. Se lo había dicho todo. *Todo*. Desde la adicción de mi padre hasta su final, ese que pude haber interrumpido.

Me dejé caer de nuevo sobre la hojarasca y cerré los ojos, esperando descubrir si los roles se habían invertido y ahora sería Aiden quien me juzgaría. Se marcharía, me dejaría solo en ese lugar, se alejaría… Mas no lo hizo. Lo escuché tenderse a mi lado, tal y como lo había hecho minutos antes.

—No fue culpa tuya —aseguró. Su voz cobraba un efecto balsámico al ocupar el espacio donde mi mente libraba su propia contienda.

—No puedes saber eso —protesté sin embargo—. Fui yo quien regó el contenido de todas las botellas esa tarde. Fui yo quien desató su frustración. Estuve allí cuando murió y no moví un dedo para evitarlo. Quería que despertara, que volviera a ser él, pero terminé haciendo lo contrario y…

«Y Narciso lo sabe», pensé. «Narciso» se había convertido en el nombre de quien dejaba las notas anónimas tras nuestra charla con Fausto.

—Dorian —intervino Aiden—, es cierto. Nos han pasado cosas malas y llegamos tarde a la hora de la redención. Pero somos artistas.

—¿Y?

—Y puedes renegar del pasado o simplemente aceptarlo y encontrar la forma de convertirlo en un instrumento de tu arte.

—No me digas que no desearías haber tenido una infancia diferente.

—A veces. Solo hasta que me siento ante el piano. Y entonces lo entiendo todo. Soy el resultado de lo que me trajo hasta aquí; ha dejado de importarme si es bueno o malo. No soy religioso, pero creo en las causas mayores. La música es una de ellas y me hizo lo que soy ahora, no sacrificaría eso por nada del mundo.

—*Las causas mayores* —repetí—. Suena ambicioso.

—Lo es —murmuró—. Lo somos. —Giró el rostro hacia mí—. Elegiste este camino y descartaste todo lo demás. ¿Te arrepientes de eso?

Cavilé por unos segundos hasta que, poco a poco, negué con la cabeza.

—No —respondí. Podía dudar de muchas cosas, pero tenía claro que había nacido para escribir—. Pero cuando se trata del pasado, de Narciso y la Orden, no dejo de pensar en que ando a oscuras, sin tener idea de a dónde voy o si llegaré a alguna parte con todo esto.

Aiden apuntó a la luna, más allá de las copas de los árboles.

—«Si no sabes a dónde vas, no importa el camino que tomes» —dijo suavemente, evocando el consejo que el gato Cheshire dio a Alicia—. «Llegarás a algún lugar, de todos modos».

Volví a ver la sonrisa gatuna en el níveo satélite y me pareció que ante mí se revelaba el secreto que el mundo guarda en esos sitios donde lo ordinario se vuelve fascinante.

—«Si caminas lo suficiente» —completé en un murmullo, abstraído, y mis ojos se posaron en el pináculo de la Catedral de Santa Helena, que se elevaba por encima de las edificaciones que nos rodeaban.

Me levanté de un tirón. Debía parecer un lunático cuando me volví a Aiden, con el alborotado cabello lleno de retazos de hojas y los ojos encendidos.

—Eres amigo del párroco de la catedral —dije ensimismado.

Aiden se levantó a medias, apoyando los codos en el suelo, mirándome como si se me hubiera zafado un tornillo.

—¿Y eso te parece tan apasionante?

—A esa parroquia han estado adscritos los V. —expliqué—. Él los ha conocido y confesado desde hace años, ¿comprendes? A mi abuelo, a mi papá…

El rostro de Aiden se iluminó poco a poco.

—Así que ya tenemos un plan para el próximo sábado.

Mi sonrisa se hizo más amplia.

—Amén.

III

—Bien —respondí en tono bajo ante el teléfono de la librería—. Nos vemos allí esta tarde —dije por toda despedida antes de colgar.

La expectación por lo que me esperaba la tarde de ese sábado no había hecho más que acrecentarse a lo largo de la semana. La novela de Frank marchaba bien, al igual que mi trabajo y mi relación con los libreros, pero la necesidad de probarme que la calma a mi alrededor no era aparente me mantenía en un estado de constante ansiedad.

Daban las cinco de la tarde cuando me escabullí con Aiden a la Catedral de Santa Helena. El sol dominaba el firmamento de una manera inusual a la hora del crepúsculo, cargando el aire de una calidez que enervaba mi ansiedad. Cuando estuvimos ante la fachada de la iglesia me invadió la sensación de que me adentraría en la boca de una bestia, una en cuyas entrañas debería hurgar para desenterrar el pasado.

Mi impresión cambió cuando nos recibió un espectacular exponente de la arquitectura rococó, con sus columnas de yeso y arabescos esculpidos en pan de oro. La melodía de una filarmónica y un coro compuesto por niños y jóvenes, al fondo de la nave central, nos sumergió en un hechizo místico a medida que avanzábamos en el pasillo. Algunos chicos del coro se pusieron inquietos al ver a Aiden y le hicieron señas para saludarlo, pero el director, un cura de calvicie incipiente, lanzó una mirada reprobatoria al joven músico, quien calmó la exaltación con un gesto de sus manos y esa sonrisa afable con la que debía haberse ganado el corazón de John.

Nos aproximamos a una pequeña puerta cerca del altar, que conducía a la zona logística y habitable de la iglesia. Allí nos saludó un sacerdote de

rostro alargado y postura encorvada, quien nos informó que el párroco se hallaba ocupado en esos momentos.

—El padre Arturo nunca se pierde un ensayo —comentó Aiden con cierta consternación—. ¿Está todo bien?

—Si te respondo a eso, me arriesgaría a mentir, hijo —contestó el religioso—. Pero podrás preguntárselo tú mismo en un rato. Te anunciaré en unos minutos para saber si hasta entonces estará disponible.

Tuvimos que esperar durante lo que me pareció una eternidad a que el padre se dignara a atendernos. Y mientras mi impaciencia crecía, Aiden parecía olvidar el propósito de nuestra visita.

—¿No es increíble? —me dijo inclinándose un poco a mí, sin despegar los ojos del coro.

—Es solo música —comenté con cierto retintín. En parte porque me negaba a compartir su entusiasmo por aquella melodía sacra, en parte porque quería saber cómo reaccionaría ante aquel comentario viperino.

—Ven —me dijo de repente.

Sin esperar respuesta, tiró de mi mano y me condujo al pasillo.

—¿A dónde…?

—Viene una parte que me gusta —dijo apenas volviéndose para seguir guiándome de vuelta a la entrada de la iglesia.

A varios metros de los portones hallamos unas escaleras de madera barnizada que hicieron un doloroso estruendo cuando las subimos de dos en dos. Llegué al segundo piso jadeando por el esfuerzo, pero Aiden siguió guiándome por una galería custodiada por magníficas obras de arte sacro y pisos de cerámica en los que nuestras siluetas se contorneaban. Al final nos esperaba una puerta entrecerrada que atravesamos con la misma rapidez.

A duras penas oí la puerta cerrarse a mis espaldas. Y no fue solo por el hecho de que las voces del coro llegaban amplificadas, llenando el lugar con un eco sobrecogedor. Nos hallábamos en una cámara circular que debía condensar la belleza magnánima de la catedral. Una serie de vitrales ojivales que representaban escenas bíblicas proyectaban sus colores vibrantes sobre el centro de la sala al ser atravesados por el sol, y sobre nosotros se erigía la bóveda gótica del crucero principal, como si fuese el mismísimo iris de Dios. Había un balcón interior, custodiado por dos esculturas de ángeles, que lindaba con el altar. Desde allí nos llegaba la música de la orquesta que,

favorecida por la acústica de la edificación, encubrió el ruido de nuestros pasos y luego la risa de Aiden al ver mi cara de perplejidad cuando llegamos al círculo con forma de estrella al centro de la sala.

No había lugar al que pudiera huir; la música vibraba bajo mi piel y se volvió casi palpable cuando el coro descendió sobre nosotros como un trueno. Las voces y los instrumentos penetraban mis tímpanos, traspasándome como una corriente tempestuosa a la que no me quedaba más remedio que rendirme. Me giré hacia Aiden para protestar, pero toda palabra escapó de mis labios cuando lo vi.

Pocas veces en mi vida presencié algo tan íntimo como la escena que mi memoria se ocupó de capturar con todo detalle en ese instante: Aiden con los ojos cerrados, la cabeza hacia atrás, los brazos levemente extendidos como si dedicara una plegaria… no, una rendición a Dios. Y si su dios era la música, se estaba entregando en cuerpo y alma a él ante mi mirada; sus ojos moviéndose levemente tras la oscura línea de las pestañas, sus labios formando una sutil sonrisa de deleite, la luz que penetraba por los ventanales bañando su piel pálida de colores imposibles. Comenzó a girar sobre sí mismo, como embriagado, mientras sus manos se extendían a sus costados con una cadencia precisa, acompañando cada nota, cada silencio, como si la melodía viviera a través de él. Debí haber estado mirándolo como un idiota, pero entonces ya ni siquiera me importaba, porque la impresión de estar contemplando un milagro me había librado de todo pudor. Acostumbramos a ver hombres trabajando en su arte, pero pocos los hemos visto convirtiéndose en él.

Sin saber exactamente qué pretendía —tal vez irrumpir en su hechizo, tal vez contagiarme de él—, le di un pequeño empujón. Él a duras penas retrocedió un paso ante el repentino impacto, pero cuando sus ojos se abrieron podría haber jurado que estaban hechos del mismo fuego inclemente del sol que ardía en ellos. Se me escapó una risa nerviosa que no llegó a hacer mella en la melodía, y Aiden, tan presto como siempre al lenguaje de los gestos, hizo eco de los míos y me incitó a seguir uno de los movimientos con los que se entregaba a esa íntima alabanza a su elemento. Lo imité, sin dejar de desternillarme, pero en algún punto perdí su guía, mis ojos también se cerraron y sentí mi pulso elevarse a medida que la pieza cobraba más intensidad, hasta alcanzar su glorioso clímax. Luego se fue

retirando lentamente, cual tormenta que amaina, y abrí los ojos poco a poco, como quien despierta de un trance.

Aiden estaba frente a mí, observándome con el fulgor de sus ojos intacto. Tenía los labios entrecerrados y su pecho subía y bajaba al mismo ritmo que el mío en una inquietante sincronía.

—¿Qué fue eso? —pregunté con un hilo de voz, sin poder soportar el silencio infranqueable que comenzaba a cargar el aire.

Aiden se encogió de hombros, pero su rostro se iluminó en una leve sonrisa triunfal cuando respondió:

—Solo música.

IV

Alguien carraspeó y por poco doy un respingo. Apenas reparaba en el hombrecillo de cabello cano y sotana que nos observaba desde el umbral de la puerta. Reconocí de inmediato al padre que había visto en la gala de beneficencia, y luego en el bar al que había seguido a Aiden. El músico se acercó al religioso para saludarlo y tuve que obligarme a seguirlo, arrastrando los pies.

El padre nos guio a su oficina. Entre tanto, un pensamiento reverberaba en mi mente de la misma forma en la que aquel pasillo por el que caminábamos amplificaba nuestras pisadas: parte de mí temía que no fuera solo la música lo que había llegado a revolucionarme así, sino la persona que me acompañaba, como si acabásemos de compartir algo tan íntimo como un beso por obra y gracia del arte.

Mientras el párroco quitaba la llave a la puerta de su oficina, Aiden me dio un suave empujón con el brazo observándome con curiosidad. «¿Todo bien?», preguntaban sus ojos. Esbocé un amago de sonrisa, pero no pude sostenerle la mirada por temor a que fuese capaz de descifrarme con esa facilidad exasperante con la que acostumbraba a acertar. ¿Y si se hubiera percatado de la manera en la que yo lo había mirado? Peor aún, pensé, ¿de qué manera lo había mirado yo como para que me aterrara que él lo hubiera notado?

Pasamos a la oficina: una sala cóncava adornada con un ventanal ojival que daba al patio del claustro. El párroco nos hizo un gesto para que

tomáramos asiento y así lo hicimos. Parecía una antítesis de Aiden: bajo, barrigón, de pelo blanco, ojos oscuros y pequeños…

—No nos has visitado en estas últimas semanas —dijo a Aiden mientras tomaba asiento ante su viejo escritorio, casi tan caótico como el de Guido.

—Volveré para los ensayos de noviembre —respondió Aiden, afable—. He estado ocupado con los asuntos de la universidad. Último año, padre. Usted sabe cómo es.

—Y sin embargo, has venido hoy. Y en compañía. —El padre Arturo me dio un vistazo. Sus ojillos opacos ya no lucían el gesto compasivo que yo había visto en anteriores oportunidades; ahora parecían escarbar hasta el fondo de mi ser mientras me observaban. ¿Era recelo lo que leía en ellos?—. Espero que ese no sea el motivo por el que te has alejado de la casa de Dios.

—Es evidente que yo no soy ese motivo —indiqué, cruzando una pierna —. Yo soy un auténtico querubín. Y mi nombre es Dorian, padre. Aunque usted debe saberlo de sobra, ¿verdad?

—Dorian… —Aiden me lanzó una mirada gélida. Vaya que al fin había logrado exasperarlo, y sin proponérmelo, pero tenía razón. Mi actitud no nos estaba ayudando en absoluto en nuestra misión.

El párroco me miró de arriba abajo. Comenzaba a preferir su mirada de lástima, y eso ya era mucho decir. Sin embargo, una horrible incerteza me atenazaba el pecho. ¿Qué era lo que había hecho yo para dejar de inspirarle compasión y comenzar a despertar su enfado? Sospechaba que no había sido tan buena idea acudir a «la casa de Dios».

—No lo vi en el ensayo, padre —siguió diciéndole Aiden—. ¿Ocurre algo? Si necesitan ayuda…

—Ocurren muchas cosas, hijo. Y no estaría mal que nos des una mano cuando puedas. Prefiero tu ayuda aquí, no afuera. Nunca me ha gustado que vayas a meterte a la boca del lobo para traer de vuelta a algunas ovejas perdidas. Sabes que no todas son gratas, y que no todas quieren ser encontradas. —El hombre volvió a darme un vistazo con el rabillo del ojo y me mordí la lengua para no decirle que el que tenía más cara de oveja era él.

—Noviembre —sonrió Aiden—. Lo prometo. Pero vinimos a visitarlo hoy por un asunto urgente. Mi amigo ha estado experimentando algunos problemas de… identidad cristiana. Su familia…

—Su familia sabe hablar, y lo hace muy bien —lo interrumpió el padre—. Deja que se exprese, hijo. De la abundancia del corazón habla la boca.

Aiden asintió y me dio una mirada de advertencia.

—Mi familia ha pasado por mucho, padre —suspiré, sintiéndome repentinamente inspirado—. Y yo también. Pensé que, en medio de estas épocas tan difíciles para mí, si hubiera una forma de confirmar mi fe al ver los sacramentos que mis ancestros recibieron en su santa parroquia…

—¿Quiere ver los registros parroquiales de los V.? —terció el religioso.

—Padre… —dije, sorprendido—. Es usted una prueba perfecta del don del discernimiento que concede el Espíritu Santo a las almas más sabias…

—Y a las que ha visitado la policía —me cortó él—. Deja de mentir, muchacho, que sé que estás aquí por eso.

Mi burbuja de inspiración explotó en el acto.

—¿La policía? —balbucí.

—¿Es eso lo que lo ha tenido ocupado hoy? —le preguntó Aiden.

—No solo hoy —murmuró el padre, levantándose de su asiento con pesadez para dirigirse a un lugar de su amplia estantería. Abrió un cajón y rebuscó durante unos segundos hasta volver a nosotros con unos folios entre las manos—. Estos son los registros parroquiales de los V. —informó—. Un detective vino con la policía hace unas semanas para consultarlos.

—Dios mío —murmuré, abstraído en el documento.

—¡No uses el nombre de Dios en vano! —me espetó el sacerdote.

—Perdón. ¿Puedo ver…?

—No. —Alejó los folios de mí—. Son documentos privados de la iglesia. Y todavía no he llegado a la parte preocupante. También vinieron por las actas de defunción de William y Oscar V.

—¿Y? —preguntamos Aiden y yo al unísono.

—Y no las hallamos por ningún lado.

—¿Las han perdido? —inquirí, casi saltando de mi asiento.

El religioso se rascó la frente con un nudillo.

—Técnicamente, están extraviadas —murmuró, sin levantar la mirada.

—¡Por Dios!

—¡Deja de blasfemar, chiquillo!

—¡Mi nombre es Dorian!

—Bueno, se acabó la visita. —Aiden se levantó de su asiento y me arrastró junto a él hacia la salida—. Muchas gracias, padre Arturo. Le debo mucho. Nos vemos en los ensayos.

Sin embargo, cuando salimos al pasillo y Aiden se disponía a cerrar la puerta de la oficina del párroco, este lo llamó por su nombre.

—Me gustaría hablar contigo, Aiden —dijo el hombre y, mirándome de soslayo, añadió—: *Sin querubines*.

Antes de que yo pudiera protestar, el músico se puso frente a mí, dejándome fuera de la vista del párroco.

—Será mejor que vuelvas a casa —murmuró en tono conciliador y, tras uno de sus habituales «nos vemos luego», cerró la pesada puerta de madera, sumiéndome en las sombras del corredor.

En mi cabeza no quedó más que la música sacra que llegaba desde el fondo del pasillo, el lejano aleteo de las aves que sobrevolaban el claustro, y aquella cita bíblica que me perseguiría hasta alcanzarme en las semanas siguientes: «Porque cualquiera que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que toca, se le abre». Pero nadie te advierte cuánto deberías temer por lo que puedas encontrar del otro lado del umbral.

V

—¿Una malteada de fresa? —Enarqué una ceja—. ¿Es en serio?

—Es tu favorita, ¿no? —dijo Olivia.

—No.

—Ah, ¿no?

Apoyé mi mejilla en un puño y dirigí la mirada hacia la ventana.

—No es lo que imaginaba cuando te pedí lo más fuerte que tuvieran.

—Por si no te habías dado cuenta, querido, esto no es exactamente una cantina —observó mi amiga mientras abrazaba la bandeja plateada y se sentaba a mi lado en el enorme mueble del mismo color rosa pálido de su uniforme de mesera—. Además, mi mamá solía decir que en verdad no es el alcohol lo que ahoga las penas…

—Sino el azúcar —sonreí—. Lo recuerdo.

Era irónico que Laura, la madre de Olivia, dijera algo como eso. Su modo de lidiar con los problemas nunca fue el alcohol, pero tampoco lo era el

azúcar. A menos que aquel fuese una suerte de código para referirse a hombres disfrazados de buenas intenciones.

—A veces me pregunto cómo es que Aiden soporta tu carácter de mierda —suspiró Olivia.

Aiden, Aiden, Aiden. Las causas mayores. La música vibrando bajo nuestra piel. La luz de los vitrales dibujando un caos de sombras y colores en su rostro.

—¡Yo no tengo un carácter de…!

—¿Ves? Ahí está. —Oli dio un par de sorbos a mi malteada—. Pero luego te veo sonreír y dejo de preguntármelo.

No debía sobrepensarlo. No debía sentirme satisfecho. No debía evocar los ojos de Aiden sobre mí cuando abrí los míos en la cúpula, ni nuestras respiraciones agitadas sincronizándose mientras los últimos ecos del coro retrocedían. Pero lo hice. ¿Y cómo podía sentirse tan…?

—No es el único que soporta, créeme —le dije a Olivia a mi pesar, quitándole la malteada para probarla a regañadientes. Tras unos sorbos, me volví a mi amiga con los ojos dilatados—. Oli, tu mamá no se equivocó en su teoría.

—Sí, bueno, supongo que no viniste aquí para que hablemos de mi mamá —atajó mi amiga—. ¿Qué te tiene así ahora?

La mesa estaba lo suficientemente apartada de la zona concurrida del café como para que yo pudiera poner a Olivia al corriente de lo sucedido en la Catedral de Santa Helena: desde nuestra intención de buscar los registros de los V. hasta la repentina solicitud del párroco a Aiden.

—Ese párroco sabe algo. O cree saberlo. Maldita sea… —Hundí las manos en mi mata de pelo mientras apoyaba los codos en la mesa—. Si no hubiera tardado tanto en ir…

—No seas dramático, D —musitó Olivia acariciándome el cabello—. Si es como dices, Aiden ya lo averiguará.

—¿Y si Narciso está involucrado con la desaparición de esos papeles? —pregunté, más para mí que para Olivia.

—Si es él, te lleva ventaja. Tendrías que alcanzarlo de alguna manera —dijo Olivia, meditativa—. Sería una buena precaución. ¿No has pensado en explorar la vieja casa de los V.?

—Hemos esculcado la casa de John de arriba abajo —respondí.

—No me refería a esa. Me refería a… ya sabes, donde comenzó todo.

Levanté la cabeza en un movimiento abrupto.

—¿Villa Dionisio? No volveré a ese lugar en mi vida —sentencié—. Además, nadie ha ocupado esa casa desde… desde lo que pasó. Es un lugar horrible y solitario. Ni siquiera tiene vigilancia y…

—¡Eso es perfecto! —saltó Olivia.

—¡Sí! —exclamé con exagerado entusiasmo—, ¡toda una aventura! ¿Por qué no vas allí con Aiden? Yo prefiero hacer un clavado directo al noveno círculo del infierno. Es más rápido y no gasto gasolina.

—Solo creí que eso podría ayudarte. Si yo fuera tú, al menos lo consideraría. —Oli tomó la fresa que decoraba la cima de mi malteada y me la acercó a la boca, pero retrocedió cuando, antes de tomarla con mis dientes, dije que no.

—¿Si digo que lo pensaré dejaremos de hablar de esto de una vez?

Olivia asintió mientras volvía a acercarme la fresa. Tuve que lanzar un par de dentelladas más hasta que la morena cedió cuando la rodeé con los brazos y comencé a hacerle cosquillas. La risa de animalillo agónico de mi amiga le mereció un regaño de la mujer de la caja. Contuve sin éxito una carcajada y Olivia me dedicó una mirada asesina mientras volvía al trabajo.

Es curioso cómo a veces es tan fácil dejar de comportarnos como si fuésemos nuestras circunstancias, y lo que somos en esencia pugna por ceder a la calidez de una tarde, a la complicidad de una conversación, al optimismo más ingenuo; ese que encubriría incluso los signos de una avanzada tormenta.

—Así que mañana es el gran día —dije a Olivia más tarde, cuando su turno ya había terminado. Caminábamos por el Parque de los Abetos y el verde follaje de los árboles nos revelaba poco a poco la cuadra.

—Mañana —suspiró ella, exhausta—. El tiempo ha volado.

—Suele pasarle a la gente ocupada —aseguré.

Durante esos meses, yo había sido testigo del esfuerzo que hacía Olivia para repartir las horas del día entre su trabajo, su carrera, sus amigos y los ensayos de *La flauta mágica*.

—Y también a la gente feliz —añadió ella. Aunque se veía pálida y definitivamente más delgada, la sonrisa que encendía sus ojos de entusiasmo bastó para convencerme de que en verdad era dichosa—. ¿Qué tal si vamos al cine para celebrar? Hay una nueva adaptación en cartelera. Es de ese libro del hotel maldito que tanto te gustó. Podemos atragantarnos con palomitas de caramelo antes de que aparezca el título de la película. ¿Qué dices?

—Suena bien, Oli… —Me detuve algo distraído, pues tenía que tomar el camino que conducía a la Universidad Gregoriana—. Pero tengo algo importante que hacer justo ahora.

—¿Con Aiden? —inquirió Olivia con una ceja enarcada.

—Luego te cuento, mi querida Pamina. —Le pellizqué una mejilla—. Ve a descansar, que mañana celebraremos.

VI

Las letras doradas que inscribían el nombre de la Biblioteca Pública de la Universidad Gregoriana destellaban con los últimos rayos del sol. Emil ya me esperaba allí, apoyado en uno de los gruesos pilares que sostenían el dintel.

—Te ves bien, D —me saludó él con el apodo que había robado a Olivia, mientras colgaba uno de sus largos brazos en mi espalda para recargarse sobre mí—. ¿Acaso vienes de una cita, picarón?

Me lo quité de encima.

—No te burles. Siento que estoy haciendo algo horrible —admití.

—Ah, no deberías. Tómalo como una inspección de rutina. Es más: si el librero en verdad no tiene nada que ocultarte, no hay por qué temer, ¿verdad?

Suspiré. Tras la noche en que Emil sembró en mí la duda, no conseguí sacar de mi cabeza la idea de comprobar que el librero era de fiar. Confiaba en que el interés de Guido por mí se debía a su amistad, y el que mostraba por mi familia solo se fundaba en cuestiones académicas, pero, dadas las circunstancias, no podía perder la oportunidad de comprobarlo.

Entramos. Emil me condujo a la sección académica a zancadas, y cuando llegamos reparé en que habíamos acumulado un buen número de miradas de reprobación, incluyendo la de la secretaria de nariz aguileña que

custodiaba las puertas de vidrio de la sala de investigaciones. Emil, indiferente a todo ello, presentó su identificación y accedimos a la sala.

—Un momento —nos interrumpió la vigilante—. Tu identificación —me exigió.

—Necesito constatar el nombre de uno de los colaboradores de la universidad —expliqué a la mujer en voz baja—. Está a cargo de una investigación. Se llama Guido M. y…

—Solo pueden ingresar maestros o colaboradores —terció ella en tono monocorde, como si a diario tuviera que lidiar con jóvenes que se estampaban como moscas contra las puertas de cristal que ella custodiaba—. ¿Eres algo de eso?

—Vamos, *Anita* —intervino Emil con voz meliflua—. Es una emergencia. Solo necesitaremos diez minutos. Te lo prometo.

La mujer soltó un bufido de exasperación y me hizo un gesto con la cabeza para que pasara.

—Diez minutos. De lo contrario, llamaré a la policía.

Nos llevó mucho menos localizar lo que necesitábamos. Los registros estaban guardados en grandes cajones metálicos organizados por temáticas, apellidos de los investigadores y fechas. En ninguno figuraba el apellido de Guido ni su trabajo.

—Mira esto —me dijo Emil, mostrándome un libro en el que se hallaban los nombres de todos los académicos que habían estado vinculados a la Universidad Gregoriana. El de Guido no figuraba.

—¿Quién te dijo que Guido no era de fiar? —inquirí—. Me gustaría saber sus motivos.

—Mi nuevo maestro de Historia del Arte —respondió Emil, dándome la espalda para ir a dejar el libro a su sitio—. Resulta que fue compañero de carrera del dueño de la Biblioteca de Alejandría, y no guarda buenos recuerdos de él. Me contó que tu jefe siempre tuvo una fijación enfermiza con las sociedades secretas y las familias involucradas. Despreciaba el materialismo histórico y prefería las especulaciones. Con razón nunca llegó a obtener un título.

—Eso no puede ser cierto —rebatí—. Guido es reconocido en la ciudad por su labor académica y crítica.

—Es reconocido porque ha hecho buenos contactos. ¿Sabías que es uno de los amigos más cercanos del escritor Frank S.? Quién diablos no podría aparentar ser lo que se le venga en gana con semejantes influencias.

No respondí. Había pasado esos meses escribiendo el encargo de Frank, y aunque se trataba de una novela bastante breve, mi progreso con ella había sido mucho más acelerado de lo que se esperaba. No me tomaría mucho terminar de relatar la historia de lady Priscila, y cuando lo hiciera, comprobaría por mí mismo el poder de esas influencias de las que hablaba Emil.

—Ven —dijo él, haciéndome una seña para que siguiera sus zancadas, cosa que hice casi a trote.

—¿A-a dónde vamos? —tartamudeé nervioso.

—A abrirte los ojos —respondió, y me sostuvo la puerta para que saliera del archivo junto a él.

Nos dirigimos a una enorme computadora situada cerca de la entrada de la biblioteca. Emil tecleó una clave y un recuadro buscador apareció en la pantalla. El artista me hizo un gesto y me acerqué al teclado para escribir, con manos trémulas, cada letra del nombre de mi jefe, al que hace tiempo que consideraba mi amigo.

La búsqueda no arrojó ningún resultado.

—¿Qué se supone que significa eso? —pregunté en un susurro, pero la quemazón en la boca de mi estómago me anticipaba la respuesta.

—Ay, Dorian —murmuró Emil, y sus ojos se volvieron compasivos cuando buscaron los míos antes de que me dijera, sin asomo de duda—: Tu jefe no está relacionado de ninguna forma con esta universidad.

VII

Emil trató de detenerme, pero no insistió cuando emprendí la carrera a la librería. Llegué jadeando, pero no era solo la agitación lo que aceleraba mi pulso mientras subía las escaleras que conducían a la oficina de Guido. Cuando entré sin llamar, el librero ya se había levantado de su asiento.

—Tu investigación… —exigí con la respiración entrecortada—, ¿dónde está?

Silencio. Pasmo. Los labios del hombre se abrieron trémulos, pero de ellos no emergió la respuesta que yo necesitaba oír, sino tan solo un torpe balbuceo que prendió fuego en mis venas.

—¿Qué diablos te pasa, chico? Si te calmas un poco…

—El trabajo que te encomendó la universidad —repetí—. ¿Dónde está?

Esperé a que se molestara conmigo, a que me sacara de su estudio por semejante drama, a que me dijera cuán equivocado estaba. Pero se quedó quieto. Incluso cuando comencé a rebuscar entre el desorden de páginas en su escritorio, desesperado por algún indicio, algún consuelo…

—No encontrarás nada allí —dijo Guido, y su voz, por primera vez, era la de alguien que se había rendido.

Levanté los ojos y di con los suyos, que tenían el color del humo antes de desvanecerse en el aire. Comencé a negar, incrédulo.

—Dorian, déjame explicarte…

Di media vuelta y corrí a la buhardilla, ciego de ira. Aquel lugar, que había sentido tan mío como pocos, de repente me pareció triste y decadente. Quité las páginas que había pegado en las paredes con violencia, rasgando algunas en el acto, y me invadió la sensación de estar arrancándole las alas a un ave. Dolía, pero necesitaba que lo hiciera. Debía depurar aquel lugar de mi presencia.

Una voz familiar —tal vez incluso más que la del librero, pues había sido una visitante frecuente en mis sueños— se deslizó en la asfixiante quietud de la recámara.

—Espera, Dorian…—Sus manos buscaron las mías y me aparté con brusquedad—. ¡Dorian! —Adela sujetó mi rostro, obligándome a mirarla a los ojos.

Los suyos lucían ansiosos, brillantes, y esa oscuridad que antes me había llenado de interrogantes ahora me decía la verdad: «Yo también estoy llena de mentiras».

—Lo siento tanto —musitó. Estaba tan cerca que habría podido besarla. Me odié por pensarlo, y otro tanto a ella por el poder que le había concedido, pero aparté sus manos lentamente con las mías.

—Me usaron —mascullé, mi pecho subiendo y bajando al ritmo de mi respiración desbocada—. Tú y él.

Pude ver cómo Adela se estremecía.

—Nunca quise que esto pasara —admitió—. Lo detesto tanto como tú, pero no dependía de mí y…

—¿Siquiera eres su esposa? —inquirí de repente.

Adela se rodeó la cintura con los brazos y apartó la mirada. Vi una lágrima correr por su mejilla, y tuve que asegurarme bien de seguir guardándome las mías.

—Todo esto es mi culpa —oí decir a Guido desde el umbral de la puerta —. Debí habértelo dicho antes. Pero…

—¡Pero querías que fuese tu maldito títere! —exploté—. Se acabó. Deberás encontrar otra forma de meter tus narices en mi familia. Quédate con tu puta farsa.

Empecé a alejarme, pero el librero me tomó por el brazo con brusquedad, obligándome a girarme a él.

—¿Quieres la verdad, Dorian? —me preguntó, y algo en su mirada me hizo sentir la urgencia de retroceder, pero él se adelantó—. Pues yo tengo la mía, y he luchado mucho por conseguirla…

—Guido. —Adela se aproximó, enjugándose las lágrimas con el dorso de la mano—. No lo metas en esto.

—¿No crees que lo merece? —preguntó él, sin apartar sus ojos de los míos—. Yo creo que sí. Y no es como si pudiera escoger. Él siempre ha estado en medio de todo esto.

—¿De qué hablas? —pregunté contrariado.

Guido vaciló por un instante, como si se armara de valor.

—Nunca quise hacerte daño —dijo al fin—, y sé que esto te lo hará, pero creo que debes saberlo.

—Eres un maldito charlatán —murmuré sin parpadear, pero algo en la expresión lúcida del hombre y en la presión de su mano en torno a mi antebrazo me decía que no mentía en aquel momento.

—Sí, tal vez lo soy —dijo él para mi sorpresa—. Pero si hablamos de farsas, que tire la primera piedra el que esté libre de pecado.

VIII

Vivimos de mentiras. Detrás, encima, en medio de ellas. Son nuestro pan de cada día. Dormimos bajo el dulce influjo de las farsas, y cuando

despertamos nos dan de comer. Nos libran de las consecuencias de la verdad, de su castigo, de las lenguas viperinas. Permiten que la vida siga su curso, pues las apariencias tienen su propio mercado y la demanda es inagotable. Pero las mentiras son el más sincero elogio a la verdad, pues reconocen su naturaleza inestable, incontenible. Son el sustento de nuestra realidad. Mientes a tus amigos, a tu pareja, a tus padres y a tus hijos. Y así es como funciona nuestro mundo. Para unos más que para otros. Para los V., mucho más.

Creía saberlo, pero aquella noche descubriría que el engaño de Guido debía ser una de mis menores preocupaciones en comparación con lo que él guardaba en la habitación del sótano, o más bien debajo de ella. Después de todo, las sospechas del conserje no estaban mal encaminadas.

Cuando el librero descubrió, bajo la alfombra del taller de Adela, una trampilla de metal escondida en el suelo de madera, me pregunté si aquel día no habría sido el último en que pude ver la luz del sol. ¿Por qué otra razón me revelaría Guido todo aquello? Le resté importancia en ese momento, estancado en un paroxismo de insensibilidad; como si la suma de todas mis emociones resultara en ruido blanco.

Descendí por la escalera metálica por la que Guido acababa de desaparecer, y aunque lo hice con el mismo escepticismo aparente con que lo había acompañado hasta ese lugar, nada pudo haberme preparado para lo que hallaría ahí dentro. Me parecía haber penetrado en una versión ampliada de la cámara secreta del tío John. La habitación estaba tapizada de estanterías con una colección de VHS marcados con diferentes fechas, libros y documentos escritos a mano. También había vitrinas donde descansaban diversos elementos en los que reconocí algunos signos distintivos familiares. Emblemas de la Orden; el escudo del águila bicéfala custodiando el triángulo con un ojo en el centro; anillos, cintos, elementos y símbolos que solo había visto en la cámara de John, y otros que me eran totalmente ajenos.

—¿Te es familiar algo de esto? —me preguntó Guido.

No respondí. Aun en medio de mi pasmo, permanecía reacio a decir a aquel hombre una palabra más sobre mi familia.

—Esto es enfermizo —mascullé, y el silencio infranqueable del lugar amplificó mi voz—. ¿Pretendías que yo te condujera a la Orden? —inquirí, volviéndome a Guido—. ¿Tan desesperado estás por entrar?

—No te adelantes —me cortó el librero.

Se dirigió al fondo de la sala, más grande de lo que me pareció al principio, y encendió una luz amarilla que alumbró una enorme pared atiborrada de papeles y marcas. Me acerqué con lentitud, vacilante. Sobre un escritorio lleno de documentos apilados en estricto orden, se extendía un enorme mapa de investigación, conformado por fotografías, informes, recortes de periódico y notas escritas a mano. Un hilo rojo unía unas partes con otras, y me aterró advertir que reconocía varios de los rostros que veía allí, partiendo de los de mi abuelo y mi padre, que se encontraban en el centro, y el de John, que pendía justo encima de ellos. A su alrededor estaban todos los demás: Daniel, Isabella, Henry, Lydia… Incluso varios primos, entre los que se encontraban Giovanni y Emma, y otros a los que no había visto en años.

—Las notas de prensa —dijo Guido, haciéndome dar un respingo—. Fíjate en ellas.

Reprimiendo un escalofrío, seguí el hilo rojo que conectaba a Oscar V. con uno de los recortes de periódico. «Red de tráfico de personas desmantelada», versaba la nota. Contuve el impulso de retroceder. Era lo mismo que Fausto nos había advertido a Aiden y a mí, pero provenía de fuentes distintas. «Asesinan al nuevo ministro de guerra; ascienden los V. al poder», «Denuncia masiva de menores desaparecidos a partir del gobierno de Carlos V.», «Restos de mujeres y niñas encontrados en fábricas abandonadas del ministro»…

—He observado a los V. y a los miembros de la Orden desde hace muchos años —oí decir a Guido a mis espaldas—. No te mentiré, todo esto comenzó porque me obsesionaba la idea de entrar a una de las organizaciones más prestigiosas y exclusivas del país. Estaba seguro de que guardaban conocimientos tan poderosos que podrían revolucionar el mundo, deseaba saber qué escondían. Y ya que no pude entrar, comencé a investigarlos en profundidad para encontrar mis propios medios. Mi motivación cambió con los años porque, como verás, lo que comencé a encontrar no era precisamente codiciable para mí.

»Los V., tu familia, la que se ha mantenido durante generaciones en cargos políticos y en cabeza de la Orden, está detrás de una de las redes de tráfico de personas más grande del mundo. También tienen nexos con la mafia y un culto sexual en el que involucran a menores de…

—Esto es basura —espeté, girándome al librero—. Tu vida debe ser demasiado patética como para que pretendas acusar a mi familia de algo como esto. Solo son notas de prensa amarillista.

Guido esbozó una sonrisa triste.

—Cómo quisiera que fuese así —dijo, comenzando a caminar por la sala —. Lo que está en ese muro es solo una pequeña parte, hijo. ¿Quieres pruebas? Te daré una. —Abrió un cajón y comenzó a buscar entre algunas carpetas—: John, tu tío, desaparece cada fin de semana. ¿Sabes lo que hacen en la isla privada a la que va? —Extrajo una carpeta que contenía algunas fotos y una nota periodística. Vi una de John acompañado de una mujer mucho más joven que él, quien iba medio desnuda y tenía una expresión de extravío en el rostro—. Acude junto algunos de los miembros influyentes de la Orden, quienes propician una de las redes de trata de personas más peligrosas del país.

»¿Quieres más? Tu primo Giovanni. —Extrajo otra carpeta y me señaló una línea marcada con resaltador amarillo—. Hijo del banquero y una de las nuevas promesas de la Orden. Ve a esta dirección, y fíjate en cómo consigue las drogas para su fraternidad universitaria. Su padre es dueño de los…

—No quiero oírlo —lo interrumpí—. Si es lo que crees y tienes tantas pruebas, ¿por qué no vas y se lo muestras a la policía?

—Porque aprecio mi vida —declaró Guido. Jamás lo vi tan serio y lúcido —. Y necesito conservarla si quiero que todo esto no sea en vano. Lo será si se me ocurre sacar a la luz los trapos sucios de los V. Tienen amigos incluso en las instituciones de control. Jueces, magistrados, policías, abogados…

—Mi papá… —Mi voz se quebró—. Él era un hombre bueno —afirmé como pude, pero dejé que la frase se disolviera en la penumbra de aquella habitación que olía humedad y cintas de VHS, a la espera de una confirmación.

—Tal vez lo era. —Guido se apoyó en el escritorio—. Pero a veces estas cosas superan a la gente, y terminan inevitablemente atrapados en ellas.

Me sentí mareado. Me llevé las manos al rostro y retrocedí un par de pasos.

—Lo siento mucho, Dorian.

—Aiden… —murmuré, dejando caer mis manos—, ¿él está al tanto de esto?

Guido negó con la cabeza.

—Él no tiene vínculos con la Orden. Tu tío lo usa como una de sus fachadas de altruismo. Ahora más que nunca le conviene ser visto como un hombre compasivo, y ese muchacho ayuda bastante con eso. Ese es el *modus operandi* de los V.: encuentran a alguien vulnerable y se ganan su fidelidad. Lo convierten en su perro faldero, alguien incapaz de traicionarlo o volverse en su contra ante cualquier acusación. Temo que él también está en riesgo. Cuando todo esto acabe…

—¿Por qué haces esto? —pregunté.

—Alguien debía hacerlo. Y no estoy solo, chico. Tengo buenos aliados. No son demasiados, pero confío en ellos, y ellos confían en mí.

—Yo podría delatarte.

—Podrías hacerlo —asintió. Las luces blanquecinas de la sala resaltaban las arrugas de su frente, dándole un aspecto mayor—. Pero tú, Dorian, no encajas en mis cálculos. No has sido iniciado y tu familia no te ha involucrado en sus asuntos. Tienes un rol en todo esto, aunque no sé cuál es. Solo sé que confío en ti, y por eso siento que lo mereces; mereces saberlo. Sé que no me equivoqué contigo.

Maldije por lo bajo, hundiendo las manos en mi cabello.

—Escucha… —Guido se acercó a mí y buscó mi mirada, pero yo lo rehuí —. Sé que estas en riesgo. La Orden irá por ti. Lo del Narciso es una de las primeras señales, pero también puede ser una forma de advertirte. No somos los únicos que están detrás de lo que guarda la Orden, y es probable que haya gente que quiera venganza. Es por eso que el detective Cecil T. está investigando lo que hay tras la muerte de tu abuelo y de tu padre. ¿Dorian? ¿Me escuchas?

—Necesito… —balbucí—. Necesito estar solo.

Subí la escalera temblando, pero ya no era odio lo que me invadía.

Salí de la librería y me encaminé hacia el piso de Olivia sin tener idea de qué pretendía encontrar, pues sabía bien que no era consuelo. Sin embargo, cuando llegué, aturdido y jadeando, con la sensación de haber despertado en una dimensión gélida y extraña, no la hallé en casa.

Rehíce mi camino al parque como un autómata. Tenía la sensación de andar con una herida abierta que me desangraba, mas no podía localizar. ¿Cómo suturar una piel que se convierte en humo? ¿Cómo adaptarme a la forma inconsistente de la realidad, si la mañana me prometía ser uno y noches como aquella me convertían en una persona a la que desconocía?

Cuando divisé la figura alta que venía en sentido opuesto a mí en el camino del parque, me pareció que mi mente, harta de no encontrarme una forma, le daba una a la noche: una isla en medio de un océano de tinieblas. Sin embargo, a medida que la distancia se agotaba, reconocí sus rasgos, su forma de caminar, la expresión que esbozaba al contemplarme. Entonces me vi corriendo a él. El martilleo de mi pulso acompasaba la prisa de mis pisadas y la brisa del verano zumbaba en mis oídos, abriéndose paso dentro de mí, disolviendo toda coraza. Sentía que sorteaba las tinieblas, que correr hacia él de esa manera me otorgaba una libertad a la que ya nunca podría renunciar.

Choqué con el pecho de Aiden, haciendo que se tambaleara un poco. Me permití sentirlo, respirarlo, incluso si mi abrazo a duras penas era correspondido. Sus manos encontraron mis hombros y me apartó con suavidad para interrogarme con la mirada. Solo ante aquel reconocimiento noté que la tibieza en mis mejillas se transformaba en humedad, que el peso en mi pecho se rompía en sollozos que ya no fui capaz de contener. El llanto que retuve durante tanto tiempo en el que me creí incapaz de sentir me esperaba allí, en el cauce de esos brazos. Aiden supo leerme; siempre lo hizo, y aquella noche siguió atento el camino que trazaban mis lágrimas. Sus manos, que antes me habían separado, esta vez me ciñeron a él, y sus brazos me rodearon como si temiera que desapareciera.

«No dejes que desaparezca. No quiero desaparecer».

Y lloré. Lloré por papá, por mi abuelo, por la verdad, por las mentiras. Lloré por todas las veces en las que había tenido miedo. Lloré por haber temido llorar, por mentirme, por juzgarme. Por lo que temía ser. Y por todo lo que estaba seguro de que era.

Notas:

[10] «Veo la ciudad de nuevo en celebración y delirio / Sofocante bajo el sol y bajo la alegría / Y escucho en la música gritos, risas / Que estallan y rebotan a mi alrededor…».

[11] «Manera de ser».

12

LUX IN TENEBRIS

I

El sueño se desvaneció y noté la pesadez de mis párpados sobre mis córneas, la sensación de que me envolvía un fulgor tan intenso que quemaba, hasta que abrí los ojos. Yacía al lado de un ventanal en forma de media luna por cuya cortina penetraban los rayos del sol, sin pudor alguno.

«Pudor…».

Me costó saber si la mano de Aiden alrededor de mi cintura durante la noche también había sido parte del sueño. Incorporándome sobre las frazadas, comprobé con un atisbo de inquietud que él no estaba en la cama. Entonces reparé en el abultamiento bajo mi ropa interior y agradecí su ausencia. «¿Pero qué diablos te está pasando, Dorian V.?», pensé al borde de la histeria mientras me frotaba los hinchados ojos.

Miré a mi alrededor, intentando calmarme. Me hallaba en un extremo del piso universitario de Aiden. La cama estaba encajada entre el ventanal y un viejo piano cuya tapa superior hacía las veces de mesa de noche. En el extremo opuesto estaba la cocineta y la puerta a lo que debía ser un baño, de donde venía el sonido de una ducha. «Bingo», pensé, entre aliviado y aterrado. La pared frente a la cama la ocupaba una estantería con una colección de vinilos y otra de libros bastante envidiable; probablemente aquella de la que había hablado Emil.

Todo a mi alrededor parecía un poco más desgastado —y curiosamente entrañable— bajo la luz del sol. Sin embargo, el miedo me atenazaba. Me daba cuenta de que la noche tenía tanto poder como uno quisiera dárselo, y

yo no solo había permitido que me contara la verdad; también había elegido contársela.

Dejé que me sobreviniera el recuerdo de lo ocurrido al final del día anterior: el semblante triste de Adela; la guarida secreta de Guido; el abrazo de Aiden y luego su guía en medio de las tinieblas hacia el estudio de la residencia, donde yo se lo había contado todo. Él, sentado a mi lado, me oyó sin interrumpirme, y aunque al terminar pensé que su silencio se debía al afán de abogar por John que había mostrado en otras oportunidades, me dijo con determinación:

—Te creo.

No pedí explicaciones. Estaba exhausto. Tan solo me encaminé a la cama, me deshice de la ropa y me metí en las frazadas, sin poder evitar volver a ceder al llanto. Lo necesitaba. Y él lo sabía. Por eso no hizo nada para interrumpirlo; tal vez era consciente de que hay consuelos que solo los concede el desahogo. Se sentó a mi lado, encendió una lamparita, y dejó que su voz llenara la quietud del piso mientras leía: «En mis años mozos y más vulnerables, mi padre me dio un consejo que desde aquella época no ha dejado de darme vueltas en la cabeza…».

Me quedé dormido, y en algún punto de la noche desperté con su brazo apoyado en mi cintura. Pudo haber ocurrido por accidente, o no. Lo que no había sido un accidente había sido mi agarre sobre su mano; mis dedos entrelazando los suyos y tirando de su brazo para atraer a mi cuerpo el contacto firme y reconfortante del suyo. Y entonces ya era de día, y hacía calor, y toda mi piel tenía su olor cuando dejé la cama, trastabillando sobre el suelo de madera desgastada.

Volví a restregarme un ojo mientras reparaba en el ejemplar de *El gran Gatsby* que yacía sobre el piano. Me disponía a devolverlo a la estantería, pero algo en el peso y la textura del libro me obligó a detenerme. Examiné el ejemplar y vi, con un pinchazo de sorpresa, que tenía los bordes desgastados que caracterizaban a mi viejo ejemplar; uno de aquellos de los que John se había librado. Aquel detalle tan solo fue el inicio de una cadena interminable de otros que hallaría al explorar la estantería: una edición de *Drácula* con el lomo engastado en cuero rojo; el tomo de *El hobbit* con las tapas de tela

verde desnudas; la versión ilustrada de *Peter Pan* con una manchita de chocolate en la cara interna de la solapa…

—¿No crees que es un poco tarde para hacer un inventario? —preguntó una voz profunda a mis espaldas, aún algo enronquecida por el sopor.

Me volví a Aiden, tapándome la entrepierna de manera instintiva. Mis mejillas ardían por la temperatura del lugar, pero lo hicieron con furia cuando lo vi medio desnudo —como un eco de mi sueño—, con el pelo húmedo, el agua goteando de su piel y una toalla pendiendo de su cadera como por arte de magia. Me miró de arriba abajo con una expresión entre divertida y apacible antes de preguntarme:

—¿Cómo te sientes?

Recordé su abrazo; la brecha que se había abierto en mí entonces. Y llegué a la misma conclusión a la que había llegado en su cama mientras lloraba a mi familia, a quien era yo: había abierto una puerta que me esperaba desde hace tiempo, pero aún no había sido capaz de lanzar la llave al precipicio.

—Mis libros —dije entonces, recuperando la voz de súbito—. ¿Qué hacen mis libros aquí?

II

—¿Tus libros? —preguntó él, ceñudo, comenzando a caminar hacia un ropero al otro extremo de la sala. Le di la espalda justo en el momento en que dejaba caer la toalla—. Los libros de John, querrás decir —agregó en tono casual.

—¡Son mis libros! —exclamé apretando los puños—. Los libros que me regaló papá, los que heredé de él y los que él heredó de mi bisabuelo. La señora P. me dijo que John los había donado, pero en realidad te los regaló a ti, ¿verdad? ¡Por supuesto! ¡A su prodigio personal! ¿Es eso lo que…?

La bata blanca que Aiden estampó en mi pecho me hizo recordar que yo aún me encontraba medio desnudo.

—Cálmate —dijo detrás de mí con cierta severidad irritante.

Le arrebaté la prenda y me la puse con prisa mientras él hacía lo propio con un albornoz negro. Se había puesto los pantaloncillos, y aunque intenté

apartar la mirada, me fue imposible hacerlo cuando advertí que tenía un enorme moretón que le recorría el costado.

—Por Dios, ¿ahora boxeas en tus ratos libres? —inquirí.

—Algo así. —Aiden se encogió de hombros mientras se anudaba el albornoz en la cintura. No obstante, una sonrisa volvía a aflorar a sus labios cuando se giró a mí, ladeando la cabeza—. Esa bata te queda enorme. Si no fuera por esta fea arruga… —Dio un toque al espacio entre mis cejas con uno de sus dedos—, diría que te ves adorable.

Retrocedí, camuflando bajo mi enojo el azoramiento que me provocó aquella declaración.

—¡No cambies el tema! —protesté, a sabiendas de que fui yo mismo quien lo hizo primero.

Aiden exhaló.

—John no sabe que tengo estos libros —explicó, cruzándose de brazos—. Tenía entendido que eran suyos, así que nunca comprendí por qué quiso deshacerse de ellos.

—¡Se supone que eso fue lo que hizo! —exclamé.

Aiden levantó una mano para mandarme callar.

—Hace un par de años, cuando comencé a trabajar para tu tío, él ordenó al personal que lo hiciera —explicó—. Cuando me enteré, les dije que yo me encargaría de eso, pero en realidad los traje aquí. John nunca viene a este lugar.

Maldije a mi tío para mis adentros. Sin importar nuestros momentos oscuros y las cosas de las que me había enterado la noche anterior, pensé que jamás llegaría a odiarlo tanto como en ese instante.

—Lo siento. —El contacto de la mano de Aiden sobre mi hombro me reconfortó de maneras insospechadas—. No tenía idea de que eran tuyos. Puedes llevártelos cuando quieras.

Contemplé la estantería. «Donde está tu tesoro, allí está tu corazón», recordé. No había tenido la oportunidad de comprobarlo hasta ese momento, pero de todos los lugares en donde mi tesoro podría estar a salvo, me pareció que aquel viejo piso lleno de luz y quietud era el más indicado.

—Estarán bien aquí, al menos por ahora —suspiré—. Gracias por cuidarlos. Lamento lo que dije antes.

Aiden esbozó una de sus sonrisas generosas, con los ojos colmados del resplandor límpido que llenaba la recámara, y algo se removió dentro de mí. Decidí atribuirlo al hambre.

—No hay nada que lamentar —repuso antes de dejarme para dirigirse a la cocina—. En especial lo de que soy un prodigio. —Se volvió apenas para espiar mi reacción.

—Eso fue sarcasmo —me defendí en tanto me dirigía a la ducha.

El agua me ayudó a sentirme despejado. Cuando salí del baño, en el apartamento flotaba el aroma del café recién hecho. Aiden seguía maniobrando en la cocina, así que me dirigí a la estantería.

Perdí la noción del tiempo mientras extraía y reconocía mis libros con la sensación urgente de quien teme que la realidad desmaterialice su sueño. Pero el sueño estaba en mis manos, y podía rozar sus lomos, pasar sus páginas entre mis dedos, reconocer el olor inconfundible de la tinta que latía sobre el papel como la sangre en un ser vivo…

—¿Los leíste todos? —pregunté al músico en tanto examinaba el tomo de *El gran Gatsby*—. Olvídalo. Es evidente que lo hiciste.

—He leído varios, pero si lo dices por las marcas, ya estaban allí cuando los traje —advirtió Aiden, apoyado en el mesón de la cocina—. ¿Tomas café?

—No…

—¿No?

—No. Quiero decir, sí tomo café, pero yo no marco mis libros —aclaré confundido.

—Sugeriría que fue John —atajó Aiden—, pero no tiene empatía por la literatura y es demasiado pragmático como para haberse molestado en dejar marcas en algo que planeaba eliminar.

Asentí, volviendo a examinar con detenimiento la página en la novela de Fitzgerald. El papel tenía un grabado sutil, como el que deja la presión firme de una pluma sin tinta. Señalaba una frase:

—«Y así seguimos adelante, botes contra la corriente, empujados sin descanso hacia el pasado» —leí en voz alta.

—Es uno de mis favoritos, como el de *Alicia* —me dijo el músico, pasándome la taza de café. La recibí ensimismado, sin despegar los ojos de la

novela—. Pero yo diría que no solo es una buena colección de libros, sino también de citas.

Di un sorbo al café y Aiden hizo lo mismo. Entonces mis ojos volaron a él y vi que sus mejillas parecían retener el líquido, al igual que lo hacían las mías. Fuimos corriendo a la cocina y escupimos el potaje amargo que había resultado de los esfuerzos del músico.

—Haces el peor café que he probado en mi vida —reí.

—Lo sé —admitió él de buen humor, limpiándose los labios con el dorso de la mano—. Supongo que mis talentos son otros

Por fortuna, aparte de café había leche fresca. Aiden había hecho huevos cocidos, que acompañamos con pan y salchichas. Me pareció extraño que tuviera todo eso en un piso al que se suponía que no acudía con frecuencia. Se lo iba a preguntar, pero estaba demasiado abstraído pensando en cómo habían llegado aquellas señales a mis libros.

—¿Alguna idea de quién pudo haberlo hecho? —me preguntó Aiden mientras estábamos sentados en la mesa del desayuno.

—Supongo que la señora P. no es una opción.

—Creo que a ella le van más las revistas del corazón —meditó él—. Además, los libros permanecían bajo llave en la biblioteca de John. Debió ser alguien que haya tenido acceso a ellos desde antes, como… —Sus ojos se abrieron grandes al dar con los míos y creí que compartíamos la misma sospecha hasta que murmuró—: *Hamlet*.

—¿Qu… qué? —inquirí confundido mientras él se levantaba para dirigirse a la estantería.

Lo seguí y esperé ansioso a que encontrara lo que buscaba: un ejemplar de *Hamlet*; la frase marcada con el mismo trazo discreto.

—Escena VIII —leyó mientras yo me asomaba a su lado—: Polonio aconseja a su hijo Laertes antes de que este parta a Francia: «A todos presta oídos; tu voz, a pocos. Escucha el juicio de todos y guárdate el tuyo. Ni tomes ni des prestado, pues dando se suele perder préstamo y amigo. Y sobre todo, sé fiel a ti mismo, pues de ello se sigue, como el día a la noche, que no podrás ser falso con nadie». —Aiden se giró a mí con los ojos brillantes—. Son consejos, Dorian, consejos como los que pudo darte…

—Mi papá.

III

La música de Queen que reproducía el tocadiscos ocupaba cada espacio del que el silencio había sido señor y dueño horas atrás. Aiden iba y venía con mis libros mientras yo, sentado a la mesa del comedor, tomaba nota como un poseso en mi agenda de cuero.

—«Si muchos de nosotros dieran más valor a la comida, la alegría y las canciones que al oro atesorado, este sería un mundo más feliz» —leyó Aiden, alzando un poco la voz para hacerse escuchar por encima de un solo de Bryan May.

—¡Más despacio! —exigí con un cigarrillo entre los labios, al tiempo que garabateaba la cita que Aiden acababa de dictarme.

—*Si. Muchos. De. Nosotros…* —Lo oí acercarse a mis espaldas.

—Aiden… —Hice rodar los ojos.

—Dooorian… —me imitó, burlón.

Se acercó para dejar el libro abierto sobre la mesa y me arrebató el cigarrillo antes de volverse a la estantería.

Durante esa tarde, y con la ayuda de Aiden, me había dedicado a llenar varias páginas con todo tipo de citas guardadas en aquella colección de libros. Solo habíamos parado para dar cuenta de la comida rápida que habíamos pedido, y mi mano comenzaba a entumecerse. Sin importar lo que me hubiese contado Guido la noche anterior, ante mí había aparecido la posibilidad de llenar el silencio doloroso y hueco que dejó la muerte de mi padre, y por medio de la herencia más valiosa que me legó: libros de los que él mismo se había servido para hacer aquello en lo que residía el valor de estos: guardar su propia voz y sabiduría en las letras de otros, fundiéndose en la naturaleza sempiterna de las palabras. Me parecía oírlo en cada frase, en cada consejo que escuchaba y transcribía en el papel.

Terminé de escribir la cita y me levanté para estirarme y unirme a Aiden a la estantería, con el reconfortante tacto de las solapas de *El hobbit* entre mis manos.

—«Si buscas la perfección, nunca estarás contento» —leyó Aiden de una vieja edición de *Anna Karenina* antes de pasármela con las cejas arqueadas —. No lo digo yo; lo dijo Tolstoi.

Asentí, sonriendo a mi pesar. Guardé el tomo bajo mi brazo y volví a tomar el ejemplar de *Hamlet* en busca de otras citas. Descubrí otra que señalaba un pasaje de la carta de *Hamlet* a Ofelia. Me disponía a leerlo en voz alta, pero la garganta se me cerró cuando mi mirada rodó por las líneas: «Duda que ardan las estrellas, duda que se mueva el sol, duda que haya verdad, mas no dudes de mi amor». Pasé las yemas de mis dedos por aquellas palabras, como si quisiera grabarlas incluso en mi tacto. No me percaté de que Aiden se asomaba por encima de mi hombro hasta que escuché su voz cerca de mi oído.

—Él en verdad te amaba.

Sacudí la cabeza mientras apilaba el libro bajo mi brazo.

—Aún no sabemos si fue él quien lo hizo.

Aiden, con ademán meditativo, estampó lo que quedaba del cigarro en un cenicero que hacía las veces de separador en la estantería.

—¿Qué necesitas para estar seguro? —me preguntó.

Pensé en mi ejemplar de *Veinte mil leguas de viaje submarino*. Debía volver por él a casa de Guido; me pareció que allí encontraría la respuesta definitiva. Iba a decírselo a Aiden, pero él se había quedado atrapado en la contemplación de los libros.

Yo, después de todo, pese a haberme creído desposeído de toda convicción propia la noche anterior, había recuperado mi tesoro, y con la posibilidad de descubrir que era aún más precioso de lo que alguna vez pensé. Él no tenía manera de rastrear su pasado familiar, y para entonces yo comenzaba a comprender que aquello no siempre era algo con lo que fuera fácil lidiar. Quise ser yo quien lo abrazara esta vez, mas no me sentí capaz de recrear esa escena que había gestado en la penumbra. ¿Cómo vería a Aiden a los ojos si lo abrazaba entonces? ¿Cómo devolverle, aun así, la calidez que me ofrecía su presencia?

La voz de Freddy Mercury irrumpió en el curso de mis pensamientos, y bendije al inglés cuando la letra de la canción me vino a los labios.

—¡Esta parte! —exclamé antes de dirigirme al tocadiscos para terminar de subir el volumen hasta el tope—. *Beelzebub has a devil put aside for me…*

—¿Enloqueciste? —inquirió Aiden, pero un brillo de diversión refulgía en su mirada.

—*For me…* —Lo tomé de la muñeca y me dirigí a la cama, arrastrándolo conmigo.

—¿Qué…?

—*For me!* —Me trepé en la cama y comencé a saltar mientras la guitarra eléctrica atronaba en medio del apartamento.

Aiden me miraba, divertido.

—*So you think you can love me and spit in my eye?* —canté, o más bien grité, sosteniendo un micrófono imaginario frente a mi boca.

—*So you think you can love me and leave me to die?* —respondió él, subiendo a la cama conmigo para ceder a mi arrebatada invitación.

Comenzamos a cantar juntos a todo pulmón en medio de risotadas y saltos, como si la letra de la canción se hubiese convertido en nuestro nuevo lenguaje; uno en el que cabía toda interpretación y ninguna a la vez. *Bohemian Rhapsody* parecía no tener un significado preciso, pero resultaba fácil verse en el hombre que se confesaba culpable, en el pobre chico al que nadie quería, y en el que ahora declaraba su renovada fe en el destino en una explosión de euforia.

Cuando el coro terminó, seguí el solo con una guitarra de aire y Aiden tomó asiento ante el viejo piano para tocar las últimas notas de la canción. Entonces, mientras la melodía volvía a adoptar un tono melancólico, bajé de la cama y apoyé un codo en el hombro de Aiden mientras entonábamos:

—*Nothing really matters, anyone can see… Nothing really matters to me.*

Me dejé caer en el colchón, jadeante, como si acabase de librar una batalla. Y tal vez era eso lo que estaba haciendo. Mi pecho aún bajaba y subía con cada respiración cuando Aiden rebotó a mi lado, riendo.

—Pensé que solo los borrachos hacían estas cosas —dijo.

Me giré a él. Noté, por el brillo que cubría cada valle de su rostro, que yo no era el único al que el calor había hecho sudar, y me encontré pensando que, con aquel regreso a la calma que había dejado la euforia, nada tendríamos que envidiar a la intimidad que afloraba entre los amantes.

—Hay otras adicciones… —comenté sin pensar, rememorando las palabras que Aiden me había dicho una vez al hablar sobre las posibilidades de que John estuviese enamorado.

Solo el silencio que llegó tras repetirlas me hizo caer en cuenta de todas sus implicaciones. Iba a tratar de arreglarlo, pero entonces Aiden dijo, girándose a mí:

—Discutí con John.

Fue mi turno de callar por unos instantes.

—¿Fue él quien te lastimó? —pregunté con un hilo de voz, y la mera certeza hizo que mi sangre hirviera.

—No fue él directamente —dijo Aiden—. Solo dio la orden.

—Maldito…

—Lo desconozco. Todo encaja con lo que me contaste anoche: las salidas, el dinero que ha gastado, su exagerada reserva respecto a la Orden. Tenía que confrontarlo. Tenía que saber qué estaba pasando, pero eso lo enfureció. Supongo que, de alguna forma, me dio una respuesta.

—Hiciste bien —murmuré.

Aiden asintió.

—Decidí volver a mudarme aquí… aunque parece que eso no dejará a Narciso fuera de mi vista —dijo de repente.

Lo miré extrañado.

—¿Por qué lo dices?

Aiden me contó sobre su charla con el padre Arturo y confirmé que Narciso había vuelto a hacer de las suyas. Y ya no en un club exclusivo o un cementerio, sino en un confesionario. Alguien había advertido al religioso que yo estaba relacionado con la muerte de los V. y el extravío de sus documentos de defunción; alguien que, según el párroco, parecía bastante arrepentido de haberme «ayudado» en ello. De ahí el cambio de actitud del cura hacia mí.

Solté una carcajada sardónica, al borde de la histeria.

—¿Ahora, además de un asesino, se supone que soy un espía? ¿Y para qué sirve el maldito secreto de confesión si los curas no pueden guardar para sí mismos ni sus hemorroides?

—Espera —me interrumpió Aiden—. El padre no me dijo que fue un secreto de confesión, pero lo dio a entender, porque no me quiso decir quién le dio esa información. Además, si se enteró de eso en un confesionario, ya sabemos que quien está detrás podría ser la misma persona que ha estado siguiéndote.

—¡Es que lo es! —Me giré a él con brusquedad—. Sé lo que está haciendo. Quiere que yo caiga, como lo hicieron mi padre y mi abuelo. Y si la locura de todo esto no acaba conmigo primero, lo hará la policía.

—¿Entonces? —me increpó Aiden—. ¿Qué piensas hacer ahora?

—La verdad es que no tengo idea.

Su mano encontró la mía y el roce de sus dedos sobre la aspereza en mi anular me erizó la piel. Un palmo nos separaba, y la nitidez de la mañana no nos dejaba lugar para escondernos.

—Puedes quedarte aquí, si quieres —musitó. La luz que atravesaba las cortinas resaltaba cada mota de sus iris, la manera en que sus ojos exploraban mi fisonomía como yo lo hacía con la suya—. Pero me parece que lo que necesitas hacer primero es regresar con el librero y terminar lo que empezaste.

—Yo no…

—¿En serio dirás que no puedes?

Tragué saliva.

—Puedo hacerlo —aseguré—. Es solo que…

—No confías en él —atajó—, y no tienes que volver a hacerlo. Solo muéstrale tu fidelidad y puede que esta vez él te revele más cosas de las que tú llegaste a revelarle a él sin saberlo. —Y era cierto. El hombre me había contado su verdad, que a la vez era la de mi familia, y me había dejado ir, después de todo—. Además, ¿no tienes un libro que terminar?

Sonreí.

—Las causas mayores —recordé.

—Mozart se inspiró en las rabietas de su suegra para componer el aria de la Reina de la Noche en *La flauta mágica* —dijo encogiéndose de hombros.

Mis ojos se abrieron de par en par. Nos sentamos en la cama impulsados por el mismo pensamiento, que llegó a nuestros labios al unísono:

—¡Olivia!

IV

Las campanas de la catedral anunciaban la misa de las seis de la tarde cuando llegué al apartamento del librero. Por poco suelto un grito

sobresaltado cuando, mientras cruzaba el pasillo en dirección a la buhardilla, Guido saltó a mi encuentro desde la sala.

—¡Sabía que regresarías, muchacho! —dijo el hombre, rodeándome con torpeza entre sus brazos—. Gracias. Creí que…

—Déjalo, Guido —intervino Adela, saliendo de la habitación matrimonial—. Lo espantarás de nuevo.

Llevaba un vestido de gala color azul zafiro que seguía cada curva de su cuerpo. Procuré evadirla y, por la textura del traje de Guido sobre mi barbilla y el perfume caro que percibía, comprendí que ellos estaban esperando a que yo llegara para salir a la presentación de Olivia. Por poco había olvidado que la falsa pareja también había sido invitada por ella.

—Tengo que ir a cambiarme —declaré cortante, alejándome del efusivo abrazo de Guido.

Sostuve la mirada fija de Adela antes de perderla de vista al subir las escaleras del altillo. Me puse un traje y engominé mi cabello para despejar mi rostro en cuestión de minutos. Necesitaba unos más para dar un vistazo a mi ejemplar de *Veinte mil leguas de viaje submarino*, pero me interrumpió un movimiento que capté con el rabillo del ojo. Al volverme, encontré una silueta de sirena recortándose contra la ventana. Abrí y ayudé a Adela a entrar. Pero en cuanto sus pies descalzos tocaron el suelo, me percaté de que tenía una expresión fiera en el rostro.

—Fuiste tú el que llamó a la policía, ¿verdad?

—¿La policía? —Antes de que pudiera agregar algo más, Adela me empujó con ambas manos con inusitada fuerza, haciendo que me tambaleara.

—Él confió en ti —murmuró Adela con un hilo de voz, rodeándose con los brazos. Temblaba. El miedo le ganaba terreno a la ira.

Comprendí lo que ella y el librero se habían imaginado.

—Yo no llamé a la policía —declaré en tono quedo, haciendo acopio de mi precario autocontrol—. ¿Están aquí?

—Guido acaba de hacerlos pasar y los oí preguntar por ti. Dijeron que era urgente, pero Guido les ha dicho que no estabas en casa. Lo último que oí fue que preguntaban por tu libro. —Adela señaló el tomo en mis manos con un ademán.

—Guido y tú pueden estar tranquilos —dije con toda la calma que pude —. A mí, en cambio, no me conviene encontrármelos justo ahora, así que, si me disculpas… —Me reacomodé el traje tirando de las solapas y me dirigí a la ventana con el libro de Verne bajo el brazo—. Si te preguntan a ti o a Guido a dónde se dirigían, te agradecería que no les digas de la presentación de Olivia. —«Si es que Guido no lo dijo ya», pensé mientras me las arreglaba para montarme en el alféizar—. Di que iban a una cena, a la ópera o a ver al presidente. Cualquier cosa que…

Adela me sujetó una mano, deteniéndome con la mitad de mi cuerpo fuera de la habitación. Estaba helada.

—¿Te vas a ir con ese libro?

Asentí. No podía arriesgarme a que me arrebataran mi ejemplar, menos aun cuando se acababa de convertir en una pieza clave de aquel caótico rompecabezas.

Adela tardó unos segundos en retirar la mano, y cuando lo hizo, fue a mí a quien le costó desenlazarse de su intensa mirada de ónix.

—Gracias —musitó antes de que me marchara—. Y lo siento. Lo siento mucho.

Jamás comprendí cómo esas palabras podían dolerme y sanarme tanto a la vez.

13

IN VINO VERITAS

I

Cuando la virtud y la justicia / glorifican el camino de los grandes, entonces la Tierra es un reino celestial, / y los mortales son semejantes a los dioses.

El telón cayó sobre el escenario para dar cierre al primer acto. La ovación que siguió se apoderó de la edificación palaciega, haciendo vibrar cada viga, cada lámpara de araña, cada cortina de terciopelo, incluso las del solitario palco que yo ocupaba. Me uní a los aplausos con la sensación de que acababa de despertar de un sueño. Había visto a un príncipe batirse en duelo con una serpiente; a la Reina de la Noche descender gloriosa de los cielos para bendecirlo con su voz magnánima; a la princesa Pamina más preciosa cantar sobre la necesidad del amor y, tras su encuentro con el príncipe, ser llevada junto a él ante su captor, quien los introduciría en el templo de Isis y Osiris para que probaran su valor. Se trataba de una lucha entre la oscuridad y la luz, y me parecía que cada escena guardaba un secreto encriptado en el lenguaje musical, en los cantos de los artistas y en la perspicaz arquitectura de los símbolos que decoraban cada escena. Deseé que Guido estuviese allí para que me explicara el significado de todo aquello, pero me contenté con que no hubiese delatado mi ubicación a la policía.

Usé los prismáticos del palco para barrer las sillerías en busca de algún indicio de peligro. Quizá secretamente buscaba algo más, pues terminé dando con Aiden, quien se hallaba en la sillería frontal, cerca del escenario. Lo había localizado desde el principio de la obra, y no lo habría conseguido con tanta rapidez de no ser por quien lo acompañaba: Emil y su peculiar afición por irrumpir en el espacio personal de la gente; costumbre que el resto de los presentes, en especial el público masculino, no compartía. El

artista se inclinaba a Aiden para hacer comentarios que eran replicados por este de buen humor. Sin embargo, la sonrisa del músico no duraba demasiado, y de cuando en cuando volvía a erigirse en el asiento para dar un vistazo a su alrededor con una inquietud mal disimulada. Cuando volvió a hacerlo en aquel receso, no me cupo duda de que era a mí a quien buscaba, y en la distancia solo fui capaz de desear fervientemente que levantara la mirada en mi dirección. Eso no ocurrió, claro. Ni entonces, ni mientras caminaban a la salida. Lo único que conseguí fue adoptar un fastidio malsano por Emil y por la manera en que recorría el rostro de Aiden con sus ojos soñadores cada que este respondía a uno de sus comentarios.

Mis pensamientos fueron interrumpidos cuando Aiden y Emil fueron detenidos cerca del pasillo de salida. Moví los prismáticos en busca de la razón, y en ellos irrumpió la imagen de un hombre de gabardina y tez oscura que preguntó algo a los chicos antes de levantar la vista a los palcos. *Cecil*. Caí junto a los prismáticos al suelo, jadeando. «Mierda, mierda, mierda». Conocía más de lo que me gustaría esa mirada turbia e inquisidora; el detective me había encontrado.

Me arrastré fuera del palco a tres patas, con el libro apretado contra los latidos enloquecidos de mi pecho. Una vez que perdí de vista los balcones, usé la puerta auxiliar al fondo del pasillo para descender en busca de los camerinos. Debía huir, ganar tiempo para desentrañar todo secreto que pudiera guardar mi libro antes de que ellos lo hicieran por mí.

Para cuando logré colarme entre las puertas del camerino, sudaba como si acabara de correr una maratón. En el trayecto me había dado cuenta de que el detective no estaba solo: había hombres custodiando los pasillos de la salida general. Por fortuna, la disposición del teatro no era muy diferente a la de otros, y dar con el camerino no fue tan difícil como sí lo fue llegar allí con disimulo, poniendo a prueba el juego del «Si no te veo, no me ves». No podía pararme a comprobar si alguien me seguía por temor a darme cuenta de que el juego no funcionaba, así que me adentré al caótico corredor en busca de Olivia. Toqué puertas y abrí otras repitiendo el nombre de mi amiga cual mantra de protección. *Olivia, Olivia, Olivia…*

—¿Olivia? —inquirí mientras metía medio cuerpo dentro de un vestidor.

Un aluvión de protestas de mujeres semidesnudas, e incluso una esponja de polvos que alcancé a esquivar por los pelos, me obligaron a cerrar la puerta de inmediato. Sin embargo, en aquel momento prefería perder un poco más de dignidad en vez de tiempo, así que me dirigí al fondo del pasillo, donde se hallaban los sanitarios para mujeres.

—Olivia, ¿estás allí? —inquirí, pegando mi cuerpo a la pared.

Insistí un par de veces, mas no obtuve respuesta. En cambio, justo cuando me disponía a meter las narices en más vestidores, del baño salió una de las tres damas de la Reina de la Noche, cuyo fastuoso maquillaje y vestuario contrastaban con la mundana puerta del lavabo.

—Está en el tercer piso —me dijo con cara de aburrimiento, como si hubiese dejado todo vestigio de emoción en el escenario.

Le agradecí y reemprendí la carrera hacia las escaleras de los camerinos. No me detuve hasta llegar al tercer piso, donde hallé una única puerta con el letrero «Ocupado» encendido. Abrí sin llamar, pero en vez de encontrar a mi amiga, di con una mujer alta y robusta, de busto escaso y caderas prominentes, cuya mirada asesina tenía la potestad de la mismísima Medusa: la Reina de la Noche. El trueno que había anunciado su presencia en el escenario aún vibraba bajo mi piel; oía el eco de su poderosa voz cuando descendió sobre las nubes nocturnas que gobernaba, con su vestido negro arrancando una marea de brillos a los reflectores.

—L-lo siento —tartamudeé, rompiendo su hechizo para retroceder y salir de la habitación.

Apoyé mi espalda sobre la puerta mientras procesaba lo que acababa de ver, pero volvió a abrirse de súbito y, antes de que pudiera recuperar el equilibrio, caí al suelo alfombrado de la recámara. Olivia me miró desde arriba con el ceño fruncido.

—Te preguntaría qué demonios estás haciendo aquí —dijo, tendiéndome la mano—, pero estas entradas épicas tuyas ya se están volviendo costumbre.

Me levanté con su ayuda y salimos de la habitación ante los ojos curiosos de la Reina de la Noche. Me sentía mareado, así que aproveché para estrecharla entre mis brazos.

—Eres la mejor Pamina de la historia —murmuré sobre su hombro moreno. Olía a polvos y a algo parecido a la madera, como si el teatro la hubiese impregnado de su esencia.

—Gracias, D —murmuró ella con dulzura—. Oye… —Olivia se apartó un poco, tomándome de los brazos—. ¿Qué haces con ese libro aquí? ¿Y acaso estás temblando?

—El detective y la policía —dije, resumiéndolo todo en el peso de esas palabras.

—¿Están aquí? —inquirió Olivia.

Asentí, apoyando las manos en las rodillas para tomar aire.

—¿Por ti? —insistió.

—Es una larga historia —respondí, bajando la voz—, pero dudo que el detective sea un amante del teatro. No pueden encontrarme; no ahora… —Levanté la mirada de los velos de su vestuario principesco para mirarla a los ojos—. Necesito que me ayudes.

Olivia apretó los labios en gesto dubitativo. Noté un exceso de polvos en su nariz, así que levanté una mano para quitarlo. Hasta que me percaté de que aquello no era parte de su maquillaje. Mi amiga retrocedió, pasándose el dorso de la mano por la nariz al tiempo que aspiraba un par de veces. A pesar de las capas de maquillaje, reparé en que lucía cansada, y que la delgadez que había visto la tarde anterior no era efecto de su uniforme. Sus ojos y sus mejillas se veían más hundidos, y sus manos temblaban ligeramente antes de que las escondiera en su espalda.

—¿Olivia? —pregunté inquieto—. ¿Eso es cocaína?

—Te compartiré un poco en la fiesta de esta noche, tontuelo —respondió, restándole importancia.

—Oli, eso no es lo que me preocupa.

—¿Viniste a ayudarme o a pedirme ayuda? —inquirió tajante, haciéndome callar en seguida. Entonces asintió, satisfecha—. Eso creí. Tengo cinco minutos para sacarte de aquí. Ahórrate el sermón.

Antes de que pudiera protestar, me tomó de la mano y me llevó de vuelta al vestidor. La Reina de la Noche se levantó de su tocador y, esta vez, las comisuras de sus labios se elevaron al vernos. Pensé que bien podía encarnar ese papel de por vida; sus gestos y su manera de erguirse cuan alta era le otorgarían el rol principal a donde quiera que fuese.

—Tengo un problema, Madame —anunció Olivia, ansiosa.

Madame me miró de pies a cabeza.

—Estamos a diez minutos del segundo acto, querida, ¿y tu problema es un testigo de Jehová?

—Mi nombre es Dorian V. —dije, enderezándome—. Y no soy un testigo de Jehová, Madame, pero esta noche usted me ha vuelto testigo de lo grandiosa que es en el escenario —improvisé en un arranque de inspiración —. Hágame testigo de lo grandiosa que es fuera de él también y le juro que me convertirá en su fiel devoto.

La soprano me escrutó con la mirada por unos instantes antes de soltar una carcajada que debía haberse oído en las profundidades de los avernos.

—Eres gracioso, Dorian —murmuró luego, palmeándome el hombro con sorprendente fuerza—. No me extraña que mi joven Pamina te tenga cerca. Supongo que lo que llevas bajo el brazo no es una biblia.

—No lo es, señora.

—¡Señorita! —corrigieron Madame y Olivia al unísono.

—Señorita —rectifiqué, al borde de un colapso nervioso—. Me encantaría quedarme, pero debo desaparecer de aquí cuanto antes y Olivia me ha dicho que usted puede ayudarme.

Madame dio un vistazo a Olivia y luego a mí; sus iris verdosos naufragando en su intenso maquillaje ahumado. Entonces su rostro se iluminó y por un momento yo me convertí en el príncipe Tamino cuando la Reina de la Noche me bendijo con su voz al decir:

—Has venido al lugar correcto, chiquillo.

Madame era amiga del hombre encargado del vestuario que empleaban los actores. Este, ante su petición, me recomendó al conductor del vehículo en el que transportaban su mercancía. Así pues, hice mi salida triunfal del Teatro Royal en la parte trasera de una camioneta, enterrado en una pila de todo tipo de vestuario teatral.

Mientras mi cuerpo se movía a merced de las sacudidas del vehículo, sumergido entre tul, terciopelo y lentejuelas, pensé que jamás habría imaginado el curso que tomaría aquella noche. Ignoraba que los caprichos del destino aún me reservaban la mejor parte.

El sitio al que me dirigía era un misterio, y lo siguió siendo cuando el auto se detuvo en una zona urbana bastante desolada en la que destacaba una edificación neogótica. Me dio la impresión de que me hallaba en una iglesia abandonada o a las puertas de la guarida de Bruce Wayne; solo el leve

rumor de música que capté cuando salí del auto me anticipó lo que encontraría ahí dentro. Lo que yo sabía del lugar era lo poco que Madame me había anticipado: ella y Olivia acudirían cuando finalizara la obra, y podía estar seguro de que el detective no hallaría mi rastro ahí. Aun así, lo último que se me habría ocurrido era una fiesta.

Dos guardias vigilaban las verjas del establecimiento. Ni siquiera me miraron con recelo o preguntaron por mi edad, como me solía ocurrir. Tan solo pidieron mi nombre y al poco tiempo pude hundirme en la marea de luces y tinieblas que los cancerberos resguardaban del mundo exterior.

El vestíbulo lucía como un templo que hubiese sido reformado para revertir su misión espiritual y convertirse en una pista de baile a la que recién arribaban los primeros invitados. La música que se reproducía a todo volumen por los parlantes incitaba a algún tipo de adoración mundana, y al fondo del sitio, donde imaginé que debería haber un altar, se erigía un enorme palco que sobresalía entre dos largas cortinas de terciopelo. Parecía una zona exclusiva, y aunque las mesas que habían sido dispuestas allí aún estaban vacías, una banda musical comenzaba a prepararse para tocar.

—¿Estás perdido, niño? —La peculiar voz melosa y masculina me hizo girar de un tirón, ofendido.

Lo que hallé, sin embargo, me dejó confundido hasta el enmudecimiento: ante mí tenía a una mujer, y una de las más extravagantes que hubiese visto en mi vida. Su cabello, maquillaje, y el vestido rojo de apliques brillantes que cubría la longitud de su cuerpo evocaban la era del jazz. Sus cejas eran tan arqueadas que conferían a sus ojos, de pestañas infinitas, una expresión orgullosa y tan intensa que me costó responderle cuando preguntó, con la sonrisa flaqueando.

—¿Estás bien? —Esa voz profunda otra vez. La voz de un hombre.

—Ne… necesito un b-baño —balbucí.

—Segundo piso, última habitación a la derecha. Estarás bien allí —dijo esto último en tono confidencial, como si supiera que lo que yo necesitaba no era un inodoro, sino un respiro.

Agradecí antes de retirarme a las empinadas escaleras de caracol a un lado de la pista. Conducían a un amplio balcón en el que había más mesas, algunas de ellas ya ocupadas. Fue ahí que estuve seguro de dos cosas. Primero: la fiesta era temática y los invitados iban disfrazados. Segundo: no

me hallaba precisamente en una fiesta heterosexual, si es que existía tal definición. No te costará imaginar lo idiota que debí haber parecido entonces, abrazando mi libro en medio de todos ellos como si mi vida o mi orientación sexual dependieran de ello.

Corrí por el pasillo cercado de puertas cerradas y, para mi alivio, la que se encontraba al fondo cedió. Era un dormitorio bastante pomposo que, dadas las circunstancias, me devolvió un poco de la cotidianidad que ya extrañaba. También tenía un baño, y fue ahí donde me encerré, jadeando. Mientras apoyaba la espalda en la puerta me replanteé las decisiones que había tomado desde la tarde anterior. ¿Cómo era posible que yo mismo me complicara las cosas con semejante maestría?

Mi reflejo me devolvió la mirada en el espejo que tenía enfrente. Noté que mi rostro y mi ropa estaban llenos de diminutas partículas brillantes, probablemente del vestuario en el que había nadado minutos atrás. Iba a intentar quitármelas, pero un ruido me puso alerta. Alguien, o más bien varios, habían entrado en la habitación. Y no tardaron en intentar entrar al baño.

No sabía cuánto resistiría la puerta, así que corrí la cortina de la bañera y me tendí allí junto a mi libro, exhausto, esperando no ser descubierto. Al poco rato, el silencio volvía a rodearme como un abrazo maternal. El rumor de la música era tenue, y el sonido de mi respiración encapsulado en el reducido espacio me ayudó a recuperar la concentración que necesitaría para la misión que me aguardaba.

Elevé el libro frente a mi rostro y tomé un profundo suspiro antes de buscar en él lo que debía haber buscado desde hace mucho tiempo: la verdad, las respuestas, o siquiera un rastro de aquel pasado que insistía en sobrevivir al presente.

II

Tal vez te extrañe saber que había otra razón por la que no había leído aquel libro hace tanto tiempo, y no solo se debía al narciso que guardaba en él, ni al eco de los últimos sucesos que viví antes de recorrer sus páginas por última vez. También se trataba de algo tan aparentemente inofensivo como una de las vidas que custodiaban sus páginas: la del capitán Nemo, y todo lo

que él llegó a representar para mí cuando la adolescencia me pisaba los talones.

Sin embargo, aquella noche, una vez que superé la nostalgia de volver al tacto de aquellas páginas, mis ojos volaron por cada línea con una urgencia enfermiza. Me obsesionaba con la más leve marca, aunque no hallara rastros distintos a los que se suele encontrar de uno mismo al volver a un libro. La luz escasa que llegaba hasta la bañera no facilitaba mi tarea y comenzaba a desesperarme, pero me negaba a renunciar a lo que Aiden y yo creíamos haber hallado esa misma mañana; es difícil matar esperanzas con tan poco tiempo de gestación. Pero no es imposible, y mientras mis movimientos se volvían más lentos y un pesado sopor comenzaba a nublarme la vista, empecé a darme por vencido.

Fue después de lo que me parecieron horas, al llegar a los últimos capítulos, que reparé en las primeras marcas. Eran trazos que no señalaban un fragmento, sino varias palabras encerradas en círculos y que, en orden descendente, formaban una frase que logré conectar poco a poco, arrastrando mi índice sobre el párrafo: «una pasión - capaz - de legar - un destino - rodeado de complicaciones - dolores o - actos de genio - del enemigo». Hacia el final de la página, con una presión que traspasaba el grosor del papel, una sola palabra: «venganza».

Incorporé medio cuerpo en la bañera y me restregué los ojos antes de repasar las palabras con mis pupilas, con las yemas de mis dedos y con un hilo de voz, como si pretendiera grabarlas en cada uno de mis sentidos. Al fijarme en la página siguiente, encontré un fragmento de diálogo subrayado a pulso con el finísimo y casi imperceptible trazo de un lápiz.

—«En cuanto a usted, es de los que pueden comprender todo, incluso el silencio» —El espacio de la bañera amplificaba mi voz, y me pareció oír el timbre grave de la de mi padre mientras mis labios formaban cada sílaba.

Seguí escudriñando en las páginas siguientes, con el pulso tamborileando en mis sienes y una ansiedad que entorpecía el movimiento de mis manos. «Venganza», «venganza», «venganza»… Seis veces aparecía esa palabra en esos últimos capítulos; seis veces había sido marcada con el mismo trazo firme que la primera.

Di con unas pocas frases más: «El golpe - le amenazaba - pero - al adversario - no - sería posible evadirse». Y en la última página: «Espero -

que - haya vencido al - más terrible - espíritu de venganza».

Repasé el libro otra vez, negándome a que aquello fuera todo. Ahora que había dado con un vestigio de su voz, me parecía imposible contentarme con tan poco de él. Entonces di con un fragmento que, al no haber sido delineado con el mismo ímpetu de los otros, estuvo a punto de escapárseme. Se hallaba un par de páginas antes de las primeras marcas que había encontrado: «No me quedaré aquí. No aguanto más, ¡me estoy asfixiando!»

—Papá… —Recorrí una y otra vez las palabras. Mis ojos comenzaban a nublarse de lágrimas, pues en el fondo sabía que se trataba precisamente del silencio: lo único que había obtenido de mi padre, lo único que obtendría por respuesta suya desde entonces.

Lancé lejos de mí el ejemplar, que se estampó con un patético estrépito y cayó a mis pies. El golpe hizo más mella en mí que en el libro. O tal vez la había hecho en los dos, como si nuestras almas estuvieran conectadas. Estaba harto de todo lo que había ocurrido a partir de que papá me lo regaló, pero sabía bien que jamás podría apartarme de él, y pronto volví a acunarlo entre mis brazos.

Me limpié las lágrimas con el dorso de una mano, sorprendido por la facilidad con la que habían llegado. Era como si durante la noche anterior hubiese abierto una puerta que ahora me sería difícil sellar de nuevo, si es que quería hacerlo. Abracé el libro y cerré los ojos, deseando despertar y volver a tener doce años. No pretendía quedarme dormido, pero supe que lo había hecho cuando desperté al oír una puerta abrirse con estrépito.

Al parpadear con torpeza, advertí que dos personas acababan de entrar al baño por la fuerza, como si estar allí fuese un asunto de vida o muerte. Volví a estrechar mi libro, pero pronto comprendí que los recién llegados no habían venido por mí, sino por ellos mismos. Reconocí el ruido de labios sobre labios, respiraciones tempestuosas fundiéndose al mismo compás, jadeos y caricias violentas que desprendían gemidos.

Me estremecí en mi lugar, incapaz de pensar en algo que no fuera lo que mis oídos y yo presenciaríamos si no hacía algo para detenerlo. Podía ver sus siluetas del otro lado de la cortina blanca. ¿Cómo demonios saldría de allí sin ser visto? Y si me quedaba…

No tuve que seguir devanándome los sesos. La pareja, en lo que debía ser otro de los impulsos que los había llevado a tumbar la puerta del baño, por

poco me aplasta cuando uno de ellos se dejó caer sobre la cortina que me escondía. Fue el grito que solté lo que me salvó de ser sepultado por la pasión. *Literalmente*.

Uno de ellos chilló también. El otro reaccionó más rápido y corrió la cortina de lado a lado con uno de sus brazos musculosos.

—Vaya, vaya —rio al verme encogido en la bañera. Iba vestido como un pirata—. Pero ¿qué tenemos aquí?

—¿Qué haces allí, pequeño pervertido? —dijo el otro, asomándose a su vez. Era delgado y lucía un maquillaje que hacía juego con su chaleco sin mangas de un llamativo color fucsia—. ¿No te unes a la fiesta?

La expresión que compuse debió haber sido bastante divertida, porque la pareja se desternilló en mi cara.

—No a esta fiesta, cariño —dijo Fucsia, señalándose a sí mismo y a su pareja—. A la de abajo.

—¿No ven que estoy ocupado? —contesté harto, señalando mi libro.

Cuando reparé en lo absurdo de lo que acababa de decir, era demasiado tarde.

—¡Muchachos, vengan! —exclamó el fornido sin quitarme los ojos de encima—. ¡Hay uno escondiéndose aquí!

—No… —dije al comprender que había gente en la habitación, y que venían por mí—. No, no, no…

Todo pasó muy rápido. Fue como si hubiese sido arrastrado por un torbellino de brazos, voces y colores que me transportó desde la seguridad de la bañera en la que me había atrincherado hasta dejarme de vuelta en la pista de baile del primer piso.

La maraña de luces coloridas que poblaban las sombras del salón confería a la fiesta un efecto que, bajo el influjo del jazz que tocaba la banda, resultaba estrambótico. Fucsia puso una botella en mis labios y, en medio del mar de rostros y algarabía que me rodeaba, bebí hasta perder la cuenta de los tragos. Recibí vítores, además de palmadas en la espalda, justo en el momento en que el estallido de un saxofón elevaba la euforia de los presentes. La gente comenzó a aplaudir y, cuando la melodía estalló en los parlantes, las palmas siguieron el ritmo de un alegre *swing*. Fui arrastrado

por los bailarines más entusiastas, que se unieron a la pista para fluir con sus cuerpos al son de la música.

Alguien tiró de mi brazo y me hallé en medio del baile, sin tener idea de cómo moverme. Giré a mi alrededor en busca del grupo que me había dejado allí, pero era imposible distinguir un solo rostro entre la muchedumbre. Pensé que quizá se habían marchado tras cumplir con su misión y, pese a todo, me encontré sonriendo en aquella oscuridad vestida de extravagancia. Eso, claro, hasta que me di cuenta de que ya no tenía el libro conmigo.

III

Barrí mi alrededor, dando vueltas sobre mí mismo hasta marearme, pero una imagen se quedó entre los destellos que explotaron tras mis párpados al intentar recuperar el equilibrio: el palco. Emergía de unas cortinas pesadas como un buque que flotara sobre la pista de baile, al fondo del salón. Al fijarme con detenimiento advertí que allí, aún con su inconfundible vestido de princesa, se asomaba Olivia, y me pareció que la noche por fin me sonreía. Hablaría con ella y con Madame. Recuperaría mi libro y jamás volvería a perderlo. Todo saldría bien.

Luego de lo que me pareció una eternidad, logré abrirme paso entre la gente hasta alcanzar las escaleras que conducían al gran palco. Un hombre custodiaba el cordón de terciopelo que daba acceso al lugar.

—Zona VIP —me espetó con los brazos cruzados, interponiéndose entre la entrada y yo.

—Mi amiga está ahí adentro. Olivia… ¡Olivia, aquí! —grité para hacerme oír entre la música, y aunque mi voz por sí sola apenas se oyó, mis aspavientos captaron la atención de mi objetivo.

Olivia se volvió hacia mí desde el balcón y yo me erguí, seguro de que pronto mi amiga acudiría a mi rescate. Entonces la hermosa princesa levantó su dedo medio en mi dirección antes de darme la espalda y desaparecer en el lado contrario del palco.

Solté un suspiro. Olivia no me ayudaría otra vez. Olivia debía odiarme en aquel momento. Olivia nunca necesitó alguien que la rescatara, pero tampoco alguien a quién rescatar.

El toque de una mano sobre mi hombro interrumpió el hilo de mis pensamientos. Al levantar los ojos, los de la Reina de la Noche me sonreían.

—Bienvenido otra vez —me dijo y, gesticulando con su peculiar gracia de amazona, me invitó a su pequeño salón del trono.

El guardia retiró el cordón y finalmente penetré en aquella sala circular decorada como si se tratase de un palco real. Altos candelabros se asomaban aquí y allá, y una monumental lámpara pendía justo por encima de la banda, flotando sobre las luces de los reflectores que en aquel momento hacían resplandecer el vestido de lentejuelas de… ¿*la* cantante? Al pasar cerca de ella, habría jurado que me lanzó una mirada de complicidad antes de volver a gesticular ante el público con los brazos abiertos mientras alcanzaba una nota imposible con su voz de tenor.

—Veo que ya conociste a mi cantante —oí decir a Madame.

No pude responder; algo más acababa de robar mi atención. Cuando la voz de la cantante rasgó la última nota, dio paso al sonido de un teclado que transformó la melodía en un rock and roll, algo que los presentes aclamaron con efusividad. Me acerqué al otro extremo del palco, como guiado por el lenguaje arrebatador del teclado, y tuve que parpadear un par de veces para confirmar lo que había creído ver: quien se hallaba sentado al lado del tecladista de la banda era Aiden. Cruzó una mirada con el dueño del teclado: un hombre de piel color chocolate, sonrisa blanca y lentes, para compartir un asentimiento y cerrar los ojos en un gesto de rendición a la tonada. Los cuerpos de ambos músicos se movían con la cadencia de la melodía, siguiendo el ritmo que marcaba la batería y el solo del saxo, como si la interpretación hubiese dejado de corresponder únicamente a sus manos.

Un rostro de rasgos finos y ojos soñadores apareció por encima del hombro de Aiden. Se me encogieron las tripas; empezaba a notar los efectos del alcohol en mi estómago vacío. Me sentía ligeramente mareado y, peor aún, me invadieron unas náuseas violentas cuando Emil capturó la mandíbula de Aiden en una de sus manos lánguidas, obligándolo a levantar la cabeza para mirarlo a los ojos. Las manos del músico no dejaron de moverse sobre el piano en tanto sostenía la mirada del artista, quien lucía

complacido. No, algo más que eso. Quedó claro cuando empezó a acercar sus labios a los de Aiden.

Luego me encargaría de culpar al influjo de la música, al de la bebida, a la acumulación de eventos que me impulsaban a encontrar otras formas de canalizar la adrenalina cuando, aún medio mareado, terminé de acortar la distancia que me separaba de ellos y aparté a Emil de un empujón. El desconcierto hizo que el artista se tambaleara al retroceder.

—¿Qué demonios haces? —le reclamé, pero mi voz fue apenas un ruido que se fundió bajo las voces de los instrumentos.

Poco a poco, Emil pasó del pasmo a la picardía. Las comisuras de sus labios se elevaron mientras se aproximaba ya no a Aiden, sino a mí.

—¿Qué pasa, D? —La misma mano que antes había envuelto el rostro del músico acunó el mío, dejándome atónito—. ¿No crees que deberías demostrar un poco más de gratitud hacia mí? ¿O es que estás celoso? —Comenzó a acercarse demasiado. Tanto que tuve que retroceder hasta que mi espalda dio con algo. Alguien.

Emil me liberó y al volverme encontré a Aiden. Aún tenía las mejillas arreboladas por el arrebato de la música, pero sus ojos perdieron todo fulgor cuando atravesaron a Emil.

—Ya basta —le exigió con frialdad.

Me pareció que su voz resonaba en el espacio que compartíamos. Y como si hubiese salido de un hechizo, noté que la música de la banda se había detenido casi por completo. Solo el baterista seguía jugando con su instrumento, pero nos miraba con la misma inquietud que los presentes. Al notarlo, Emil alternó su mirada entre Aiden y yo, enarcando una ceja. Entonces soltó una carcajada que me congeló la sangre.

—Está bien, entiendo. —Levantó las manos en señal de rendición. Y volviéndose a nuestros espectadores, exclamó—: ¡Que el espectáculo continúe! Puede seguir cada quien con lo suyo. —Emil dijo esto último mientras nos daba la espalda, dirigiéndonos una mirada cargada de significado.

La banda volvió a tocar y la fiesta siguió su curso como si nada hubiese sucedido. No era así para mí, por supuesto, y no quería quedarme para

averiguar si tampoco lo era para Aiden, así que me dirigí a la puerta por la que había visto desaparecer a Olivia para ir a buscarla.

Me hallé en un pasillo cercado de espejos irregulares. La iluminación allí provenía de pequeñas luces que derramaban sombras sobre mi reflejo, reproduciéndolo a mi alrededor como una pequeña multitud. Apenas alcancé a dar unos pasos hasta que la voz de Aiden me detuvo.

—¿Dónde estabas? —inquirió en tanto avanzaba hacia mí—. Me encontré con el detective T. en el teatro. Preguntaba por ti.

Me costó un terrible esfuerzo volverme a él.

—Me estaba siguiendo —indiqué, bajando la voz—. Fue a buscarme mientras estaba en casa de Guido. También quería el libro de Verne, así que tuve que venir aquí con él.

—Bien, dudo que vengan a buscarte aquí —Se pasó el dorso de la mano por la frente, perlada de sudor—. ¿Encontraste algo importante ahí?

—Si es lo que creo, temo que sé por qué John quería deshacerse de mis libros, y dudo que se deba a su falta de sensibilidad artística.

—¿Y bien? —Me miró de arriba abajo—. ¿Dónde está?

—No tengo idea. Lo perdí cuando llegué aquí.

El músico maldijo por lo bajo.

—Deberíamos estar buscándolo ahora mismo.

—Estaba en eso, pero me distraje —dije con énfasis.

—¿Lo dices por mí o por Emil?

—¡Trató de besarme!

—Trató de besarme a mí primero —rectificó Aiden—. No te creas tan especial; hace eso todo el tiempo cuando está ebrio.

—Cállate —suspiré—. Deberías agradecer que te libré de él.

Aiden rio y cada uno de mis músculos se puso tenso.

—En un lugar como este —dijo—, no creo que haya algo de lo que nadie deba ser «librado».

—¿Acaso Emil es…? —comencé a inquirir—. ¿Es…?

—¿Gay? —terminó Aiden por mí, clavándome la mirada. Tan solo fui capaz de asentir—. ¿Y qué si lo fuera? —Su expresión era serena, pero su voz sonaba contenida, como si ocultara el verdadero significado de sus palabras.

—¿T-tú lo eres? —proseguí al fin. Aquella era la verdadera pregunta que necesitaba formular, y si no lo hacía entonces, jamás encontraría otra

oportunidad para hacerlo.

Aiden se separó del espejo sin descruzar los brazos.

—¿Eso cambiaría algo entre los dos? —interrogó, mirándome por debajo de las cejas, mas no fui capaz de responder. Entonces sacudió la cabeza con un atisbo de contrariedad—. Me gustan las mujeres, Dorian —declaró al fin con una frialdad que me heló el pecho.

—¿Y los hombres? —insistí, ya sin una pizca de autocontrol—. Tú… ¿alguna vez has besado a un hombre?

Aiden me miró de hito en hito.

Entonces, para sorpresa de ambos, mi risa llenó de ecos el pasillo, acompañando los de nuestras imágenes en los espejos.

—Lo siento, estoy ebrio… —Carraspeé—. Esto es ridículo. Iré a buscar el libro.

—Voy contigo.

—No. —Lo detuve con un gesto—. Será mejor que tú busques a Olivia para que nos ayude; hace un rato se fue por aquí. Yo iré con la dueña de la fiesta. Tal vez así lo encontremos más rápido.

Aiden asintió, y nuestros reflejos se proyectaron en cientos de fragmentos hasta que salí del pasillo.

IV

La adrenalina alteraba mis sentidos hasta convertirme en blanco de los ruidos, los aromas, la euforia que bullía desde abajo, en la pista de baile. Y luego estaba el alcohol, que debía seguir surtiendo efecto. Aquella era la única explicación posible a la facilidad con que estaba perdiendo el control de mis pensamientos; el filtro que separaba quien era yo de quien era ante los demás. *Ante él*. Esperaba que Aiden también estuviera lo suficientemente ebrio como para olvidar nuestra conversación, pero la mirada que me había dado al final debía ser una de las más sobrias que me hubiesen dedicado en mi vida.

—¿Por qué me parece que no estás disfrutando de mi fiesta? —me preguntó la Reina de la Noche una vez que volví a encontrarla.

Hizo un gesto para invitarme a sentarme en la silla a su lado.

—Perdí algo, Madame —respondí, uniéndome a ella en la contemplación de la fiesta.

—¿Ah, sí? —inquirió ella entre tanto. Por la indiferencia de su tono, pude imaginarla mirándose las largas uñas—. ¿Una amiga? ¿Un amigo? O… ¿un libro, tal vez?

Me volví a ella como con un sobresalto.

—Usted… ¿Usted lo tiene? —inquirí perplejo—. ¿Dónde está?

El rostro de Madame se frunció en una mueca sardónica.

—¿Qué pasó con tus modales tan galantes, Dorian? —Se levantó de aquella especie de trono y tuve que seguirla hasta el balcón—. Si quieres tu libro de vuelta, deberás ganártelo. ¿Acaso no aprendiste la lección más importante de *La flauta mágica*? Ah, cierto, ¡saliste corriendo tras el primer acto! —Soltó una carcajada.

Apreté los dientes.

—Acudí a algunos ensayos. Sé que los protagonistas pasan una prueba…

—*Tres* pruebas —aclaró Madame—. Podemos hacerlo a modo de verdad o reto. Anímate, yo también jugaré. ¿Comenzamos?

Suspiré.

—¿Verdad o reto? —comenzó.

—Verdad.

—¿Terminaste aquí por Olivia o por otro motivo?

Bufé sin humor. Pero el tiempo corría y no tenía un segundo que perder, así que respondí:

—Estoy buscando un libro que es importante para mí. Es el último recuerdo que tengo de mi papá.

Lejos de expresar la empatía que yo acostumbraba a recibir ante la mención de mi padre, madame asintió con indiferencia.

—A veces olvido que a la edad de ustedes uno deposita su afecto en los lugares equivocados. Y en las personas equivocadas.

—¿Lo dice por mí o por Olivia?

—Por ambos. Pero la tragedia de Olivia es distinta a la tuya. Tal vez no diferente, tal vez peor, y gracias a ti.

—¡Yo soy su amigo! Jamás le haría daño. No tengo la culpa de…

—*Amigo* —se mofó la mujer—. Sin embargo, cuando viste a Olivia aquí, preferiste ir a interrumpir el idilio de ese pianista con la música, y tal vez con alguien más. Qué interesantes elecciones haces.

—Eso no es…

—Te toca —me interrumpió la mujer—. Elijo la verdad.

Me mordí la lengua para no protestar.

—¿Por qué su fiesta está llena de personas un poco…? —No supe cómo terminar.

—*¿Queer?* —completó la mujer con las cejas levantadas, y creí identificar en su maquillaje algo similar a lo que había visto antes en la cantante—. Porque yo misma lo soy, cariño. Me fascina la libertad, la diversidad, la gente que está dispuesta a asumir quién es hasta las últimas consecuencias, así que también lo celebro.

—¿Qué es usted?

Ella rio.

—¿Que qué soy? Quizá me anime a intentar explicártelo si me lo preguntas en mi siguiente turno, pero por ahora te diré que no existe una etiqueta que pueda resumirlo. Deberíamos huir de todo lo que pretenda definirnos… Pero continuemos. Te toca reto.

Me mordí el labio inferior, impaciente.

—Escucha —dijo Madame entonces—: es de muy mala educación ir a una fiesta y mostrarse reacio a disfrutar de ella. ¿No te parece? —preguntó con un ligero batir de pestañas—. Entonces, si en verdad quieres recuperar lo que has perdido, quiero verte a ti y a tu amigo disfrutando de la velada. —Señaló hacia la sala del palco en la que Aiden preguntaba algo a un grupo pequeño de actores sentados alrededor de una mesita.

—N-no entiendo —balbucí—. ¿Cómo…?

—Bésalo —me cortó Madame, y la palabra adquirió un matiz voluptuoso en sus labios—. Ya que antes lo privaste de ser besado.

Me giré hacia la mujer, incrédulo.

—Es mi amigo —creí exclamar, pero mi voz fue apenas audible.

—Con más razón aún —respondió Madame, posando una mano sobre mi mejilla—. No hay nada que una más a dos hombres que un beso fraterno. Cinco segundos bastarán para sellar el pacto.

—No lo haré —declaré deshaciéndome de la mano de Madame—. No tengo por qué.

—«Tener que» es aburrido. «Querer», en cambio…

—No es justo —protesté ofuscado—. Usted tiene mi libro y tiene que devolvérmelo.

—¿Lo quieres o no?

¿Hablábamos del libro, siquiera? La cabeza me daba vueltas.

—Ustedes, los niñatos elitistas, tan encasillados en lo políticamente correcto, tan temerosos de que su hombría se perturbe por la más leve brisa…

—¡No temo por mi hombría! —exclamé airado, pero la negación me caló hasta volverse insoportablemente ridícula.

La Reina de la Noche enarcó una de sus negras cejas y se dirigió hacia una de las mesas. Cuando volvió, me tendió una bebida en la que se mezclaban distintos tonos de verde y azul eléctrico.

—Demuéstralo. —Sus ojos relumbraron cuando recibí la copa con las manos temblorosas. Mis ojos volaron a la sala donde Aiden bebía y charlaba con los de la mesa—. ¿Qué es lo que te da tanto miedo, Dorian? —preguntó Madame a mis espaldas, como si su voz se hubiese convertido en el eco de mi conciencia.

Era verdad: tenía miedo. Pero también era una persona demasiado obstinada como para permitir que ello me detuviera, y quizá lo suficientemente ebria como para que me interesase permanecer oculto bajo un escudo de sobreactuada reserva. Así que bebí el coctel que me había ofrecido Madame de unos cuantos tragos y le devolví el vaso como pude. «Cinco», pensé sin poder creer lo que estaba haciendo. «Cinco segundos, nada más». La bebida, más allá de marearme, me llenó de un impulso primitivo que me arrastró en un segundo al lugar en el que estaba Aiden. Se había sentado sobre el espaldar del sofá circular, y escuchaba con atención a un joven de vestimentas de seda brillante que le explicaba algo con exageradas gesticulaciones.

Me pareció que el coctel debía tener algún tipo de droga que amplificara cada uno de mis sentidos, y lo reafirmé cuando Aiden levantó sus ojos a mí y un intenso fulgor me recorrió de la cabeza a los pies. Aun así, cuando acorté la distancia entre nosotros a grandes zancadas, compuso una

expresión interrogante que no duraría mucho, pues antes de que él comprendiera lo que yo me proponía, lo tomé por la camisa. Lo último que vi antes de acercarlo a mí con ímpetu, casi con ira, fueron sus ojos de ámbar dilatándose; sus labios entreabriéndose antes de ser alcanzados por los míos.

Uno.

Me quedé inmóvil, apretando los ojos mientras me presionaba contra él.

Dos.

El mundo se desarticuló en un reguero de sensaciones: música y voces en mis oídos; el aroma de su loción en mi nariz; mi piel probando la suya, fundiéndose en la calidez casi reconfortante que manaba de él.

Tres.

Olvidé cómo respirar cuando sus labios se movieron apenas sobre los míos, como quien llama a una puerta con el último ápice de sensatez. No esperaba esa respuesta. No esperaba ninguna respuesta.

Cuatro.

Lo dejé robarse mi beso por un instante antes de volver a reclamarlo con apremio mientras apretaba su camisa con los puños temblorosos.

Cinco.

Fue Aiden quien se separó de mí, sujetándome por las muñecas. Abrí los ojos y volví a encontrar los suyos, brillantes pero cautos, como si todo lo que había pasado del otro lado de mis párpados durante esos segundos solo hubiese ocurrido en mi imaginación. Sin embargo, la prueba irrefutable se encontraba en el mismo lugar del asalto; sus labios sonrosados, casi incitantes, como una invitación a remontar lo que acabábamos de compartir. Apenas fui consciente de que el ambiente de la fiesta había cambiado y que la gente de la mesa se comenzaba a dispersar. Entonces los ojos de Aiden abandonaron los míos para mirar a su alrededor e hice lo mismo.

Miré a Madame, que se encontraba a unos cuantos pasos. Tenía una expresión que solo había visto en ella en el teatro, durante su representación: *miedo*. Antes de que pudiera preguntar qué ocurría, un estallido atronador arrebató un grito a los presentes. La banda dejó de tocar y solo sobrevivió la voz de la cantante, que pasó de melódica a ronca cuando gritó, por encima de los murmullos de inquietud:

—¡Redada!

El micrófono provocó un pitido estruendoso cuando calló al piso y la fiesta se desmoronó en alaridos de terror. Alguien chocó conmigo y perdí a Aiden de vista mientras varias personas pasaban empujándome en su carrera desesperada hacia las escaleras. Comprendí la razón al girarme al balcón. El alcohol no me ayudaba a creer que aquello realmente estaba ocurriendo, pero tuve que hacerlo al ver a los uniformados de policía irrumpiendo en el lugar como una ola gigantesca que arrasara con la costa. De nada me sirvió intentar localizar a Aiden, a Olivia o a Madame, pues me encontraba en el lugar en que se había desatado el caos, y pronto fui arrastrado por él como Dorothy al ser alcanzada por el tornado que la arrancaría del mundo que conocía para llevarla a una tierra extraña.

V

No, yo no era un santo. Y aunque en mi vida había hecho cosas malas, jamás había sido algo que me hubiese terminado conduciendo a la cárcel. Estar tras las rejas ni siquiera era la peor parte, sino la imposibilidad de liberarme de mi propio cuerpo. La adrenalina todavía bullía en mí, como si la euforia de la fiesta se hubiese quedado estancada bajo mi piel.

Sentado sobre una banca que compartía con otras diez personas —casi todas ellas disfrazadas—, movía una pierna con impaciencia mientras apoyaba los codos sobre las rodillas. Me volví a ver las manos llenas de brillantina, las mismas que antes habían perdido lo que era mío y reclamado lo que no, lo que nunca debí haber…

Suspiré y me apoyé en las rejas mientras me pasaba las manos por el cabello por enésima vez en esa madrugada. Había perdido la cuenta del tiempo transcurrido desde que nos bajaron del camión y nos encerraron por grupos en aquel lugar que apestaba a orines y mierda de rata. A todos, desde los más extravagantes hasta los más conservadores, nos habían tratado como si hubiésemos vuelto a las épocas de la peste negra, o como si sobre nuestras frentes pesara el estigma de Caín.

«No lo saben», pensé, «ellos no saben lo que yo sé. Si hubieran visto lo que vi». Mi mente reprodujo la mirada cómplice de la cantante, el movimiento de los labios de Madame a medida que me desarmaba con sus

palabras, el rostro iluminado de Aiden ante el piano. «Si hubieran sentido lo que yo…».

—¿Dorian V.? —llamó una voz firme desde la boca del pasillo.

Me giré como pude para apretujar las barras y asomar la nariz entre ellas.

—Yo, ¡soy yo! —casi grité, aunque el hombre ya hacía tintinear las llaves ante la puerta para darme salida.

—¿V.? ¿Como el candidato? —preguntó alguien mientras yo salía al pasillo—. ¿Qué diablos hace un V. con una partida de maricones?

Era uno de los hombres que ya ocupaban parte de la celda cuando nos enviaron allí.

—La pregunta es, ¿qué no haríamos contigo si estuviéramos fuera de aquí? —dije dedicándole mi mejor sonrisa mientras el guardia volvía a poner el seguro a la reja—. Ah, seguro nada que fuera propio de un V.

Salí de ahí entre un estallido de vítores de mis compañeros de celda.

—¿Cómo…? —comencé a preguntar al policía cuando nos alejábamos, pero este me detuvo con un gesto abrupto de su mano regordeta.

—Alguien pagó tu fianza. Y si haces otra pregunta, volveré a encerrarte con tus amiguitas. ¿Entiendes?

Tragué saliva, asintiendo. No había hecho ninguna llamada todavía, por lo que no tenía idea de quién habría acudido a mi rescate. ¿Un V., tal vez? ¿Daniel? Rogué a todo lo sagrado estar equivocado. Entre tanto, logré mantenerme callado hasta que, en vez de acudir hacia el pasillo que conducía a la salida de la estación, giramos hacia otro que daba a una zona llena de cubículos y oficinas.

—¿Qué hacemos aquí? —insistí a mi pesar.

El hombre se giró a mí con una exasperación que me hizo comprender cuánto debía odiar su trabajo.

—Te hemos estado buscando bajo cielo y tierra. Solo se te harán unas cuantas preguntas, así que no intentes nada estúpido.

Antes de que yo pudiera decir una palabra más, el policía abrió una de las puertas a nuestra derecha y, tomándome por el brazo como a un niño regañado, me arrojó dentro de una oficina de paredes blancas, iluminada con una estridente luz artificial que me obligó a entornar los ojos. Un familiar dolor de cabeza comenzó a latirme en las sienes, pero apenas pude prestarle atención. Mis sentidos se vertieron sobre el hombre de abrigo

negro que se había dejado caer en una de las sillas metálicas ante el escritorio del centro.

—Buenos días, señor Dorian —me saludó el detective T. con una mueca que pretendía ser una sonrisa—. Ven, siéntate aquí. —Hizo un gesto a la silla que tenía al frente—. ¿Quieres un café?

—No, gracias.

—¡Ah!, ahí está tu voz. Pensé que la habías perdido; hace mucho que no la escuchaba. Pero hoy arreglaremos eso, si te parece. ¿Por qué no tomas asiento?

—No entiendo, señor. ¿Por qué…?

—¡Siéntate!

El grito repentino me dejó petrificado. La sobriedad, que ya me había comenzado a volver poco a poco durante mi encierro, me alcanzó tan de repente como lo habría hecho el café que el agente sostenía en una de sus manos si me hubiese sido arrojado a la cara. Te juro que justo allí, en esa sala iluminada a la fuerza que olía a lejía y café de lata, creí que la hora de mi final había comenzado. Poco sabía entonces que el camino al infierno no se surca en una zancada, sino en puntas de pies.

—Te he estado buscando toda la noche —me dijo el hombre una vez que estuve sentado frente a él—. No te hallabas en la casa del librero, quien aseguró no saber de tu paradero desde la tarde anterior. Curioso, porque cuando me invitó a pasar a su apartamento vi que la supuesta cena de aniversario con su esposa sería esa misma noche en el Teatro Royal, en una función protagonizada por una de tus amigas más cercanas, según tengo entendido.

Me entró una risa nerviosa al imaginar a Guido al verse descubierto por su propia torpeza, y debí apretar los labios para no arruinar más las cosas.

—Me permitió pasar a tu habitación, pero no te encontré a ti ni encontré algo más que buscaba. Te sorprenderá lo que era… Un libro. Un ejemplar que pondría a babear a cualquier bibliófilo de esta ciudad, Guido incluido. Pero no estaba en la habitación que te arrienda, y tampoco en su colección. ¿Sabes dónde está?

—No —respondí—. Lo he perdido esta noche. —La afirmación debió haberme dolido, y lo hizo, pero también me concedió la satisfacción de saberme el último en conocer el secreto que guardaban aquellas páginas.

—Pues te tengo una buena noticia. O mala, según se quiera ver.

Empalidecí al ver lo que el hombre extraía del maletín de cuero que descansaba a sus pies. Los lomos desgastados, los filos hundidos, el resplandor de las letras doradas grabadas en relieve…

Fue el turno del detective para esbozar ese intento de sonrisa suya que me ponía tan nervioso.

—Sí que es una noche llena de sorpresas, ¿eh? —Dejó caer el ejemplar sobre la mesa y contuve las ganas de tomarlo de vuelta y abrazarlo contra mi pecho—. Pero no te lo puedes llevar a casa esta vez. ¿Sabes por qué?

No fui capaz de responder.

—Porque este libro forma parte de una investigación en marcha; una investigación que tú has entorpecido de todas las formas posibles…

—No sé de qué me está hablando.

—¿Alguna vez has visto un narciso? Flores muy simples para mi gusto, la verdad. Pero hay alguien bastante interesado en ellos que me está tocando las pelotas hace rato. ¿Te suena de algo?

Me esforcé por mantenerme sereno.

—No.

—No entiendo, Dorian. Pensé que ya habías acabado con tus niñerías, pero sigues empeñándote en hacer mi trabajo más difícil. Si dejas de jugar ahora mismo, me abstendré de asegurarte una larga estancia tras las rejas por obstrucción a la justicia. De lo contrario…

—No sé quién le contó de los narcisos, pero no tengo nada que ver con eso. Yo sé tanto sobre la persona que está detrás de ellos como usted.

—Y aun así, no dijiste nada de esto cuando hablamos. ¿Por qué?

—Porque… —intenté responder—. Porque…

—Lo hemos sabido desde hace semanas. La última pieza que nos faltaba era el libro; lo supimos ayer gracias a un colaborador anónimo.

—Narciso.

—¿Qué?

—Nada. ¿Puedo irme ya?

—Llegamos a sospechar de ti, Dorian. Hay quienes todavía piensan que fuiste tú quien desapareció los informes médicos y los registros de defunción. A mí eso no me consta, pero debe haber un motivo por el que

has decidido guardarte lo de las notas para ti y para tus amigos, y no es precisamente para jugar a las aventuras de Sherlock Holmes.

—Está muy equivocado si cree que esto es un juego para mí.

—Sí, es cierto, es cierto. Tu tía, Isabella V., dijo que lucías aterrado mientras espiabas a la policía en el mausoleo de los V. Y tuviste las agallas de llevar a tu amigo contigo.

La traición de Isabella llenó mi boca de hiel, pero me contuve.

—No fui yo quien hizo ir a Aiden.

—¿Entonces quién lo hizo?

Suspiré, cruzándome de brazos.

—No lo sé.

El investigador parpadeó con lentitud.

—Nada nuevo bajo el sol —susurró meditabundo—. Espero saber un poco más de eso cuando te llamen a declarar en unos días.

—¿A declarar?

—Sí, Dorian. Hay alguien jugando con todos nosotros, y si tú realmente no tienes nada que ver con eso, deberás declarar ante un fiscal, bajo juramento, todo lo que has estado guardándote para ti solo durante todo este tiempo, antes de que sea demasiado tarde.

—¿Demasiado tarde para qué?

—No querrás saberlo, hijo. Te lo aseguro. —El hombre se dejó caer en su asiento con un suspiro, y se llevó la taza de café frío a los labios antes de decir—: Este libro quedará bajo custodia hasta que la investigación termine. Y, por favor, no nos obligues a ir por ti cuando necesitemos que nos digas la verdad.

—¿Eso es todo? ¿Ahora sí puedo irme? —inquirí en un tono más hostil de lo que me proponía.

—Por ahora —contestó el detective. Pero cuando alcancé el pomo de la puerta, añadió—: Y, un consejo. —Levantó sus ojos vidriosos a mí—. No sigas metiendo a tus amigos en esto.

VI

Salí precipitadamente al pasillo de la recepción, haciendo que la gente sentada en la sala de espera levantara la mirada hacia mí. Me disponía a salir

de ahí cuando mis ojos se quedaron enganchados a otros. Oscuros. Familiares. Hermosos.

Adela se levantó de su asiento y, sin dudarlo por un segundo, me rodeó con sus brazos. Y a pesar de lo de Guido, a pesar de las mentiras, a pesar de nosotros, mis manos ascendieron a su espalda. Tomé aire, nutriéndome de su perfume, de su esencia inefable, de todos los sueños siempre inacabados que había construido en torno a ella y de lo único a lo que me podía aferrar entonces: su presencia.

—¿Estás bien? —me preguntó, separándose de mí para tomarme el rostro entre las manos en un gesto extrañamente maternal—. Vinimos aquí en cuanto el detective T. nos avisó.

«¿Vinimos?», pensé. Así que Guido debía estar esperando por nosotros afuera.

—Estoy bien —me limité a decir—. Vámonos de aquí.

Yo había entrado por la parte trasera, por donde las camionetas de la institución podían ingresar a los capturados. La puerta delantera de la estación, en cambio, se hallaba en un edificio de fachada clásica que daba a una plaza rectangular y bastante despejada a esa hora, cuando el cielo a duras penas comenzaba a adoptar un tono cerúleo. Disfruté del oxígeno que, luego de horas, entraba con libertad en mis pulmones.

—Cuatro años. —La voz de Adela fue miel en mis tímpanos. La miré con atención mientras ella guardaba sus manos en los bolsillos de su abrigo—. He permanecido junto a Guido durante cuatro años. Él me salvó. —Se estremeció un poco, y no supe si se debía a la brisa que circundaba a nuestro alrededor o a un recuerdo de aquello de lo que había sido salvada—. Ha sido mi protector, y su causa el núcleo de mi vida. Todo lo que hago tiene sentido gracias a él.

—Entonces —dije despacio—, ¿en verdad tú y él no son…?

Adela negó con la cabeza.

—No hay nada entre nosotros. Lo quiero, Dorian. Por eso no me cuesta aparentar ante los demás cualquier otro tipo de cariño hacia él. Pero él no me hace sentir de ese modo.

—Yo creo que él sí se siente «de ese modo» por ti.

Una sonrisa triste acudió a sus labios.

—Lo sé. Y te juro que cada día despierto deseando que las cosas hayan cambiado en mí. Sin embargo, uno no siempre manda aquí. —Dio un toque en mi pecho—. Debe ser el cliché más manido jamás inventado, pero nunca pasa de moda. Uno no elige a quién amar.

Sonreí a mi vez, tratando de evadir las sensaciones que acudieron a mis labios con los recuerdos de la noche.

—¿Por eso lo ayudas? —pregunté—. ¿Porque crees que es una buena persona?

—No estoy a su lado por él, sino por mí —contestó ella con esa determinación fascinante que solía agravar su voz—. Sé lo que hago.

—Te estás metiendo en algo peligroso.

—Lo es. Con esta investigación nos hemos arriesgado a perderlo todo. Aun así, estamos dispuestos a hacerlo con tal de conseguir lo que necesitamos.

—Revelar la verdad —dije—. De eso se trata, ¿no? De destronar a una de las familias más poderosas de la ciudad sacando sus trapos sucios al sol.

Dejé de caminar al notar que Adela se había detenido. Al volverme a ella, su semblante había adquirido una amargura que me dejó helado.

—No hacemos esto por tu familia, ni por venganza, ni por algún tipo de gloria absurda, sino por las víctimas —apuntó, mirándome de reojo antes de seguir caminando.

—Te hicieron daño —aventuré alcanzándola.

—Eso no importa —respondió sin mirarme—. Lo que importa es que un día dejarán de hacerlo. Y mientras yo pueda ayudar a que ese día esté más cerca, esta seguirá siendo mi causa también.

El silencio de aquella hora era amenizado por el sonido de las aguas de la fuente por la que pasábamos. Con cada paso nos acercábamos más al final de la plaza, y deseé que el camino se distendiera para no tener que dar por sentada nuestra conversación.

—Adela —intervine de nuevo, deteniéndome—, ¿alguna vez has hecho algo de lo que deberías arrepentirte, pero no puedes hacerlo?

La librera dejó de caminar y me contempló por unos instantes.

—¿A qué viene eso? —me preguntó con cierta suspicacia.

Suspiré, cerrando los ojos.

—Quisiera haberme arrepentido de haberte conocido a ti y a Guido. De haber confiado en ustedes. De… haber colaborado en un propósito que va en contra de mi familia sin saberlo. Pero no lo hago. —Evoqué la manera en que el rostro de Aiden se iluminaba al verme, la cercanía de su respiración, sus labios contra los míos. «Debería arrepentirme. Pero no lo hago. Dios mío. Soy incapaz de desear que no haya pasado».

Adela posó una de sus manos sobre mi hombro, devolviéndome a la realidad.

—Prefiero no ser capaz de arrepentirme de lo que he hecho, que arrepentirme de lo que nunca me atreví a hacer —me dijo—. Al final, ¿no es el arrepentimiento la culpa de los hipócritas? Si el arrepentimiento fuese efectivo, todas las iglesias de esta ciudad estuvieran llenas de almas de Dios. Pero quienes las llenan y las dirigen son hombres que pecan tantas veces como puedan rezar el «Yo confieso» mientras se dan golpes de pecho.

Me llevé una mano al corazón con cierto dramatismo.

—*Por mi culpa, por mi culpa…*

—*Por mi gran culpa.* —Adela me imitó con gesto contrito y ambos reímos, aligerando la carga de aquellos días en aquel breve instante—. ¿Eso quiere decir que estás de nuestro lado? —preguntó cuando callamos.

—¿No es obvio? —respondí—. Jamás he estado en un bando diferente.

VII

A pesar de la delicada manera de conducir del librero, me sentía tan agotado que terminé cayendo dormido en el asiento trasero del coche en algún punto del camino, arrullado por la interferencia que desprendía la radio mientras transmitía una maratón de música clásica. Solo desperté luego de lo que me pareció una eternidad, cuando atravesábamos el barrio universitario. Fue Adela quien interrumpió mi sueño, primero con susurros que se acoplaron con increíble facilidad al mundo onírico, y luego con unos suaves toques en mi rodilla.

—Despierta, vamos. Ya estamos llegando a casa.

«A casa». Saboreé cada palabra, deseando jamás tener que dejar de pertenecerle. «Casa» era la voz de Adela, el silbido de Guido, el olor a libros que invadía cada rincón del viejo edificio.

Me levanté poco a poco, restregándome los ojos. Para entonces, en el cielo ya comenzaban a desfilar los primeros colores de la mañana.

—¿Qué tal la siesta? —me preguntó Guido volviéndose a mí sin soltar el volante—. Conduje más lento para que pudieras descansar.

—Guido… —dijo Adela, quien mantenía la vista al frente.

—¿Acaso tienes brillantina en la cara, chico?

—¡Guido! —gritamos Adela y yo al unísono cuando la figura en medio del callejón quedó a un par de metros del auto.

El librero frenó en seco, haciendo que todos nos sacudiéramos de golpe dentro del vehículo. Fui yo el primero en salir y dirigirme hacia Olivia, quien, con el cabello alborotado y un pesado abrigo encima de su vestido de seda, por un instante me pareció irreconocible.

—¡Oli! ¿Qué demonios haces aquí? —exclamé, salvando a trote la distancia que nos separaba para tomarla por los hombros—. ¿Estás bien?

—Yo tenía tu libro —confesó ella en un murmullo, con la mirada gacha. Su voz delataba que no estaba totalmente sobria aún—. Solo quería jugarte una broma y… lo siento mucho. —Levantó la vista y un par de lágrimas negras se deslizaron por sus mejillas—. El detective no me dejó ir a verte. Creí que te había pasado algo malo.

La atraje hacia mí para abrazarla con fuerza.

—Solo quería que te relajaras —gimió—. Que te olvidaras de la policía y Narciso al menos por esta noche.

—Está bien —susurré contra su cabello—. Ya no importa, Oli.

—Pero la policía me lo quitó.

—Me lo devolverán cuando acabe todo esto —le dije, tomándola por las mejillas para mirarla a los ojos—. Además, no había nada allí. Solo algunas frases que…

—Pero sí había algo —me interrumpió ella.

Apartó mis manos y buscó en sus bolsillos. La luz cetrina de las farolas alumbró un diminuto papel amarillento enrollado en la palma de su mano.

—El libro estaba estropeado cuando me lo entregaron, lo siento. —Se sorbió la nariz—. Fue por eso que me di cuenta de que había algo adherido en el interior del lomo —indicó mientras me entregaba el rollito.

«El lomo», pensé atando cabos. No había prestado atención al estado del libro, y quizá el golpe que le había dado por impulso había sido lo

suficientemente fuerte como para que el lomo se desprendiera un poco.

La incertidumbre, que hasta entonces creí superada, volvió a encender sus alarmas. Tenso como estaba, desenrollé el papel y vi su contenido. Apenas fui consciente de que Guido y Adela habían bajado del auto y se acercaban a nosotros.

—¿Qué pasa? —preguntó Adela a mis espaldas.

—¿Estás bien, Olivia? —inquirió Guido a su vez.

—Encontró algo —señalé mientras Olivia asentía con la cabeza. Repasé con las yemas de los dedos las líneas escritas a máquina: «*In vino veritas*».

—En el vino está la verdad —dijo Guido a mi lado—. Es un proverbio que se suele atribuir a los *symposium*, las fiestas celebradas en honor a Dionisio, el dios del vino y la celebración. ¿Eso te dice algo, muchacho?

—Villa Dionisio era la finca de verano de mi abuelo —aduje, mirando con determinación los rostros inquietos de mis tres acompañantes—. Y creo que papá quería que yo volviera a ella.



CUARTA PARTE:
INICIACIÓN

Necesitó varios esfuerzos para controlar su instinto de supervivencia, pues atenderlo implicaba renunciar a cada pieza que había movido hasta entonces. Había demasiado en juego, y aunque deseaba ignorarlo, una nueva certeza se volvía palpable con cada segundo que transcurría: retroceder ahora significaba renunciar a todo. El principio del fin. La serpiente mordiéndose la cola. Retroceder equivaldría a ser atravesado por el aguijón de su propia tragedia. Quedaba un solo camino: el que él mismo se había labrado. Y avanzó a ciegas en él.

—El héroe de la niebla

14

VERITAS VINCIT

I

 ecuerdo cuando leí *Veinte mil leguas de viaje submarino* por primera vez. Sentía una fascinación malsana por el capitán Nemo, por la manera en que Verne describía cada detalle de su presencia y su fisonomía con precisión artística bajo el lente del profesor Aronnax. Cada que el académico subía a proa y se encontraba con él, o lo escuchaba tocar el órgano en su estudio, me preguntaba por qué razón, pese a su fascinación, a la veneración que evidenciaba por el enigmático marinero, no se acercaba un poco más. Yo, al igual que Aronnax, ansiaba la aparición de Nemo en cada capítulo. Y ansiaba ser capaz de sentir por alguien la admiración, el arrobo que el protagonista sentía por ese hombre del mar. Solo cuando crecí, fui consciente de que ese «alguien» no sería una de las chicas que me presentaban mis compañeros del internado.

Decidí que era demasiado joven, y lo era, pero mi edad nunca fue la respuesta. Besé por primera vez a una niña en un baile de fin de curso, cuando tenía trece años. Conocí el amor de una mujer en la fiesta de los de último año a la que me colé con mis amigos de internado cuando tenía dieciséis. Estaba oscuro y, aunque descubrí un museo de texturas y suavidades en su cuerpo, la fascinación duró poco. Entonces llegué a la conclusión de que el sexo estaba sobrevalorado mientras que la amistad solía estar devaluada para los chicos de mi edad. Descubrí que, en efecto, me gustaban las chicas, pero ¿de qué manera? Me gustaba pasar la noche con una de ellas, sí, siempre y cuando estuviese lo suficientemente ebrio como para poder relajarme y disfrutar del proceso. Y lo hice cada vez que fuera necesario con tal de probarme ante los demás, y ante mí mismo, que no

tenía nada que esconder. Abracé ese estilo de vida: las fiestas, los tragos, el amor de una noche y otras drogas, ocultando el problema real como quien guarda mercurio bajo una alfombra. Sin embargo, nunca fue suficiente, porque ese otro lado de mí había echado a andar por las sombras mucho antes de que despertara en mí la necesidad de sepultarlo.

Fue cuando entré en la adolescencia que comencé a desarrollar sentimientos que no estaban dirigidos a ellas, sino que dieron un vuelco a otros. Me parecían espejismos absurdos, fiebres hormonales que pasarían con un baño de agua fría, monólogos que dejaba que se desataran en mi cabeza para luego ponerlos en relatos en los que jamás dejaría que trasluciera mi secreto. Pasaron los años y me convencí de que podría fingir hasta convertirme en el hombre que quería. En un hombre «normal»… Pero ¿qué demonios era eso? Mi abuelo mataba el tiempo con prostitutas, mi padre naufragó en brazos del alcohol y los opioides, mis amigos seducían chicas a las que luego descartaban como si hubiesen tomado de ellas lo único que importaba, cuando lo que importaba era justo lo que dejaban ir. ¿De eso se trataba ser un hombre?

Por último, estaba lo que me pasó con Adela. Hubo otros momentos en los que coincidí con mujeres en las que, con algo de tiempo, pude haber sido capaz de depositar toda la adoración que no había podido dirigir a alguien antes. Quise culpar a mi suerte, que nunca me condujo al momento adecuado para encontrarme con ellas. No me detuve a pensar que tal vez el problema no estaba en nadie más que en mí mismo. La idea me resultaba demasiado aterradora para aceptarla. Con Adela, por primera vez coincidieron persona y momento, y pude acercarme a ella de una manera en que jamás me había acercado a otra mujer. Pensé que, si no fuera por su relación con el librero, sería capaz de enamorarme de ella. Y justo cuando descubría esa posibilidad, comprendía que era otra piel la que reptaba por debajo de la mía.

¿Estaba en riesgo mi identidad por haber besado a un chico? ¿Por qué habría de dejar de ser yo mismo si cedía a mis propios deseos? Y así se resumían mis opciones: decidir quedarme con lo que me podía permitir ser, o aquel en quien, si escarbaba un poco más en mí, llegaría a reconocerme como nunca antes lo había hecho.

II

—¿Dorian? ¿Siquiera estás escuchando una sola palabra de lo que estoy diciendo?

Separé la cabeza de la ventanilla del auto, observando las diminutas gotas de un aguacero que no estaba seguro de si perseguíamos o rehuíamos. Afuera, nubarrones de toda gama de grises convertían el campo abierto en un escenario lúgubre.

—Te estoy escuchando —respondí al tiempo que me desperezaba bajo la mirada reprobatoria de mi compañera de asiento.

—¿Ah, sí? ¿Qué acaba de decir? —inquirió Olivia a mi lado con perverso regocijo.

Hice rodar los ojos, y tuve que recordarme que había sido ella quien insistió en sumarse a aquella excursión a Villa Dionisio.

—Que… Nemo significa «nada», ¿no? —respondí—. Es la palabra que usó Odiseo para engañar al cíclope, Polifemo, y atacarlo sin sufrir las consecuencias.

—Pero las sufrió, muchacho. Las sufrió. —Guido me dio una mirada severa a través del espejo del copiloto—. Y todo por ser un incauto que despreciaba la sabiduría de los mayores en vez de atenderla.

—Ya superamos el tema del nombre hace quince minutos, Dorian —dijo Adela, la conductora designada, para alivio de todos—. Y tú sigues sin entender la lección de Odiseo. ¿Recuerdas la relación de Nemo con Homero?

—Por Dios —gemí—. ¿Podemos dejar al difunto capitán Nemo por un segundo? Dudo que papá haya encriptado un mensaje en los nombres de los personajes del maldito libro.

—No debemos descartar la posibilidad de que lo haya hecho, chico. Escucha…

—Aquí vamos otra vez —canturreó Olivia.

—El capitán Nemo se puso a sí mismo ese nombre al adoptar el mando del *Nautilus*. No era una coincidencia que en la gran biblioteca del submarino tuviese una de las obras de Homero. Fue de ahí de donde tomó el nombre: «Nemo», o «Nada», porque de alguna manera su identidad había dejado de ser trascendente. Era un hombre culto, amante de la ciencia, el

arte y la literatura, pero su sino era la venganza, y renunció a su identidad para remplazarla por un solo propósito: acabar con quienes le hubiesen hecho daño, usando todos sus conocimientos en ese afán.

—Nemo era más que eso —dije—. Era… apasionado. Amaba la vida animal; protegía a las especies marinas. Y era compasivo, por eso salvó a Aronnax y a sus amigos de su naufragio.

—Y también los condenó a su propia tragedia —refutó Guido—. Sí, Nemo podía ser compasivo, pero también podía ser letal cuando dejaba que sus impulsos lo dominaran. En especial la venganza.

«Venganza». Esa última palabra se deslizó por mis labios en tanto volvía la mirada al dibujo caprichoso de los nubarrones a través de la ventanilla. Parecía que todo tenía que ver con ella: la novela que estaba terminando de escribir para Frank, el libro de Julio Verne, el mensaje de papá…

—¿Creen que mi padre quería venganza? —pregunté.

—Por lo que nos contaste, parece que más bien quería advertirte de la de alguien más —me dijo Olivia con suavidad, posando una de sus manos sobre la mía. Le di un suave apretón.

Al mirarla de reojo, sentí un pinchazo de inquietud al pensar en cuánto había cambiado desde nuestro reencuentro. El fulgor característico de sus ojos parecía haberse desvanecido bajo un velo de reserva, y sus maneras espontáneas quedaban, poco a poco, maquilladas por una afectación incipiente que yo no podía dejar de notar cada que hablaba: como si eligiera las palabras con cautela en vez de permitir que surgieran en torrente.

—Pero ¿qué tipo de nombre es ese? —preguntó dirigiéndose a Guido—. «Nada». Bastante cínico, ¿no?

—Tal vez —respondió el librero—. Pero también puede ser que, después de aislarse, adquirir miles de conocimientos y adentrarse en los misterios más insondables del mar, el capitán hubiese aceptado su propia insignificancia. La imposibilidad de abarcar el mundo que conocemos puede ser terrible, muchachos. Pero también liberadora. Albert Camus lo dijo en uno de sus ensayos: aquel que cobra conciencia del sinsentido de vivir, de todo lo que jamás llegará a conocer y de las certezas que jamás poseerá, debe aceptar el mundo absurdo en el que vive. O confrontarlo.

—¿Cómo? —pregunté con renovado interés en la conversación—. ¿Cómo confrontas tu propia incapacidad de soportar lo absurdo de la vida?

—No creo que sea…

—Guido —lo apremié.

El hombre soltó un profundo suspiro antes de responder:

—Poniéndole fin.

La radio, en la que el ruido ganaba cada vez más terreno que la música, llenó el espacio que compartíamos por unos segundos que me parecieron interminables.

—Por eso existen el arte y la literatura. —Fue la voz de Adela quien reanimó la conversación—. Camus las interpretaba como alternativas al absurdo. Las verdades absolutas limitan, mientras que las artes desbordan los márgenes de la razón.

Poco a poco, de los vestigios de la conversación nada más quedaron ideas que cada uno rumiaba a su ritmo en los silencios que nos acompañaron, en especial cuando tomamos el desvío en la carretera que conducía a un camino destapado. Aquel pasaje estaba cercado de árboles que oscurecían la vía, ahora más bosque que camino, y las verjas de Villa Dionisio no tardaron en aparecer. Intenté prepararme para el torrente de memorias que pronto acapararía mis sentidos. No esperaba encontrar ahí, recortado contra el paisaje que me pertenecía, un asunto inconcluso del presente esperando por mí.

—¿Qué hace Aiden aquí? —logré articular sin dejar de verlo.

Él, apoyado en su motocicleta, sonrió al ver el auto y saludó con la mano libre en nuestra dirección.

—¿Acaso no has hablado con él? —me preguntó Olivia—. Aiden fue quien nos ayudó a conseguir una copia de las llaves.

—¿O es que creías que entraríamos como vándalos, muchacho? —inquirió Guido.

—Sí… No… Quiero decir, ¿por qué no me lo dijeron?

—Ay, por favor —atajó Oli—. Te la pasas con Aiden. Todos asumimos que hablarías con él. Al fin y al cabo, ustedes dos son muy buenos amigos, ¿no? —inquirió con una perspicacia que logró alarmarme.

—Claro —me limité a responder con cautela.

Había pasado una semana de la fiesta. Ocho días en los que Aiden y yo no habíamos hablado ni hecho el menor esfuerzo por establecer algún tipo de contacto. Ocho días en los que yo no había sido capaz de olvidar cinco segundos. Ocho días en los que creí descubrir más de mí mismo de lo que jamás estuve dispuesto a saber. Olivia no me había preguntado nada sobre la fiesta ni sobre Aiden, y yo asumí que no se había enterado de nada. O eso quería creer.

Atravesamos las altas verjas, antaño gloriosas, ahora dominadas en gran parte por una enredadera que parecía burlarse del nombre en letra capital que las coronaba: *Villa Dionisio*. Aquel lugar aislado y silencioso parecía ser el último lugar al que el dios de la celebración convertiría en su villa. Cuando la casona se impuso en mi campo visual, tuve que hacer un esfuerzo para asimilar la transformación que había sufrido tras aquellos años de abandono. La fuente que precedía la entrada principal estaba cubierta de una densa capa de musgo, pero la estatua del dios del vino seguía erigiéndose en medio del agua estancada con porte dominante, pese al verdor que comenzaba a delinear su poderosa figura.

Más allá se encontraba la finca: una fortaleza neoclásica con columnas de mármol y arcos palaciegos a la que el abandono no había logrado humillar. Al contrario, era como si la soledad le confiriese un aire atemporal, sublime. Me pareció que reverberaba la ausencia de quienes algún día la habitaron. Cada loza, cada adoquín, cada piedra parecía evocar lo que ya no estaba. Lo que ya no era ni sería. Al bajar del auto, aspiré el aroma sempiterno que desprendían los árboles con las lluvias estivales. ¿Por qué, a pesar de tantos años, sentía la añoranza de quien retorna a un lugar al que ha pertenecido?

Aiden acababa de estacionar su moto cerca del auto y los demás lo saludaban, así que me aproximé con pasos vacilantes e hice lo propio con un gesto de cabeza.

—¿Qué tal? —saludó, escrutándome con sus ojos despejados e impasibles. De nuevo llevaba esa estúpida chaqueta de aviador que contrastaba con su piel pálida y me recordaba a la primera vez que se me había ocurrido viajar con él en su moto.

—Oye —me dijo Guido, dando un paso a mí—, ¿quieres hacer esto, hijo? Podemos ir sin ti, si lo prefieres.

Sacudí la cabeza e hice mi mejor intento de sonrisa.

—No hice sufrir a mi trasero durante una hora para darme por vencido tan fácilmente —declaré—. Vamos. Hay que entrar.

Guido me sonrió de vuelta y, aunque me palmeó la espalda con tanto ahínco que me hizo tambalear, logró reconfortarme.

—Así se habla, hijo. Ahora sí, señoras y señores… —Dio dos palmadas en el aire—. Pónganse esos guantes y dense prisa, que tenemos a lo sumo un par de horas para revisar la casa hasta que la lluvia nos cierre el paso. Recuerden no tocar nada sin los guantes y dejar las cosas que muevan justo donde las encontraron. ¿Están todos listos?

Fui el único que no respondió.

III

La parte trasera de la casa daba a un jardín caído en desgracia y al camino que conducía al lago, ahora rebosante de maleza. Tuvimos que esquivar las cintas de «No pase» que la policía había dejado en las puertas auxiliares, al igual que en las de la entrada principal, pero gracias a las llaves que Aiden había tomado de la oficina de la señora P. logramos pasar sin mayores inconvenientes.

Entramos por el acceso al patio trasero: una suerte de cámara de estilo invernadero donde la familia solía desayunar. Me sorprendió advertir que ni siquiera el olor a moho y encierro que inundaba el recinto podía arrebatarme el recuerdo de las agradables fragancias que solían atraerme hasta ese lugar durante las vacaciones que pasaba allí. Claro que, sin el mobiliario, la decoración y las piezas de arte que ahora eran exhibidas en casa de John, el abandono se hacía incluso más evidente. Podía ver el rastro de nuestros pasos sobre el piso de mosaico, intacto bajo la huella permanente del polvo.

—Esto es impresionante —oí murmurar a Olivia.

—Espera a ir a la tercera planta —dije.

—Este comedor es casi tan grande como nuestro piso —comentó Guido, boquiabierto.

—Qué bueno que el nuestro huele mejor —agregó Adela con sorna, haciéndonos reír.

Nuestras voces eran amplificadas por el silencio hueco que nos rodeaba. Era como si hubiésemos penetrado en una dimensión relegada del mundo donde el sonido, la luz y las sensaciones llegasen de una manera distinta.

Continuamos por el pasillo que conducía al vestíbulo central, y luego realizamos un lento recorrido por las habitaciones del primer piso y el segundo. No nos tomó tanto tiempo, pues no quedaba mucho en dónde buscar. Ahí estaban los corredores en los que solía escuchar el violento trote de mis primos cuando salían a jugar al jardín por las mañanas, o la habitación que yo solía compartir con uno de ellos, pero casi no quedaban muebles, y los pocos que sobrevivían habían sido cubiertos con sábanas, cual fantasmas que aguardasen el regreso de la presencia que solía darles sentido. Así, nuestros pasos terminaron llevándonos a un destino inevitable: el sitio que, aunque nadie lo dijera, era la razón de nuestra excursión a Villa Dionisio.

El tercer piso era una planta de techos altos destinada a ser la biblioteca y sala de billar de la casa. Las estanterías de dos pisos, antaño ocupadas por libros y enciclopedias que habían sido motivo de fascinación para los invitados, ahora se hallaban vacías, sin contar uno que otro cuaderno de contabilidad o libro de texto obsoleto. La suntuosa mesa de billar seguía en su lugar, al igual que la alfombra persa que cubría la madera del suelo, ambas humilladas por un velo de polvo que las envejecía y opacaba. A pesar de eso, aquella estancia parecía ser la menos afectada por el abandono. Tal vez el haber sido el escenario previo a una tragedia la había condenado a esa inmutabilidad de los lugares cuya misión se reduce a contener un instante. O tal vez se debiera a que aquello que me había cautivado tanto de niño permanecía impertérrito, ocupando el techo abovedado del recinto: un fresco que representaba lo que parecía ser una fiesta desenfrenada en la que concurrían ángeles, dioses y humanos.

—Es una imitación del *Triunfo de Baco y Ariadna*, de Carracci —me dijo Adela, siguiendo el curso de mi mirada—. Es idéntica a la original, salvo por sus dimensiones.

—¿Qué significa? —pregunté, aliviado de poder distraerme en eso mientras me preparaba para seguir recorriendo la sala, como ya lo hacían Guido, Olivia y Aiden.

Adela, con ese fulgor casi dulce que se apoderaba de sus rasgos cada que hablaba de algo que la apasionaba, me lo explicó. Ariadna, hija del rey Minos, se enamoró de Teseo y decidió ayudarlo en su misión: atravesar el laberinto de Creta para aniquilar al Minotauro que el rey había encerrado allí. Para ello, le regaló un ovillo de hilos dorados gracias al cual el héroe no se perdió en el laberinto, sino que triunfó. Se marcharon juntos, aparentemente enamorados. Sin embargo, Teseo abandonó a Ariadna en la isla de Naxos, y aunque ella quedó destrozada, su suerte cambió cuando fue encontrada por el dios Dionisio, quien se casó con ella y la coronó como su reina.

—Y eso es lo que están celebrando ahí arriba. —Adela dirigió su índice al fresco—. ¿Lo ves? El ángel sostiene la corona sobre la cabeza de Ariadna.

—¡Creo que encontré algo! —dijo Olivia de repente desde el fondo de la sala, donde el escritorio yacía ante un ventanal triangular que exhibía el emblema de los V.

—Mi abuelo pasaba la mayor parte del tiempo ahí cuando vivía en esta casa —dije haciendo un gesto hacia el imponente mueble, al cual Olivia se giró como si se le acabase de aparecer un fantasma.

—¿Y bien? Muéstranos lo que encontraste, querida —la instó un entusiasta Guido, quien ya se acercaba al punto exacto donde se encontraba mi amiga.

Él y yo nos arrodillamos al lado de Olivia, quien había extraído uno de los cajones del escritorio. La morena movió un poco a Guido para que no ocultara la luz del vitral y esta diese justo en la boca negra que se abría en aquel espacio despejado del mueble. Vi el destello de un círculo dorado en medio de la madera, del tamaño de una pequeña moneda. Entorné los ojos al reconocer el emblema de la Orden en aquella pieza, y luego los abrí de par en par cuando vi las palabras que lo rodeaban, escritas en letra cursiva.

—*In vino veritas* —leí en voz alta.

Me giré y levanté la mirada al grupo, pasmado.

—¡Lotería, muchacho! —Guido me dio un par de palmaditas en una mejilla, como para sacarme del aturdimiento—. Parece que estamos en el punto exacto al que tu padre quería traerte.

—¿Quería traerme al lugar en el que mi abuelo guardaba su vino favorito? —pregunté, dudoso.

—El vino tiene varios significados, hijo —me dijo Guido, arrodillándose frente a mí—. Uno de ellos es que a través de él se llega a la verdad. Es por eso que en la antigua Grecia era utilizado en los *symposiums* antes de que grandes pensadores iniciaran sus debates. —Mientras Guido hablaba, me fijé en Aiden, quien nos miraba atentamente desde una estantería cercana en la que había apoyado la espalda. Aparté la mirada justo a tiempo para evitar que nuestros ojos se encontraran—. Con el vino la verdad aflora, el interior del hombre se revela. Incluso en el cristianismo…

—Guido —interrumpió Olivia—, todo esto es muy interesante, pero ¿por qué no abrimos esa caja primero? No sé a ustedes, pero este lugar me da escalofríos.

—Apoyo a Olga —convino Adela.

Guido suspiró y yo intenté quitar el fondo falso. Sorpresa: la tapa ni siquiera se movió.

—Está bloqueado —dije entre dientes, e hice un último intento con todas mis fuerzas para empujar la lámina de madera sin éxito—. Mierda… —Dejé caer mi trasero en el piso y sostuve mi cabeza con ambas manos—, ¡debo estar maldito!

—No estás maldito —replicó Olivia, exasperada—, solo eres un poco idiota.

Levanté la cabeza para aniquilarla con los ojos, pero me distraje cuando vi que Aiden abandonaba su lugar en la estantería y nos daba la espalda, al parecer para reírse de mí en paz.

Antes de que pudiera replicar a la acusación de Olivia, ella se arrodilló ante mí y acercó sus manos al cuello de mi chaqueta. Di un brinco cuando sentí la textura helada y húmeda de su piel en la mía y sus dedos sobre la cadena de Santa Cecilia. Al mirar a la chica bajo la luz del ventanal, reparé en que ni siquiera los colores del vitral tocaban sus mejillas. Tenía los ojos opacos y la frente perlada de sudor. Ella debió advertir mi inquietud y se alejó un poco. Justo en ese instante fui testigo de cómo su mirada perdía el foco por un segundo y su cuerpo se tambaleaba hasta que la retuve, tomándola por los hombros. Parpadeó, y la luz volvió a reflejarse en sus ojos cuando levantó la mirada a mí.

—Olivia —intervino Adela tocándole un hombro.

La aludida se escurrió de su tacto al tiempo que volvía acercarse a mi cuello, pero la detuve, sosteniendo sus manos con las mías.

—¿Qué pasa? —le pregunté, y mi voz sonó demasiado temerosa, demasiado atemporal en aquella sala que seguía sobrecogiéndome. Volvía a tener doce años. Volvía a hacerme una pregunta cuya respuesta no quería conocer.

—Lo siento —suspiró Olivia con una sonrisa cansada—. Anoche apenas dormí. Tuve una semana demasiado difícil entre la universidad, el trabajo y los ensayos.

—No debiste venir —le dije, y antes de que pudiera agregar algo, la sonrisa de Olivia se esfumó. Comprendí que la había herido—. No, Oli. Quiero decir que…

—Si me permites, me disponía a mostrarte que hice bien al venir —replicó, extendiendo la palma de su mano hacia mí.

Fue mi turno de suspirar. Me quité la cadenita de la que pendía el anillo de la Orden, cuya existencia casi había olvidado al llegar a esa casa. Olivia la tomó, la observó con los ojos entornados y luego encajó el relieve de la argolla en la tapa.

Tras un chasquido de engranajes, el cajón cedió y pudimos levantarlo, revelando lo que era de esperarse: una reserva personal de vinos. Guido tomó una de las botellas negras y la examinó con curiosidad ante el resplandor del ventanal. Yo lo imité y tomé otra para analizarla. Advertí que, pese a tener el corcho intacto, era demasiado ligera. Comprendí que no habíamos dado con verdaderas botellas de vino incluso antes de oír el estruendo que lo confirmaría, seguido de la risotada de Guido cuando todos nos volvimos a él. Sobre la alfombra, además de los trozos del cristal del recipiente, el cual el librero había roto al golpear con el filo de una estantería, no se extendía la mancha propia del elíxir, sino varios papeles enrollados con meticulosidad que rodaron sobre una lluvia de narcisos secos.

—*In vino veritas* —exclamó el librero, y sus ojos relumbraron al encontrarse con los míos.

IV

Nada como los truenos al retumbar por un cúmulo de concreto y mármol sin dueño para leer cartas ajenas que hablan de envidias, rivalidades y venganzas entre hermanos. A menos, claro, que se encuentren escritas en un lenguaje ilegible que frustre un plan tan romántico.

—Todas están escritas con esos garabatos —protesté cuando terminé de examinar la última carta.

Nos hallábamos sentados en la alfombra ante nuestro hallazgo más reciente. Debía haber al menos diez misivas escritas a mano, pero el lenguaje en el que estaban redactadas hizo que fuera imposible que comprendiéramos su significado de inmediato.

—Es griego antiguo —dijo Guido—. Podría intentar traducirlas, pero para eso necesitaré tiempo y mis libros a la mano.

—¿Por qué ese idioma? —protesté—. ¿No podían usar el francés?

—El griego antiguo ha sido el lenguaje de los intelectuales durante siglos, además de otros códigos que les permiten jugar con la semántica y poner en jaque a quienes intenten desentrañar sus mensajes —explicó el librero—. Ninguna persona común y corriente habrá sido instruida en una lengua tan compleja y… ¿cuál es esa palabra que tanto te gusta? —Se mesó una punta del bigote—. Ah, sí: *arcaica*.

—Pero hay personas «comunes y corrientes» que acudiríamos a alguien que no peque de nuestra misma ignorancia para descifrar esos códigos —señaló Adela, enarcando una ceja.

—*Touché, mon ange*. Sin embargo, la gente común pulula por la sociedad convencida de que comparte el mismo secreto que quienes los rodean y, por lo tanto, ya no existe tal secreto ni curiosidad por él. El primer paso del hombre ignorante es dar las cosas por sentado, mientras que los intelectuales no dejan de instruirse.

—Vaya —suspiré fastidiado—. ¿En qué lugar nos deja al resto todo eso?

—«El resto» es la mayoría —indicó Guido—. Y «el resto» vivimos sumidos en el más exquisito consuelo de la ignorancia.

—¿Incluso alguien como tú? —indagué con algo de sorna.

Guido sonrió.

—Nosotros no hemos hecho más que abrir los ojos en medio de la noche. Tanteamos incertezas, y no despertaremos sino hasta que algo de ello

madure en nuestra mano como el fruto del árbol de la vida: turgente, palpable, de colores vívidos e imposibles. Pero hay que saber a qué clase de realidad uno quiere despertar antes de decidir hacerlo. «El que come del fruto del árbol del conocimiento siempre es arrojado de algún paraíso» —recitó—. No todos están dispuestos a pagar el precio.

—¿Y cuál es el precio? —preguntó Aiden.

—Conocerse a uno mismo. El conocimiento requiere de ciertas certezas mínimas, ¿y cuál certeza es más grande que la de la existencia propia? Quien evada su propia identidad jamás será sabio. Y los sabios están condenados al aislamiento, a la soledad. Carl Jung pasó sus últimos días encerrado en una torre, enfrentando visiones febriles, causando estragos en su familia con supuestas manifestaciones paranormales. Pero él sabía algo que nosotros no.

—Había enloquecido —concluyó Olivia, quien para ese momento parecía haberse recompuesto bastante.

—Quizá, jovencita —respondió Guido—. Pero ¿acaso no es esa la forma en que la gente suele referirse a aquellos que saben algo que los demás ignoran antes de que se pruebe que hay cierto grado de verdad en sus afirmaciones?

Guardamos las cartas en el bolso de Adela y recogimos los restos de las botellas antes de abandonar el estudio. Sin embargo, cuando nos disponíamos a dejar atrás la mansión, con sus memorias y sus fantasmas, Aiden me detuvo en el vestíbulo.

—Saldremos en un minuto —dijo a los otros sin más.

Ellos asintieron y se marcharon. Sus voces y sus pasos pendieron en el aire viciado de la casa hasta desvanecerse por completo. Entonces el silencio se volvió tan perfecto que tuve que volverme a Aiden para asegurarme de que no había desaparecido. Ahí estaba él, inmóvil y expectante mientras me observaba, y me dio la impresión de que bien podía haber pertenecido a ese lugar, pues él también tenía esa aura intemporal de aquello que es capaz de vencer al olvido.

Levanté la cabeza hacia la circunferencia traslúcida que hacía las veces de techo en lo alto del recibidor; una suerte de pupila enorme por la que la luz penetraba a raudales, generando haces de luz que parecían vestir el aire con un velo transparente.

—Siempre me sentí observado por esto —rompí el silencio con una voz apenas audible, sin saber si hablaba a Aiden, a mí o a la casa—. Esa cúpula era un ojo enorme que me seguía a donde quiera que fuese. Incluso mientras estaba solo recordaba que estaba condenado a su mirada; yo podía cerrar los ojos y pretender que *eso* no existía, pero seguía allí. No podía escapar. —Me volví a Aiden, quien se había recargado sobre el marco de la puerta y me contemplaba sereno, con los brazos cruzados—. ¿Sabes qué siento ahora?

Aiden elevó la mirada a la cúpula y el reflejo del cristal se depositó en sus ojos.

—Alguien dijo que si miras fijamente al abismo —se volvió a mí de nuevo—, el abismo te devuelve la mirada.

Lo observé, ceñudo, recordando la totalidad de la frase célebre de Nietzsche: «Quien con monstruos lucha, cuide de no convertirse en monstruo a su vez».

—Tal vez he visto ese abismo el suficiente tiempo como para sentir que puedo superar el miedo —confesé, encogiéndome de hombros, pero tras una pausa inquirí—: ¿Crees que luchaba con monstruos?

Para mi sorpresa, Aiden sonrió ligeramente.

—Creo que lo haces —dijo con calma mientras cerraba las puertas del vestíbulo—. Al igual que todos. Pero hay varias clases de monstruos —continuó, palmeándose las manos para quitarse el polvo de los guantes—. Están los que puedes ver, y están los que ven dentro de ti y se alimentan de lo que eres. O de lo que temes llegar a ser.

—¿Y el discursito motivacional a qué viene? —pregunté ladino, dándole la espalda para comenzar a desplazarme por el vestíbulo con calculada indiferencia—. ¿Qué se supone que yo temo… —hice un gesto elocuente con las manos— «llegar a ser»?

Escuché los pasos de Aiden reverberar en el vestíbulo mientras se aproximaba a mí. Me quedé inmóvil cuando lo oí responder:

—Eso tú lo sabes mejor que yo. —Su voz, suavizada bajo la cadencia de un tono confidencial y el eco que le confería el espacio, envió un agradable estremecimiento a lo largo de mi espina dorsal.

Apreté la mandíbula para tomar el aplomo que sabía que necesitaría al enfrentarlo cara a cara. Entonces me giré y lo encontré a un palmo de mí.

Nada habría podido prepararme para eso.

—¿Es eso a lo que debo el placer de tu compañía?, ¿una confesión? —inquirí, ceñudo—. ¿Qué quieres, Aiden?

—Lo que yo quiero es… —comenzó a decir mientras daba un paso más, e hice acopio de todo mi autocontrol para no retroceder—, saber qué es lo que *tú* quieres —dijo, bajando la voz hasta convertirla en un ronco susurro.

—¿Lo que yo quiero? —repetí, entornando los ojos. Mi respiración comenzaba a volverse audible, y solo pude esperar que mis latidos no lo fueran también.

—Estás nervioso —resolvió Aiden, ladeando la cabeza levemente—. Sabes que no necesito explicarte absolutamente nada. ¿O sí? Porque podría recordártelo. —El asomo de sonrisa que esbozaron sus labios hizo que mis ojos se detuvieran en ese punto. Eran generosos, como siempre, pero ahora además jugaban a ser incitantes.

«¿Qué estás haciendo, Aiden? Esto está mal, mal, mal…». Aquello no estaba en mis planes, menos aún la risa de guasón que se me escapó cuando comprendí que él esperaba una respuesta. Retrocedí, como si nada, y fui a distraerme en las escaleras.

—No vine aquí para esto —declaré mientras tanteaba la textura del barandal de madera maciza en tanto subía unos peldaños—. Y no sé si lo que te está fallando esta vez son tus dotes psíquicos o ese exceso de confianza que tienes en ti mismo, pero si no nos damos prisa…

—Dorian. —Sentí su mano sobre mi brazo y retrocedí en la escalera de un salto, como si su tacto quemara.

Comencé a perder el control de mi respiración y tuve que hacer un esfuerzo doble para que mi cuerpo no me delatara. Pero mi pecho se movía, y la razón de aquel efecto estaba a tres escalones de mí, examinando, inmóvil, cada uno de los movimientos que le concedían a gritos la razón.

—Si sigues evadiéndome, terminaremos de vuelta en el ático.

—No te estoy evadiendo.

—Entonces deja de retroceder.

—Te escucho bastante bien desde aquí.

Aiden bufó, echando la cabeza hacia atrás, y por unos segundos me entretuve con el suave relieve de su manzana de adán, hasta que abrió los

ojos y continuó:

—La última vez que nos vimos…

—No recuerdo lo que pasó esa noche —mentí—. Así que, lo que sea que hayas creído, no es nada. Y si es por eso que estamos aquí…

Aiden me alcanzó en dos zancadas y tiró de la solapa de mi chaqueta. En un intento fallido por volver a dar marcha atrás, trastabillé y debí ceder a su agarre, que me condujo a la pared. Creo que desde ese instante no volví a recuperar el equilibrio. Una de sus manos se desplazó a mi cuello hasta rodearlo con sus dedos y un jadeo entrecortado escapó de mi boca.

—Siento tu pulso en la palma de mi mano —dijo él suavemente. Su aliento acarició mis labios y el fuego que trepaba a mis mejillas se depositó en ellos—. Vamos, vuelve a decirme que esto *no es nada*.

Autocombustión. Estaba ardiendo.

—Suéltame —exigí esquivando su mirada, pero mi voz sonó como si le rogara que no lo hiciera.

—Vete si quieres. No te estoy reteniendo —dijo él.

Era cierto. Su tacto era flexible, como si mi garganta fuera un instrumento. Entonces, ¿por qué me sentía absolutamente incapaz de moverme?

—Quiero que dejes de mentir, Dorian. *Lo necesito*. Y tú también.

Lo necesito, lo necesito…

Volví mis ojos a él. El semblante de Aiden nunca me pareció tan transparente. Su mirada se revelaba ávida, desesperada; las pupilas dilatadas, y sus labios entreabiertos exhalaban el mismo jadeo irreprimible que los míos.

Sin saber muy bien lo que estaba haciendo, me quité los guantes y dejé que cayeran a nuestros pies. Luego mis manos desnudas viajaron hacia él, que permaneció inmóvil mientras mis dedos ascendían por su cuello y luego reconocían la línea de su mandíbula, los pómulos, la frente que se relajó bajo mi tacto, y los párpados que se cerraron y no volvieron a abrirse hasta que rocé el contorno de su boca con la sensación de estar ejecutando un acto profano. Estaba hipnotizado. Supe que no podría detenerme cuando él la entreabrió y mi pulgar probó la tersa cara interna de su labio inferior con

una fascinación con la que renuncié a todo decoro. El mundo bailaba a mi alrededor, el fuego se dispersaba hacia lugares inexplorados, el deseo…

Atraje su rostro hacia mí para besarlo y perdí la cabeza cuando Aiden me respondió con el mismo desenfreno, afirmando su agarre sobre mi cuello para ceñirme a él. Mordí su labio inferior y él tiró de mi cabello con su mano libre para profundizar el contacto, haciéndome gemir en su boca. Nuestras lenguas se probaron y creí desfallecer, pero él se encargó de arreglarlo fijándome a la pared con su cuerpo, mientras el mío temblaba bajo el poderoso influjo de aquel contacto prohibido con el que nos convertíamos en devotos insensatos, el uno del otro. Con el mismo fervor nos reclamábamos, como si nos retáramos a arrasar con toda duda en aquella caída libre: mis manos incursionando en su abdomen, su pecho, su espalda, mientras él se deshacía de sus guantes para tomar mi rostro y hundir sus dedos en mi pelo, sin que su lengua dejase de atender la mía con igual urgencia. No podía detenerme, pues no sabía siquiera si había manera de hacerlo, y si no, ¿cuál era el destino al que nos precipitábamos con tal desesperación?

No lo descubriría esa tarde. Un brusco golpe en la puerta hizo que nos separáramos de súbito. De pronto volvía a ser consciente del mundo a mi alrededor. Advertí que lo que yo había atribuido al rugido de mi pulso acelerado era el golpeteo de la tormenta que comenzaba a derramarse sobre la enorme cúpula, la cual nos observaba a Aiden, a mí, y ahora también a quien acababa de irrumpir en el vestíbulo.

V

Pasé de la fiebre al escalofrío en un segundo. Pese a la urgencia en la expresión de Guido, pude notar que una sombra de desconcierto cruzaba por su rostro. Por unos segundos pareció haber perdido el habla, hasta que dijo, con una voz apenas audible:

—Es Olivia. Se desmayó.

Aquellas palabras bastaron para romper el hechizo que me había dejado de piedra tras lo ocurrido en los últimos minutos, y al mirar a Aiden supe que no era el único. Recogimos nuestros guantes y seguimos a Guido hacia la salida a trote sin decir una sola palabra.

En la entrada principal de la finca, donde Guido había estacionado su automóvil, nos esperaba Adela, quien pese a la lluvia permanecía fuera del auto, mesándose la melena con impaciencia. Me adelanté corriendo y entonces vi cómo la librera se quedaba rígida, con la mirada fija en el piso superior de la casa. Mientras me aproximaba, sus ojos retornaron a los míos y luego de vuelta a la edificación. Dejó caer las manos con lentitud, como si hubiese visto un fantasma. Me giré hacia la casa por un segundo, pero no vi nada que explicara el repentino cambio en la expresión de Adela.

—¿Qué pasa? —le pregunté cuando estuve a pocos pasos de ella.

Un tremor irreprimible me recorría de pies a cabeza. Pero aquello no tenía nada que ver con la lluvia, que ya arreciaba y se deslizaba por mi piel. Tenía los sentidos expandidos hasta el tope, y me parecía ser consciente de cada gota que impactaba sobre mi cuerpo, cada latido, cada segundo que tardó Adela en contestar:

—Veníamos hacia aquí y ella se desplomó a medio camino. Parece que está inconsciente. —Eso daba respuesta a la única pregunta relevante en ese momento, lo cual agradecí en el fondo de mi ser.

Olivia estaba recostada en el asiento del coche, pálida y con la frente perlada de sudor. Me acomodé con ella, sosteniendo su cabeza con delicadeza para ponerla sobre mi regazo.

—Oli… —murmuré con suavidad, como si temiera despertarla, cuando lo que en realidad deseaba era precisamente eso. Le di unas palmaditas en las mejillas, pero ella seguía inmóvil, a excepción de su pecho, que se movía con regularidad.

Esta vez fue Guido quien entró al puesto del copiloto mientras que Adela ocupaba el asiento a su lado. Jamás me sentí tan contento de que tuviéramos al volante a un conductor temerario. No obstante, no las teníamos todas con nosotros. La «espléndida nave» del librero acababa de elegir el peor momento para no encender.

Mientras él batallaba con el motor, Aiden abrió la puerta del lado en el que yo me encontraba y, sin decir una palabra, se agachó y acercó sus dedos al cuello de Olivia. Estaba tan cerca que podía ver las gotas de lluvia que resbalaban por su cabello y su rostro, y el músculo que se tensó en su mandíbula tras unos instantes de silencio.

—Tiene el pulso irregular —declaró, como hablando para sí mismo. Levantó uno de los párpados de mi amiga con delicadeza—. Puede que esté intoxicada —me dijo en voz baja, como si no quisiera que Guido y Adela nos escucharan.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté.

—Porque he ayudado a personas así antes —respondió él con cautela.

«Personas así». Sabía lo que él quería decir, pero me negaba a aceptar que Olivia, mi Olivia —talentosa, alegre, idealista— tuviese algo en común con aquellos que se habían perdido a sí mismos buscando un paraíso que no les pertenecía. Sin embargo, yo era el primero de nosotros cuatro que debía saberlo mejor que nadie. Y había sido también el primero en ignorarlo.

El motor del auto se encendió y, mientras Guido celebraba su «dominio sobre la máquina», noté el roce de la mano de Aiden sobre la que yo tenía a un costado. Solo advertí que mis dedos estaban crispados en el asiento cuando se relajaron y correspondieron, como por instinto, a los de él cuando entrelazó los suyos con discreción. Me invadió una inusitada necesidad de mantenerlo cerca, muy cerca. Supe que con lo que había ocurrido ese día yo había franqueado un límite que no tenía retorno, y tuve miedo. Miedo real, ese que está hecho de incertidumbre, ese que viste la verdad de imaginarias formas atroces.

VI

Cuando llegamos a la ciudad, un anochecer prematuro se esparcía como tinta purpúrea sobre el firmamento. Olivia despertó entonces, pero se mantuvo reacia a ir al hospital, alegando que eso pondría en riesgo su papel en la obra y su carrera. Al final, al ver que ella parecía lo suficientemente recuperada como para intentar saltar del auto y huir si tomábamos la ruta al médico, accedimos a llevarla a su casa. Yo me comprometí a velar por ella y, si surgía la necesidad, a llevarla —aunque fuera a rastras— al hospital universitario, que quedaba cerca de su piso. Así, luego de lo que me pareció una eternidad, Olivia y yo estuvimos a solas en su cuarto, igual que hace meses y, al mismo tiempo, tan distintos a quienes éramos entonces.

Yo volvía de la cocina con una sopa de pollo y pasta recién calentada cuando me encontré con Olivia en el umbral de su habitación, donde la

había dejado recostada. Ella rechazó la comida y dijo que iría por agua. La iba a dejar pasar hasta que noté que se metía las manos en los bolsillos. Deposité la bandeja en una repisa y me acerqué a ella en tres zancadas. Oli se giró hacia mí con el ceño fruncido, pero sus reflejos seguían ralentizados y no pudo evitar que yo le arrebatara lo que aferraba en su mano: un sobre de pastillas azules que yo recordaba haber visto antes. Palidecí cuando el recuerdo estalló en mi cabeza: *Valium*.

—¿Desde cuándo estás tomando esto?

Olivia pareció pensativa al principio. Luego se echó a reír. El corazón se me encogió en el pecho. Estaba riendo con humor, con gracia, volvía a ser la morena de mi niñez. Pero…

—¿No es gracioso? Llevo tomando esto desde hace más de tres años, y tú, mi supuesto amigo, apenas te enteras. No me mires así, que fue un médico el que me lo recetó. Ah, es que tú no tienes idea de qué médico, ¿no? Ni para qué, ¿verdad? Es que a ti solo te interesa la práctica, no la teoría. ¡A quién le importa por qué esta de aquí hace lo que hace, si lo divertido es que estoy invitado; solo que yo soy todo un hombre y puedo salir ileso!

Quedé de piedra. *¿Qué demonios?…*

—Jamás pensaría así de ti —murmuré, conteniéndome.

—No, no, espera, eso no es todo —continuó ella, sin perder ese humor que comenzaba a darme escalofríos—. Tú sabes cómo funciona; te has drogado conmigo desde el día en que llegaste, me has visto hacerlo durante meses. ¡Y aun así te sorprende!

Aparté la mirada durante un segundo, tratando de serenarme.

—Sabes que esto fue lo que mató a mi papá, ¿no?

—Ah, es cierto, siempre se trata de ti. ¡Pobre! ¡Debes ser la única persona que ha perdido a alguien en el mundo…

—¡Para! —exclamé. Olivia dio un brinco, como si la hubieran abofeteado. Yo estaba agitado, sin saber qué decir, cómo salir del lugar al que nos estaba conduciendo esa conversación—. Esto se acaba hoy —declaré al fin y, sin esperar el siguiente ataque, me dirigí al baño de la habitación y me encerré allí.

Olivia se precipitó sobre la puerta y empezó a azotarla con ambas manos, ordenándome a voz en cuello que saliera de allí y le devolviera lo que le

había quitado. Ignorándola, abrí la tapa del inodoro y sostuve el sobre de pastillas sobre la taza, dispuesto a terminar con todo aquello. Los puñetazos en la puerta se hacían más fuertes, al igual que los gritos, que pasaban de la cólera a la súplica en segundos. No podía pensar, y mi mano comenzaba a temblar por la fuerza con que estaba sosteniendo el sobre. Dejé de intentarlo cuando, en medio de los gritos, mis ojos se detuvieron en una caja de color púrpura que sobresalía del basurero. No resistí a comprobar la sospecha y, mientras los golpes en la puerta se convertían en patadas y azotes que amenazaban con desprenderla de los goznes, me arrodillé para detallar lo que creía haber visto. La imagen solía ser popular en la prensa y en la televisión: un test casero y económico que prometía a las mujeres que se lo practicaran descubrir en cuestión de minutos si estaban embarazadas.

De súbito, el ruido cesó. El silencio no tardó mucho en ser interrumpido con unos sollozos contenidos, cuyo desconsuelo amenazaba con romper mi resistencia. Sin embargo me quedé allí, inmóvil y con un nudo en la garganta, hasta que la voz de Olivia me llegó amortiguada desde el otro lado de la puerta.

—Te gusta que te digan la verdad, ¿no? —murmuró y, tras sorberse la nariz, continuó—: Bueno, pues aquí está la mía: mi mamá se fue de aquí cuando yo tenía dieciséis y jamás volvió. Me dejó esta casa para pagar sus deudas y no la he visto en más de un año. No sé si me renovarán la beca de la universidad el próximo curso, si podré pagar otro año en el conservatorio, y cada día debo recordarme por qué sigo intentándolo, por qué vale la pena. Pero cada vez me cuesta más conseguirlo y, si no puedo convencerme de algo porque ni siquiera soy capaz de controlar lo que pienso, prefiero no pensar en absoluto. Necesito algo que me ayude, algo que calle todo este ruido.

—Tú no necesitas esta mierda —mascullé.

La escuché bufar con amargura.

—¿Sabes cuál es el problema de gente como tú? Que juzgan las cosas conforme a su propia suerte, que pueden jugar a esto sin quemarse. Tú no creciste temiendo no ser capaz de mantener una beca, o que no hubiera dinero para estudiar, o perder una oportunidad porque tu apellido no es relevante. Tú no naciste en un cuerpo que los demás evalúan como lo harían con un trozo de carne, ni te han pedido quitarte la ropa para demostrar que

tienes valor, ni arrastras una carga extra por el lugar del que vienes o por el color de tu piel. Mírate, has estado ocupado en tus dramas, mientras que para personas como yo incluso la melancolía es un privilegio que nos está vetado. Y sin embargo he intentado seguirte, ser tu amiga, pero me haces a un lado una y otra vez, siempre encuentras algo más interesante. O alguien. Tú… Tú no estás solo. Lo tienes todo. Pero yo… —Su voz se quebró, y no lo soporté más.

Me guardé las pastillas en el bolsillo y salí de ahí, justo a tiempo para rodear a Olivia entre mis brazos cuando ella se deshacía en sollozos.

Intentó apartarme, gritándome que me largara, que no me necesitaba, que no quería mi lástima, pero la sostuve con firmeza y poco a poco se relajó. Recordé aquella vez en la que ella había hecho lo mismo conmigo en esa habitación, con mi anillo, y cómo su abrazo había juntado todas las piezas de mí que yo daba por perdidas.

—Debes irte —logró decirme cuando su llanto se convirtió en un hipido irregular.

—No —murmuré en su cabello—. Ya no —dije, y me di cuenta de que yo también tenía las mejillas empapadas.

Como si hubiera despertado de un trance, Olivia se separó de mí con suavidad, y me miró con los oscuros ojos hinchados, exhaustos.

—Lo siento, Dorian —musitó—. Lo siento mucho. —Las lágrimas volvieron a alimentar los surcos que otras ya habían trazado en sus mejillas.

Se las limpié antes de volver a abrazarla, acariciándole el cabello. Esta vez ella me correspondió con fuerza, y al notar la frágil curva de sus hombros bajo mis brazos no pude evitar pensar en un pájaro de alas heridas.

15

AMARE ET SAPERE VIX DEO CONCEDITUR

I

Dicen que un escritor jamás olvida el día en que termina de escribir su primer manuscrito. Bueno, no me cabe duda de que yo nunca olvidaré aquel en el que puse el punto final al de alguien más. En principio, porque me pregunté en qué medida esas letras seguían siendo suyas y no mías. Había escrito la última escena como hechizado, en tal estado de conmoción interna que esas palabras, esas últimas palabras, no podían ser otra cosa que mías.

Cuando el ruido de mis manos sobre la máquina cesó, fui volviendo a mí como una burbuja de aire al emerger de las profundidades del agua hasta la superficie. Las últimas imágenes seguían dominando mi mente: el difunto pendiendo de la soga mientras su enemigo, invadido por la terrible certeza de haberse condenado a sí mismo con la muerte del otro en lugar de haber satisfecho su venganza, se derrumbaba en el suelo del ático como una premonición de lo que le auguraría a él y a la familia del recién fallecido. La venganza también era un arte superior a todo lo demás, y hacía que incluso sus vasallos parecieran insignificantes ante ella.

Mis sentidos se despertaron poco a poco: ahí estaba el tintineo de la llovizna sobre la ventana de mi cuarto, el ruido diligente de los tacones de Adela en el piso de abajo, el olor del almuerzo, que se había quedado impregnado en mi habitación como cada que Guido se ponía creativo en la cocina. Era sábado, daban poco más de las dos de la tarde y yo sentía que acababa de nacer tras desprenderme de una crisálida que otro había tejido para mí. *Frank*. Aún me costaba comprender cómo había dado con la certeza de que era yo, de entre todos sus ayudantes, quien debía escribir esa

historia. ¿Me habría considerado apto por haber presenciado una escena cercana a la del final? ¿O acaso era yo mismo, en medio de una paranoia inconsciente, el que encontraba relaciones donde no las había? Después de todo, la cita para rendir mi declaración ante la fiscalía me esperaba esa misma tarde.

Cuando se acercaba la hora dejé la casa y, bajo los cielos plúmbeos de principios de septiembre, me dirigí a la oficina de correos para enviar el manuscrito a su destino, convencido de que, si pasaba un minuto más con él, cedería al impulso de apretarlo contra mi pecho como una madre que se niega a dejar a su recién nacido a las puertas de un orfanato.

Ya liberado del peso de esas páginas, me dirigí a las instalaciones de la fiscalía: un conjunto de edificaciones modernas que contrastaban con la arquitectura clásica que caracterizaba a la ciudad. Accedí al gran vestíbulo y me detuve unos segundos, escrutando el lugar con la mirada en busca de un rostro en particular en aquel mar de mujeres entaconadas y hombres encorbatados. Olivia no había podido acompañarme debido a sus ensayos, así que opté por llamar a Aiden. Las cosas no habían cambiado entre nosotros tras lo de Villa Dionisio, al menos no de la manera en que yo temía que lo hicieran. Seguíamos saliendo en compañía de sus amigos y de Olivia, pero era con ella con quien, por obvias razones, yo intentaba pasar la mayor parte del tiempo esos últimos días. Él había sido conversador y cortés, como siempre, y ninguno de los dos dio pie a recordar lo sucedido, si bien ambos parecíamos evitar estar a solas. Aunque al principio agradecí la naturalidad con la que él se dirigía a mí, no tardé en aborrecer la idea de pretender que no ocurría nada entre nosotros, de fingir que no había empezado mucho antes de Villa Dionisio, o de actuar como si no siguiera ocurriendo incluso ahora, que Aiden volvía a aparecer en mi panorama.

—¿Estás listo? —me preguntó cuando nos reunimos en las escaleras del vestíbulo. Llevaba uno de esos trajes que solía usar para sus presentaciones, pero su postura era relajada: los ojos fijos y despejados, las manos en los bolsillos—. ¿Trajiste las cartas?

Por toda respuesta, levanté el maletín de cuero de Guido.

—Vamos —dije entonces, y me sorprendí al advertir la fuerza vinculante de esa palabra.

Vamos. Juntos. Tú y yo. Venimos al mundo al igual que las palabras: en singular. Pero mientras caminaba hacia la cita junto a Aiden, descubrí que cualquier verbo que se conjugue en plural perderá su frialdad inherente.

II

Me aseguré de que todo quedara dicho: desde mi primer encuentro directo con la muerte hasta el último, donde había vuelto a encontrar aquel narciso, y cada mensaje de aquel perseguidor incógnito al que habíamos bautizado con el nombre del personaje de la mitología griega. Al terminar, entregué al fiscal las cartas que habíamos encontrado en Villa Dionisio. Aunque Guido las había traducido para nosotros, estaban escritas en clave y su significado real seguía siendo un misterio. De lo único que no nos cabía duda era de que parte de esas misivas había sido escrita por John, pues Adela, experta en encontrar y reproducir similitudes en trazos, llegó a esa conclusión cuando Aiden nos facilitó algunos documentos escritos por mi tío.

Fue así que, después de todo, cumplí con la palabra que había dado al detective T. de no guardar más secretos, incluso si eso significaba hundir las manos en tumbas que habría preferido no profanar y, al final, dejar lugar a un foso profundo en el que tendría que caer quien tuviera que hacerlo. Fue curioso que, tras hacerlo, en vez de sentirme expuesto e indefenso, me sintiera liberado. Más aún cuando, al salir del despacho del fiscal, no solo encontré a Aiden, sino también a Cecil.

—Hiciste lo correcto, hijo —me decía mientras nos acompañaba hacia la salida de la fiscalía—. Pase lo que pase, nunca dudes de eso.

—Pude haberlo salvado. —Tragué saliva antes de repetir lo mismo que, con esfuerzo, había logrado confesar al fiscal—. Lo vi allí y no… no hice nada.

—William V. mezcló alcohol con sustancias depresoras del sistema nervioso central en una cantidad excesiva —me dijo el detective—. Lo siento, Dorian, pero en realidad no hay algo que tú pudieras haber hecho para evitarlo. Quizá tu padre fue instigado por alguien más, pero tú eras un niño; no podías saberlo y mucho menos salvarlo.

—¿Quién pudo haberlo hecho? —Borré con brusquedad una lágrima indiscreta que comenzaba a surcar mi mejilla—. Él tenía problemas, pero no

era una mala persona, ¿por qué alguien querría hacerle daño?

—Eso es lo que intentamos averiguar, Dorian. Y gracias a tu declaración quizá estemos un poco más cerca de conseguirlo.

Nos dirigimos al recibidor del edificio. Pero la quietud que nos otorgaron los últimos minutos, cuando todo parecía haber sido dicho y no quedaba más cortesía que el silencio, reventó como la cuerda de un instrumento cuando llegamos a las escaleras.

—¿Pero qué…? —La imprecación de Cecil quedó silenciada por el rumor de voces de la gente que se aglomeraba en el vestíbulo, obstaculizándonos la salida.

Bastó que uno solo de ellos se girara a nosotros con su cámara para que los demás lo hicieran al unísono, cegándonos con el súbito destello de una docena de flashes.

—¡Es el protegido de John V.! —gritó uno—. ¿Es usted quien ha venido a declarar? ¿Dónde está Isabella V.? ¿También ella declarará hoy?

—¿Es usted Dario V.? —me preguntó otro: un hombre de cabello castaño y revuelto que se hallaba más cerca de nosotros, a mitad de la escalera.

—¡*Dorian* V.! —grité sin pensar.

Se hizo el silencio. Cuando el periodista que me había tendido la trampa esbozó una sonrisa zorruna, comprendí la razón por la que me había parecido tan familiar: Fausto B.

La algarabía se desató y los periodistas comenzaron ascender las escaleras en dirección a nosotros, con el más astuto de ellos encabezando la marcha. Cecil se apuró a llevarnos a la escalera de emergencias, levantando la voz por encima del torrente de preguntas de todo tipo para decirnos que podríamos salir por el estacionamiento, pero cuando llegamos allí, encontramos otra multitud obstruyendo nuestro paso. Al final, terminamos surcando el corredor de una de las plantas más altas para escondernos en un baño de caballeros.

—Quédense aquí hasta nuevo aviso —dijo Cecil, con el sudor formando perlas en sus sienes—. Hay demasiados, puede ser peligroso. Yo me encargaré de esto.

La puerta se cerró. Volvíamos a estar solos.

El ruido de nuestra respiración agitada fue lo único que escuchamos durante unos segundos. Una euforia desconocida me recorría mientras sostenía la mirada de Aiden. *Solos*. Esa palabra se había vuelto demasiado extraña entre nosotros en aquellos días.

Me acerqué a él y cuando lo abracé con fuerza, riendo, pude ver en el espejo que, mientras me rodeaba la espalda con los brazos y hundía su rostro en mi hombro, cerraba los ojos. Hice lo mismo, y por unos instantes dejé que nuestros latidos se acompasaran, aspirando el reconfortante aroma que manaba de él como lo haría con las páginas de un libro. Entonces me sobrevino el temor de que aquel contacto y quien me lo brindaba desaparecieran. No sabía en qué momento la necesidad de su proximidad se había vuelto tan imprescindible.

Me separé un poco de él y, con una prisa casi pueril, busqué sus labios. Él me detuvo, poniendo una mano sobre mi pecho. Me sentí avergonzado y quise retroceder, tanto como lo requiriera recuperar mi dignidad, pero su solo tacto me retenía en mi lugar.

—¿Qué es lo que quieres, Dorian? —preguntó. Era una voz agotada, una que no admitía una sola duda en respuesta—. No podemos hacer esto si no sabes lo que quieres.

La sangre me latía en las mejillas, mas no retrocedí. Él tenía derecho a interpelarme de esa manera, y yo estaba listo para aceptar lo que fuera que estuviera pasando entre nosotros.

—A ti —declaré sin vacilar—. Te quiero a ti.

En su frente apareció esa pequeña arruga que solía acentuarse cuando contemplaba algo con detenimiento.

—¿Cómo? —preguntó. Volví a leer el deseo en cada detalle de su expresión; la misma tempestad en la que yo ardía reflejada en él, en un chico, en el que todo este tiempo había tenido enfrente.

Creí hallar en aquel instante la respuesta al debate interminable de *El simposio* de Platón. Se trataba de algo que ni los hombres más sabios podrían describir ni las palabras dominar, pues funcionaba al contrario: éramos nosotros quienes cedíamos a su ímpetu, y nuestros actos los únicos que podrían describirlo. Así que, tomándolo por las solapas de su traje para

acercarlo a mi altura, presioné mis labios contra los suyos, moviéndome con una parsimonia que pronto se convirtió en furor.

—Así —murmuré contra su boca, sin aliento.

—¿Cuánto? —Aiden tomó mi rostro entre sus manos y se separó solo un poco, torturándome, hasta que confirmó la respuesta en mis ojos, en la manera en que me tambaleé hacia él, impaciente, buscando su contacto de nuevo. No tardé en encontrarlo.

Una vez más, el miedo quedó rezagado en algún lugar que ya no me concernía.

III

Aiden y yo nos habíamos sentado en el suelo del aseo, hombro con hombro, y hablábamos con tanto ánimo como si estuviésemos acomodados en las sillas de un bar, en tanto veíamos las luces de la tarde descender por los altos ventanales.

—¿Irás a la celebración del cumpleaños de Guido? —le pregunté.

En nuestra última reunión en casa del librero, este nos había invitado a Adela, a Olivia, a Aiden y a mí a celebrar la fecha en el restaurante del Atlantis, uno de los más elegantes y prestigiosos hoteles de la ciudad. Pero el cumpleañero, tan dado al secretismo y al misterio, había advertido que una reunión tan pomposa se debía al anuncio especial que nos haría ese día, durante la cena. Ninguno de nosotros tenía idea de qué tipo de noticia sería, pero debía tratarse de algo importante, pues el precio de una comida para cinco en semejante lugar casi debía equivaler a las ganancias que reunía la Biblioteca de Alejandría en dos semanas.

—Claro que iré —respondió Aiden—. ¿Tienes idea de cuál podría ser la gran noticia?

—Eso iba a preguntarte. Tú sabes más sobre cuarentones que yo —dije ladino—. Por cierto, ¿cómo van las cosas con John?

Aiden me contó sobre su escaso contacto con mi tío, de los vanos esfuerzos de este por que volviera a la mansión, y de los recitales a los que se dedicaba durante los fines de semana para no tener que seguir aceptando la ayuda de John. El político, por su parte, se hallaba en el apogeo de su campaña, pues la semana siguiente serían las elecciones.

—Entonces, ¿ya no lo *amas*? —pregunté, sin poder evitar cierto retintín al recordar la manera en que él me había hablado de John en nuestra primera conversación a solas.

—Sería increíble, ¿no? Que un día amemos a una persona y al otro nuestros sentimientos cambien porque vimos su… otro lado. —Esbozó una sonrisa triste—. Que fuéramos capaces de elegir en qué momento dejamos de querer, a conveniencia. Pero no es algo que ocurra de un momento a otro, o en el instante preciso en que comienza a doler. No… no es así como funciona.

—¿Y cómo funciona? —pregunté, sin ocultar mi curiosidad.

Aiden suspiró y dejó caer la cabeza sobre la pared en la que apoyábamos nuestras espaldas.

—¿Quién diablos sabe cómo funciona? —contestó—. Yo no tengo idea, Dorian, pero solo sé que permanece a pesar de todo.

—Eso no parece amor, sino algún tipo de condena —rebatí mirando el perfil sereno de Aiden—. Haces que suene horrible.

—El dolor lo es —dijo él con un sutil encogimiento de hombros—, pero también es necesario. Aunque, por lo visto —añadió girándose a mí—, tú nunca has sufrido por amor.

—Ni lo haré —declaré sin más—. Pero ya no hablamos solo de John, ¿verdad? ¿Quién te rompió el corazón?

Aiden me observó por unos instantes. Entonces acercó una mano a mi cabeza y me alborotó el cabello.

—Pero si eres la viva encarnación de Narciso —rio, mientras yo trataba de escapar de su mano entre protestas—. Ese que rechazó el amor de todos, menos el que sentía por sí mismo.

—Un tipo inteligente —repliqué digno, pasándome ambas manos por el pelo para reacomodármelo.

Harto de mi postura rígida, me recosté en el suelo y Aiden estiró las piernas para que yo pudiera descansar la cabeza en su regazo. Le sonreí desde mi posición, admirando sus rasgos desde ahí: la línea de su mandíbula, la sensual curvatura de sus labios, el puente liso de su nariz y las negras pestañas, que enmarcaban las cambiantes tonalidades de su iris. Se mordió el labio inferior, contemplándome a su vez mientras comenzaba a

recorrer mi rostro y mi cuello con las yemas de sus dedos, provocándome un placentero escalofrío.

—Fue hace años. Era mayor que yo —dijo, con la expresión de quien evoca una memoria que creía haber dejado en el olvido—. Tú me recuerdas un poco a ella.

—¿A alguien que te rompió el corazón? —Enarqué una ceja, y un inesperado latigazo de celos me azotó las entrañas.

—Hizo mucho más que eso —repuso, pero luego negó con la cabeza, como si se negara a recordar más—. Qué raro. Olivia es más entendida en el tema que tú, pero al parecer no te ha contado muchas cosas. —Detuvo su roce en mi boca, y tuve que hacer un esfuerzo para concentrarme en lo que acababa de decir.

Olivia. Esta vez fui yo quien se quedó meditabundo al oír ese nombre. Recordé la noche de nuestra discusión. No importó cuánto insistí desde entonces en que me diera el nombre del tipo por el que se había hecho la prueba de embarazo; Olivia no me lo quiso decir, argumentando que lo importante era que el resultado era negativo. Cuando intenté preguntarle si se trataba de alguien que la estaba forzando, su rostro adquirió una dureza que pocas veces en mi vida la vi dirigirme. «Jamás», había respondido sin vacilar. «Él metería las manos al fuego por mí, y yo… creo que lo amo».

—¿A ti te cuenta ese tipo de cosas? —pregunté a Aiden, cuya caricia volvía descender a mi cuello, pasando por la manzana de Adán.

—Admiradores, atracciones pasajeras, detalles de cama… Aunque jamás me ha dado nombres.

—Muy propio de Oli —suspiré—. Pero creo que esta vez está metida en algo serio.

—¿Por qué lo dices?

Había intentado ser el mejor amigo posible para Olivia desde nuestra última discusión, pero pronto descubrí que algo había cambiado y que, aunque disfrutábamos el tiempo juntos, yo no era imprescindible para ella. *La flauta mágica* disparaba su carrera y le permitía vivir mejor, con lo que su piso pudo dejar de ser una residencia universitaria. Además, había trabado amistad con personas influyentes del medio, como Madame, y ya se creaba cierto renombre en la *socialité* de las artes dramáticas. Siempre tenía un

lugar al que acudir o una invitación que aceptar. Si me alentaba a que la acompañara era porque me quería, no porque me necesitara. Se la veía más alegre, sí, pero cada vez más lejana, y pronto supe que el tema de su amante no era lo único que me ocultaba. Yo también me abstenía de contarle algunas cosas, como el trabajo secreto de Guido o lo que me ocurría con Aiden. Y así, sin la antigua confianza en la que habíamos forjado nuestra vieja amistad, los secretos que nos guardábamos nos alejaban sin que la distancia física interviniera. Lo único que me mantenía tranquilo era que ya no había rastro de las pastillas azules en su habitación ni en su fisonomía, al menos en apariencia.

El peso ligero de la mano de Aiden me hizo volver de mis cavilaciones.

—Ella ha cambiado —respondí al fin—. ¿Sabías que hace poco la sacaron de la cafetería en la que trabajaba?

Aiden arrugó la frente.

—Tenía entendido que renunció —repuso—. El anterior fin de semana Emil y yo fuimos allí a visitarla. La dependienta nos dijo que ella dejó muy claro que no volvería, y hasta nos repitió sus últimas palabras: «Pueden meterse sus bananas split por el…».

No pude evitar reír al imaginar la escena.

—Eso está mejor —me dijo Aiden, y el condenado hoyuelo apareció en su mejilla. Esta vez fui yo quien levantó la mano para tocarlo, y él apoyó el rostro en mi palma como lo haría un felino.

—Y seguirá estándolo si no vuelves a mencionar a Emil —advertí.

Aiden bufó, pero lucía divertido. Sus dedos, que ahora jugaban con la cadena en la que pendía mi anillo de la Orden, se enroscaron en ella para tirar de mí mientras él se agachaba. Levanté la cabeza, con algo tempestuoso encendiéndose en mis entrañas. Ya anticipaba la presión aterciopelada en mi boca, aspiraba el olor amaderado de su piel, su respiración me acariciaba los labios.

Tres golpes repentinos en la puerta del baño nos hicieron dar un brinco. Nos observamos con la misma expresión de inquietud, como si hubiésemos empezado un juego de espejos. Al segundo llamado nos levantamos, nerviosos. Hasta que una voz de mujer, agudizada por un susurro desesperado, se oyó desde el otro lado de la puerta.

—¿Dorian? ¿Aiden? ¡Soy yo! ¿Están allí?

IV

«Isabella». Formé el nombre con mi boca para que Aiden lo leyera. Él asintió y señaló la puerta, como para preguntarme si deberíamos abrir. Ante la insistencia de mi tía, no tuve otra opción que aceptar.

—¡Por fin! —murmuró mientras entraba al espacio común del aseo para caballeros, dejando atrás a la pequeña comitiva que la acompañaba—. Los he buscado toda la tarde.

Aiden cerró la puerta detrás de Isabella, quien llevaba sus típicos lentes oscuros y una pañoleta que, con sus coloridos motivos bohemios, la hacía lucir mucho más llamativa en vez de ayudarla a guardar discreción.

—Nos escondíamos de la prensa —indiqué, aunque si ella no hubiera aparecido, yo habría terminado olvidando por completo la razón por la que estaba allí con Aiden—. ¿Fuiste tú la que la trajo? —inquirí.

—Yo no la traje… Tal vez la *atraje*, que es distinto —rectificó con una afectación casi infantil—. Y además, fue sin querer. ¡Aiden! —Sonrió, volviéndose a él—. Tiempo sin verte. —Le ofreció el dorso de una mano, como si esperase que él lo besara.

—Un placer como siempre, Isabella —saludó él con su característica caballerosidad, limitándose a darle un apretón.

Y cuando la joven mujer se dio cuenta de que estaba esperando algo que no iba a ocurrir, apartó la mano con brusquedad y dio un vistazo al lugar, como si de repente le repugnara.

—Vine a evitar que arruinaras a la familia —comentó entonces, girando sobre sus tacones para encararme—, pero llegué tarde. Sé lo que estás haciendo, Dorian, y debes parar cuanto antes.

—Espera —murmuré, acercándome a ella—. Tú fuiste la que le dijo al detective T. que yo sabía algo sobre los narcisos y las notas. Tú me delataste.

—¿Que yo te «delaté»? —Deslizó sus lentes sobre el puente de su nariz para mirarme por encima de ellos—. Y dicen que yo soy la dramática. ¡Solo dije la verdad! ¿O acaso debía ocultársela a la policía al igual que lo hacías tú?

—Esa no es la verdad, son cosas que tú supones.

—¿Y cuál es la verdad, entonces? ¿Las patrañas que debiste haberle contado a la fiscalía? ¿Supuestas pistas que no harán más que arruinar la reputación de nuestra familia?

—¿Cómo puedes saber lo que yo iba a decir o las pruebas que se supone que tenía?

Isabella abrió y cerró la boca varias veces antes de responder:

—Solo lo sé.

—Lo que arruinará la reputación de los V. justo ahora es la prensa —intervino Aiden, acercándose a nosotros—. Ahora saben de la investigación, y cualquier cosa que pase, será mediática.

—No es mi culpa —dijo Isabella, y su mentón tembló como si estuviera a punto de echarse a llorar—. Hubo una fuga de información; alguien no solo dijo que yo vendría aquí, sino que también mencionó la razón por la que lo hice. —Se irguió y recompuso su postura, como si de repente interpretara a uno de sus personajes—. Lo resolveré con mi jefe de prensa. En fin, quien haya sido quería impedir que hablara contigo antes de que declararas, y lo consiguió.

—Que hablaras conmigo no habría hecho ninguna diferencia.

—Lo habría hecho, créeme —dijo Isabella, y la súbita gravedad de su voz logró inquietarme—. Te habría dicho lo que yo sé, te habría prevenido…, pero es demasiado tarde, y ahora… —suspiró—. Cometiste un grave error. Uno del que tarde o temprano te arrepentirás. Aiden —lanzó una mirada furiosa al aludido—, estoy muy decepcionada. Deberías avergonzarte de seguirle el juego a un chico menor que tú. ¿Qué crees que haces? ¿Acaso no recibiste suficiente ayuda de los V.? ¿Acaso ahora te satisface más rebajarte a hacer de niñero?

—Nada de eso —respondió Aiden inamovible, metiéndose las manos en los bolsillos mientras se paraba a mi lado—. Eso se te da mejor a ti.

La expresión que descompuso la cara de Isabella no tenía precio.

—¡Eres un maldito ingrato! —exclamó furiosa—. Y tú, pequeño rufián —me apuntó con un delgado dedo de uñas barnizadas—, me encargaré de hundirte si le haces daño a mi familia.

—¿Tu familia?

—Sí, porque tú jamás has sido digno de ella, y ahora nunca lo serás. —Habría jurado que tenía los ojos cristalinos cuando pasó por nuestro lado

para dirigirse a la puerta.

—*Familia usque ad aras* —recité mordaz, a modo de despedida.

Al escucharme, Isabella se envaró en el umbral de la puerta, rígida como una viga. Sin embargo, pronto siguió su camino seguida de su séquito de guardaespaldas y asistentes, sin mirar atrás.

16

UT SEMENTEM FECERIS, ITA ET METES

I

Hay momentos de la vida que uno recuerda con precisión fotográfica. Podría deberse, en parte, a la cantidad de alicientes que el instante reserve para nuestros sentidos. Música, por ejemplo. ¿Qué tal un concierto para violín de Vivaldi interpretado por una orquesta en vivo, apenas opacado por el ruido de los comensales? Añadamos ahora el aroma de las maravillas de un chef instruido en París. Ah, suspiro de tan solo evocarlo. Entre tanto, las manos jugando nerviosas con una servilleta de satén sobre el regazo. La espera en ese lugar quizá sea exasperante… pero la vista no, claro; un festín de texturas y formas armónicas, desde los platos humeantes y coloridos sobre la mesa —langosta, pato a la naranja e incluso algo de caviar— hasta las lámparas de cientos de cristales derramando su luz sobre el salón, como si se tratara de un sistema planetario con sus propias constelaciones. O tal vez se deba a los espejos repartidos en cada pared, dando al sitio una apariencia de amplitud gloriosa que cierra con broche de oro el efecto de todo lo demás.

Ahora, imagíname a mí en mi mejor interpretación del rol de «soy un muchacho decente», sentado en compañía de mis amigos en una mesa circular. Quizá no sea el mejor para narrarlo todo con la fidelidad que lo merece, y advierto que a partir de aquí mi versión de esta historia estará viciada por una amplia gama de emociones, pero haré mi mejor esfuerzo por ser devoto de la verdad. Al menos de la que se me presentó entonces.

En la mesa circular, Guido seguía relatando una de sus desventuras universitarias mientras se servía otra ración de pato. Aiden, sentado a mi lado, me dio un vistazo por el rabillo del ojo, pero fingí no advertirlo. Estaba

demasiado ocupado aguardando a que el cumpleañero terminara la que esperaba que fuese la última ración de la noche antes de darnos su dichosa noticia. Con el paso de las primeras horas, entre los regalos, la música y la espera por la comida, la charla había dejado de ser alegre y entusiasta, y no se debía a que se hubieran agotado nuestros ánimos, sino nuestra paciencia.

Guido seguía dando rienda suelta a su soliloquio y, por las gotas de sudor que comenzaban a asomar a su frente, comprendimos que estaba nervioso y trataba de prolongar la espera tanto como pudiera. Por fortuna, Adela intervino y lo detuvo antes de que engullera una porción de pato que habría añadido un minuto más a la espera.

—Querido —le dijo con inusitada dulzura—, creo que no estamos aquí para oírte hablar de cuando acudiste a la subasta de la cera para bigote de Salvador Dalí o para verte devorar un pato entero…

El tenedor que sostenía Guido quedó suspendido en el camino hacia su boca y, al parecer, algo que vio en nosotros lo obligó a hacerlo retroceder.

—Lo siento —dijo, liberando al fin el tenedor con los últimos restos del pato—. Tienes razón. Todos ustedes la tienen. —Alcanzó su copa de vino blanco y apuró un par de tragos que parecieron resonar por encima de los instrumentos de cuerda. Luego, sin soltar su copa, se levantó del asiento en forma de media luna en el que se hallaba sentado junto a Adela y, recobrando de súbito sus maneras características, continuó—: Como algunos de ustedes saben, el último verano estuve trabajando en una novela que hace mucho dejé en el tintero. Logré finalizarla a buen término, y los traje aquí para anunciarles que… —Se aclaró la garganta y cuadró los hombros, haciendo una pausa dramática antes de darnos una mirada paulatina y soltar—: será publicada por la editorial Ónice. Una de las más grandes del país y del mundo.

Quedamos pasmados, cada uno por un motivo diferente. Adela fue la primera en reaccionar y se levantó para felicitar al librero con un abrazo. Luego siguieron Olivia y Aiden. Yo, entre tanto, permanecía quieto en mi lugar, esforzándome por recordar una sola vez en que hubiera visto a Guido escribiendo. A mi mente venían recuerdos de conversaciones inconexas en las que había mencionado algo al respecto. Y luego, nada. Ni siquiera mi imaginación era capaz de llenar los vacíos. Guido iba a publicar una novela y por alguna razón eso cavaba un hoyo en algún lugar intangible de mi ser; un

hueco que pronto llené con la envidia más descarnada que me había atrevido a sentir por un amigo.

Salí de mi ensimismamiento cuando noté que los otros tres invitados de Guido seguían parados a su lado, mirándome con expectación, al igual que el hombre. *En especial* el hombre. Jamás lo vi convertido en un manojo de nervios como en ese instante. Me forcé a sonreír, aun en medio del veneno y la confusión que seguían supurando dentro, y me levanté para darle mis felicitaciones. No esperaba que el librero me diera uno de sus abrazos efusivos, ni que dejara una mano sobre mi hombro para decirme, con los ojos resplandecientes bajo el centelleo de las lámparas:

—Gracias, hijo.

II

Me sentí despreciable por no ser capaz de alegrarme por él, por calcular mi asentimiento, mi sonrisa, la manera en que le palmeé la espalda. Estaba acostumbrado a guardar las apariencias, sí, pero jamás habría querido hacerlo frente a un amigo. Porque eso era él para mí, ¿no? Pero un amigo es capaz de compartir la felicidad del otro, mientras que la alegría que rebosaba del librero no hacía más que vaciarme por completo.

Cuando nos dirigíamos a la salida del comedor para continuar con la «celebración» en el bar del hotel, me excusé del grupo diciendo que iría al baño y los alcanzaría después. Entonces vagué sin prestar mucha atención al camino: un corredor alfombrado que parecía extenderse con cada paso que yo daba. No me detuve siquiera cuando el corredor llegó a su fin y unas escaleras me condujeron a un nivel inferior. Y luego a otro, y a otro, hasta que el olor del cloro me hizo comprender que había llegado al último. Solo me detuve al alcanzar la balaustrada que daba a una piscina, contemplando las aguas por un momento antes de decidirme a descender. Algunas luces aún alumbraban el lugar, pero se hallaba tan desolado que mis pasos sobre las anchas escaleras centrales provocaron un agradable eco. «Eco», pensé, evocando la historia de la ninfa y Narciso mientras me acercaba tanto como pude al agua para contemplar mi reflejo distorsionado. Me asaltó la idea de que nunca estuve tan cerca de verme realmente como en el retrato que ofrecía el leve movimiento del agua. El desorden, la imprecisión, la falta de

rigidez en los contornos de quien yo era formaban parte de mi naturaleza. Y uno de los efectos adversos era que había momentos en los que no terminaba de comprenderme o, peor aun, en los que me desconocía.

Oí unos pasos aproximarse con parsimonia. Cerré los ojos. No, no era un buen momento para recordar la leyenda de Narciso y su muerte en el lago al intentar unirse a su propio reflejo. Oía la voz de Guido en mi cabeza: «Una condena escrita por las Moiras».

Cuando abrí los ojos, el agua ya no solo capturaba mi figura, sino también una más alta detrás de mí. Aiden acercó su mano y sus dedos rozaron los míos.

—¿Qué haces cuando te sientes frustrado? —pregunté en un murmullo, como si temiera invocar a la ninfa Eco con el sonido de mi voz.

—Algo que me haga sentir que tengo control sobre las cosas —respondió él en el mismo tono bajo, sin vacilar. Parecía haber memorizado aquella respuesta a fuerza de experiencia.

—¿Como qué? —inquirí—. ¿Música?

—Es una opción, sí.

—¿Y si no tienes los instrumentos a mano?

Aiden tomó una de mis manos, haciendo que la palma se extendiera ante él.

—Las manos también son instrumentos —me dijo, contemplando la mía antes de levantar la mirada—. ¿Lo olvidaste tan pronto?

«Algo que me haga sentir que tengo control sobre las cosas», pensé. *Poder*. De eso se trataba, y me sorprendió la coincidencia con la leyenda de Narciso. «Prefiero morir a darte poder sobre mí», había dicho el vanidoso joven ante la declaración de la ninfa. Y es que el poder era una cosa demasiado incontenible, seductora. *Poder*. ¿Cómo no resultaría tentador ejercerlo sobre algo, o *alguien*?

Giré la mano que Aiden sostenía para tomar la suya y llevarlo conmigo. Él caminó junto a mí como si conociese mi propósito, aunque ni siquiera yo lo anticipaba; era todo impulsos, nervios, ímpetu. Comenzaba a ocurrir cada que él y yo estábamos a solas: me dominaba un sentimiento cercano al que habría guiado a los protagonistas de *1984* al refugio del bosque, lejos del mundo, de las miradas y de la represión. Entramos a uno de los vestidores

que se hallaban en el corredor contiguo a la piscina. Un resplandor mortecino daba tregua a las sombras de la cámara, casi tan amplia como un dormitorio pequeño. Nuestros reflejos nos devolvían la mirada desde un amplio espejo que ocupaba una de las paredes. Cerré la puerta con llave y, al volverme para enfrentarme a la expresión de risueña perplejidad de Aiden, supe que estábamos a salvo.

Mi cuerpo se había acostumbrado a la anticipación de tenerlo cerca. Oí la marcha violenta de mi pulso aun antes de avanzar lo suficiente para buscar el roce de sus labios, para que sus brazos encajaran con mi cuerpo y no quedase distancia alguna entre nosotros. Me deshice de la chaqueta y la camisa de mi traje, y ayudé a Aiden a hacer lo mismo antes de volver a sentirlo, ahora piel contra piel, fuego sobre fuego. «Escrito por las Moiras», pensé mientras mis dedos recorrían sus hombros y los de él descendían por mi espalda. Si en realidad existía un destino hilado por ellas, quise recordarme que no solo habían tejido la búsqueda infructífera del amor retratada en Narciso y Eco, sino también el triunfo de este en vida y más allá de la muerte con Aquiles y Patroclo.

—¿Qué haces? —musitó Aiden apenas separándose de mí cuando mi mano comenzó a trazar un camino por la línea de su abdomen.

—Sigo tu consejo —respondí en medio del beso, aventurándome a explorar, por encima de la tela de su pantalón, la firmeza que lo delataba. Era la primera vez que lo tocaba de esa manera, y comprendí, complacido, que aunque sus dimensiones superaban las mías, podía usar en él los mismos métodos con que yo me daba alivio a mí mismo. Lo supe al percibir el cambio de su respiración contra mi boca a medida que mi roce se volvía constante—. Esto me hace sentir que tengo poder sobre ti —confesé.

Él tomó mi mandíbula entre sus dedos.

—No es el único poder que tienes sobre mí —musitó con el tono de un confeso; las mejillas sonrosadas y los labios enrojecidos por la violencia de nuestros besos—. Además… —Su boca trazó un lento recorrido por mi cuello hasta aterrizar en mi oreja—, yo también lo ejerzo sobre ti, ¿no?

La luz de las lámparas me encandilaba, el mundo giraba a un nuevo ritmo y yo me dejaba arrastrar por él sin lograr oponer resistencia.

—No lo sé —murmuré, reacio a invertir las reglas de aquel juego.

Aiden se separó de mí, haciéndome odiarlo por eso. Pero antes de que pudiera moverme para volver a él, me rodeó desde atrás con los brazos, acorralándome frente al tocador. Sentí cada uno de sus músculos en tensión contra mí mientras sus palmas, tersas como el satén, se deslizaban por mi torso, acariciando la sensible piel de mi pecho y mi abdomen hasta ir a parar al borde de mis pantalones.

—¿No lo sabes? —volvió a preguntar en tanto él se tomaba la misma licencia que yo me había tomado con él hace unos segundos.

Me esforcé por controlarme, pero su caricia tenía más intensidad de la que había tenido la mía, dejándome sin habla, y sus labios, que comenzaron a descender por mi espina dorsal, me sumergieron en un vértigo que pareció alcanzar un nuevo umbral cuando sus besos arribaron a mi espalda baja.

—N-no lo sé… —repetí entonces, aun sabiendo exactamente lo que vendría en consecuencia.

Aiden me liberó de las prendas que me contenían y murmuró una maldición al sopesarme con su mano. Me oí jadear, pero había dejado de importarme. El pudor y la vergüenza quedaban sedados a medida que la pasión maduraba. No podía pensar; me había convertido en un blanco de sensaciones que me recorrían en oleadas en tanto su roce, que comenzó siendo lento, una íntima exploración, se volvía rítmico, exigente.

—Mentiroso —lo oí musitar mientras se incorporaba y volvía a acomodarse detrás de mí, sin detener el ritmo de su tortura.

Oía su respiración en mi oído, sentía su rigidez en mi espalda y sus ojos en mí a través del espejo; la misma expresión determinada que se apoderaba de sus rasgos cuando interpretaba una pieza difícil. Dejé caer la cabeza hacia atrás, apretando los ojos, pero él tomó mi rostro en su mano libre y volvió a enfrentarme a nuestro reflejo.

—Mírate —musitó, sus labios contra mi oído—. Mírame, y dime si lo sabes o no.

Me embriagué en nuestra imagen mientras mi cuerpo respondía a su ataque por puro instinto, cediendo a su control como si me hubiese convertido en un instrumento. Puede que lo haya sido realmente cuando el placer explotó en mis entrañas y se explayó hasta cada uno de mis nervios, atenazando cada músculo, y la respuesta verdadera halló el camino hasta

mis labios, repitiéndose una y otra vez como si una fuerza superior me hubiese sometido a la misma condena de Eco: «Sí, sí, sí…».

—Apuesto a que soy el primero que hace esto contigo —dijo Aiden mientras me abatían los últimos espasmos, contemplando nuestros reflejos agitados—. Y apuesto a que quisieras que sea el último. Dime si eso no es tener poder sobre ti.

Me aparté de él como si quemara. Y es que, de alguna manera, lo hacía. A veces para encenderme en llamas; a veces para hacerme arder de ira por aquellos métodos prácticos que empleaba para confrontarme, pero sobre todo porque tenía razón en cada palabra, y no era justo que instara a mi cuerpo a confesar todo lo que yo aún no me había atrevido a decirle en mis cinco sentidos.

Me limpié en silencio y volví a vestirme, listo para marcharme. Aiden ya me esperaba al lado de la puerta del vestidor. Se había vuelto a poner la camisa y la corbata, pero llevaba el blazer bajo un brazo, y lucía casi igual que la primera vez que lo vi: sereno, esbelto, un muchacho bastante pagado de sí mismo que no tenía nada que esconder.

Lo evadí, pero él me detuvo en la puerta, cruzándose de brazos.

—¿Ahora me odias? —me preguntó.

—No sé —respondí, e hice un esfuerzo por verlo a los ojos para preguntarle—: ¿Por qué no vuelves a tocarme para saber la respuesta?

La mirada de Aiden se volvió fulminante.

—*Querías* que te tocara. —Su voz destilaba exasperación—. Sé que lo querías, sé que hace tiempo lo deseas…

—¿Por qué? —inquirí, y ante su silencio reí, ladino—. ¿Crees que me estoy enamorando?

Aiden negó con la cabeza.

—No lo creo —respondió entonces—. Lo sé.

—¡Basta! —exclamé retrocediendo—. ¡Deja de asumir lo que siento!

—¿Me equivoco? —dijo Aiden tranquilamente desde su lugar, y pensé que tal vez sí que podía odiarlo un poco.

—No es el punto —respondí, abrumado.

—Entonces dime, ¿cuál es? —dijo él, acercándose a mí—. Si no quieres que asuma lo que sientes, entonces no compliques las cosas y dilo. Déjate de

rodeos, deja de actuar todo el tiempo como si pusiera en riesgo tu soberana moral…

—Oh, no me hables de moral. ¿Quién eres tú bajo esa fachada del perfecto protegido de John? No te veo gritándolo a los cuatro vientos.

Aiden se detuvo y algo en su expresión me advirtió que lo había herido. «No es el único poder que tienes sobre mí», recordé que me había dicho. Probablemente este era otro, y saberlo me hizo cobrar conciencia de que yo no era el único que se estaba enamorando.

—Ser lo que soy contigo atenta contra el sentido común de la gente allá afuera —me dijo—. Y a ti te pasa igual, pero no has entendido que estás a salvo conmigo. ¿No lo ves? Entre todas las personas que has conocido, soy la última de la que deberías huir. Pero lo haces, y mientras sigas rechazando lo que eres, estarás rechazando todo lo que somos cuando estamos juntos. Me estarás rechazando a mí. —Aiden había hablado con claridad, sin dejar que la agitación del momento entorpeciera sus palabras, pero sus ojos destilaban una vulnerabilidad que yo no merecía conocer ahora.

Me acerqué y lo estreché con fuerza entre mis brazos. Él me rodeó a su vez con los suyos y solo entonces recuperé la calma.

—Lo siento —dije contra su pecho—. Es que… tengo miedo —admití.

—No está mal tener miedo —me dijo él. Y luego, separándose para tomar mi rostro entre sus manos, añadió, casi como una súplica—: solo no dejes que gane.

III

Hay instantes tan surrealistas que podrían competir con la ficción. Quizá la ficción misma se nutra de ellos: Alicia persiguiendo a un conejo antropomorfo, el monstruo de Frankenstein abriendo sus ojos amarillentos, Arsène Lupin yendo a la captura de Arsène Lupin… Todos encuentran sus antecedentes en una imagen que se desprende de la cotidianidad. Solemos suponer que proviene de un evento extraordinario, pero suele hallarse en cosas tan simples como el vuelo de un colibrí o una noche de tormenta. Y si estas palabras llegan a convertirse en un libro alguna vez, me daré la libertad de agregar una nueva imagen a la lista: un cuarentón estirado y vestido de esmoquin meneándose al ritmo de YMCA, de los Village People, en medio de

una pista de baile solitaria. Lamento que la imagen no parezca tan literaria como las anteriores, pero en mi defensa diré que el absurdo también proporciona momentos de intensidad insuperables. Y vaya que yo me acercaba a comprender la verdad de esto, más aún con lo que me esperaba a partir de aquella noche.

Adela y yo mirábamos a Guido boquiabiertos, entre estupefactos y traumatizados. Olivia, quien había propuesto aquel reto, era la única que vitoreaba a Guido desde la mesa, haciendo aspavientos para animarlo a continuar. Pero no era como si el hombre necesitara más incentivos. Era evidente que había bebido en exceso y que su penitencia por haber perdido en nuestra partida de póker había llegado demasiado lejos, en especial cuando comenzó a tambalearse al intentar emular un paso de Elvis Presley. Olivia y yo saltamos de nuestros asientos para evitar el desastre, pero el librero no era precisamente un peso pluma y cayó de bruces al suelo, apenas amortiguado por nuestra intervención. Aiden, que hasta entonces había contemplado la escena con la risa oculta tras su recipiente de whisky, acudió al rescate. Incluso Adela se apuró a ayudarnos. De pronto estábamos todos allí, envueltos por la marea de luces que destellaba la esfera en el centro de la pista. Tratamos de levantar a Guido, pero él comenzaba a convulsionar. O quizá pretendía ejecutar otro de sus pasos excéntricos. Era imposible saberlo, pero pronto dejó de importar.

Oli había empezado a bailar y, cuando yo me retiraba con disimulo al entender lo que estaba ocurriendo, ella misma me arrastró de vuelta a la pista para que la acompañara. No me quedó remedio. Al principio me sentía patético y por dentro agradecía a todo lo sagrado porque el lugar estuviera tan despejado. Culpo al alcohol —sí, una vez más— de haberme desinhibido tan pronto, de dar vueltas por la pista con Olivia agarrada de mis manos, de ponerme a reír como un lunático cuando paramos y estuvimos a punto de imitar la caída de Guido debido al mareo. Pronto advertimos que Adela y Aiden también seguían allí y, al igual que nosotros, habían perdido la noción del ridículo. El librero nos llamó a unirnos a él en medio de la pista y entonces todos bailamos con la misma euforia, coreando a voz en cuello el Y-M-C-A del coro, la única parte que todos conocíamos. De repente, la vergüenza era lo único que parecía irracional, mientras que los motivos del

festejo adquirían nuevas dimensiones: Guido publicaría un libro a sus cuarenta y un años con una gran editorial, el grado de Aiden sería en pocas semanas y Olivia había sido llamada a algunas audiciones para interpretar obras teatrales de renombre. Aparentemente, Adela y yo no teníamos razones personales para celebrar, pero daba igual; la alegría no discrimina cuando hay amistad de por medio. Y eso era lo que teníamos, ¿verdad? No, tal vez era mucho más. Aquel instante enfrascaba todo lo que yo imaginaba que significaba tener una familia: pertenecer, permanecer, amar. Tener la certeza de que todo eso puede ser incondicional.

Guido me rodeó los hombros con un brazo pesado y su sonrisa bobalicona borró todo lo que yo había sentido al recibir la noticia de su libro. Lo abracé y murmuré todos los sentimentalismos que pasaron por mi mente hasta que Oli nos volvió a reclamar para unirnos al baile. No volvimos a sentarnos en toda la noche.

Con el paso del tiempo, nuestra energía fue decayendo. El DJ debió compadecerse de nosotros, y comenzó a reproducir un repertorio mucho más suave. Entonces volvimos a bailar en pareja. Ahora Olivia bailaba con Guido y, ya que Aiden había ido a la barra por otra botella de whisky, Adela lo hizo conmigo. Tomó mis manos y las deslizó hacia su cintura mientras ella enlazaba sus brazos a mi cuello. Estábamos tan cerca que pude captar el aroma floral de su piel. Intenté convencerme de que había bebido lo suficiente como para no ponerme nervioso ni torpe, pero me engañaba. La novedad de su proximidad no me era indiferente, en especial cuando, de repente, Adela fijó la vista en algún lugar por encima de mi hombro con expresión alerta. Seguí la dirección a la que ella veía, mas no hallé nada fuera de lo común: algunos meseros, la barra, Aiden sentado ante el bar a la espera de la botella…

—¿Todo bien? —pregunté mirando a Adela, quien al advertir la manera en que la escrutaba pareció volver a percatarse de mi presencia y asintió con el semblante iluminado.

—Mejor que nunca. —La manera en que arrastraba levemente las palabras al hablar me hizo pensar que llevaba suficientes copas encima como para no molestarse en ocultar sus pensamientos.

—Me asustas cuando pones esa cara —confesé.

Adela arrugó la frente, entornando los ojos. Aquello, lejos de endurecer sus rasgos, los volvió adorables, desafiantes.

—Pensé que te gustaba mi cara —musitó cerca de mi oído.

—No. ¡Sí! Qui-quiero decir… —balbucí como un idiota, sacudiendo la cabeza—, sucedió algo así en Villa Dionisio. ¿Lo recuerdas? Cuando Olivia se desmayó y yo me dirigía al auto. Mirabas hacia la casa como… como si…

—Como si hubiera visto un fantasma —atajó ella, asintiendo—. Porque creí haber visto uno.

Traté de contener la sensación ponzoñosa que empezaba a crecer en mis entrañas, pero sentía la cabeza embotada y se me comenzaba a dificultar seguir el ritmo del baile. No le había preguntado antes respecto a ese momento. Tal vez porque le resté importancia y lo había olvidado. Tal vez porque temía que la tuviera y que fuese mayor a la que estaba dispuesto a aceptar.

—¿Puedo saber qué fue lo que viste esa tarde? —pregunté al fin.

Adela levantó la mirada. Los destellos que se fragmentaban a nuestro alrededor fueron absorbidos por el pozo profundo de sus ojos negros cuando respondió, más hermosa y sombría que nunca:

—A ti.

IV

Fui incapaz de conciliar el sueño. Mi cabeza dolía y en mi imaginación se mezclaban recuerdos de Villa Dionisio, Aiden, Adela; todo cercado por las luces del bar, moviéndose a velocidad de vértigo. Desperté, di vueltas en la cama, bajé a la cocina para beber agua. «Cálmate. Solo estás deshidratado», me repetí. Entonces volví a apoyar mi mejilla sobre la almohada y recordé la manera en que Aiden se había marchado de la reunión: demasiado apurado, ansioso, con una torpeza nada propia de él. Había vuelto de la barra mientras yo bailaba con Adela; no con una botella de whisky, pero quizá con una palidez fuera de lo usual. Se despidió de todos nosotros como si de pronto tuviera afán por marcharse, sin siquiera darnos tiempo para pedir una explicación. Y, ante su repentina ausencia, los cuatro comprendimos que la velada había llegado a su fin.

Me hallaba en un estado de duermevela cuando oí un tintineo sobre mi ventana. A lo lejos, las campanas de la catedral ya anunciaban la primera misa dominical. Apenas eran las siete de la mañana, pero jamás sentí tanta gratitud por que alguien interrumpiera mi descanso, en especial si él era la razón. Aiden me llamaba del otro lado del cristal, pero me tomó un segundo de más reconocerlo, pues llevaba puesta una sudadera con capucha y la lúgubre mañana de otoño dibujaba sombras en su rostro. Tras hacerme señas para que lo siguiera, subió la escalera de incendios. Me apuré a ponerme un abrigo antes de salir a su encuentro.

En la terraza, Aiden se aproximó a mí y me abrazó. Aquello me tomó desprevenido, pero lo rodeé con mis brazos con fuerza.

—¿Qué ocurre? —le pregunté.

Aiden dejó caer su cabeza en mi hombro y soltó un suspiro tan profundo que creí que se echaría a llorar, mas no lo hizo. En cambio, se separó de mí y me contempló con los ojos enrojecidos antes de decir:

—Es John. Lo arrestaron anoche tras uno de sus discursos.

—¿John? —repetí, con los ojos dilatados—. ¿Bajo qué cargos?

—Parricidio —respondió Aiden apartando la mirada. Apretaba la mandíbula con tal fuerza que pude ver un músculo moverse bajo su piel—. Lo acusan de haber asesinado a Oscar V.

Guardé silencio durante unos segundos, considerando la posibilidad de que las cartas hubiesen encajado con más pruebas que tuviera la policía. Después de todo, yo sabía bien que John merecía pagar, si bien por otros pecados.

—Tú… ¿crees que es inocente?

Aiden giró sobre sí mismo, pasándose una mano por el rostro. No dejaba de preocuparme su estado. Si yo había tenido una noche intranquila, la de él debía haber sido un infierno; unos círculos grises rodeaban sus ojos, y la palidez con que se había marchado la noche anterior parecía más pronunciada bajo los cielos neblinosos.

—No sé qué creer, Dorian —respondió cansado—. Cuando hablé con él anoche parecía tan… indiferente. No luchó, no protestó. Es casi como si hubiera estado esperando a que esto pasara.

—Tal vez era así —le dije.

Aiden agachó la cabeza y pude sentir cada hilo que tiraba de sus emociones, la manera en que el dolor lo traspasaba. Miré a mi alrededor; el lugar estaba desolado y lo más probable fuera que los vecinos descansaran a esa hora, así que opté por tomar su mano. Estaba helado y temblaba. Acerqué su palma a mi cuello, que conservaba la calidez de las frazadas. Él dejó de limitarse a contemplarme para hundir las manos en mi cabello y apoyar su frente en la mía. Cerré los ojos, notando en su respiración el esfuerzo que hacía para controlar las emociones que lo dominaban.

—Debí creer en ti desde el principio —dijo de pronto con la voz enronquecida—. Todo este tiempo estuviste en lo cierto, siempre lo supiste. Debí saber que eras el único en el que podía confiar.

Negué con la cabeza.

—No hay nada que lamentar.

—Dorian —se separó de mí para mirarme—. Yo idolatraba a John, habría dado mi vida por él…

—¿Y si la policía se equivoca? —se me ocurrió preguntar.

Aiden dejó caer los brazos a sus costados. Buscó algo en los bolsillos de su sudadera y extrajo de ellos una página doblada.

—Eres lo único que me queda de esa familia —declaró apretando el papel en sus manos—. Y eres todo lo que quiero de ella. —La súbita comprensión de sus palabras me provocó vértigo—. Prométeme que puedo confiar en ti. Promete que no me fallarás. Prométeme que me dirás la verdad, no importa lo que pase.

—Sabes que es así.

—Promételo —insistió—. Por favor —susurró con los ojos brillantes.

Esa fue la primera vez que comprendí que Aiden podía ser tan vulnerable como yo, y quizá la primera vez en que lo adoré solo por ese motivo.

—Te lo prometo —le dije al fin, sosteniéndole la mirada.

Aiden dejó escapar el aire de sus pulmones y me entregó el papel, manteniéndose cerca de mí para que leyéramos juntos.

Informe No. 14:
HALLAZGOS DEL DEBUT LITERARIO DE GUIDO M.:
Testimonios verídicos indican que el pasado viernes, 19 de septiembre, el escritor Frank S. y nuevo editor en jefe de la editorial Ónice anunció al consejo editorial el título de la primera obra que se publicará bajo su dirección, *El héroe de la niebla*: una novela breve de ficción que habla sobre la venganza de un hombre contra los actos corruptos de otro. Aún hay reserva sobre los detalles, pero se realizarán mayores indagaciones para contar con la sinopsis oficial y la fecha de publicación de la novela...

—John te ha estado siguiendo —declaró Aiden—. Y a mí también. Sabe que lo hemos vigilado, que hemos rebuscado entre sus cosas. Sabe cuánto tiempo pasamos juntos y todo lo que hacemos.

—¿Desde cuándo?

—Conmigo lo ha hecho desde siempre. Contigo, probablemente desde que volviste a la ciudad. Me dijo que lo hizo por consejo de su jefa de campaña para asegurarse de que no hiciéramos algo que pudiera comprometerlo. Se enteró demasiado tarde de tus negocios con Frank.

Yo seguía barriendo la página con los ojos una y otra vez, esperando encontrar un error, algo que no hubiese visto antes, cualquier cosa que contradijera lo evidente. Guido. Ónice. La novela que yo había escrito y la coincidencia con el arresto de John. Mi tío me había advertido que no me acercara a Frank S., pero yo me había involucrado en un negocio con él sin dudarlo y este había sido el resultado.

—¿Te aliaste con Lorenzo porque sabías que John estaba relacionado con la muerte de tu abuelo? —preguntó Aiden con expresión grave.

—No me alié con Lorenzo; me alié con Frank.

—Es lo mismo. Ahora son socios.

Solté un bufido sardónico.

—No lo eran cuando acepté trabajar para Frank… —murmuré. El latido en mi cabeza, que había espantado mi sueño la noche anterior, había vuelto en forma de un constante martilleo—. ¿Qué demonios está pasando?

—Dorian…

—Yo no tenía idea —solté. La mano con que sostenía la página del informe comenzaba a trepidar—. No tenía idea de nada de esto. No sabía que era el libro de Guido, ni que estaba escribiendo para Lorenzo, ni que lo publicaría un enemigo de mi familia. No pretendía hacerle daño a nadie, lo juro. Tienes que creerme.

Aiden me rodeó con los brazos. Cuando apoyé la mejilla contra su pecho, sintiendo el latido inquieto de su corazón al compás con el mío, comprendí que él también era mi último vínculo con los V.

—Te creo —murmuró contra mi cabello—. Te creo.

Era todo lo que yo necesitaba oír.

V

Guido abrió la puerta de la habitación a mi tercer llamado. Salió con el tupido cabello apuntando en distintas direcciones y los ojos entornados.

—¿Qué ocurre, chico? —preguntó mientras cerraba tras él y terminaba de ponerse la salida de cama—. Luces terrible, ¿pasó algo malo?

—¿Sabes quién es el dueño de la editorial que publicará tu libro?

Guido me observó con pasmo. No vi ningún indicio de que él supiera o siquiera sospechara que era yo quien lo había escrito.

—¿De qué hablas, chico? —Extrajo sus gafas del bolsillo en su pecho para ponérselas—. Es mi libro, por supuesto que lo sé todo sobre quienes lo publicarán.

—Claro, claro… —suspiré, dando vueltas sobre mí mismo, impaciente. No tenía idea de cómo abordar el tema, pero Aiden y yo, antes de despedirnos, habíamos llegado a la conclusión de que debía hablar con el librero al respecto. Así que lo intenté—. Es que Aiden vino a hablar conmigo esta mañana y…

—Hijo. —Guido puso una mano sobre mi hombro, deteniendo el corto trayecto de mis pasos—. Creo que sé de qué quieres hablar en realidad.

—¿En serio? —pregunté, entre aterrado y esperanzado.

Guido asintió con gravedad.

—No me parece que este pasillo sea un buen lugar para charlar. ¿Me acompañas?

Al poco tiempo, me hallaba sentado frente al escritorio del librero, quien volvió de la cocina con una bandeja en la que portaba una tetera, dos viejas tazas de latón llenas de café y una generosa ración de bizcochos.

—Supe que capturaron a tu tío —dijo con indiferencia, depositando los recipientes sobre la mesa antes de ir a cerrar la puerta—. Adela me lo contó anoche, cuando llegamos. Esa fue la razón por la que Aiden dejó la reunión, ¿no? —Tomó un bizcocho y se dirigió a su asiento—. Parece que vio la noticia en el televisor que tenían en el bar del hotel, y Adela también. Apareció en todos los canales nacionales.

«Así que era eso», pensé, recordando la expresión de Adela al dirigir la mirada hacia el bar. «¿Cómo no pude notarlo?».

—La editorial que publicará tu libro es de uno de los oponentes de mi familia, y justo ayer arrestaron a John. ¿Qué está pasando, Guido?

—Muchacho —dijo él reclinando la espalda en su enorme asiento, que soltó algunos chasquidos bajo su peso—, estás encontrando relaciones donde no las hay. Es solo un libro. Pude haber escrito sobre cualquier cosa, y pudo publicarlo cualquiera. Es solo que Frank aprovechó su acenso en Ónice para que ellos lo editaran.

—¿Puedo saber de qué trata?

Guido suspiró.

—Nada original. Cosas de las que tratan miles de historias: venganza, corrupción, familias… Ya te enterarás. Es solo un libro —insistió.

—No lo creo —rebatí—. ¿Por qué elegiste hablar de eso? ¿De dónde sacaste esa historia? —Tragué saliva—. ¿De mi familia?

—La ficción puede nutrirse de fuentes innumerables, hacer un diluvio de una llovizna y viceversa —contestó el hombre—. Aun así, yo no ideé esa obra porque quisiera usarla para herir la susceptibilidad de los V. Sabes lo que sé sobre ellos y sobre la Orden, y cuando todo eso salga a la luz, quizá no sea su orgullo lo único que resulte herido.

—John está en la cárcel —insistí—. Ya no se trata de orgullo.

—Y sin embargo, conforme a lo que ahora sabes sobre él, ¿crees que lo que le ha pasado es injusto? —Se metió el bizcocho a la boca y comenzó a masticar sin dejar de mirarme, inexpresivo.

Fijé la vista en el café negro que él me había servido y permanecía intacto.

—Aiden y yo… —comencé a decir, sin saber muy bien si había una manera correcta de continuar con aquella conversación—, pensamos que había una probabilidad de que existiera una relación entre tu libro y la acusación a John.

—No tengo idea de cómo fue que llegaron a semejante deducción, pero no tiene sentido, hijo. Te lo garantizo —aseveró el librero antes de terminar de bajar el bizcocho con un buen trago de café.

—¿No crees que es peligroso? —pregunté—. Cuando la gente sepa de qué trata tu libro, muchas personas podrían llegar a la misma conclusión.

—Si llegara a pasarme algo por esas… «conclusiones» —contestó Guido haciendo un gesto vago con la mano—, sería demasiado evidente que necesitan silenciar a quienquiera que hable de algo que los haga sentirse aludidos. La cura sería peor que la enfermedad. Pero si ese es el caso, tengo mis medios para protegerme. Adelante, muchacho. Sírvete, que pareces necesitarlo más que yo.

Asentí, tomando un bizcocho y llevándome la taza a los labios. Pero el café me supo amargo y la harina se convirtió en arena dentro de mi boca.

—Sé que la razón por la que estás aquí no es John, ni los V. —declaró Guido de repente—. Sino Aiden.

Tosí, espolvoreando un reguero de migas sobre el escritorio del librero. Apuré el café para ayudarme a engullir el bocado y, aún entre toses, intenté limpiar la desafortunada mesa.

—Déjalo, muchacho —dijo el librero—. Me ha servido de polígrafo.

«Mierda, mierda, mierda».

—No sé de qué…

—Te vi, Dorian —dijo entonces—. A ti y a él, en Villa Dionisio. No, no intentes negármelo. Sé muy bien de qué se trata.

El pasmo me dejó en blanco.

—Te equivocas. No estoy aquí por Aiden ni quiero hablar de lo que sea que estés imaginando.

—Bueno, eso no sería ninguna novedad. Entre todos los artistas que alguna vez vivieron lo mismo que ustedes, hablar de ello de manera abierta no ha sido la regla general. Piotr Tchaikovsky, Oscar Wilde, Marcel Proust…

—Guido…

—… entre muchos otros personajes ilustres y anónimos se han visto obligados a experimentarlo en secreto. Pero siempre ha existido, por más que la sociedad haya involucionado en reglas absurdas que pretenden negar lo evidente, convertir algo cotidiano en anómalo…

Cegado por la frustración, me levanté del asiento y barrí el escritorio con mis antebrazos, haciendo que la bandeja con la tetera y los bizcochos fueran a parar a la alfombra con un lamentable estrépito.

Me volví a Guido agitado, mirándolo entre los mechones que habían ido a dar a mi cara. El hombre, que contemplaba el desastre con inusitada calma, parpadeó dos veces antes de decir:

—Gracias. Odié esa alfombra durante dos largos años. Luce como si Pablo Picasso hubiese vomitado en ella, ¿no crees? Ahora podré usar la persa. Además, esos bizcochos no ayudarán a mi estreñimiento crónico.

Me dejé caer sobre el asiento de nuevo, exhausto.

—Ah, con que ya has terminado —comentó Guido—. Porque, si no es así, tengo otro par de cosas aquí que amaría que destrozaras…

—No debiste habernos visto —tercié, ruborizado hasta las orejas—. Y que lo hayas hecho no te da derecho a involucrarte.

—No pretendo involucrarme —dijo Guido con calma, dejando su silla—. Solo quiero ayudarte.

—No necesito…

—Todos lo necesitamos —atajó él—. En especial cuando estamos solos en algo. —Rodeó el escritorio para sentarse allí, frente a mí y, con inusual delicadeza, añadió—: Si quieres hablar con alguien al respecto, este es el momento.

—Ni siquiera podría explicarlo —murmuré, permitiendo que, por un momento, las tensiones de aquel día me liberaran—. Solo pasó, como si… como si fuera inevitable.

—¿Acaso estás enamorado? —preguntó Guido.

Puse los ojos en blanco.

—No estoy «enamorado». Solo… lo admiro.

—La admiración es parte intrínseca del amor.

—Bueno, entonces supongo que también tú estás enamorado de él —resolví—. Y yo de ti, y de…

—Me aprecias, muchacho —sonrió—. De eso no me cabe duda. Pero hablo de otro tipo de sentimiento; uno más difícil de contener y mucho más peligroso, porque no solo lo avivan emociones nobles, sino impulsos como la obsesión y la pasión, capaces de llevar a la persona más pragmática sobre la faz de la tierra a beber el agua del mar creyendo que calmará su sed. «Una multitud de furiosos y salvajes tiranos», ¿recuerdas?

—Guido —tercié—, entiendo tu intención, y agradezco que te tomes el tiempo de decirme todo esto, pero…

—Evasión —continuó él, asintiendo—. Otro de los síntomas.

—No estoy enfermo —repliqué, mi voz elevándose más y más—. No necesito compasión. ¡No quiero escucharte decirme qué debería hacer como si yo fuera cualquier chiquillo inexperto!

—Estoy de acuerdo con todo eso —convino Guido con calma, dejando el escritorio para sentarse en la silla a mi lado—. Pero no podría llamarme tu amigo si no intento ahorrarte un dolor del que he sido testigo antes. Sin embargo, es una decisión que solo te corresponde a ti, así que, si en realidad quieres saber cuál es mi intención, no es otra que advertirte que tengas cuidado. Creo que hay cosas que son bellas y perfectas en tu interior, quizá demasiado sublimes para arriesgarte a que el resto del mundo las comprenda. Nadie sabe qué ocurriría si se materializan en sus manos. Habrá personas capaces de lo inimaginable para corromperlas y pisotearlas hasta que tu felicidad sea menos que un recuerdo.

—Eso no es justo.

—No, no lo es, porque no es la justicia la que reina en nuestro mundo, y sé que tú también lo entiendes, así que, si seguirás adelante con eso, quiero que seas consciente de que podrás soportarlo cuando se ponga difícil o cuando termine. Porque a la larga sucederá.

Apreté los dientes.

—¿Y Aiden? —inquirí—. ¿Crees que sea consciente de cómo son las cosas?

—Creo que Aiden sabe muy bien lo que hace —dijo Guido—. Y creo que estarás seguro mientras estés junto a él, y mientras la discreción sea más fuerte que el impulso. Pase lo que pase… —Guido puso una mano sobre mi hombro—, espero estar contigo. Lo sabes, ¿verdad?

17

SOLVE ET COAGULA

I

La primera vez que escuché aquella pieza de Chopin fue gracias a mi padre. Tenía unos ocho años, apenas comenzaba a sentarme ante un piano y, aunque el profesor de música me había intimidado demasiado como para que mi fascinación por el instrumento aflorara, con papá a mi lado era fácil renovar mi interés en él. «Así», me explicaba. «Imagina que dibujas tres figuras con la mano. Este dedo toca las negritas. Es fácil». Mentía, por supuesto. Incluso si se trataba de una versión bastante simplificada de la melodía, apenas una nana. Y sin embargo, creerle fue lo que me permitió memorizarla y luego pedirle que me enseñara el resto. Papá lo hizo complacido, pero llegó un punto en que la pieza quedó inconclusa, pues él comenzaba a olvidarla. Eso es lo que me dijo entonces. Ahora comprendo que lo doloroso para él no era haber olvidado, sino el acto de recordar. ¿Quién podría juzgarlo? A veces aún me pregunto qué duele más.

No supe que necesitaba que alguien diera una continuación a esa vieja melodía hasta que la escuché en un auditorio repleto de espectadores, con las luces bajas y los reflectores sobre un gran piano que, en el centro de la orquesta, guiaba el motivo con sublime precisión. Las notas se desprendían del instrumento con fluidez, contando una historia de melancolía y anhelo, hasta que la tonada que yo conocía fue superada por una más amplia, una que abarcaba todas las formas y matices que cupieran en la imaginación.

Aunque debía haberme acostumbrado a ver a Aiden ante el piano, seguía causándome el mismo arrobamiento. El mérito era de la música, pero también debía atribuirlo al tiempo que habíamos compartido esas semanas. Tras el arresto de John, y quizá porque habíamos hallado un refugio infalible

el uno en el otro, Aiden y yo comenzamos a vernos casi todos los días. Yo me hallaba en medio de lo que Oli llamaba un «periodo de idiotez existencial», que consistía en un estado de melancolía constante, en encerrarme en bucles de pensamiento y, sobre todo, en una incapacidad de hilar un párrafo entero ante una máquina. Claro que últimamente Olivia permanecía atareada con la universidad y sus funciones teatrales, así que no tenía idea del asunto de mi relación con el libro de Guido, con Ónice y con Frank, a quien de hecho intenté buscar por todas partes. Rastreé los pasos del librero para dar con su editor y preguntarle un par de cosas sobre el libro que yo había escrito para él, pero fue en vano. Frank S. parecía haber ascendido en la escala social y yo no era más que una mosca inoportuna golpeando contra el cristal de su imperturbable imperio.

Ahora no podía sostener una pluma sin pensar en lo ocurrido. Aiden, quien estaba al tanto de mi situación, procuraba motivarme a que siguiera escribiendo, pero se rindió cuando notó que el consuelo que yo pretendía encontrar se hallaba en libros escritos por otros. Sin percatarnos, dimos forma a una rutina que solía incluir una cena en el piso de Aiden y, de cuando en cuando, una quedada nocturna. De hecho —ya que el café del músico seguía siendo horrible—, comencé a contribuir con leche, harina para pancakes y una caja de cereales que para mí sabía a gloria mientras que para él sabía a «cartón endulzado». Yo leía mis libros, él repasaba el repertorio de sus presentaciones. A veces charlábamos entre tanto: él, sentado ante el piano, me preguntaba por lo que yo leía; yo, recostado de cualquier manera en su cama, le preguntaba por lo que él tocaba. Más tarde llegaban la comida y las conversaciones interminables.

A veces, a medida que el sol se escondía entre los edificios y llenaba las paredes blancas del piso con sus últimas pinceladas cerúleas, fingía que seguía leyendo cuando en realidad no hacía más que fijarme en que la interpretación de Aiden era más propia de una presentación que de un ensayo.

—Me gusta cuando me miras así —dijo una noche, sin apartar los ojos de sus partituras.

De repente reparé en que mi libro se deslizaba por mi pecho y que me hallaba observándolo con un embeleso que habría resultado bochornoso si

Aiden me hubiese mirado a los ojos en ese instante. Sin embargo, sus dedos seguían danzando a lo largo de las teclas.

—No te acostumbres —le respondí yo antes de volver a la lectura del libro, ocultando el rostro tras la cubierta.

El piano soltó un estruendo súbito que me hizo dar un respingo. Al asomar la nariz por entre las páginas, vi que Aiden se acercaba a mí. Me arrebató el tomo y se sentó en la cama, a mi lado. Revisó la cubierta y entornó los ojos con curiosidad al ver el título: *1984*, de George Orwell.

—¿Para qué ensayas si ya conoces el repertorio? —le pregunté.

—Para mí —respondió, comenzando a hojear el libro en la página donde yo lo había dejado—. Debo asegurarme de que estoy a la altura. Además, es Brahms —añadió con obviedad—. Nadie necesita un motivo para interpretarlo.

—¿Dinero, quizá? —lo pullé.

Aiden levantó los ojos de las páginas.

—Incluso los músicos necesitamos comer —explicó con las cejas levemente elevadas; el gesto de quien revela un truco a un niño pequeño—, y eso no hace que nuestro oficio sea más mundano. Es una suerte que haya personas lo suficientemente sensatas como para saberlo.

—¿Me estás llamando insensato?

Ignorando mi pregunta, Aiden plantó el libro contra mi pecho.

—Agua —dijo entonces—. Un lago profundo o el mar. Eso habría para mí en la habitación 101 —agregó antes de que yo pudiera preguntarle de qué diablos hablaba.

Lo miré por unos segundos, sorprendido por la repentina confesión. En las páginas que yo leía, el protagonista de la novela era llevado a la habitación 101: un lugar en el que los rebeldes eran sometidos a torturas provocadas por sus miedos más profundos hasta ser doblegados.

—¿Temes a morir ahogado? —inquirí sorprendido.

Aiden encogió un hombro; un gesto que era cada vez más común y que parecía haber conservado de su infancia.

—Nunca aprendí a nadar, y solo pensar en hundirme me pone enfermo. —Habló de una forma que me hizo pensar en que tal vez se debía a alguna experiencia de su pasado, pero no fui capaz de escarbar en ello. Me gustaba

esta versión de él, abierta y desenfadada, y no quería ensombrecer su ánimo —. ¿Qué hay de ti? —me preguntó—. ¿Qué te esperaría en la habitación 101?

—Fuego —dije sin siquiera meditarlo.

Fue lo primero que se me ocurrió, mas no quería admitir ante Aiden que detestaba pensar en mis temores y nunca me lo había planteado en realidad. Él me miraba con atención, como si se esforzase por descubrir qué tan cierto era lo que acababa de decirle. Estaba tan cerca que me pareció fácil besarlo. Aiden atendió mis labios con una placentera parsimonia y me pareció que en aquella suerte de danza persistía el eco de las notas del piano.

—Mientes tan bien —dijo casi en un susurro, separándose de mí lo suficiente para mirarme a los ojos— que casi pensaría que tu mayor temor es que alguien descubra que lo haces.

Pensé en eso desde entonces, en el hecho de que John nos había vigilado todos esos meses y en que había una posibilidad de que supiera que la relación que yo sostenía con su protegido rebasaba las expectativas de una simple hermandad. Traté de conservar la calma, de convencerme de que no podía temer a la verdad cuando yo mismo la buscaba, si bien por otro camino. Aun así, la posibilidad de hallarla, en especial en cuanto a lo que a Aiden y a mí se refería, surtía un efecto paralizante en mí. Desde entonces evitaba pensar en ello o en las advertencias de Guido, pero ahora lo sé: son absurdos los intentos de quienes, ignorando deliberadamente su propia verdad, pretenden desmantelar la de otros.

En mi caso, mi afán por encubrirme terminó por reducir mis visitas al piso de Aiden esos últimos días. Era como si, entre más cerca me sintiera de él, más se acrecentara la urgencia por buscar algún tipo de distancia que me ayudara a recuperar la indiferencia, que me dijera que podía separarme de él si fuera necesario, y que podría negar fácilmente cualquier acusación que recayera sobre nosotros en ese sentido. Sí, soy con exactitud lo que tienes en mente, y lo sé porque es lo mismo que pienso ahora: un cobarde.

Hacia el final de la presentación, el piano recuperó el motivo y regresó a la serenidad inicial, formando los familiares acordes hasta que volvieron a pertenecerle al silencio. Se desató la larguísima ovación del público. No dudé en dejar mi asiento para aplaudir con efusividad, al igual que los demás presentes. Sin embargo, yo era el único en esa sala que conocía el significado

de esa pieza; el motivo por el que el condecorado músico levantó la vista al auditorio tras hacer su venia, sonriendo en mi dirección. Era la primera vez que alguien empleaba la música para dedicarme algo tan íntimo, para hablar sin palabras de un secreto en común por encima de cientos de desconocidos, pero algo en el latido de mi pecho me hería, convirtiendo la felicidad compartida en la calma que antecede a una tormenta.

Cuando la ceremonia terminó salí de ahí en cuanto pude. No estaba de humor para saludar a los amigos de Aiden, y mucho menos para toparme con los miembros de mi familia que habían sido invitados al evento, atribuyéndose los lugares que debían haber correspondido a Olivia, Guido y Adela. Era el momento de enfrentarme al lado menos festivo del grado: la celebración familiar que, contra todo pronóstico y pese a la captura de su anfitrión, seguía en pie. Admito que no me extrañaba, los V. eran maestros en ostentar apariencias de toda naturaleza: polvo bajo gloriosos tapices, engaños enzarzados en discursos diplomáticos, fiestas que pretendían rescindir las desgracias recientes. Así pues, aunque Aiden me había invitado a acompañarlo tras la ceremonia, yo le dije que acudiría más tarde. Quería que los presentes estuvieran lo suficientemente achispados como para que mi presencia en esa casa pasara desapercibida.

«Como si les importara», pensé cuando llegó la hora, sujetando con fuerza el mango del paraguas con el que me protegía de una lluvia recia. Tras cruzar el jardín, me desvié y entré por las puertas de la cocina, como tenía por costumbre. Sin duda, el recibimiento allí fue mucho más alentador que aquel que pudieran haberme dado los de mi sangre. La señora P. me dio un abrazo maternal con el que me desprendió un poco del entumecimiento del frío, y Esteban, quien se hizo cargo de mi abrigo y de mi paraguas, no dudó en convidarme una copita de ron con la que me sentí recuperar el fulgor que necesitaba para entrar a la fiesta. Sin embargo, cuando me hallé ante el arco del vestíbulo, el efecto pasó. La temperatura glacial del exterior parecía haber penetrado en mis huesos, y necesité beberme una copa de champán dorado —que robé a uno de los meseros que pululaban por el vestíbulo— para recomponerme. Entre tanto, me limité a observar, medio escondido entre las cortinas pesadas de un ventanal, el esplendor impertérrito de los V.

De no haber sabido que se trataba de una celebración para Aiden, habría creído que se trataba de la fiesta de compromiso de Isabella, tan añorada por la familia. Mi tía parecía alumbrar la estancia desde lo alto de las escaleras, luciendo un vestido color lavanda que ni el hada madrina de la Cenicienta se habría dignado a imaginar, mientras hacía las delicias de los fotógrafos que retrataban la ocasión. Sin embargo, mi mirada no se detuvo en ella, sino en el festejado, quien, aún con la toga puesta para las fotos, sonreía a la cámara entre el tío Henry y la tía Ofelia. Unos primos pequeños cuyos nombres yo ni siquiera recordaba posaban ante la cámara también, y ver la soltura con la que el músico parecía acoplarse a la situación, como si realmente se sintiera satisfecho estando allí, entre desconocidos, renovó un sentimiento que creí haber aniquilado hace meses, pues me daba cuenta de que Aiden estaba lejos de fingir su agrado. «No son desconocidos para él», pensé. «Lo serán para mí, pero son su familia. La única que ha tenido».

Esos pensamientos me abandonaron cuando, tras el flash de la cámara, sus ojos recorrieron el lugar hasta dar con los míos. Al verlo sonreír, comprendí que mis sentimientos por él amenazaban con convertirse en la emoción impetuosa que guía a los niños al encuentro de los parques en verano, o la de aquellos que lidian con la sed sabiendo que caminan hacia un lago de aguas diáfanas. Era un sentimiento claro, natural, quizá «perfecto», como lo había llamado Guido… Pero también podría convertirse en mi verdugo. Noté algo frío ciñéndose sobre mi pecho, el tejido de una cicatriz que cercaba lo que llevaba dentro. De repente me aterró la idea de que jamás sería capaz de materializarlo si había testigos; de que nunca podría abrazar en público al chico que ahora caminaba hacia mí sin provocar que los demás retrocedieran como si se tratara de un sacrilegio. Porque lo era para ellos, lo había oído toda mi vida. Solo podría demostrar lo que era junto a Aiden si nos asegurábamos de que no existiría para nadie más que para nosotros, como había advertido el librero. «Una doble vida», pensé. Y me pregunté por cuánto tiempo alguien sería capaz de sostener semejante farsa.

II

Tras darme una mirada significativa, Aiden salió del vestíbulo por el mismo arco que yo había atravesado hacía unos minutos. Una vez que me aseguré

de que los allí presentes continuaban en lo suyo, lo seguí. Cruzamos el salón para invitados y, luego de atravesar el opulento recibidor, entramos en la sala de estar. En cuanto la puerta se cerró, la súbita calma que nos rodeó me hizo sentir un inmenso alivio. «Solos», pensé mientras corría a Aiden para abrazarlo, cerrando los párpados mientras sus brazos se acoplaban a mí. Él se separó con suavidad y dirigió una mano hacia mi mejilla, mas yo retrocedí.

—Viniste —me dijo, su sonrisa flaqueando por medio segundo.

—Por supuesto que vine —respondí, relajándome un poco—. No creiste que te dejaría aquí con ese montón de remilgados que ni siquiera saben diferenciar una corchea de una semicorchea.

—Tú tampoco lo sabías hasta que te lo expliqué —dijo Aiden con afecto, como si el detalle le causara ternura, y me arrepentí de no haber dejado que se acercara. Lo deseaba, lo necesitaba, pero…—. Esta semana apenas te he visto —continuó, interrumpiendo el torrente de pensamientos que me acosaban—. ¿Cómo ha ido lo de Guido?

Me encogí de hombros.

—Sin novedades —atajé—. Dime, ¿conoces a todas esas personas de ahí afuera? —inquirí para cambiar de tema.

—Supongo —respondió él, dejándose caer en un asiento. Enarqué una ceja—. No tanto como te conozco a ti —sonrió—, pero creo que de verdad se alegran por mí.

—Ah —asentí, lacónico.

—¿Por qué? —Las comisuras de sus labios se elevaron—. ¿Estás celoso de ellos?

Reí, y mi mente quedó vaciada durante unos instantes que aproveché para sentarme a su lado.

—Te veías muy cómodo con ellos —le dije—. Incluso con esos dos niños. ¿No te fastidian? Hace algunos años, lo único que hacían en las reuniones era soltar chillidos a los que sus papás esperaban que reaccionáramos con aplausos.

—Alicia y Lucien —asintió Aiden—. Han crecido. Son buenos chicos.

—Haberlo dicho antes. ¿De casualidad no quieres que los llame para que amenicen esta agradable conversación? Parecen más primos tuyos que míos.

La expresión de Aiden se ensombreció y quise retirar mis palabras, pero era demasiado tarde.

—Son tu familia, no la mía —me recordó él—. Ellos, y casi todos los que están ahí afuera. Harías bien en reconocerlo.

—Bueno, es tu fiesta, no la mía —rebatí, las palabras rezumando de mis labios llenas de espinas.

Pero Aiden lucía sereno y se limitó a negar con la cabeza.

—Te equivocas. Es la fiesta de…

La puerta se abrió de súbito, y quise asesinar a Aiden por no haber puesto el seguro, pero la repentina aparición me había dejado envarado. El hombre lucía impecable con uno de sus trajes grises y su clásico peinado con cera y raya a un lado.

—Daniel —solté estupefacto. No sabía que había vuelto a la ciudad, pero debía haberlo supuesto por los acontecimientos recientes.

—Largo. —Señaló la puerta—. Ahora.

—¿Otra vez? —dije, sin saber si reír o llorar—. ¿Es en serio? ¿Acaso es una nueva costumbre de los V. sacarme de esta casa?

—Isabella me ha dicho que John está en ese horrible agujero por tu culpa —declaró. De repente comprendí quién estaba a cargo de la celebración—. Y tú te atreves a venir a su fiesta…

«¿"Su fiesta"?».

—Daniel —dijo Aiden. Su voz era serena, pero tenía una nota de advertencia—, puede que Isabella y yo aparentemos que seguimos llevándonos bien en… *su fiesta*, pero deberías decirle que, si realmente quiere tener aquí a alguien que le dé sentido a todo esto para demostrar a la prensa que el estatus y los valores altruistas de esta familia permanecen intactos a pesar de todo, no debería sacar de esta casa a su sobrino. Si él se va, yo también lo haré.

Daniel soltó una risotada bastante impropia de él. Me pregunté cuánto champán habría bebido.

—¿Crees que te necesitamos? —espetó con desdén—. *Tú* nos necesitas a nosotros, Aiden. Si Isabella ha hecho esto es solo porque John se lo ha pedido, y porque sabe que quien ha sido mal juzgado no teme a nada, sino que espera con paciencia a que se haga justicia.

—¿Cómo puede estar tan segura de eso? —intervine, hablando más fuerte de lo que pretendía—. Fue la policía la que concluyó que John era culpable. ¿Qué la hace creer que él no es…?

Daniel hizo un gesto con la mano para hacerme callar.

—Quédate si quieres —murmuró entonces—, pero no vuelvas a dirigirnos una sola palabra. Y tú —se dirigió a Aiden—, más te vale no olvidar todo lo que nos debes.

Daniel dejó la habitación, dando un portazo al cerrarla.

—Ahí lo tienes —dije girándome a Aiden—. ¿Sigues creyendo que haría bien en «reconocer que esta es mi familia»?

Para mi sorpresa, Aiden se levantó del asiento y se deshizo de la toga, dejándola caer al suelo.

—¿Qué haces? —le pregunté.

—Ya oíste, nadie me necesita aquí. Además —agregó, mirándome de refilón mientras se dirigía a la salida—, ya celebraré con quien realmente me importa.

III

Al pasar por la entrada del vestíbulo, tomé un par de botellas de vino de la mesa que precedía la sala. Di un último vistazo al festejo y noté que Daniel e Isabella nos contemplaban desde el balcón, pálidos. Emulé un brindis, levantando las botellas en alto, y les di la espalda. Noté que Aiden también los miraba. Su expresión fue inescrutable hasta que volvió sus ojos a mí y entonces asintió con determinación.

Salimos de la casa por la puerta trasera con sigilo, sin cruzarnos con la señora P. o Esteban, lo cual fue un alivio. Estábamos demasiado apurados como para dar explicaciones, o como para ir por nuestros abrigos y nuestras sombrillas, por lo que fuimos al encuentro de la noche y de la lluvia tal y como estábamos, permitiendo que el agua traspasara nuestros trajes mientras las sombras se convertían en nuestro refugio. «Libres», pensé levantando el rostro a las tinieblas para ver las gotas que descendían sobre mí, sobre nosotros, sobre todo ser en la faz de la tierra por igual, recordándonos que todos estábamos hechos del mismo material ingobernable.

Llegamos a nuestro destino empapados de pies a cabeza y aún nos quedaban un par de carcajadas mientras subíamos las escaleras. Al entrar nos recibió una agradable oleada de calor que me resultó tan reconfortante como si aquella fuese mi casa, no la de Aiden. En parte se debía a lo que se hallaba nada más cruzar la puerta: mis libros al fondo, mientras el rumor de la lluvia acompañaba el sonido de nuestros pasos; o quizá se debía al olor de las páginas, que se mezclaba con el de Aiden en un agradable efluvio. Me tomé la libertad de llenar mis pulmones con él y luego lo dejé escapar en un profundo suspiro mientras que, con el rabillo del ojo, veía al músico moverse de aquí allá con diligencia. Aún me es fácil evocar esa sensación protectora que desató en mí su imagen entonces.

Aiden cambió su ropa mojada por una de sus salidas de cama y me prestó otra para que yo hiciera lo mismo mientras él avivaba el fuego en la chimenea. Varias noches habían pasado desde aquella en la que me quedé allí por primera vez, y habíamos compartido algunas más desde entonces, pero esta vez me asaltó una nueva conciencia de mi cuerpo, de mi desnudez, de lo fácil que sería dejar que el secreto que medía el último tramo de distancia entre nosotros se consumiera.

Esa noche Aiden me enseñó a preparar vino caliente con lo que él llamó «su manera»: condimentando el elíxir con azúcar, clavos de olor, canela y algunos frutos rojos. Intenté ayudar, pero terminé revoloteando por la cocina y robando algunas frutas ante la mirada reprobadora de mi anfitrión. Entonces, mientras el lugar se caldeaba y el frío retrocedía, me pregunté si alguna vez estuve tan cerca de ser feliz. Para serte sincero, aún hoy me lo pregunto, por más que conozca la respuesta de sobra.

Pasamos la velada ante la chimenea, medio tendidos en la alfombra, acompañados del vino y de una bandeja con las fresas sobrantes. El recuerdo de esa noche es una amalgama de sensaciones: la dulzura del vino, ecos de risas, pequeñas confesiones y el abrigo de las llamas, que hacían a la leña crepitar cuando los silencios, llenos de complicidad, reinaban en torno a nosotros.

—¿Extrañas la casa de los V.? —preguntó Aiden en algún momento, sin apartar los ojos del fuego—. Porque yo no. Aunque esto no se compara. —Su tono de voz era bajo, como si evitara romper el hechizo en el que nos habían imbuido el vino y el rumor de la lluvia.

—¿Bromeas? —respondí. Había bebido demasiado como para hablar con la misma delicadeza—. Claro que no se compara. Esa será una mansión, pero esto… —Me dejé caer en la alfombra y estiré los brazos, como si quisiera abarcar algo más amplio que aquel pequeño piso—… bien podría ser nuestro reino —declaré, llevándome otra fresa a la boca.

Aiden sonrió. Quizá porque, aunque sonaba extravagante, también él lo pensaba: un reino hecho de los retazos de él y de mí que se hallaban desperdigados por todo el lugar. Sus partituras, mis libros, sus discos, el cereal que me gustaba en la despensa, nuestra ropa colgando en el pequeño patio…

Una humedad inesperada en mi cadera me hizo erguirme un poco. Entonces advertí que con mi gesto había tumbado mi copa de vino y el líquido se derramaba en la bata. Maldije por lo bajo y salté hacia atrás, pero con ello terminé tumbando la botella de vino a mi lado, que se esparció sobre la tapicería del suelo.

—Mierda, ¡no-no-no-no…! —Me afané a rodar por la alfombra, tratando de limpiar el desastre con la bata, pero eso solo sirvió para arruinar la prenda también.

Iba a pedirle disculpas a Aiden, pero él se deshacía en carcajadas.

—Deja de retorcerte, por el amor de Dios —decía mientras caminaba a gatas hacia mí, desternillándose—. El vino y tú no son una buena combinación, ¿verdad? —dijo yendo a recoger la botella, pero yo me le adelanté, apartándola de él.

—¿Eso crees? —sonreí, con mi rostro a un palmo del suyo. Apuré un par de tragos desde la boca del recipiente sin apartar los ojos de él.

Aiden bufó. Estiró el brazo hacia la botella y, al quitármela, el contenido terminó esparciéndose sobre mi cuello y mi pecho. Se me escapó una risa tonta.

—¿Qué tienes? —le pregunté, ladeando la cabeza al ver que su expresión se oscurecía—. ¿Acaso esto no te trae buenos recuerdos? Ay, cuánto lo siento. Si es porque he arruinado tu bata…

Aiden me silenció con su boca. Sin reparos, con fervor, con violencia, arrastrándome con él en el mismo delirio.

IV

Caí sobre la alfombra y cedí mi último ápice de control a Aiden al sentir su cuerpo sobre mí, despertando junto al mío. Probaba cada nota del vino en sus labios, en su lengua, deseando retener aquel instante en el que bebíamos el uno del otro y aspirábamos el mismo aliento desbocado. El mundo se desvanecía y solo quedábamos nosotros; dos seres huérfanos de pasado y de futuro, sombras de trazos difusos que se buscaban a tientas en la negrura, existiendo únicamente bajo la íntima lumbre de una chimenea.

Las prendas que nos contenían pronto comenzaron a estorbar y deshice el nudo de su bata antes de comenzar a deshacer el de la mía, pero Aiden me detuvo para hacerlo él mismo, tirando del lazo. Un agradable escalofrío me recorrió mientras sus manos se abrían paso por mi torso antes de deslizarse hacia mis hombros. Cerré los ojos cuando sus labios empezaron a descender por mi mandíbula, por mi garganta, por la piel más sensible de mi pecho, siguiendo el rastro del vino poco a poco hasta alcanzar mi abdomen y luego el lugar que evidenciaba cuánto deseaba yo lo que vino después. Aquello no nos era ajeno: nos hallábamos de nuevo en esa espiral en la que el placer despejaba toda carga y cedíamos nuestros sentidos a ese instinto casi bestial en el que era tan fácil embriagarse por las noches, siempre bordeando un límite que solo dependía de mí superar.

Lo oí murmurar contra mi piel cuánto le gustaba lo sensible que yo era, y a medida que su boca recorría el lugar donde se concentraba mi pulso, me hallé confesándole que era s*u culpa, su culpa, su culpa.* Su ritmo comenzó a regularizarse y me oí soltar una maldición, conteniéndome para no confesarle de cuántas cosas más quería que fuese culpable. Una de sus manos se deslizó hacia mis labios y me moví para tomar su pulgar entre ellos, saboreando ahí el gusto del vino, de los frutos rojos. Pronto tuve que detenerlo y atraje su rostro hacia mí. Esta vez, antes de besarlo, alcancé una de las fresas que estaban en el recipiente a mi lado y se la ofrecí con mi boca. El dulzor de la fruta estalló a medida que el beso se volvía profundo, rudo. Mis dientes tantearon su labio inferior y gemí por lo bajo cuando él sujetó mi cadera y lo sentí latir contra mí. La necesidad de su tacto me enloquecía, así como la urgencia de oírlo decir cuánto me deseaba, de que mi nombre acudiera a sus labios como un verso profano mientras él me iniciaba en aquella suerte de viaje; el descenso a un lugar donde todo estaba permitido,

los instintos eran los que gobernaban y el único pecado era no hacer lo que el apetito exigía.

No me di cuenta del momento en que terminamos en su cama, con él sobre mí y mis piernas rodeándolo. Me hallé expuesto de una manera en la que jamás había estado ante él, y aunque me sorprendí deseando que ese solo fuese el comienzo, entré en pánico cuando sus besos terminaron arribando a la cara interior de mis muslos.

—¿Q-qué haces? —tartamudeé, incapaz de reconocerme en esa frase de virgen en apuros.

—Nada que tú no quieras —murmuró, y sentí su aliento muy cerca del lugar que lo evidenciaba—. A menos que prefieras que me detenga. —Aiden levantó la mirada. Tenía un tenue arrebol en las mejillas y las llamas del hogar relumbraban en sus pupilas, confiriéndoles sus tonalidades caprichosas.

Extendí una mano para acariciar su rostro. Él cerró los párpados ante el contacto y por unos segundos solo pude ver la línea de sus negras pestañas. Se giró un poco para besar mi palma antes de volver a acapararme en su mirada. Cuánto amé aquella imagen; cuánto quise retener ese momento en mi memoria, como si se tratara de una de esas mariposas monarcas que, cuando era niño, capturaba para admirar su belleza, sin saber que las cosas hermosas a menudo son también las más frágiles y las menos duraderas. Quizá fue por eso que ante su pregunta, ante la inquietud que por un instante nubló su mirada, le di la respuesta que mi cuerpo hace rato manifestaba: «No, no te equivocas. No, no quiero que nos detengamos. No, porque cuando pienso en la palabra *deseo* son las cinco letras de tu nombre lo único que acude a mi mente».

Volvió a besarme y correspondí con vehemencia, con ira, como si quisiera castigarlo por aquel lapso de incertidumbre en el que logré ver un sinfín de salidas, pero ninguna que no involucrara su piel sobre mi piel, su pulso contra el mío, sus manos explorando mi cuerpo con una precisión que parecía reinventarme, borrar viejos límites y abrir senderos desconocidos como si yo fuese arcilla bajo el contacto de sus dedos. Aquel rincón en el que yo había vertido mi ser antes, aunque con métodos totalmente distintos al de aquella noche, se convertía en un altar en el que él y yo éramos dioses y

ofrendas. La oscuridad nos envolvía y yo deseé pertenecerle, porque ahora tenía su voz, su olor, su nombre. Las trabas que ponía mi mente, mis dudas, los años de prejuicios, incluso los incómodos pormenores de esa nueva mecánica para amar en la que él me guiaba, parecían esfumarse en el despertar de mis sentidos, y la satisfacción que los encuentros anteriores a aquel me brindaron quedó emborronada por el descubrimiento de un nuevo umbral de placer que ni en mis más absurdas ensoñaciones me habría permitido codiciar. Su voz como un eco de la mía, el sudor de ambos mezclándose en nuestra piel, sus ojos buscándome mientras el deleite y la agitación se manifestaban en su rostro como un fiel reflejo del mío. Tal vez entonces me olvidara de todo, incluso de mi nombre, pero no del suyo, pues mis labios estaban llenos de él. *Aiden. Aiden. Aiden.* Significa fuego; la voz de un dios antiguo y fulminante, la fuerza renovadora que precedía todo lo que fue y forjaba todo lo que vendría.

Esa noche descubrí otra suerte de alquimia; una en la que los nombres quedan grabados a fuego en la piel y en la memoria. Fuimos destrucción, fuimos creación, fuimos música. Entonces me invadió la certeza de que, sin importar lo que pasara, yo siempre sería tan suyo como él mío.

V

A lo largo de estas páginas te he convertido en testigo del curso del tiempo a través de mis ojos. Varias veces te he contado cómo he despertado, pero jamás cómo volví a nacer al hacerlo.

Comenzaré por lo más evidente: el aturdimiento, el lento y agonizante latido en la cabeza, la sensación de sumersión que se convierte en hundimiento al mover los ojos bajo los párpados. *El dolor*. Cada músculo de mi cuerpo se sentía atenazado, incluso en lugares de los que yo jamás había sido consciente antes. Luego, cuando al fin abrí mis ojos, supe que la evidencia de lo que había ocurrido la noche pasada no se limitaba al par de marcas en mis brazos, que reposaban exánimes sobre las frazadas. Recordé, rectifiqué. Mi piel entera habría de ser un mapa de navegación, y aunque aquellas huellas se borrasen, la evidencia sería indeleble. Sin embargo, ya despejado del influjo del vino, de la noche y del amparo del fuego, aquello ya

no desataba un torrente de voluptuosidad inconmensurable, sino algo distinto, mucho menos grato.

Oí ruido a mis espaldas y me giré en la cama poco a poco, atenazado por un dolor leve, pero nuevo; uno que jamás en mi vida me había permitido creer que algún día llegaría a sentir. Me embargaba una sensibilidad que me resultaba agobiante, humillante. La claridad que entraba a raudales por los ventanales jamás me pareció tan indiscreta como entonces, en especial cuando vi a Aiden en la cocina y advertí que él me había visto primero.

Me cubrí la cara con ambas manos, soltando una maldición. Resultaba ridículo que, después de todo lo descubierto —que no era poco—, a mi cuerpo pareciera quedarle suficiente pudor como para seguir impulsando sangre hacia mis mejillas.

—¿Cómo estás? —saludó Aiden desde su lugar. Esa pregunta, formulada con una serenidad imposible, detonó en mí una serie de recuerdos de los primeros días. Su voz, su entonación, imprimían en ella algo parecido a la indiferencia…

No, no era eso. Se trataba de cierta nota de… ¿comprensión?, ¿condescendencia? Lo noté en el momento en que dejó lo que estaba haciendo en la estufa y se aproximó para apartarme las manos del rostro.

—¿Dolorido? —preguntó con la misma voz afable, y sus ojos se entornaron en un gesto de empatía, como si yo fuese frágil. Y es que lo era. Y él lo había visto. Y ahora él lo sabía más que nadie.

Tardé un poco en advertir que lo que bullía en mis entrañas no era ira ni desilusión. Era una vergüenza demasiado cruda como para que pudiera digerirla con ayuda de un par de palabras dulces. Unas ganas terribles de pedir perdón me cerraban la garganta, pero… ¿a quién?, ¿a Aiden?, ¿a Dios?, ¿a mí mismo?

Y mientras tanto él lucía airoso, impertérrito. Se había duchado, llevaba el cabello aún húmedo y vestía de negro, como cada que tenía que asistir a una presentación. Nada en él parecía delatar aquello que en mí se manifestaba tan evidente. Quizá esa era la razón por la que sentí una necesidad violenta de apartarme de él.

—Estoy bien —murmuré, incorporándome.

Entonces una punzada de dolor me atravesó y no pude contener una mueca. «Yo se lo pedí», tuve que recordarme. «No: le imploré que no se

detuviera». Y había significado más de lo que imaginaba. Mi vida entera había sido revolucionada y, ya con mis sentidos satisfechos, comprendí que con ello había cavado un abismo insondable al que no quería asomarme siquiera.

Cuando abrí los ojos de nuevo, Aiden me tendía una caja de analgésicos, sentándose en la cama.

—Lo lamento —musitó, apartándome el cabello de la frente—. A veces duele un poco, esto ayudará. Prometo que dejarás de necesitarlo —sonrió—. Ahora debo irme, pero hice el desayuno y…

Unos súbitos golpes en la puerta del apartamento me hicieron dar un respingo. Aiden se llevó un dedo a los labios para indicarme que callara antes de ir a abrir. Me cubrí con las mantas, aterrado ante la sola idea de que alguien notara mi presencia en la cama del músico, pero nadie entró. Mis ojos miraban sin ver la blancura de las sábanas mientras escuchaba la conversación. Era Ian, y sonaba preocupado. Al poco tiempo supe el motivo: Emil había sido agredido la noche anterior, saliendo de un bar. Pero no de cualquier bar, sino uno de aquellos en los que algunos hombres se reunían para hacer lo que Aiden y yo hicimos durante esas semanas, o durante la noche pasada. Emil había sido encontrado inconsciente y en condiciones deplorables. Ahora se hallaba en el hospital y parecía estable, pero le tomaría algunas semanas recuperarse para volver a la universidad. Aiden prometió ir a verlo esa tarde y cerró la puerta.

Lejos de sentir que volvía a respirar, el aire en esa recámara, antes tan familiar, se volvió asfixiante. Me levanté, incapaz de permanecer en ese lugar un segundo más. Me abrí paso hacia el patio con movimientos torpes, medio tropezando con lo que se me atravesara. Una vez allí, tomé mi ropa aún húmeda y comencé a ponérmela con un afán que terminó por dificultar la tarea.

—¿Qué haces? —oí preguntar a Aiden a mis espaldas.

—Tengo que irme —respondí, abotonándome el pantalón con los dedos entumecidos. La cabeza me seguía latiendo y sentía el estómago revuelto. Tenía que salir de allí.

—Yo también, pero no así.

Detuve la camisa a mitad del viaje a mi cuello. Tuve miedo de mí mismo, de lo que podría decir en el estado en que me hallaba.

—Da igual —rebatí entonces, terminando de ponerme la prenda—. No existe una manera correcta de hacer lo que nosotros hacemos. ¿Acaso no acabas de escuchar lo que le pasó a Emil?

Lo oí suspirar con cansancio.

—No volveremos a tener esta conversación —me dijo—. Tu problema es que te preocupas demasiado.

—¡Y el tuyo es que actúas como si nada te importara en absoluto! —solté, volviéndome a él. Comenzaba a sentir que, si no me daba prisa, terminaría vomitando allí mismo.

—Tú me importas —dijo con calma, apoyado sobre el marco de la puerta del patio—. *Esto* me importa —añadió.

—*Esto* —repetí con desdén—. ¿Qué es «esto»? ¿Qué es lo que somos?

—Llámalo como quieras.

—Ni siquiera tiene un nombre, nunca lo tendrá…

—¿Por qué debería tener uno? —exclamó él, y fue la primera vez que lo vi estallar de furia—. Deja tu maldita vanidad por un momento y mira lo que estás haciendo. Lo echas todo a perder solo porque no encaja en el criterio de los demás. ¿A quién le importa? Porque pensé que a ti no. Jamás me habrías dejado acercarme si fuera así. Y ahora te preocupas demasiado por ellos, por el futuro, por lo que dirán, cuando sabes que quieres esto tanto como yo…

—¡¿Qué importa?! —bramé—. ¿Qué importa cuánto pueda llegar a quererte si ni tú ni yo podremos impedirnos ser desgraciados? Pasará tarde o temprano, y entre más cerca estoy de ti, más me convenzo de eso.

—Así que ya lo tenías decidido. Vivirás a través de sus vidas, te verás a través de sus ojos. —Avanzó unos pasos—. ¿Qué hay de la manera en la que yo te veo?

Ante mi silencio, Aiden dirigió una de sus manos a mí, pero lo aparté de un empujón más fuerte de lo que pretendía.

—Lo siento —murmuré ante su expresión atónita. No fui capaz de añadir más.

Tomé mi chaqueta y me encaminé hacia la salida, con el martilleo de mi corazón confundiéndose con el ruido de mis zancadas.

—Dorian —dijo detrás de mí, haciendo que me detuviera en el umbral de la puerta—. Si te vas, olvídate de todo.

Me giré a él. Durante unos segundos me enfrenté a los ojos fijos que me exigían la claridad que traslucían, una respuesta rotunda. Entonces leí, con dolorosa facilidad, el desengaño que poco a poco agrietó su máscara de determinación. Y sentí terror, porque tal vez lo amaba. Tal vez amaba lo que él hacía de mí, y lo que yo hacía de él, y la manera en la que tenía el poder de emborronar mi ser para fundirme en el suyo, hasta que fuese imposible adivinar cuánto de cada cual llevábamos dentro. Sin darme cuenta, había ido depositando algo de mí en cada conversación, cada gesto, cada sitio donde mente y cuerpo se habían conocido… Y sin embargo, me abrumaba la certeza de que me perdía a mí mismo de nuevo, de que me estaba dejando la piel en algo que, si llegase a desaparecer, desaparecería junto a mí. Veía mi ruina, la nuestra. La vergüenza, la humillación…

—No puedo hacer esto ahora —concluí, retrocediendo.

Mis palabras parecieron eso: solo palabras. No vi signos tempranos de sus efectos. La figura de Aiden, esbelta e inmóvil, se recortaba contra la de mis libros en una insólita correspondencia, como si se tratara de una ilusión que desaparecería en un parpadeo. Cerré la puerta, pero la imagen no se esfumó, y supe que sería imposible volver a ver algo que me perteneciera sin atisbar un vestigio suyo de por medio.

18

QUID OSCURUM, QUID DIVINUM

I

Era octubre y las calles, si bien aún no albergaban ríos todo el tiempo, permanecían empapadas, proyectando los reflejos del tráfico y de las luces de la ciudad en un efecto de acuarela tan hermoso como melancólico. Solía dedicarme a ver el espectáculo desde la vitrina de la librería, y a menudo me ganaba algún regaño de Magda desde la caja o alguna pregunta indiscreta de Benjamin, quien insistía en que yo había sido víctima de un «embrujo», y que conocía una buena curandera para esos males.

—Mi mal viene de aquí —le aseguré una tarde, dirigiendo el índice a mi cabeza—, no de aquí. —Señalé mi pecho.

—Usted me cae mejor cuando no es tan dramático —resolvió el hombre, barriendo el pasillo con renovada energía.

—Qué lástima —suspiré metiéndome las manos en los bolsillos—, porque usted me cae bien a mí de cualquier manera. Incluso con sus teorías sobre embrujos y curanderas.

—Lo de la curandera no es una teoría. Usted vive con ella —me guiñó un ojo, y siguió el trayecto con su escoba.

Sonreí a mi pesar.

Olivia vino de visita por la noche y cenó con Adela y conmigo. Mi amiga y Guido solían llenar esos encuentros con su característica algarabía, sobre todo cuando se ponían a practicar el francés. Sin embargo, en aquella ocasión tuvimos que prescindir de la presencia del librero, quien había tenido que acudir a una reunión con su editor. Así pues, era Olivia quien acaparaba la conversación, relatando —y medio dramatizando— las últimas noticias en la compañía de teatro, toda risas y efusividad. Su voz, sin

embargo, no lograba encubrir el silencio de dos ausencias en la mesa; las sillas vacías conferían a aquel comedor de seis puestos un aspecto irremediablemente desolado.

—Por cierto —dijo Olivia tras beber un poco de la soda con la que había acompañado la pasta de Adela—, ¿dónde demonios se ha metido Aiden? No lo he visto en semanas.

Dejé de masticar lentamente y, al notar que Adela y Olivia esperaban una respuesta de mi parte, tragué con dificultad.

—Me parece que ha estado ocupado con su trabajo —improvisé antes de dar un par de tragos a mi bebida. No quería decir que no sabía de él desde el día después de su graduación, porque eso hubiese implicado dar más explicaciones de las que estaba dispuesto a revelar—. ¿Y dónde se ha metido Guido? —pregunté con tal de desviar la atención del nombre pronunciado —. Se suponía que vendría a cenar.

Por fortuna, Adela retomó la conversación y pronto nos arrastró de nuevo a una costa segura. Entre tanto, me esforcé por evadir la mirada que ella me dedicaba de cuando en cuando: cauta pero perspicaz, como si algo en mi fisonomía explicase con creces la ausencia a mi lado. Agradecí el momento en que terminamos de comer y Olivia y yo subimos a mi buhardilla.

Recostado en mi cama, dejé que Oli caldeara esa noche lluviosa y prematura con sus anécdotas dramáticas, y creí haberlo hecho bien hasta que dijo:

—Bueno, ¿me dirás lo que te pasa?

Me extrañó que ella apenas lo notase, pero pronto me recriminé mi egoísmo al pensarlo. No nos habíamos visto mucho en esas últimas semanas, pero era su sueño lo que la reclamaba y yo debía ser el primero en comprenderlo.

—Ven aquí —le tendí una mano para que se recostara conmigo.

Oli no dudó en lanzarse a la cama como si la hubiese confundido con un ring y a mí con un contrincante de lucha libre, lo que provocó que alguna de las tablas que sostenían el colchón soltara un doloroso chasquido.

—Perdón —murmuró. Yo me había encogido como si la afectada no hubiese sido una de las tablas de mi pobre cama, sino una de mis costillas.

—Ni lo menciones. —Quité a Olivia de encima con suavidad para que se acomodara a mi lado, con su cabeza en mi hombro.

Aún me maravillaba la naturalidad con que su cuerpo se acomodaba al mío, como si fuésemos piezas de la misma rotura destinadas a encajar sin importar cuánto cambiaran nuestras formas.

—Tendrás que buscar una cama nueva cuando quieras practicar las artes amatorias aquí —dijo Olivia rodeándome la cintura con un brazo, y se movió un poco para probar su teoría, haciendo a los muelles de mi colchón gemir—. Aunque, al parecer, hasta tu cama suena como si tuviera una mejor vida sexual que tú.

—Las camas no tienen vida sexual.

—Tú tampoco, pero no juzgo a ninguno de los dos.

Suspiré.

—¿A qué viene esto? ¿Acaso es otra de tus estrategias para presumir de tu amorío? Además, no sabes si yo también estoy saliendo con alguien o…

Olivia apoyó el antebrazo en mi pecho para verme a los ojos con una mirada inquisidora.

—¿Qué? —pregunté, hundiendo la cabeza en la almohada para retroceder un poco.

—Estás saliendo con alguien, ¿no? —soltó, y antes de que yo pudiera negarlo, agregó—: Hay pocas personas enamoradas que no reconozcan sus propios síntomas al verlos en otras.

—Al contrario —refuté—, pareciera que los ven en todos. Y si en verdad estás enamorada, me ofende que sigas ocultándome de quién se trata.

Olivia se dejó caer en mi hombro de nuevo y aquel gesto reavivó mi instinto sobreprotector hacia ella. «Enamorada», pensé, midiendo el peso de cada sílaba. Cuán peligrosa me parecía esa palabra ahora.

—Te diré de quién se trata, lo prometo —continuó ella—. Solo debo asegurarme de que todo salga bien.

—¿Qué podría salir mal?

—¿Y tú me lo preguntas? Deberías ser el primero en saber que estas cosas no siempre son tan fáciles como nos las mostraron de pequeños.

Me aparté de ella, sentándome en la cama. Ella me siguió. Su rostro ya no manifestaba esa actitud juguetona de antes. Sabía algo, y no pude evitar pensar en Madame con su disfraz de Reina de la Noche y en la mirada afable

de Guido, que me habían convencido de que mi secreto podría morir en el sepulcro de su silencio. ¿Qué había fallado? No quería saberlo, pero el contacto de la mano de Olivia sobre la mía me animaba a arriesgarme.

—Solo quiero que recuerdes que, aunque sea torpe para decirlo, voy muy en serio cuando te digo que no te juzgo —musitó ella—. Y nunca lo haré. —La transparencia de sus ojos castaños hizo que un nudo me cerrara la garganta.

—Me enamoré de quien no debía —confesé al fin.

—Oh, Dorian… —Olivia me tomó por ambas manos—. Así que de eso se trata. Ya estabas tardando demasiado en decírmelo; comenzaba a preocuparme.

La miré, atónito.

—¿Lo sabías?

—Por supuesto que lo sabía.

—¿Te lo contó Aiden?

—Claro que no.

—¿Guido?

—¿Es en serio, D?

—¿Es que soy así de obvio? —Bajé la voz hasta convertirla en un susurro.

—No, no y no. —Sonrió con dulzura—. Es solo que yo te conozco.

Estreché sus manos, invadido por un alivio que aligeró mi carga lo suficiente como para que bajara la guardia. Me había cuestionado una y otra vez qué era lo que pretendía de mi vida: había escrito un libro, pero no el mío; había amado, y sin embargo huido. El mundo, de repente, parecía un lugar ordinario y lúgubre, sin mayores revelaciones que ofrecerme. Dependía de mí recobrar los matices que lo volvían apetecible. Sí, me lo había planteado. Quizá había sido demasiado impulsivo, quizá debía retractarme, quizá aún podía recuperar mi amistad con Aiden y pretender que no desearía, con cada segundo que transcurriera ante su presencia, otro tipo de proximidad.

—No sé qué hacer —admití.

Olivia me acarició el rostro con una de sus manos. Percibí el aroma de un nuevo perfume, uno que ya no se sentía dulce en el paladar, sino cítrico,

maduro. Tuve que sostenerle la mirada para no olvidar que seguía siendo mi amiga de siempre quien me consolaba.

—«Amar y ganar es lo mejor» —recitó Olivia con la misma naturalidad con que recitaba sus líneas en el escenario—. «Amar y perder es lo segundo mejor» —concluyó.

Una cómoda quietud, apenas interrumpida por el rumor de la lluvia sobre la ventana, se apoderó del lugar.

—Ahora eres tú la que suena como mi abuelo —comenté entonces.

Oli tiró de mi oreja con suavidad.

—Lo dijo un escritor —protestó—. Además, ya le habría gustado a tu abuelo poder decir algo así de corazón.

—*Touché* —suspiré, robando una de las expresiones típicas de Guido antes de retomar el tema de nuestra conversación—. Todo eso suena bien, Oli, pero en la práctica…

—Yo no he dejado de hablar de la práctica, querido —respondió mi amiga—. Lo que te dije no tiene validez en la teoría. La teoría no requiere de agallas; la práctica sí, y eso es el amor, ¿no? —Olivia se separó de mí para mirarme a los ojos, con las manos sobre mis hombros—. Estás sufriendo —dijo con un hilo de voz, como si pudiese albergar mi propia aflicción dentro de sí.

Olivia me abrazó, y con ello sentí que algo parecido a la esperanza volvía a encenderse en mí. Entonces, aún con sus brazos rodeándome y una de sus manos acariciándome el cabello, musitó:

—Habla con ella. Adela es una mujer demasiado joven para Guido, y quizá…

Mis ojos se abrieron poco a poco. Había escuchado que las palabras eran armas, pero esa noche descubrí que también medían distancias. Me pregunté si fue mi culpa por no haber permanecido junto a Olivia desde el principio, ignorando lo mucho que me necesitaba; si esa era la forma que la vida tenía de equilibrar la balanza. Ahora era mi soledad la que se prolongaba, justo en el umbral donde, pese al rumbo que tomaran nuestras vidas, ella y yo pudimos habernos encontrado. Para ella había amanecido y ahora ascendía erguida, toda esplendor, mientras que yo no hacía más que sumergirme en una marea de aguas inciertas.

«Como Ícaro», pensé sin poder evitarlo. Olivia seguía hablando, pero en las rosas que florecían de su boca yo solo atinaba a dar con espinas.

II

Cuando volví luego de acompañar a Olivia a su casa, la voz de Elvis Presley gobernaba en la sala del apartamento desde el tocadiscos, llenando el espacio con su timbre cálido y acogedor. Había una copa de vino en la mesita de centro. Adela la tomó antes de girarse a mí y ofrecérmela mientras fumaba uno de los cigarros de Guido. Decliné la oferta, forzando una sonrisa. Solo el aroma del vino evocaba un torrente de imágenes que no deseaba revivir en ese momento.

—¿Qué te pasa? —me preguntó Adela—. Por lo visto, Guido no llegará temprano, si es lo que te preocupa. La sala es nuestra. —Giró sobre sí misma. Iba descalza como de costumbre y, con las mejillas sonrosadas, los ojos achispados por el vino y el vestido suelto que llevaba, daba la impresión de ser una náyade rebelde que hubiese acabado de escabullirse de algún cuerpo de agua cercano. El cigarrillo encendido que sostenía entre los dedos casi parecía anacrónico—. ¿O es que ahora eres abstemio?

Evadiendo la copa de vino, le arrebaté el cigarrillo y le di una calada.

—No del todo, como ves —respondí, liberando el humo.

Adela pareció satisfecha con mi respuesta.

—Así que… —comenzó a decir con el mismo humor juguetón mientras se dirigía hacia la sala—, Aiden ha salido de nuestro radar.

La voz de Presley pareció cobrar una nueva intensidad en los escasos segundos que transcurrieron. Cuando Adela se volvió hacia mí, supe que era demasiado tarde para disimular la vaciedad que debía haber asomado a mis ojos. No fui el único. La alegría que antes había dulcificado los rasgos de Adela fue remplazada por una expresión de triunfo que iluminó su rostro, divino y cruel.

—Vaya —no sonreía, pero su voz daba la impresión de que lo hacía—. Entonces sí que es eso.

La miré sin comprender. O más bien sin querer hacerlo. El cigarrillo permanecía suspendido a medio camino de mi boca, trazando espirales de humo como fantasmagorías que rondaran la imagen de Adela. Ya no era una

librera, un ángel o una náyade. «Una hechicera», recordé que había dicho Benjamin.

—Esa es la razón por la que te has comportado así todos estos días, ¿no es cierto? —continuó, indiferente a lo que mi silencio pedía a gritos.

—No sé de qué…

—¿Podemos ahorrarnos esa parte de la conversación, por favor? —me cortó. Caminó por la sala con sus pies descalzos: era la bailarina de ballet de un cuento en el que la protagonista era princesa y bruja a la vez—. Siempre lo he sabido, Dorian. Desde la primera vez que los vi juntos.

Parpadeé un par de veces, dedicándome a degustar esas palabras que me hacían sentir contrariado. Los labios de Adela me ofrecían aquello que había esperado tan desesperadamente de Olivia. Comprendí, además, que con ella no debería sentir temor a equivocarme. Ambos estábamos lejos de ser inocentes, y aquella certeza fue la que me dio valor para avanzar. Adela me quitó el abrigo para colgarlo en el perchero de pie.

—No necesitas esto —me dijo—. Relájate, no lo has hecho en días.

Saber que ella había reparado en ese detalle caldeó mi pecho. No pude contener una exhalación que, lejos de expresar alivio, delató una profunda frustración. La artista volvió y tomó una de mis manos. Las suyas estaban cálidas y su contacto fue sorpresivamente reconfortante. Dejé que me arrastrara hacia la sala con ella. Solo comprendí cuál era su intención cuando comenzó a mecerse en movimientos suaves y relajados, al compás de la canción. Extendió los brazos hacia el techo y cerró los ojos; una sonrisa serena se insinuó en sus labios sonrosados cuando enlazó sus manos a mi cuello en una invitación a unirme a ella.

No pude hacer más que seguirla y pronto estuvimos bailando al ritmo de *Don't*. El reducido espacio del apartamento se había convertido en un escenario invertido en el que lo irreal quedaba afuera y lo verdadero se revelaba bajo las luces cetrinas de las lámparas. Logré despejar mi mente, lo cual, si lo hubiese imaginado hace unos minutos, me habría parecido imposible. Y sin embargo era yo de nuevo, consciente del paso de los segundos que marcaba el tempo de la música, del olor de la madera y las viejas enciclopedias, quien se encontraba allí, solo allí y en ningún otro lugar, bailando junto a ella.

Hice que Adela girara sobre sí misma y luego la llevé hacia atrás entre mis brazos, haciendo que su cabello casi rozara el suelo. A riesgo de caer de bruces sobre la alfombra, la sostuve mientras su largo cuello se extendía con la gracia de un cisne en un gesto dramático que me arrancó una pequeña carcajada.

—Ahora vuelves a parecerte un poco más a ti mismo de nuevo —dijo Adela cuando volvimos a incorporarnos, satisfecha.

Me encogí de hombros, como restándole importancia al asunto. Y luego, como un hechizo al que me abandonara el hipnótico vaivén de nuestros cuerpos:

—Lo extraño —confesé, maravillado y aterrado a la vez de lo directo que había sido.

—*Lo extrañas* —repitió ella como si se esforzara por entender todas las implicaciones de esa afirmación—. Aun así, si no lo has buscado quiere decir que tal vez sabes bien lo que te conviene.

—Eso fue lo que intenté hacer justo antes de venir aquí —admití—. Buscarlo. Lo llamé a la residencia, pero no contestó.

—Entonces tal vez no eres tú el que sabe qué le conviene, sino él. —La frialdad de su voz me dejó inmóvil por unos instantes.

—Olivia me dijo que debería arriesgarme —rebatí. Si bien era en la misma Adela y no en Aiden en quien se había inspirado para dar ese consejo.

—Olivia es muy joven —sentenció Adela—. Y Guido dice que eres como Ícaro, pero justo ahora me recuerdas más a Dédalo, que construyó un laberinto tan intrincado que él mismo fue el primero en quedar atrapado en él.

—No es así.

—¿Por qué no? —sus ojos se entornaron—. Dame una razón y seré la primera que te ayude a recuperar lo que creas que has perdido.

Ante mi silencio, ella continuó:

—Quizá uno de los más grandes absurdos de la vida sea ver a una persona inteligente tomar decisiones estúpidas. De nada sirve tanta instrucción si uno acaba arriesgándolo todo por un vaivén de placer que terminará agotándose, y agotando cualquier justificación bajo la que uno

intente escudarse en su desesperación por convencerse de que no ha actuado en contra de sus instintos primarios. —Me impresionó la calma con la que había dicho aquello. Era la seguridad de quien ha probado su teoría en carne propia, sin temer sacrificarla en el intento.

—No sé qué fue lo que te ocurrió —le dije—, y lamento que te hayan lastimado, pero seguro que eso no implica que pase lo mismo en todos los casos.

—Tú especulas —dijo ella suavizando la voz—, porque si algo he aprendido de ti es que eres más corazón que cualquier otra cosa.

—¿Y tú? —la reté—. ¿Es que no te queda nada de eso que a mí me sobra?

Sentí un pinchazo de culpa en cuanto solté la pregunta. Adela se volvió a mí para encararme, con la frente arrugada y los ojos encendidos en una expresión que la hacía ver atroz y preciosa a la vez.

—Lo que a mí me sobra es sentido común —declaró, y la forma en que su aliento de almíbar me rozó el rostro hizo evidente la cercanía inesperada a la que el baile había arrastrado a nuestros cuerpos.

—¿Ah, sí? —inquirí ladino—. ¿Por qué siento que no hay nada que puedas hacer para demostrarlo?

Aún no me explico por qué, ni cómo fui capaz de hacerlo, pero la besé. Tal vez esperaba mostrarle —¿mostrarme?— que estaba equivocada. Que el ascetismo de la lógica cuarteaba la posibilidad de ser feliz, porque para serlo había que permitirse, por al menos un instante, sentir. El deseo no siempre debía tener medidas, restricciones o explicaciones, y en aquella práctica me encontré constatándolo.

Fue un beso lento, torpe, como si avanzáramos en una habitación a oscuras. Me dije que deseaba esto: su cercanía inequívoca, el roce etéreo de su piel en mis manos, mis labios bebiéndola como si fuese un manantial. Sin embargo, aquella proximidad inusitada me había dejado pasmado. Creí que ella me apartaría, que el único acto con el que respondería sería una bofetada, pero ella se quedó inmóvil y yo a duras penas fui capaz de recorrer sus brazos pálidos con las yemas de mis dedos. La detuve al sentirla recular, buscando entregarle la devoción que merecía, que ella había avivado en mí durante todos esos meses en una creciente marea. Entonces la punta de su lengua me incitó a seguirla, y lo hice, quizá con demasiado ímpetu. Ella tomó mis manos y las dirigió a la curva de sus caderas. Una puerta se había

abierto, y me precipité a cruzar el umbral cuando recorrí su cintura y dirigí mis manos a sus pechos, donde redescubrí las suavidades de antaño.

Adela no tardó en seguir el lugar donde el deseo se encausaba en mí, y me sorprendió la manera en que mi cuerpo reaccionaba al trayecto de sus manos, a su perfume, a la sensación de su respiración sobre mis labios, que respondían a los suyos con la misma urgencia. De pronto estábamos en el sofá, su cuerpo arqueándose bajo el mío, buscándome, encontrándome. El caos se había desatado en mi mente, y mis instintos cautivos, cansados de permanecer en vilo, hallaban la manera de redimirse en aquel cuerpo que respondía con avidez. Sin embargo, el rostro que se había liberado tras mis párpados era distinto, y se presentaba más y más vívido, como un aliciente que me incitara a seguir persiguiendo la satisfacción de mis sentidos.

Es demasiado. No es nada. Lo dice todo. No dice nada.

Está claro. Es confuso. Detente. Siente. Déjalo.

Hazlo. Equivócate. Persíguelo.

Rómpelo. Ámalo.

Niégalo.

Me ceñí a Adela con tanta fuerza que nos hice daño, hasta que mi respiración desbocada me obligó a separarme de ella y abrí mis ojos, que comenzaban a arder y mostraban una imagen distorsionada del rostro que tenía ante mí. Primero el de Aiden, luego el de Adela, en cuyas pupilas negras pude verme y leer el final y el comienzo de todo, el resplandor del día dando paso al desfile de las estrellas, el punto final en la lágrima solitaria que rodó por su sien y que, mientras reptaba por la piel nívea dejando a su paso una estela del color del carbón, me reveló el secreto de la vida, y la vida era ese momento de confrontación en el que éramos belleza y miseria a la vez.

Dejé caer el rostro sobre su hombro, balbuceando un torrente de disculpas, sabiendo que ninguna sería suficiente. Adela me rodeó con los brazos, acariciándome el cabello como lo hacía en mis sueños. Ambos lloramos en silencio; tal vez porque llegamos a comprender quiénes éramos. O bien porque sabíamos lo que nunca seríamos.

—Lamento interrumpir.

El sonido de aquella voz hizo que Adela y yo nos alejáramos de un sobresalto. Me levanté del sofá y me pasé una mano por los ojos y por el

cabello desordenado, como si todavía tuviese la oportunidad de fingir que nada había pasado ante el recién llegado.

Guido alternó, entre Adela y yo, la mirada más gélida de la que alguna vez lo creí capaz. El hombre que penetró en la habitación con pasos parsimoniosos era totalmente distinto al que yo había conocido hasta entonces. Tardé unos segundos interminables en comprender que su actitud no solo se debía a la lamentable situación en la que Adela y yo habíamos sido encontrados, sino a algo que el librero llevaba entre las manos y que pronto dejó caer sobre la mesa de centro de la sala, con un estrépito que nos hizo dar un respingo. Un sobre pesado.

—Solo vine a dejar esto —dijo cual autómata antes de dirigir la mirada a mí—. Si me disculpan, me temo que mi presencia sobra en este lugar.

—Guido… —Fui tras él, pero el hombre se dirigía hacia la salida de la casa y, antes de que yo pudiera decir algo, cerró la puerta tras él con un estrépito—. Mierda —mascullé, llevándome las manos a la cabeza—. No debimos… Yo no sabía… ¡Mierda! —grité, caminando de un lado a otro como un animal enjaulado.

—Dorian —dijo Adela de repente.

Me giré a ella y mi inquietud se hizo más profunda cuando vi su expresión, sus manos sosteniendo el contenido que se asomaba del sobre. Me acerqué poco a poco, con una sospecha cobrando peso y volumen en mi cabeza hasta convertirse en ruido. Dejé de escuchar la música, dejé de ver el rostro pálido de Adela, dejé de respirar cuando mis ojos se posaron sobre las líneas que coronaban la primera página del manuscrito:

El héroe de la niebla
Por Dorian V.

III

Apenas anochecía cuando me precipité dentro del Palacio de la Academia, sobresaltando a los presentes con mi aparición repentina en el corredor principal. No me di cuenta del estruendo que había hecho al empujar la puerta con ambas manos hasta que meseros y miembros recurrentes se giraron a mí, estupefactos. No podía evitar jadear, con los nervios enervados

por la urgencia que me había conducido hasta allí y los gritos de los guardias que se aproximaban.

—Guido M. ¿Alguien lo ha visto? —pregunté alzando la voz mientras recorría el pasillo; mi mirada navegando en el océano de rostros desconocidos que tenía ante mí. Ninguno el del librero—. Frank S., el escritor —seguí, volviéndome de refilón a los guardias del Palacio de la Academia—, ¿dónde puedo encontrarlo? —añadí, y debí haber sonado desesperado porque oí a alguien decir: «En las oficinas de Ónice». Agradecí el intento, pero las oficinas de esa editorial eran impenetrables para mí.

—Por favor, que alguien le diga a Frank que yo, Dorian V., necesito hablar con él —declaré mientras era aprehendido por los hombres que me habían denegado la entrada a ese lugar, y cuyas advertencias no había atendido—. Es urgente —añadí. Para entonces la fuerza me había abandonado y mi voz apenas sonó como un lamento.

Dejé que me llevaran, cabizbajo. No sabía a dónde me conducían ni me interesaba, lo único para lo que había lugar en mi cabeza en ese momento era la idea de que Guido no hubiese desaparecido por capricho, pues yo temía ser el culpable. Adela y yo no habíamos vuelto a saber de él desde el miércoles, y fue por eso que, en un intento desesperado por escapar de la incertidumbre que se convertía en una soga alrededor de mi cuello, ese viernes decidí irrumpir en el Palacio de la Academia para pedir ayuda. Bueno, ya ves cómo salió.

Sin embargo, cuando me llevaban hacia las escaleras de mármol del vestíbulo, un hombre trajeado se acercó al que iba frente a los que me sujetaban. Este se volvió a mis captores y les hizo un gesto con la cabeza para que pasaran de largo y siguieran al del traje. El rumbo de mis pasos había cambiado. Levanté la cabeza y observé que nos dirigíamos a un pasillo familiar. Al fondo, una puerta doble entallada con motivos de libros y papiros me esperaba.

Los guardianes me dejaron en manos del hombre trajeado, quien entró conmigo a esa antigua y familiar biblioteca. Entonces no me cupo duda de quién era el que me había reclamado. Un anciano de cabellos de nieve y frac a medida se asomaba por el balcón que coronaba las estanterías, de espaldas al resto de la habitación.

Sentí frío; uno que no tenía que ver con la brisa nocturna que circulaba por el recinto

—Así que en verdad eres tú —dijo don Bruno a modo de saludo. Y a continuación, como si pudiese ver, se giró en mi dirección—. Acércate, lobatillo.

Obedecí, seguido por los guardaespaldas de Bruno, quienes se quedaron en la entrada del balcón mientras yo salía al encuentro del anciano hombre.

—Dicen que las vistas desde aquí a la Fuente de las Náyades es espléndida a esta hora —dijo el anciano volviendo la mirada a ese panorama que él no podía ver—, pero ¿sabes, Dorian? Aunque el mundo se compone de luces y sombras, con los años me cuesta más distinguir una cosa de otra. Se supone que vemos por contraste, ¿no es así? Es curioso: son elementos codependientes, y todo cuerpo que sea tocado por la luz proyectará una sombra. Es en esa definición de la oscuridad que obtenemos el panorama completo de lo que significa perseguir la iluminación. *Quid oscurum, quid divinum*. No hay día sin noche, no hay claridad sin penumbra. De hecho, es a través de la luz que surge la oscuridad más absoluta. Cuanto mayor sea el resplandor, más definida será la forma que proyecte y más pura será su negrura. La cuestión es que, aunque la naturaleza me ha privado de la vista, también me ha enseñado que esa es la fórmula de toda la existencia. Por ejemplo, tú viniste aquí buscando la verdad, y quizá apenas comienzas a darte cuenta de que su luz también produce espectros.

Contemplé la Fuente de las Náyades que, bajo un cielo tapizado por una puesta de sol vestida del resplandor del oro, adornaba la glorieta por la que un exiguo tráfico fluía como hormigas en un hormiguero. Me sentía a leguas de allí, como si lo observara todo desde otra dimensión.

—Usted parece saber mejor que yo la razón por la que estoy aquí —dije con calma.

—Ah, las apariencias —respondió Bruno—. No puedo evitar que quienes pasan por aquí se engañen al creer que contemplan a un vidente. En cambio, a ti no te puedo engañar. En verdad no sé con exactitud qué es lo que te inquieta, pero no seguiste mi consejo y este debe ser el momento en el que empiezas a medir el alcance de las consecuencias.

—¿Está diciendo que Guido ha desaparecido por mi culpa? —inquirí nervioso, apretando el barandal con mis manos.

—Creí haber sido claro contigo desde el principio, lobatillo. Debías marcharte, olvidarte de todo. Tal vez todavía estés a tiempo; yo podría ayudarte.

—Si en realidad quiere ayudarme, ayúdeme a encontrar a Guido. Dígame quién está detrás de todo esto.

Bruno calló. La usual calidez de su fisonomía se retiró poco a poco, como una ola tomando impulso, hasta convertirse en una mueca de ira que le otorgaba a su rostro la expresión vigilante de un búho.

—¿Todavía pides más? —dijo entonces, con los blanquecinos ojos dilatados en mi dirección—. ¿Acaso no has tenido suficiente? Incriminaste a tu tío, escribiste un libro que pretende mancillar el nombre de tu familia, te has aliado con las personas equivocadas. Contigo ha empezado algo que ni tú, ni yo, ni nadie podrá detener si toma impulso. ¡Has jugado su juego, has sido un peón en esta venganza retorcida!

—Yo no…

—¿A cuántos más les seguirás haciendo sombra en tu afán por perseguir…? —El anciano pareció quedarse sin aire de repente. Retrocedió, sujetándose el pecho con una de sus manos ajadas y temblorosas, mientras que con la otra apretaba el mango de plata de su bastón.

Me acerqué a él para sostenerlo, pero me alejó de un manotazo y fue su séquito de hombres quien se hizo cargo de él.

—Vete… —lo oí balbucir. Hacía un esfuerzo por mantener la cabeza erguida en medio del espasmo que atenazaba su cuerpo—, deja la ciudad. Si no quieres que más inocentes sean condenados… debes ser tú quien desaparezca.

IV

—… la primicia de este viernes que ha sido una sorpresa para muchos, y debo incluirme entre ellos. ¿De dónde ha salido este chico? Se sabe que apenas tiene dieciocho años y que culminó sus estudios en un internado al que fue enviado tras la defunción de su padre, William V. No sabemos mucho más, pues ha hecho su vida lejos de su familia y de los medios.

—Yo no lo culparía, Umberto. La prensa no manejó de la manera más adecuada el fallecimiento de William V., y para el chico, siendo tan joven, la situación no debió haber sido nada fácil. Además, creo que lo que ha hecho es valiente: pudo haberse dedicado a lo que quisiera, pero ha elegido escribir. Eso dice mucho del amor que siente por lo que hace.

—Un gran amor, de hecho: el de jugar a tirar los dados. Muy propio de la gente joven. Eso sí, Marina, hay que decir que el nombre de la obra llama la atención. ¿Por qué no cuentas más sobre eso a nuestros oyentes?

—«El héroe de la niebla» es el título de la obra, y según lo que nos ha informado en exclusiva el escritor Frank S., quien hace solo unas semanas ha sido anunciado como el nuevo editor en jefe de la editorial Ónice, se trata de una novela breve de ficción cuyo protagonista es un antihéroe que mide los alcances de la venganza en su afán de desmantelar la corrupción de un hombre poderoso. Los demás detalles siguen siendo reservados, pero se espera que la sinopsis oficial se dé a conocer en algunos meses, junto a la fecha de publicación…

—¿Podría subir el volumen, por favor? —pedí al taxista que me llevaba a la librería en un destartalado modelo de los sesenta.

El hombre llevó la mano a la radio y pronto la voz de los periodistas se sobrepuso al ruido del tráfico regular de los viernes. Yo me había quedado petrificado en el asiento trasero del auto en cuanto advertí que era yo quien hacía las delicias de esas dos voces familiares de la emisora. Me preguntaba si la novedad había trascendido a otros medios.

—… pues la noticia del primer libro escrito por un V. no hace que perdamos de vista el hecho de que el excandidato a la presidencia y expresidente de la Cámara de Diputados, John V., sigue preso. ¿Se trata de un complot fraguado por sus oponentes políticos? En el Parlamento persisten los debates sobre si el expresidente de la cámara es una víctima o un victimario, pero la comunidad comparte la opinión de los V., y afirma que las autoridades han puesto a un inocente tras las rejas…

—Por Dios… —Apenas oí el murmullo que había salido de mis labios. Lo que había dicho el periodista acababa de precipitarme al recuerdo de los primeros capítulos del libro: un inocente tras las rejas; a la venganza de la que había hablado Bruno y las palabras con las que me había despedido: «Si

no quieres que más inocentes sean condenados…». Junté las piezas y de repente comprendí: la maldita novela que yo había escrito para Frank también hablaba de inocentes que desaparecían.

—¡Deténgase! —grité de súbito.

El frenazo me precipitó al espacio entre los dos asientos delanteros, desde donde el taxista me miró con cara de pocos amigos.

—Necesito cambiar de dirección —jadeé, sosteniéndome del asiento del copiloto como si mi vida dependiera de ello—. Vamos al barrio estudiantil de la Universidad Gregoriana.

Me pareció que tardábamos una eternidad en llegar al conjunto de callejuelas adoquinadas y casonas pintorescas que caracterizaban al barrio universitario. El redoble de mi pulso no se detuvo cuando subí las escaleras hasta llegar al tercer piso, ni cuando llamé a la puerta de Aiden con una mano, y luego con ambas al no obtener respuesta.

—¡Aiden! —lo llamé con tanta fuerza que me lastimé la garganta, sin que me importara quién me escuchara o lo que pensaran.

No debí insistir, pues la puerta se abrió y en el pasillo se hizo un silencio tan perfecto que el galope desbocado de mi pecho pareció reverberar en el espacio vacío. Lo único que me salió fue una exhalación, pues la voz me abandonó desde que di un paso dentro del apartamento. No había nada allí que me recordara al último día, y no solo por la ausencia de Aiden, sino por el caos que gobernaba en cada recoveco del lugar. Los muebles habían sido volcados y cientos de partituras tapizaban el piso, donde también yacían libros, prendas de ropa, recipientes y más objetos que habían sido derribados con una violencia que me heló las entrañas. El apartamento expelía la compulsión malsana del ladrón que penetra en una casa sabiendo que no se contentará con el saqueo, sino con la certeza de que dejará una marca tras sí: el signo de su victoria.

Avancé hacia la estantería, donde todavía quedaban algunos de mis libros. Los que no se encontraban allí habían sido arrojados al suelo, como si quien los tomó se hubiese desquitado con ellos al no dar con lo que buscaba. Pero ¿qué era lo que buscaba? Pese a todo, el apartamento conservaba su olor característico, mezcla del aroma de la madera, el papel y el perfume de Aiden, pues todas sus cosas seguían allí: su piano, su ropa, su tocadiscos, su música y…

Noté que al suelo había ido a parar una de las fotos que Olivia, Aiden y yo nos habíamos tomado la noche del cumpleaños de Guido, en un fotomatón del bar del Atlantis. La recogí con una mano temblorosa y apreté los labios al añorar la alegría que proyectábamos los tres ante la cámara. Aiden y el hoyuelo en su mejilla; Olivia en el centro, con una sonrisa enorme que le achicaba los ojos, y yo mirándolos como si estuvieran locos.

La madera rechinó a mis espaldas y me giré, esperando a que fuera la silueta de Aiden la que se dibujara en el umbral, tal y como la última vez, pero era Emil quien acababa de cruzarlo. Un feo moretón le surcaba la mitad de la cara y, cuando comenzó a acercarse, advertí una leve cojera.

—¿Dónde está Aiden? —preguntó, sin dejar de andar en mi dirección.

—No lo sé —respondí en un hilo de voz, guardándome la foto en el bolsillo del abrigo.

Apenas reparaba en el nudo en mi garganta, en el dolor lacerante que se abría paso en mis entrañas al pensar en su manera de reír, en sus manos sobre el piano, sobre mí, en todo el tiempo que yo había dejado pasar…

Emil se detuvo en el arco que conectaba la sala con el resto del estudio, y por un momento sus ojos dejaron de acapararme para observar a su alrededor con una mueca de desconcierto, como si apenas reparase en el estado del apartamento.

—¿Qué has hecho? —espetó. Si las miradas pudieran doblegar, la suya me habría puesto de rodillas ahí mismo sin que yo opusiera resistencia, pues ambos compartíamos la misma certeza: «Esto ha pasado por tu culpa».

No pude responder y, al intentar retroceder, Emil se me adelantó y me sujetó por el cuello, estampando mi espalda contra el ropero.

—Tú y tu maldita familia —masculló, clavándome las uñas en la piel. Tenía los ojos rojos y de sus labios expelía un penetrante olor a alcohol—. Fueron ustedes, ¿verdad? ¿Qué le hicieron?

—Vine a buscarlo —dije como pude, intentando apartar la mano de Emil, pero esta permanecía inamovible—. No lo he visto en casi dos semanas. Ayúdame a encontrarlo, por fav…

Emil soltó una carcajada triste.

—¿Ahora vuelvo a ser útil para ti? —preguntó entre dientes, apretando su agarre—. Para ti, que fuiste quien lo aisló, quien le ha hecho esto a su casa y probablemente el único que sabe qué ha pasado con él…

—Te dije que no lo he visto en días —logré articular, pero comenzaba a quedarme sin aire. Los ojos me escocían y anticipé el rastro ardiente de las lágrimas.

—Déjalo, Emil —advirtió alguien desde la puerta del apartamento. Con el rabillo del ojo, vi a Ian entrando en el estudio—. Parece que nadie lo ha visto últimamente.

No sé qué habría pasado si él no hubiese llegado en ese momento. Mi captor me dedicó una última mirada iracunda antes de soltarme de una vez por todas. Caí al suelo, sujetándome la garganta, y me sequé las lágrimas con el dorso del brazo como si fuera un chiquillo.

—Ha faltado al trabajo y a nuestras reuniones desde la anterior semana. Creímos que estaría contigo o en la casa de John V., pero esto… —Ian miró el desastre con un bufido de indignación—, esto prueba que algo va mal. Llamaré a la policía, será mejor que te vayas —me dijo con una frialdad insospechada, mirándome de reojo. Desconfiaba de mí tanto como Emil.

Cuando me dirigía hacia la salida, tuve que contenerme para no implorar a Ian que me dijera todo lo que supiera sobre los últimos días que había visto a Aiden. En cambio, me limité a preguntarle:

—¿Tienes idea de a dónde pudo haber ido?

Ian me escrutó por encima de sus gafas de carey.

—¿Por qué no se lo preguntas a tu tío?

V

Mi siguiente parada fue la casa de Olivia. Cuando llegué, un cielo negro, despoblado de estrellas, se alzaba por encima de la residencia, que permanecía sumida en una peculiar calma. En cualquier otra ocasión aquello me hubiese tranquilizado, pero no en esos momentos. El tiempo apremiaba, así que me colé en el portal y subí de dos en dos las escaleras hacia su piso, esquivando algunos juerguistas despistados y una pareja que se besaba apasionadamente en un rincón oscuro de la escalera.

Justo cuando llegaba al pasillo del piso de Olivia, jadeando y con las sienes bañadas en sudor, vi que alguien salía de allí. Era alto, escondía su rostro bajo la capucha de su chaqueta y, en cuanto me vio, cambió de dirección y se apuró a alejarse por el lado opuesto del corredor.

—¡Oye! —exclamé—. ¡Este pasillo no tiene más salidas, idiota! —Me detuve en la puerta del piso de Olivia, vacilando entre ir tras el encapuchado o asegurarme de que ella estaba bien.

No tuve que pensarlo mucho. Mi amiga abrió la puerta y se asomó, con el rostro descompuesto, pero al menos sana y salva.

—Dorian…

—¿Quién es ese? —le pregunté señalando al que seguía sin ser más que una silueta vacilante al fondo del pasillo.

La situación incluso tenía algo de cómico.

—Dorian, por favor, entra.

—Aiden y Guido han desaparecido —solté volviéndome hacia Olivia, quizá con demasiada brusquedad. Noté entonces que mi amiga tenía los ojos y los labios hinchados, marcas del llanto que distinguía en ella desde la niñez —. ¿Qué…?

El tipo intentó escabullirse aprovechando la intervención de Olivia, pero fui lo suficientemente rápido para interponerme en su camino y darle un empujón que nos lanzó a ambos a la boca de las escaleras.

Los gritos de Olivia me llegaron como de otra dimensión cuando reconocí a quien se escondía bajo la capucha: los ojos entornados y brillantes, la sombra de la barba afeitada al ras, la voz que con su seductora cadencia me había convencido de que escribiera una historia para él, y ahora me exigía que me quitara de encima con una muestra de descontrol que contradecía toda idea que hasta entonces me había hecho sobre su persona.

—Frank —musité, como si decir su nombre rompiese alguna especie de conjuro.

El escritor dejó de moverse y por fin me sostuvo la mirada.

—Déjalo, Dorian —rogó Olivia corriendo a nosotros—, por favor…

—Eras tú todo este tiempo —murmuré abstraído, intentando llenar con el rostro que tenía ante mí cada hueco que solía surgir ante la mención del amante secreto de Olivia—. ¿Cómo pudiste…?

—Pregúntale a tu amiga quién buscó a quién —espetó Frank y, en un estallido de ira, me dio un empujón que me lanzó a un costado.

Frank se había levantado y ya me daba la espalda cuando volví a alcanzarlo

—¿Dónde está Guido? —pregunté tras él—. ¿Dónde está Aiden? Fuiste tú, ¿verdad? Tú y esa maldita novela, tú…

Me costó asimilar que la carcajada sombría que soltó Frank no había sido producto de mi imaginación.

—Yo esto, yo aquello… —suspiró volviéndose—. ¿Por qué no te examinas un poco a ti mismo? No tienes nada de qué quejarte: estás en boca de todos, como querías. Tu amiga es una actriz, como querías. Y te quedaste con la bonita mujer de Guido, como querías. Aunque… —rio por lo bajo, como quien recuerda una anécdota divertida—, a estas alturas ya debías haberte dado cuenta de que no es más que una puta.

Un dolor agudo me atenazó los nudillos cuando mi mano impactó contra el rostro de Frank. Olivia se arrojó a mí y fue lo único que me impidió repetir la misma operación una y otra vez, como la ira que enervaba cada uno de mis nervios me lo exigía.

—¡Vaya, vaya! —exclamó Frank, alzando la voz a los inquilinos que comenzaban a asomarse al pasillo ante el escándalo—, el primer marica de los V. sabe cómo golpear —dijo volviéndose a mí con una sonrisa ensangrentada—. Espero que disfrutes de la fama que estás ganando a mis expensas, niñato. Y… —dio un paso hacia mí y agregó bajando la voz—: si yo fuera tú, no dejaría sola a mi dama de las camelias por mucho tiempo.

VI

La noche había caído, al igual que la oscuridad, y las señales de que más fichas irían encajando en su lugar, derribando a todo aquel que se hallara en el camino, llegaban en torrente. Me di cuenta de cuán frágil era la resistencia que había mantenido la calma hasta entonces.

Olivia se mantuvo callada en nuestro camino hacia la librería, así que tuve que contentarme con que no hubiera protestado cuando le pedí que me acompañara. Tras los descubrimientos de la noche no quería dejar una sola probabilidad de que más personas cercanas a mí corrieran el mismo destino incierto que Aiden y Guido. Mi cabeza marchaba como un tren descarriado, intentando encontrar alguna relación entre mi conversación con Bruno, la ausencia de dos de mis amigos y la presencia de Frank. Miré por última vez

a Olivia antes de dirigirnos a la entrada principal de la casa del librero, pero ella seguía cabizbaja.

«Hablaremos después», pensé sacando la llave. «Me lo contará todo», me dije encajándola en la ranura. «Solo tenemos que calmarnos y…». La puerta se abrió sin que yo hubiera alcanzado a girar la llave.

Supe lo que encontraría antes incluso de que subiéramos las escaleras del pequeño vestíbulo y encontráramos el mismo caos del piso de Aiden en el de Guido. «No, no, no, ¡no!».

—¡Adela! —la llamé a gritos—. ¡Adela! ¿Estás aquí? —insistí a voz en cuello, girando sobre mí sin encontrar más que el mismo desastre a dondequiera que mis ojos se posaran: el tocadiscos de Guido volcado, los libros dispersos alfombrando el piso, los viejos relojes desarticulados como rompecabezas revueltos en medio del vestíbulo.

Al atravesar el pasillo que daba a la oficina de Guido encontré que esta había tenido el mismo destino que el resto del apartamento. Las estanterías habían sido saqueadas y tumbadas, con su contenido despatarrado en la alfombra como un gigante que hubiera caído en batalla y cuyas entrañas tapizaran el suelo. No había rastro de Adela.

—¡Aquí! —oí decir a Olivia.

Corrí al lugar del que provenía la voz: mi buhardilla. Ni siquiera me había dado cuenta del momento en que Olivia se separó de mí.

Mi habitación, al ser la más austera, era la única en la que la huella del intruso no había dejado rastros tan visibles. Casi podía pasar por la recámara de un adolescente desordenado. Mis escasas pertenencias se mezclaban con fragmentos de mis escritos en el suelo, y allí, en medio de esa desaventurada mescolanza de páginas blancas y prendas oscuras, estaba Adela, atada de pies y manos, con una mordaza entre los labios.

Olivia ya deshacía el nudo de la tira de tela que le cubría la boca y yo me apuré a deshacerme de la que mantenía sus muñecas unidas a su espalda. Tan pronto como quedó liberada de la mordaza, la oí jadear en busca de oxígeno, como un pez fuera del agua, aunque el temblor de su cuerpo me decía que era el pánico lo que le impidió pronunciar palabra incluso cuando Olivia y yo terminamos de liberarla.

—Be… B-Ben… —musitó a medida que las lágrimas le empapaban las mejillas.

—¿Benjamin? —le pregunté, abriendo los ojos de par en par.

Adela asintió con vehemencia.

—Él… —Tiritaba con tanta violencia que la rodeé con un brazo con firmeza, como si temiera que fuese a romperse al igual que uno de los relojes de Guido—. Fue él quien los dejó entrar —concluyó al fin.

—Voy a traerle agua —indicó Olivia, incorporándose.

—¡No! —bramé, haciendo que ella y Adela dieran un respingo—. Dios, no, lo siento, lo siento. —Tomé aire, pero apenas funcionó—. Quédate con Adela. Yo iré a llamar a la policía y volveré con agua. No se muevan de aquí, por favor. Y no abras la puerta, por lo que más quieras. Vuelvo en seguida.

El teléfono en la oficina de Guido no funcionaba, como lo anticipaba el estado de todo lo demás, así que me apuré a descender las escaleras que daban a la librería. Al encender las luces, observé con asombro que la Biblioteca de Alejandría parecía haber salido ilesa del asalto. No del todo, como comprobaría pronto, pues el teléfono también había sido cortado. Colgué con una maldición.

—Piensa, piensa… —me ordené, mis ojos volando por el lugar como si fuese a dar con la solución de aquello en algún rincón del recinto.

Fue entonces que me fijé en que la puerta que daba a la trastienda estaba abierta por completo. Fui hacia allí, anticipándome a lo que se me había cruzado por la mente tan pronto como Adela mencionó a Benjamin. El lugar secreto de Guido.

Seguí la ruta conocida, atravesando primero la trastienda para luego bajar al sótano. Todas las puertas estaban abiertas, así que no me sorprendió demasiado ver que la del fondo, la más protegida, se hallaba desmadejada y pendía de sus goznes como una articulación dislocada.

Al entrar, comprendí que ese era el lugar donde había culminado la búsqueda de Benjamin. Del intruso. ¿De Narciso? Los libros más antiguos seguían en su lugar, pero varios tomos habían desaparecido. Y luego, al asomarme al lugar bajo la alfombra donde Guido había ubicado la entrada a su búnker de investigación, mi mente exhausta dio con la que me pareció la explicación más plausible a todo aquello: se lo habían llevado todo. Allí no quedaba una sola página de la investigación de Guido.

Volví a la buhardilla llevando dos vasos con agua.

—Se han llevado varios documentos importantes de Guido —informé en un susurro mientras le tendía uno de los vasos a Olivia.

Luego me dirigí a Adela, que se había sentado en mi cama y permanecía exánime, como si temiera que los que habían hecho aquello volvieran ante el más sutil de sus movimientos.

—¿Te hicieron daño? —le pregunté entregándole el otro vaso, que ella recibió con algo de dificultad.

—No —respondió ella por lo bajo, como si aún se le dificultase encontrar su voz—. Bueno, no más del que ves —añadió.

—¿Estás segura de que fue Benjamin?

—Sí. A los otros no les pude ver la cara. Estaban cubiertos.

—¿Cuántos?

—Cuatro. Cinco, quizá.

—¿Tienes idea de quién…?

—¿Cómo podría saberlo? —me interrumpió ella, mirándome a los ojos por primera vez desde que llegué a casa—. De lo único que estoy segura es de que ellos le han hecho algo a Guido.

—Y a Aiden también —agregué apartando la mirada.

Por el rabillo del ojo vi que Adela asentía.

—Entonces es cierto —me dijo ella—. Tiene que ver con tu tío. Con tu familia. Contigo. —Pese a lo cortantes que fueron sus palabras, no había rastro de reproche en ellas.

—¿Qué haremos ahora? —preguntó Olivia, a nadie en particular.

No respondí. No era como si alguien pudiera hacerlo.

El silencio se levantó entre los tres como un muro que dividiera el espacio reducido del ático en tres lugares que coincidían sin tocarse. Varios segundos transcurrieron así, en una quietud que cargaba el aire y hacía que la desolación terminara de desplegarse en la casa.

—Buscaré a quien tenga que buscar y acabaré con esto —declaré al fin. Asentí para mí mismo—. Lo juro —Mis ojos reptaron hacia Olivia, pero ella estaba de espaldas a mí, frente a la ventana.

—D… —Fue ella quien habló esta vez.

—¿Qué pasa? —inquirí, consternado al oír la vaciedad en su voz.

Creí que confesaría algo sobre Frank, que conectaría la presencia discreta de ese hombre en la vida de ambos con todo lo que estaba ocurriendo ahora. Jamás habría sospechado que lo que mi amiga diría trastocaría ese instante y nuestras vidas de manera definitiva:

—Quizá no tengas que buscarlo. —La morena tomó algo que descansaba sobre los papeles esparcidos en mi escritorio y se giró hacia mí, tendiéndomelo.

Una flor blanca, inocente y diminuta en su mano izquierda. Un sobre sellado en su mano derecha. Vi las letras perfiladas en el papel y bastó un detalle tan pequeño para que un haz de luz penetrara en el caos:

Sr.: Dorian V.
O. C. A.

19

DUM SPIRO SPERO

I

—Es él. Tiene que ser él. Es solo que tú no quieres verlo, o más bien no quieres aceptarlo…

—Tal vez él sepa de quién se trata, pero no es el que está moviendo las fichas. No es más que un peón más en todo esto. ¿Cómo dijiste que lo llamó ese anciano? ¿Una «venganza retorcida»? Frank no tiene motivos para vengarse.

—No tienes idea de quién es él ni de lo que es capaz.

—Ah, y supongo que tú sí. Después de todo, eres tú quien escribió un libro para él.

—¡Tú fuiste su amante y aun así estás ciega!

—¡No hables como si fuera mi culpa cuando sabes que es la tuya!

—¡Ah, es cierto! ¡Porque yo te hice un camino de rosas hasta su cama!

—Oigan, ya cálmense los dos. No tenemos tiempo para esto, necesitamos soluciones. Olivia, debes contarnos todo lo que sepas sobre Frank.

—No hay mucho que contar. Lo conocí en el Círculo de Hefesto y comenzamos a encontrarnos a escondidas desde entonces. Era él quien me citaba; me dijo que no debía buscarlo jamás si quería que siguiéramos viéndonos. Frank era… es encantador. Brillante, caballeroso, dulce…

—¡Ja!

—Cállate, Dorian. Déjala hablar.

—Yo temía demasiado hacer algo estúpido y perderlo. Debía mantener el secreto. Y Dios sabe que lo hice, aunque no fue fácil. Él llegó a conocer mi trabajo y a valorarme como nadie lo había hecho en estos medios. Además tenía contactos, así que me abrió más puertas para audicionar y por eso tuve una nueva oportunidad en *La flauta mágica*… No es una mala persona. Si

hizo que escribieras esa novela debió haber sido por orden de algún superior. Él jamás me haría daño, ni a mí ni a nadie. Si anoche yo lloraba era porque él decidió que dejarlo sería mejor para ambos. No volveremos a vernos, aunque nuestros sentimientos no hayan cambiado.

—Por Dios, Oli, ¿ahora vas a decir que lo amas? Porque yo creo que, si en verdad llegaste a enamorarte, fue de lo que él hizo de ti.

—¡Todo lo que he conseguido lo he hecho a pulso! Creo en mi talento, y Frank podrá tener secretos, pero jamás dudó de mí. En cambio…

—Lo estás haciendo bien, Olivia. Concéntrate: ¿alguna vez te habló del manuscrito que encomendó a Dorian? ¿De Lorenzo? ¿De sus planes con Ónice?

—Jamás.

—¿Y de los V.?

—Nada fuera de lo que todos dicen: que son ambiciosos, poderosos, *hipócritas*…

—¿Y por qué me miras a mí?

—Esto es imposible. —Adela se levantó de la butaca desteñida y comenzó a pasearse por la sala de Olivia en ademán ansioso.

Entre tanto, mi amiga y yo nos enzarzamos en una discusión en la que nuestras voces se sobreponían y ninguno de los dos atendía a lo que el otro decía.

—¡Frank insultó a Adela!

—¡Lo hizo porque acababas de golpearlo!

—¡Ya deja de justificarlo!

—Así no podremos encontrar nada que nos ayude a resolver esto. —Adela dejó caer la invitación de la Orden en la mesita de centro.

Olivia y yo, como por instinto, retrocedimos en nuestros puestos en cada extremo del sofá, callados como tumbas.

Mis ojos volvieron a seguir los trazos finos con que habían sido escritos los datos de la reunión a la que había sido invitado, y descubrí que su efecto paralizante se acrecentaba ante el resplandor pálido de la mañana. «*Fiat lux*» era la frase latina que encabezaba la nota. Adela nos había explicado su significado: «Que se haga la luz», el versículo tercero del Génesis. Era probable que esa misma fuese la contraseña para entrar a la ceremonia, la

cual tendría lugar en la isla de Arcadia, tal y como había anticipado Fausto. Sin embargo, lo más inquietante era la fecha del encuentro: 1 de noviembre. El mismo día en que yo cumpliría diecinueve años. ¿Era parte del plan de Narciso? ¿O en verdad se trataba de una coincidencia más? Tras haber encontrado tantas entre la realidad y el manuscrito que yo había entregado, las «casualidades» dejaban de parecerlo.

—Debe haber más pistas en la historia que escribí —dije al fin—. No sé hasta qué punto, pero estoy seguro de que se relaciona con John, las desapariciones y la invitación a la Orden.

—Espero que tengas buena memoria —dijo Adela deteniendo su trayecto para mirarme de refilón—, porque no habrán tocado el dinero, pero se llevaron tu manuscrito.

—Y la investigación de Guido —añadí.

—Dijiste que tu tío sabía que tú y Aiden estaban siguiéndolo —intervino Olivia—, y el libro se relaciona con los V. y con una venganza en su contra, así que es raro que de repente a la Orden le parezca una buena idea que formes parte de ellos.

—De hecho, quizá lo busquen precisamente por eso —afirmó, sus ojos negros relumbrando de astucia al dar con los míos—. Necesitan una forma de controlarte.

—Frank me dijo que la Orden me abriría las puertas si yo demostraba interés o habilidad en alguna ciencia o arte —admití—. Y supongo que tenía razón.

—Frank es un hombre corrupto —señaló Adela.

—Un hombre corrupto de palabra —resolvió Oli encogiéndose de hombros—. Pero ¿a dónde nos lleva eso?

—De vuelta a John. —Adela se dejó caer en el asiento por tercera vez en lo que iba del día—. Dijiste que él te prohibió hablar con Frank, ¿no? Es probable que haya sabido lo que él se proponía desde el principio.

Seguimos discutiendo e intentando poner orden en el caos desarticulado de piezas que teníamos en nuestras manos. Los mismos nombres salieron a colación en varias oportunidades, y pronto nos dimos cuenta de que no hacíamos más que dar vueltas en círculos. A la única conclusión que llegamos esa mañana fue a la de que yo acudiría a la reunión.

Al final, me retiré con la excusa de ir a intentar descansar un poco, pues ninguno de nosotros había logrado hacerlo la noche anterior después de todo lo ocurrido. Pero lo último que yo deseaba en ese momento era dormir. Así que, cuando las chicas me imitaron y fueron a la habitación de Olivia, esperé a escuchar la puerta cerrándose y entonces abandoné el piso en puntas de pies.

Por poco suelto un grito cuando me topé con dos hombres que custodiaban la puerta del apartamento. «La policía», recordé. Eran ellos quienes nos habían recomendado quedarnos en casa de Olivia, pues permanecer en la librería habría significado exponernos. La Biblioteca de Alejandría quedó cerrada bajo llave hasta nuevo aviso, y a nosotros nos habían dotado de un par de patrulleros que custodiaban la entrada de la residencia universitaria de mi amiga. Cuando me vieron salir me preguntaron si necesitaba que me acompañaran a algún lugar, pero decliné la oferta y les pedí que, en todo caso, cuidaran a Olivia y Adela cuando necesitaran salir.

—Por cierto —dije a uno de los patrulleros que solían acompañar al detective—, quisiera hablar con el señor T. ¿Dónde puedo encontrarlo?

—Es solo un detective privado —me recordó el otro, llevándose las manos al cinturón—. Dejó de tener contacto con nosotros desde que el excandidato fue arrestado.

—Entonces, ¿no saben dónde se encuentra ni quién lo contrató? —pregunté sin poder evitar cierta inflexión suspicaz. Los hombres compartieron una mirada de reojo y luego negaron con rotundidad—. Entiendo. Gracias, caballeros.

Lo primero que hice al salir fue usar el teléfono público del Parque de los Abetos para llamar al número del detective, y así encontré que la línea había dejado de funcionar. Después marqué al teléfono personal de Isabella, el mismo que Aiden me había compartido hace tiempo. Tampoco hubo respuesta. Me pregunté, por enésima vez en las últimas veinticuatro horas, en qué clase de pesadilla horrenda había despertado.

De todos modos, no me di por vencido tan pronto. Pasé ese día y los siguientes rehaciendo caminos que había recorrido junto a Aiden, o en los que me había acostumbrado a encontrarlo al final: la Universidad Gregoriana, la Catedral de Santa Helena, e incluso acudí a ese bar de mala

reputación en el que él solía ser voluntario… Fui tachándolos uno a uno, pues el resultado era el mismo: nada. Una brecha que se cerraba más y más, hasta dejarlo todo en tinieblas. La policía llevaba a cabo sus propias investigaciones en busca del paradero de Aiden y Guido; estériles todas ellas, como era de esperarse. Ambos habían desaparecido sin dejar rastro, y me parecía que Adela y Olivia habrían corrido el mismo destino de no ser por la intervención de los agentes.

Así debía sentirse el inicio del fin del mundo: la incertidumbre, la imperturbabilidad de la naturaleza, la constante sensación de irrealidad volcándose poco a poco hacia el desconsuelo. En ese punto, cuando las medidas extremas dejan de parecerlo, la última opción se convierte en la única esperanza.

Y la mía era John V.

II

La prisión de San Marcelino, ubicada en un barrio remoto al sur de la ciudad, era una gran estructura de hormigón que se recortaba contra el cielo blanquecino de octubre, alzándose entre dos colinas como si se tratara de un palacio venido a menos. Allí, en ese purgatorio terrenal de pasillos grises que hedían a humedad y en el que se elevaba un murmullo de voces apagadas provenientes de otras celdas, hallé la puerta de mi habitación 101. A medida que caminaba hacia la sala de visitas, me encontré pensando en las ratas, en el agua, en el encuentro con una verdad insospechada, y en la impredecibilidad de los miedos, que siempre terminan confrontándote antes de que estés preparado para encararlos primero. Para cuando los guardias abrieron la puerta de la sala, mis manos temblaban tanto que tuve que esconderlas en los bolsillos de mi chaqueta.

—Diez minutos —me indicó uno de ellos.

Pero yo ya no los escuchaba. El sitio era pequeño, con unos tubos de neón clavados al techo que daban más lugar a las tinieblas que a la luz, derramando su resplandor mortecino sobre la mesa de acero ubicada en el centro. Él ocupaba uno de los bancos, tenía las manos esposadas en la espalda y la cabeza pendía de su cuello, como si estuviese dormido, aunque sus ojos estaban abiertos. Era la primera vez que lo veía despojado de uno de

sus trajes; ahora usaba un uniforme azul oscuro que su cuerpo delgado a duras penas llenaba. No era John; era William V. O así era como él lucía en mis últimos recuerdos.

Quise retroceder, cerrar esa puerta detrás de mí y no volver jamás; hacer lo que fuera con tal de borrar esa imagen patética de mi mente. En cambio, me obligué a avanzar, a tomar asiento en la silla frente al prisionero y a buscar su mirada inmóvil.

—Es increíble lo que este lugar puede hacerle a uno en cuestión de semanas, ¿no lo crees? —dijo él sin apenas mover los labios; su voz ronca y frágil, como si el sonido llegara de muy lejos. Familiar. Su rostro permanecía escondido bajo las sombras que lo cercaban, pero noté que la mueca de sus labios intentaba ser una sonrisa.

—Mírame —le pedí.

El rostro de John volvió a tornarse exánime.

—¿A qué has venido? —preguntó, sin atender mi petición.

—Mírame a los ojos —insistí, esforzándome para que no me temblara la voz.

—No quiero verte —replicó él entonces, negando con la cabeza—. Tú siempre has sido un maldito recordatorio de todo lo que he hecho mal en mi vida.

Encajé el golpe como pude. Intenté recordar una razón por la cual guardara algún tipo de afecto por el hombre que tenía ante mí, y aunque ni una sola acudió a mi mente, un dolor lacerante me atravesaba el pecho. Cuánto deseé depurar ese sentimiento para que no fuera más que odio lo que quedara, las brasas que suelen dejar los vínculos al romperse con violencia. Mas no dependía de mí.

—Entonces… —Tragué saliva—, nadie se ha equivocado al traerte aquí. —Una quietud casi perfecta sucedió a esa afirmación.

—Puede que yo no haya llegado aquí por las razones correctas —murmuró John—, pero el hecho de que me encuentre en este lugar no es una equivocación. Aun así, si crees que te pediré perdón…

—¿Y si yo fuera Aiden? ¿Entonces me mirarías? ¿Te conmoverías? ¿Entonces sí me pedirías perdón, tal vez?

Un ruido gutural comenzó a burbujear de la garganta del preso; un sonido en el que las cuerdas vocales apenas intervenían, pues nacía en el

fondo de sus pulmones, en sus entrañas. Me tomó unos momentos comprender que no lloraba. Reía.

—Aiden no vendrá —dijo al fin—. Estoy seguro de eso.

—¿Qué has hecho? —pregunté, poniendo ambas manos sobre la mesa para acercarme a él e imponerme ante su mirada vacua.

Entonces él levantó los ojos y quedé lívido, cediendo a una inmovilidad repentina, como si las pupilas que me atravesaban ejercieran un hechizo sobre mí.

—Aiden comenzaba a darnos demasiados problemas, pero el peor de ellos eres tú. —La voz de John sonaba clara, profunda, sin un ápice de vacilación. Lo que tenía ante mí ya no eran solo sus despojos, sino el carácter férreo que siempre había caracterizado al diplomático que fue.

—Dime dónde está —insistí levantando la voz, destilando impotencia—. ¡Dime qué has hecho con él!

—¿Yo? —preguntó John ladeando la cabeza, como si yo fuese más digno de lástima que él—. Pero si desde el principio has sido tú y tu mundo de quimeras; viviendo con las narices entre libros, bajo el techo de un conspirador; escribiendo una novela para el enemigo. Un mocoso insignificante que ni ha llegado a la veintena corroyéndolo todo desde dentro, abriendo puertas que no sabía si sería capaz de cerrar.

—Pues este mocoso es quien te ha encerrado aquí —fui capaz de soltar —. Y además he sido invitado a una reunión de la Orden. No soy tan insignificante, después de todo.

Un músculo sobresalió en la mandíbula medio barbada de John.

—No te equivoques —replicó no obstante—, ni te creas tan especial. Hay alguien que te ha puesto en el centro de este complot y tú lo has ayudado. Dime, ¿ha valido la pena?

Me dejé caer en mi asiento. Mi respiración era más propia de un luchador en un ring que la de alguien que apenas se había movido durante esos últimos minutos.

—¿Quién es? —indagué, consciente de que mi autocontrol se extinguía con cada segundo—. ¿Qué quiere de mí?

Esta vez fue John quien acercó su torso a la mesa. Sus ojos rojos y dilatados parecían flotar en sus cuencas, oscuras como cardenales.

—Todo —declaró—. Y no le importará destruir todo lo que toque con tal de conseguir lo que quiere, y lo que quiere es…

—*Venganza* —me adelanté, parpadeando. Mi mente marchaba a toda velocidad, intentando encontrar las conexiones correctas—. Hablas del Narciso, ¿cierto?

John vaciló por un segundo. Por sus facciones mancilladas cruzó la inquietud del soldado que por poco confiesa un secreto de guerra, pero al final asintió con la cabeza. Yo sacudí la mía en un firme gesto de negación.

—No lo voy a permitir.

—Ah, pero él lo hará de todas maneras. Sabe todo de ti, de la Orden. Ha ido tras cada uno de nuestros pasos, se ha hecho pasar por uno de los nuestros. Sabe cómo manipularnos.

—¿Es un infiltrado?

—Es un traidor —rectificó mi tío—. Sé que no lo entiendes ahora, pero la Orden solo se está protegiendo de él y de todo aquel del que sospeche que forma parte de la conspiración. Del dueño de la librería en la que trabajas, de Aiden…

—Guido no simpatizaba con Narciso —objeté. Sabía bien lo de su investigación en contra de la Orden, pero estaba seguro de que no tenía que ver con Narciso—. Y Aiden tampoco; lo único que él hizo fue intentar ayudarme a entender lo que estaba pasando. ¡Tú lo sabías!, y aun así permitiste que fueran por él. *Tú* eres el traidor.

—Solo nos hemos adelantado a los hechos.

—¿Desapareciendo a personas inocentes? —espeté, y mi voz repicó por los altos techos de la sala, mezclándose con el ruido de mi respiración irregular—. No es justo.

—Vaya —bufó John, apartando la vista—. Debe ser la primera vez que tú y yo coincidimos en algo. Si esto ha comenzado por ti, debería terminar contigo. —Sus ojos buscaron los míos—. *Ab ovo*; desde el origen.

—Lo dices como si hubiera una forma de arreglarlo.

—Quizá la haya —admitió, apoyando la espalda en el respaldo de su silla. Las luces repartieron sombras en sus cuencas y en los huecos de sus mejillas, dándole una apariencia espectral—. Quizá detener todo esto solo sea cuestión de que desaparezcas cuanto antes.

—Eres la segunda persona que me pide que huya, pero no me iré a ningún lado sin saber si mis amigos están a salvo.

—«Amigos», los llamas. El uno te mantuvo a su lado como su conejillo de indias, espiándote y tomando ventaja de ti para sonsacarte toda la información que pudiera de tu familia y la Orden. El otro… ¿fue como tu hermano o fue más bien como tu amante, Dorian?

Empalidecí. No tuve que decir palabra; mi cuerpo hablaba por mí, aceptando todas las implicaciones de esa pregunta que pendía en el aire viciado de la celda sin esperar respuesta.

—Así que es cierto —terció John, levantando la cabeza gacha levemente hacia mí. Vi a mi padre de nuevo, su fisonomía desvaneciéndose en los últimos días. Contemplé en aquel rostro su decepción, su aversión manifestándose en la leve contracción de esos labios que eran los suyos, los de mi abuelo, los de mi tío—. Mi brillante protegido y el hijo de mi hermano son un par de sodomitas —concluyó John—. Debo decir que me sorprende más de él que de alguien como tú. Es una lástima. Jamás di un centavo por ti, pero ahora no lo daría por ninguno de los dos.

Me levanté de la silla y me abalancé sobre la mesa para tomar a John por el cuello de su raído uniforme.

—Si no dejas en paz a Aiden y a Guido, delataré a la Orden con la policía. Se los diré todo —amenacé, pero mis palabras sonaron débiles y caprichosas, como las de un niño que pretende delatar la travesura de su hermano mayor.

John pareció reparar en lo endeble de mi amenaza, pues las comisuras de sus labios volvieron a elevarse en una sonrisa marchita.

—La policía… —repitió como si le hiciera gracia, su aliento agrio rozándome el rostro—. Supongo que si no has hablado hasta ahora es porque eres lo suficientemente inteligente como para saber que a la mayoría de ellos les conviene estar del lado de la Orden. Habla, y te aseguro que no volverás a ver a tus amigos.

—Yo no soy mi padre —dije entre dientes—, y no dejaré que tú me manipules como lo hiciste con él y con mi abuelo. Sé que envidiabas a tu hermano, sé que me odias porque te lo recuerdo, pero también sé que compartir la misma sangre no nos convierte en familia, y si tú no me devuelves a las personas que me has quitado, me aliaré con quien deba con

tal de acabar con tu maldita logia y toda la mierda que han hecho, tal y como he acabado contigo.

—¡Guardia! —bramó John, y me obligué a liberarlo.

Uno de los custodios entró en la sala y se dirigió hacia mí para conducirme hacia la salida. Sin embargo, cuando di la espalda a John, dispuesto a no volver a verlo jamás, oí su voz de nuevo.

—O estás con ellos, o estás en su contra. No hay puntos medios. —Y luego, cuando yo ya cruzaba el umbral hacia el pasillo—: No pienses *in media res*. Piensa *in extremis*, *in extrema*…

La puerta se cerró, y tuve la certeza de que ese sería el último día en el que vería a John V.

III

Esa noche, en medio de esos pensamientos que solo bullen en un estado de duermevela y suelen regresar a su naturaleza amorfa con los primeros rayos del sol, recordé que Adela creyó haber visto a alguien aquel día en Villa Dionisio. Alguien que lucía como yo. Desperté con eso en mente y, esa madrugada, a diferencia de las otras, la idea dejó de parecerme descabellada. Quizá se debiera a la ansiedad ante la proximidad de la reunión de la Orden, pero ¿y si no había sido producto de una ilusión, como habíamos decidido creer hasta entonces? ¿Y si tenía que ver con Narciso? Habíamos rumiado varias probabilidades, menos esa.

Al darme cuenta de que cerrar los ojos o mantenerlos abiertos daba igual, me deshice de las frazadas y salí de la habitación de Laura, la madre de Olivia, quien hacía años que prescindía de esa recámara. No me sorprendió encontrar una luz encendida como un faro que me guiara en las tinieblas; el insomnio se había convertido en un visitante asiduo en el pequeño piso y nos habíamos acostumbrado a lidiar con él a nuestra manera.

Saludé a Adela, quien se había hecho un ovillo en el sofá más grande y miraba sin ver el libro que tenía ante sí —cortesía de la pequeña biblioteca personal de Olivia—, bajo la lumbre de una única lámpara de pie. Adela me devolvió el saludo y estiró la columna en un ademán similar al de los gatos cuando se desperezan.

—¿Qué lees? —quise saber, sentándome a su lado, aunque la pregunta más adecuada debía haber sido: «¿Lees?».

Esa semana, Adela y yo habíamos regresado a la Biblioteca de Alejandría para retomar actividades, acompañados por un policía. Todos los empleados habían sido sometidos a un interrogatorio para investigar los sucesos que dieron lugar al asalto, y se les habían pedido referencias personales, así como una actualización de sus currículums. No había sido fácil, pero en apariencia las cosas volvían a su cauce de manera progresiva.

—*Frankenstein* —respondió Adela, pero cerró el libro tan pronto como tomé asiento en el otro extremo del sofá—. Saliste más temprano de la librería hoy —comentó—. Alcancé a preocuparme.

Ese era el tipo de conversación que intercambiábamos últimamente; nuestra amistad parecía haber sido remplazada por la sana cordialidad de dos personas que han acabado embrolladas en el mismo aprieto. Era como si no tuviéramos una vida más allá de los sucesos que nos habían orillado a dejar la librería y, por ende, ninguna confidencia más qué compartir. No obstante, esa noche me veía empujado a romper el frágil ecosistema de imperturbabilidad que habíamos sostenido hasta entonces.

—He ido a ver a John —musité.

Adela no cambió de postura. Su mirada permaneció fija en el monstruo verde en la portada del ejemplar, una vieja edición de bolsillo cuyas solapas medio desteñidas tenían arrugas en los bordes.

—Eso ha sido arriesgado —dijo al fin, levantando los ojos hacia mí. En ellos leí algo que no esperaba encontrar esa madrugada: temor. Un temor violento, similar al que había relumbrado en ellos la noche del asalto.

—Y necesario —atiné a decir.

—¿Qué ha dicho?

Resumí mi visita a la prisión de San Marcelino con todos los detalles que pude, omitiendo únicamente los comentarios de mi tío sobre mi relación con su exprotegido.

—¿Es todo? —preguntó Adela cuando terminé, para mi sorpresa, como si esperase una revelación mucho más turbadora.

Asentí con curiosidad y la oí dejar escapar un suspiro tembloroso.

—Al menos ahora sabemos que la Orden está detrás de las desapariciones —le dije, como si intentara animarla—. Y que no podemos fiarnos de la policía.

—¿Y Ónice? —preguntó Adela—. ¿Y Frank? ¿Y esa venganza de la que todos hablan? Es que nada encaja. Parece que son males de bandos diferentes, pero eso no cambia lo que son: males.

—Estoy de acuerdo —admití—. De hecho, quería hablar contigo sobre eso.

—¿Sobre eso?

—Sobre Narciso.

Adela retrajo las piernas para adherirlas a su pecho, con su mentón y las puntas onduladas de su melena posándose sobre sus rodillas.

—¿Qué ocurre con Narciso? —preguntó.

—La única oportunidad en la que tuvimos indicios de que alguien nos seguía, quizá él, fue en Villa Dionisio.

—No hubo indicios. Fue un producto de mi desesperación por verte cuando Olivia se desmayó.

—A eso quería ir. ¿Y si no fue un espejismo? Haz memoria, Adela, ¿cómo era esa persona?, ¿cómo vestía?, ¿qué te hizo creer que era yo?

—Que eras tú —recalcó, escéptica—. Vestía de negro…

—Muchas personas visten de negro.

—Era de cabello rubio.

—Cualquiera puede tenerlo de ese color.

—¡Tenía tu cara!

—¿En realidad era mi cara o una muy parecida?

—Dios… —Adela se restregó el rostro con ambas manos—. Debemos estar realmente desesperados como para considerar que quien está detrás de todo esto es un *doppelgänger* tuyo.

—Lo de desesperados nadie te lo va a negar —admití—. Pero ¿qué has dicho?, ¿«doppel» qué cosa?

—*Doppelgänger*. Es un término que viene del alemán…

—Que significa…

—Que significa que calles y escuches. *Doppel* quiere decir «doble», y *ganger* es «ambulante». Se ha traducido como doble malvado o sosias,

alguien que luce tan parecido a ti que asusta.

—Los de mi generación los llamamos gemelos.

—Brillante apunte —sonrió Adela sin humor—, pero la cuestión con los *doppelgänger* es que no tienen ningún vínculo sanguíneo con la persona a la que se parecen. Eso ha generado varias leyendas, especulaciones e incluso augurios. —Levantó el ejemplar de Frankenstein y lo miró como si apenas notara que todo este tiempo lo había tenido en sus manos—. Percy Shelley —dijo—, el esposo de Mary Wollstonecraft Shelley, afirmó haberse encontrado con su *doppelgänger*, y muchos de sus familiares y amigos también dijeron haber visto a su doble antes de que él…

—¿De que él qué? —la apremié nervioso.

—De que muriera —concluyó Adela en tono de disculpa.

La sangre huyó de mi rostro.

—Guau. —Se me escapó una carcajada estrangulada—. ¿Sabes? —Apreté los labios—. Tal vez sí que fue un espejismo. Nada de «doppelgangsters» ni esas tonterías. Una cosa de sugestión, no es más. ¿Qué te parece? Todo esto —continué, levantándome del asiento antes de que Adela pudiera volver a intervenir con más augurios letales— se me ocurrió medio dormido. Es ridículo.

—No, no lo es. Mary Shelley —señaló su libro— vio a su *Franken-stein* por primera vez en una pesadilla.

Di un vistazo a su tomo.

—Y escribió esa novela cuando tenía solo dieciocho años —añadió con renovado optimismo—. Tu edad.

—Edad que dejaré de tener en una semana, si es que sobrevivo a esa noche y logro sacar de este enredo a Guido y a Aiden. Qué feliz coincidencia, gracias por los ánimos —le dije antes de darle la espalda.

—¿A dónde vas?

—¡A ver si todavía puedo controlar mis esfínteres!

—¿Por qué tanto alboroto?

Por poco suelto un grito, pero la figura envuelta en una manta que acababa de emerger de las sombras del pasillo no era mi *doppelgänger*; tan solo era Olivia.

—He ido a hablar con John esta tarde —respondí.

—Y hemos teorizado con que Dorian tenga un doble malvado que esté detrás de todo esto —añadió Adela.

Olivia nos miró de hito en hito, sus ojos entrecerrados por el sueño abriéndose de súbito.

—Voy por el whisky —resolvió entonces, dirigiéndose a la cocina como una autómata.

Al final no bebimos whisky esa madrugada, pero la noche de Halloween de aquel año, un día antes de la reunión de la Orden, el destino se disfrazó de insomnio y volvió a reunirnos allí. Para entonces, nadie puso objeciones cuando Olivia salió de la cocina con tres vasos medio llenos de alcohol entre las manos.

—Creo que deberíamos brindar —dijo Olivia con uno de sus muy ocasionales y repentinos arranques de timidez.

—Para ti es fácil decirlo —murmuré, sin despegar la vista de mi reflejo en el líquido ambarino de mi recipiente—. No eres tú quien dejará la piel en ese lugar intentando acabar algo que no sabe cómo empezó ni a dónde se dirige.

—Concuerdo —comentó Adela—. Además, tú eres la que más ha salido de nosotros en estos días.

—Y encima parece que te la pasas bien —añadí.

—Espera, que ella también está sufriendo —comentó Adela con solemnidad antes de agregar—: no podrá ir a la fiesta de Halloween de su amiga, la Reina de la Noche.

—¿Pero qué…? ¿Es en serio? Tengo clases en la universidad y el conservatorio, y después están las audiciones. ¿Se supone que debo dejar a un lado mi carrera por… por…? —Olivia fue incapaz de concluir su frase.

Adela y yo, acurrucados en sendos extremos del sofá en el que habíamos anidado esas noches, intercambiamos una mirada y levantamos las copas antes de que el alcohol dejara su primer rastro ardiente en nuestras gargantas.

—Oigan, yo solo quería animar las cosas un poco —renegó Olivia, dejándose caer en el centro de su invadido sofá—. Tú lo has dicho, Dorian: no sabemos cómo salgan las cosas mañana. ¿Por qué no podemos brindar porque estamos juntos aquí y ahora?

Me quedé viendo a Olivia. De repente me pareció que ella era la menor, no yo, y algo en su actitud de niña madura me hizo amarla más que nunca. Le pasé un brazo por los hombros.

—Bromeamos, Oli. Gracias por darnos posada en tu casa. Brindaremos si tú quieres.

—A mí no me metas en eso —protestó Adela, ovillándose en su extremo del sofá.

—Puede ser con una frase —me dijo Oli—. Como la que tiene tu familia.

—*¿Familia usque ad aras?* —pregunté—. Ese es un lema familiar. Y uno muy mancillado, por cierto.

—Bueno, podríamos hacer algo similar, pero que represente nuestra amistad.

—De hecho —intervino Adela, asomándose por encima del hombro de Olivia—, el lema de tu familia es un calco de una locución latina del siglo V antes de Cristo y se refería a la amistad, a una que prevalece de por vida y hasta el final: *Amicus usque ad aras.*

—Vaya, pues eso suena mucho mejor —admití.

—¡Es perfecta! —dijo Olivia con el rostro iluminado—. *¡Amicus ad aras!*

—Amicus *usque* ad aras —corrigió Adela con énfasis.

—Entonces brindaremos por la amistad. —Olivia se levantó de su asiento, sosteniendo su copa en la mano diestra—. Por lo vivido hasta aquí y lo que viviremos junto a quienes faltan cuando los recuperemos.

Para mi sorpresa, Adela también abandonó su asiento.

—Por Guido —añadió, y dirigió sus vivos ojos almendrados hacia mí.

—Por Aiden —continué levantándome, sin importar que la herida de su ausencia se abriera al pronunciar su nombre.

—Ahora lo diremos juntos —indicó Oli, y antes de que yo pudiera preguntar en qué clase de ritual de víspera de todos los santos nos habíamos metido, su voz, esa que guardaba para los escenarios, resonó dulce pero firme en la sala—. *Amicus* —empezó, dirigiendo su copa hacia nosotros.

—*Usque* —siguió Adela, con una solemnidad que no le impidió contagiarse del entusiasmo de Olivia.

Al notar que ambas me miraban, dejé escapar el aire de mis pulmones y, venciendo mi pudor…

—*Ad* —continué, acercando mi recipiente al de ellas.

—*Aras!* —coreamos los tres casi al unísono, levantando nuestras copas para brindar.

Reímos pese a las circunstancias. Y lo merecíamos, así como brindar, crear un recuerdo al que aferrarnos, escapar por un instante del conjuro del insomnio y prolongar nuestras últimas horas de amnistía. Lo merecíamos tanto como el prisionero al que le es concedido un último deseo antes de caminar hacia el cadalso. Solo que, mientras los deseos se agotan al ser cumplidos, los pactos prevalecen. Y esto último era lo que nosotros acabábamos de concedernos: una promesa.

20

FIAT VOLUNTAS TUA

I

1 de noviembre
4:40 p. m.

Al menos puedo decirte que pasé el primer día de mis diecinueve años en el lugar que se había convertido, sin que me diera cuenta, en uno de mis favoritos del mundo: la Biblioteca de Alejandría. Franqueé sus pasillos alfombrados sintiéndome como si flotara gracias al hechizo infalible del aroma, tan familiar como el del petricor, que emanaba de esas voces silenciosas que dormían en las estanterías; le quité el polvo al corredor digno de museo en el que Guido lucía sus más amadas antigüedades bajo vitrina y barrí los rincones ocultos de la mirada del público con la sensación de que, a través de los recuerdos que recolectaba durante mi ir y venir —las conversaciones con Adela, las noches de ajedrez con Guido, las reuniones con Aiden y Olivia, o mis horas de escritura distendiéndose bajo el hipnótico chasquido de la máquina—, lo que hacía en realidad no era otra cosa que despedirme. De pronto cobraba sentido la explicación de Guido sobre el origen del verbo despedir: «pedir permiso para marcharse». Y es que esa era la cuestión: la posibilidad de retornar a cómo habían sido las cosas era remota.

—Ha llamado Olivia —me dijo Adela cuando yo terminaba de inventariar los libros recién llegados en la trastienda—. Quiere que vayas. Y yo también. Se acerca la hora.

Me giré hacia el reloj colgado en la pared, encima del almanaque de un eterno 1978. Eran las cinco de la tarde.

—Pero no demoro en acabar de…

—Dorian —Adela cubrió mis manos con las suyas, que eran cálidas y reconfortantes, en un gesto íntimo que jamás había tenido conmigo—. Ya termino yo, estaré bien. Tú vas a estar bien.

Negué con la cabeza.

—¿Cómo puedes sab…?

La librera se aproximó a mí y me dio un beso suave en la mejilla.

—Te lo prometo —musitó al separarse.

En otras circunstancias me habría limitado a enrojecer como un chiquillo, pero en las de entonces dejé a un lado mis reservas y abracé a Adela con fuerza.

—Gracias —susurré sobre su hombro, intentando memorizar el roce etéreo de su cabello sobre mi rostro y sus manos rodeándome.

Cuando llegué a casa de Olivia, mi amiga me recibió con un matasuegras y un pequeño pastel de chocolate, crema batida y fresas entre las manos. Me cantó el *Cumpleaños feliz* en su versión de soprano solista y me instó a cerrar los ojos para pedir un deseo. «Deseo volver a verlos esta noche», pensé antes de soplar las tres velitas que coronaban el glaseado. Cuando abrí los párpados, advertí que Olivia mantenía los suyos cerrados con fuerza y las manos entrelazadas frente a su rostro, como si se uniera a mi plegaria. Después, me guio a la habitación de Laura (o la mía, en los últimos días). Una caja plana y alargada, de papel brillante y moño pomposo, reposaba sobre la cama. Oli me sonrió y me dispuse a abrirla. Dentro encontré el que debía ser el traje más increíble que yo jamás hubiera tenido.

—Adela y yo tomamos las medidas de tu ropa —reconoció Olivia mientras me observaba revisar los detalles del conjunto: la textura de la tela, el color gris azulado en cuyos pliegues se creaban sombras del color de la noche—. Te irá como anillo al dedo. La única condición es que también tendrás que usarlo cuando vayas a verme actuar en *El fantasma de la ópera*, en el Palais Garnier de París, y que…

Acepté la condición echándole los brazos a mi amiga mientras besaba su cabeza, su frente, sus mejillas, la punta de su naricilla de botón.

—Vamos, mídetelo —me dijo ella divertida, desprendiéndose de mi agresivo arranque de emotividad.

Así lo hice, y aunque jamás confié en eso de que el hábito hace al monje, de creérmelo esa noche dependían muchas cosas. Me veía mucho mayor; apenas reparaba en que en verdad me convertía en un adulto. Cedí a la vanidad de complementar el conjunto echándome el pelo hacia un lado con ayuda de una cera capilar que Olivia tenía en su tocador, y me presenté en el pasillo como si fuera otro yo: quizá aquel doble que aparecía para ser temido, y ya no quien temía.

Satisfecha con el resultado de su regalo, mi amiga me llevó a la cocina y nos dispusimos a devorar el pastel. Le agradecí con efusividad tras el primer bocado, pues no andaba bien de apetito y estaba seguro de que ninguna cosa que no estuviese hecha de fresas y chocolate hubiese podido con el nudo que se me había hecho en el estómago.

Llegado el momento, Olivia llamó un taxi y nos despedimos con un despliegue de afecto que le habría revuelto las tripas a Oscar V. Me recreé en esa idea mientras subía al auto y le daba la dirección al conductor. Me despedí de Oli una última vez desde la ventanilla hasta que el taxi dio un giro y nos mezclamos en el tráfico. Entonces, mientras apoyaba mi cabeza en el vidrio y me dejaba mecer por el vaivén del automóvil, contemplando el día que se esfumaba entre los reflejos rojizos del crepúsculo, me hallé pensando en que los vínculos que me unían a Olivia eran mucho más fuertes a los que me ataban a mi familia, pues mientras la sangre era lo único que me mantenía ligado a los V., lo que a nosotros nos había hermanado eran cuestiones que nos superaban, como el tiempo y el destino, tal y como la fuerza que impulsaba a la tierra a rotar, o como las constelaciones que permanecen unidas desde la creación. Vi los astros aparecer uno a uno en una perfecta sincronía entre mente y universo a medida que el auto se encaminaba hacia la salida de la ciudad, y un delicioso hormigueo empezó a viajar desde mis articulaciones hasta mi regazo. Mis ojos se cerraron por un lapso que se me hizo interminable y entonces comprendí que todo este tiempo habían permanecido abiertos, y que las estrellas que titilaban en ese tapiz cerúleo que crecía sobre mi cabeza me hablaban, me arrullaban, me revelaban la única verdad que importaba: *Yo. Nosotros. Ellos. Todos estamos hechos del mismo material. Somos un sueño dentro de otro sueño; el de la misma mente creadora. ¿Por qué habría de temer? Todos vamos a morir y si*

nada tiene sentido ahora, menos aún lo tendrá entonces. Es eso en lo que todos somos iguales. El final, que nos confronta a la oscuridad que domina al universo.

«¿Pero qué…?».

Me espabilé en mi asiento, desorientado. No tenía idea de cuánto tiempo había transcurrido, pero las ruedas del automóvil trastabillaban en un terreno irregular. Me horroricé al percatarme de que lo sabía por el bamboleo constante de mi cuerpo de un lugar a otro, mas no por lo que pudiera ver, pues a mi alrededor el mundo perdía toda posibilidad de ser aprehensible para mis sentidos en el orden correcto. El cielo entraba por las ventanillas y aquel trozo de luna menguante era yo, y mirándome me miraba mirarme en el retrovisor, y todo lo que debía estar dentro se derramaba afuera, en el inmenso campo abierto y en el sendero de árboles que se erigían como titanes para caminar a mi lado.

—O… Oiga —logré murmurar, pero lo que oí era el eco de esas sílabas rebotando sobre el techo del auto, que a la vez era la bóveda celeste—. Pare, por favor… —Me llevé una mano al estómago. Tuve que concentrarme para no quedarme pasmado mirándome la mano, pues esta dejaba una estela brillante al moverse, y el tacto de mi propia piel generaba un hormigueo que se amplificaba por todo mi ser ante el roce más leve.

Creí que el taxista no me había escuchado hasta que el auto se detuvo, y el mundo también. Era el turno de los sonidos: el de mi respiración acelerada, el de los insectos que poblaban el exterior, el de la puerta del taxi abriéndose con brusquedad.

A duras penas logré arrastrarme al borde del asiento y atinar a sacar —¿o meter?— mi cabeza al espacio, donde la brisa era una diosa irascible que me sacudía por los hombros, y a mis oídos musitaba: «Ahora vas a…».

Vomité sobre el camino destapado que la luz al interior del automóvil alumbró por un segundo. Oí al taxista —o lo que sea que fuera— espetarme una imprecación, pero pronto terminé de arrojar el pastel a medio digerir sobre las rocas.

De pronto, antes de que yo alcanzara a levantar la cabeza, fui arrastrado lejos de la lumbre del automóvil y, mientras me perdía en la contemplación del cielo que había salido de la prisión del auto, las ramas y las raíces de los

árboles me depositaron sobre una alfombra de hierba crecida, liberándome de su abrazo. La tierra respiraba bajo mi espalda, el infinito se revelaba ante mis ojos y yo flotaba sobre todo lo creado.

II

7:35 p. m.

Me despertaron las arcadas, pero yo estaba vacío y no hice más que retorcerme como un animal enfermizo.

—*Lobatillo*…

Me volteé con brusquedad hacia el sonido, mas no había nadie allí. Yo era el único ser humano en aquel paraje en cuya oscuridad la noche de todos los santos era un espectáculo de fulgores, ante los cuales los de la ciudad que yo había dejado atrás resultaban insignificantes.

Me fue imposible saber dónde estaba, cuánto tiempo llevaba allí y por cuánto más deambulé por el campo abierto. Tan solo me detenía para echarme a temblar, presa de un frío inclemente, o para volver a ver la belleza natural que, indiferente a mí y a mi urgencia de escapar de la prisión de mi propio cuerpo, se desplegaba a mi alrededor.

—¡Olivia! —clamé al aire y, aunque quería echarme a llorar, lo único que me salió fue una risa descontrolada que no tardó en convertirse en una explosión de histeria.

Corrí por ese prado que el viento transformaba en marea, sin llegar a ningún lugar. «¿Qué me hiciste?», repetía para mis adentros en medio de la procesión de pensamientos inverosímiles que me nublaban la mente, y sin embargo lo comprendía. Maldición, por supuesto que comprendía. Quería protegerme, ¿cierto? Por eso se había visto superada por el miedo. Pero ¿cómo iba a protegerla yo ahora? ¿Y a Adela? ¿Y a Guido? ¿Y a…?

—¡Aiden! —grité a las constelaciones que me miraban desde lo alto, imperturbables en su majestuosidad, y mientras corría me atreví a preguntarles cómo iba a recuperarlo; cómo podría volver a verlo y tenerlo cerca para pedirle perdón, perdón, *perdón; me alejé en el momento en que me creía más vulnerable, cuando eras tú quien estaba más expuesto. Y si cuando ellos vinieron por ti yo hubiese estado a tu lado, tal vez seríamos los dos los que*

veríamos las estrellas ahora, como la noche en la que me hablaste de tu pasado. Porque conmigo no temías mostrarte frágil, pues sabías que yo también lo era, y que había algo más en lo que éramos parecidos tú y yo: en que nos sanábamos y reinventábamos como el arte restaurado en cuyas grietas se revela una belleza sobrecogedora; entonces yo tomé piezas de ti para mí y tú de mí, sin que hubiera un solo momento en que dejáramos de ser nosotros mismos. Y si amar no es eso, no sé lo que es…

Algo me detuvo. Las luces que me encandilaban ya no venían de las alturas, sino de lejos, de cada vez más lejos.

—¡Ayuda! —exclamé desesperado, pero el ruido que provenía de mí apenas hacía mella en el que manaba del faro. ¡Porque eso era lo que debía ser aquello! Y yo estaba en ese océano de algas alargadas que ralentizaban mis pasos a medida que yo luchaba por perseguir aquel haz de resplandor. ¡No! No era un haz, eran dos. «¡Un auto!»—. ¡Aquí! —volví a gritar. Los faros me habían ignorado; estaban pasando de largo—. ¡AQUÍ! —insistí hasta hacerme daño en la garganta. Recuperé un nuevo ápice de sobriedad, lo que me permitió advertir que las luces ya se alejaban—. No… —gemí, cediendo al cansancio hasta caer de rodillas sobre el pasto.

Entonces, cuando los faroles no eran más que dos brazas encendidas en la distancia, como los ojillos de un animal nocturno, se detuvieron. Un arranque repentino de adrenalina me propulsó a salir corriendo en esa dirección, gritando y haciendo aspavientos como un poseso, con la sensación de que la distancia se prolongaba con cada uno de mis pasos, hasta que noté la silueta del vehículo. Habría sido difícil no hacerlo; se trataba de un enorme camión de carga que se encontraba estacionado en un sendero con el que seguro no hubiera dado de no ser por las luces.

—¡Aquí! —gritó una voz masculina a la que siguió un claxon que me hizo frenar en seco. ¿Acababa de escuchar la melodía de *La cucaracha*?

«Ahora sí que me puedo ir al infierno», pensé, aterrado ante la idea de que mi única esperanza era una alucinación. ¿Lo era?

—¡Corre! ¿Qué esperas? ¡Vamos, muchacho!

—¿Guido? —articulé enloquecido.

Sin más tiempo para pensar, seguí corriendo tan rápido como la taquicardia me lo permitía y, tras trepar por una pequeña colina que

ascendía a una vía alterna, me hallé ante el tráiler.

Lo rodeé hasta alcanzar la puerta del copiloto, que se abrió de par en par, revelando a… «¿John?». Había venido para hacerse cargo de mí, al igual que lo había hecho con Aiden…

—¿Qué te pasa, muchacho? ¿No me extrañaste? —dijo el que volvía a ser Guido, tendiéndome una mano. Me aferré a ella y entré al tráiler de un salto, siendo recibido por uno de los abrazos característicos del librero: más palmadas toscas en la espalda que cualquier otra cosa.

—¿Dónde estabas? —le pregunté alucinado. No superaba la sensación de que pronto desaparecería o de que, si los efectos de la droga se mantenían, Aiden se materializaría allí también.

Pero él no apareció. Quienes acompañaban a Guido eran el investigador Cecil T., quien me hizo un saludo militar desde el puesto del piloto, y un hombre que no reconocí en el otro extremo del asiento que Guido compartía conmigo.

—Tuve que desaparecer por seguridad —me dijo Guido mientras el vehículo volvía a ponerse en marcha—. No podía decírselo a nadie.

—Ha… han asaltado la l-librería —le dije atropelladamente—. Se llevaron a Aiden y amordazaron a Adela.

—Lo sé, muchacho, y lo siento.

—¿En serio eres real? —gemí—, pruébame que…

Un nuevo fulgor me encandiló y me convencí de que debía ser el final, pues en un parpadeo pasé de la oscuridad a una luz cegadora. De pronto me pareció que yo era Ícaro y aquel era mi castigo, mi fin, mi…

Alguien me levantó un párpado y suspiró.

—Sip. Está drogado hasta las cejas —resolvió el tipo al que no había reconocido.

Aparté la luz de mi cara. Era una linterna, no el apocalipsis.

—¿Fausto? —pregunté, aunque lo que me salió fue «¿Fsto?».

—Cálmate, hijo, que ibas bien —dijo Guido.

—¿Qué hace él aquí? —inquirí.

—Lo mismo que nosotros —contestó Cecil—: ayudarte.

—Él no… Él es… —Sacudí la cabeza; mi cerebro aún estaba demasiado intoxicado como para permitirme hacer un nuevo juicio de valor sobre el periodista—. ¿Qué hora es? —decidí preguntar en cambio.

—Las siete y media —respondió el detective.

Maldije entre dientes.

—Lo sabemos, la reunión era a las siete —indicó Guido—, pero pierde cuidado. Lograrás entrar.

—¿Cómo es que lo saben?

—Buenos contactos, muchacho —respondió con un guiño—. Solo intenta no parecer tan… eh… —hizo un gesto con una mano para abarcar mi apariencia—, drogadicto.

Fausto soltó una carcajada y, aunque quise insultarlo, tuve que contentarme con cerrar los ojos para que no volvieran las náuseas.

—Por lo demás, no te preocupes —dijo el detective—. Hemos detenido a quien te ha hecho esto. Al parecer ella tenía sus propios intereses personales. Es por eso que estábamos siguiendo todos tus pasos.

—¿Qué? —Salté de mi asiento—. Pero Olivia no…

—¿Olivia? —me interrumpió el librero—. Cecil habla de Adela.

—¡Adela no es quien…! —Tuve que interrumpirme para recuperar el equilibrio. Los tres rostros vueltos a mí se mezclaban y separaban una y otra vez.

—Calma, calma —insistió Guido, empujándome con suavidad al respaldo del asiento—. Intenta contarnos qué ocurrió.

—Olivia me dio algo de comer antes de salir —les dije—. Ella también comió, pero debió haberle puesto algo a mi plato.

—Mierda —masculló el detective y, con el volante del tráiler en una mano y una radio de comunicaciones en la otra, procedió a hablarle a Javier, uno de los patrulleros que «protegían» la casa de Olivia, a quien preguntó a quién habían detenido.

—¡Te dije que no era Adela! —gritó Guido, quien se había llevado ambas manos al bigote, horrorizado.

—Todo indicaba que era ella —se defendió el detective.

—Olivia era amante de Frank —tercié al borde de las arcadas—. O lo es, ya no lo sé.

—¡Frank es quien me está protegiendo! —exclamó el librero.

Me dejé caer en mi asiento, renunciando a la cordura.

—Oigan, así no van a poder convencer al chico de que está lo suficientemente sobrio para ir a la reunión de la Orden —intervino Fausto.

Un frenazo nos precipitó a los tres copilotos al tablero. El motor del vehículo emitió un chirrido lastimero.

—¡Escuchen! —instó Cecil, sosteniendo la radio en alto de la que, de súbito, ya no provino una voz masculina, sino la de una mujer.

—*Detective Cecil, óigame bien*. —La manera medio distorsionada y frenética en que las palabras de Adela llegaban a nosotros desde la pequeña bocina por poco me hace desconocer su voz—. *Llevo dos horas diciéndoles a estos ineptos que tengo motivos para creer que Olivia intentará colarse en la reunión de la Orden, ¿me oye? ¡Debe hacer algo antes de que esa chica cometa una estupidez y se infiltre en ese lugar!*

III

8:00 p. m.

Fui transportado al punto de encuentro por uno de los hombres del detective, quien me dejó en la zona oeste del Parque del Edén. La temperatura había descendido varios grados, y bendije el abrigo largo que me había prestado Fausto antes de que nos despidiéramos. Quería creer que me ayudaba a ocultar mejor la pequeña pistola 9 mm que Cecil insistió en que llevara conmigo «por si acaso», aunque pesaba más y más a medida que me aproximaba al lugar del encuentro.

Tras algunos minutos de caminata, los árboles revelaron la pequeña isla. En ella se erigía un único edificio cilíndrico cuyos ventanales proyectaban resplandores dorados que disipaban la negrura. Los dos hombres que custodiaban el muelle me saludaron con cierta pomposidad antes de preguntar mi nombre y después la contraseña. «*Fiat lux*», respondí, agradeciendo para mis adentros que la luz que provenía de la isla estuviera lo suficientemente lejos como para que ellos notaran mi palidez y mis temblores.

Fui guiado hacia una góndola en la que un anciano, alumbrado por una farola que pendía de uno de los extremos de la pequeña embarcación, me condujo por la laguna. Entre tanto, yo miraba a mi alrededor, entre ansioso y desconcertado ante aquel escenario surrealista. El anciano, ataviado con una túnica negra, ostentaba un aire de fantasmagoría mientras remaba a la luz de

su farola, y poco a poco el edificio que ocupaba la isla pareció transformarse en un titán que hubiese surgido de las aguas, negras como la brea.

Según Cecil, los efectos de la droga debían empezar a atenuarse gracias a que la había expulsado en parte al vomitar, y aunque al principio el LCD líquido —o lo que fuese que había ingerido— me parecía una desventaja, mientras me acercaba al momento de la verdad decidí ampararme en el desfogue de energía que la droga aún me otorgaba.

«Ellos tienen a Aiden, y quizá también a Olivia, si la descubren», me había dicho Cecil en el camino. «Lo usarán para manipularte, para que interrumpas la publicación de ese libro y quién sabe qué más. Intenta negociar con ellos para liberarlos»… No obstante, curiosamente no eran sus palabras las que repicaban en mi mente hasta el hartazgo, hasta que casi podía canturrearlas: «O estás con ellos, o estás en su contra».

Una vez en la isla, se me volvió a preguntar mi nombre y la contraseña antes de que me permitieran pasar. Casi estaba preparado para encontrar una capilla de paredes negras, un altar y un grupo de encapuchados rezando en latín mientras sacrificaban un gato negro. Sin embargo, la biblioteca resplandecía de esa belleza que solo ostentan esos lugares que han custodiado el arte y los libros durante años; incluso flotaba en el aire el familiar perfume de la madera barnizada, el del cuero envejecido de los tomos más viejos y el de los pergaminos. Era un sitio imponente, y sin embargo aparentaba ser inofensivo. O eso quise pensar.

Fui conducido a un ascensor tapizado en rojo en el que, al entrar, perdí todo sentido de la orientación. ¿Bajábamos o subíamos? Fuera lo que fuese, sus puertas se abrieron en lo que lucía como otra dimensión. De los altos techos pendían lámparas henchidas de cristales, y de las paredes, decoradas con columnas de mármol y cortinas de terciopelo escarlata, colgaban tapices enormes como ventanas a escenas de la mitología griega. El suelo de mármol quedaba medio oculto por una alfombra del mismo color que se extendía en el largo pasillo frente a mí. Experimenté un ligero *déjà vu* de la Fiesta del Fuego, aunque ahora mi situación fuese mucho más sombría.

Avancé, siguiendo la alfombra roja que me guiaba como un hilo de Ariadna hacia una figura enfundada en una capucha negra que me esperaba al final, al lado de una puerta de madera grabada. Al estar lo suficientemente

cerca, noté que llevaba una máscara blanca de rasgos andróginos, como las que simbolizan el teatro, pero con una expresión de Mona Lisa en sus facciones regulares.

—*Salve*, Dorian —me saludó una voz familiar cuando estuve ante él.

Me quedé de piedra, intentando escrutar en los ojos que se escondían tras la mirada vacua de la máscara, pero quien me acababa de saludar se retiró la capucha y luego descubrió su rostro. Yo lo había reconocido desde que su cabeza quedó expuesta, pues esa mata de cabello rojo y engominado jamás pasaría desapercibida para mí. Daniel V.

Mis reflejos aún estaban demasiado ralentizados como para que alcanzara a decir algo y, antes de que pudiera hacerlo, mi hermano me calló con un gesto de su mano.

—No podemos hablar aquí —advirtió—. Entraremos y, una vez que lo hagamos, cualquier palabra que interrumpa la ceremonia hará que estés fuera de inmediato. Así que, si tienes dudas o aún no estás seguro de entrar, estás a tiempo de marcharte.

—Daniel, por favor, debes ayudarme. Necesito saber dónde están…

—Última advertencia. —Daniel volvió a ponerse la máscara y la capucha —. Dorian V., hijo de William V., profano y hombre libre —dijo entonces con voz solemne—, ¿deseas cruzar las puertas del Templo de los Caballeros de Alétheia esta noche, por tu propia voluntad, para ser iniciado en la verdad, ser purificado por la luz y ser partícipe de sus secretos?

Apreté los dientes. «O estás con ellos, o estás en su contra».

—Sí —respondí, armándome de valor—. Quiero entrar.

—Bienvenido entonces. —Daniel se acercó a mí y lo que creí que sería un abrazo de bienvenida se convirtió en una requisa que, por fortuna, no comprometió mi entrepierna, donde, siguiendo el consejo de experto de Cecil, yo había guardado la pequeña arma—. Esta noche y a partir de ahora yo seré tu Virgilio —explicó él cuando acabó su rápida inspección, volviendo a encararme—. He sido yo quien te ha postulado como miembro y quien te ha abierto las puertas a esta santa sociedad, y seré yo quien te guíe en la ceremonia de iniciación. ¿Estás listo?

Quise escupirle en la cara, reclamarle por lo que había hecho a Adela y a su casa, y probablemente también a Aiden. Sin embargo, comprendía que mi

única forma de ganar aquel juego era siguiendo sus reglas. Por eso asentí con una sumisión que al parecer la droga me facilitaba. Ni siquiera me atreví a preguntar por el significado exacto de lo que era un «Virgilio». Conocía al personaje de la *Divina comedia* de Dante Alighieri, y me bastaba con saber que era aquel que había sido su guía por el infierno y el purgatorio, lo cual no era, con exactitud, alentador para mí.

Daniel me condujo a la primera puerta. Esta se abrió de inmediato, dándonos paso a una sala circular, más bien pequeña y mal iluminada, custodiada por dos enmascarados.

—Deposita aquí tus metales —indicó Daniel señalando la mesa en el centro del lugar, donde vi varios elementos que no parecían tener relación entre sí: un viejo cráneo humano, un reloj de arena, una vela y, en el centro, una bandeja transparente—. Gemelos, llaves, anillos, etcétera —especificó mi hermano—. Despreciarás lo material, los lujos, la vanidad. Dejarás de ser esclavo de lo superfluo, del brillo de la plata y del oro.

Deposité los gemelos de mi camisa y las llaves, pero no quise desprenderme del anillo de la orden, que pendía de la cadena en mi cuello. Daniel pareció notar que dudaba, pues se acercó y deshizo el nudo de mi corbata.

—La ambición individual es el vicio más deplorable —advirtió mi Virgilio tras la máscara inmóvil—. Renunciarás a tus posesiones. —Puso mi corbata sobre la bandeja—. Renunciarás a tu ego. —Me quitó el abrigo y la chaqueta y los entregó a uno de los encapuchados—. Renunciarás a tu sangre. —Se dispuso a deshacer los botones de mi camisa e intenté detenerlo aferrando su muñeca. Pero si yo retrocedía ahora, lo echaría todo a perder. Así que retiré mi mano para permitir que Daniel me quitara la cadena con el anillo y lo depositara en la bandeja.

Continuó deshaciendo hasta el último botón, y luego me pidió que también me retirase los zapatos y los calcetines. Así pues, terminé encontrándome descalzo y con el torso expuesto bajo la camisa abierta. Como has de imaginar, esa era la última manera en que habría sospechado que transcurriría esa noche.

Aunque quería creer que todo lo que escuchaba era producto del narcótico o de mi mente confundida, mis ojos se adaptaban bien a la

penumbra y el único síntoma que se resistía a desaparecer era la sensación de que el mundo del sonido y del tacto estaban hechos de ecos que se esparcían en mi interior con réplicas cada vez más intensas.

—Cierra los ojos —me dijo Daniel antes de deslizarme una venda sobre ellos, dejándome a oscuras—. Ahora morirás a la vida profana. —Sentí que me pasaba una soga por encima de la cabeza—. Si deseas emprender una búsqueda desinteresada de la verdad, deberás conocerte y retornar a tu origen.

Daniel me condujo por la habitación y, en cuanto nos detuvimos, oí que daba tres golpes a lo que debía ser otra puerta. Esta se abrió y entré en una habitación en la que oí el rumor de lo que debía ser al menos un centenar de voces susurrantes.

De repente sentí la punta gélida de un metal sobre mi pecho. Intenté retroceder, pero Daniel afirmó su agarre, obligándome a permanecer inmóvil.

—¿Quién va? —preguntó un hombre con firmeza. Su voz reverberó por el recinto, evidenciando lo amplio que este era.

—Saludos, venerables maestros —dijo Daniel—. Soy un hermano compañero y he venido para presentar a un joven profano; hombre libre, honrado y de buenas costumbres, quien pretende que se abran para él las puertas del templo.

La presión de la daga sobre mi pecho desapareció, mas no el temblor que transitaba por mi espina dorsal en oleadas.

—Proceda a presentarlo.

Daniel indicó mi nombre, mi edad y el lugar en el que vivía. Se escuchó un golpe de madera sobre madera, como el martillo de un juez, y a lo lejos oí las palabras que ansiaba y temía escuchar en partes iguales:

—Denle entrada.

IV

Por un instante creí que la música venía de mi cabeza, del arrebato idílico con el que los últimos efectos de la droga debían nublar mis sentidos, pero las voces se elevaban, potenciadas por un eco etéreo que me erizó la piel mientras yo avanzaba, guiado por la mano firme de Daniel. «Lacrimosa»,

pensé desconcertado. Lo que entonaba el coro era la marcha fúnebre que Mozart había compuesto en su lecho de muerte.

Me sorprendió que mis pies dieran con varios obstáculos en el recorrido. Primero como si el terreno fuese escarpado, quizá sembrado de piedras de distintos tamaños. Luego comencé a andar sobre un camino encharcado y, al final, la temperatura a mi alrededor se elevó, como si transitara por un pasillo cercado por antorchas. De no ser por las voces del coro, que me ayudaban a orientarme, habría creído que había pasado por salas distintas.

Lacrimosa dies illa / Qua resurget ex favilla…[12]

—El candidato ha superado las tres pruebas —anunció de nuevo la voz al fondo de la sala, elevándose por encima de las del coro—. La del bosque oscuro, en el que se halla todo aquel que emprenda un viaje hacia la luz de la verdad. La del agua, a través de la que todos somos purificados. Y la del fuego, con la que el candidato ha hecho acopio de su templanza para sobreponerse a sus pasiones y juzgar el conocimiento con serenidad. Ahora, hermanos vigilantes, ¿qué deciden para el candidato?

—¡Luz! —exclamaron varias voces al unísono.

—¿Y tú, profano?

Tragué saliva antes de responder, con un hormigueo en los labios:

—Luz.

—*Fiat lux!*

Tras tres golpes de madera sobre madera, la venda cayó a mis pies. Parpadeé varias veces antes de advertir que los hombres que me rodeaban apuntaban a mi pecho con sus espadas. La luz alumbraba el suelo de tablero de ajedrez sobre el que me hallaba parado, arrancando destellos cegadores al filo de las armas.

—Estas espadas simbolizan tu muerte a la vida profana, y tu renuncia a actuar contra la Orden a riesgo de pagarlo con tu vida —dijo el hombre al fondo. Encabezaba una suerte de tribunal, y llevaba una máscara que cubría la mitad de su cara—. La única espada que blandirás de ahora en adelante será la del conocimiento —concluyó—. ¿Aceptas?

—Acepto.

Los hombres bajaron sus espadas. Daniel me giró hacia él y me dio un cáliz cuyo contenido, un líquido entre dulce y amargo, tuve que beber sin

hacer preguntas. Luego me llevó hacia el tribunal, del cual bajó el hombre del centro hasta situarse frente a mí.

Mi Virgilio me tomó por ambos hombros e hizo presión para que yo me arrodillara. Mis ojos se acostumbraban a la penumbra y advertí, detrás del tribunal, una altísima estatua que representaba a un macho cabrío con torso humano.

—¿Juras guardar y proteger los secretos de la Orden, así como consagrar tu vida, tu intelecto y tu talento a la búsqueda de la verdad y la justicia? —preguntó el hombre, acercando su espada a mi cabeza.

Empujé las palabras fuera de mi boca seca:

—Lo juro.

Me tendió un libro abierto en el que reposaba la unión entre un compás y una escuadra. Daniel tomó mi mano y la guio hacia el centro del tomo, que por sus párrafos dobles parecía ser una Biblia.

—Dorian V.: yo, venerable maestro del Templo de Alétheia en el grado 33, conforme a los estatutos sobre los que se funda esta hermandad, te concedo el título de aprendiz y te proclamo miembro activo de esta venerable Orden.

La melodía del coro llegaba a su fin, arrastrando las últimas notas de un «*Amen*», y mezclándose con el ruido de espadas entrechocando, como si se tratada de aplausos.

Mi hermano deslizó sobre mis hombros una capa como la que llevaban todos allí y me entregó una máscara blanca.

—Ahora, hermano aprendiz, puedes pasar a los Campos Elíseos —dijo el gran maestro a manera de despedida.

Daniel me guio de vuelta a la antesala del templo y pude volver a hacerme con mis cosas. En uno de sus descuidos, aproveché para pasar la pistola al bolsillo interno de mi chaqueta, que quedaba cubierta con esa capa negra de textura satinada con la que me sentía vestir de la noche misma, como si en verdad fuese uno de ellos. Vacilé antes de ponerme la cadena con el anillo, y al final decidí llevarlo puesto, por primera vez, en mi anular izquierdo. Al verlo allí, contrastando con la palidez de mi mano, pensé en papá y en todo lo que había aprendido de él hasta entonces, y sentí que recuperaba el coraje que necesitaba para resistir a lo que viniera esa noche.

Una vez que me puse la máscara, mi hermano me llevó de vuelta al templo. Subimos por unas escaleras laterales que conducían a un balcón amplio al que asomaban algunos miembros. Desde ahí, mientras arrancaba la ceremonia de otro iniciado, observé que la sala era tan amplia como una piscina olímpica. El piso de tablero de ajedrez solo se hallaba en el centro, y estaba bordeado por los tres caminos que yo había pasado: el de piedras, el de agua y el de fuego, este último custodiado por una hilera de hombres que sostenían antorchas. A cada lado del templo había dos sillerías que estaban llenas de al menos cien miembros, todos con sus máscaras puestas. Por último, tras el tribunal se encontraba la enorme estatua del ser antropomorfo que yo había visto antes.

Entre tanto, Daniel me explicaba los comandos esenciales de la Orden, todos ellos en latín, y algunos signos masónicos importantes, como el saludo, que era más bien un agarre de manos.

—En la antigüedad debíamos reconocernos en la oscuridad —explicaba a mi oído—. Y de alguna manera lo seguimos haciendo para sobrevivir a los de afuera. A los profanos. Me alegra que tú ya no lo seas. Ahora eres uno de nosotros. —Me dio dos palmadas en el hombro, saliendo de su rol de Virgilio para volver a ser mi hermano de sangre por un momento—. Te ayudaremos a volver a enderezar tu camino.

—He cumplido con mi parte; ahora necesito que ustedes cumplan con la suya —dije al fin—. Sé que Aiden está aquí. Llévame a él. —Me abstuve de mencionar a Olivia. No podía reclamarla si aún no estaba seguro de que también había sido retenida por la Orden.

Daniel permaneció en silencio por largos segundos y temí lo peor. Entonces volvió a acercarse a mí y, volviendo a ser Virgilio, quizá ahora mucho más que antes, musitó un: «Sígueme».

Daniel me guio hacia un piso superior y me dejó en un salón rectangular vacío en el que me pidió que esperase. Mientras aguardaba, me fijé en los tapices que decoraban los paneles de las paredes. Noté que, desde que había llegado a ese lugar, no había visto una sola ventana. ¿En realidad me hallaba en un sitio subterráneo?

Comenzaba a impacientarme, así que me dirigí al fondo de la sala, la parte más iluminada, donde había reconocido una imagen familiar al entrar. En aquel tapiz identifiqué el sello circular, los tres escudos, las dos manos

que señalaban su centro y los elementos esféricos que lo componían. Era el símbolo que se hallaba en la casa del abuelo y con cuya sigla había empezado todo.

—*Visita interiora terrae…* —comencé a leer los bordes del sello en voz baja, a escasos metros del enorme tapiz.

—*Rectificando inveniens occultum lapidem* —continuó alguien a mis espaldas. Me giré poco a poco, pasmado ante el timbre profundo y sereno de aquella voz, y contemplé la figura enmascarada que acababa de aparecer al fondo de la sala—. V.I.T.R.I.O.L. —continuó—. Debes adentrarte en ti, donde no llega la luz del exterior y no puedes ser engañado por tus sentidos, pues allí se concentra la esencia del Todo —explicaba mientras avanzaba hacia mí—. El centro del universo se encuentra en el interior del hombre. Lo has entendido, ¿verdad?

Se detuvo a un metro de mí. Entonces, casi sin percatarme de lo que hacía, dirigí una de mis manos a mi máscara y él hizo lo mismo con la suya, como si nos reflejáramos el uno en el otro. En un segundo nuestros rostros se enfrentaron. Y aunque al principio me sentí incapaz de comprender, ahora sé que solo me costaba aceptar que bastaría ese instante para que lo entendiera absolutamente todo.

—*Salve*, Dorian —me dijo Aiden, sin que una sola expresión cruzara por sus rasgos inconfundibles.

V

Estuve a punto de precipitarme a él, ansioso por volver a sentir la violencia de mi pulso acompasándose con el suyo… Pero algo parecido al desconcierto me detuvo. La cordura aún no me había desamparado, y fue gracias a ella que poco a poco las piezas cayeron en el sitio indicado. Aiden no estaba en peligro; no había ningún indicio de que estuviera allí en contra de su voluntad o de que necesitara ser salvado.

—¿Aiden? —murmuré con un hilo de voz—. Creí que… creí…

—Te lo dije, Dorian —me cortó él, y odié la manera en que mi corazón reaccionaba ante el sonido de su voz, ante la forma en que sus labios esbozaron cada sílaba de mi nombre, o cuando se acercó un paso a mí y agregó sin un ápice de duda, como si se hubiese guardado esas palabras

durante mucho tiempo antes de ofrecérmelas cual frutos maduros—: tú y yo jamás fuimos el centro de todo esto. Pero somos parte de él, de algo que nos supera. En este mundo —hizo un gesto al lugar—, las circunstancias son mucho más grandes que nosotros. «Las causas mayores». ¿Recuerdas?

De repente su voz me arrastró al recuerdo de esa noche. «Yo nunca pierdo», me pareció oírlo decir entre el lío que se desencadenaba en mi cabeza como el golpe de un rayo, estremeciéndome hasta el tuétano.

—Fuiste tú —le dije, haciendo un acopio de valor para que no me fallase la voz—. Fuiste tú todo este tiempo. Las notas, el libro de Ónice, las cartas en Villa Dionisio. Narciso…

—¿Y qué si lo fuera? —musitó Aiden con un asomo de anhelo en su voz, y me obligué a mirarlo a los ojos: los mismos que me habían parecido transparentes y ahora relampagueaban, letales como los de un obelisco—. Si supieras lo que yo sé, no podrías juzgarme por las decisiones que he tomado. Yo he dejado de juzgarte por las tuyas.

Mi mente era una maraña de contradicciones: el alivio de escucharlo era inmenso, pero el sabor amargo que el cáliz había dejado en mi boca se acrecentaba ante el peso de sus palabras.

—Me engañaste…

—¿Engañarte? —Entornó los ojos—. Te mostré el mundo, Dorian. El tuyo. Te enseñé quién eres, porque tenías demasiado miedo para averiguarlo por ti mismo. Te conduje a la verdad. ¿No es por eso que has venido aquí?

No me di cuenta de que había estado negando con la cabeza hasta que comencé a hacerlo con ahínco, con desesperación.

—No —murmuré, incapaz de seguir mirándolo—. Tú no… No es verdad. Nada de esto tiene sentido…

Aiden se aproximó y tomó mi barbilla entre sus dedos para que levantara la mirada. Me asombró descubrir que había partes de mí que respondían al encuentro de su piel con un afecto intacto, incluso cuando lo que recibía estaba lejos de cualquier sentimiento de naturaleza noble.

—Servimos a un propósito superior, al igual que con el arte que hacemos —musitó, y su aliento rozó mis labios. Dejé que mis párpados se cerraran; era incapaz de seguir viéndolo—. Hay actos que justifican el fin. ¿Qué es encubrir la verdad por un tiempo cuando lo que hay del otro lado es capaz

de revolucionar el mundo y todo lo que siempre hemos dado por sentado? Sé que tú, entre todas las personas, lo entenderás. Fuimos llamados a ser arquitectos del renacimiento de este templo. Acabaremos con la corrupción de raíz, como lo hicimos con tu abuelo, con John y con muchos otros. Se hará justicia. Tú y yo, Dorian, todos nosotros, estaremos un poco más cerca de Dios.

Abrí los ojos.

Antes de darme cuenta de lo que estaba haciendo, mi mano salió disparada hacia Aiden, quien encajó el golpe de mi dorso sin retroceder un solo paso. Dejé de respirar, perdiéndome en la imagen de la sangre que empezaba a asomar en la comisura de su boca. «El anillo», pensé mientras veía, con una mezcla de estupor y maniaco frenesí, la manera en que le temblaban las manos mientras se acercaba los dedos a los labios y convertía el diminuto botón escarlata en un borrón que surcó su piel. La palidez que adquirió su rostro cuando vio la sangre no hizo más que resaltar el rastro que esta había dejado en su mejilla. Sus ojos me atravesaron cuando me miró por encima de las cejas.

—Dijiste que nunca pierdes —recordé con una tranquilidad que no sentía. Usaba una máscara, pero no era la que sostenía en mi mano—. Y, bueno, yo te lo advertí —di un paso hacia él, atreviéndome a esbozar la sonrisa más amplia e insolente que me había permitido en mucho tiempo—: siempre hay una primera vez. ¿O esta es más bien la segunda? —agregué, evocando nuestro último encuentro.

Algo cambió en Aiden. Una contracción sutil en su frente, un fugaz asomo de dolor en sus ojos.

—*Impetum!* —El grito que salió de sus labios, firme y controlado, no se dirigía a mí.

Bastó esa palabra para que los guardias que custodiaban el exterior de la sala atravesaran sus puertas. Aiden volvió a ponerse la máscara y la capucha, pero sentí el peso de su mirada mientras los hombres, llevándome por los brazos, me arrastraban lejos de su presencia.

VI

Insistí en que debía hablar con Daniel V., y aunque mi voz se elevaba por los pasillos intrincados por los que era llevado a rastras, los guardas enmascarados no me escuchaban. Al parecer tenían muy claro cuál era mi lugar, y pronto averigüé de qué se trataba.

Fui arrojado a una sala oscura, atiborrada de espejos en los que la luz de la lámpara solitaria que pendía del techo no hacía más que sembrar sombras espectrales. Pronto, mi imagen multiplicada me hizo perder la noción del lugar por el que había entrado. Era una brújula rota que rodeaba una y otra vez el mismo camino, pretendiendo dar con el norte cuando lo que hacía no era más que dar vueltas en círculos. Grité y pedí ayuda, pero en vano. Debía salir de allí, debía encontrar a Olivia y sacarnos de ese lugar cuanto antes, debía…

Me dejé caer de rodillas en el suelo de mosaicos, respirando con dificultad. De pronto, sobre las manos que me sostenían salpicaron un par de gotas cálidas. Reí entre las lágrimas. Sabía con exactitud lo que sentía, y si el dolor se volvía visceral, agudo como una saeta de fuego que me atravesara el pecho, hondo como un vértigo que terminaba en sacudida, era por él.

«Te enseñé quién eres, porque tenías demasiado miedo para averiguarlo por ti mismo». Esas habían sido sus palabras. Y tenía toda la maldita razón. Había ido allí por él, lo había encontrado. Y aunque temía perderlo, dar con su fin o con el de ambos, solo había hallado esto último, un tipo de muerte para mí: la de la parte de mi alma que le había pertenecido y ahora yo mismo debía aniquilar. Aiden y Narciso eran parte de lo mismo. Era de él esa venganza retorcida de la que don Bruno me había advertido desde el principio, y estaba tan enfermo que creía que yo me pondría de su lado.

Lloré como un niño. Por el desengaño, por la traición, por la manera en que mi mente seguía buscando una manera de remediarlo, de acudir a las explicaciones más descabelladas con tal de negar la realidad: Lo han obligado a decirme todo eso. Está amenazado. Alguien lo ha manipulado…

Un ruido detrás de mí me obligó a guardar silencio. Levanté la cabeza poco a poco hasta ver mi reflejo en el espejo que había frente a mí. Parpadeé para que las últimas lágrimas dejaran de desenfocarme la visión. Entonces vi la figura que se había materializado a mis espaldas.

¿Qué diablos hacía una niña en ese lugar?

Di un vuelco con un grito a medio camino de mi garganta, pero el miedo se evaporó en segundos. No se trataba de una ilusión ni de un espectro: la pequeña que tenía ante mí, de unos siete años, vestida con una andrajosa túnica blanca, estaba tan viva como yo. Lo supe cuando me tendió una de sus manos. A mi cabeza volvieron las palabras de Fausto luego de meses de escepticismo: «La Orden estaba experimentando con personas. En especial con mujeres y niños…».

—¿Qué haces aquí? —logré articular—. ¿Quién eres?

La pequeña, con la pecosa cara inexpresiva, se limitó a seguir ofreciéndome su mano. Yo sabía que lo que estaba ocurriendo era una locura, pero ¿qué más podía hacer a esas alturas? Me dejé llevar por su guía en aquel engañoso camino de espejos. Ella, sin embargo, no dudó ni por un segundo al llevarme hacia uno en particular. Hizo presión con su mano y este se abrió antes de que lo atravesáramos.

—¿A dónde vamos? —le pregunté en un susurro.

Silencio.

La penumbra allí era casi absoluta, pero logré identificar la mano de la pequeña señalando hacia un punto del diminuto cuarto con un dedo. Me soltó para colarse por la boca de una suerte de ducto de ventilación. La seguí, pues el agujero era lo suficientemente ancho como para que alcanzara el cuerpo de un adulto si se arrastraba un poco, así que no dudé en seguirla, sumergiéndome en las tinieblas.

A medida que avanzábamos, comencé a captar el olor de la madera quemada. Confirmé que no lo había imaginado cuando avanzamos un poco más y el humo comenzó a secarme la garganta. Al final, en cuanto la luz volvió a asomar en nuestro camino, no solo el olor se había multiplicado, sino también la temperatura.

La pequeña desapareció por la boca del ducto, que revelaba el movimiento de una luz anaranjada, y dudé durante medio segundo antes de seguirla. Al hacerlo, me quedé petrificado en cuanto me asomé por el agujero. Habíamos llegado a lo alto de una biblioteca de dimensiones absurdas, con estanterías de metros de altura que casi alcanzaban el techo. Mi mente rastreó mi recuerdo sobre ese lugar antes de que pudiese racionalizarlo: me hallaba en la biblioteca oculta de Arcadia, de la que, por lo visto, pronto solo quedarían las cenizas. Desde el ducto podía tocar el

estante que tenía ante mí con solo extender un brazo, o caminar por encima de él, como lo había hecho mi guía, quien ahora descendía por una escalera corrediza. Habría sido más fácil seguirla de no ser por la presencia del fuego, que empezaba a trepar por algunos de los muebles, arrancando destellos rojos a los viejos libros. ¿Por qué la niña me había conducido allí?

La vi correr por el pasillo hasta reunirse con una persona enmascarada que dominaba un grupo de chicos. A lo lejos distinguí sus siluetas delgadas, la misma expresión de imperturbabilidad que había visto en la pequeña, la misma vestimenta impersonal y descuidada. Un ataque de tos me obligó a apartar la mirada. Reparé en que el humo negro que me rodeaba no era el de esa sala —aún quedaba aire respirable allí—, sino que venía del ducto por el que acababa de llegar.

Al volverme al grupo, la figura enmascarada se había arrodillado ante la niña, que ahora me señalaba con un dedo. La máscara inerte me encaró en la distancia y entonces su dueña se la quitó.

—¡Olivia! —grité.

Bajé del ducto y caminé unos cuantos pasos por la estantería, evitando mirar hacia abajo para que el vértigo no me traicionara. Di con la escalera y descendí tan pronto como pude antes de correr hacia Olivia. Para cuando mi cuerpo chocó con el suyo en un abrazo torpe y vehemente, noté que ambos sudábamos bajo nuestras capas.

—No me digas que tú también eres una de ellos.

—Dios, ¡no! —gimió ella contra mi hombro. Me separé un poco para poder verla a los ojos, de los que empezaban a brotar gruesas lágrimas—. Es horrible, Dorian. Lo que ellos hacen… ¡lo he visto! Y entonces alguien se ha infiltrado, han burlado la seguridad y han interrumpido… lo que sea eso. Son los que han iniciado el fuego. Han asesinado a los guardias, y aun así no tocaron a los chicos. Logré sacar a estos, pero había muchos más. Al llegar aquí les pedí que me ayudaran a encontrar una salida, y les mostré la foto que tú y yo nos tomamos con Aiden para que solo a ustedes les pidieran ayuda si los encontraban. Me escuchan, D, todos ellos entienden lo que digo, ¡ella te reconoció con haberte visto una vez en una foto! Pero no me hablan y no entienden nada que no sea una orden.

—Oli, no tenemos tiempo. —La sostuve por el rostro, y tuve que levantar la voz para hacerme oír sobre el ruido del fuego, que empezaba a arrancar

terribles gemidos a la biblioteca, como si los tomos clamaran auxilio al ver destruido el hechizo que los había inmortalizado durante años; siglos, quizá —. Tenemos que…

Me detuve al ver que un chico de unos quince años, el más alto y el que parecía ser el mayor de ellos cinco, tiraba de la capa de Olivia para señalar un extremo del recinto. Había un niño al lado de uno de los ductos de la biblioteca, e indicaba el lugar del que, al parecer, acababa de salir.

—Ha encontrado una salida —dijo Olivia sin despegar los ojos de él. Sus mejillas seguían empapadas, pero tenía una expresión de determinación que solo la había visto esbozar al actuar—. ¡Vamos, todos, arriba! —dijo a los chicos y a mí, encabezando la marcha a toda prisa.

Los seguí, pero me quedé rezagado en medio del pasillo central. Al ver la gran biblioteca de Arcadia alimentando llamaradas que crecían con avidez, reparé en que había algo divino e hipnótico en el fuego. Como si en verdad purificara, tal y como había dicho el gran maestre en mi iniciación; como si en él se hallase la clave del final, y también la del principio. Así, a medida que avanzaba por el pasillo como si el tiempo se hubiese detenido, viendo los libros desmoronarse poco a poco en briznas diminutas, como las alas de una polilla ante una vela, mi mente retrocedió al momento en que escribí el primer capítulo de *El héroe de la niebla*. Todo comenzaba con el fuego; Vulcano despertando en las flamas crecientes. El personaje se hallaba en el infierno, al igual que yo. «Si logras salir, tuya será la venganza». La manera en que comenzaba el libro que había escrito amenazaba con ser mi fin. Y fue entonces que, de súbito, mientras contemplaba las brasas encendidas como una llovizna de fuego a mi alrededor, el insignificante indicio de una catástrofe de dimensiones titánicas, entendí que todo ese tiempo había estado interpretando la historia al revés: el final era el principio, y el principio, quizá el final de todo. *In extrema res.*

VII

El ducto nos transportó a un salón despejado en el que el movimiento frenético de las llamas, enzarzadas en los tapices y las cortinas de terciopelo, era nuestro único oponente. El humo comenzaba a volverse denso, y me

costó reconocer, del otro lado de la habitación, la parte trasera de esa estatua que había visto en el templo, en una especie de balcón.

—¡Allí! —grité, y encabecé la marcha para guiar a Olivia y a los chicos por el salón.

En medio del recorrido, el ruido que el incendio arrancaba a las estructuras que nos rodeaban por poco me paraliza. Pero el fuego crecía, el aire limpio ya escaseaba y los niños tosían; debíamos apurarnos. Así que no me detuve, ni siquiera cuando escuché un chillido sobre mi cabeza. Una de las lámparas de araña del techo se desprendió y estuvo a un segundo de sepultarme, de no ser por Olivia, quien se arrojó a mí para apartarme del camino.

Aún en el suelo, vimos cómo el piso devoraba la enorme lámpara, cediendo bajo su peso. Tuvimos que arrastrarnos hacia el extremo del salón para evitar formar parte de esa suerte de agujero negro que el incendio había abierto en el centro del salón. Avanzamos a trompicones, y vi asomar, entre los escombros a mis pies, el techo de la biblioteca y lo que quedaba de algunas estanterías. El lugar entero no demoraría en colapsar.

Cuando llegamos al balcón donde se hallaba la estatua, jadeábamos. Las escaleras que conducían al templo ya eran consumidas por las llamas, así que debíamos trepar el metro y medio que nos separaba del balcón para poder salir de allí.

—Vamos, te ayudaré a subir y luego tú me ayudarás a subirlos a todos desde arriba —dije a Olivia mientras me quitaba la capa. No parecía quedar nadie cerca, así que creí que podía prescindir de la prenda, y Olivia me imitó —. ¿Lista?

Olivia, que en esos últimos meses no había recuperado los kilos que había perdido desde que su carrera había despegado con *La flauta mágica*, subió con facilidad hasta el balcón con algo de mi ayuda. Una vez que estuvo allí, me dirigí a la chica más pequeña, la que me había conducido a mi amiga. Iba a levantarla entre mis brazos, pero una voz me cortó, implacable como el veneno de una víbora.

—Varios infiltrados han profanado el Templo de Alétheia esta noche —dijo Giovanni V. Rodeaba la cintura de Olivia con un brazo, y con el otro sostenía una de las espadas del templo contra su garganta—. Y veo que

pretenden destruirlo desde fuera también, revelando al mundo sus secretos —dio un vistazo de desprecio a los niños. Algo en la forma en que los ojos de mi primo permanecían dilatados, en las venas que se pronunciaban en su cuello y en su frente, me hizo temer por su cordura.

—Giovanni, por favor —imploré desde mi lugar—, moriremos todos aquí si no nos largamos ahora mismo.

—Siempre supe que tú no eras de fiar, ¡traté de advertírselo a los Venerables Maestros! Pero no me prestaron atención, y ahora papá… Papá está muerto por tu culpa.

—Juro que no tengo que ver con nada de esto —le dije con toda la calma de la que fui capaz, haciendo un gesto a mi alrededor—. Suéltala, te lo ruego.

La risa de Giovanni me estremeció.

—¿Suplicas por la vida de esta zorra traicionera? En verdad eres patético —aplicó más presión en el cuello de Olivia y ella gimió entre las lágrimas que remontaban los surcos negros de sus mejillas—. Me decepcionas, linda. Creí que, a estas alturas, eras más amiga mía que de él.

De pronto Olivia, con esa agilidad felina que la había caracterizado desde que la vi crecer junto a mí, logró zafarse del agarre de Giovanni y le atestó un gancho que lo desorientó lo suficiente como para que ella se arriesgara a arrojarse hacia su espada.

No lo pensé dos veces antes de precipitarme al barandal de hierro del balcón para ayudar a Olivia. Las palabras de Giovanni eran un veneno de tracto lento, y no me impidieron lanzarme a él cuando lo vi arrojar a Olivia al otro extremo del balcón.

Caímos al piso y entonces noté que él ya no sostenía la espada en sus manos. Intenté sujetarlo por las muñecas para inmovilizarlo, pero él era mucho más fuerte que yo y en segundos invirtió nuestra posición, cercándome contra el piso bajo el peso de su cuerpo. Dirigió sus manos a mi cuello y sentí mi garganta cediendo bajo el ímpetu de su agarre. Me quedé sin aire y empecé a convulsionarme, desesperado. Mi boca formó las sílabas de su nombre en una súplica muda, pero veía en sus ojos una resolución enloquecida.

—Tú lo arruinaste todo, maldito —masculló. Dirigí mis manos a la chaqueta de mi traje, donde mis dedos entorpecidos dieron con el marco

metálico de la pistola—. Fue por ti que mi padre murió esta noche, y si no acabo contigo ahora, sé que serás tú quien acabará con todos nosotros.

Sujeté el arma e intenté quitar el seguro, pero apenas tenía espacio y la ansiedad comenzaba a convertirse en terror. No podía hacerlo, no sería yo quien acabaría con la vida de otro de los nuestros esa noche. Prefería que todo acabara conmigo. Prefería…

Justo cuando mi cuerpo dejaba de luchar y mi visión se nublaba más que por la creciente presencia del humo, me pareció avistar una sombra oscura aproximándose a espaldas de mi primo. Al ver el curso de mi mirada, el agarre de Giovanni flaqueó y supe que temía seguir la dirección de mis ojos. Al fin lo hizo y yo comencé a boquear, llevándome las manos al cuello para terminar de deshacerme de su agarre, pero fue inútil. De todas maneras, el tiempo se detendría para ambos en cuanto distinguiéramos la nueva presencia.

Aiden blandía en una de sus manos una espada, en cuyo filo relucía una espesa capa de líquido escarlata. Giovanni se viró a mí y volvió a hacer presión en mi garganta, esta vez levantándome un poco en el acto, y en sus ojos vi una desesperación desconocida, quizá un reflejo de la mía: la de un hombre que sabe que el tiempo se le ha acabado. Intentó girarse para defenderse interponiendo mi cuerpo, pero antes de que pudiera hacerlo, el relampagueo del fuego sobre la hoja de la espada encontró su pecho con un movimiento limpio.

La frialdad en el rostro de su verdugo, cuyos ojos me encontraron al instante, me estremeció. Giovanni se desplomó sobre mí con una maldición que jamás terminaría de pronunciar en sus labios. Entre estertores, e intentando llevar aire a mis pulmones, giré sobre mi cuerpo para escapar del suyo, que pesaba más y más. Entre tanto, oí que la espada de Aiden caía sobre el suelo con un repiqueteo metálico. Pronto sentí sus manos tirando de mis brazos para ayudarme a incorporarme, y aunque al principio intenté resistirme, comprendí que no había tiempo. El aire que aspiraba ahora no era suficiente, ni para mí ni para…

Vi a Olivia, que seguía en el lugar en el que había caído, pero permanecía inmóvil. Pálida. Su vestido era negro, pero en sus manos distinguí el mismo líquido viscoso que ahora me manchaba el traje. Me deshice del agarre de Aiden y corrí hacia ella.

—No, no, no —comencé a murmurar al ver la herida que se abría en el torso de Olivia, justo bajo el plexo solar. Recordé que la espada ya estaba manchada antes de que atravesara a Giovanni—. ¿Qué has hecho? —grité a Aiden, quien permanecía a pocos pasos de nosotros.

—Mierda, D —me dijo Olivia, y me volví a ella para descubrir un amago de sonrisa en sus labios temblorosos—. Arruinaste tu traje. Más vale que salgamos de aquí para mandarlo a una buena lavandería…

—Cállate, Oli. Vamos, sujétate de mí. Eso es, con ambos brazos. —Intenté levantarla, pero su peso parecía haberse incrementado tras los últimos minutos y sus miembros exánimes ni siquiera luchaban.

Me costó comprender que la trepidación bajo mis pies no venía de mí, sino del suelo, que comenzaba a ceder. Los chicos seguían inmóviles en su sitio, y supe que los perdería a ellos también si no los sacaba de allí de inmediato.

—Tengo miedo —musitó Olivia contra mi oído. Al contemplarla, vi en la palidez de su rostro que su cuerpo comenzaba a rendirse, aunque su dueña estuviera lejos de hacerlo—. No quiero morir, Dorian. Por favor, no me dejes aquí. —Las lágrimas permanecían suspendidas en sus ojos oscuros, como cristales diminutos.

—No lo haré. —Tomé sus manos—. Me quedaré aquí para ti. Siempre. De lunes a…

—Sábado —sonrió ella, y el llanto brotó con aquel gesto.

Iba a decirle que prefería que el suelo colapsara bajo nuestros pies antes de abandonarla. Saldríamos de allí, viajaríamos juntos a París y ella cumpliría su sueño de interpretar a Christine en el *Fantasma de la ópera*… Pero rompí todas mis promesas, incluso aquellas que ni siquiera arribaban a mis labios, cuando unos brazos me tomaron por el torso y me vi arrastrado lejos de allí. Estaba débil, y mis sacudidas apenas hacían mella en Aiden, quien me alejaba más y más de ella, de los niños, de los últimos motivos por los que valió la pena haber acudido a la cita de las Moiras esa noche. Vi la expresión de desasosiego en el rostro aniñado de Olivia, la mano que extendía hacia mí, mi nombre formándose en sus labios al corresponder a mi llamado, pero nunca la vi rendirse. Supe que nunca lo haría, ni siquiera cuando, tras llegar al suelo de ajedrez del templo, aun cautivo bajo el agarre

de Aiden, la enorme estatua cedió y se desplomó en dirección al salón, a mi amiga, a los niños que ella había intentado rescatar, y con un horrible gemido de hierro cayó, al igual que todos ellos, en el vórtice que las llamas habían formado ante mí. Ante nosotros. Solo cuando el ruido cesó, Aiden aflojó su agarre y con un grito me arrojé al borde del agujero que se había formado donde antes se encontraba el tribunal. Las llamas, cada vez más altas, adquirían formas incitantes, pero me faltó valor para ceder a su invitación.

—Era demasiado tarde para todos ellos —oí decir a Aiden detrás de mí —. Lo siento.

Quizá por primera vez en toda mi vida lo odié de verdad. Y descubrí que el ímpetu del sentimiento era similar a la pasión, con ese fogonazo devastador que anida bajo la piel, se enciende en el pecho y termina por arder, como un veneno, en las venas, hasta que la mente cede el poder al cuerpo. El amor y el odio eran hijos del mismo vértigo: cuatro letras en dos sílabas; se hallaban en confines distintos del alma sin ser opuestos, sino complementarios; el principio y el final del Todo. Amor, creación. Odio, destrucción. Hay momentos precisos donde la vida entera se vuelca hacia alguno de esos extremos. Y yo de nuevo me hallaba en uno de ellos junto a él. Tan solo había cambiado el lado de la balanza.

Por eso, cuando dirigí mi mano al bolsillo de mi chaqueta, la del traje que jamás usaría para volver a ver a Olivia en escena, no titubeé al extraer el arma. «Sujétala firmemente con ambas manos», oí decir a Cecil desde algún eco lejano de mi mente mientras me giraba para apuntar a mí objetivo. «Entre más cerca estés del blanco, mejor».

Los ojos de Aiden se dilataron. Cargué el arma y por un instante aquel chasquido borró el rumor atronador del fuego. Mis ojos y mi garganta escocían, pero el cañón se mantuvo firme en la dirección a la que yo apuntaba.

—Dorian… —En vez de retroceder, Aiden avanzó a mí—. Tú no eres así.

—Pero tú sí. Tú y todos ustedes son unos malditos monstruos. Y me han convertido en uno a mí también —añadí con un hilo de voz mientras las lágrimas descendían por mis mejillas.

—No podías morir —musitó, cada vez más cerca—. Tú no. Tú tienes su sangre.

—¿Su sangre?

—La sangre de Narciso, del Fénix… La sangre de Prometeo, el padre de la revolución. Él te necesita. Te necesitamos. Queremos lo mismo que tú: justicia.

—¡Cállate! —espeté, y la sacudida que estremeció mi cuerpo hizo que perdiera el control del arma por un segundo—. De rodillas, ahora.

Aiden obedeció, extendiendo sus manos a ambos lados de su rostro. Me complació notar que él también temblaba; jamás lo había visto tan aterrado. Nuestros roles se habían invertido: ahora era su vida la que estaba en mi poder. La repentina sensación de control que me proveía el arma era adictiva, una droga que emborronaba mi juicio de lo bueno, lo malo, lo justo.

Esta vez, mi mano no tembló cuando aparté el cañón de la cabeza de Aiden para dirigirlo a la mía. Tomé algo del escaso aire que quedaba a nuestro alrededor y me dispuse a terminar con todo aquello.

—*Alea iacta est* —susurró Aiden cerrando los ojos, como si orara. Y parecía tan puro, tan inmaculado con su palidez marmórea y ese leve temblor en la línea de sus pestañas; como si fuese la ofrenda a un dios tirano a cuyo juicio desviado el músico, el sabio, el amigo y el amante, había cedido con el fervor del religioso que al ver un imperio caer implora al cielo: «Hágase tu voluntad».

Las manos de Aiden estaban cerca, lo suficiente como para que, cuando sus palabras calaron en mí, desconcertándome por un instante, se aventurara a arrebatarme el arma. Forcejeamos, pero yo tenía el gatillo bajo mi índice y solo bastaron unos segundos para que la pieza metálica cediera.

La pólvora detonó como un chasquido de dedos.

Un truco de magia.

Un destello fugaz que pudo haber sido ilusorio de no ser por el hilillo de humo que dejó en la boca del cañón a su paso.

Fallé. Me sorprendí intentando convencerme de ello, y sentí un alivio malsano cuando, tras el pitido que el disparo dejó en mis oídos, mi mente se vació hasta que una sola palabra reverberó en un eco de la detonación:

«Imposible». Entonces me fijé en Aiden. Parpadeaba, como atónito, como si no supiera que la vida se le escapaba por el agujero diminuto que la bala le había dejado bajo el crecimiento del cabello, cerca de la sien. La sangre brotaba de allí, tejiendo un hilillo rojo que por algún motivo me hizo evocar esa leyenda de los amantes destinados a reencontrarse por un hilo como aquel: definitivo, irretractable.

Aiden se desplomó de costado, con los ojos cerrados y el rostro laxo, como si se hubiese abandonado a un sueño apacible. Entre tanto, yo retrocedí como por instinto hasta caer en aquel mosaico de baldosas blancas y negras; el tablero de un juego en el que, ahora más que nunca, me reconocí como un instrumento más. Oía la voz de Guido preguntándome en una de esas tardes de verano qué bando elegiría, ¿blanco o negro?, pero ahora me era imposible diferenciar entre la luz y las tinieblas. El humo negro que descendía sobre mí me envolvía ya en el mismo sueño de Aiden: no el de la razón, con el que el incendio había dejado en jaque mate a la biblioteca de Arcadia, sepultando siglos de conocimiento convertidos en polvo bajo el concreto. No; el mío era la pesadilla atroz de morir en vida. La muerte era una espada de doble filo con la que yo había traspasado y sido traspasado a la vez.

«Amar», pensé mientras la conciencia me abandonaba para unirse a la danza fúnebre de la humareda. «Amar y perder».

Notas:

[12]«Día de lágrimas aquel / En que se levantará de sus cenizas…»..

21

AMICUS USQUE AD ARAS

I

Hay muchos nombres para el fuego. Heráclito decía que era el origen del Todo. En algunas culturas se atribuía al dios Vulcano, forjador de las armas y de los rayos de Júpiter a través del dominio de las llamas. En el antiguo Egipto simbolizaba la vida, representada a menudo mediante el resurgimiento del Fénix. En la mitología irlandesa, Aed era el dios del fuego y del inframundo. De ahí deriva el que para mí fue otro de sus nombres: «Aiden». Si antes no creía que algunas cosas estaban predestinadas a ser, esa noche, cuando el músico hizo honor a su nombre, comencé a creerlo.

El fuego crea y destruye, purifica y reinventa. Viste de vida al ave mitológica para que resurja de sus flamas. Y es verdad, de cualquier modo, que todos somos portadores de él en alguna medida. ¿Cómo describir, si no, nuestra naturaleza impetuosa y voluble, que nos subyuga a una inagotable transformación? Me gustaría decir que lo vencí, pero más bien dejé morir una parte de mí en su fulgor, tan vasto y formidable.

«Porque todo pasa», dijo el sabio. «Y nada permanece».

Pero es difícil ser indiferente a lo que una sola noche representa ante una vida entera cuando el cambio llega con una sacudida, un golpe que deja tras de sí un silencio de sepulcro. En él aún podía verlos. Aún podía escucharlos. Y no como la última vez, sino como todas las anteriores. La risa fácil de Olivia, la mirada vívida de Aiden.

Me parece que desde entonces el tiempo nunca volvió a transcurrir para mí como en esos últimos meses. Sabes que has sido feliz cuando los días corren en lo que dura un parpadeo. Sabes que lo fuiste —así, en pasado—

cuando los días reptan en una marcha agotada, tiñendo las paredes del cuarto de un interminable desfile de monocromo. «He aquí el día, he aquí la noche, y no soy capaz de distinguir el uno del otro porque he perdido la noción de lo que los hace distintos».

Quien afirme que el tiempo no puede detenerse, miente. Que alguien diga si no hay algo más efectivo para ralentizar su paso como el dolor, la culpa o el desengaño. Yo lo probaría durante los días en los que estuve recluido en la habitación del hospital privado al que fui a parar tras el incendio. Había sido atendido por inhalación de monóxido de carbono y una quemadura de segundo grado. Cuán absurdas parecían las preocupaciones de las enfermeras en comparación a los motivos que me conducirían al Cementerio Central la mañana del lunes, cuando por fin logré escabullirme de las atenciones asfixiantes del hospital.

Salí al encuentro de los primeros indicios del invierno en el exterior, con la mano izquierda y parte del antebrazo envueltos en una venda, bajo el abrigo que había robado a Daniel. Mi hermano, sí. Cuando desperté, me contó que había sido él quien me encontró en lo que quedaba del templo, guiado por el sonido del disparo. Con sus aires de dignidad tan característicos, habló de la cantidad de personas que habían salido ilesas de la isla, y de que, pese a la gran pérdida de las obras que el ataque había vuelto irrecuperables, la fachada del edificio permanecía milagrosamente imperturbable. No mencionó a la Orden. No mencionó la pistola o el cuerpo con los que debió haberme encontrado. No dijo nada que los noticieros no hubieran dicho ya para maquillar la realidad de los hechos: «Un desafortunado incendio durante una convención en el enclave cultural más importante de la ciudad».

Si ese día supe a dónde ir, fue porque lo había visto en las noticias que transmitía el pequeño televisor de la recámara del hospital. Presencié el entierro en la distancia, bajo la sombra de un viejo roble, incapaz de creer que en verdad eran los restos de Olivia los que convocaban al triste puñado de personas alrededor de la tumba. ¿Dónde estaban sus amigos? ¿Dónde estaba Frank? ¿Dónde estaban todos aquellos que solían llenarla de alabanzas? Lo más difícil era reconocer que la joven a la que yo conocí había sido sepultada tiempo atrás, y por nadie más que por su propia sombra. Tras

su muerte, a algunos noticieros habían llegado declaraciones de que ella, a través del contacto con una red criminal, fue quien incapacitó a la joven a la que remplazaría en *La flauta mágica*. Ante ello, mi mente reaccionaba con las mismas palabras que lo permeaban todo desde que la perdí en el fuego: «Mi culpa». Fue Olivia la primera en preguntarme si yo confiaba en ella, pero ¿y si ella hubiera confiado en mí desde el principio? Quizá entonces no se habría dejado deslumbrar por el mundo reluciente de Frank o por los favores que le ofrecía Giovanni. Costaba creer que Olivia no había rendido su mejor papel en el escenario, sino fuera de él, mientras estaba cerca de mí. Y sin embargo, cuánto sentido cobraban esas palabras que Aiden me dijo un día: «Solo sé que permanece a pesar de todo, y que la razón poco tiene que ver con eso. Así es como te das cuenta de que es amor y no otra cosa».

Aiden. Su cuerpo, los de los de los niños y los de algunos miembros de la Orden se habían perdido en medio de los escombros, y ahora una parte de todos ellos yacía allí, sepultada entre ruinas de verdades y mentiras. Ahora solo podía contemplar al músico de la única manera en que uno puede ver aquello que ha escapado de sus sentidos de manera definitiva: con los ojos cerrados. ¿Cómo sobreviviría a los recuerdos? ¿Cómo vivir acarreando en la conciencia la muerte de dos personas a las que había amado?

Esperé a que la ceremonia terminase y, cuando la última persona se alejó —supe que era Laura, aunque no podía distinguirla del todo en la distancia —, me aproximé a la tumba.

El invierno se precipitaba sobre el penúltimo mes del año y helaba mi piel por debajo del abrigo. Pero no era la llovizna que se acumulaba como perlas diminutas en mi cabello lo que me hacía trepidar en tanto me acercaba a la lápida que coronaba aquel trozo de tierra sepultada de ramos de flores. Allí, bajo el nombre de Olivia, versaba el año de su nacimiento y el de su muerte. Debajo, su epitafio: «Estamos hechos del mismo material del que se tejen los sueños – W. Shake-speare».

Dejé que mis rodillas tocaran el suelo y cerré los párpados mientras mis dedos recorrían el pasto, como si fuese posible que ella recibiera mi caricia bajo los metros de tierra que nos separaban. Y, mientras dejaba que mis ojos anegados nutrieran junto a la lluvia la tierra en la que ella descansaba, llegó a

mi mente la letra de esa canción de los Beatles que me había calado tanto cuando llegué a la ciudad:

All the lonely people / Where do they all come from?

All the lonely people / Where do they all belong?

Ahí, mientras el tiempo se detenía, ralentizando la caída de la llovizna sobre la nueva tumba, comprendí que era eso lo que todos nosotros —Guido, Adela, Aiden, Olivia— siempre tuvimos en común: ser «personas solitarias». Cada uno guardando sus propios secretos. La soledad era la que nos había convertido en perfectos compañeros, presentes sin perturbar la quietud del otro, resignificando lo que era la amistad. Y ahí estaba yo, intentando dar sentido a los pedazos que quedaban de todo lo que habíamos sido juntos. ¿Por qué Guido y Adela no estaban allí? ¿Por qué era Olivia quien estaba bajo tierra y no yo? ¿Por qué, por qué, por qué…?

Abrí los ojos, y me juré que Olivia jamás estaría condenada al olvido como Eleanor Rigby, la mujer de esa canción.

Me quité la medallita de Santa Cecilia que ella me había regalado, de la cual volvía a pender el anillo de la Orden. Repasé la inscripción interna de la argolla con mi diestra, evocando su significado. Athanatos, y también amor —según algunas leyendas—, significan «sin muerte». Había cierto grado de verdad en eso, después de todo. El amor también era una forma de vencer la mortalidad. «Recordar es volver a pasar por el corazón», medité evocando mis conversaciones con Guido, con la nostalgia oprimiéndome el pecho.

Tanteé en el borde de tierra y con mi mano ilesa escarbé lo suficiente para enterrar el anillo de la Orden.

—*Amicus usque ad aras* —musité al terminar de sepultar mi ofrenda, la consumación de mi promesa.

La muerte de Olivia no sería en vano. Ella no se desvanecería en el umbral de su habitación 101. Yo me encargaría de llegar hasta el fondo de los secretos que custodiaba la Orden, de esos de los que ella se había convertido en testigo durante esa noche, mas no morirían con ella. Yo seguiría el rastro de Narciso, pero esta vez esgrimiría contra él su propia arma: la venganza, un propósito en el que yo comenzaba a descubrir una alternativa al dolor de la pérdida.

—¿Dorian? —La voz detrás de mí, con ese matiz grave y femenino a la vez, era inconfundible.

Me levanté y me dispuse a retirarme, sin detenerme en la nueva visitante. Fue ella quien me retuvo, poniendo una de sus manos enguantadas sobre mi hombro antes de que yo pudiera pasar por su lado.

—Lo lamento mucho —me dijo Madame. Vestía de negro, y un hombre alto sostenía una sombrilla sobre su cabeza—. Lo que ha sucedido es terrible.

«Terrible», pensé sin verla. Desde que desperté en el hospital y me supe vivo, las palabras habían perdido su peso, como si lo que antes me había unido tan visceralmente a ellas hubiese desaparecido.

—Si no hubiera sido por mí, ella seguiría aquí —confesé, dominado por la necesidad de declarar la verdad ante quien fuera que estuviera dispuesto a escucharla.

—Y aun así estás aquí —dijo bajando la voz, mientras acercaba su mano a mi mejilla para secarme los ojos con el pulgar—. ¿No es eso hermoso?

Corté el trayecto de su tacto y mis lágrimas lograron deslizarse hasta la comisura de mis labios mientras levantaba la mirada.

—¿Hermoso? —inquirí, entre la cólera y el desconcierto—. ¿Cómo puede decir eso? ¡Ella murió por mi culpa! —espeté sin preocuparme en controlar el tono de mi voz. «Y Aiden también», pensé con amargura.

En lugar de retirar su mano, Madame tomó las mías entre las suyas, de las que manaba un calor reconfortante bajo la textura aterciopelada de sus guantes negros.

—Cuando tenía tu edad, no me cabía en la cabeza que un mundo tan maravilloso en el que existía una pieza de Vivaldi fuese el mismo en el que conviven tantas injusticias, guerras, masacres; situaciones que parecen sacadas de una pesadilla. Creí que nada de eso tenía que ver conmigo, que consagraría mi existencia exclusivamente a la belleza. Y era ahí donde me equivocaba. La vida me ha mostrado que la belleza y la tragedia no son excluyentes: en ella confluyen la armonía y el caos. Por eso sé que, aunque quizá Olivia haya muerto para su público, no lo hará para ti. Y el hecho de que tú vivas gracias a ella hace que su final sea más hermoso que cualquiera que haya podido representar en escena. Así que, Dorian —se agachó un poco para buscar mi mirada—, haz que valga la pena.

Solté el aire que había estado conteniendo en un lamento profundo. Por Olivia y también por Aiden, que había encontrado en su traición su propio sepulcro. Los brazos de Madame me rodearon y, mientras me abandonaba a su abrazo entre sollozos, su pecho se llenó y su voz, un murmullo tan suave como las nubes pálidas que se disipaban sobre nosotros, entonó la estrofa de una de sus arias de *La flauta mágica* como si de una nana se tratara:

¡No tiembles, querido hijo mío!
Pues eres inocente, sabio y compasivo.
Un joven como tú es el que mejor puede consolar
este corazón de madre tan profundamente afligido…

Su voz se quebró en la última palabra, y por las ligeras convulsiones de sus hombros supe que lloraba conmigo. Nos hallábamos en el umbral del inframundo, el sitio en el que se unían la vida y la muerte. A nuestros pies, bajo tierra, dormían para siempre las personas a las que habíamos amado, mientras las aves que habitaban los árboles aledaños, refugiadas en sus nidos, trinaban alegres melodías en una perpetua alabanza a la vida.

II

Cuando salía del cementerio, refugiado en el rumor letárgico de la llovizna, volví a toparme con un rostro familiar. Añoraba que se tratara de Guido, pero cuando levanté la cabeza gacha al hombre bajo envuelto en una larga gabardina, los ojillos saltones de Cecil T. me devolvieron la mirada.

«Ha venido por mí», pensé sin más. «Ha venido porque sabe con exactitud qué uso di a su arma». En cambio, lo primero que hizo el hombre fue devolverme algo que yo por poco había olvidado a esas alturas: mi libro.

—Te ofrezco mi más sentido pésame —dijo mientras me lo entregaba—. Y no quisiera ser inoportuno, pero creo que tenemos que hablar.

Asentí como un autómata y, con el libro bajo mi brazo, dejé que el hombre me transportara a un automóvil negro en el que aguardaban su conductor y un copiloto. Cecil los presentó como sus compañeros y correspondí a sus saludos como por inercia.

—No tienes que contármelo todo ahora si no quieres —me dijo una vez que el auto se puso en marcha—, pero necesito saber qué fue lo que ocurrió con exactitud en el Templo de Alétheia.

«No sabe lo que hice», fue lo primero que pensé. Los V. debían haber movido sus influencias de nuevo para escapar de las consecuencias de sus actos. «De *mis* actos», recordé con repugnancia. Justo ahora, ante los medios, mi familia no era una victimaria, sino una víctima, y ante todos lamentaba la muerte de Henry V. y su prometedor hijo, Giovanni V. Ni una sola palabra respecto a Aiden, como si jamás hubiera existido.

Tal vez haya sido por eso que, con la mirada fija en el paisaje gris que me ofrecía la ventana, escuchando mi propia voz como si viniera de muy lejos, relaté mi historia. La bienvenida de Daniel, la iniciación ante los enmascarados, el encuentro con Aiden y luego el de Olivia con los chicos. Fue ante la mención de estos últimos que Cecil me interrumpió por primera vez.

—Tengo entendido que hay algunos rituales y experimentos en los que están utilizando niños. Quizá Olivia logró ver algo de eso antes de encontrarse contigo. Tiene sentido que haya estado tan asustada.

—¿Qué tipo de rituales? —inquirí.

—Alquimia, aparentemente —respondió el detective de manera categórica—. O bueno, es más bien una mezcla de algo que ellos denominan como ciencia y magia. Hay indicios y un par de testigos que han delatado algo de lo que se está haciendo allí. Los rituales pretenden perpetuar el poder de los miembros más altos a través de favores de fuerzas ocultas. Pero también cuentan con científicos, y con ellos intentan experimentar con la prolongación de la vida, y con el control mental; algo a lo que algunos han llamado MK Ultra. Hace mucho que escuché de eso, pero creí que se trataba de un rumor. —«Yo también», pensé con un escalofrío.

»Lo que sabemos con certeza es que tienen nexos con la trata de personas, y lo que nos cuentas confirma nuestras sospechas de que además están relacionados con el abuso de menores. —Hizo una pausa y se volvió a su ventana para fijarse en lo que quedaba del paisaje otoñal, como si le costara digerir lo que él mismo acababa de decir—. No obstante —continuó —, lo que pasó ese sábado no solo nos da motivos para pensar que la Orden está detrás de algo bastante turbio, sino que hay personas dentro de ella que lo saben y quieren cambiarlo. Aunque sea a través de medios poco ortodoxos.

—¿Una Orden dentro de la Orden? —pregunté intrigado.

Cecil asintió.

—Algo así, una especie de resistencia. Saben que el Templo de Alétheia es intocable desde fuera, así que han comenzado a atacarlo desde dentro. Creo que los dirige la persona detrás de las notas anónimas que te llegaron. Su marca es el narciso, un símbolo que solía utilizar la Orden hace siglos, y que él usa para simbolizar los nuevos comienzos. Pienso que ha extorsionado a algunos miembros para que colaboren en su causa, pero también tiene varios aliados allí, como el protegido de tu tío, según lo que me has contado. ¿Sabes qué ocurrió con él esa noche?

La pregunta, formulada en medio de aquel discurso tan inquietante como esclarecedor, me tomó desprevenido.

—Aiden… —La voz me falló—. Aiden… —volví a intentarlo, pero el resultado fue el mismo. Pronunciando su nombre no hacía más que hurgar en la herida.

—Está bien —dijo Cecil con un gesto de su mano—, podemos dejar ese tema fuera de la conversación. Lamento el fallecimiento de ese joven también; era un prodigio y tenía un futuro prometedor. No merecía ese final, por más que nos haya engañado a todos con su comportamiento intachable.

Apreté los dientes. «Intachable». Recordé la sensación de sus dedos indagando en mi piel; el roce placentero de sus labios volvía a mi mente con un vértigo devastador. Ellos no tenían idea de lo que Aiden y yo habíamos compartido, y era irónico pensar que algo a lo que yo pude haber llamado «amor» habría escandalizado más al detective que el engaño del que acababa de contarle.

—La novela que escribí para Frank —comencé a decir para cambiar de tema—, la que quiere publicar Ónice, debe tener un mensaje importante para los miembros de la Orden.

Odiaba aceptarlo, pero era así. Lo que yo no había comprendido hasta esa noche en el Templo de Alétheia era que todo ese tiempo me había fallado la perspectiva: la historia que escribí coincidía con lo que me ocurrió durante esos últimos meses, solo que debía interpretarla de atrás hacia adelante, como quizá me había advertido mi tío ese día en la cárcel: *in extrema res*.

Comenzaba con un incendio masivo, una traición.

Después, alguien era encerrado en prisión injustamente.

Luego venía la reunión de los aliados.

Por último, la venganza se consumaba en la muerte del hombre con el que había comenzado todo.

Si leyeras los fragmentos de esa historia hacia atrás, tendrías un borrador muy similar al que terminó convirtiéndose en mi primer libro; esa novela que escribí para mí creyendo que lo hacía para otro.

—Dudo que la idea original haya sido de Guido o de la persona que me indicó Frank al principio —proseguí—. Quien dio las direcciones de la historia sabe cosas de la Orden. Quizá sea el mismo Narciso. Es él quien ha estado extorsionando a mi familia durante todo este tiempo, ¿verdad?

Cecil asintió.

—Eso me temo. Y esa es mi inquietud justo ahora, Dorian. Quiero saber si estarías dispuesto a colaborar para desmantelar a la Orden y a Narciso. Después de todo, sigues siendo un miembro activo, y si recolectamos suficientes pruebas, podríamos contar con la colaboración de la Red Nacional de Inteligencia.

Parpadeé como si despertara de un sueño, dimensionando poco a poco las implicaciones de lo que Cecil me estaba diciendo.

—¿Qué hay de Guido, Adela y Fausto? —quise saber—. Ellos también tenían información importante.

—Esa es precisamente la razón por la que han tenido que desaparecer: por motivos de seguridad. No tienen ningún vínculo que los proteja, como a ti te está protegiendo tu hermano y tu familia en estos momentos. Quizá más adelante pueda hablarte de su paradero, pero por ahora tendrás que conformarte con saber que están bien y que puedes colaborar en su misma causa. Dime, ¿estarías dispuesto?

Vi a lo lejos asomarse la silueta blanca del hospital, y añoré, como lo sigo haciendo, mis días en casa del librero. Supe que no volverían; ninguno de nosotros volvería a ser el mismo cuando terminara todo aquello. Pero si el destino me había cambiado, quería ser yo quien lo cambiara esta vez. Y lo haría de manera rotunda. Jamás volvería a escribir para alguien que no fuera yo mismo, ni permitiría que mi rumbo fuese definido por los trazos de alguien más.

Busqué la medalla de santa Cecilia que me había regalado Olivia y, sosteniendo el dije en mi puño, me giré al detective para responderle, sin un ápice de vacilación:

—Cuente con eso.

EPÍLOGO

He aquí mi alma.

Me habría convenido no evocar todo lo que viví durante esos últimos días, pero te prometí mostrar lo que fui y lo que soy, y es increíble cuánto se descubre de uno mismo durante las caídas.

Sin embargo, como te has de figurar en este punto, mi relato no concluye aquí. De hecho, más bien encontré un nuevo comienzo en medio de lo que, durante los largos meses de invierno, parecía ser mi final.

Esta vez no esperé a que el destino llegara. Fui a su encuentro durante una noche en la que el ruido rítmico de la lluvia contra el pavimento aligeraba el de mis pasos y el de mis pensamientos, sumiéndome de lleno en la imperturbabilidad que me había conducido hasta allí: esa frialdad que solo puede venir de las decisiones irrevocables.

Gracias a las averiguaciones que había hecho, logré llegar sin tardanza a la casa que buscaba en ese tranquilo barrio residencial donde las calles eran un juego de espejos. Las luces estaban encendidas, prometiendo que el dueño de la casa estaba presente, así que me dejé guiar por ellas. Las ventanas estaban cerradas, pero la puerta corrediza del patio trasero cedió sin hacer ruido y entonces me adentré en la penumbra de la sala de estar, aspirando el perfume de los implementos de limpieza, el rastro de un almuerzo, y ese olor indistinto que caracteriza cada nido humano.

Al cerrar la puerta detrás de mí, escuché la voz que provenía de una habitación cercana. Me abatió un estremecimiento de euforia, y por instinto

me llevé una mano al bolsillo de la chaqueta para encajar mi mano en el mango de la pistola. Ahora sí que estaba preparado.

Avancé con sigilo, dejando a mi paso un rastro de agua por los suelos de parqué. Creí que iba a tener que lidiar con alguien del servicio, pero no parecía haber nadie más en casa a esa hora, así que dejé que las luces encendidas de la sala me condujeran hacia el dueño de la voz, quien sostenía una animada conversación telefónica.

La expresión de un hombre al verse sorprendido en su propia casa, en la intimidad de ese lugar sagrado que es su estudio para muchos, es algo que se queda grabado en tus retinas. Sus ojos dilatándose de estupefacción, una frase a medio acabar en sus labios, la sombra de una sonrisa invirtiéndose en una mueca temblorosa. El hombre dirigió su mirada frenética a la mano que yo guardaba en el bolsillo, y solo tuve que llevarme el dedo índice a los labios para advertirle que no sería inteligente delatar mi presencia.

—Debo dejarte. Te llamaré después —dijo con una voz que no revelaba el festín que devoraban mis ojos. ¿Acaso le estaban temblando las manos?

Colgó el teléfono y se levantó de su asiento poco a poco.

—Señor —dijo entonces, bajando la mirada con un gesto que, de una manera surrealista, era de inconfundible reverencia—. No esperaba verlo aquí esta noche.

Fue mi turno de sorprenderme. Afirmé mi agarre sobre la pistola, temiendo que aquel fuese un truco para distraerme e interrumpir mi cometido.

—¿De qué diablos hablas? —solté en un murmullo.

Entonces los ojos de Frank se levantaron de vuelta a mí y su rostro demudó en algo parecido al alivio.

—¿Dorian? —exhaló. Su cuerpo se relajó y, poco a poco, volvió a dejarse caer sobre su asiento—. Estabas con esa capucha y yo… Ha sido una equivocación.

—Eso es evidente —dije, luchando con el mal augurio que el inesperado recibimiento acababa de dejarme—. ¿Con quién me has confundido?

—Es una pregunta muy osada para un maldito intruso que se ha colado en mi casa, ¿no crees?

—Me manipulaste, engañaste a mi mejor amiga y luego desapareciste. —Removí el arma en mi bolsillo y los ojos castaños de Frank volvieron a

quedar suspendidos allí—. No estás en condiciones de insultarme, ni yo de perder el tiempo. ¿Me vas a invitar a sentarme u omitiremos la etiqueta?

Frank forzó un gesto de su mano para que tomara asiento frente a su escritorio, y eso hice. Hace poco menos de un mes que no lo veía, pero el escritor parecía haber envejecido un par de años en ese lapso. Había adelgazado y unas ojeras azuladas ensombrecían el fulgor característico de su mirada. Quizá yo también había cambiado, y de allí su confusión… pero, ¿«señor»? ¿Podía ser alguien tan parecido a mí aquel al que guardaba tal reverencia?

«Narciso», pensé con un vuelco en las entrañas. «Mi *döppelganger*».

Había un ajedrez armado a un lado de la mesa, junto a una bandeja de whisky escocés a la que Frank hizo un gesto, como si me pidiera permiso para servirse un trago. Asentí, y vi al hombre depositar el líquido ámbar en su copa con una mano trémula.

—Creíste que yo era Narciso, ¿cierto? —dije, haciendo acopio de una fingida serenidad—. El de las notas, el de la conspiración…

—Te dije que fue una equivocación.

—Una equivocación —repetí con sorna—. Un caso fortuito, claro. Al igual que la novela que me encomendaste escribir, supongo. Dime, ¿fue idea tuya, de lady Priscila o de Guido? Porque, después de todo lo que ha pasado… —Hice una pausa para recomponerme al evocar mi último recuerdo de Olivia y de Aiden—. Sospecho que tiene que ver con esa persona con la que acabas de confundirme.

—Olvídalo. No fue más que…

Me levanté y extraje el arma.

—¡Deja de mentir, maldita sea! —bramé, direccionando el cañón de la pistola hacia él.

Frank retrocedió en su asiento, mostrándome las palmas en un gesto de rendición.

—Si te lo digo, seré hombre muerto —musitó con los labios temblorosos.

—Lo serás ahora mismo si no me lo dices en este momento —declaré, dirigiendo mi índice hacia el gatillo.

Ni siquiera tuve que recordarme que yo ya no tenía nada que perder. Cuán ligera parecía la empuñadura del arma bajo mi mano; casi podía

anticiparme al tirón de la propulsión en mi brazo, al estallido de la detonación y al olor de la pólvora, que colmaría el estudio en segundos.

—¿Papá? —el sonido de esa voz suave y aguda, tan propia de los niños que aún no han llegado a la pubertad, rompió de tajo el ensueño de la indiferencia—. ¿Con quién estás peleando?

Frank me dirigió una mirada suplicante y noté que sus ojos se volvían más brillantes.

Oculté el arma en cuanto el niño entró en la habitación y nos observó con sus grandes ojos pardos. Fue como si me viera ante un espejo capaz de proyectar el pasado. Me vi en el chico empijamado que acudía al estudio de su padre, frotándose los ojos, como si hubiera interrumpido su hora de dormir para asegurarse de que papá estaba bien. Algo se agitó en mi interior, como si anticipara que, si llegaba a disparar a Frank, sería mi cuerpo el que recibiría el impacto.

—Está bien, campeón —dijo él—. Vuelve a la cama, estaré contigo en un momento. Solo debo despedir a mi invitado. Vamos, ve… —Esbozó una sonrisa a su hijo, quien me dio un último vistazo de recelo antes de retroceder. Lo seguí con la mirada hasta que sus pies descalzos desaparecieron en la penumbra que reinaba fuera del estudio.

—Fuiste tú —dijo Frank de repente, dejándome gélido—. O eso pensé al principio.

Me giré a él poco a poco, incrédulo.

—Escucha —continuó—. A principios de este año yo estaba en una mala racha y acostumbraba a pasar las noches en el Círculo de Hefesto. Fue ahí donde lo vi por primera vez. Se acercó a mí en una de las salas privadas y dijo que tenía una buena historia para mí. No le creí, pero decidí escucharlo. Estaba desesperado, ¿entiendes? Sus palabras me cautivaron, y no solo reconocí en ellas el tipo de historia que había esperado hace tanto, sino que además me ofreció un pago con el que podría dejar de trabajar durante varios años, si lo quisiera. La única condición era no revelar que había sido él el dueño de la idea original, y que no la publicaría bajo mi nombre, sino con el de alguien anónimo, un escritor novel. Así que acepté.

—¿Qué hay de mí? —inquirí—. ¿Por qué fui yo quien terminó escribiéndola y apareciendo como autor?

Frank apretó los labios, como si buscara en ellos el confort del último trago que había paladeado.

—Lady Priscila solo fue una de las candidatas para firmarlo una vez que estuviera listo. Pero Guido también quería publicar un libro con su nombre, y era mi amigo, así que decidí que él sería quien lo firmaría al final. En cuanto a ti… —Sacudió la cabeza, como si negara—. Supongo que no todo tiene una explicación. Tal vez solo estuviste en el lugar indicado, en el sitio indicado. Cuando te conocí en el Palacio de la Academia, noté que no se trataba de la misma persona. Fue Ónice quien decidió que tú deberías aparecer como su autor al final.

—Te refieres a Lorenzo R. —aventuré.

Frank confirmó mi sospecha con un leve asentimiento de cabeza.

—Sé que él es uno de sus aliados. Y antes de que me lo preguntes, no sé cómo esto lo beneficia ni cuál es su vínculo con exactitud. Yo solo acato órdenes.

Maldije por lo bajo.

—¿Qué sentido tiene todo esto? —pregunté, evidenciando mi desesperación ante él por primera vez esa noche.

Frank sonrió sin humor.

—¿Qué no lo ves? Tú lo escribiste. Una y otra vez. Viniste aquí por eso. Quieres lo mismo que él…

—Venganza —susurré como para mí mismo.

—Jamás se trató de otra cosa. No lo conozco, no sé de dónde vino ni quién es, pero cuando lo vi por primera vez, fue como si no me estuviera describiendo una historia de ficción, sino como si contara la suya.

Dediqué unos segundos de silencio para digerir sus palabras. Yo también había sentido ese nexo personal con esa historia mientras escribía. Y luego estaba nuestro parecido. No había gemelos en nuestra familia, y a pesar de que eso no excluía del todo esa probabilidad, algo no terminaba de encajar.

—¿Qué hay de Olivia? —pregunté de repente sin poder evitarlo, aunque la voz me temblara al pronunciar su nombre—. ¿Cómo terminó metida en todo esto?

—Por lo mismo que muchos de nosotros —contestó el escritor categóricamente—. Ambición.

Sobre el tapiz enturbiado de mi mente apareció Aiden; él y su filosofía sobre la ambición de los artistas, eso que él llamaba «las causas mayores».

—Pero no fui yo quien quiso manipularla como crees, Dorian. Fue él. Él me instó a guiarte a las cartas de John a través de Olivia.

Dejé escapar el aire de mis pulmones al comprenderlo. Papá nunca me había dejado ese mensaje para que acudiera a Villa Dionisio. Había sido *ella*. Evoqué su insistencia en que yo volviera a la finca, la nota que supuestamente había encontrado en mi libro, la facilidad con que habíamos hallado la ubicación de las cartas y las lágrimas que derramó aquella noche, diciéndome que lo sentía casi con desesperación.

—Lo entiendes, ¿cierto? —continuó Frank—. Él no jugó solo contigo; lo hizo con todos nosotros. Excepto con una persona.

—¿A quién te refieres?

Frank suspiró.

—Bueno, supongo que ya no importa que te diga esto. Hubo alguien que fue más inteligente que todos nosotros e hizo sus propias jugadas —admitió, y esa nota de melancolía en su voz se convirtió en un pozo profundo cuando sus labios formaron su nombre—: Adela.

—¿Adela?

—Creo que también estaba bajo el control de Narciso, como tú lo llamas, porque, por alguna razón, el nombre de esa mujer ha puesto en alerta a los hombres de Lorenzo.

—Eso no tendría sentido.

—Lo tiene más que muchas cosas ahora mismo —replicó Frank—. Adela nunca fue esposa de Guido. Él fue más bien su protector, si bien tuvieron una especie de romance intermitente durante ese tiempo.

—Eso lo sé.

—Pero aún ignoras la razón por la que jamás pudieron estar juntos, y es lo que ella hacía entre tanto. Traté de advertirte, pero…

—¿Hablas de las falsificaciones?

—Ese talento de Adela es solo la punta del iceberg —respondió con cierto aire triunfal, como si comenzara a disfrutar de revelar aquel secreto—. Cambiaba de identidad como un camaleón e intercambiaba favores sexuales por información. Sí, era exactamente lo que estás imaginando en este

momento. Fue así desde que la conozco. Lo hizo conmigo, de hecho, y con muchos otros. Como con tu tío.

Mis labios, a punto de rebatir las acusaciones de Frank, se quedaron inmóviles cuando recordé las escapadas constantes de John. Las medias de seda en sus bolsillos, la estela de ese perfume floral en su ropa, el largo cabello rojo…

Frank asentía, como si me leyera la mente.

—¿Querías la verdad? Pues ahí la tienes. La verdad es que no hay verdad. La realidad entera es incertidumbre.

—¿Dónde está ella ahora? —atiné a preguntar—. ¿Está con Guido?

—Hace semanas perdí el contacto con Guido. Adela podría estar con él o en cualquier otro lugar. Lo cierto es que Narciso irá por ella y por quien tenga que ir hasta que consiga lo que quiere. —Sus ojos relumbraron—. Y lo conseguirá, tenlo por seguro.

FIN

AGRADECIMIENTOS

Al igual que Adela, pienso que el mundo del arte está desarticulado y que cada persona, cada experiencia, cada obra o imagen bella y de potencial perdurable, existen más allá de su singularidad: están destinadas a formar parte de un sistema complejo en el que cumplirán una función determinada tarde o temprano. Los escritores (al igual que otros artistas) tenemos cierto instinto para presentir su vocación de piezas de un organismo vivo, en especial cuando nos ponemos a crear y comienza a salir a flote todo aquello que hemos recolectado en una suerte de inventario de nuestra mente, y se mantiene intacto allí, esperando a ser usado. Bien lo dijo nuestra singular imitadora: la labor del artista es mucho más que creativa, es recolectora. Pero si el mundo nos habla es gracias a su voz, que puede abrirse paso desde el canto de un pájaro o desde las personas que nos rodean y, sin pretenderlo, terminan configurando la delicada mecánica del corazón que late en la obra de cada autor. Si insisto tanto en esto es porque quisiera que tú, que has acompañado a Dorian durante todas estas páginas y ahora me has dado la oportunidad de quedarte conmigo en esta última, comprendas que todos los nombres que aparecen aquí (además de los que no por cuestión de espacio) fueron como el aleteo de la mariposa que llega a hacerse sentir aun en el lugar más recóndito del mundo. Esta historia, con sus altos y sus bajos, ha sido el producto de coincidir y compartir con cada uno de ellos en una perfecta sincronía.

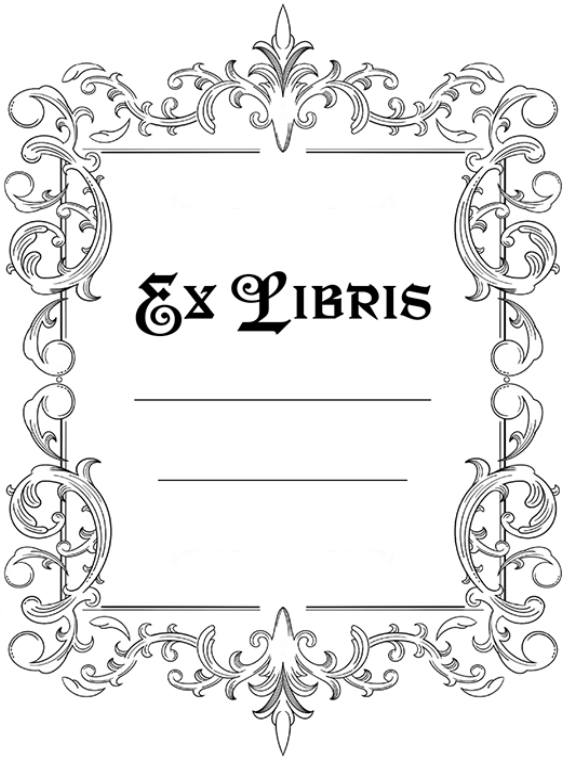
Así que gracias a Socorro Cadena y Jesús Alberto Ruano; mis padres, que además de darme la vida me enseñaron esa otra que mana de las palabras. A mi hermano, Andrés, por haber sido mi primer lector. A Hilda Arboleda, por ser una abuela tan sabia, fuerte y valiente que ni la ficción se animaría a

esbozar con semejante vivacidad. A mi prima Diana Dueñas, por enseñarme a amarme a mí misma y a amar la vida en consecuencia; a mis primos Manuel y David Dueñas, y a mi tía, Janeth Ruano; gracias a todos ustedes por su cariño, sus conversaciones, y por preguntarme constantemente si ya estaba listo el libro cuando yo ni siquiera sabía si algún día llegaría a publicarlo. A mi tío Diego Ruano, por abrirme las puertas del fascinante mundo del arte desde que era una niña. A la familia Ruano Arboleda y la familia Cadena Chamorro, por su apoyo y por animarme a seguir escribiendo desde mis primeros pininos con la poesía.

A Ayelén F. Esker, por ser la mejor amiga y mentora que podría desear; por haber escuchado mis desvaríos sobre Dorian durante años y siempre tener una palabra sabia para él y para mí. Me diste impulso e inspiración para no darme por vencida con lo que escribo. A mis amigos: Daniel Cerón, Amelia Mews, Valentina Maestre, Tulio Fernández y Camila Melo, porque nunca dudaron de mí. A Andrés Rosero, por enseñarme sobre el mundo de la música y ayudarme a descubrir los puntos en los que su arte se encuentra con el mío.

A mis arcadianos, por emocionarse por esta novela aun desde que apenas era una idea en desarrollo; por preguntar por ese misterioso pianista que interpretaba a Chopin y pedirme *spoilers*; por valorar mi contenido y compartir conmigo, durante todos estos años, la pasión que me llevó a escribir este libro: esta historia es para ustedes.

Y a mis editores, David Martínez y Marielo Polo: gracias por haber creído en *Dorian* desde el principio.


Ex Libris

Acerca de la autora

Ángela Arcade. Es magíster en Literatura de la Pontificia Universidad Javeriana (Colombia) y se desempeña como asesora editorial, correctora de estilo y creadora de contenido literario en redes sociales. Descubrió su pasión por las letras a temprana edad y desde entonces nunca dejó de buscarse en las historias que lee o que escribe.

© 2024, Ángela Arcade

Diseño de portada: Planeta Arte & Diseño / Lisset Chavarria Jurado
Ilustraciones de portada: ©iStock
Fotografía de la autora: Cortesía de Ángela Arcade
Ilustraciones de interiores: Baya de Oro
Diseño de interiores: Melisa Muñiz

Derechos reservados

© 2024, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial PLANETA M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111,
Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición impresa en México: mayo de 2024
ISBN: 978-607-39-1387-4

Primera edición en formato epub: mayo de 2024
ISBN: 978-607-39-1388-1

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, http://www.cempro.org.mx).

TE DAMOS LAS GRACIAS POR ADQUIRIR ESTE EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

Regístrate y sé parte de la comunidad de Planetadelibros México, donde podrás:

- Acceder a contenido exclusivo para usuarios registrados.
- Enterarte de próximos lanzamientos, eventos, presentaciones y encuentros frente a frente con autores.
- Concursos y promociones exclusivas de Planetadelibros México.
- Votar, calificar y comentar todos los libros.
- Compartir los libros que te gustan en tus redes sociales con un sólo click

Planetadelibros.com

Planeta

EXPLORA DESCUBRE COMPARTE



Una estrella oscura y vacía (Astro 1)

Shuttleworth, Ashley

9786073913355

464 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

No hay nada más peligroso que un cuento de hadas Elige a tu jugador: Una mestiza: mitad fae, mitad humana. La oveja negra de una familia noble. Una furia: impulsiva; busca venganza tras ser exiliada del reino inmortal. Un príncipe fae: determinado a merecer el trono. Un guardia real: sombrío y con un terrible secreto. Durante siglos, las ocho cortes feéricas han vivido entre nosotros, ocultas

gracias a su magia y bajo el juramento de no lastimar a los humanos. Este acuerdo ha mantenido la paz por mucho tiempo, hasta que una serie de asesinatos conmociona a la ciudad de Toronto y amenaza con exponer la existencia de los faes al mundo entero. La clave para descubrir al misterioso asesino la tienen cuatro adolescentes que deberán formar una alianza poco común y evitar así la destrucción de los mundos fae y humano, mientras una guerra entre reinos se avecina. Uno de estos adolescentes está destinado a inclinar la balanza… ¿qué bando elegirá?, ¿el de los humanos o el de los faes? Deséales suerte. La necesitarán… y nosotros a ellos.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Star Wars. Visions. Ronin

Mieko Candon, Emma

9786073900737

464 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Los Jedi son los sirvientes más leales del Imperio. Dos décadas atrás, los clanes Jedi lucharon en nombre de los señores feudales. Asqueados de este ciclo sin fin, una secta Jedi se rebeló con la intención de controlar su destino y reclamar su poder al no servir a nadie. Se hacían llamar «los Sith». La rebelión de los Sith

fracasó por culpa de las traiciones y de las luchas internas; entonces, quienes en algún momento fueron rivales, se unieron para crear un Imperio. Pero ni siquiera un Imperio en paz está libre de violencia. En la frontera del Borde Exterior, un antiguo Sith viaja acompañado únicamente por un droide leal y el fantasma de una era menos civilizada. Aunque empuña un sable de luz, asegura que no pertenece a ningún clan Jedi y que no le ha jurado lealtad a ningún señor. Poco se sabe de él, ni siquiera su nombre, porque nunca habla de su pasado ni de aquello de lo que se arrepiente. Su historia está tan bien protegida como su arma, una destructiva espada roja que lleva siempre envainada. Mientras el perpetuo ciclo de violencia de la galaxia sigue interrumpiendo su exilio autoimpuesto y él se ve obligado a enfrentarse en duelo a una bandida que asegura ser Sith, se da cuenta de que no importa adónde vaya… jamás será capaz de dejar atrás los espectros de su vida anterior.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Alas de sangre (Empíreo 1)

Yarros, Rebecca

9786073902427

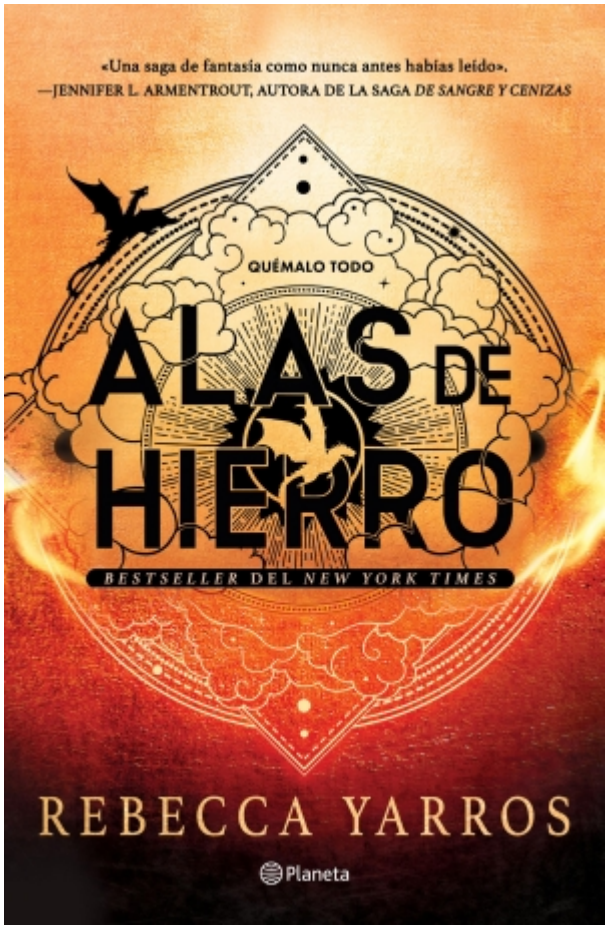
528 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

«¡El libro de fantasía más adictivo que he leído en una década!».—Tracy Wolff, autora bestseller del New York Times Bestseller del New York Times Un dragón sin su jinete es una tragedia. Un jinete sin su dragón está muerto. —Artículo uno, sección uno del Código de jinetes de dragones Violet Sorrengail creía que a sus veinte años se uniría al Cuadrante de los Escribas para vivir una vida tranquila,

estudiando sus amados libros y las historias antiguas que tanto le fascinan. Sin embargo, por órdenes de su madre, la temida comandante general, Violet debe unirse a los miles de candidatos que luchan por formar parte de la élite de Navarre: los jinetes de dragones. Cuando eres más pequeña y frágil que los demás tu vida corre peligro, porque los dragones no se vinculan con humanos débiles; de hecho, los incineran. Sumado a esto, con más jinetes que dragones disponibles, buena parte de los candidatos mataría a Violet con tal de mejorar sus probabilidades de éxito; otros, como el despiadado Xaden Riorson, el líder de ala más poderoso del Cuadrante, la asesinarían simplemente por ser la hija de la comandante general. Para sobrevivir, necesitará aprovechar al máximo todo su ingenio. Día tras día, la guerra que se libra al exterior del Colegio se torna más letal, las defensas del reino se debilitan y los muertos aumentan. Por si fuera poco, Violet sospecha que los líderes de Navarre esconden un terrible secreto. Amistad, rivalidad y pasión... en el Colegio de Guerra de Basgiath todos tienen una agenda oculta y saben que una vez adentro solo hay dos posibilidades: graduarse o morir.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Alas de hierro (Empíreo 2)

Yarros, Rebecca

9786073909860

162 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

«En el primer año algunos pierden la vida. En el segundo año, los que sobrevivimos perdemos la compasión». —Xaden Riorson Todos esperaban que Violet Sorrengail muriera en su primer año en el Colegio de Guerra de Basgiath, incluso ella misma. Pero la Trilla fue tan solo la primera de una serie de pruebas imposibles destinadas a deshacerse de los pusilánimes, los indignos y los

desafortunados. Ahora comienza el verdadero entrenamiento y Violet no sabe cómo logrará superarlo. No solo porque es brutal y agotador ni porque está diseñado para llevar al límite el umbral del dolor de los jinetes, sino porque el nuevo vicecomandante está empeñado en demostrar a Violet lo débil que es a menos que traicione al hombre que ama. Aunque el cuerpo de Violet es más frágil que el de sus compañeros, su fuerza radica en su ingenio y voluntad de hierro. Además, los líderes están olvidando la lección más importante que Basgiath les ha enseñado: los jinetes de dragones crean sus propias reglas. La voluntad de sobrevivir no será suficiente este año, porque Violet conoce el secreto que se oculta entre los muros del colegio y nada, ni siquiera el fuego de dragón, será suficiente para salvarlos.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Aristóteles y Dante descubren los secretos del universo

Alire Saenz, Benjamin
9786070726767
328 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Aristóteles es introvertido y tímido. Dante es transparente y expresivo. Por motivos que parecen escapar a toda razón, estos dos chicos de diecisiete años se encuentran y construyen una amistad entrañable que les permitirá redefinir el

mundo del otro y aprender a creer en ellos mismos para descubrir los secretos del universo. El escritor multipremiado, Benjamin Alire Sáenz, explora la lealtad y la confianza entre dos jóvenes que están aprendiendo a ser adultos en un escenario fronterizo tan mexicano como estadounidense. Juntos deberán crecer al mismo tiempo en que se adaptan a una sociedad que también está búsqueda, identidad.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)